

Oscar Wilde

Obras Completas

3
Volúmen

- De Profundis
- El Amigo Abnegado
- El Cumpleaños de la Infanta
- El Gigante Egoísta
- El Envío
- El Niño Estrella
- El Pescador y su Alma
- El Abanico de Lady Windermere
- Poemas en Prosa
- Los Modelos en Londres
- Impresiones Sobre Yanquilandia
- El Crítico Artista
- La Importancia de ser Formal



**Liderazgo
y Mercadeo.com**
www.liderazgoymercadeo.com

INDICE

De Profundis	3
El Amigo Abnegado	90
El Cumpleaños de la Infanta	103
El Gigante Egoísta	118
El Envío	124
El Niño Estrella	133
El Pescador y su Alma	151
El Abanico de Lady Windermere	185
Personajes	186
Acto Primero	186
Acto Segundo	202
Acto Tercero	218
Acto Cuarto	231
Poemas en Prosa	244
El Artista	245
El Bienhechor	246
El Discípulo	248
El Maestro	249
La Sala del Juicio	250
El Maestro de la Sabiduría	252
Los Modelos en Londres	257
Impresiones Sobre Yanquilandia	264
América	265
El Hombre Americano	270
El Crítico Artista	274
Primera Parte	275
Segunda Parte	298
La Importancia de ser Formal	324
Personajes de la Comedia	325
Acto Primero	326
Acto Segundo	347
Acto Tercero	374

DE PROFUNDIS
OSCAR WILDE

A: lord Alfred Douglas*[Enero-marzo de 1897]**H. M. Prison, Reading*

Querido Bosie: Después de larga e infructuosa espera, he decidido escribirte yo, tanto por ti como por mí, pues no me gustaría pensar que he pasado dos largos años de prisión sin recibir de ti ni una sola línea, ni aun noticia ni mensaje que no me dieran dolor.

Nuestra infausta y lamentabilísima amistad ha acabado en ruina e infamia pública para mí, pero el recuerdo de nuestro antiguo afecto me acompaña a menudo, y la idea de que el aborrecimiento, la amargura y el desprecio ocupen para siempre ese lugar de mi corazón que en otro tiempo ocupó el amor me resulta muy triste; y tú mismo sentirás, creo, en tu corazón que escribirme cuando me consumo en la soledad de la vida de presidio es mejor que publicar mis cartas sin mi permiso o dedicarme poemas sin consultar, aunque el mundo no haya de saber nada de las palabras de dolor o de pasión, de remordimiento o indiferencia, que quieras enviarme en respuesta o apelación.

No me cabe duda de que en esta carta en la que tengo que escribir de tu vida y la mía, del pasado y el futuro, de cosas dulces que se tornaron amargura y cosas amargas que pueden trocarse en alegría, ha de haber mucho que hiera tu vanidad en lo vivo. Si así fuera, vuelve a leerla una y otra vez hasta que mate tu vanidad. Si algo encuentras en ella de lo que te parezca ser acusado injustamente, recuerda que hay que agradecer que existan faltas de las que se nos pueda acusar injustamente. Si hubiera en ella un solo pasaje que lleve lágrimas a tus ojos, llora como lloramos en la cárcel, donde el día no menos que la noche está hecho para llorar. Eso es lo único que puede salvarte. Si vas con lamentaciones a tu madre, como hiciste a propósito del desprecio de ti que manifesté en mi carta a Robbie, estarás totalmente perdido. Si encuentras una sola excusa falsa para ti, enseguida encontrarás un ciento, y serás exactamente lo mismo que fuiste antes. ¿Sigues diciendo, como le dijiste a Robbie en tu contestación, que yo «*te atribuyo motivos indignos*»? ¡Si tú no tenías motivos en la vida! No tenías más que apetitos. Un motivo es un propósito intelectual. ¿Que eras «*muy joven*» cuando empezó nuestra amistad? Tu defecto no era que supieras muy poco de la vida, sino que sabías mucho. El alba de la juventud, con su flor delicada, su luz clara y pura, su alegría inocente y expectante, tú la habías dejado muy atrás. Con pies muy raudos y corredores habías pasado del Romance al Realismo. La cloaca y las cosas que en ella viven habían empezado a fascinarte. Ése fue el origen del problema en el que buscaste mi ayuda, y yo, nada sabio según la sabiduría de este mundo, por compasión y simpatía te la di. Tienes que leer esta carta

de principio a fin, aunque cada palabra sea para ti el fuego o el escalpelo del cirujano, que hace arder o sangrar la carne delicada. Recuerda que el necio a los ojos de los dioses y el necio a los ojos del hombre son muy distintos. Siendo enteramente ignorante de los modos del Arte en su revolución o los estados del pensamiento en su progreso, de la pompa del verso latino o la música más rica de las vocales griegas, de la escultura toscana o el canto isabelino, se puede estar lleno de la más dulce sabiduría. El verdadero necio, ése del que los dioses se ríen o al que arruinan, es el que no se conoce a sí mismo. Yo fui de éstos demasiado tiempo. Tú has sido de éstos demasiado tiempo. No lo seas más. No tengas miedo. El vicio supremo es la superficialidad. Todo lo que se comprende está bien. Recuerda asimismo que lo que para ti sea penoso leer, aún más penoso es para mí escribirlo. Contigo los Poderes Invisibles han sido muy buenos. Te han permitido ver las formas extrañas y trágicas de la Vida como se ven las sombras en un cristal. La cabeza de Medusa, que petrifica a los hombres, a ti se te ha dado mirarla en espejo solamente. Tú has caminado libre entre las flores. A mí me han arrebatado el mundo hermoso del color y el movimiento.

Voy a empezar diciéndote que me culpo terriblemente. Aquí sentado en esta celda oscura, vestido de presidiario, infamado y hundido, me culpo. En las noches de angustia perturbadas y febriles, en los días de dolor largos y monótonos, es a mí a quien culpo. Me culpo por dejar que una amistad no intelectual, una amistad cuyo objetivo primario no era la creación y contemplación de cosas bellas, dominara enteramente mi vida. Desde el primer momento hubo demasiada distancia entre nosotros. Tú habías estado ocioso en el colegio, peor que ocioso en la universidad. No te dabas cuenta de que un artista, y sobre todo un artista como soy yo, es decir, aquel en el que la calidad de la obra depende de la intensificación de la personalidad, requiere para el desarrollo de su arte la compañía de ideas, y una atmósfera intelectual, sosiego, paz y soledad. Tú admirabas mi obra cuando la veías acabada; gozabas con los éxitos brillantes de mi estreno, y los banquetes brillantes que los seguían; te enorgullecías, y era muy natural, de ser el amigo íntimo de un artista tan distinguido; pero no podías entender las condiciones que exige la producción de la obra artística. No hablo en frases de exageración retórica, sino en términos de fidelidad absoluta al hecho material, si te recuerdo que durante todo el tiempo que estuvimos juntos no escribí nunca ni una sola línea. Fuera en Torquay, Coring, Londres, Florencia o en otros lugares, mi vida, mientras tú estuviste a mi lado, fue totalmente estéril y nada creadora. Y con escasos intervalos estuviste, lamento decirlo, siempre a mi lado.

Recuerdo, por ejemplo, que en el mes de septiembre del 93, por escoger un solo ejemplo entre muchos, tomé unas habitaciones, únicamente para trabajar sin que nadie me molestara, porque había roto lo acordado con John Hare, para quien había prometido escribir una obra, y que me estaba apremiando. Durante la primera semana te mantuviste lejos. Habíamos disentido, y a decir

verdad lógicamente, sobre la cuestión del valor artístico de tu traducción de *Salomé*, así que te contentaste con mandarme cartas necias sobre ese tema. En esa semana escribí y terminé hasta el último detalle, tal y como después se representaría, el primer acto de *Un marido ideal*. En la segunda semana volviste, y prácticamente tuve que abandonar el trabajo. Yo llegaba cada mañana a St James's Place a las once y media, para poder pensar y escribir sin las interrupciones inevitables en mi propia casa, aun siendo esa casa tranquila y pacífica. Pero era vano intento. A las doce llegabas en coche, y te ponías a fumar y charlar hasta la una y media, en que había que llevarte a almorzar al Café Royal o al Berkeley. El almuerzo, con sus copas, solía durar hasta las tres y media. Durante una hora te retirabas a White's. A la hora del té volvías a aparecer, y te quedabas hasta la hora de vestirse para la comida. Comías conmigo en el Savoy o en Tite Street. Por regla general no nos separábamos hasta después de medianoche, porque había que rematar el día memorable con una cena en Willis's. Esa fue mi vida durante aquellos tres meses, día tras día, salvo en los cuatro días en que estuviste fuera del país. Entonces, por supuesto, tuve que ir a Calais a recogerte. Para una persona de mi naturaleza y temperamento, era una posición a la vez grotesca y trágica.

Ahora te darás cuenta, ¿no? Ahora tienes que ver que tu incapacidad de estar solo; tu naturaleza inexorable en su continua exigencia de la atención y el tiempo de los demás; tu carencia de la menor aptitud para la concentración intelectual sostenida; el desdichado accidente -porque quiero pensar que fue sólo eso-- de que no pudieras adquirir el «talante de Oxford» en materia intelectual, quiero decir no haber llegado nunca al juego airoso con las ideas, sino sólo a la violencia de la opinión; te darás cuenta de que todas esas cosas, combinadas con el hecho de tener puestos tus deseos e intereses en la Vida y no en el Arte, eran tan destructivas para tu propio avance en la cultura como lo eran para mi trabajo de artista. Cuando comparo mi amistad contigo con la de hombres todavía más jóvenes, como John Gray y Pierre Lout's, me da vergüenza. Mi vida real, mi vida superior estaba con ellos y con personas como ellos.

De los resultados atroces de mi amistad contigo no hablo por ahora. Estoy pensando únicamente en su calidad mientras duró. Fue intelectualmente degradante para mí. Tú tenías los rudimentos de un temperamento artístico en germen. Pero yo te conocí demasiado tarde o demasiado pronto, no lo sé. Cuando estabas lejos yo estaba bien. En el momento, a primeros de diciembre del año al que me he referido, en que conseguí convencer a tu madre de que te sacara de Inglaterra, volví a recoger la trama rota y enredada de mi imaginación, retomé mi vida en mis manos, y no sólo acabé los tres actos que faltaban de *Un marido ideal*, sino que concebí y había casi completado otras dos piezas de índole totalmente distinta, la *Tragedia florentina* y *La Sainte Courtisane*, cuando de pronto, sin ser llamado, sin ser bienvenido, y en circunstancias fatídicas para mi felicidad, volviste. Las dos obras que entonces

quedaron imperfectas no las pude retomar. El estado de ánimo que las había creado no lo pude recuperar nunca. Ahora que tú mismo has publicado un volumen de poesía, podrás reconocer la verdad de todo lo que aquí he dicho. Puedas o no, sigue siendo una verdad horrible en el corazón mismo de nuestra amistad. Mientras estuviste conmigo fuiste la ruina absoluta de mi Arte, y al permitir que constantemente te interpusieras entre el Arte y yo me cubrí de vergüenza y de culpa en el más alto grado. Tú no lo sabías ver, no lo sabías entender, no lo sabías apreciar. Yo no tenía ningún derecho a esperarlo de ti. Tus intereses empezaban y acababan en tus comidas y tus caprichos. Tus deseos eran sencillamente diversiones, de placeres ordinarios o no tan ordinarios. Eran lo que tu temperamento necesitaba, o creía necesitar en aquel momento. Debería haberte prohibido la entrada en mi casa y en mis habitaciones salvo por invitación. Me culpo sin paliativos por mi debilidad. Era pura debilidad. Media hora con el Arte siempre fue más para mí que un ciclo contigo. Realmente nada, en ningún período de mi vida, tuvo nunca la menor importancia para mí en comparación con el Arte. Pero en un artista la debilidad es un crimen, cuando es una debilidad que paraliza la imaginación.

Me culpo también por haber dejado que me llevases a una ruina financiera absoluta y deshonrosa. Me acuerdo de una mañana a comienzos de octubre del 92; estaba yo sentado en el bosque ya amarilleante de Bracknell con tu madre. En aquel tiempo yo sabía muy poco de tu verdadera naturaleza. Había estado de sábado a lunes contigo en Oxford. Tú habías estado diez días conmigo en Cromer, jugando al golf. La conversación recayó sobre ti, y tu madre empezó a hablarme de tu carácter. Me habló de tus dos defectos principales, tu vanidad y, según sus palabras, tu «*absoluta inconsciencia en materia de dinero*». Recuerdo muy bien cómo me reí. No tenía ni idea de que lo primero me llevaría a la cárcel y lo segundo a la quiebra. Pensé que la vanidad era una especie de flor airosa en un hombre joven; en cuanto a la prodigalidad -porque pensé que no se refería más que a la prodigalidad-, las virtudes de la prudencia y el ahorro no estaban ni en mi naturaleza ni en mi estirpe. Pero antes de que nuestra amistad cumpliera un mes más empecé a ver lo que realmente quería decir tu madre. Tu insistencia en una vida de abundancia desenfundada; tus incesantes peticiones de dinero; tu pretensión de que todos tus placeres los pagara yo, estuviera o no contigo, me pusieron al cabo de un tiempo en serios aprietos pecuniarios, y lo que para mí, al menos, hacía aquellos derroches tan monótonos y faltos de interés, conforme tu persistente ocupación de mi vida se hacía cada vez más fuerte, era que el dinero realmente se gastara poco más que en los placeres de comer, beber y ese tipo de cosas. De vez en cuando es un gozo tener la mesa roja de vino y rosas, pero tú ibas más allá de todo gusto y medida. Tú exigías sin elegancia y recibías sin gratitud. Diste en pensar que tenías una especie de derecho a vivir a mi costa y con un lujo profuso al que nunca habías estado acostumbrado, y que por eso mismo aguzaba tanto más tus apetitos, y al final si perdías dinero jugando en un casino de Argel te bastaba con telegrafarme a la mañana

siguiente a Londres para que abonase tus pérdidas en tu cuenta del banco, y no volvías a pensar más en el asunto.

Si te digo que entre el otoño de 1892 y la fecha de mi encarcelamiento me gasté contigo y en ti más de 5.000 libras en dinero contante y sonante, letras aparte, te harás una idea de la clase de vida que exigías. ¿Te parece que exagero? Mis gastos ordinarios contigo para un día cualquiera en Londres -en almuerzo, comida, cena, diversiones, coches y demás- sumaban entre 12 y 20 libras, y el gasto semanal, lógicamente proporcionado, oscilaba entre las 80 y las 130 libras. Nuestros tres meses en Goring me costaron (contando, por supuesto, el alquiler) 1.340 libras. He tenido que recorrer paso a paso cada apunte de mi vida con el Receptor de Quiebras. Fue horrible. «*La vida llana y alto el pensamiento*» era, por supuesto, un ideal que en aquella época no podías apreciar, pero ese despilfarro fue una vergüenza para los dos. Una de las comidas más deliciosas que recuerdo la hicimos Robbie y yo en un cafetillo del Soho, y vino a costar en chelines lo que costaban en libras las comidas que yo te daba. De aquella comida con Robbie salió el primero y mejor de todos mis diálogos. Idea, título, tratamiento, tono, todo salió con un cubierto de tres francos y medio. De las comidas desenfrenadas contigo no queda más que el recuerdo de haber comido demasiado y bebido demasiado. Y el ceder yo a tus demandas era malo para ti. Eso lo sabes ahora. Te hacía a menudo codicioso; a veces no poco desaprensivo; insolente siempre. En demasiadas ocasiones había muy poca alegría, muy poco privilegio en invitarte. Olvidabas, no diré la cortesía formal de dar las gracias, porque las cortesías formales no van bien con una amistad estrecha, sino simplemente la elegancia de la compañía cordial, el encanto de la conversación agradable, el *rEpiróvnxaxóP*, que decían los griegos, y todas esas delicadezas amables que embellecen la vida, y que son un acompañamiento de la vida como podría ser la música, armonización de las cosas y melodía en los intervalos desabridos o silenciosos. Y aunque pueda parecerme extraño que una persona en la terrible situación en que yo estoy encuentre diferencia entre una infamia y otra, aun así reconozco francamente que la locura de tirar todo ese dinero por ti, y dejarte dilapidar mi fortuna con daño tuyo no menos que mío, para mí y a mis ojos pone en mi Quiebra una nota de disipación vulgar que me hace avergonzarme de ella doblemente. Yo estaba hecho para otras cosas.

Pero más que nada me culpo de la total degradación ética en que permití que me sumieras. La base del carácter es la fuerza de voluntad, y la mía se plegó absolutamente a la tuya. Suena grotesco, pero no por ello es menos cierto. Aquellas escenas incesantes que parecían ser casi físicamente necesarias para ti, y en las que tu mente y tu cuerpo se deformaban y te convertías en algo tan terrible de mirar como de escuchar; esa manía espantosa que has heredado de tu padre, la manía de escribir cartas repugnantes y odiosas; esa absoluta falta de control sobre tus emociones que se manifestaba lo mismo en tus largos y rencorosos estados de silencio reconcentrado como en los

accesos súbitos de ira casi epiléptica; todas esas cosas, en alusión a las cuales una de las cartas que te escribí, dejada por ti en el Savoy o en otro hotel y por lo tanto presentada ante el Tribunal por el abogado de tu padre, contenía un ruego no exento de patetismo, si en aquel tiempo hubieras sido capaz de ver el patetismo en sus elementos o en su expresión, esas cosas, digo, fueron el origen y las causas de mi fatídica rendición a tus demandas cada día mayores. Me agotabas. Era el triunfo de la naturaleza pequeña sobre la grande. Era esa tiranía de los débiles sobre los fuertes que en no sé dónde de una de mis obras describo como «la única tiranía que dura».

Y era inevitable. En toda relación de la vida con otros tiene uno que encontrar algún *moyen de viere*. En tu caso, había que ceder ante ti o dejarte. No cabía otra alternativa. Por cariño hacia ti, profundo aunque equivocado; por una gran compasión de tus defectos de modo de ser y temperamento; por mi proverbial buen carácter y mi pereza celta; por una aversión artística a las escenas groseras y las palabras feas; por esa incapacidad para el rencor de cualquier clase que en aquel tiempo me caracterizaba; por mi negativa a que me amargasen o afeasen la vida lo que para mí, con la vista realmente puesta en otras cosas, eran meras minucias que no valían más de un momento de pensamiento o interés; por esas razones, aunque parezcan tontas, yo cedía siempre. Y el resultado natural era que tus pretensiones, tus ansias de dominio, tus imposiciones fueran cada día más descomedidas. Tu motivo más ruin, tu apetito más bajo, tu pasión más vulgar, eran para ti leyes a las que había que amoldar siempre las vidas de los demás, y a las cuales, llegado el caso, había que sacrificarlas sin escrúpulo. Sabiendo que con una escena podías siempre salirte con la tuya, era lo más natural que recurrieras, no dudo que casi inconscientemente, a todos los excesos de la violencia ruin. Al final no sabías a qué meta corrías, ni con qué propósito. Habiendo entrado a saco en mi genio, mi voluntad y mi fortuna, quisiste, con la ceguera de una codicia sin fondo, mi existencia entera. La tomaste. En el momento supremo y trágicamente decisivo de toda mi vida, el que precedió al lamentable paso de iniciar mi acción absurda, de un lado estaba tu padre atacándome con tarjetas repugnantes dejadas en mi club, de otro lado estabas tú atacándome con cartas no menos detestables. La carta que recibí de ti en la mañana del día en que te dejé llevarme al juzgado de guardia para solicitar la ridícula orden de detención de tu padre fue una de las peores que nunca escribieras, y por la más vergonzosa razón. Entre vosotros dos perdí la cabeza. Mi juicio me abandonó. El terror ocupó su lugar. No vi escapatoria posible, lo digo francamente, de ninguno de los dos. Ciegamente avancé como un buey al matadero. Había cometido un error psicológico colosal. Siempre había pensado que el ceder ante ti en las cosas menudas no significaba nada: que cuando llegase un gran momento podría reafirmar mi fuerza de voluntad en su superioridad natural. No fue así. En el gran momento mi fuerza de voluntad me falló por completo. En la vida no hay verdaderamente cosa pequeña ni grande. Todas las cosas son del mismo valor y del mismo tamaño. Mi costumbre -al

principio fruto, más que nada, de la indiferencia- de ceder a ti en todo había venido a ser insensiblemente una parte real de mi naturaleza. Sin yo saberlo, había estereotipado mi temperamento en un solo estado permanente y fatal. Por eso, en el sutil epílogo a la primera edición de sus ensayos, dice Patter que «El fracaso es formar hábitos». Cuando lo dijo, los obtusos de Oxford no vieron en la frase más que una inversión traviesa del texto un tanto manido de la Ética de Aristóteles, pero lleva escondida una verdad prodigiosa, terrible. Yo te había dejado minar la fuerza de mi carácter, y para mí la formación de un hábito había sido no ya Fracaso, sino Ruina. Éticamente habías sido todavía más destructivo para mí que en lo artístico.

Una vez obtenida la orden de detención, tu voluntad fue, no hay que decirlo, la que lo dirigió todo. En unos momentos en los que yo debería haber estado en Londres asesorándome de personas sabias, y considerando con calma la trampa atroz donde me había dejado meter -la ratonera, como tu padre la sigue llamando hasta el día de hoy- , tú te empeñaste en que te llevara a Montecarlo, de todos los lugares repugnantes que hay en el mundo, para poder pasarte todo el día jugando, y toda la noche, mientras estuviera abierto el Casino. En cuanto a mí, que no le veo el encanto al bacará, yo me quedaba afuera solo. Te negaste a comentar siquiera fuera en cinco minutos la situación en la que tú y tu padre me habíais puesto. Lo mío era sencillamente pagar tus gastos de hotel y tus pérdidas. La más mínima alusión a la prueba que me aguardaba era un fastidio. Una nueva marca de champán que nos recomendaran tenía más interés para ti.

A nuestro regreso a Londres, los amigos que verdaderamente deseaban mi bien me imploraron que me fuera al extranjero, que no afrontara un proceso imposible. Tú les imputaste motivos viles para dar ese consejo, y a mí cobardía por prestarle oídos. Tú me forzaste a quedarme para salir adelante en el estrado, si era posible, con perjurios tontos y absurdos. Al final, yo fui, naturalmente, detenido, y tu padre fue el héroe del día; más aún, en realidad, que el héroe del día; tu familia se codea ahora, mira qué curioso, con los Inmortales: pues por uno de esos efectos grotescos que son, por así decirlo, el elemento gótico de la historia, y que hacen de Clío la menos seria de todas las Musas, tu padre vivirá siempre entre los padres buenos y puros de la literatura de catequesis, tu sitio está con el del Niño Samuel, y yo me veo sentado en el cenagal más bajo de Malebolge, entre Gilles de Retz y el marqués de Sade.

Por supuesto que debería haberme librado de ti. Me debería haber sacudido tu persona como se sacude uno de la ropa una cosa que le ha pinchado. En el más maravilloso de todos sus dramas, Esquilo nos habla del gran Señor que cría en su casa al cachorro de león, el *λέωντος ίνιν*, y le quiere porque acude con mirada encendida a su llamada y le pide mimoso la comida: *φαιδρωπός ποτί χετρα σαίνων τε γαστρός ένέγγις*. Y la cosa crece y muestra la naturaleza de su raza, *ήθος τὸ πρόσθε τοχήων*, y destruye al señor y su casa y todas sus

pertenencias. Siento que yo fui como él. Pero mi falta estuvo, no en que no me separara de ti, sino en que me separé de ti demasiadas veces. Que yo recuerde, ponía fin a mi amistad contigo cada tres meses sin falta, y cada vez que lo hacía tú te las ingeniabas con súplicas, telegramas, cartas, la intervención de tus amigos, la intervención de los míos, etcétera, para persuadirme a dejarte volver. Cuando a finales de marzo del 93 saliste de mi casa de Torquay, yo había resuelto no volver a hablar contigo, ni permitir que bajo ninguna circunstancia te acercases a mí, tan repugnante había sido la escena que me hiciste la noche antes de tu partida. Escribiste y telegrafiaste desde Bristol rogando que te perdonara y te recibiera. Tu tutor, que se había quedado conmigo, me dijo que a su juicio eras a veces totalmente irresponsable de tus palabras y tus actos, y que la mayoría, si no todos, de los de Magdalena eran de la misma opinión. Yo accedí a recibirte, y por supuesto te perdoné. Camino de Londres me suplicaste que te llevara al Savoy. Aquella visita fue funesta para mí.

Tres meses después, en junio, estamos en Goring. Unos amigos tuyos de Oxford vienen invitados de sábado a lunes. La mañana del día en que se fueron me hiciste una escena tan espantosa, tan lamentable, que te dije que debíamos separarnos. Lo recuerdo muy bien: estábamos en el campo llano de croquet, en medio de la hermosa pradera, y te hice notar que nos estábamos deshaciendo mutuamente la vida, que tú estabas destrozando la mía por completo y que era evidente que yo no te hacía realmente feliz, y que lo único sabio y filosófico era una despedida irrevocable, una separación total. Tú te fuiste malhumorado después de comer, dejando una de tus cartas más ofensivas para que el mayordomo me la entregara después de tu marcha. No habían pasado tres días cuando me telegrafiaste desde Londres con el ruego de que te perdonara y te dejara volver. Yo había alquilado aquel sitio para darte gusto. Había contratado a tus propios criados a petición tuya. Siempre había lamentado muchísimo aquel genio horrible del que verdaderamente eras víctima. Te tenía cariño. Así que te dejé volver y te perdoné. Otros tres meses después, en septiembre, hubo nuevas escenas, con ocasión de haberte yo señalado las faltas elementales de tu intento de traducción de *Salomé*. A estas alturas ya debes tener suficiente dominio del francés para saber que la traducción era tan indigna de ti, como mero oxoniano, como de la obra que pretendía verter. Claro está que entonces no lo sabías, y en una de las cartas violentas que me escribiste al respecto decías no tener «*obligación intelectual de ninguna especie*» hacia mí. Recuerdo que al leer esa afirmación pensé que era lo único realmente veraz que me habías escrito en todo el curso de nuestra amistad. Vi que una naturaleza menos cultivada realmente te habría ido mucho mejor. No digo esto con ninguna amargura, simplemente como un hecho de la compañía. A fin de cuentas el ligamento de toda compañía, sea en el matrimonio o en la amistad, es la conversación, y la conversación tiene que tener una base común, y entre dos personas de cultura muy diferente la única base común posible es el nivel más bajo. Lo trivial en el pensamiento y en la

acción es encantador. Yo había hecho de ello la clave de una filosofía muy brillante expresada en obras de teatro y paradojas. Pero la espuma y la necedad de nuestra vida a menudo se me hacían muy cansadas; sólo en el cenagal nos encontrábamos; y aun siendo fascinante, terriblemente fascinante el único tema sobre el que invariablemente giraba tu charla, aun así acabó por resultarme absolutamente monótono. A menudo me aburría mortalmente, y lo aceptaba como aceptaba tu pasión por ir al music-hall, o tu manía de derroches absurdos en la comida y la bebida, o cualquier otra de tus características menos atractivas para mí, es decir, como algo que simplemente había que soportar, una parte del alto precio que se pagaba por conocerte. Cuando tras salir de Goring fui a pasar dos semanas a Dinard te enfadaste muchísimo conmigo por no llevarte, y, antes de mi marcha, hiciste algunas escenas muy desagradables sobre el tema en el Albemarle Hotel, y me enviaste algunos telegramas igualmente desagradables a una casa de campo donde estaba pasando unos días. Yo te dije, lo recuerdo, que me parecía que estabas obligado a estar un poco con tu familia, porque habías pasado toda la temporada lejos de ellos. Pero en realidad, para serte totalmente franco, no habría podido bajo ninguna circunstancia tenerte conmigo. Llevábamos juntos casi doce semanas. Yo necesitaba reposo y libertad de la terrible tensión de tu compañía. Me era necesario estar un poco solo. Intelectualmente necesario. Y por eso te confieso que en esa carta tuya que he citado vi una buena oportunidad de poner fin a la amistad funesta que había nacido entre nosotros, y ponerle fin sin amargura, como ya de hecho lo había intentado aquella luminosa mañana de junio en Goring, tres meses antes. Se me hizo ver, sin embargo -debo decir honradamente que fue uno de mis amigos, a quien habías acudido en el apuro-, que sería para ti muy hiriente, quizá casi humillante, que te devolviera el trabajo como se le devuelve el ejercicio a un colegial; que yo esperaba demasiado de ti intelectualmente; y que, al margen de lo que escribieras o hicieras, me tenías una devoción total y absoluta. Yo no quería ser el primero en frustrar o desanimar tus comienzos literarios; sabía muy bien que ninguna traducción, a menos que la hiciera un poeta, podía reproducir adecuadamente el color y la cadencia de mi obra; la devoción me parecía, y me sigue pareciendo, una cosa maravillosa, que no hay que desechar a la ligera; de modo que os retomé, a ti y la traducción. Exactamente tres meses más tarde, tras una serie de escenas que culminaron en una más repugnante de lo habitual, cuando un lunes por la tarde viniste a mis habitaciones acompañado por dos de tus amigos, me vi literalmente huyendo al extranjero a la mañana siguiente para escapar de ti, dando a mi familia una razón absurda de mi súbita marcha, y dejándole a mi criado una dirección falsa por miedo a que me siguieras en el primer tren. Y recuerdo que esa tarde, en el tren que me llevaba en volandas a París, me puse a pensar en lo imposible, terrible, absolutamente equivocado del estado en que había caído mi vida, si yo, un hombre de reputación mundial, tenía materialmente que salir corriendo de Inglaterra por librarme de una amistad que era completamente destructiva de todo lo bueno que había en mí, desde el punto de vista intelectual o ético; y

siendo la persona de la que huía, no un ser terrible salido de la cloaca o del cenagal a la vida moderna y con el que yo hubiera enredado mis días, sino tú, un muchacho de mi misma posición y rango social, que habías ido a mi mismo colegio de Oxford y eras un invitado constante en mi casa. Llegaron los habituales telegramas de ruegos y remordimientos: me hice el sordo. Por fin amenazaste con que, a menos que consintiera en recibirte, por nada del mundo accederías a irte a Egipto. Yo mismo, con tu conocimiento y conformidad, le había rogado a tu madre que te enviara a Egipto para alejarte de Inglaterra, porque en Londres estabas echando tu vida a perder. Sabía que si no ibas se llevaría una desilusión terrible, y pensando en ella te recibí, y bajo la influencia de una gran emoción, que ni siquiera a ti se te puede haber olvidado, perdoné el pasado; aunque no dije absolutamente nada del futuro.

A mi vuelta a Londres al día siguiente, recuerdo haber estado sentado en mi habitación, intentando triste y seriamente determinar si de verdad eras o no lo que me parecías ser, tan lleno de terribles defectos, tan totalmente ruinoso para ti y para los demás, tan fatídico para el que simplemente te conociera o estuviera contigo. Toda una semana estuve pensándolo, y preguntándome si en el fondo no sería que yo era injusto y me equivocaba en mi estimación de ti. Al cabo de la semana me traen una carta de tu madre. Expresaba con puntos y comas las mismas impresiones que yo tenía de ti. En ella hablaba de tu vanidad ciega y exagerada, que te hacía despreciar tu casa y calificar de «filisteo» a tu hermano mayor *-candidissima anima-*; de tu mal genio, que hacía que le diera miedo hablarte de tu vida, de la vida que ella intuía, sabía, que estabas llevando; de tu conducta en cuestiones de dinero, tan penosa para ella en más de un aspecto; de la degeneración y el cambio que había habido en ti. Tu madre veía, cómo no, que la herencia te había cargado con un legado terrible, y lo reconocía con franqueza, lo reconocía con terror: es «el único de mis hijos que ha heredado el fatal temperamento de los Douglas», decía de ti. Al final afirmaba que se sentía obligada a declarar que tu amistad conmigo, en su opinión, había intensificado de tal modo tu vanidad que ésta había llegado a ser la fuente de todos tus defectos, y me pedía encarecidamente que no te viera en el extranjero. Yo le respondí inmediatamente, diciéndole que estaba totalmente de acuerdo con todas y cada una de sus palabras. Añadí mucho más. Llegué hasta donde podía llegar. Le conté que el origen de nuestra amistad era que tú, en tus tiempos de estudiante en Oxford, habías venido a pedirme que te ayudara en un asunto muy serio de una índole muy particular. Le conté que tu vida había estado continuamente turbada de la misma manera. De tu ida a Bélgica habías echado tú la culpa a tu compañero en ese viaje, y tu madre me había reprochado el habértelo presentado. Yo trasladé la culpa a donde debía estar, sobre tus hombros. Acabé asegurándole que no tenía la menor intención de reunirme contigo en el extranjero, y rogándole que tratase de retenerte allí, bien como agregado honorario, si eso fuera posible, o para aprender lenguas

modernas, si no lo fuera; o con el motivo que le pareciera, al menos durante dos o tres años, y por tu bien así como por el mío.

Entretanto tú me estabas escribiendo en cada correo que venía de Egipto. Yo no hice el mas mínimo caso de ninguna de tus comunicaciones. Las leía y las rompía. Tenía muy decidido no tener más trato contigo. Estaba resuelto, y me dediqué con alegría al arte cuyo progreso te había dejado interrumpir. Pasados tres meses, tu madre, con esa desdichada debilidad de la voluntad que la caracteriza, y que en la tragedia de mi vida ha sido un elemento no menos fatídico que la violencia de tu padre, me escribe ella misma -no me cabe duda, claro está, que instigada por ti- y me dice que estás preocupadísimo por no saber de mí, y que para que no tenga excusa para no comunicarme contigo me envía tu dirección en Atenas, que, por supuesto, yo conocía perfectamente. Confieso que su carta me dejó absolutamente pasmado. No entendía que, después de lo que me había escrito en diciembre, y lo que yo le había escrito a ella en respuesta, pudiera de ninguna manera tratar de reparar o reanudar mi desgraciada amistad contigo. Respondí a su carta, naturalmente, y una vez más la insté a que intentase ponerte en relación con alguna embajada, para evitar que volvieres a Inglaterra, pero a ti no te escribí, ni hice más caso de tus telegramas que antes de que tu madre me escribiera. Finalmente telegrafaste a mi mujer pidiéndole que usara de su influencia conmigo para que yo te escribiera. Nuestra amistad siempre había sido una fuente de malestar para ella: no sólo porque nunca le agradaste personalmente, sino porque veía cómo tu compañía continua me alteraba, y no para mejor; de todos modos, lo mismo que contigo había mostrado siempre la mayor finura y hospitalidad, así tampoco pudo soportar la idea de que yo fuera de ninguna manera ingrato - porque eso le parecía- con ninguno de mis amigos. Pensaba, sabía de hecho, que eso no iba con mi carácter. A petición suya sí me comuniqué contigo. Recuerdo muy bien el texto de mi telegrama. Te decía que el tiempo cura todas las heridas, pero que de allí a muchos meses no quería ni escribirte ni verte. Tú saliste inmediatamente para París, enviándome por el camino telegramas apasionados en los que suplicabas que te viera una vez, aunque no fuera más. Yo me negué. Llegaste a París un sábado por la noche, y encontraste en el hotel una breve carta mía diciendo que no quería verte. A la mañana siguiente recibí en Tite Street un telegrama tuyo de unas diez u once páginas. En él declarabas que, fuera lo que fuese lo que me hubieras hecho, no podías creer que yo me negase rotundamente a verte; me recordabas que por verme siquiera una hora habías viajado durante seis días con sus noches por Europa sin hacer alto ni una sola vez; hacías un llamamiento muy patético, lo reconozco, y acababas con lo que me pareció ser una amenaza de suicidio, y no muy velada. Tú mismo me habías contado con frecuencia cuántos había habido en tu estirpe que se habían manchado las manos con su propia sangre; tu tío ciertamente, tu abuelo posiblemente; muchos otros en la línea mala y demente de la que procedes. La piedad, mi antiguo afecto por ti, la consideración a tu madre, para quien tu muerte en tan terribles circunstancias

habría sido un golpe casi insoportable, el horror de pensar que una vida tan joven, y que entre todos sus feos defectos aún tenía en sí una promesa de belleza, pudiera tener un fin tan repulsivo, la mera humanidad: todo eso, si hicieran falta excusas, debe servirme de excusa por haber consentido otorgarte una última entrevista. Cuando llegué a París, tus lágrimas, derramadas una y otra vez durante toda la velada, que caían sobre tus mejillas como lluvia mientras comíamos primero en Voisin y cenábamos después en Paillard; la alegría no fingida que mostraste al verme, tomándome de la mano siempre que podías, como si fueras un niño dulce y penitente; tu contrición, tan sencilla y sincera, en aquel momento, me hicieron acceder a reanudar nuestra amistad. Dos días después habíamos vuelto a Londres, tu padre te vio almorzando conmigo en el Café Royal, se sentó a mi mesa, bebió de mi vino, y esa tarde, mediante una carta dirigida a ti, inició su primer ataque contra mí.

Puede ser extraño, pero otra vez me vi puesto, no diré en la ocasión, sino en el deber de separarme de ti. No hace falta que te señale que me refiero a tu conducta conmigo en Brighton del 10 al 13 de octubre de 1894. Remontarse a hace tres años es mucho para ti. Pero los que vivimos en la cárcel, y en cuyas vidas no hay más acontecimiento que la pena, tenemos que medir el tiempo por espasmos de dolor y el registro de los momentos amargos. No tenemos otra cosa en que pensar. El sufrimiento -por curioso que esto pueda parecerte- es el medio por el que existimos, y es el único medio por el que somos conscientes de existir; y el recuerdo del sufrimiento en el pasado nos es necesario como garantía, evidencia, de nuestra identidad continuada. Entre yo y el recuerdo de la alegría hay un abismo no menos profundo que entre yo y la alegría en su inmediatez. Si nuestra vida juntos hubiera sido como el mundo se la imaginaba, una vida tan sólo de placer, disipación y risas, yo no sería capaz de recordar ni uno solo de sus pasajes. Es porque estuvo llena de momentos y días trágicos, amargos, siniestros en sus avisos, grises o tremendos en sus escenas monótonas y violencias indecorosas, por lo que veo u oigo cada incidente con todo su detalle, veo y oigo, de hecho, poco más. Hasta tal punto se nutren los hombres de dolor en este lugar, que mi amistad contigo, en la forma en que me veo forzado a recordarla, se me aparece siempre como un prelude consonante con esos variados modos de angustia que cada día tengo que atravesar; más aún, como algo que los exige; como si mi vida, no obstante lo que pareciera a mis ojos y a los de los demás, hubiera sido constantemente una auténtica Sinfonía del Dolor, pasando por sus movimientos rítmicamente enlazados hasta su cierta resolución, con esa inevitabilidad que caracteriza en el Arte el tratamiento de todo gran tema.

He hablado de tu conducta conmigo durante tres días seguidos, hace tres años, ¿no es verdad? Yo estaba solo en Worthing, tratando de acabar mi última obra de teatro. Las dos visitas que me habías hecho habían acabado. De pronto apareciste por tercera vez, con un acompañante, y llegaste a proponer que se alojara en mi casa. Yo (reconocerás ahora que con toda

propiedad) me negué en rotundo. Os atendí, naturalmente; no me quedaba otro remedio; pero fuera, no en mi casa. Al día siguiente, un lunes, tu compañero volvió a las obligaciones de su profesión, y tú te quedaste conmigo. Aburrido de Worthing, y todavía más, no me cabe duda, de mis esfuerzos infructuosos por concentrar mi atención en la obra, la única cosa que en aquel momento me interesaba, insistes en que te lleve al Grand Hotel de Brighton. La noche de nuestra llegada caes enfermo con esa temible fiebre baja estúpidamente llamada influenza; tu segundo, si no tercer, ataque. No tengo que recordarte cómo te atendí y te cuidé, no sólo con todo lujo de frutas, flores, regalos, libros y todas esas cosas que pueden comprarse con dinero, sino con ese afecto, ternura y amor que, pienses tú lo que pienses, no se compran con dinero. Salvo una hora de caminata por las mañanas, y una hora de paseo en coche por las tardes, no salí del hotel. Conseguí uvas especiales de Londres para ti, porque las que había en el hotel no te gustaban; inventé cosas para agradarte, permanecía contigo o en la habitación contigua a la tuya, me sentaba a tu lado todas las noches para sosegartte o distraerte.

A los cuatro o cinco días te recuperas, y yo alquilo unas habitaciones para tratar de terminar la obra. Tú, por supuesto, me acompañas. En la mañana del día siguiente a nuestra instalación me pongo muy malo. Tú tienes que ir a Londres a un asunto, pero prometes volver por la tarde. En Londres te encuentras a un amigo, y no vuelves a Brighton hasta última hora del día siguiente; para entonces yo tengo una fiebre terrible, y el médico descubre que me has contagiado la influenza. No podría imaginarse cosa más incómoda para un enfermo que lo que resultaron ser aquellas habitaciones. Mi cuarto de estar está en el primer piso, mi dormitorio en el tercero. No hay ningún criado para atenderme, ni nadie siquiera para enviar un recado ni traer lo que mande el médico. Pero estás tú. No me inquieto. Los dos días siguientes me dejas completamente solo, sin cuidados, sin asistencia, sin nada. No era cuestión de uvas, flores ni regalos encantadores: era cuestión de lo más imprescindible; yo no podía procurarme ni la leche que me había mandado el médico; la limonada se dijo que era imposible; y cuando te rogué que me llevaras un libro de la librería, o si no tenían lo que yo quería que escogieras otra cosa, ni te molestaste en ir. Y cuando en consecuencia yo me quedo todo el día sin nada que leer, me dices con toda tranquilidad que me compraste el libro y prometieron enviarlo, afirmación que después descubrí por casualidad haber sido totalmente falsa desde el principio hasta el final. Todo ese tiempo estabas, por supuesto, viviendo a mi costa, paseando en coche, cenando en el Grand Hotel, y de hecho sólo apareciendo por mi habitación en busca de dinero. El sábado por la noche, habiéndome tenido totalmente desatendido y solo desde por la mañana, te pedí que volvieras después de cenar y me hicieras un rato de compañía. En tono irritado y con malos modales me lo prometes. Espero hasta las once y no apareces. Entonces te dejé una nota en tu habitación sólo recordándote la promesa que me habías hecho, y cómo la habías cumplido. A las tres de la mañana, sin poder dormir y atormentado por la sed, bajo al

cuarto de estar, en medio de la oscuridad y del frío, con la esperanza de encontrar agua allí. Te encontré a ti. Te abalanzaste sobre mí con cuantas palabras atroces te pudieron sugerir un estado descontrolado y una naturaleza indisciplinada y sin educación. Con la terrible alquimia del egotismo, transformaste tu remordimiento en rabia. Me acusaste de egoísmo por esperar que estuvieras conmigo estando yo enfermo; de interponerme entre tú y tus diversiones; de querer privarte de tus placeres. Me dijiste, y sé que era toda la verdad, que habías vuelto a medianoche únicamente para cambiarte de traje, y volver a salir a donde pensabas que te esperaban nuevos placeres, pero que al dejarte una carta en la que te recordaba que me habías tenido abandonado todo el día y toda la velada, realmente te había quitado las ganas de otros disfrutes, y reducido tu capacidad para nuevos deleites. Yo me volví arriba asqueado, y seguí insomne hasta el amanecer, y hasta mucho después del amanecer no pude conseguir nada con que aplacar la sed de la fiebre que tenía. A las once entraste en mi habitación. En la escena precedente no pude por menos de observar que con la carta por lo menos te había contenido en una noche de excesos mayores de lo acostumbrado. Por la mañana ya habías vuelto en ti. Yo lógicamente esperaba oír qué excusas aducías, y de qué manera ibas a pedir el perdón que en el fondo sabías que te aguardaba invariablemente, hicieras lo que hicieras; tu absoluta confianza en que yo siempre te perdonaría era realmente lo que siempre me gustó más de ti, quizá lo mejor que había en ti. Lejos de eso, empezaste a repetir la misma escena con nuevos ímpetus y expresiones más violentas. Yo, al cabo, te mandé salir de la habitación; tú fingiste hacerlo, pero cuando levanté la cabeza de la almohada donde la había enterrado, seguías estando allí, y con risa brutal y rabia histérica avanzaste de pronto hacia mí. Una sensación de horror me invadió, no supe por qué exacta razón; pero salté de la cama inmediatamente, y descalzo y como estaba bajé los dos tramos de escalera al cuarto de estar, de donde no salí hasta que el dueño de la casa -a quien había mandado llamar- me aseguró que ya no estabas en mi dormitorio, y prometió quedarse cerca por si le necesitaba. Tras un intervalo de una hora, en el que el médico vino y me encontró, por supuesto, en un estado de postración nerviosa total, así como con más fiebre de la que había tenido al principio, tú volviste sigilosamente, por dinero: tomaste lo que pudiste encontrar en el tocador y en la chimenea, y saliste de la casa con tu equipaje. ¿Necesito decirte lo que pensé de ti durante los dos miserables días de enfermedad y soledad que siguieron? ¿Será necesario que afirme que vi claramente que sería una deshonra para mí mantener aunque sólo fuera un trato superficial con una persona como tú habías demostrado ser? ¿Que vi llegado el último momento, y lo vi como realmente un gran alivio? ¿Y que supe que en el futuro mi Arte y la Vida serían mas libres y mejores y más hermosos en todos los aspectos? Enfermo como estaba, me sentí a gusto. El hecho de que la separación fuera irrevocable me daba paz. Para el martes no tenía fiebre, y por primera vez comí en el piso de abajo. El miércoles era mi cumpleaños. Entre los telegramas y comunicaciones que había sobre mi mesa encontré una carta

con tu letra. La abrí embargado por una sensación de tristeza. Sabía que había pasado el tiempo en que una frase bonita, una expresión de afecto, una palabra de aflicción me habrían hecho volver a aceptarte. Pero me engañaba de medio a medio. Te había subestimado. ¡La carta que me enviaste por mi cumpleaños era una elaborada repetición de las dos escenas, puestas astuta y cuidadosamente por escrito! Te mofabas de mí con vulgaridades. Tu única satisfacción en todo el asunto, decías, era haberte retirado al Grand Hotel y haber cargado el almuerzo en mi cuenta antes de irte a Londres. Me felicitabas por mi prudencia al salir de la cama, por mi abrupta huida al piso de abajo. «*Fue un momento feo para ti*», decías, «*más feo de lo que crees*». No, eso lo sentí muy bien. Lo que realmente quería decir no lo sabía: si tenías encima la pistola que habías comprado para intentar asustar a tu padre, y que una vez, creyéndola descargada, habías disparado en un restaurante público estando conmigo; si tu mano se movía hacia un vulgar cuchillo de mesa que por casualidad yacía sobre la mesa entre nosotros; si, olvidando por la rabia tu baja estatura y menor fortaleza, habías pensado en algún insulto especialmente personal, o ataque incluso, estando yo allí tendido y enfermo: no lo sabía. Sigo sin saberlo en el día de hoy. Lo único que sé es que me embargó un sentimiento de total horror, y que sentí que, a menos que saliera de la habitación al instante, y escapara, tú habrías hecho, o intentado, algo que habría sido, incluso para ti, motivo de vergüenza para toda la vida. Sólo una vez antes de eso había experimentado yo un sentimiento tal de horror ante un ser humano. Fue cuando en mi biblioteca de Tite Street tu padre, agitando sus manitas en el aire con furia epiléptica, con su matón, o amigo, entre él y yo, me estuvo soltando todas las palabras sucias que acudieron a su sucia mente, y chillando las atroces amenazas que después tan astutamente pondría en práctica. En ese caso fue él, por supuesto, el que tuvo que salir primero de la habitación. Le eché. En tu caso me fui yo. No era la primera vez que había tenido que salvarte de ti mismo.

Concluías tu carta diciendo: «*Cuando no estás subido al pedestal no eres interesante. La próxima vez que estés enfermo me iré inmediatamente*». ¡Ah, qué fibra tan grosera revela eso! ¡Qué falta total de imaginación! ¡Qué insensible, qué vulgar era ya el temperamento! «*Cuando no estás subido al pedestal no eres interesante. La próxima vez que estés enfermo me iré inmediatamente*.» Cuántas veces han vuelto a mí esas palabras en la triste celda solitaria de las diversas cárceles a donde me han mandado. Me las he dicho una y otra vez, y he visto en ellas, espero que injustamente, algo del secreto de tu extraño silencio. Que tú me escribieras eso, cuando la propia enfermedad y la fiebre que sufría las había contraído por cuidarte, fue, no hay que decirlo, de una zafiedad y crudeza repugnantes; pero que cualquier ser humano del mundo escribiera eso a otro sería un pecado que no tiene perdón, si hubiera algún pecado que no lo tuviese.

Confieso que cuando acabé tu carta me sentía casi poluto, como si con asociarme a alguien de tal naturaleza hubiera manchado y envilecido mi vida irreparablemente. Y es verdad que eso había hecho, pero para saber hasta qué punto tenía que vivir seis meses más. Resolví conmigo mismo volver a Londres el viernes, y ver a sir George Lewis personalmente para pedirle que escribiera a tu padre diciéndole que había tomado la determinación de jamás, bajo ninguna circunstancia, dejarte entrar en mi casa, sentarte a mi mesa, hablar conmigo, pasear conmigo, ni en ningún lugar ni tiempo acompañarme de ninguna manera. Hecho esto, te habría escrito únicamente para informarte del curso de acción que había adoptado; las razones inevitablemente las habrías visto tú. Lo tenía todo dispuesto el jueves por la noche, y el viernes por la mañana, mientras desayunaba antes de partir, abrí casualmente el periódico y vi en él un telegrama donde decía que tu hermano mayor, el verdadero cabeza de familia, el heredero del título, el sostén de la casa, había sido hallado muerto en una acequia, con el arma descargada a su lado. El horror de las circunstancias de la tragedia, de la que ahora se sabe que fue un accidente, pero entonces teñida de una insinuación más sombría; el patetismo de la muerte súbita de un hombre querido por todos los que le conocían, y casi en vísperas, por decirlo así, de su boda; mi conciencia de la desdicha que iba a ser para tu madre la pérdida de la persona que era su consuelo y su alegría en la vida, y que, como ella misma me dijera una vez, desde el día en que nació no le había hecho derramar ni una sola lágrima; mi conciencia de tu propio aislamiento, al estar tus otros hermanos en Europa, y por lo tanto ser tú el único al que tu madre y tu hermana podían mirar, no sólo para compañía de su dolor, sino también para esas pesadas responsabilidades de horrible detalle que la Muerte siempre trae consigo; el mero sentimiento de las *lacrimae rerum*, de las lágrimas de que está hecho el mundo, y de la tristeza de todo lo humano: de la confluencia de esos pensamientos y emociones agolpados en mi cerebro brotó una piedad infinita de ti y de tu familia. De mis propios dolores y acritudes contra ti me olvidé. Lo que tú habías sido para mí en mi enfermedad no podía yo serlo para ti en tu duelo. Al momento te telegrafí mi condolencia más honda, y en la carta subsiguiente te invité a venir a mi casa tan pronto como pudieras. Sentía que abandonarte en ese preciso momento, y formalmente por medio de un abogado, habría sido demasiado terrible para ti.

A tu regreso a la ciudad desde el escenario material de la tragedia, a donde habías sido convocado, viniste enseguida a mí con dulzura y sencillez, vestido de luto y con los ojos empañados de lágrimas. Buscabas consuelo y ayuda como podría buscarlos un niño. Yo te abrí mi casa, mi hogar, mi corazón. Hice también mía tu pena, para ayudarte a soportarla. Nunca, ni con una palabra, aludí a tu comportamiento conmigo, a las escenas repugnantes, a la carta repugnante. Tu dolor, que era real, me parecía acercarte a mí más de lo que nunca estuvieras. Las flores que tomaste de mí para ponerlas en la tumba de tu hermano habían de ser un símbolo no sólo de la belleza de su vida, sino de la belleza que yace latente en todas las vidas y puede ser sacada a la luz.

Los dioses son extraños. No sólo de nuestros vicios hacen instrumentos con que flagelarnos. Nos llevan a la ruina con lo que en nosotros hay de bueno, de amable, de humano, de amoroso. De no haber sido por mi piedad y mi afecto hacia ti y los tuyos, yo no estaría ahora llorando en este lugar terrible.

Por supuesto que en toda nuestra relación se descubre, no ya el Destino, sino la Fatalidad: la Fatalidad que camina siempre deprisa, porque va al derramamiento de sangre. Por tu padre procedes de una estirpe con la que el matrimonio es horrible, la amistad fatal, y que pone manos violentas sobre su propia vida o las vidas ajenas. En toda pequeña circunstancia en la que los caminos de nuestras vidas se cruzaron; en todo punto de importancia grande o aparentemente trivial en que acudiste a mí buscando placer o buscando ayuda; en las ocasiones menudas, los accidentes leves que no parecen, en su relación con la vida, más que el polvo que danza en un rayo de luz o la hoja que cae del árbol revoloteando, venía detrás la Ruina, como el eco de un grito amargo, o la sombra que caza con el animal de presa. Nuestra amistad realmente comienza cuando me pides, en una carta muy patética y encantadora, que te auxilie en una situación pavorosa para cualquiera, y doblemente para un muchacho de Oxford: así lo hago, y el resultado de usar tú mi nombre como amigo tuyo ante sir George Lewis es que empiezo a perder su estima y su amistad, una amistad de quince años. Cuando me vi privado de su consejo, su ayuda y su consideración, me vi privado de lo que era la gran salvaguardia de mi vida.

Me mandas un poema muy bonito, de la escuela poética estudiantil, para mi aprobación; yo contesto con una carta de fantásticos conceptos literarios te comparo con Hilas, o Jacinto, Jonquil o Narciso, o alguien a quien el gran dios de la Poesía favoreciera y honrara con su amor. La carta es como un pasaje de uno de los sonetos de Shakespeare, traspuesto a tono menor. Sólo la pueden entender los que hayan leído el *Banquete* de Platón, o captado el espíritu de cierto ánimo grave que se nos ha hecho hermoso en los mármoles griegos. Era, déjame decirlo con franqueza, el tipo de carta que yo habría escrito, en un momento feliz aunque caprichoso, a cualquier joven gentil de una u otra Universidad que me hubiera enviado un poema de su mano, seguro de que tendría el ingenio o cultura suficientes para interpretar a derechas sus fantásticas expresiones. ¡Mira la historia de esa carta! Pasa de ti a las manos de un compañero aborrecible; de él a una panda de chantajistas; se reparten copias por Londres, a mis amigos y al empresario del teatro donde se está representando mi obra; se le dan todos los sentidos menos el recto; la Sociedad se embelesa con absurdos rumores de que he tenido que pagar una enorme suma de dinero por haberte escrito una carta infamante; esto sirve de base al peor ataque de tu padre; yo mismo presento la carta original ante el Tribunal para que se vea lo que es en realidad; el abogado de tu padre la denuncia como intento repulsivo e insidioso de corromper a la Inocencia; al cabo entra a formar parte de una acusación criminal; la Corona la recoge; el

juez dictamina sobre ella con poca erudición y mucha moralidad; al final voy por ella a la cárcel. Ése es el resultado de escribirte una carta encantadora.

Mientras estoy contigo en Salisbury te asustas muchísimo con una comunicación amenazante de un antiguo compañero tuyo; me ruegas que vea al autor y te ayude; así lo hago; el resultado es la Ruina para mí. Me veo obligado a echar sobre mis hombros todo lo que tú has hecho y responder por ello. Cuando te suspenden en la licenciatura y tienes que salir de Oxford, me telegrafías a Londres suplicándome que vaya a estar contigo. Lo hago inmediatamente; me pides que te lleve a Goring, porque en esas circunstancias no querías ir a tu casa; en Goring ves una casa que te encanta; la alquilo por ti; el resultado desde todos los puntos de vista es la Ruina para mí. Un día vienes a pedirme, como favor personal, que escriba algo para una revista estudiantil de Oxford que va a poner en marcha un amigo tuyo, de quien jamás había oído hablar en mi vida ni sabía nada en absoluto. Por darte gusto -¿qué no hice siempre por darte gusto?- le mando una página de paradojas destinadas en un principio a la *Saturday Review*. Pocos meses después me encuentro sentado en el banquillo del Old Bailey por el carácter de la revista. Forma parte de la acusación de la Corona contra mí. Se me pide que saque la cara por la prosa de tu amigo y tus propios versos. Lo primero no lo puedo paliar; lo segundo, leal hasta el amargo fin a tu juvenil literatura y a tu vida juvenil, sí lo defiendo con denuedo, y no tolero que se diga que eres un escritor de indecencias. Pero voy a la cárcel, de todos modos, por la revista estudiantil de tu amigo y «el Amor que no se atreve a decir su nombre». En Navidad te hago un «regalo muy bonito», como lo calificabas en la carta de agradecimiento, por el que sabía que tenías capricho, que valía 40 o 50 libras como mucho. Cuando llega el crac de mi vida, y quedo arruinado, el alguacil que embarga mi biblioteca y la pone en venta lo hace para pagar el «regalo muy bonito». Fue por eso por lo que se sacó a subasta mi casa. En el momento final y terrible en que me veo asediado, y espoleado por tu asedio a iniciar un acción contra tu padre y hacerle detener, el clavo ardiendo al que me agarro en mis esfuerzos desesperados por evadirme es el enorme gasto. Le digo al abogado en tu presencia que no tengo fondos, que de ninguna manera puedo correr con las altísimas costas, que no dispongo de ningún dinero. Lo que dije era, como sabes, la pura verdad. En aquel viernes fatal, en vez de estar en el despacho de Humphreys consintiendo débilmente en mi propia ruina, yo habría estado libre y feliz en Francia lejos de ti y de tu padre, ignorante de su aborrecible tarjeta e indiferente a tus cartas, si hubiera podido salir del Avondale Hotel. Pero la gente del hotel se negó en rotundo a dejarme marchar. Tú te habías alojado conmigo durante diez días; habías acabado incluso, para mi gran y, lo reconocerás, legítima indignación, por traerte a un compañero tuyo a alojarse conmigo también; mi factura por los diez días sumaba casi 140 libras. El propietario dijo que no podía permitir que se sacase mi equipaje del hotel mientras no hubiera pagado la totalidad de la cuenta. Eso

fue lo que me retuvo en Londres. De no ser por la cuenta del hotel me habría ido a París el jueves por la mañana.

Cuando le dije al abogado que no tenía dinero para hacer frente al gigantesco gasto, inmediatamente interviniste. Dijiste que tu familia pagaría de mil amores todo lo que hiciera alta; que tu padre había sido un incubo para todos ellos; que a menudo habían comentado la posibilidad de meterle en un manicomio para no tenerle por medio; que era una fuente diaria de molestias y disgustos para tu madre y para todos; que con que yo diera un paso adelante para que le encerraran, la familia me tendría por su adalid y su benefactor; y que los propios parientes ricos de tu madre tendrían verdadero placer en sufragar todas las costas y gastos que el esfuerzo pudiera requerir. El abogado tiró para adelante, y de prisa y corriendo se me llevó al juzgado de guardia. No me quedaba ninguna excusa para no ir. Se me obligó. Ni que decir tiene que tu familia no paga las costas, y que, cuando se me deja en la bancarrota, es por obra de tu padre, y por las costas -su miserable monto-: unas 700 libras. En el momento presente mi mujer, enemistada conmigo por la importante cuestión de si debo contar con tres libras o tres libras y diez chelines a la semana para vivir, está preparando los trámites de un divorcio, para el cual, por supuesto, serán necesarias pruebas totalmente nuevas y un proceso totalmente nuevo, quizá seguido de acciones más serias. Yo, naturalmente, no sé nada de los detalles. Lo único que se es el nombre del testigo en cuya declaración se apoyan los abogados de mi mujer. Es tu propio criado de Oxford, a quien por expreso deseo tuyo tomé a mi servicio en el verano que pasamos en Goring.

Pero no hace falta que siga poniendo ejemplos de la extraña Fatalidad que parece haber atraído sobre mí en todas las cosas, grandes o pequeñas. Me hace sentir a veces como si tú mismo no hubieras sido más que una marioneta movida por una mano secreta e invisible para llevar sucesos terribles a un terrible desenlace. Pero también las marionetas tienen pasiones. Introducen una trama nueva en lo que presentan, y tuercen el desenlace ordenado de la vicisitud para amoldarlo a su capricho o su apetito. Ser enteramente libre, y al mismo tiempo enteramente sometida a ley, es la paradoja eterna de la vida humana, que a cada momento hacemos realidad; y a menudo pienso que ésa es la única explicación posible de tu naturaleza, si es que los profundos y terribles misterios de un alma humana pueden tener explicación, salvo la que hace que el misterio sea todavía más prodigioso.

Por supuesto que tú tenías tus ilusiones, vivías en ellas de hecho, y a través de sus nieblas cambiantes y sus velos de colores lo veías todo cambiado. Pensabas, lo recuerdo muy bien, que tu dedicación a mí, con total abandono de tu familia y vida familiar, era prueba de tu maravilloso aprecio hacia mí y de tu gran afecto. Sin duda a ti te lo parecía. Pero date cuenta de que conmigo estaban el lujo, la vida regalada, el placer ilimitado, el dinero sin tasa. Tu vida familiar te aburría. El «vino barato y frío de Salisbury», por emplear una frase

de tu invención, te sabía mal. De mi lado, y junto con mis atractivos intelectuales, estaban las ollas de Egipto. Cuando no me encontrabas a mí, los compañeros que elegías como sustitutos no eran como para presumir.

También pensaste que decirle a tu padre en una carta de abogado que antes que romper tu amistad eterna conmigo preferías renunciar a la asignación anual de 250 libras que, creo que con deducciones por tus deudas de Oxford, te estaba pasando por entonces, era situarse en la caballería andante de la amistad y pulsar la más noble nota de abnegación. Pero la cesión de tu pitanza no significaba que estuvieras dispuesto a dejar ni uno solo de tus lujos más superfluos ni de tus derroches más innecesarios. Al revés. Tu apetito de lujos nunca fue mayor. Mis gastos de ocho días en París contigo y tu criado italiano sumaron casi 150 libras: sólo en Paillard se fueron 85. Al tren de vida que querías llevar, todo tu estipendio de un año, comiendo solo y siendo especialmente ahorrativo en tu selección de los placeres menos costosos, difícilmente te habría durado tres semanas. El hecho de haber renunciado con fingida bravata a tu asignación, valiera lo que valiese, te daba al menos una razón pasable para tu pretensión de vivir a mis expensas, o lo que a ti te parecía una razón pasable; y en muchas ocasiones la esgrimiste seriamente, y la formulaste con puntos y comas; y el abuso continuo, principalmente, claro está, de mí, pero sé que también hasta cierto punto de tu madre, nunca fue tan penoso, porque, al menos en mi caso, nunca fue más absolutamente desprovisto de la menor palabra de gratitud ni sentido de la medida.

Pensaste también que al atacar a tu propio padre con cartas horribles, telegramas ofensivos y postales insultantes estabas realmente librando batallas por tu madre, sosteniendo su causa y vengando las ofensas y sufrimientos, sin duda terribles, de su vida matrimonial. Fue una total equivocación por tu parte; y una de las peores. La manera de vengar las ofensas de tu padre a tu madre, si lo considerabas parte de tus deberes de hijo, hubiera sido ser para tu madre mejor hijo de lo que eras: no hacer que le diera miedo hablar contigo de cosas serias; no firmar facturas para que ella las pagase; ser más suave con ella y no causarle penas. Tu hermano Francis le dio grandes compensaciones por lo que había sufrido, con su dulzura y bondad hacia ella en los breves años de su vida delicada. Tú deberías haberle tomado por modelo. Te equivocaste incluso al imaginar que para tu madre habría sido una delicia y una dicha absoluta que a través de mí *hubieras* conseguido llevar a tu padre a la cárcel. Estoy seguro de que te equivocabas. Y si quieres saber qué es lo que verdaderamente siente una mujer que tiene a su marido, al padre de sus hijos, vestido de presidiario y en una celda de presidio, escribe a mi mujer y pregúntaselo. Ella te lo dirá.

También yo tenía mis ilusiones. Pensaba que la vida iba a ser una comedia brillante, y tú una de sus muchas figuras airosas. Descubrí que era una tragedia repugnante y repelente, y que la siniestra ocasión de la gran

catástrofe, siniestra por lo concentrado de su objetivo y la intensidad de una fuerza de voluntad encogida, eras precisamente tú, despojado de aquella máscara de alegría y placer con la que lo mismo tú que yo nos habíamos dejado engañar y extraviar.

Ahora podrás entender, ¿no es cierto?, un poco de lo que estoy sufriendo. No sé qué periódico, creo que la Pall Mall Gazette, hablando del ensayo general de una de mis obras, decía que me seguías a todas partes como mi sombra: el recuerdo de nuestra amistad es la sombra que va conmigo aquí; que parece no dejarme nunca; que me despierta por las noches para contarme una y otra vez la misma historia, hasta que su reiteración cansina ahuyenta el sueño hasta el alba; al alba vuelve a empezar; me sigue al patio de la cárcel y me hace hablar solo mientras hago la ronda; me veo obligado a recordar cada detalle que acompañó a cada momento horrible; no hay nada de cuanto sucedió en esos años infaustos que no pueda recrear en esa cámara del cerebro que está reservada al dolor o a la desesperación; hasta la última nota forzada de tu voz, hasta el último temblor y gesto de tus manos nerviosas, hasta la última palabra amarga, hasta la última frase venenosa vuelve a mí; me acuerdo de la calle o del río por donde pasamos, de la pared o del bosque que nos rodeaba, de qué figura hacían en la esfera las manecillas del reloj, de hacia dónde iban las alas del viento, de qué forma y color tenía la luna.

Hay, lo sé, una única respuesta a todo lo que te he dicho, y es que me querías; que a lo largo de esos dos años y medio en que los Hados estuvieron tejiendo un único dibujo escarlata con los hilos de nuestras vidas divididas, realmente me quisiste. Sí; sé que así fue. No importa cómo te portases conmigo, siempre sentí que en el fondo me querías de verdad. Aunque veía con toda claridad que mi posición en el mundo del Arte, el interés que mi personalidad siempre había suscitado, mi dinero, el lujo en que vivía, las mil y una cosas que componían una vida tan encantadora y prodigiosamente inverosímil como era la mía, que todas y cada una de esas cosas eran elementos que te fascinaban y te hacían aferrarte a mí, aun así, aparte de todo eso, había algo más para ti, una extraña atracción: me querías mucho más que a nadie. Pero tú, como yo, has tenido una terrible tragedia en tu vida, aunque de signo totalmente contrario a la mía. ¿Quieres saber qué fue? Fue esto. En ti el Odio siempre fue más fuerte que el Amor. Tu odio hacia tu padre era de tal magnitud que superaba, anulaba, eclipsaba totalmente tu amor hacia mí. No hubo lucha alguna entre ellos, o si la hubo fue poca; de tales dimensiones era tu Odio y tan monstruoso. Tú no te dabas cuenta de que no hay sitio para las dos pasiones en una misma alma. No pueden vivir juntas en esa hermosa mansión. El Amor se alimenta de la imaginación, que nos hace más sabios que lo que sabemos, mejores que lo que sentimos, más nobles que lo que somos; que nos capacita para ver la Vida como un todo; que es lo único que nos permite comprender a los demás en sus relaciones así reales como ideales. Sólo lo bello, y bellamente concebido, alimenta el Amor. Pero el Odio se nutre

de cualquier cosa. No hubo copa de champán que bebieras, no hubo plato exquisito que comieras en todos esos años, que no alimentara tu Odio y lo cebara. Para satisfacerlo jugaste con mi vida, lo mismo que jugabas con mi dinero, al desgaire, sin freno, indiferente a las consecuencias. Si perdías, pensabas que la pérdida no sería tuya. Si ganabas, sabías que tuyos serían el júbilo y las ventajas de la victoria.

El Odio ciega. Tú no te dabas cuenta de eso. El Amor alcanza a leer lo escrito en la estrella más remota, pero el Odio te cegó de tal modo que no veías más allá del jardín angosto, tapiado y ya marchito de tus deseos vulgares. Tu terrible falta de imaginación, el único defecto realmente fatídico de tu carácter, era enteramente resultado del Odio que vivía en ti. Sutilmente, en silencio y en secreto, el Odio iba royendo tu naturaleza, como muerde el liquen la raíz de una planta ajada, hasta que llegaste a no ver otra cosa que los intereses más ruines y los objetivos más mezquinos. Esa facultad que el Amor habría alentado en ti, el Odio la envenenó y paralizó. Cuando tu padre empezó a atacarme fue como amigo tuyo particular, y en una carta particular dirigida a ti. Tan pronto como leí esa carta, con sus amenazas obscenas y sus violencias groseras, vi de inmediato que un peligro terrible se cernía en el horizonte de mis agitados días; te dije que no quería ser la cabeza de turco entre vosotros dos, con vuestro odio inveterado; que yo en Londres era naturalmente una presa mucho mayor para él que un ministro de Asuntos Exteriores en Homburg; que sería injusto conmigo colocarme aunque sólo fuera por un instante en semejante posición; y que tenía mejores cosas que hacer en la vida que aguantar escenas con un hombre borracho, déclassé y medio idiota como él. No hubo manera de hacértelo ver. El Odio te cegaba. Te empeñaste en que la pelea realmente no tenía nada que ver conmigo; en que no ibas a tolerar que tu padre mandase en tus amistades particulares; en que sería muy injusto que yo interviniera. Ya antes de verme por ese motivo le habías enviado a tu padre un telegrama necio y vulgar a guisa de respuesta. Con eso, claro está, te condenabas a seguir un rumbo necio y vulgar. Los errores fatales de la vida no se deben a que seamos insensatos: un momento de insensatez puede ser nuestro mejor momento. Se deben a que somos lógicos. Hay una gran diferencia. Ese telegrama condicionó a partir de ahí todas tus relaciones con tu padre, y por consiguiente toda mi vida. Y lo grotesco es que era un telegrama del que el más vulgar galopín se habría avergonzado. De los telegramas insolentes se pasó con toda naturalidad a las cartas de abogado presuntuosas, y el resultado de tus cartas de abogado a tu padre fue, claro está, espolearle todavía más. No le dejaste otra alternativa que seguir. Le impusiste como cuestión de honor, de deshonor mas bien, que tu acción surtiera efectos aún mayores. Así que a la vez siguiente me ataca a mí, ya no en carta particular y como amigo tuyo particular, sino en público y como hombre público. Tengo que echarle de mi casa. Va buscándome de restaurante en restaurante, para insultarme ante la faz del mundo, y de tal modo que el replicar fuera mi ruina, y el no replicar fuera mi ruina también. ¿No

fue ése el momento en que tú deberías haber dado un paso al frente para decir que antes que exponerme a tan odiosos ataques, a tan infame persecución por tu causa, de buen grado y al momento renunciabas a todo título sobre mi amistad? Ahora será eso lo que pienses, me figuro. Pero entonces ni se te pasó por la cabeza. El Odio te cegaba. Lo único que se te ocurrió (aparte, naturalmente, de escribirle cartas y telegramas insultantes) fue comprar una pistola ridícula que se dispara en el Berkeley en circunstancias que desatan un escándalo mayor de cuantos llegaran nunca a tus oídos. En realidad, la idea de ser el objeto de una disputa terrible entre tu padre y un hombre de mi posición parecía deleitarte. Halagaba tu vanidad, supongo que con toda lógica, y acrecentaba tu importancia ante ti mismo. Que tu padre se hubiera llevado tu cuerpo, que a mí no me interesaba, y me hubiera dejado tu alma, que no le interesaba a él, habría sido para ti una solución lamentable del litigio. Olfateaste la ocasión de un escándalo público y corriste a ella. La perspectiva de una batalla en la que tú estarías a salvo te entusiasmó. No recuerdo haberte visto nunca de mejor humor que el que mostraste en el resto de aquella temporada. Tu única decepción pareció ser que al final no pasó nada, y que entre nosotros no hubo más encuentro ni alboroto. Te consolaste enviándole telegramas de tal carácter, que al cabo el desgraciado te escribió diciendo que había dado orden a sus criados de que no le pasaran ningún telegrama bajo ningún pretexto. Eso no te arredró. Viste las inmensas oportunidades que brindaba la tarjeta postal abierta, y las explotaste a fondo. Le agujijoneaste aún más en la persecución de su presa. Yo no creo que él tampoco la hubiera dejado. Los instintos de la familia eran fuertes en él. Su odio hacia ti era tan persistente como el tuyo hacia él, y yo era el buey de cabestrillo para los dos, y un modo de ataque a la vez que un modo de protección. Su mismo afán de notoriedad no era simplemente individual, sino racial. De todos modos, si su interés hubiera flaqueado por un momento, tus cartas y postales lo habrían vuelto en seguida a su antiguo ardor. Eso hicieron, y él lógicamente fue más lejos aún. Tras haberme acometido como caballero particular y en privado, como hombre público y en público, al cabo decide lanzar su gran ataque final contra mí como artista, y en el lugar donde mi Arte se está representando. Se procura por medios fraudulentos una butaca para el estreno de una de mis obras, y trama un plan para interrumpir la representación, hacer un sucio discurso sobre mí ante el público, insultar a mis actores, arrojarme proyectiles ofensivos o indecentes cuando salga a saludar al final, arruinarme totalmente de alguna manera asquerosa a través de mi trabajo. Por puro azar, en la sinceridad breve y accidental de una ebriedad mayor de lo habitual, alardea de su intención públicamente. Se informa a la policía, y se impide su entrada en el teatro. Tú tuviste entonces tu oportunidad. Tu oportunidad fue ésa. ¿No te das cuenta ahora de que deberías haberla visto, y haberte adelantado a decir que no querías que mi Arte, a lo menos, se perdiera por ti? Tú sabías lo que mi Arte era para mí, la gran nota fundamental con que me había revelado, en primer lugar ante mí mismo, y después ante el mundo; la verdadera pasión de mi vida; el amor frente al que todos los demás

amores eran como agua de pantano al vino tinto, o la luciérnaga del pantano al mágico espejo de la luna. ¿No comprendes ahora que tu falta de imaginación era el único defecto realmente fatídico de tu carácter? Lo que tuviste que hacer era muy sencillo, y lo tenías muy claro ante ti, pero el Odio te había cegado y no veías nada. Yo no podía pedir excusas a tu padre porque él llevara casi nueve meses insultándome y persiguiéndome de la manera más aborrecible. No podía sacarte de mi vida. Lo había intentado una y otra vez. Había llegado incluso a dejar Inglaterra y marcharme al extranjero con la esperanza de escapar de ti. Nada había servido de nada. Tú eras la única persona que podía hacer algo. La clave de la situación estaba enteramente en ti. Fue la gran oportunidad que tuviste de darme alguna pequeña compensación por todo el amor, el afecto, la bondad, la generosidad y los desvelos que yo te había mostrado. Si me hubieras apreciado en la décima parte de mi valor como artista lo habrías hecho. Pero el Odio te cegaba. La facultad «que es lo único que nos permite comprender a los demás en sus relaciones así reales como ideales» estaba muerta en ti. No pensabas más que en la manera de llevar a tu padre a la cárcel. Verle «en el banquillo», como solías decir: ésa era tu única idea. Esa frase vino a ser uno de los muchos estribillos de tu conversación diaria. Se la oía en todas las comidas. Bien, pues viste satisfecho tu deseo. El Odio te concedió todo lo que querías. Fue un Señor indulgente contigo. Lo es, en efecto, con todos los que le sirven. Dos días te sentaste en un asiento elevado con los guardias, y te regalaste los ojos con el espectáculo de tu padre en el banquillo del Tribunal Central de lo Criminal. Y al tercer día yo ocupé su lugar. ¿Qué había pasado? Que en el espantoso juego de odio que os traéis, los dos habíais echado mi alma a los dados, y casualmente habías perdido tú. Nada más.

Ya ves que tengo que escribir tu vida para ti, y tú tienes que comprenderla. Hace ahora más de cuatro años que nos conocemos. La mitad de ese tiempo hemos estado juntos; la otra mitad yo he tenido que pasarla en la cárcel como resultado de nuestra amistad. Dónde recibirás esta carta, si es que te llega, no lo sé. Roma, Nápoles, París, Venecia, alguna hermosa ciudad sobre mar o río, no lo dudo, te acoge. Estás rodeado, si no de todo el lujo inútil que tuviste conmigo, por lo menos de todo lo que es placentero a la vista, al oído y al gusto. La Vida es muy bella para ti. Y sin embargo, si eres sabio, y quieres encontrar la Vida aún mucho más bella, y de otra manera, dejarás que la lectura de esta carta terrible -porque sé que eso signifique una crisis y un punto de inflexión tan importante para tu vida como escribirla lo es para mí. Tu cara pálida solía sonrojarse fácilmente con el vino o el placer. Si, mientras lees lo que aquí está escrito, de tanto en tanto te arde de vergüenza como al calor de un horno, tanto mejor será para ti. El vicio supremo es la superficialidad. Todo lo que se comprende está bien.

Ya he llegado a la prisión preventiva, ¿verdad? Tras pasar una noche en la comisaría me mandan allí en un coche celular. Tú estuviste de lo mas atento y

amable. Casi todas las tardes, si no todas las tardes hasta que te fuiste al extranjero, te tomaste la molestia de ir a Holloway a verme. También escribías unas cartas muy dulces y cariñosas. Pero que no era tu padre sino tú quien me había metido en la cárcel, que desde el principio hasta el final tú eras el responsable, que si estaba allí era a causa de ti, por ti y por obra tuya, eso no lo pensaste ni por un momento. Ni siquiera el espectáculo de verme tras los barrotes de una jaula de madera pudo espabilar esa naturaleza sin imaginación. Tenías la conmiseración y el sentimentalismo del espectador de un drama más bien patético. Que tú fueras el autor de la abominable tragedia ni se te ocurrió. Yo vi que no te dabas cuenta de nada de lo que habías hecho. No quise ser yo el que te dijera lo que tu propio corazón debería haberte dicho, lo que en verdad te habría dicho si no hubieras dejado que el Odio lo endureciera y lo insensibilizara. Todo le tiene a uno que venir de su propia naturaleza. De nada vale decirle a nadie algo que no siente y no puede entender. Si ahora te escribo como lo hago es porque tu propio silencio y comportamiento durante mi larga prisión lo han hecho necesario. Además, de tal modo salieron las cosas que el golpe sólo me alcanzó a mí. Eso me agradó. Por muchas razones aceptaba sufrir, aunque siempre hubiera a mis ojos, cuando te miraba, algo no poco despreciable en tu completa y testaruda ceguera. Recuerdo que me enseñaste rebosante de orgullo una carta sobre mí que habías publicado en uno de los periódicos populacheros. Era un escrito muy prudente, moderado, vulgar incluso. Apelabas al «*sentido inglés de la equidad*», o algo así de horrendo, en favor de «*un hombre caído*». Era el tipo de carta que podrías haber escrito si se hubiera presentado una acusación dolorosa contra alguna persona respetable a la que personalmente no conocieras de nada. Pero a ti te parecía una carta maravillosa. La veías como una demostración de caballerosidad casi quijotesca. Estoy enterado de que escribiste otras cartas a otros periódicos, que no las publicaron. Pero eran únicamente para decir que odiabas a tu padre. A nadie le importaba que le odiaras o no. El Odio, aún tienes que aprenderlo, es, intelectualmente considerado, la Negación Eterna. Considerado desde el punto de vista de las emociones es una forma de Atrofia, y mata todo lo que no sea él mismo. Escribir a los periódicos para decir que uno odia a otra persona es como si uno escribiera a los periódicos para decir que tiene una enfermedad secreta y vergonzosa: el hecho de que el hombre al que odiabas fuera tu propio padre, y que ese sentimiento fuera plenamente correspondido, no hacía tu Odio noble ni hermoso en modo alguno. Si algo demostraba, era sencillamente que se trataba de una enfermedad hereditaria.

Recuerdo también, cuando se embargó mi casa y se pusieron en venta mis libros y mis muebles, y la quiebra era inminente, que lógicamente te escribí diciéndotelo. No hice mención de que era para pagar unos regalos que te había hecho para lo que los alguaciles habían entrado en la casa donde tantas veces cenaste. Pensé, con razón o sin ella, que esa noticia podría herirte un poco. Me limité a contarte los hechos escuetos. Creí oportuno que los

conocieras. Me respondiste desde Boulogne en tonos casi de exultación lírica. Decías que sabías que tu padre estaba «muy alcanzado de dinero», y había tenido que pedir 1.500 libras para los gastos del proceso, y que mi quiebra era realmente un «triumfo espléndido» sobre él, ¡porque así no podría sacarme nada de las costas! ¿Te das cuenta ahora de lo que es que el Odio ciegue a una persona? ¿Reconoces ahora que al describirlo como una Atrofia destructora de todo lo que no sea él mismo estaba describiendo científicamente un hecho psicológico real? Que todas mis cosas bonitas hubieran de venderse: mis dibujos de Burne Jones; mis dibujos de Whistler; mi Monticelli; mis Simeon Solomons; mis porcelanas; mi biblioteca con su colección de volúmenes dedicados de casi todos los poetas de mi tiempo, de Hugo a Whitman, de Swinburne a Mallarmé, de Morris a Verlaine; con sus ediciones bellamente encuadernadas de las obras de mi padre y de mi madre; su maravilloso despliegue de premios de la universidad y del colegio, sus *éditions de luxe* y demás cosas, todo eso para ti no era absolutamente nada. Decías que era un fastidio: nada más. Lo que realmente veías en ello era la posibilidad de que tu padre pudiera acabar perdiendo unos pocos centenares de libras, y esa consideración ruin te colmó de extática dicha. En cuanto a las costas del juicio, tal vez te interese saber que tu padre declaró abiertamente en el Orleans Club que si le hubiera costado 20.000 libras las habría dado por muy bien empleadas, por lo mucho que había significado para él de deleite, disfrute y triunfo. El hecho de que pudiera no sólo meterme en la cárcel por dos años, sino sacarme una tarde para hacerme públicamente insolvente, fue un extrarrefinamiento de placer con el que no contaba. Fue el punto culminante de mi humillación, y de su victoria perfecta y total. Si tu padre no hubiera podido pedirme las costas, tú, lo sé perfectamente, al menos de palabra te habrías mostrado muy apenado por la pérdida de mi entera biblioteca, pérdida irreparable para un hombre de letras, de mis pérdidas materiales la más penosa para mí. Podrías incluso, recordando las cantidades de dinero que yo me había gastado en ti pródigamente y cómo habías vivido a mi costa durante años, haberte tomado la molestia de comprar para mí algunos de mis libros. Los mejores se dieron todos por menos de 150 libras: más o menos lo que yo gastaba en ti en una semana cualquiera. Pero el mezquino y vil placer de pensar que a tu padre le fueran a faltar unos peniques del bolsillo te hizo olvidarte de lo que habría podido ser una pequeña compensación, tan leve, tan fácil, tan barata, tan obvia, y para mí tan infinitamente valiosa, si la hubieras hecho. ¿Tengo razón al decir que el Odio ciega? ¿Lo ves ahora? Si no lo ves, haz un esfuerzo.

Con qué claridad lo vi yo entonces, como ahora, no hace falta que te lo diga. Pero a mí mismo me dije: «*A toda costa tengo que conservar el Amor en mi corazón. Si voy a la cárcel sin Amor, ¿quesera de mi Alma?*». Las cartas que te escribía en aquella época desde Holloway eran mis intentos de conservar el Amor como nota dominante de mi naturaleza. Podía, si hubiera querido, haberte hecho pedazos con reproches amargos. Podía haberte desgarrado

con maldiciones. Podía haberte puesto un espejo, y haberte mostrado una imagen tal de ti mismo que no la habrías reconocido como tuya hasta verla remedar tus gestos de horror, y entonces habrías sabido de quién era figura, y la habrías aborrecido y te habrías aborrecido para siempre. Y más que eso. Se estaban cargando los pecados de otro a mi cuenta. De haber querido, en uno u otro de los juicios podría haberme salvado a su costa, no de la vergüenza, no, pero sí de la prisión. Si me hubiera molestado en mostrar que los testigos de la Corona -los tres más importantes- habían sido cuidadosamente preparados por tu padre y sus abogados, no sólo en sus reticencias, sino en sus afirmaciones, para la absoluta transferencia, deliberada, planeada y ensayada, de las acciones y andanzas de otro sobre mí, podría haberles hecho recusar por el juez uno a uno, más sumariamente incluso que lo fue el pobre y perjuro Atkins. Podía haber salido del juzgado riéndome del mundo, libre, con las manos en los bolsillos. Se me sometió a la mayor presión para que lo hiciera. Me aconsejaron, me rogaron, me instaron encarecidamente a hacerlo personas cuyo único interés era mi bienestar y el bienestar de mi casa. Pero me negué. No quise. No he lamentado mi decisión ni un solo instante, ni en los momentos más amargos de mi encarcelamiento. Ese comportamiento habría estado por debajo de mí. Los pecados de la carne no son nada. Son enfermedades para que las cure un médico, si es que hay que curarlas. Sólo los pecados del alma son vergonzosos. Haber conseguido mi absolución por esos medios habría sido una tortura para toda mi vida. Pero ¿tú crees realmente que eras digno del amor que yo entonces te mostraba, o que yo ni por un instante pensé que lo fueras? ¿Tú crees realmente que en algún período de nuestra amistad fuiste digno del amor que te mostré, ni que por un instante pensé que lo fueras? Yo sabía que no lo eras. Pero el Amor no trafica en un mercado, ni usa balanza de mercachifle. Su dicha, como la dicha del intelecto, es sentirse vivo. El objetivo del Amor es amar: ni más ni menos. Tú eras mi enemigo: un enemigo como no ha tenido ningún hombre. Yo te había dado mi vida, y para satisfacer las más bajas y despreciables de todas las pasiones humanas, el Odio, la Vanidad y la Codicia, tú la habías tirado. En menos de tres años me habías arruinado completamente desde todos los puntos de vista. Por mi propio bien lo único que podía hacer era amarte. Sabía que, si me permitía odiarte, en el seco desierto de la existencia que tenía que cruzar, y que aún estoy cruzando, no habría peña que no perdiera su sombra, ni palmera que no se secara, ni pozo o agua que no viniera envenenada. ¿Empiezas ahora a comprender un poco? ¿Va despertando tu imaginación del prolongado letargo en que ha estado sumida? Sabes ya lo que es el Odio. ¿Empiezas a barruntar lo que es el Amor, y cómo es el Amor? No es demasiado tarde para que lo aprendas, aunque para enseñártelo haya tenido yo que ir a una celda de presidio.

Tras mi terrible sentencia, cuando me vestí de presidiario y la puerta de la cárcel se cerró, me quedé así, entre las ruinas de mi vida maravillosa, aplastado por la angustia, desatinado por el terror, aturdido por el sufrimiento.

Pero no quise odiarte. Todos los días me decía: «Hoy *tengo que conservar el Amor en mi corazón, porque si no, ¿cómo soportaré el día?*». Me recordaba que, al menos, no habías querido hacerme daño; me obligué a pensar que lo único que habías hecho era tender un arco a la ventura, y la flecha había atravesado a un rey entre las juntas del arnés. Haberte puesto en la balanza con la más pequeña de mis penas, la más mezquina de mis pérdidas, habría sido, pensaba, injusto. Resolví mirarte como a alguien que también sufría. Meforcé a creer que al fin se había caído la venda de tus ojos, tanto tiempo ciegos. Me imaginaba, con dolor, cuál habría sido tu espanto cuando contemplaste la obra terrible de tus manos. Hubo momentos, incluso en aquellos días oscuros, los más oscuros de toda mi vida, en que hasta anhelé consolarte. Tan seguro estaba de que por fin te habías dado cuenta de lo que habías hecho.

No se me ocurrió entonces que pudieras tener el vicio supremo, la superficialidad. De hecho, fue un verdadero dolor para mí tener que comunicarte que debía reservar forzosamente mi primera oportunidad de recibir carta para asuntos familiares; pero mi cuñado me había escrito diciendo que con una sola vez que escribiera a mi mujer, ella, por mí y por nuestros hijos, renunciaría a pedir el divorcio. Sentí que ése era mi deber. Dejando aparte otras razones, no podía soportar la idea de que me separasen de Cyril, mi hermoso, amante y amable hijo, mi amigo sobre todos los amigos, mi compañero sobre todos los compañeros, del que un solo cabello de su cabecita de oro me habría sido más caro y valioso, no diré que tú de la cabeza a los pies, sino que toda la crisolita del mundo entero; como siempre lo había sido, aunque yo llegué a entenderlo demasiado tarde.

Dos semanas después de tu petición tuve noticias tuyas. Robert Sherard, el más valiente y caballeroso de todos los seres brillantes, me viene a ver, y entre otras cosas me dice que en el ridículo *Mercure de France*, con su absurda afectación de ser el verdadero centro de la corrupción literaria, estás a punto de publicar un artículo sobre mí con muestras de mis cartas. Me pregunta si es realmente por deseo mío. Yo me quedé estupefacto, y muy contrariado, y di orden de parar aquello inmediatamente. Habías dejado mis cartas por medio para que las robaran tus compañeros chantajistas, para que las escamoteara el servicio de los hoteles, para que las vendieran las criadas. Eso no era más que descuido y falta de apreciación de lo que yo te escribía. Pero que te propusieras seriamente publicar extractos del resto me pareció casi increíble. ¿Y qué cartas eran? No pude informarme. Ésa fue la primera noticia que tuve de ti. Me desagradó.

La segunda llegó poco después. Se habían presentado en la cárcel los abogados de tu padre, y me entregaron personalmente una notificación de fallido por unas miserables 700 libras, el importe de sus costas. Fui declarado insolvente público y se me ordenó comparecer ante el juez. Yo estaba

firmemente convencido, y lo sigo estando, y volveré sobre ese tema, de que esas costas las debería haber pagado tu familia. Tú personalmente habías asumido la responsabilidad de afirmar que tu familia las pagaría. Por eso el abogado tomó el caso como lo tomó. La responsabilidad era toda tuya. Aun al margen de tu compromiso en nombre de la familia, tenías que haber sentido que eras tú el que había atraído sobre mí toda la ruina; lo menos que se podía hacer era ahorrarme la ignominia añadida de la quiebra por una suma absolutamente despreciable, menos de la mitad de lo que me había gastado en ti en tres cortos meses de verano en Goring. Pero de eso no hablemos más por ahora. Sí que recibí por medio del pasante, lo reconozco, un mensaje tuyo sobre el asunto, o por lo menos relacionado con la ocasión. El día que vino a tomar mis declaraciones, se inclinó sobre la mesa -estábamos en presencia del vigilante-, y, luego de consultar un papel que sacó del bolsillo, me dijo en voz baja: «El príncipe Fleur-de-Lys le envía sus recuerdos». Yo me le quedé mirando. Él repitió el mensaje. Yo no le entendía. «El caballero está en estos momentos en el extranjero», añadió misteriosamente. Entonces caí de golpe, y recuerdo que, por primera y última vez en toda mi vida de presidio, solté la carcajada. En esa carcajada iba todo el desprecio del mundo. ¡El príncipe Fleur-de-Lys! Vi -y los hechos subsiguientes me demostrarían que había visto bien- que nada de lo ocurrido te había hecho comprender lo más mínimo. A tus ojos seguías siendo el príncipe gentil de una comedia trivial, no la figura sombría de un espectáculo trágico. Todo lo que había pasado no era más que una pluma para la gorra que orla una cabeza estrecha, una flor de adorno para el jubón que oculta un corazón que el Odio, y el Odio solamente, calienta, y que el Amor, y el Amor solamente, encuentra frío. ¡Príncipe Fleur-de-Lys! Sin duda hacías muy bien en comunicarte conmigo bajo nombre supuesto. Yo, en aquellos momentos, no tenía nombre alguno. En la vasta prisión donde entonces estaba encarcelado, no era más que el número y la letra de una pequeña celda de una larga galería, uno entre mil números sin vida, como entre mil vidas sin vida. Pero seguramente habría muchos nombres de verdad en la historia de verdad que te habrían cuadrado mucho mejor, y con los que no me habría sido nada difícil reconocerte al instante. No se me ocurrió buscarte tras las lentejuelas de una visera de pacotilla sólo apta para una mascarada cómica. ¡Ah, si tu alma hubiera estado como para su propia perfección, incluso debería haber estado lacerada de pena, doblegada por el remordimiento y humillada por la aflicción, no habría sido ése el disfraz escogido para entrar a su sombra en la Casa del Dolor! Las cosas grandes de la vida son lo que parecen, y por esa razón, por extraño que te resulte, a menudo son difíciles de interpretar. Pero las cosas pequeñas de la vida son símbolos. Por ellas es como mejor recibimos las lecciones amargas. Tu elección aparentemente casual de un nombre fingido fue, y lo seguirá siendo, simbólica. Te revela.

Seis semanas después llega una tercera noticia. Me sacan de la enfermería, donde estaba en cama muy enfermo, para recibir un mensaje especial de ti por

mediación del director de la prisión. Él me lee una carta que le habías dirigido, donde afirmabas que te proponías publicar un artículo «sobre el caso del señor Oscar Wilde» en el *Mercure de France* («revista», añadías no se sabe por qué razón, «que es el equivalente de nuestra *Fortnightly Riviera*») y tenías mucho interés en obtener mi permiso para publicar extractos y selecciones de... ¿qué cartas? ¡Las cartas que yo te había escrito desde Holloway! ¡Las cartas que para ti deberían haber sido lo más sagrado y lo más secreto del mundo entero! ¡Ésas eran las cartas que querías publicar para asombro del ajado *décadent*, para chismorreos del voraz *feuilletoniste*, para estupefacción de los personajillos del *Quartier Latin*! Si en tu corazón no había nada que clamase contra un sacrilegio tan grosero, podías haberte acordado al menos del soneto que escribiera quien con tanta pena y desprecio vio vender en Londres, en pública subasta, las cartas de John Keats, y haber entendido al cabo el auténtico sentido de mis versos:

Yo creo que no aman el Arte
quienes rompen el cristal del corazón de un poeta
para deleite de ojos ruines y enfermizos.

Porque ¿qué querías demostrar con ese artículo? ¿Que yo te había querido demasiado? El *gamin* de París ya lo sabía. Todos leen los periódicos, y casi todos escriben en ellos. ¿Que yo era un hombre genial? Los franceses lo habían entendido, y la peculiar calidad de mi genio, mucho mejor que lo entendías tú, o podías entenderlo. ¿Que la genialidad se acompaña con frecuencia de un curioso retorcimiento de la pasión y el deseo? Admirable: pero ese tema hubiera sido más propio de Lombroso que de ti. Además, el fenómeno patológico en cuestión se encuentra también entre los que carecen de genialidad. ¿Que en tu guerra de odio con tu padre yo fui a la vez escudo y arma para los dos? Más aún, ¿que en esa caza atroz de mi vida que tuvo lugar una vez acabada la guerra él no me habría podido dar alcance si no estuvieran ya tus redes tendidas a mis pies? Totalmente cierto; pero me dicen que eso ya lo había hecho Henri Bauér la mar de bien. Además, para corroborar su tesis, si tal hubiera sido tu intención, no te hacía falta publicar mis cartas; por lo menos las escritas desde Holloway.

¿Dirás, en respuesta a mis preguntas, que en una de las cartas de Holloway yo mismo te había pedido que intentarás, hasta donde fuera posible, limpiar un poco mi nombre ante alguna pequeña porción del mundo? Ciertamente lo hice. Recuerda cómo y por qué estoy aquí, en este mismo momento. ¿Crees que estoy aquí por mis relaciones con los testigos del juicio? Mis relaciones, reales o supuestas, con esa clase de gente no eran materia de interés ni para el gobierno ni para la sociedad. No sabían nada de ellas, y menos aún les

importaban. Estoy aquí por haber intentado llevar a la cárcel a tu padre. El intento fracasó, por supuesto. Mis propios abogados tiraron la toalla. Tu padre me volvió completamente las tornas, y me llevó a la cárcel a *mí*, y aún me tiene en ella. Por eso se me escarnece. Por eso se me desprecia. Por eso tengo que cumplir hasta el último día, hasta la última hora, hasta el último minuto de mi terrible reclusión. Por eso se han denegado mis apelaciones.

Tú eras la única persona que, sin exponerte de ninguna manera a escarnio ni peligro ni culpa, podría haber dado otro color a todo el asunto; haber puesto la cuestión bajo otra luz; haber mostrado hasta cierto punto cómo eran las cosas en realidad. Yo, por supuesto, no habría esperado, ni deseado, que declarases cómo y con qué fin habías buscado mi ayuda cuando tu apuro de Oxford; ni cómo, ni con qué fin, si es que algún fin tenías, prácticamente no te habías despegado de mí durante casi tres años. Mis intentos incesantes de cortar una amistad que era tan ruinosa para mí como artista, como hombre de posición, como miembro de la sociedad incluso, no tenían por qué haber sido relatados con la precisión con que aquí se han consignado. Tampoco hubiera querido que describieras las escenas que hacías con tan monótona reiteración; ni que dieras a la imprenta tus maravillosas series de telegramas, con su extraña mezcla de romance y finanzas; ni que citaras de tus cartas los pasajes más repugnantes o despiadados, como yo he tenido que hacer. Aun así, pensé que habría sido bueno, para ti y para mí, que elevaras alguna protesta contra la versión que daba tu padre de nuestra amistad, no menos grotesca que venenosa, y tan absurda en lo tocante a ti como deshonrosa en lo tocante a mí. Esa versión ha pasado ya a la historia sería: se cita, se cree y se relata; el predicador ha hecho de ella su texto, y el moralista su tema baldío; y yo, que hablaba a todas las edades, he tenido que aceptar mi veredicto de un monicaco y bufón. He dicho en esta carta, y reconozco que con cierta acritud, que tal es la ironía de las cosas, que tu padre vivirá para ser el héroe de un opúsculo de catequesis; que a ti se te colocará al lado del niño Samuel, y que mi sitio estará entre Gilles de Retz y el marqués de Sade. Me atrevo a decir que más vale así. No quiero quejarme. Una de las muchas lecciones que se aprenden en la cárcel es que las cosas son lo que son, y serán lo que hayan de ser. Tampoco dudo que el leproso del medievalismo y el autor de *Justine* serán mejor compañía que *Sandford y Merton*.

Pero en el momento en que te escribí pensaba que para ti y para mí sería bueno, sería propio, sería acertado *no* aceptar la historia que tu padre había presentado a través de sus abogados para edificación de un mundo filisteo, y por eso te pedí que pensaras y escribieras algo que se acercara más a la verdad. Por lo menos habría sido mejor para ti que garabatear para los periódicos franceses sobre la vida doméstica de tus padres. ¿Qué les importaba a los franceses que tus padres hubieran sido o no felices en su vida doméstica? No se concibe un tema que menos les pudiera interesar. Lo que sí les interesaba era cómo un artista de mi distinción, que por la escuela y

movimiento que encarnaba había ejercido una influencia marcada en la dirección del pensamiento francés, podía, tras llevar semejante vida, iniciar semejante acción. Si para tu artículo hubieras propuesto publicar las cartas, me temo que incontables, en las que te había hablado de la ruina que estabas acarreado a mi vida, de la locura de los estados de ira que estabas dejando que te dominaran con daño tuyo y mío, y de mi deseo, más aún, mi determinación de poner fin a una amistad tan funesta para mí en todos los aspectos, yo lo habría entendido, aunque no habría permitido que tales cartas se publicaran; cuando los abogados de tu padre, queriendo sorprenderme en contradicción, presentaron de pronto ante el tribunal una carta mía que te había escrito en marzo del 93, donde afirmaba que antes que soportar una repetición de las detestables escenas que parecían darte tan terrible placer consentiría de grado en ser «chantajeado por todos los *renters* de Londres», fue para mí un dolor muy real que ese lado de mi amistad contigo fuera incidentalmente revelado a la mirada del vulgo; pero el que tú fueras tan tardo en ver, tan carente de toda sensibilidad, y tan falto de apreciación de lo raro, lo delicado y lo hermoso, como para tú mismo proponer la publicación de las cartas en las que, y con las que, yo intentaba mantener vivos el espíritu y el alma mismos del Amor, para que pudiera habitar en mi cuerpo a través de los largos años de humillación de ese cuerpo: eso fue, y sigue siendo para mí, causa del dolor más profundo, del desengaño más lacerante. Por qué lo hiciste, temo saberlo demasiado bien. Si el Odio cegó tus ojos, la Vanidad te cosió los párpados con hilos de hierro. La facultad «que es lo único que nos permite comprender a los demás en sus relaciones así reales como ideales», tu egotismo estrecho la había embotado, y el largo desuso la había inutilizado. La imaginación estaba tan encarcelada como yo. La Vanidad había puesto barrotes en las ventanas, y el carcelero se llamaba Odio.

Todo esto tuvo lugar en la primera quincena de noviembre del año antepasado. Un gran río de vida fluye entre ti y una fecha tan distante. Apenas o nada puedes ver a través de un desierto tan ancho. Pero a mí me parece como si hubiera sido, no diré ayer, sino hoy. El sufrimiento es un único momento largo. No lo podemos dividir en estaciones. Sólo podemos registrar sus modos y anotar su retorno. Para nosotros el tiempo en sí no avanza. Gira. Parece dar vueltas en torno a un único centro de dolor. La inmovilidad paralizante de una vida regulada en cada una de sus circunstancias según un patrón invariable, de forma que comemos y bebemos, caminamos y nos acostamos y rezamos, o por lo menos nos arrodillamos en oración, conforme a las leyes inflexibles de una fórmula de hierro: esa inmovilidad, que hace que cada día terrible sea igual a los demás hasta en el menor detalle, parece comunicarse a aquellas fuerzas externas cuya esencia misma es el cambio incesante. De la época de la siembra o de la recolección, de los segadores que se doblan sobre la mies o los vendimiadores que serpean entre las viñas, de la hierba del huerto blanqueada de capullos rotos o salpicada de frutos caídos, no sabemos nada, ni podemos saber nada. Para nosotros sólo hay una

estación, la estación del Dolor. Es como si hasta el sol y la luna nos hubieran quitado. Afuera el día podrá ser azul y oro, pero la luz que se filtra por el grueso vidrio del ventanuco enrejado que tenemos encima es gris y miserable. En la celda siempre es atardecer, como en el corazón es siempre medianoche. Y en la esfera del pensamiento, no menos que en la esfera del tiempo, ya no hay movimiento. Aquello que tú personalmente habrás olvidado hace mucho tiempo, o puedes olvidar con facilidad, a mí me está pasando ahora, y mañana me volverá a pasar. Acuérdate de esto, y podrás comprender un poco el porqué de que te escriba, y te escriba de esta manera.

Una semana después me trasladan aquí. Pasan otros tres meses y mi madre se muere. Tú sabías, nadie mejor, lo mucho que yo la quería y la veneraba. Su muerte fue tan terrible para mí que yo, que en tiempos fuera señor del lenguaje, no tengo palabras con que expresar mi angustia y mi vergüenza. Nunca, ni en los días más perfectos de mi desarrollo como artista, pude tener palabras dignas con que llevar una carga tan augusta, ni acompañar con suficiente majestad de música el purpúreo cortejo de mi pena incomunicable. Ella y mi padre me habían legado un nombre que ellos habían ennoblecido y honrado no sólo en la Literatura, el Arte, la Arqueología y la Ciencia, sino en la historia pública de mi propio país y en su evolución como nación. Yo había manchado ese nombre eternamente. Había hecho de él un mote bajo entre gente baja. Lo había arrastrado por el mismísimo fango. Lo había entregado a bestias para que lo bestializaran, y a necios para que lo hicieran sinónimo de necedad. Lo que entonces sufrí, y sufro aún, no hay pluma que lo escriba ni papel que lo registre. Mi mujer, que por entonces era buena y cariñosa conmigo, por que yo no oyera la noticia de labios indiferentes o extraños, vino, a pesar de estar enferma, de Génova a Inglaterra para anunciarme ella misma una pérdida tan irreparable, tan irredimible. Me llegaron mensajes de simpatía de todos los que todavía me tenían afecto. Incluso personas que no me habían conocido personalmente, al saber que en mi vida rota había entrado una nueva aflicción, escribieron pidiendo que se me transmitiera alguna expresión de condolencia. Tú solo te mantuviste al margen, y ni me enviaste ningún mensaje ni me escribiste ninguna carta. De tales acciones es mejor decir lo que Virgilio dice en Dante de aquellos cuyas vidas han sido baldías en impulsos nobles y huera de intención: «Non ragioniam di lor, ma guarda, e passa».

Transcurren otros tres meses. El calendario de mi conducta y trabajo diarios que cuelga fuera de la puerta de mi celda, con mi nombre y condena escritos, me dice que estamos en mayo. Mis amigos vienen a verme otra vez. Les pregunto, como hago siempre, por ti. Me dicen que estás en tu villa de Nápoles, y que vas a sacar un libro de poemas. Al final de la entrevista se menciona de pasada que me los vas a dedicar. Esa noticia me dio como una náusea de la vida. No dije nada, pero silenciosamente volví a mi celda con desprecio y desdén en el corazón. ¿Cómo se te pudo ocurrir dedicarme un

libro de poemas sin antes pedirme permiso? ¿Ocurrírsete he dicho? ¿Cómo te pudiste atrever a semejante cosa? ¿Darás como respuesta que en los tiempos de mi grandeza y fama yo había consentido en recibir la dedicatoria de tus primeras obras? Ciertamente lo hice; como habría aceptado el homenaje de cualquier otro muchacho que hiciera sus comienzos en el difícil y bello arte de la literatura. Todo homenaje es delicioso para un artista, y doblemente dulce cuando viene de la juventud. El laurel se marchita cuando son manos añosas las que lo cortan. Sólo la juventud tiene derecho a coronar a un artista. Ése es el verdadero privilegio de ser joven, aunque la juventud no lo sepa. Pero los tiempos de humillación e infamia son diferentes de los de grandeza y fama. Aún tienes que aprender que la Prosperidad, el Placer y el Éxito pueden ser de grano tosco y fibra vulgar, pero el Dolor es lo más sensible de todo lo creado. No hay nada que se mueva en todo el mundo del pensamiento o del movimiento a lo que el Dolor no vibre con pulsación terrible, aunque exquisita. La fina hoja batida de oro trémulo que registra la dirección de fuerzas que el ojo es incapaz de ver es grosera en comparación. Es una herida que sangra cuando la toca otra mano que no sea la del Amor, y aun entonces vuelve a sangrar, aunque no sea de sufrimiento.

Pudiste escribir al director de la prisión de Wandsworth solicitando mi permiso para publicar mis cartas en el *Mercure de France*, «*que es el equivalente de nuestra Fortnightly Review*». ¿Por qué no haber escrito al director de la prisión de Reading solicitando mi permiso para que me dedicases tus poemas, dándoles la descripción fantástica que te hubiera parecido? ¿Fue porque en un caso la revista en cuestión tenía mi prohibición de publicar unas cartas cuya propiedad legal, como por supuesto sabes de sobra, era y es exclusivamente mía, y en el otro creíste poder salirte con la tuya sin que supiera nada hasta que fuera demasiado tarde para intervenir? El mero hecho de que yo fuera un hombre deshonorado, arruinado y encarcelado debería haberte movido, si deseabas escribir mi nombre en la primera página de tu libro, a pedírmelo como un favor, un honor, un privilegio. Así es como hay que dirigirse a los que están en la aflicción y en el oprobio.

Allí donde hay Dolor hay terreno sagrado. Algún día te darás cuenta de lo que esto significa. Hasta entonces no sabrás nada de la vida. Robbie, y naturalezas como la suya, se dan cuenta. Cuando me llevaron de la cárcel al Tribunal de Quiebras entre dos policías, Robbie estaba esperando en el largo y siniestro corredor, para poder, delante de todo el gentío, que ante un gesto tan dulce y simple enmudeció, quitarse gravemente el sombrero ante mí, cuando esposado y con la cabeza gacha pasé junto a él. Hombres han ido al cielo por cosas más pequeñas. Con ese espíritu, y con ese modo de amor, se arrodillaban los santos para besar los pies de los pobres o se inclinaban para besar al leproso en la mejilla. Jamás le he dicho una sola palabra sobre lo que hizo. Este es el momento en que no sé si sabe que reparé siquiera en su acción. No es una cosa que se pueda agradecer formalmente en lenguaje

formal. La conservo en el tesoro de mi corazón. La guardo ahí como una deuda secreta que me alegra pensar que no podría pagar nunca. Está embalsamada y endulzada con la mirra y la casia de muchas lágrimas. Cuando la Sabiduría me ha sido impropia, y la Filosofía estéril, y los proverbios y frases de los que pretendían darme consuelo han sido como polvo y cenizas en mi boca, la memoria de aquel pequeño gesto humilde y silencioso de Amor ha abierto para mí todos los pozos de la piedad, ha hecho al desierto florecer como una rosa, y me ha llevado de la amargura del exilio solitario a la armonía con el corazón herido, roto y grande del mundo. Cuando tú puedas comprender, no sólo lo hermoso que fue el gesto de Robbie, sino por qué significó tanto para mí, y siempre significará tanto, entonces, quizá, te darás cuenta de cómo y con qué espíritu deberías haberme pedido permiso para dedicarme tus versos.

Hay que decir que en cualquier caso no habría aceptado la dedicatoria. Aunque, posiblemente, en otras circunstancias me habría agradado que se me hiciera esa petición, la habría denegado por ti, al margen de cuáles fueran mis sentimientos. El primer libro de poemas que en la primavera de su virilidad lanza un muchacho al mundo debe ser como un capullo o una flor primaveral, como el espinillo blanco del prado de Magdalena o las primulas de los campos de Cumnor. No debe estar cargado con el peso de una tragedia terrible, repugnante; de un escándalo terrible, repugnante. Haber dejado que mi nombre sirviera como heraldo del libro habría sido un grave error artístico. Habría rodeado la obra entera de una atmósfera equivocada, y en el arte moderno la atmósfera importa mucho. La vida moderna es compleja y relativa. Ésas son sus dos notas distintivas. Para reflejar la primera hace falta atmósfera, con su sutileza de *nuances*, de sugerencia, de perspectivas extrañas; para la segunda hace falta fondo. Por eso la Escultura ha dejado de ser un arte representativo; y por eso la Música es un arte representativo; y por eso la Literatura es, y ha sido, y será siempre el supremo arte representativo.

Tu librito debería haber traído consigo aires sicilianos y arcádicos, no la fetidez pestilente del banquillo de los criminales ni el aire viciado de la celda de presidio. Y no es sólo que una dedicatoria como la que proponías hubiera sido un error de gusto en Arte; es que desde otros puntos de vista habría sido totalmente indecorosa. Habría parecido una prolongación de tu conducta antes y después de mi detención. Habría dado a la gente la impresión de querer ser una estúpida bravata: un ejemplo de esa clase de coraje que se vende barato y se compra barato en las calles de la vergüenza. En lo que a nuestra amistad se refiere, Némesis nos ha aplastado a los dos como moscas. La dedicatoria de versos a mí en prisión habría parecido una especie de necio esfuerzo de réplica mordaz, talento del que en tus viejos tiempos de escritor de cartas horribles -tiempos que espero, sinceramente y por tu bien, que no vuelvan nunca solías enorgullecerte abiertamente y te jactabas con alegría. No habría producido el efecto serio, hermoso, que confío -creo, de hecho- que buscabas.

Si me hubieras consultado, yo te habría aconsejado que retrasaras un poco la publicación de tus versos; o, si eso te desagradaba, que publicaras anónimamente al principio, y después, cuando tu canto hubiera conquistado amantes -la única clase de amantes que realmente vale la pena conquistar-, haberte dado la vuelta y dicho al mundo: «Estas flores que admiráis las he sembrado yo, y ahora se las ofrezco a alguien a quien tenéis por paria y proscrito: son mi tributo a lo que yo amo y reverencio y admiro en él». Pero escogiste mal método y mal momento. Hay un tacto en el amor, y un tacto en la literatura: tú no fuiste sensible ni al uno ni al otro.

Te he hablado largamente sobre este punto para que adviertas todo lo que encierra, y entiendas por qué me apresuré a escribir a Robbie en términos tan desdeñosos y despectivos hacia ti, y prohibí tajantemente la dedicatoria, y quise que las palabras que escribía de ti fueran copiadas cuidadosamente y se te enviaran. Sentí que ya era hora de que se te hiciera ver, reconocer, comprender un poco de lo que habías hecho. La ceguera puede llegar hasta el extremo de ser grotesca, y una naturaleza carente de imaginación, si no se hace nada por espabilarla, se petrifica en insensibilidad absoluta, de modo que aunque el cuerpo coma y beba y tenga sus placeres, el alma, de la que el cuerpo es casa, puede estar, como la de Branca d'Oria en Dante, muerta absolutamente. Parece ser que mi carta llegó muy a tiempo. Cayó sobre ti, hasta donde me es dado juzgar, como un trueno. En tu respuesta a Robbie dices haberte quedado «privado de toda capacidad de pensamiento y expresión». En efecto, al parecer no se te ocurre nada mejor que escribir a tu madre quejándote. Ella, naturalmente, con esa ceguera para tu verdadero bien que ha sido su malhadada fortuna y la tuya, te da todos los consuelos imaginables, y arrullado por ella vuelves, supongo, a tu desdichado e indigno estado anterior; mientras que, en lo que a mí respecta, participa a mis amigos que está «muy disgustada» por la severidad de mis observaciones sobre ti. En realidad no sólo a mis amigos les comunica su disgusto, sino también a los que -número mucho más crecido, no hay por qué recordártelo- no son mis amigos; y ahora se me informa, por cauces muy bien dispuestos hacia ti y los tuyos, de que a consecuencia de eso mucha de la simpatía que, en razón de mi genio distinguido y mis terribles padecimientos, había ido creciendo en torno a mí, con paso lento pero seguro, se ha disipado del todo. Se dice: «¡Vaya! ¡Primero quiso meter en la cárcel al bondadoso padre y fracasó; ahora arremete contra el inocente hijo y le culpa de su fracaso! ¡Cuánta razón teníamos al despreciarle! ¡Cómo se merece nuestro desprecio!». Me parece a mí que, cuando se mencione mi nombre en presencia de tu madre, si no tiene una palabra de pena ni de remordimiento por su parte -no pequeña en la ruina de mi casa, lo más decoroso sería que se quedara callada. Y en cuanto a ti, ¿no crees ahora que, en lugar de escribirle a *ella* con tus quejas, habría sido mejor para ti, en todos los aspectos, escribirme a *mí* directamente, y haber tenido el coraje de decirme lo que tuvieras que decir? Ya hace casi un año que escribí esa carta. No es posible que hayas pasado todo ese tiempo «privado

de toda capacidad de pensamiento y expresión». ¿Por qué no me escribiste? Viste por mi carta lo mucho que me había herido, lo que me había afrentado todo tu comportamiento. Más que eso: viste tu entera amistad conmigo colocada ante ti, por fin, a su verdadera luz, y de un modo que no admitía equívoco. Antaño te había dicho muchas veces que estabas arruinando mi vida. Tú siempre te habías reído. Cuando Edwin Levy, en el comienzo mismo de nuestra amistad, viendo de qué manera me empujabas a cargar con el peso, y la molestia, y hasta el gasto de aquel desdichado aprieto tuyo en Oxford, si hemos de llamarlo así, a propósito del cual se había recabado su consejo y su ayuda, se pasó una hora entera poniéndome en guardia contra ti, tú te reíste cuando en Bracknell te relaté mi larga e impresionante entrevista con él. Cuando te dije que hasta aquel desdichado que al final compartiría conmigo el banquillo me había avisado más de una vez de que tú serías mucho más conducente a mi total destrucción que ninguno de los chicos vulgares a los que tuve la necesidad de conocer, tú te reíste, aunque la cosa no pareció divertirti mucho. Cuando mis amigos más prudentes o menos complacientes me avisaron o me dejaron por mi amistad contigo, te reíste con desprecio. Te reíste a carcajadas cuando, al escribirte tu padre su primera carta insultante contra mí, te dije que era consciente de no ser más que una cabeza de turco en vuestra horrenda guerra y que entre los dos acabaríais conmigo. Pero todas esas cosas habían ocurrido como yo dije que sucederían, en lo que hace a resultados. No tenías excusa para no ver cómo se había cumplido todo. ¿Por qué no me escribiste? ¿Fue cobardía? ¿Fue insensibilidad? ¿Qué fue? El hecho de que yo estuviera indignado contigo, y hubiera manifestado mi indignación, era mayor motivo para escribir. Si mi carta te parecía justa, debías haber escrito. Si te parecía injusta en lo más mínimo, debías haber escrito. Yo esperaba una carta. Estaba seguro de que por fin verías que si el viejo afecto, el amor tantas veces declarado, los mil gestos de cariño mal correspondido que te había prodigado, las mil deudas impagadas de gratitud que me debías; que si todo eso no era nada para ti, el mero deber, el más estéril de todos los lazos que unen a los hombres, te haría escribir. No puedes decir que pensaras seriamente que sólo se me permitía recibir comunicaciones de orden práctico de miembros de mi familia. Sabías perfectamente que cada doce semanas Robbie me mandaba un pequeño resumen de noticias literarias. No cabe cosa más encantadora que sus cartas, por su ingenio, su crítica inteligente y concentrada, su ligereza: son cartas de verdad; son como oír hablar a una persona; tienen la calidad de una *causerie intime* francesa: y en sus delicadas deferencias hacia mí, unas veces apelando a mi juicio, otras a mi sentido del humor, otras a mi instinto de la belleza o a mi cultura y recordándome de cien formas sutiles que en otro tiempo fui para muchos un árbitro del estilo en el Arte, para algunos el árbitro supremo, demuestra tener el tacto del amor además del tacto de la literatura. Sus cartas han sido para mí los pequeños mensajeros de ese mundo hermoso e irreal del Arte donde en otro tiempo fui Rey, y donde de hecho habría seguido siendo Rey si no me hubiera dejado llevar al mundo imperfecto de las pasiones

groseras e inacabadas, del apetito sin distinción, el deseo sin límite y la codicia informe. Pero, con todo y con eso, no me digas que no podías entender, o concebir al menos en tu propio magín, que, aun por las razones ordinarias de la mera curiosidad psicológica, habría sido para mí más interesante saber *de ti* que enterarme de que Alfred Austin quería sacar un libro de poemas, o que Street estaba escribiendo crítica de teatro para el *Daily Chronicle*, o que uno que no sabe decir un panegírico sin tartamudear había declarado a la señora Meynell la nueva Sibila del Estilo.

¡Ah, si hubieras sido tú el encarcelado!: no diré que por una falta mía, que una idea tan horrible ni la podría soportar, sino por una falta tuya, por un error tuyo, fe en un amigo indigno, desliz en el cenagal de la sensualidad, confianza mal puesta o amor mal dirigido, o ninguna de esas cosas o todas, ¿crees que yo te habría dejado reconcomerte en las tinieblas y la soledad sin intentar de alguna manera, por pequeña que fuese, ayudarte a llevar el fardo amargo de tu desgracia? ¿Crees que no te habría hecho saber que si tú sufrías, yo sufría también; que si llorabas, también había lágrimas en mis ojos; y que si yacías en la casa de la servidumbre y despreciado de los hombres, yo con mis propias penas había hecho una casa donde habitar hasta tu vuelta, un tesoro donde todo lo que los hombres te habían negado estaría guardado para sanarte, aumentado al ciento por uno? Si la amarga necesidad, o la prudencia para mí más amarga aún, me hubieran impedido estar cerca de ti y me hubieran robado la alegría de tu presencia, aunque fuera viéndote entre barrotes y en figura de ignominia, yo te habría escrito a toda hora con la esperanza de que una mera frase, una sola palabra, siquiera un eco entrecortado de Amor te llegase. Si te hubieras negado a recibir mis cartas, aun así habría escrito, para que supieras que en cualquier caso siempre había cartas esperándote. Muchos lo han hecho conmigo. Cada tres meses hay personas que me escriben, o que proponen escribirme. Sus cartas y comunicaciones se guardan. Me serán entregadas cuando salga de la cárcel. Sé que están ahí. Sé los nombres de las personas que las han escrito. Sé que están llenas de solidaridad, de bondad y de afecto. Eso me basta. No necesito saber más. Tu silencio ha sido horrible. Y no ha sido un silencio sólo de semanas y meses, sino de años; de años incluso para la cuenta de los que, como tú, viven velozmente en la felicidad, y apenas entrevén los pies dorados de los días que pasan danzando, y pierden el aliento persiguiendo el placer. Es un silencio sin excusa; un silencio sin atenuantes. Yo sabía que tenías los pies de barro. ¿Quién lo iba a saber mejor? Cuando escribí, entre mis aforismos, que eran únicamente los pies de barro los que hacían precioso el oro de la imagen, en ti estaba pensando. Pero no es una imagen de oro con pies de barro lo que has hecho de ti mismo. Con el mismísimo polvo del camino común que las pezuñas del ganado convierten en cieno has modelado tu perfecto retrato para que yo lo mire, de modo que, no importa cuál hubiera sido mi deseo secreto, me fuera ya imposible sentir otra cosa que desprecio y desdén por ti, y sentir otra cosa que desprecio y desdén por mí mismo. Y dejando a un

lado todas las demás razones, tu indiferencia, tu respeto del mundo, tu insensibilidad, tu prudencia, como lo quieras llamar, se me ha hecho doblemente amarga por las peculiares circunstancias que acompañaron o siguieron a mi caída.

Otros desgraciados, cuando los meten en la cárcel, aunque despojados de la belleza del mundo, al menos están a salvo, en alguna medida, de los golpes más mortíferos del mundo, de sus dardos más temibles. Pueden ocultarse en lo oscuro de sus celdas, y de su propia desgracia hacer como un santuario. El mundo, una vez que ha conseguido lo que quería, sigue su camino, y a ellos les deja sufrir en paz. No ha sido así conmigo. Pena tras pena han venido a llamar a las puertas de la cárcel en mi busca. Han abierto de par en par las puertas y las han dejado entrar. Pocos o ninguno de mis amigos han podido verme. Pero mis enemigos han tenido paso franco a mí siempre. Dos veces en mis comparecencias públicas ante el Tribunal de Quiebras, otras dos veces en mis traslados públicos de una prisión a otra, he sido expuesto en condiciones de humillación indescriptible a la mirada y la mofa de los hombres. El mensajero de la Muerte me ha traído sus noticias y ha seguido adelante, y en total soledad, y aislado de todo lo que pudiera darme consuelo o sugerir alivio, he tenido que soportar la carga intolerable de tristeza y remordimiento que el recuerdo de mi madre ponía sobre mí y sigue poniendo. Apenas el tiempo había embotado, que no curado, esa herida, cuando me llegan de mi esposa cartas violentas, duras y amargas, por conducto de su abogado. De inmediato se me acusa y amenaza de pobreza. Eso lo puedo soportar. Puedo hacerme a cosas aún peores. Pero me arrebatan legalmente a mis dos hijos; y eso es y seguirá siendo siempre para mí un motivo de aflicción infinita, de suplicio infinito, de dolor sin fin y sin límite. Que la ley decida, y se arrogue la facultad de decidir, que yo soy indigno de estar con mis propios hijos, eso es absolutamente horrible para mí. La ignominia de la prisión no es nada comparada con eso. Envidio a los otros hombres que pasean el patio conmigo. Estoy seguro de que sus hijos los esperan, aguardan su venida, los recibirán con dulzura.

Los pobres son más sabios, más caritativos, más bondadosos, más sensibles que nosotros. A sus ojos la cárcel es una tragedia en la vida de un hombre, un infortunio, un percance, algo que reclama la solidaridad de los demás. Hablan del que está encarcelado, y no dicen sino que está «*en un apuro*». Es la expresión que usan siempre, y lleva dentro la sabiduría perfecta del Amor. En la gente de nuestro rango no es así. Entre nosotros la cárcel te hace un paria. Yo, y la gente como yo, apenas si tenemos derecho al aire y al sol. Nuestra presencia contamina los placeres de los demás. Nadie nos acoge cuando reaparecemos. Revisitar los atisbos de la luna no es para nosotros. Hasta nuestros hijos nos quitan. Esos bellos vínculos con la humanidad se rompen. Estamos condenados a estar solos, aunque nuestros hijos vivan. Se nos niega

lo único que podría sanarnos y ayudarnos, poner bálsamo en el corazón golpeado y paz en el alma dolorida.

Y a todo eso se ha añadido el hecho pequeño y duro de que con tus acciones y con tu silencio, con lo que has hecho y lo que has dejado sin hacer, has conseguido que cada día de mi largo encarcelamiento se me hiciera todavía más difícil de soportar. Hasta el pan y el agua de la prisión los has cambiado con tu conducta: lo uno lo has hecho amargo, lo otro salobre para mí. La tristeza que deberías haber compartido la has duplicado, el dolor que deberías haber tratado de aliviar lo has hecho angustia. No me cabe ninguna duda de que no era ésa tu intención. Sé que no era ésa tu intención. Fue simplemente ese «único defecto verdaderamente fatal de tu carácter, tu absoluta falta de imaginación».

Y el final de todo es que tengo que perdonarte. He de hacerlo. No escribo esta carta para poner amargura en tu corazón, sino para arrancarla del mío. Por mi propio bien tengo que perdonarte. No puede uno tener siempre una víbora comiéndole el pecho, ni levantarse todas las noches para sembrar abrojos en el jardín del alma. No me será nada difícil hacerlo, si tú me ayudas un poco. Todo lo que me hicieras en los viejos tiempos siempre lo perdonaba de buen grado. Entonces eso no te hacía ningún bien. Sólo aquel en cuya vida no haya ninguna mancha puede perdonar pecados. Pero ahora que estoy humillado y deshonrado es otra cosa. Mi perdón ahora debería significar mucho para ti. Algún día te darás cuenta. Sea enseguida o no, pronto o tarde o nunca, para mí el camino está claro. No puedo permitir que vayas por la vida con el peso en el corazón de haber arruinado a un hombre como yo. Ese pensamiento podría sumirte en una indiferencia despiadada, o en una tristeza morbosa. Tengo que tomar ese peso de ti y echarlo sobre mis hombros.

Tengo que decirme que ni tú ni tu padre, multiplicados por mil, podríais haber arruinado a un hombre como yo; que yo me arruiné; y que nadie, ni grande ni pequeño, se arruina si no es por su propia mano. Estoy totalmente dispuesto a hacerlo. Estoy intentando hacerlo, aunque en estos momentos no te lo parezca. Si he presentado esta acusación inmisericorde contra ti, piensa qué acusación presento sin misericordia contra mí. Lo que tú me hiciste fue terrible, pero lo que yo me hice fue mucho más terrible aún.

Yo era un hombre que estaba en relaciones simbólicas con el arte y la cultura de mi época. Eso lo había comprendido yo solo ya en los albores de mi edad adulta, y se lo había hecho comprender a mi época después. Pocos mantienen esa posición en vida y la ven reconocida. La suele descubrir, si la descubre, el historiador, o el crítico, mucho después de que el hombre y su tiempo hayan pasado. En mi caso no fue así. La sentí yo mismo, e hice que otros la sintieran. Byron fue una figura simbólica, pero sus relaciones fueron con la pasión de su

época y su cansancio de la pasión. Las mías eran con algo mas noble, más permanente, de consecuencias más vitales, de mayor alcance.

Los dioses me lo habían dado casi todo. Tenía genialidad, un apellido distinguido, posición social elevada, brillantez, osadía intelectual; hacía del arte una filosofía, y de la filosofía un arte; alteraba las mentes de los hombres y los colores de las cosas; no había nada que dijera o hiciera que no causara asombro; tomé el teatro, la forma más objetiva que conoce el arte, y lo convertí en un modo de expresión tan personal como la canción o el soneto, a la vez que ensanchaba su radio y enriquecía su caracterización; teatro, novela, poema en rima, poema en prosa, diálogo sutil o fantástico, todo lo que tocaba lo hacía hermoso con un género nuevo de hermosura; a la verdad misma le di lo falso no menos que lo verdadero como legítimos dominios, y mostré que lo falso y lo verdadero no son sino formas de existencia intelectual. Traté el Arte como la realidad suprema, la vida como un mero modo de ficción; desperté la imaginación de mi siglo de suerte que crease mito y leyenda alrededor de mí; resumí todos los sistemas en una frase, y toda la existencia en una agudeza.

Junto con esas cosas, tenía otras distintas. Me dejaba arrastrar a largas rachas de indolencia sensual y sin sentido. Me divertía ser un *flâneur*, un dandy, un personaje mundano. Me rodeaba de naturalezas mezquinas y de mentes inferiores. Vine a ser el manirroto de mi propio genio, y malbaratar una juventud eterna me proporcionaba un curioso gozo. Cansado de estar en las alturas, iba deliberadamente a las bajuras en busca de nuevas sensaciones. Lo que la paradoja era para mí en la esfera del pensamiento, eso vino a ser la perversidad en la esfera de la pasión. El deseo, al final, era una enfermedad, o una locura, o ambas cosas. Me hice desatento a las vidas de los demás. Tomaba el placer donde me placía y seguía de largo. Olvidé que cada pequeña acción de cada día hace o deshace el carácter, y que por lo tanto lo que uno ha hecho en la cámara secreta lo tiene que vocear un día desde los tejados. Dejé de ser Señor de mí mismo. Ya no era el Capitán de mi Alma, y no lo sabía. Dejé que tú me dominaras, y que tu padre me atemorizara. Acabé en una espantosa deshonra. Ahora para mí sólo queda una cosa, la absoluta Humildad: lo mismo que para ti sólo queda una cosa, la absoluta Humildad también. Te vendría bien bajar al polvo y aprenderla a mi lado.

Llevo en la cárcel casi dos años. De mi naturaleza ha brotado la desesperación salvaje; un abandono al dolor que era penoso de ver; ira terrible e impotente; amargura y desprecio; angustia que lloraba a gritos; tormento que no encontraba voz; tristeza muda. He pasado por todos los modos posibles del sufrimiento. Mejor que el propio Wordsworth sé lo que Wordsworth quería decir cuando escribió:

El sufrimiento es permanente, oscuro y tenebroso,
y posee el carácter de la Infinitud.

Pero, aunque a veces me regocijara en la idea de que mis sufrimientos fueran interminables, no podía soportar que no tuvieran sentido. Ahora encuentro escondido en mi naturaleza algo que me dice que no hay nada en el mundo que carezca de sentido, y el sufrimiento menos que nada. Ese algo escondido en mi naturaleza, como un tesoro en un campo, es la Humildad.

Es lo último que me queda, y lo mejor: el descubrimiento final al que he llegado; el punto de partida de un nuevo derrotero. Me ha venido de dentro de mí mismo, y por eso sé que ha venido cuando debía. No podría haber venido ni antes ni después. Si alguien me lo hubiera dicho lo habría rechazado. Si me lo hubieran traído lo habría rehusado. Como yo lo encontré, quiero conservarlo. Tengo que conservarlo. Es la única cosa que contiene los elementos de la vida, de una nueva vida, de una *Vita Nuova* para mí. De todas las cosas es la más extraña. No se la puede dar, ni nos la puede dar otro. No se puede adquirir si no es cediendo todo lo que uno tiene. Únicamente cuando ha perdido todas las cosas sabe uno que la posee.

Ahora que me doy cuenta de lo que hay dentro de mí, veo con toda claridad lo que tengo que hacer, lo que de hecho debo hacer. Y cuando empleo una expresión así, no hace falta que te diga que no estoy aludiendo a ninguna sanción o mandato exteriores. No admito ninguno. Soy mucho más individualista que nunca. Nada me parece del menor valor salvo lo que uno saca de sí mismo. Mi naturaleza está buscando un modo nuevo de autorrealización. Eso es lo único que me interesa. Y lo primero que tengo que hacer es librarme de cualquier posible acritud de sentimiento hacia ti.

Estoy completamente sin dinero, y absolutamente sin hogar. Pero hay en el mundo cosas peores. Con toda franqueza te digo que antes que salir de esta prisión con amargura en el corazón contra ti o contra el mundo, iría contento y alegre mendigando el pan de puerta en puerta. Si no me dieran nada en la casa del rico, algo me darían en la del pobre. Los que tienen mucho son con frecuencia avarientos. Los que tienen poco siempre comparten. No me importaría nada dormir en la hierba fresca en el verano, y cuando entrase el invierno cobijarme al calor de la niara apretada, o bajo el saledizo de un granero, mientras tuviera amor en mi corazón. Las exterioridades de la vida me parecen ahora carentes de importancia. Ya ves a qué intensidad de individualismo he llegado, o más bien estoy llegando, porque el viaje es largo, y «donde yo pongo el pie hay espinas».

Por supuesto que sé que no me tocará pedir limosna por los caminos, y que si alguna vez me tiendo a la noche en la hierba verde será para escribir sonetos a la Luna. Cuando salga de la cárcel, Robbie me estará esperando al otro lado del portón de hierro, y él es el símbolo no sólo de su propio afecto, sino del afecto de muchos más. Creo que en cualquier caso tendré bastante para ir tirando durante año y medio, de modo que, si no puedo escribir libros hermosos, podré al menos leer libros hermosos, y ¿cabe alegría mayor? Después espero poder recrear mi facultad creadora. Pero si las cosas fueran distintas; si no me quedara un amigo en el mundo; si no hubiera una sola casa abierta para mí siquiera por compasión; si tuviera que aceptar el zurrón y el capote raído de la pura indignancia; mientras me viera libre de resentimiento, dureza y acritud podría afrontar la vida con mucha más calma y confianza que si mi cuerpo vistiera de púrpura y lino fino, y dentro el alma estuviera enferma de odio. Y realmente no voy a tener dificultad para perdonarte. Pero para que sea un placer para mí es preciso que tú sientas que lo quieres. Cuando realmente lo quieras lo encontrarás esperándote.

No es preciso que te diga que mi tarea no termina ahí. En ese caso sería comparativamente fácil. Es mucho más lo que me aguarda. Tengo montes mucho más escarpados que subir, valles mucho más oscuros que cruzar. Y todo lo he de sacar de mí mismo. Ni la Religión, ni la Moral, ni la Razón me pueden ayudar.

La Moral no me ayuda. Yo nací antinomista. Soy de éstos que están hechos para las excepciones, no para las leyes. Pero aunque veo que no hay nada malo en lo que uno hace, veo que hay algo malo en lo que uno llega a ser. Está bien haberlo aprendido.

La Religión no me ayuda. La fe que otros ponen en lo que no se ve, yo la pongo en lo que se puede tocar y mirar. Mis Dioses moran en templos hechos con manos, y dentro del círculo de la experiencia real se perfecciona y completa mi credo: acaso se complete demasiado, porque como muchos o todos los que han puesto su Cielo en esta tierra, he hallado en él no solo la hermosura del Cielo, sino también el horror del Infierno. Cuando pienso en la Religión, pienso que me gustaría fundar una orden para los que no creen: la Cofradía de los Huérfanos se podría llamar, y allí, en un altar sin ninguna vela encendida, un sacerdote, en cuyo corazón la paz no tuviera asilo, podría celebrar con pan sin bendecir y un cáliz vacío de vino. Todo para ser verdad ha de hacerse religión. Y el agnosticismo debe tener su ritual lo mismo que la fe. Ha sembrado sus mártires, debería cosechar sus santos, y alabar a Dios todos los días por haberse ocultado a los ojos de los hombres. Pero, ya sea fe o agnosticismo, no puede ser nada exterior a mí. Sus símbolos los tengo que crear yo. Sólo es espiritual lo que hace su propia forma. Si no encuentro su secreto dentro de mí, nunca lo encontraré. Si no lo tengo ya, no vendrá a mí jamás.

La Razón no me ayuda. Me dice que las leyes por las que se me condena son leyes equivocadas e injustas, y que el sistema por el que he padecido es un sistema equivocado e injusto. Pero, de algún modo, tengo que hacer que ambas cosas sean justas y acertadas para mí. Y exactamente como en el Arte lo único que interesa es lo que determinada cosa es para uno en determinado momento, así también en la evolución ética del carácter. Yo tengo que hacer que todo lo que me ha ocurrido sea bueno para mí. La cama de tabla, la comida asquerosa, las duras sogas que hay que deshacer en estopa hasta que las yemas de los dedos se acorchan de dolor, los menesteres serviles con que empieza y termina cada día, las órdenes brutales que parecen inseparables de la rutina, el espantoso traje que hace grotesco el dolor, el silencio, la soledad, la vergüenza: todas y cada una de esas cosas las tengo que transformar en experiencia espiritual. No hay una sola degradación del cuerpo que no deba tratar de convertir en espiritualización del alma.

Quiero llegar a poder decir, con toda sencillez, sin afectación, que los dos grandes puntos de inflexión de mi vida fueron cuando mi padre me mandó a Oxford y cuando la sociedad me mandó a la cárcel. No diré que sea lo mejor que me podría haber ocurrido, porque esa frase sabría a amargura excesiva conmigo mismo. Preferiría decir, o que se dijera de mí, que fui tan hijo de mi época que en mi contumacia, y por esa contumacia, convertí las cosas buenas de mi vida en mal, y las cosas malas de mi vida en bien. Pero poco importa lo que yo diga o digan los demás. Lo importante, lo que tengo ante mí, lo que tengo que hacer si no quiero estar durante el breve resto de mis días lisiado, desfigurado e incompleto, es absorber en mi naturaleza todo lo que se me ha hecho, hacerlo parte de mí, aceptarlo sin queja, ni miedo, ni renuencia. El vicio supremo es la superficialidad. Todo lo que se comprende está bien.

Cuando llegué a la cárcel hubo quienes me aconsejaron que intentara olvidarme de quién era. Fue un consejo ruinoso. Sólo dándome cuenta de lo que soy he encontrado consuelo de algún tipo. Ahora otros me aconsejan que cuando salga intente olvidar que alguna vez estuve encarcelado. Sé que eso sería igualmente fatal. Significaría estar siempre obsesionado por una sensación intolerable de ignominia, y que esas cosas que están hechas para mí como para todos los demás -la belleza del sol y de la luna, el desfile de las estaciones, la música del amanecer y el silencio de las grandes noches, la lluvia que cae entre las hojas o el rocío que se encarama a la hierba y la baña de plata-, se contaminarían todas para mí, y perderían su poder de curar y su poder de comunicar alegría. Rechazar las propias experiencias es detener el propio desarrollo. Negar las propias experiencias es poner una mentira en los labios de la propia vida. Es nada menos que renegar del Alma. Pues así como el cuerpo absorbe cosas de todas clases, cosas vulgares y sucias no menos que las que el sacerdote o una visión ha purificado, y las convierte en fuerza o velocidad, en el juego de bellos músculos y el modelado de carne hermosa, en las curvas y colores del pelo, de los labios, del ojo; así el Alma, a su vez, tiene

también sus funciones nutritivas, y puede transformar en estados de pensamiento nobles, y pasiones de alto valor, lo que en sí es bajo, cruel y degradante: más aún, puede encontrar en eso sus modos más augustos de afirmación, y a menudo alcanzar su revelación más perfecta mediante aquello que iba orientado a profanar o a destruir.

El hecho de haber sido preso común de un presidio común yo lo tengo que aceptar francamente, y, por curioso que pueda parecerme, una de las cosas que tendré que aprender yo solo será a no avergonzarme de él. Debo aceptarlo como un castigo, y, si uno se avergüenza de haber sido castigado, el castigo no le habrá servido de nada. Por supuesto que hay muchas cosas por las que se me condenó que yo no había hecho, pero también hay muchas cosas por las que se me condenó que había hecho, y un número todavía mayor de cosas en mi vida de las que nunca fui inculpado siquiera. Y en cuanto a lo que he dicho en esta carta, que los dioses son extraños y nos castigan tanto por lo que hay de bueno y humano en nosotros como por lo que hay de malo y perverso, debo aceptar el hecho de que a uno se le castiga por el bien lo mismo que por el mal que hace. No me cabe duda de que está en razón que así sea. Es algo que ayuda, o debería ayudar, a comprender ambas cosas, y a no envanecerse demasiado de ninguna de las dos. Y si yo entonces no me avergüenzo de mi castigo, como espero no avergonzarme, podré pensar y moverme y vivir con libertad.

Muchos hombres excarcelados sacan consigo la prisión al aire, la ocultan como una infamia secreta en el corazón, y al cabo, como pobres cosas envenenadas, se arrastran a morir en un rincón. Es penoso que tengan que hacerlo, y es malo, muy malo, que la Sociedad los obligue a hacerlo. La Sociedad se arroga el derecho de infligir castigos atroces al individuo, pero también tiene el vicio supremo de la superficialidad, y no alcanza a darse cuenta de lo que ha hecho. Cuando el castigo del hombre termina, la Sociedad le deja a sus recursos: es decir, le abandona en el preciso momento en que empieza su deber más alto para con él. La verdad es que se avergüenza de sus propias acciones, y rehuye a aquellos a los que ha castigado, como se rehuye a un acreedor al que no se puede pagar, o a aquel a quien se ha hecho un mal irreparable e irremisible. Yo por mi parte sostengo que, si yo comprendo lo que he sufrido, la Sociedad debe comprender lo que me ha infligido, y que no debe haber ni amargura ni odio por ninguna de las partes.

Claro que sé que desde un punto de vista las cosas se me harán más cuesta arriba que a otros; así ha de ser, por la propia naturaleza del caso. Los pobres ladrones y proscritos que están encarcelados aquí conmigo son en muchos aspectos más afortunados que yo. El caminito de gris ciudad o verde campo que vio su pecado es pequeño; para encontrar a quienes no sepan nada de lo que han hecho no tienen que ir más allá de lo que vuela un pájaro entre el crepúsculo del alba y el alba misma; pero para mí «el mundo se ha reducido a

la anchura de una mano», y dondequiera que vaya mi nombre está escrito con plomo sobre las peñas. Porque yo no he venido de la oscuridad a la notoriedad momentánea del delito, sino de una especie de eternidad de fama a una especie de eternidad de infamia, y a veces a mí mismo me parece haber demostrado, si hacía falta demostrarlo, que de lo famoso a lo infame no hay más que un paso, si lo hay.

Aun así, en el propio hecho de que la gente me haya de reconocer allí donde vaya, y saberlo todo de mi vida en lo que ha tenido de desvarío, distingo algo bueno para mí. Me impondrá la necesidad de volver a afirmarme como artista, y tan pronto como me sea posible. Si soy capaz de hacer siquiera otra obra de arte hermosa podré quitarle a la malicia su veneno, y a la cobardía su mofa, y arrancar de raíz la lengua del escarnio. Y si la vida es, como sin duda lo es, un problema para mí, también yo soy un problema para la Vida. La gente ha de adoptar una actitud hacia mí, y con ello juzgarse y juzgarme. No es necesario que diga que no hablo de personas concretas. Los únicos con los que me interesaría estar son los artistas y las personas que han sufrido: los que saben lo que es la Belleza, y los que saben lo que es el Dolor; nadie más me interesa. Ni le planteo exigencias a la Vida. En todo lo que he dicho me preocupa únicamente mi actitud mental hacia la vida en su totalidad; y siento que no avergonzarme de haber sido castigado es una de las primeras metas que tengo que alcanzar, para mi propia perfección, y por lo imperfecto que soy.

Después tengo que aprender a ser feliz. En otro tiempo lo supe, o creí saberlo, por instinto. En otro tiempo mi corazón estaba siempre en primavera. Mi temperamento era hermano de la dicha. Yo llenaba mi vida de placer hasta el borde, como se llena hasta el borde una copa de vino. Ahora estoy afrontando la vida desde una óptica completamente nueva, y hasta lo que es imaginar la felicidad me resulta a menudo extremadamente difícil. Recuerdo que en mi primer curso de Oxford leí en el *Renacimiento* de Pater -ese libro que ha tenido una influencia tan extraña sobre mi vida- que Dante coloca en las bajuras del Infierno a los que viven empecinados en la tristeza; y me fui a la biblioteca del colegio y miré el pasaje de la *Divina Comedia* donde bajo la ciénaga terrible yacen los que estuvieron «tristes en el aire dulce», repitiendo para siempre en sus suspiros:

Tristes estuvimos

en el aire dulce que con el sol se alegra.

Yo sabía que la Iglesia condenaba la *accidia*, pero la idea toda me parecía muy fantástica, el tipo de pecado, me dije, que inventa un sacerdote que no sabe nada de la vida real. Ni entendía tampoco que Dante, que dice que «el dolor nos recasa con Dios», pudiera ser tan duro con los enamorados de la

melancolía, si verdaderamente los hubiera. No tenía ni idea de que un día ésa iba a ser una de las mayores tentaciones de mi vida.

Mientras estuve en la prisión de Wandsworth anhelaba morir. Era mi único deseo. Cuando tras dos meses en la enfermería me trasladaron aquí, y vi que poco a poco iba mejorando mi salud física, me puse rabioso. Decidí suicidarme el mismo día que saliera de la cárcel. Al cabo de un tiempo ese mal ánimo pasó, y resolví vivir, pero vestido de tinieblas como un Rey se viste de púrpura: no volver a sonreír; convertir toda casa donde entrara en casa de duelo; hacer a mis amigos caminar despacio y tristes conmigo; enseñarles que la melancolía es el verdadero secreto de la vida; lisiarlos con un dolor ajeno; desfigurarlos con mi pena. Ahora pienso de otro modo muy distinto. Veo que sería desagradecido y malo si cuando mis amigos vienen a verme pusiera una cara tan larga que ellos tuvieran que ponerla más larga aún para solidarizarse; o, si quisiera recibirlos, invitarlos a sentarse en silencio a comer hierbas amargas y asados funerarios. Tengo que aprender a estar alegre y contento.

En las dos últimas ocasiones en que se me permitió ver aquí a mis amigos traté de estar lo más alegre posible, y manifestar mi alegría para compensarlos siquiera levemente por la molestia de haber hecho todo el viaje desde Londres para visitarme. Es una compensación pequeña, lo sé, pero estoy seguro de que es la que más les agrada. El sábado hará una semana que vi a Robbie durante una hora, y traté de dar la expresión más completa posible del deleite que realmente me producía nuestro encuentro. Y que, en los principios y las ideas que aquí me estoy forjando, voy bien encaminado, me lo demuestra el hecho de que es ahora cuando, por primera vez desde mi encarcelamiento, tengo un verdadero deseo de vivir.

Es tanto lo que me queda por hacer, que me parecería una terrible tragedia morir antes de haber podido completar siquiera una pequeña parte. Veo nuevos caminos en el Arte y en la Vida, cada uno de los cuales es un modo inédito de perfección. Anhele vivir para poder explorar lo que para mí es nada menos que un mundo nuevo. ¿Quieres saber qué es ese mundo nuevo? Creo que te lo puedes imaginar. Es el mundo en el que vivo hace algún tiempo.

El dolor, pues, y todo lo que enseña, es mi mundo nuevo. Yo vivía enteramente para el placer. Rehuía el dolor y el sufrimiento de cualquier clase. Los detestaba. Estaba resuelto a no verlos en lo posible, es decir, a tratarlos como modos de imperfección. No eran parte de mi plan de vida. No tenían sitio en mi filosofía. Mi madre, que conocía la vida como un todo, solía citarme a menudo los versos de Goethe, escritos por Carlyle en un libro que le había regalado años atrás, y traducidos, me figuro, también por él:

El que nunca comió su pan con dolor,
el que nunca pasó las horas de la medianoche
llorando y esperando a la mañana,
ése no os conoce, Potencias Celestiales.

Eran los versos que aquella noble Reina de Prusia, a quien Napoleón trató con tan grosera brutalidad, citaba en su humillación y exilio; eran versos que mi madre citaba a menudo en las tribulaciones de sus últimos años; yo me negaba en rotundo a aceptar o admitir la enorme verdad oculta en ellos. No la podía entender. Recuerdo muy bien que le decía que yo no quería comer mi pan con dolor, ni pasar ninguna noche llorando y esperando despierto un amanecer más amargo. No tenía yo ni idea de que era una de las cosas especiales que los Hados me tenían reservadas; que durante un año entero de mi vida, realmente, iba a hacer poco más. Pero es así como se me ha adjudicado mi parte; y durante los últimos meses, tras terribles luchas y dificultades, he podido comprender algunas de las lecciones que se ocultan en el corazón de la pena. Los clérigos, y la gente que usa frases sin sabiduría, hablan a veces del sufrimiento como un misterio. La verdad es que es una revelación. Se descubren cosas que uno nunca había descubierto. La historia entera se ve desde otra óptica. Lo que sobre el Arte se había sentido oscuramente por instinto, se comprende intelectual y emocionalmente con perfecta claridad de visión y absoluta intensidad de aprehensión.

Yo veo ahora que el dolor, por ser la emoción suprema de que el hombre es capaz, es a la vez el tipo y la prueba de todo gran Arte. Lo que el artista va siempre buscando es ese modo de existencia en el que alma y cuerpo son una unidad indivisible; en el que lo exterior es expresivo de lo interior; en el que la Forma revela. De tales modos de existencia hay no pocos: la juventud y las artes atentas a la juventud pueden servirnos de modelo en un momento; en otro quizá pensemos que, por su sutileza y sensibilidad de impresión, su sugerencia de un espíritu que habita en las cosas externas y se reviste de tierra y aire, de bruma y ciudad por igual, y por la mórbida simpatía de sus estados, y tonos y colores, el arte del paisaje moderno está realizando para nosotros pictóricamente lo que los griegos realizaron con tal perfección plástica. La música, en la que todo contenido está absorbido en la expresión y no se puede separar de ella, es un ejemplo complejo, y una flor o un niño son un ejemplo simple de lo que quiero decir: pero el Dolor es el tipo acabado, lo mismo en la vida que en el Arte.

Tras la Alegría y la Risa puede haber un temperamento grosero, duro y encallecido. Pero tras el Dolor siempre hay Dolor. La Pena, a diferencia del

Placer, no lleva mascara. La verdad en el Arte no es ninguna correspondencia entre la idea esencial y la existencia accidental; no es la semejanza de figura y sombra, ni de la forma reflejada en el cristal y la forma misma; no es ningún Eco que baje de la oquedad de un monte, como no es el pozo de agua de plata en el valle que muestra la Luna a la Luna y Narciso a Narciso. La verdad en el Arte es la unidad de la cosa consigo misma; lo exterior hecho expresivo de lo interior; el alma encarnada; el cuerpo movido por el espíritu. Por eso no hay verdad comparable al Dolor. Hay momentos en que el Dolor me parece ser la única verdad. Otras cosas podrán ser ilusiones de la vista o del apetito, hechas para cegar lo uno y empachar lo otro, pero con el Dolor se han construido mundos, y en el nacimiento de un niño o de una estrella hay dolor.

Más que eso: hay en torno al Dolor una intensa, una extraordinaria realidad. He dicho de mí que estaba en relaciones simbólicas con el arte y la cultura de mi época. No hay un solo hombre desdichado de los que están conmigo en este lugar desdichado que no esté en relaciones simbólicas con el secreto mismo de la vida. Porque el secreto de la vida es el sufrimiento. Eso es lo que se oculta detrás de todo. Cuando empezamos a vivir, lo dulce es tan dulce para nosotros, y lo amargo es tan amargo, que inevitablemente dirigimos todos nuestros deseos al placer, y aspiramos no ya a «alimentarnos de miel un mes o dos», sino a no probar otro alimento en todos nuestros años, ignorantes de que mientras tanto podemos estar realmente matando de hambre el alma.

Recuerdo haber hablado una vez sobre este tema con una de las personalidades mas hermosas de cuantas he conocido: una mujer, cuya simpatía y noble bondad hacia mí antes y después de la tragedia de mi encarcelamiento sería imposible describir; que verdaderamente me ha ayudado, aunque ella no lo sabe, a soportar el peso de mis males más que nadie en el mundo; y todo por el mero hecho de su existencia: por ser lo que es, en parte un ideal y en parte una influencia, una sugerencia de lo que uno podría llegar a ser y a la vez una ayuda real para llegar a serlo, un alma que embalsama el aire común y hace parecer lo espiritual tan natural y sencillo como la luz del sol o el mar, una persona para quien la Belleza y el Dolor caminan de la mano y tienen el mismo mensaje. En la ocasión que ahora tengo presente recuerdo nítidamente haberle dicho que en una sola callejuela de Londres había sufrimiento bastante para demostrar que Dios no amaba al hombre, y que dondequiera que hubiera dolor, aunque sólo fuera el de un niño en un jardincillo llorando por una falta que hubiese o no cometido, la entera faz de la creación quedaba desfigurada por completo. Estaba totalmente equivocado. Ella me lo dijo, pero yo no la podía creer. No estaba en la esfera en donde se alcanza esa convicción. Ahora me parece que el Amor de alguna clase es la única explicación posible de la extraordinaria cantidad de sufrimiento que hay en el mundo. No concibo otra explicación. Estoy convencido de que no la hay, y de que si, como he dicho, se han construido mundos con el Dolor, ha sido por las manos del Amor, porque de ninguna otra

manera podía el Alma del hombre para quien se han hecho los mundos alcanzar la plena estatura de su perfección. Placer para el cuerpo hermoso, pero Dolor para el Alma hermosa.

Cuando digo que estoy convencido de estas cosas hablo con demasiado orgullo. A lo lejos, como una perla perfecta, se ve la ciudad de Dios. Es tan maravillosa que parece como si un niño pudiera alcanzarla en un día de verano. Y un niño podría. Pero para mí y los que son como yo es diferente. Se puede captar una cosa en un momento único, pero se la pierde en las largas horas que le siguen con pies de plomo. Es tan difícil mantener «las alturas que el alma es capaz de coronar». Es en la Eternidad donde pensamos, pero nos movemos despacio por el Tiempo; y de cómo pasa de despacio el tiempo para los que estamos en la cárcel no hace falta que vuelva a hablar, ni del cansancio y la desesperación que se te filtran en la celda, y en la celda del corazón, con una insistencia tan extraña que tiene uno, por así decirlo, que engalanar y barrer la casa para recibirlos como para un invitado inoportuno, o un amo acerbo, o un esclavo del cual fuera uno esclavo por suerte o por desgracia. Y, aunque en el presente te cueste creerlo, no por ello es menos cierto que para ti, que vives con libertad, comodidad y ocio, es más fácil aprender las lecciones de la Humildad que para mí, que empiezo el día hincándome de rodillas y fregando el suelo de mi celda. Porque la vida de presidio, con sus incontables privaciones y restricciones, te hace rebelde. Lo más terrible no es que te rompa el corazón -los corazones están hechos para romperse-, sino que te lo petrifica. A veces se tiene la impresión de que sólo con una frente de bronce y labios de desdén es posible llegar al final del día. Y el que está en estado de rebeldía no puede recibir la gracia, por emplear la frase que tanto le gusta a la Iglesia -y con tanta razón, me atrevo a decir-; porque en la vida, como en el Arte, el estado de rebeldía cierra los cauces del alma, y no deja entrar los aires del cielo. Pero yo tengo que aprender esas lecciones aquí, si he de aprenderlas en alguna parte, y he de estar lleno de alegría si tengo puestos los pies en el buen camino y vuelto el rostro hacia «la puerta que se llama Hermosa», aunque pueda caerme muchas veces en el fango, y extraviarme a menudo en la niebla.

Esta vida nueva, como por mi amor a Dante me gusta a veces llamarla, por supuesto que no es ninguna vida nueva, sino sencillamente la continuación, por desarrollo y evolución, de mi vida anterior. Recuerdo, estando en Oxford, haberle dicho a uno de mis amigos -íbamos paseando por las veredas estrechas de Magdalena, pobladas de pájaros, una mañana de junio antes de mi graduación- que quería comer del fruto de todos los árboles del jardín del mundo, y que salía al mundo con esa pasión en mi alma. Y así fue, efectivamente, como salí, y así viví. Mi único error fue limitarme tan exclusivamente a los árboles de lo que me parecía ser el lado soleado del jardín, y esquivar el otro lado por su sombra y su oscuridad. El fracaso, la desgracia, la pobreza, el dolor, la desesperación, el sufrimiento, las lágrimas

incluso, las palabras trucas que salen de los labios del dolor, el remordimiento que hace caminar sobre espinas, la conciencia que condena, la humillación de uno mismo que castiga, la miseria que pone cenizas sobre su cabeza, la angustia que escoge la arpillera por vestido y en su propia bebida pone hiel, todas éstas eran cosas que me daban miedo. Y como había resuelto no saber nada de ellas, me vi obligado a probarlas una tras otra, a nutrirme de ellas, a pasar un tiempo, de hecho, sin otro alimento. No lamento ni un solo instante haber vivido para el placer. Lo hice hasta el fondo, como se debe hacer todo lo que uno haga. No hubo placer que no experimentara. Eché la perla de mi alma a una copa de vino. Bajé por el sendero de las primulas al son de flautas. Viví de miel. Pero haber continuado en la misma vida habría sido malo porque habría sido limitador. Tenía que pasar adelante. La otra mitad del jardín también tenía sus secretos para mí.

Naturalmente, todo eso está anunciado y prefigurado en mi arte. Algo está en «El príncipe feliz»; algo en «El joven rey», sobre todo en el pasaje donde el obispo le dice al muchacho arrodillado: «El que hizo la desdicha, ¿no es mas sabio que tú?», una frase que cuando la escribí me pareció poco mas que una frase; mucho está oculto en la nota de Fatalidad que corre como un hilo de púrpura por el paño de oro de *Dorian Cray*; en «El crítico artista» está expuesto en muchos colores; en *El alma del hombre* está consignado con sencillez y en letras demasiado fáciles de leer; es uno de los estribillos cuyos motivos recurrentes hacen que *Salomé* se parezca tanto a una pieza musical y la traban como una balada; en el poema en prosa del hombre que del bronce de la imagen del «Placer que vive para un Momento» tiene que hacer la imagen del «Dolor que permanece para Siempre», está encarnado. No podría haber sido de otro modo. En cada momento de nuestra vida somos lo que vamos a ser no menos que lo que hemos sido. El Arte es un símbolo, porque el hombre es un símbolo.

Es, si soy capaz de alcanzarlo plenamente, la realización última de la vida artística. Porque la vida artística es simple autodesarrollo. La humildad en el artista es su aceptación franca de todas las experiencias, lo mismo que el Amor en el artista es simplemente ese sentido de la Belleza que revela al mundo su cuerpo y su alma. En *Mario el epicúreo* Pater pretende reconciliar la vida artística con la vida de la religión, en el sentido profundo, dulce y austero de la palabra. Pero Mario es poco más que un espectador: un espectador ideal, sí, y a quien le es dado «contemplar el espectáculo de la vida con emociones apropiadas», que es como Wordsworth define el verdadero objetivo del poeta; pero sólo un espectador, y quizá una pizca demasiado atento a la elegancia de las vasijas del Santuario para darse cuenta de que lo que contempla es el Santuario del Dolor.

Yo veo un nexo mucho más íntimo e inmediato entre la verdadera vida de Cristo y la verdadera vida del artista, y me produce un vivo placer pensar que

mucho antes de que el Dolor se enseñorease de mis días y me atase a su rueda había yo escrito en *El alma del hombre* que el que quiera vivir como Cristo tiene que ser entera y absolutamente él mismo, y había tomado como tipos no sólo al pastor en el monte y el preso en su celda, sino también al pintor para quien el mundo es un desfile y el poeta para quien el mundo es una canción. Recuerdo haberle dicho una vez a André Gide, estando con él en un café de París, que la Metafísica tenía escaso interés real para mí y la Moral absolutamente ninguno, pero que no había nada de cuanto dijeron Platón o Cristo que no pudiera trasladarse inmediatamente a la esfera del Arte, y ahí encontrar su total cumplimiento. Era una generalización tan profunda como novedosa.

Y no es únicamente que en Cristo se descubra esa unidad estrecha de personalidad y perfección que es lo que realmente distingue el Arte clásico del romántico y hace de Cristo el verdadero precursor del movimiento romántico en la vida, sino que la propia base de su naturaleza era la misma que la de la naturaleza del artista, una imaginación intensa y flamígera. Él realizó en toda la esfera de las relaciones humanas esa simpatía imaginativa que en la esfera del Arte es el único secreto de la creación. El comprendió la lepra del leproso, la tiniebla del ciego, la fiera miseria de los que viven para el placer, la extraña pobreza de los ricos. Ahora veras ¿verdad que sí? que cuando me escribiste en mi tribulación: «Cuando no estás en tu pedestal no eres interesante. La próxima vez que estés enfermo me iré inmediatamente», estabas tan lejos del verdadero temple del artista como de lo que Matthew Arnold llama «el secreto de Jesús». Lo uno o lo otro te habría enseñado que lo que le ocurra a otro te ocurre a ti, y si quieres una inscripción para leerla al alba y a la noche, y para el placer o para el dolor, escribe en la pared de tu casa con letras que el sol dore y la luna argente: «*Lo que le ocurra a otro me ocurre a mí*»; y si alguien te preguntase qué puede querer decir esa inscripción, respóndele que quiere decir «el corazón del Señor Jesucristo y el cerebro de Shakespeare».

Es cierto que el sitio de Cristo está con los poetas. Toda su concepción de la Humanidad brotaba directamente de la imaginación y sólo se puede realizar con ella. Lo que Dios era para el Panteísta era el hombre para él. Él fue el primero en concebir las razas divididas como una unidad. Antes había dioses y hombres. Él solo vio que en los montes de la vida no había más que Dios y Hombre, y, sintiendo a través del misticismo de la simpatía que en él se habían encarnado ambos, se llama a sí mismo Hijo del Uno o hijo del otro, según su talante. Más que ninguna otra persona histórica despierta en nosotros ese temple de asombro al que el Romance siempre apela. Para mí sigue habiendo algo casi increíble en la idea de un joven campesino de Galilea que imagina poder llevar sobre sus hombros la carga del mundo entero: todo lo que ya se había hecho y sufrido, y todo lo que quedaba por hacer y sufrir: los pecados de Nerón, de César Borgia, de Alejandro VI, y del que fue Emperador de Roma y Sacerdote del Sol; los sufrimientos de aquellos cuyo nombre es Legión y que

tienen su morada entre los sepulcros, las nacionalidades oprimidas, los niños de las fábricas, los ladrones, los encarcelados, los proscritos, los que enmudecen bajo la opresión y cuyo silencio sólo lo oye Dios; y que no sólo lo imagina sino que lo logra, de suerte que en el momento presente todos los que entran en contacto con su personalidad, aunque quizá no se inclinen ante su altar ni se arrodillen ante su sacerdote, empero sienten de algún modo que la fealdad de sus pecados desaparece y la belleza de su dolor se les revela.

He dicho de él que su sitio está con los poetas. Es verdad. Shelley y Sófocles son de los suyos. Pero su vida entera también es el más maravilloso de los poemas. En «piedad y terror» no hay nada en todo el ciclo de la Tragedia Griega que la alcance. La absoluta pureza del protagonista eleva el plan entero a una altura de arte romántico del que los sufrimientos del «linaje de Tebas y de Penélope» quedan excluidos por su mismo horror, y demuestra cuánto erraba Aristóteles al decir en su tratado sobre el Drama que sería imposible soportar el espectáculo del dolor de un inocente. Ni en Esquilo ni en Dante, maestros severos de la ternura, ni en Shakespeare, el más puramente humano de todos los grandes artistas, ni en la totalidad del mito y la leyenda celtas, donde la galanura del mundo se muestra a través de una bruma de lágrimas y la vida de un hombre no es más que la vida de una flor, hay nada que en pura simplicidad de patetismo fundida y unida con sublimidad de efecto trágico pueda ni equipararse ni acercarse siquiera al último acto de la Pasión de Cristo. La parva cena con sus compañeros, de los cuales uno ya le había vendido a un precio; la angustia en el silencioso olivar bajo la luna; el falso amigo que se acerca para entregarle con un beso; el amigo que todavía creía en él, y en quien como sobre una roca había esperado edificar su Casa de Refugio para el Hombre, que le niega cuando el gallo grita al amanecer; su soledad absoluta, su sumisión, su aceptación de todo; y al lado de todo eso, escenas como el sumo sacerdote de la Ortodoxia que se rasga iracundo las vestiduras, y el Magistrado de la Justicia Civil que pide agua con la vana esperanza de limpiarse de esa mancha de sangre inocente que hace de él la figura escarlata de la Historia; la ceremonia de coronación del Dolor, una de las cosas más prodigiosas que haya en toda la crónica de los tiempos; la crucifixión del Inocente ante los ojos de su madre y del discípulo al que amaba; los soldados que se juegan sus ropas a los dados; la terrible muerte con que dio al mundo su símbolo más eterno; y su entierro final en el sepulcro del hombre rico, con el cuerpo envuelto en lino egipcio y especias y perfumes caros como si hubiera sido el hijo de un Rey: cuando se contempla todo eso desde el punto de vista del Arte solamente, no se puede por menos de agradecer que el oficio supremo de la Iglesia sea la representación de la tragedia sin el derramamiento de sangre, la presentación mística mediante diálogo y vestidura y gesto incluso de la Pasión de su Señor, y es siempre una fuente de placer y profundo respeto para mí recordar que la última supervivencia del Coro griego, por lo demás perdido para el arte, se encuentra en el acólito que responde al sacerdote en la Misa.

Y sin embargo la vida de Cristo -tan enteramente pueden Dolor y Belleza ser una sola cosa en su significado y manifestación- es realmente un idilio, aunque acabe con el velo del templo desgarrado, y las tinieblas cubriendo la faz de la tierra, y la piedra rodada a la puerta del sepulcro. Uno siempre piensa en él como un joven novio con sus compañeros, como de hecho él mismo se describe en una ocasión, o un pastor que se pierde por el valle con sus ovejas en busca de prado verde o arroyo fresco, o un cantor que con música intenta alzar los muros de la ciudad de Dios, o un amante para cuyo amor el mundo entero era pequeño. Sus milagros me parecen tan exquisitos como la llegada de la Primavera, e igual de naturales. No encuentro dificultad alguna en creer que fuera tal el encanto de su personalidad que su mera presencia pudiera poner paz en las almas angustiadas, y que los que tocaban su vestido o sus manos se olvidaran de sus dolores; o que, a su paso por el camino de la vida, gente que no había visto nada de los misterios de la vida los viera claramente, y otros que habían sido sordos a toda voz que no fuera la del Placer oyeran por vez primera la voz del Amor y la encontrarán tan «musical como el laúd de Apolo»; o que las malas pasiones huyeran ante él, y hombres cuyas vidas embotadas sin imaginación no habían sido sino un modo de muerte se alzarán como del sepulcro a su llamada; o que, cuando enseñaba en la ladera, la multitud se olvidara de su hambre y su sed y los cuidados de este mundo, y que a los amigos que le escuchaban al sentarse a comer la comida grosera les pareciera delicada, y el agua supiera a buen vino, y la casa entera se llenara de la fragancia y la dulzura del nardo.

Renan, en su *Vie de Jesus* -ese gentil Quinto Evangelio, el Evangelio según Santo Tomás se le podría llamar-, dice no sé por dónde que el gran logro de Cristo fue hacerse tan amado después de su muerte como lo había sido en vida. Y ciertamente, si su lugar está con los poetas, es el cabeza de todos los amantes. Él vio que el amor era ese secreto perdido del mundo que los sabios venían buscando, y que únicamente a través del amor podía uno acercarse al corazón del leproso o a los pies de Dios.

Y, sobre todo, Cristo es el más supremo de los Individualistas. La humildad, como la aceptación artística de todas las experiencias, no es sino un modo de manifestación. Es el alma del hombre lo que Cristo anda buscando siempre. La llama «el Reino de Dios» -~ paacíEla zov 9Eot~>- y la encuentra en toda persona. La compara con cosas pequeñas, con una semilla diminuta, con un puñado de levadura, con una perla. Porque sólo realiza uno su alma desprendiéndose de todas las pasiones ajenas, de toda la cultura adquirida, y de todas las posesiones exteriores, sean buenas o malas.

Yo aguanté frente a todo con cierta testarudez de la voluntad y mucha rebelión de la naturaleza hasta que no me quedó nada en el mundo más que Cyril. Había perdido mi nombre, mi posición, mi felicidad, mi libertad, mi hacienda. Era un preso y un indigente. Pero aún me quedaba una sola cosa

hermosa, mi hijo mayor. De improviso la ley me lo quitó. Fue un golpe tan atroz que no supe qué hacer, así que me tiré de rodillas, y agaché la cabeza, y lloré y dije: «El cuerpo de un niño es como el cuerpo del Señor: no soy digno de ninguno de los dos». Ese momento pareció salvarme. Entonces vi que lo único que había para mí era aceptarlo todo. Desde entonces -por curioso que esto sin duda te resulte- he sido más feliz.

Era, por supuesto, mi alma en su esencia última lo que había alcanzado. De muchas maneras yo había sido su enemigo, pero me la encontré esperándome como amiga. Cuando se entra en contacto con ella, el alma le hace a uno sencillo como un niño, como dijo Cristo que había que ser. Es trágico que tan pocas personas «posean su alma» antes de morir. «Nada hay más infrecuente en todo hombre», dice Emerson, «que un acto que sea propiamente suyo». Es totalmente cierto. La mayoría de las personas son otras personas. Sus pensamientos son las opiniones de otro, su vida un remedo, sus pasiones una cita. Cristo no fue sólo el Individualista supremo, sino el primero de la Historia. Se ha querido hacer de él un vulgar Filántropo, como los espantosos filántropos del siglo diecinueve, o se le ha colocado como Altruista al lado de los acientíficos y los sentimentales. Pero en realidad no fue ni lo uno ni lo otro. Tiene compasión, naturalmente, de los pobres, de los que están encerrados en las cárceles, de los humildes, de los desdichados, pero tiene mucha más compasión de los ricos, de los hedonistas duros, de los que dilapidan su libertad en hacerse esclavos de las cosas, de los que visten telas suaves y viven en las casas de los reyes. La Riqueza y el Placer le parecían tragedias realmente mayores que la Pobreza y el Dolor. Y en cuanto al Altruismo, ¿quién supo mejor que él que es la vocación y no la volición lo que nos determina, y que no se pueden recoger uvas de los espinos ni higos de los cardos?

Vivir para los demás como objetivo concreto y deliberado no fue su credo. No fue la base de su credo. Cuando dice: «Perdonad a vuestros enemigos», no lo dice por el bien del enemigo sino por el bien de uno mismo, y porque el Amor es más bello que el Odio. Cuando ruega al joven al que amó con verle: «Vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres», no es en el estado de los pobres en lo que está pensando, sino en el alma del joven, el alma gentil que la riqueza estaba desfigurando. En su visión de la vida coincide con el artista que sabe que por la ley inevitable del propio perfeccionamiento el poeta ha de cantar, y el escultor pensar en bronce, y el pintor hacer del mundo espejo de sus estados de ánimo, tan seguro y tan cierto como que el majuelo ha de florecer en primavera, y el trigo llamear de oro al tiempo de la siega, y la Luna en sus ordenadas andanzas cambiar de escudo en hoz y de hoz en escudo.

Pero aunque Cristo no dijera a los hombres: «Vivid para los demás», señaló que no había diferencia real entre las vidas de los demás y la vida propia. De esta forma dio al hombre una personalidad extendida, de titán. Desde su venida, la historia de cada individuo es, o se puede hacer, la historia del

mundo. Claro está que la Cultura ha intensificado la personalidad del hombre. El Arte nos ha hecho mentalmente multitudes. Quienes poseen el temperamento artístico van al destierro con Dante y aprenden cuán salado es el pan de otros y cuán empinadas sus escaleras; captan por un momento la serenidad y la calma de Goethe, pero saben muy bien por qué Baudelaire gritó a Dios:

Señor, dame valor y fortaleza

para contemplar mi cuerpo y mi corazón sin asco

De los sonetos de Shakespeare extraen, quizá para su daño, el secreto de su amor y se lo apropian; miran con ojos nuevos a la vida moderna porque han escuchado un nocturno de Chopin, o manejado cosas griegas, o leído la historia de la pasión de un hombre muerto por una mujer muerta cuyos cabellos eran como hilos de oro fino y cuya boca era una granada. Pero la simpatía del temperamento artístico va necesariamente a lo que ha hallado expresión. En palabras o en color, en música o en mármol, tras las máscaras pintadas de un drama de Esquilo o por las cañas horadadas y unidas de un pastor siciliano tienen que haberse revelado el hombre y su mensaje.

Para el artista, la expresión es el único modo de concebir la vida. Para él lo mudo está muerto. Pero para Cristo no era así. Con una imaginación tan ancha y tan prodigiosa que casi espanta, él tomó por reino suyo el mundo entero de lo que no se expresa, el mundo sin voz de la pena, y se hizo su portavoz eterno. A éstos de los que he hablado, los que enmudecen bajo la opresión y «cuyo silencio sólo lo oye Dios», los escogió por hermanos. Quiso ser ojos para los ciegos, oídos para los sordos, y un grito en los labios de los que tenían la lengua atada. Su deseo fue ser, para los incontables que no habían encontrado palabra, una trompeta con que llamar al Cielo. Y sintiendo, con la naturaleza artística de alguien para quien el Dolor y el Sufrimiento eran modos de realizar su concepción de lo Bello, que una idea no tiene ningún valor hasta que se encarna y se hace imagen, él hace de sí mismo la imagen del Varón de Dolores, y como tal ha fascinado y dominado el Arte como ningún dios griego lo consiguió jamás.

Porque los dioses griegos, a pesar del blanco y rojo de sus miembros hermosos y ligeros, no eran realmente lo que parecían. El curvo sobrecejo de Apolo era como el orbe del sol creciente sobre un monte al amanecer, y sus pies eran como las alas de la mañana, pero él había sido cruel con Marsias y había dejado a Niobe sin hijos; en los acerados escudos de los ojos de Palas no había habido piedad para Aracne; Hera no tuvo en verdad más cosa noble que su pompa y sus pavones, y el propio Padre de los Dioses había sido demasiado aficionado a las hijas de los hombres. Las dos figuras hondas y

sugestivas de la mitología griega fueron, para la religión, Deméter, una diosa de la tierra, no del número de los Olímpicos, y para el arte Dionisos, hijo de una mujer mortal para quien el momento de alumbrarle fue también el momento de morir.

Pero la Vida misma, de su más modesta y humilde esfera, dio alguien mucho más maravilloso que la madre de Proserpina o el hijo de Sémele. Del taller de carpintero de Nazaret había salido una personalidad infinitamente mayor que cuantas hicieran el mito o la leyenda, y, cosa extraña, destinada a revelar al mundo el significado místico del vino y la belleza real de los lirios del campo como nadie, ni en el Citerón ni en Enna, lo había hecho nunca.

El canto de Isaías, «*Es despreciado y rechazado por los hombres, varón de dolores y sabedor de la aflicción: y nos ocultamos el rostro ante él*», le pareció una prefiguración de sí mismo, y en él la profecía se cumplió. No hemos de tener miedo de una frase como ésa. Cada obra de arte es el cumplimiento de una profecía. Porque cada obra de arte es la conversión de una idea en imagen. Cada ser humano debe ser el cumplimiento de una profecía. Porque cada ser humano debe ser la realización de un ideal, o en la mente de Dios o en la mente del hombre. Cristo halló el tipo, y lo fijó, y el sueño de un poeta virgiliano, en Jerusalén o en Babilonia, dentro de la larga marcha de los siglos se hizo carne en él a quien el mundo estaba esperando. «*Tenía el semblante más desfigurado que el de ningún hombre, y su forma más que los hijos de los hombres*», son algunos de los signos que advierte Isaías como distintivos del nuevo ideal, y, tan pronto como el Arte entendió lo que se significaba, se abrió como una flor en la presencia de uno en quien la verdad en el Arte se desplegó como jamás hasta entonces. Pues ¿no es la verdad en el Arte, como he dicho, «aquello en que lo exterior se hace expresivo de lo interior; el alma encarnada, y el cuerpo movido por el espíritu; aquello en que la Forma revela»?

Para mí una de las cosas de la historia que más hay que lamentar es que al renacimiento propio de Cristo, que había dado la catedral de Chartres, el ciclo de las leyendas artúricas, la vida de San Francisco de Asís, el arte de Giotto y la *Divina Comedia* de Dante, no se le dejara desarrollarse por sus vías, sino que fuera interrumpido y estropeado por el espantoso Renacimiento clásico que nos dio a Petrarca, y los frescos de Rafael, y la arquitectura paladiana, y la tragedia formal francesa, y la catedral de San Pablo, y la poesía de Pope, y todo lo que está hecho desde fuera y con reglas muertas, y no brota de dentro a impulsos de un espíritu que lo informa. Pero dondequiera que haya un movimiento romántico en el Arte, allí de algún modo, y bajo alguna forma, está Cristo, o el alma de Cristo. Está en *Romeo y Julieta*, en el *Cuento de invierno*, en la poesía provenzal, en «El marinero de antaño», en «La Belle Dame sans Merci» y en la «Balada de la caridad» de Chatterton.

Le debemos las cosas y las personas más diversas. Los Miserables de Hugo, las Flores *del Mal* de Baudelaire, la nota de piedad de las novelas rusas, las vidrieras y tapicerías y obras cuatrocentistas de Burne Jones y Morris, Verlaine y los poemas de Verlaine, le pertenecen tanto como la Torre de Giotto, Lanzarote y Ginebra, Tannhäuser, los turbados mármoles románticos de Miguel Angel, la arquitectura apuntada y el amor a los niños y a las flores: cosas ambas, por cierto, que tuvieron poco sitio en el arte clásico, apenas el suficiente para crecer o jugar, pero que desde el siglo doce hasta nuestros días vienen continuamente apareciendo en el arte, en distintos modos y en distintos tiempos, sin aviso y a capricho, como es propio de niños y de flores; así la primavera siempre nos parece como si las flores hubieran estado escondidas, y únicamente salieran al sol por miedo a que la gente adulta se cansara de buscarlas y abandonara la búsqueda, y la vida de un niño no es más que un día de abril en el que hay lluvia y sol para el narciso.

Y es lo imaginativo de la naturaleza del propio Cristo lo que hace de él ese centro palpitante del romance. Las figuras extrañas del drama poético y la balada están hechas por la imaginación de otros, pero de su propia imaginación enteramente se creó a sí mismo Jesús de Nazaret. El grito de Isaías realmente no tenía más que ver con su venida que el canto del ruiseñor tiene que ver con el orto de la luna; no más, aunque quizá no menos. El fue la negación tanto como la afirmación de la profecía. Por cada expectativa que cumplió, destruyó otra. En toda belleza, dice Bacon, hay «alguna extrañeza de proporción», y de los que han nacido del espíritu, esto es, de los que como él mismo son fuerzas dinámicas, Cristo dice que son como el viento que «sopla donde quiere y nadie sabe de dónde viene ni adónde va». Por eso es él tan fascinante para los artistas. Tiene todos los elementos cromáticos de la vida: misterio, extrañeza, patetismo, sugerencia, éxtasis, amor. Apela a la capacidad de asombro, y crea ese ánimo en cuya sola virtud puede ser comprendido.

Y para mí es un gozo recordar que si él es «todo él imaginación», el propio mundo es de la misma sustancia. Dije en *Dorian Gray* que los grandes pecados del mundo tienen lugar en el cerebro, pero es en el cerebro donde todo tiene lugar. Ahora sabemos que no vemos con los ojos ni oímos con los oídos. Ellos no son sino cauces de transmisión, adecuada o inadecuada, de las impresiones sensoriales. Es en el cerebro donde la amapola es roja, donde la manzana es aromática, donde canta la alondra.

Últimamente he estado estudiando los cuatro poemas en prosa sobre Cristo con cierta diligencia. En Navidad conseguí hacerme con un Testamento en griego, y cada mañana, después de limpiar mi celda y sacar brillo a mis latas, leo un poco de los Evangelios, una docena de versículos tomados al azar de cualquier parte. Es una manera deliciosa de empezar el día. Para ti, en tu vida turbulenta y desordenada, sería cosa excelente hacer lo mismo. Te haría un bien incalculable, y el griego es muy sencillo. La repetición interminable, a hora

y a deshora, nos ha estropeado la *naïveté*, la frescura, el sencillo encanto romántico de los Evangelios. Los oímos leer demasiadas veces y demasiado mal, y toda repetición es antiespiritual.

Cuando se vuelve al griego es como salir de una casa angosta y oscura y entrar en un jardín de lirios.

Y para mí el placer se duplica al pensar que es extremadamente probable que tengamos los términos reales, los ipsissima verba, que empleó Cristo. Siempre se ha supuesto que Cristo hablaba en arameo. Hasta Renan lo creyó. Pero ahora sabemos que los campesinos de Galilea, como los campesinos irlandeses de nuestros días, eran bilingües, y que el griego era la lengua normal de uso en toda Palestina, lo mismo que en todo el mundo oriental. Nunca me gustó la idea de que sólo conociéramos las palabras de Cristo por la traducción de una traducción. Me deleita pensar que en lo referente a su conversación Cármenes podría haberle escuchado, y Sócrates haber razonado con él, y Platón haberle entendido; que de verdad dijo *ἐγὼ εἶμι ὁ ποιμὴν ὁ χαλός* [«Yo soy el buen pastor», Jn 10:11 y 141; que al pensar en los lirios del campo, y cómo ni se afanan ni hilan, su expresión absoluta fue *χαταμέθετε τάχρῖνα τον αγρον πῶς αυξαάνει ονχπιά ονδέ νηθει* [«Considerad los lirios del campo, cómo crecen; ni se afanan ni hilan», Mt 6:281, y que su última palabra al clamar: «Mi vida ha sido completada, ha llegado a su cumplimiento, ha alcanzado su perfección», fue exactamente la que San Juan nos dice que fue: *τετέλεσται* [«ha terminado», Jn 19:301: nada más.

Y mientras, al leer los Evangelios -particularmente el del propio San Juan, o quien fuera el gnóstico temprano que tomase su nombre y su manto-, veo esta continua afirmación de la imaginación como base de toda vida espiritual y material, veo también que para Cristo la imaginación no era sino una forma del Amor, y que para él el Amor era Señor en el más pleno sentido de la palabra. Hace unas seis semanas el médico me autorizó a comer pan blanco en vez del pan basto, negro o moreno, del rancho normal de la cárcel. Es una gran exquisitez. A ti te resultará extraño que un pan seco pueda ser una exquisitez para nadie. Yo te aseguro que para mí lo es tanto que al terminar cada comida me como cuidadosamente las migas que puedan quedar en mi plato de lata, o que hayan caído sobre la toalla áspera que se usa como mantel para no manchar la mesa; y no por hambre -ahora me dan de comer bastante y más-, sino simplemente por que no se desperdicie nada de lo que me dan. Así habría que mirar el amor.

Cristo, como todas las personalidades fascinantes, tenía la facultad no ya de decir él cosas hermosas, sino de hacer que otras personas le dijeran cosas hermosas a él; y a mí me encanta la historia que nos cuenta San Marcos de aquella mujer griega -la *γυνή Ἑλληνίς*- que, cuando queriendo probar su fe él le dijo que no le podía dar el pan de los hijos de Israel, le contestó que los

perrillos -*χουάριχ*, «perrillos» habría que traducir- que están debajo de la mesa comen de las migas que los hijos dejan caer. La mayoría de la gente vive para el amor y la admiración. Pero es *de* amor y admiración de lo que deberíamos vivir. Si algún amor se tiene con nosotros, deberíamos reconocer que somos totalmente indignos de él. Nadie es digno de ser amado. El hecho de que Dios ame al hombre demuestra que en el orden divino de las cosas ideales está escrito que se dé amor eterno a lo que es eternamente indigno. O, si esa frase te suena amarga, digamos que toda persona es digna de amor, salvo la que cree serlo. El amor es un sacramento que habría que recibir de rodillas, y el *Domine, non sum dignus* tendría que estar en los labios y en los corazones de quienes lo reciben. Desearía que a veces pensaras en eso. Te hace mucha falta.

Si alguna vez vuelvo a escribir, en el sentido de hacer obra artística, hay sólo dos temas sobre los cuales y mediante los cuales deseo expresarme: uno es «Cristo, como precursor del movimiento romántico en la vida»; el otro es «la vida artística considerada en su relación con la conducta». El primero es, sobra decirlo, de una fascinación intensa, pues en Cristo no veo sólo los elementos esenciales del tipo romántico supremo, sino también todos los accidentes, las obstinaciones incluso, del temperamento romántico. Fue la primera persona que dijo a los hombres que debían vivir como las flores. Él fijó la frase. Tomó a los niños como tipo de lo que los hombres debían intentar ser. Los puso como ejemplos a sus mayores, cosa que yo siempre he pensado que es la principal utilidad de los niños, si es que lo perfecto ha de tener alguna utilidad. Dante dice que el alma del hombre viene de la mano de Dios «llorando y riendo como una niña», y también Cristo veía que el alma de cada uno debía ser «*a guisa di Janciulla, che piangendo e ridendo pargoleggia*». Sentía que la vida era cambiante, fluida, activa, y que dejar que se estereotipase en una u otra forma era la muerte. Dijo que no había que tomar demasiado en serio los intereses materiales, comunes; que ser impráctico era una gran cosa; que no había que afanarse demasiado en los negocios. «Los pájaros no lo hacen, ¿por qué ha de hacerlo el hombre?» Es maravilloso cuando dice: «No penséis en el mañana. ¿No es el *alma* más que la comida? ¿No es el *cuero* mas que el vestido?». Un griego podría haber dicho la segunda frase. Está llena de sentimiento griego. Pero sólo Cristo pudo decir las dos, y así darnos la vida tan perfectamente compendiada.

Su moral es toda ella simpatía, como debería ser la moral. Aunque lo único que hubiera dicho fuera: «Sus pecados le son perdonados porque mucho amó», habría valido la pena morir por haber dicho eso. Su justicia es toda ella justicia poética, exactamente lo que debería ser la justicia. El mendigo va al cielo porque ha sido infeliz. No concibo mejor razón para que se le envíe allí. Los que trabajan una hora en la viña, al frescor de la tarde, reciben la misma recompensa que los que llevaban todo el día sudando a pleno sol. ¿Y por qué no? Probablemente nadie merecía nada. O acaso fueran personas de otro tipo.

Cristo no tenía paciencia con los sistemas obtusos, mecánicos, maquinales, que tratan a las personas como si fueran cosas, y por lo tanto tratan igual a todas: como si hubiera en el mundo una persona, o una cosa si vamos a eso, igual que otra. Para él no había leyes; sólo había excepciones.

Eso que es la tónica misma del arte romántico era para él la base propia de la vida real. No veía otra base. Y cuando le llevaron a una mujer sorprendida en acto de pecado y le mostraron su sentencia escrita en la ley y le preguntaron qué había que hacer, él escribió con un dedo en el suelo como si no los oyera, y al cabo, cuando le apremiaron una vez y otra, alzó la vista y dijo: «Aquel de vosotros que nunca haya pecado, sea el primero que le tire la piedra». Valía la pena vivir para decir eso.

Como todas las naturalezas poéticas, amaba a los ignorantes. Sabía que en el alma de un ignorante siempre hay sitio para una gran idea. Pero no soportaba a los estúpidos, sobre todo a los estúpidos por educación: a los que están llenos de opiniones sin comprender ni una sola de ellas, que es un tipo peculiarmente moderno, y resumido por Cristo cuando lo describe como el tipo del que tiene la llave del conocimiento, no sabe usarla él y no deja que otros la usen, aunque con ella se pueda abrir la puerta del Reino de Dios. Su mayor guerra fue contra los filisteos. Ésa es la guerra que tiene que librar todo hijo de la luz. El filisteísmo era la marca de la época y la comunidad en que vivió. Por su lerda cerrazón a las ideas, su respetabilidad obtusa, su ortodoxia tediosa, su adoración del éxito vulgar, su total absorción en el lado materialista y grosero de la vida y su estimación ridícula de sí mismos y de su importancia, los judíos de Jerusalén en tiempos de Cristo eran la exacta réplica de los filisteos británicos en los nuestros. Cristo se burló de los «sepulcros blanqueados» de la respetabilidad, y fijó esa frase para siempre. Trató el éxito mundano como cosa absolutamente despreciable. No veía en él absolutamente nada. Miraba las riquezas como un estorbo para el hombre. No quería ni oír de lo que fuera sacrificar la vida a un sistema de pensamiento o de conducta. Señalaba que las formas y ceremonias se habían hecho para el hombre, no el hombre para las formas y ceremonias. Tomó la observancia del sábado como tipo de las cosas por las que no hay que dar un ochavo. Las filantropías frías, las caridades públicas ostentosas, los pesados formalismos tan queridos para la mentalidad de clase media, los denunció con desdén total e implacable. Para nosotros lo que se llama Ortodoxia es sólo una aquiescencia ininteligente y barata, pero para ellos, y en sus manos, era una tiranía terrible y paralizante. Cristo se la llevó por delante. Mostró que sólo el espíritu tenía valor. Le placía especialmente señalarles que a pesar de estar siempre leyendo la Ley y los Profetas no tenían realmente la menor idea de lo que quería decir ni lo uno ni lo otro. Frente a su afán de partir cada día en su rutina fija de deberes prescritos, lo mismo que hacían partes de la menta y la ruda, él predicó la enorme importancia de vivir completamente para el momento.

Aquellos a quienes salvó de sus pecados se salvan simplemente para momentos bellos de sus vidas. María Magdalena, cuando ve a Cristo, rompe el rico vaso de alabastro que le diera uno de sus siete amantes y derrama las especias aromáticas sobre sus pies polvorientos y cansados, y por ese solo momento estará sentada para siempre con Ruth y Beatriz en las frondas de la nivea Rosa del Paraíso. Lo único que Cristo nos dice a modo de pequeña advertencia es que todo momento debe ser hermoso, que el alma debe estar *siempre* dispuesta para la venida del Novio, *siempre* esperando la voz del Amante. Siendo el filisteísmo simplemente ese lado de la naturaleza del hombre que no está iluminado por la imaginación, él ve todas las influencias bellas de la vida como modos de Luz: la imaginación misma es la luz del mundo, τό φως τονχουσμον el mundo es hecho por ella, y sin embargo el mundo no la comprende; porque la imaginación no es sino una manifestación del Amor, y es el amor, y la capacidad para el amor, lo que distingue a un ser humano de otro.

Pero es al tratar con el Pecador cuando es más romántico, en el sentido de más real. El mundo siempre había amado al Santo como lo más cercano posible a la perfección de Dios. Cristo, por un divino instinto que había en él, parece haber amado siempre al pecador como lo más cercano posible a la perfección del hombre. Su deseo primordial no era el de reformar a las personas, como no era su deseo primordial el de aliviar el sufrimiento. Convertir a un ladrón interesante en tedioso hombre probo no era su objetivo. Habría tenido poca estima por la Sociedad de Ayuda a los Presos y otros movimientos modernos de esa índole. La conversión de un publicano en fariseo no le habría parecido ninguna gran cosa. Pero de una manera aún no comprendida por el mundo él veía el pecado y el sufrimiento como en sí mismas cosas hermosas, santas, y modos de perfección. *Parece* una idea muy peligrosa. Lo es. Todas las grandes ideas *son* peligrosas. Que era el credo de Cristo no admite duda. Que sea el credo verdadero yo no lo dudo.

Claro está que el pecador ha de arrepentirse. Pero ¿por qué? Sencillamente porque de otro modo no podría comprender lo que ha hecho. El momento del arrepentimiento es el momento de la iniciación. Más que eso. Es el medio por el que uno altera su pasado. Los griegos lo tuvieron por imposible. A menudo dicen en sus aforismos gnómicos: «Ni los Dioses pueden alterar el pasado». Cristo mostró que el pecador más vulgar podía hacerlo. Que era justo lo que podía hacer. Cristo, si le hubieran preguntado, habría dicho -tengo la certeza absoluta- que en el momento en que el hijo pródigo se hincó de rodillas y lloró, realmente transformó el haber dilapidado su caudal con ramerías, y luego guardado cerdos y hambreado por las algarrobas que comían, en episodios hermosos y santos de su vida. A la mayoría de la gente le cuesta trabajo captar la idea. Me atrevería a decir que hay que ir a la cárcel para entenderla. Si es así, quizá merezca la pena ir a la cárcel.

¡Hay algo tan único en Cristo! Claro está que, así como hay falsos amaneceres antes del amanecer, y días de invierno tan llenos de súbito sol que engañan al sabio croco y le hacen malbaratar su oro antes de tiempo, y hacen que algún pájaro tonto llame a su compañera para construir en ramas peladas, así también hubo cristianos antes de Cristo. Eso lo deberíamos agradecer. Lo desdichado es que no haya habido ninguno desde entonces. Hago una excepción, San Francisco de Asís. Pero es que Dios le había dado de nacimiento un alma de poeta, y él mismo de muy joven había tomado por esposa en bodas místicas a la Pobreza; y con alma de poeta y cuerpo de mendigo el camino de la perfección no le fue difícil. Comprendió a Cristo, y por eso vino a ser como él. No hace falta que el *Liber Conformitatum* nos diga que la vida de San Francisco fue la verdadera *Imitatio Christi*: un poema comparado con el cual el libro que lleva ese nombre no es más que prosa. De hecho ahí está el encanto de Cristo, a fin de cuentas. El es justamente como una obra de arte. No es que realmente enseñe nada, sino que por entrar en su presencia uno llega a ser algo. Y todos estamos predestinados a su presencia. Por lo menos una vez en su vida, todo hombre camina con Cristo a Emaús.

En cuanto al otro tema, la relación de la vida artística con la conducta, sin duda te parecerá extraño que lo elija. La gente apunta a la prisión de Reading y dice: «Ahí es a donde conduce la vida artística». Pues podría conducir a sitios peores. Las personas más mecánicas, para quienes la vida es una especulación astuta dependiente de un cuidadoso cálculo de medios y recursos, saben siempre a dónde van, y van. Parten del deseo de ser el sacristán de la parroquia, y, cualquiera que sea la esfera en que estén situados, consiguen ser el sacristán de la parroquia y nada más. Un hombre cuyo deseo sea ser algo aparte de sí mismo, ser Miembro del Parlamento, o tendero próspero, o abogado eminente, o juez, o cualquier bobada semejante, de todas consigue ser lo que quiere ser. Ése es su castigo. El que quiera una máscara tiene que llevarla.

Pero con las fuerzas dinámicas de la vida, y aquellos en quienes esas fuerzas dinámicas se encarnan, no sucede lo mismo. Las personas cuyo deseo es únicamente la autorrealización no saben nunca a dónde van. No lo pueden saber. En un sentido de la palabra es necesario, por supuesto, como decía el oráculo griego, conocerse a uno mismo. Ese es el primer logro del conocimiento. Pero reconocer que el alma de un hombre es incognoscible es el logro último de la Sabiduría. El misterio final es uno mismo. Cuando se ha pesado el sol en una balanza, y medido los pasos de la luna, y trazado el mapa de los siete cielos estrella por estrella, aún queda uno mismo. ¿Quién puede calcular la órbita de su propia alma? Cuando el hijo de Kis salió a buscar los asnos de su padre, no sabía que un hombre de Dios le estaba esperando con el mismísimo óleo de la coronación, y que su propia alma era ya el Alma de un Rey.

Espero vivir lo bastante, y hacer obra de tal carácter, que al final de mis días pueda decir: «Sí, aquí justamente es a donde conduce la vida artística». Dos de las vidas más perfectas que me he encontrado en mi propia experiencia son las vidas de Verlaine y del príncipe Kropotkin; los dos, hombres que pasaron años en prisión; el primero el único poeta cristiano desde Dante, el otro un hombre con el alma de ese hermoso Cristo blanco que parece estar despuntando en Rusia. Y durante los últimos siete u ocho meses, a pesar de una sucesión de grandes tribulaciones que me llegaban del mundo exterior casi sin pausa, he estado en contacto directo con un nuevo espíritu que opera en esta prisión por conducto de los hombres y de las cosas, y que me ha ayudado como no se puede expresar con palabras; de suerte que, así como en el primer año de mi encarcelamiento no hice otra cosa, ni recuerdo haber hecho otra cosa, que retorcerme las manos con desesperación impotente y decir: «¡Qué final! ¡Qué espantoso final!», ahora intento decirme, y a veces cuando no me estoy torturando me digo de verdad y sinceramente: «¡Qué comienzo! ¡Qué maravilloso comienzo!». Puede ser que verdaderamente lo sea. Puede llegar a serlo. Si lo es, deberé mucho a esta nueva personalidad que ha alterado la vida de todos los hombres que hay aquí.

Las cosas en sí mismas son de poca importancia, de hecho no tienen - demos por una vez las gracias a la Metafísica por habernos enseñado algo- existencia real. Sólo el espíritu es importante. Se puede infligir castigo de tal modo que cure, no que abra una herida, lo mismo que se puede dar limosna de tal modo que el pan se haga piedra en las manos del que da. Del cambio que hay -no en las normas, que están escritas en letras de hierro, sino en el espíritu que se sirve de ellas como su expresión- te podrás dar cuenta si te digo que si me hubieran liberado el pasado mes de mayo, como lo intenté, habría salido de este lugar aborreciéndolo y aborreciendo a todos sus funcionarios con una amargura de odio que habría envenenado mi vida. He tenido un año más de prisión, pero la Humanidad ha estado en la cárcel con todos nosotros, y ahora cuando salga siempre recordaré grandes bondades que aquí he recibido de casi todo el mundo, y el día de mi liberación daré las gracias a muchas personas y pediré que ellas a su vez me recuerden.

El sistema penitenciario es absoluta y totalmente equivocado. Daría cualquier cosa por poder alterarlo cuando salga. Pretendo intentarlo. Pero no hay nada en el mundo tan equivocado que el espíritu de la Humanidad, que es el espíritu del Amor, el espíritu del Cristo que no está en las Iglesias, no pueda hacerlo, si no acertado, al menos soportable sin demasiada amargura de corazón.

Sé también que fuera me están esperando muchas cosas muy deliciosas, desde lo que San Francisco llama «*mi hermano el viento*» y «*mi hermana la lluvia*», cosas galanas las dos, hasta los escaparates y los atardeceres de las grandes ciudades. Si hiciera una lista de todo lo que todavía me queda, no sabría dónde parar; porque, en verdad, Dios hizo el mundo para mí tanto como

para cualquier otro. Acaso salga con algo que antes no tenía. No necesito decirte que para mí las reformas en moral son tan vacuas y vulgares como las reformas en teología. Pero, si proponerse ser un hombre mejor es hipocresía acientífica, haber llegado a ser un hombre *más profundo* es el privilegio de los que han sufrido. Y a eso creo haber llegado. Juzga tú mismo.

Si, cuando haya salido, un amigo mío diera una fiesta y no me invitara, no me importaría nada. Puedo ser perfectamente feliz solo. Con libertad, libros, flores y la luna, ¿quién no puede ser feliz? Además, las fiestas ya no son para mí. He dado demasiadas para que me diviertan. Para mí ese lado de la vida se ha acabado, y me atrevo a decir que por suerte. Pero si, cuando haya salido, un amigo mío tuviera una pena y se negara a dejarme compartirla, eso lo sentiría muy amargamente. Si cerrara las puertas de la casa doliente contra mí, yo volvería una vez y otra y suplicaría que me dejaran entrar, para poder compartir lo que tengo derecho a compartir. Si él me juzgase indigno, no merecedor de llorar con él, yo lo sentiría como la humillación más lacerante, como el modo más terrible de ponerme en vergüenza. Pero eso no podría ser. Tengo derecho a compartir el Dolor, y el que puede mirar la hermosura del mundo, y compartir su dolor, y comprender algo del prodigio de los dos, está en contacto inmediato con las cosas divinas, y se ha acercado tanto como el que más al secreto de Dios.

Quizá entre en mi arte también, no menos que en mi vida, una nota aún más profunda, de mayor unidad de pasión y rectitud de impulso. No la amplitud, sino la intensidad, es el verdadero objetivo del' Arte moderno. Lo que nos interesa en el Arte ya no es el tipo. Es la excepción lo que tenemos que tratar. Yo no puedo poner mis sufrimientos en la forma que hayan tomado, ni que decir tiene. El Arte no empieza sino allí donde la Imitación termina. Pero algo tiene que entrar en mi obra, de una armonía de las palabras más completa quizá, de cadencias más ricas, de efectos de color más curiosos, de orden arquitectónico más simple, de alguna cualidad estética, en fin.

Cuando Marsias fue «arrancado de la vaina de sus miembros» *-dalla vagina delle memore sue*, según una de las frases mas terribles, más a lo Tácito de Dante-, ya no tuvo más canto, decían los griegos. Apolo había salido vencedor. La lira había vencido a la caña. Pero quizá los griegos se equivocasen. Yo oigo en mucho del Arte moderno el grito de Marsias. Es amargo en Baudelaire, dulce y lamentoso en Lamartine, místico en Verlaine. Está en las resoluciones diferidas de la música de Chopin. Está en el descontento que ronda los rostros recurrentes de las mujeres de Burne Jones. Hasta Matthew Arnold, cuya canción de Calicles habla del «triunfo de la dulce lira persuasiva.» y de la «final victoria famosa» con una nota tan clara de lírica belleza, hasta él, en ese fondo desasosegado de duda y angustia que ronda sus versos, tiene no poco de lo mismo. Ni Goethe ni Wordsworth pudieron sanarle, aunque a ambos los siguió por turno, y cuando quiere llorar por «Tirsis» o cantar al «Gitano Estudiante»,

es la caña lo que tiene que tomar para expresar su melodía. Pero, quedara o no en silencio el fauno frigio, yo no puedo. La expresión me es tan necesaria como la hoja y el capullo para las ramas negras de los árboles que se asoman sobre el muro de la cárcel y tanto se agitan en el viento. Entre mi arte y el mundo hay ahora un ancho abismo, pero entre el Arte y yo no hay ninguno. Espero, al menos, que no haya ninguno.

A cada uno de nosotros se le han adjudicado diferentes destinos. La libertad, el placer, las diversiones, una vida cómoda han sido tu parte, y no eres digno de ella. La mía ha sido de infamia pública, de largo encarcelamiento, de desdicha, de ruina, de deshonor, y tampoco soy digno de ella; todavía no, por lo menos. Recuerdo que solía decir que creía poder soportar una tragedia de verdad si me llegara con manto de púrpura y la máscara de un dolor noble, pero que lo horrendo de la modernidad era que vestía la Tragedia de Comedia, de suerte que las grandes realidades parecían ordinarias o grotescas o faltas de estilo. Eso es muy cierto de la modernidad. Probablemente siempre ha sido cierto de la vida real. Se dice que todos los martirios han parecido mezquinos al espectador. El siglo diecinueve no es excepción a la regla general.

Todo lo que ha rodeado mi tragedia ha sido odioso, mezquino, repelente, falto de estilo. Ya nuestro traje nos hace grotescos. Somos los fantoches del dolor. Somos payasos que tienen roto el corazón. Estamos especialmente ideados para excitar el sentido del humor. El 13 de noviembre de 1895 me llevaron de aquí a Londres. Desde las dos hasta las dos y media de ese día tuve que estar en el andén central de Clapham Junction vestido de presidiario y esposado, a la vista del mundo entero. Me habían sacado de la enfermería sin un momento para prepararme. Era el más grotesco de los objetos posibles. La gente al verme se reía. Con la llegada de cada tren aumentaba el público. Su regocijo no podía ser mayor. Pero eso antes de saber quién era yo. Cuando se lo decían, se reían todavía más. Allí estuve media hora, bajo la lluvia gris de noviembre, rodeado por una chusma que se burlaba de mí. Durante un año después de que me hicieran eso estuve llorando todos los días a la misma hora y por el mismo espacio de tiempo. Esto no es tan trágico como posiblemente te parezca. Para el que está en la cárcel, las lágrimas son parte de la experiencia de cada día. Un día en la cárcel en el que no se llore es un día en que el corazón está duro, no un día en que el corazón esté alegre.

Pues bien, ahora realmente empiezo a sentir más pena por los que se reían que por mí. Claro está que cuando me vieron yo no estaba en mi pedestal. Estaba en la picota. Pero hay que tener una naturaleza muy inimaginativa para interesarse por las personas sólo cuando están en el pedestal. Un pedestal puede ser una cosa muy irreal. Una picota es una realidad terrorífica. Deberían haber sabido también interpretar mejor el dolor. He dicho que tras el Dolor hay siempre Dolor. Aún más sensato sería decir que tras el dolor hay siempre un alma. Y burlarse de un alma dolorida es una cosa horrenda. No pueden ser

hermosas las vidas de quienes lo hagan. En la economía extrañamente simple del mundo, sólo se obtiene lo que se da, y a los que no tienen imaginación bastante para traspasar la mera cáscara de las cosas y apiadarse, ¿qué piedad puede dárseles sino la del desprecio?

Te he hecho esta relación de cómo me trasladaron aquí únicamente para que te des cuenta de lo duro que me ha resultado sacar otra cosa de mi castigo que amargura y desesperación. Pero tengo que hacerlo, y de vez en cuando tengo momentos de sumisión y aceptación. Toda la primavera puede ocultarse en un solo capullo, y el bajo nido terrero de la alondra puede encerrar la dicha que ha de anunciar los pies de muchas auroras rosadas y rojas, y así también puede ser que la belleza de vida que aún quede para mí se contenga en un momento de rendirse, rebajarse y humillarse. Puedo, de cualquier manera, limitarme a seguir las líneas de mi desarrollo, y aceptando todo lo que me ha pasado hacerme digno de él.

Solía decirse de mí que era demasiado individualista. He de ser mucho más individualista que nunca. He de sacar mucho más de dentro de mí que nunca, y pedirle al mundo mucho menos que nunca. La verdad es que mi ruina no brotó de una vida demasiado individualista, sino demasiado poco. La única acción afrentosa, imperdonable y para siempre despreciable de mi vida fue dejarme arrastrar a apelar a la Sociedad en busca de ayuda y protección contra tu padre. Semejante apelación contra cualquiera habría estado ya bastante mal desde el punto de vista individualista, pero ¿qué excusa podrá haber nunca para haberla hecho contra alguien de semejante naturaleza y aspecto?

Ni que decir tiene que, una vez que puse en marcha las fuerzas de la Sociedad, la Sociedad se volvió contra mí, diciendo: «Hasta ahora has vivido desafiando mis leyes, ¿y ahora a esas leyes les pides protección? Pues hasta el fondo se han de aplicar. Atente a lo que has pedido». El resultado es que estoy en la cárcel. Y yo sentía amargamente la ironía y la ignominia de mi posición cuando en el curso de mis tres juicios, empezando por el del juzgado de guardia, veía a tu padre entrar y salir con la esperanza de atraer la atención pública, como si alguien pudiera dejar de observar o recordar el porte y vestimenta de mozo de cuadra, las piernas torcidas, las manos temblonas, el belfo colgante, la sonrisa bestial e imbécil. Incluso cuando no estaba, o no se le veía, sentía yo su presencia, y las espantosas paredes vacías del salón de justicia, hasta el aire, me parecían a veces cuajados de máscaras innumerables de aquella cara simiesca. Ciertamente no ha habido hombre que cayera de una manera tan innoble, y por obra de tan innobles instrumentos, como yo. No sé en qué parte de *Dorian Gray* digo que «todo cuidado es poco en la elección de los enemigos». Qué lejos estaba de pensar que por un paria iba a acabar en paria yo mismo.

Aquel apremiarme, obligarme a pedir ayuda a la Sociedad, es una de las cosas que me hacen despreciarte tanto, que me hacen despreciarme tanto por haber cedido ante ti. El que no me apreciaras como artista era muy excusable. Era temperamental. No lo podías remediar. Pero podías haberme apreciado como Individualista. Para eso no hacía falta ninguna cultura. Pero no lo hiciste, y con eso pusiste el elemento de filisteísmo en una vida que había sido una protesta total contra él, y desde algunos puntos de vista una aniquilación total de él. El elemento filisteo de la vida no consiste en no entender el Arte. Hay gente encantadora, pescadores, pastores, labriegos, campesinos, personas así, que no saben nada del Arte y son la mismísima sal de la tierra. El filisteo es el que sostiene y secunda las fuerzas mecánicas, pesadas, lerdas y ciegas de la Sociedad, y que no reconoce la fuerza dinámica cuando la ve en un hombre o en un movimiento.

A la gente le pareció horrendo que yo hubiera invitado a cenar a las cosas malas de la vida, y encontrado placer en su compañía. Pero eran, desde el punto de vista con que yo, como artista de la vida, las miraba, enormemente sugestivas y estimulantes. Era como comer con panteras. En el peligro estaba la mitad de la emoción. Yo sentía lo que debe sentir el encantador de serpientes cuando incita a la cobra a salir de la tela pintada o el cesto de mimbre que la envuelve, y le hace abrir la capucha a una orden suya, y mecerse en el aire como se mece reposadamente una planta en el agua. Para mí eran serpientes doradas y brillantes. Su veneno era parte de su perfección. No sabía que cuando me hirieran sería al toque de tu flauta y a sueldo de tu padre. No me siento nada avergonzado de haberlas conocido. Eran intensamente interesantes. De lo que sí me avergüenzo es de la horrible atmósfera de filisteísmo en que tú me metiste. Yo era un artista para tratar con Ariel. Tú me hiciste forcejear con Calibán. En lugar de hacer cosas hermosas, coloridas, musicales como *Salomé*, y la *Tragedia florentina*, y *La Sainte Courtisane*, me vi obligado a mandarle a tu padre largas cartas de abogado y constreñido a apelar a aquello mismo contra lo que siempre protesté. Clibborn y Atkins eran maravillosos en su guerra infame contra la vida. Invitarlos era una aventura increíble. Dumas *père*, Cellini, Goya, Edgar Allan Poe o Baudelaire habrían hecho lo mismo. Lo que para mí es asqueroso es el recuerdo de visitas interminables al abogado Humphreys en tu compañía, cuando a la luz siniestra y cegadora de un cuarto pelado nos sentábamos tú y yo muy serios a decirle mentiras serias a un hombre calvo, hasta que yo literalmente gemía y bostezaba de hastío. *Ahí* fue donde me encontré al cabo de dos años de amistad contigo, en el mismísimo centro de Filistia, lejos de todo lo hermoso, brillante, maravilloso, audaz. Al final tuve yo que adelantarme, por ti, como adalid de la Respetabilidad en la conducta, el Puritanismo en la vida, y la Moralidad en el Arte. *Voilà ou mMent les mauvais chemins!* [«¡Véase a dónde conducen los malos caminos!»]

Y para mí lo curioso es que intentaras imitar a tu padre en sus principales características. No entiendo que fuera para ti un modelo cuando debería haber sido una advertencia, si no es porque siempre que entre dos personas hay odio, hay alguna clase de unión o hermandad. Supongo que, por alguna extraña ley de antipatía de los símiles, os aborrecíais, no porque en tantos puntos fuerais tan diferentes, sino por ser en algunos tan parecidos. En junio de 1893, cuando saliste de Oxford sin título y con deudas, en sí pequeñas pero considerables para un hombre de la renta de tu padre, él te escribió una carta muy vulgar, violenta e insultante. La carta con que tú le contestaste era peor en todos los sentidos, y naturalmente mucho menos excusable, y por consiguiente te enorgulleció mucho. Recuerdo muy bien que me dijiste con tu aire más fatuo que podías derrotar a tu padre «en su propio terreno». Gran verdad. Pero ¡vaya terreno! ¡Vaya competición! Tú te reías y te burlabas de tu padre porque se retirase de la casa de tu primo donde vivía para escribirle cartas puercas desde un hotel cercano. Tú hacías lo mismo conmigo. Constantemente almorzabas conmigo en un restaurante público, te enfadabas o hacías una escena durante el almuerzo, y luego te retirabas al White's Club a escribirme una carta de lo más sucio. La única diferencia entre tu padre y tú era que tú, después de despacharme la carta por mensajero especial, te presentabas en mi piso unas horas más tarde, no para pedir disculpas, sino para saber si había encargado cena en el Savoy, y si no, por qué no. A veces llegabas incluso antes de que hubiera leído la carta ofensiva. Me acuerdo que en una ocasión me habías pedido que invitara a almorzar en el Café Royal a dos de tus amigos, a uno de los cuales no le había visto en la vida. Así lo hice, y a petición tuya encargué por adelantado un almuerzo especialmente lujoso. Recuerdo que se hizo llamar al *chef*, y se dieron instrucciones particulares acerca de los vinos. En lugar de ir al almuerzo me mandaste al Café una carta insultante, calculada para que me llegase cuando ya llevábamos media hora esperándote. Yo leí la primera línea, vi de qué se trataba, y echándomela al bolsillo les expliqué a tus amigos que estabas súbitamente indispuerto, y que el resto de la carta se refería a tus síntomas. La verdad es que no la leí hasta la hora de vestirme para cenar en Tite Street aquella noche. Estaba en el medio de su cenagal, preguntándome con infinita tristeza cómo podías escribir cartas que eran verdaderamente como la baba y el espumarajo en labios de un epiléptico, cuando entró mi criado para decirme que estabas en el vestíbulo y empeñado en verme cinco minutos. Al punto ordené que subieras. Llegaste, reconozco que muy asustado y pálido, pidiéndome consejo y auxilio, porque te habían dicho que un enviado riel abogado Lumley había estado preguntando por ti en Cadogan Place, y temías estar amenazado por el lío de Oxford o algún peligro nuevo. Yo te tranquilicé; te dije, como así resultó ser, que probablemente no sería más que la factura de alguna tienda, y te dejé quedarte a cenar y pasar la velada conmigo. Tú no dijiste una sola palabra sobre tu odiosa carta, ni yo tampoco. La traté simplemente como un síntoma desdichado de un temperamento desdichado. Jamás se aludió al tema. Escribirme una carta asquerosa a las dos y media y correr a mí en busca de

ayuda y apoyo a las siete y cuarto de la misma tarde era en tu vida una cosa de lo más natural. Bien aventajaste a tu padre en esos hábitos, lo mismo que en otros. Cuando las cartas repugnantes que él te había escrito se leyeron en vista pública, él lógicamente sintió vergüenza y fingió que lloraba. Si sus propios abogados hubieran leído las que tú le enviaste, el horror y la repugnancia de todos los presentes habrían sido todavía mayores. Ni era sólo que en el estilo «le derrotases en su propio terreno», sino que en el modo de ataque le dabas quince y raya. Te valías del telegrama público y de la tarjeta postal sin sobre. Yo creo que esos modos de incordio se los podías haber dejado a gente como Alfred Wood, que tiene ahí su única fuente de ingresos. ¿No te parece? Lo que para él y los de su calaña era una profesión fue para ti un placer, y bien malo. Ni has abandonado tampoco la horrible costumbre de escribir cartas ofensivas después de todo lo que a mí me ha ocurrido con ellas y por ellas. Aún la cuentas entre tus habilidades, y la ejercitas con mis amigos, con quienes me han tratado bien en la cárcel, como Robert Sherard y otros. Debería darte vergüenza. Cuando Robert Sherard supo por mí que yo no quería que publicaras ningún artículo sobre mí en el *Mercure de France*, con o sin cartas, deberías haberle estado agradecido por averiguar mis deseos al respecto, y evitar que sin querer me hicieras todavía más daño del que ya me habías hecho. Recuerda que una carta paternalista y filistea sobre «juego limpio» con «un hombre caído» está muy bien para un periódico inglés. Está en las viejas tradiciones del periodismo inglés en lo que respecta a su actitud hacia los artistas. Pero en Francia ese tono nos habría hecho objeto, a mí de ridículo y a ti de desprecio. Yo no habría podido autorizar ningún artículo sin conocer su objetivo, tono, planteamiento y demás. En el arte las buenas intenciones no tienen el menor valor. Todo el arte malo ha nacido de buenas intenciones.

Ni es Robert Sherard el único de mis amigos al que has dirigido cartas amargas y virulentas porque quisieron consultar mis deseos y pareceres en asuntos que me concernían, la publicación de artículos sobre mí, la dedicatoria de tus versos, la entrega de mis cartas y regalos, etcétera. También a otros los has molestado o intentado molestar.

¿Se te ocurre alguna vez pensar en qué espantosa posición habría estado si durante estos dos años, durante mi espantosa condena, hubiera dependido de ti como amigo? ¿Alguna vez lo piensas? ¿Alguna vez sientes gratitud hacia quienes con bondad sin tasa, devoción sin límite, alegría y gozo de dar, han aligerado mi negra carga, me han visitado una y otra vez, me han escrito cartas bellas y solidarias, han gestionado mis asuntos por mí, han organizado para mí mi vida futura, han estado junto a mí frente a la maledicencia, el sarcasmo, la mofa descarada y hasta el insulto? Doy gracias a Dios todos los días por haberme dado otros amigos que tú. Todo se lo debo a ellos. Hasta los libros que hay en mi celda están pagados por Robbie con el dinero de sus gastos. De la misma fuente saldrá mi ropa cuando me liberen. No me da

vergüenza aceptar lo que se me da con amor y afecto. Me enorgullece. Pero ¿piensas tú alguna vez en lo que han sido para mí amigos como More Adey, Robbie, Robert Sherard, Frank Harris y Arthur Clifton, en consuelo, ayuda, cariño, solidaridad y todas esas cosas? Me figuro que ni se te habrá pasado por la cabeza. Y sin embargo, si tuvieras algo de imaginación, sabrías que no hay una sola persona que me haya tratado bien en mi vida de presidio, hasta el vigilante que me da unos buenos días o unas buenas noches que no entran en sus obligaciones, hasta los policías vulgares que a su manera tosca y familiar pretendían confortarme en mis idas y venidas al Tribunal de Quiebras en condiciones de terrible angustia mental, hasta el pobre ladrón que, al reconocermme según hacíamos la ronda en el patio de Wandsworth, me susurró con esa ronca voz carcelaria que da el silencio largo y obligado: «*Lo siento por usted: para la gente como usted es más duro que para la gente como nosotros*»; no hay una sola, digo, que no debiera enorgullecerte que te dejara postrarte de rodillas y limpiarle el barro de los zapatos.

¿Tendrás la suficiente imaginación para ver qué espantosa tragedia fue para mí cruzarme con tu familia? ¿Qué tragedia habría sido para cualquiera que tuviera gran posición, gran nombre, algo importante que perder? Apenas hay una persona adulta en tu familia -con la excepción de Percy, que realmente es un buen hombre- que no haya contribuido de algún modo a mi ruina.

Te he hablado de tu madre con cierta amargura, y te aconsejo encarecidamente que le enseñes esta carta, por ti sobre todo. Si le resultara doloroso leer semejante acusación contra uno de sus hijos, que recuerde que *mi* madre, que intelectualmente está a la altura de Elizabeth Barrett Browning, e históricamente a la de Madame Roland, murió deshecha de pena porque el hijo de cuyo genio y arte había estado tan orgullosa, y en quien siempre había visto el digno continuador de un apellido distinguido, había sido condenado a dos años de trabajos forzados. Me preguntarás de qué manera contribuyó tu madre a mi destrucción. Te lo voy a decir. Así como tú te esforzaste en trasladarme todas tus responsabilidades inmorales, así tu madre se esforzó en trasladarme todas sus responsabilidades morales con respecto a ti. En vez de hablar de tu vida directamente contigo, como corresponde a una madre, siempre me escribió en privado con súplicas fervientes y temblorosas de que no te dijera que me escribía. Ya ves en qué posición me vi colocado entre tu madre y tú: tan falsa, tan absurda y tan trágica como la que ocupé entre tú y tu padre. En agosto de 1892, y el 8 de noviembre de ese mismo año, tuve dos largas entrevistas con tu madre acerca de ti. En ambas ocasiones le pregunté por qué no te hablaba a ti directamente. En ambas ocasiones me respondió lo mismo: «*Me da miedo: se pone furioso si se le dice algo*». La primera vez te conocía tan por encima que no entendí lo que quería decir. La segunda vez te conocía tan bien que lo entendí perfectamente. (Durante el intervalo habías tenido un ataque de ictericia y el médico te había mandado una semana a Bournemouth, y me habías inducido a acompañarte porque no te gustaba estar

solo.) Pero el primer deber de una madre es no tener miedo de hablar seriamente a su hijo. Si tu madre te hubiera hablado seriamente de los problemas en que te veía en julio de 1892 y te hubiera hecho sincerarte con ella, habría sido mucho mejor, y al final habríais quedado los dos mucho más contentos. Todas las comunicaciones furtivas y secretas conmigo estuvieron mal. ¿De qué servía que tu madre me mandase innumerables notitas, con la palabra «Privado» en el sobre, rogándome que no te invitara tantas veces a comer, y que no te diera dinero, y acabando siempre con la ansiosa posdata: «*Que por nada del mundo sepa AYed que le he escrito*»? ¿Qué se podía conseguir con semejante correspondencia? ¿Esperaste tú alguna vez a que se te invitase a comer? Jamás. Hacías todas tus comidas conmigo como si tal cosa. Si yo protestaba, tú siempre tenías una observación: «*Si no como contigo, ¿dónde voy a comer? No pretenderás que me vaya a comer a casa*». Frente a eso no cabía respuesta. Y si yo me negaba en redondo a que comieras conmigo, siempre me amenazabas con hacer alguna tontería, y siempre la hacías. ¿Qué posible resultado podía seguirse de cartas como las que me enviaba tu madre, sino el que efectivamente se siguió, una necia y fatal traslación de la responsabilidad moral a mis hombros? De los diversos pormenores en que la debilidad y falta de coraje de tu madre fueron tan ruinosas para ella, para ti y para mí no quiero seguir hablando; pero ¿no es verdad que, cuando supo que tu padre iba a mi casa a hacer una escena asquerosa y desatar un escándalo público, pudo haber visto que se avecinaba una crisis seria y haber tomado algunas medidas serias para tratar de evitarla? Pero lo único que se le ocurrió fue mandar al astuto George Wyndham, con su lengua sutil, a proponerme ¿qué? ¡Que «te alejara poco a poco»!

¡Como si yo hubiera podido alejarte poco a poco! Había intentado poner fin a nuestra amistad de todas las formas posibles, llegando incluso a dejar Inglaterra y dar una dirección falsa en el extranjero con la esperanza de romper de un solo tajo un vínculo que me era ya irritante, odioso y ruinoso. ¿Tú crees que yo *podía* «alejarte poco a poco»? ¿Crees que eso habría satisfecho a tu padre? Sabes que no. Porque lo que tu padre quería no era la cesación de nuestra amistad, sino un escándalo público. Eso era lo que buscaba. Hacía años que no salía su nombre en los periódicos. Vio la oportunidad de aparecer ante el público británico en un papel totalmente nuevo, el de padre cariñoso. Su sentido del humor se picó. Si yo hubiera cortado mi amistad contigo se habría llevado una desilusión terrible, y la modesta notoriedad de un segundo proceso de divorcio, por repugnantes que fueran sus detalles y su origen, le habría dado consuelo. Porque lo que quería era popularidad, y posar de defensor de la pureza, como lo llaman, es, en el estado actual del público británico, la manera más segura de convertirse en figura heroica del momento. De este público he dicho yo en uno de mis dramas que es Calibán durante una mitad del año y Tartufo durante la otra, y tu padre, en quien puede decirse que ambos personajes se encarnaron, estaba de ese modo llamado a ser el representante idóneo del puritanismo en su forma

agresiva y más característica. Ningún alejarte poco a poco habría servido de nada, suponiendo que hubiera sido factible. ¿No te parece ahora que lo único que debió hacer tu madre fue pedirme que fuera a verla, y en presencia de ti y de tu hermano decirme rotundamente que la amistad debía cesar desde ese punto y hora? Habría encontrado en mí el más caluroso apoyo, y estando Drumlanrig y yo en la habitación no habría tenido por qué temer hablarte. No lo hizo. Le daban miedo sus responsabilidades, y quiso trasladarlas a mí. Sí me escribió una carta. Una carta breve, pidiéndome que no enviara la carta de abogado a tu padre advirtiéndole que debía desistir. Tenía toda la razón. Era ridículo que yo consultara abogados y buscara su protección. Pero anulaba cualquier efecto que su carta pudiera haber producido con su posdata habitual: *«Que por nada del mundo sepa Alfred que le he escrito»*.

Te hechizaba la idea de que yo también, como tú, le enviara cartas de abogado a tu padre. Fue sugerencia tuya. Yo no podía decirte que tu madre era muy contraria a esa idea, porque tu madre me había ligado con las promesas más solemnes de no hablarte nunca de las cartas que me escribía, y yo tontamente cumplí lo que le había prometido. ¿No ves que hizo mal en no hablarte a ti directamente? ¿Que todas las entrevistas conmigo en la escalera y la correspondencia por la puerta de atrás estuvieron mal? Nadie puede trasladar a otra persona sus responsabilidades. Siempre acaban volviendo a su legítimo dueño. Tu única idea de la vida, tu única filosofía, si alguna filosofía se te puede atribuir, era que todo lo que hicieras debía pagarlo otra persona: no quiero decir únicamente en el sentido financiero -eso no era más que la aplicación práctica de tu filosofía a la vida cotidiana-, sino en el sentido más amplio y más pleno de la responsabilidad transferida. Tú hiciste de eso tu credo. Salió muy bien mientras duró. Me obligaste a emprender la acción porque sabías que tu padre no atacaría tu vida ni te atacaría a ti de ninguna manera, y que yo defendería ambas cosas hasta el fin, y tomaría sobre mis hombros todo lo que se me echase. Tenías toda la razón. Tu padre y yo, cada uno, claro está, por distintos motivos, hicimos exactamente lo que esperabas. Pero no se sabe cómo, a pesar de todo, lo cierto es que no te has librado. La «teoría del niño Samuel», como podemos llamarla en aras de la brevedad, está muy bien por lo que hace al mundo en general. Podrá encontrar bastante desprecio en Londres, y algo de sarcasmo en Oxford, pero sólo porque en uno y otro lugar hay unas cuantas personas que te conocen, y porque en los dos has dejado huellas de tu paso. Fuera de un pequeño círculo de esas dos ciudades, el mundo te mira como al buen muchacho que casi se deja tentar al mal por el artista perverso e inmoral, pero que ha sido rescatado en el último momento por su padre bueno y amoroso. Queda muy bien. Pero tú sabes que no te has librado. No me refiero a una tonta pregunta hecha por un tonto jurado, que fue naturalmente tratada con desprecio por la Corona y por el juez. Eso no le importaba a nadie. Me refiero quizá principalmente a ti. A tus propios ojos, y algún día tendrás que pensar en tu conducta, no estás, no puedes estar del todo satisfecho de cómo han salido las cosas. Secretamente debes pensar

en ti con bastante vergüenza. Una cara de piedra es cosa excelente para mostrar al mundo, pero de vez en cuando, cuando estés solo y sin público, tendrás, me figuro, que quitarte la máscara aunque sólo sea para respirar. Porque si no, realmente te asfixiarías.

Y del mismo modo tu madre tendrá que lamentar a veces haber intentado trasladar sus graves responsabilidades a otra persona, que ya tenía bastante fardo que llevar. Ocupaba respecto a ti la posición de ambos padres. ¿Cumplió realmente los deberes de alguno? Si yo aguantaba tu mal carácter y tu grosería y tus escenas, también ella podía haberlos aguantado. La última vez que vi a mi mujer -hace de eso catorce meses-, le dije que iba a tener que ser padre y madre para Cyril. Le describí la manera de tratar contigo que tenía tu madre con todos sus detalles, como la he expuesto en esta carta, aunque lógicamente con mucha más extensión. Le conté la razón de las incesantes notas con la palabra «Privado» en el sobre que llegaban a Tite Street procedentes de tu madre, tan incesantes que mi mujer se reía y decía que debíamos estar colaborando en una novela de sociedad o algo por el estilo. Le imploré que no sea para Cyril lo que tu madre ha sido para ti. Le dije que le educara de tal modo que, si él derramara sangre inocente, fuera a decírselo, para que ella primero le lavara las manos, y después le enseñara a limpiar el alma por la penitencia o la expiación. Le dije que, si le atemorizaba afrontar la responsabilidad de la vida de otro, aunque fuera su propio hijo, buscara un custodio que la ayudase. Cosa que ha hecho, y me alegro. Ha escogido a Adrian Hope, un hombre de alta cuna y cultura y excelente carácter, primo suyo, a quien conociste una vez en Tite Street, y con él Cyril y Vyvyan tienen buenas posibilidades de un futuro hermoso. Tu madre, si le daba miedo hablar seriamente contigo, debería haber elegido entre sus parientes a alguien a quien hubieras escuchado. Pero no debió tener miedo. Debió hablarlo todo contigo y afrontarlo. En cualquier caso, mira el resultado. ¿Está satisfecha y contenta?

Sé que me echa a mí la culpa. Me lo dicen, no personas que te conocen, sino personas que ni te conocen ni tienen ganas de conocerte. Me lo dicen a menudo. Habla de la influencia de un hombre mayor sobre otro más joven, por ejemplo. Es una de sus actitudes favoritas hacia la cuestión, y siempre una llamada eficaz a los prejuicios y la ignorancia populares. No hace falta que yo te pregunte qué influencia tuve sobre ti. Tú sabes que ninguna. Era una de tus bravatas frecuentes que no tenía ninguna; y la única, de hecho, bien fundada. ¿Qué había en ti, si vamos a ver, en lo que yo pudiera influir? ¿Tu cerebro? Estaba subdesarrollado. ¿Tu imaginación? Estaba muerta. ¿Tu corazón? Aún no había nacido. De todas las personas que han cruzado mi vida, fuiste la sola y única en la que no pude de ninguna manera influir en ninguna dirección. Cuando estaba enfermo y desvalido por una fiebre que había contraído cuidándote, no tuve influencia bastante sobre ti para inducirte a que me llevaras siquiera una taza de leche que beber, ni que te ocuparas de que

tuviera lo más indispensable en la habitación de un enfermo, ni que te molestaras en recorrer doscientas yardas en coche para traerme un libro de una librería pagado por mí. Cuando estaba materialmente ocupado en escribir, y dando a la pluma comedias que habían de superar a Congreve en brillantez, y a Dumas hijo en filosofía, y supongo que a todos los demás en todas las demás cualidades, no tuve influencia bastante sobre ti para que me dejaras tranquilo como hay que dejar a un artista. Dondequiera que estuviera mi cuarto de escribir, para ti era un gabinete cualquiera, un sitio donde fumar y beber vino con agua de Seltz, y hablar de memeces. La «influencia de un hombre mayor sobre un hombre más joven» es una excelente teoría hasta que llega a mis oídos. Entonces pasa a ser grotesca. Cuando llegue a los tuyos, supongo que sonreirás... para tus adentros. Ciertamente estás en tu derecho de hacerlo. También oigo muchas cosas de lo que tu madre dice del dinero. Declara, y con total justicia, que fue incansable en sus súplicas de que no te diera dinero. Lo reconozco. Sus cartas fueron innumerables, y la posdata «Por favor *que no sepa Alfred que le he escrito*» aparece en todas. Pero para mí no era ningún placer tener que pagarte absolutamente todo, desde el afeitado por la mañana hasta el taxi por la noche. Era un horror. Me quejaba ante ti una y otra vez. Solía decirte -lo recuerdas, ¿verdad?- que detestaba que me considerases una persona «útil», que ningún artista desea que le consideren ni le traten así; porque los artistas, como el arte mismo, son por su naturaleza esencialmente inútiles. Tú te irritabas mucho cuando te lo decía. La verdad siempre te irritaba. La verdad, en efecto, es una cosa muy dolorosa de escuchar y muy dolorosa de pronunciar. Pero no por eso cambiabas de ideas ni de modo de vida. Todos los días tenía yo que pagar todas y cada una de las cosas que hacías en el día. Sólo una persona de bondad absurda o de necedad indescriptible lo habría hecho. Desdichadamente yo era una combinación completa de ambas. Cada vez que te sugería que tu madre debía pasarte el dinero que necesitabas, siempre tenías una respuesta muy bonita y airosa. Decías que la renta que le dejaba tu padre -unas 1.500 libras al año, creo-- era totalmente insuficiente para los gastos de una señora de su posición, y que no podías ir a pedirle más dinero del que ya te daba. Tenías toda la razón en lo de que su renta fuera absolutamente inadecuada para una señora de su posición y de sus gustos, pero eso no era excusa para que tú vivieras con lujo a mi costa; al contrario, debía haberte servido de indicación para vivir con economía. El hecho es que eras, y supongo que lo seguirás siendo, el sentimentalista típico. Por que sentimentalista es sencillamente el que quiere darse el lujo de una emoción sin pagarla. La intención de respetar el bolsillo de tu madre era hermosa. La de hacerlo a costa mía era fea. Tú crees que se pueden tener emociones gratis. No se puede. Hasta las emociones más nobles y más abnegadas hay que pagarlas. Cosa extraña, por eso son nobles. La vida intelectual y emocional de la gente vulgar es una cosa muy despreciable. Así como toman prestadas las ideas de una especie de biblioteca circulante del pensamiento -el *Zeitgeist* de una época que no tiene alma- y las devuelven manchadas al final de la semana, así intentan siempre

obtener las emociones a crédito, y se niegan a pagar la factura cuando llega. Tú deberías salir de esa concepción de la vida. En cuanto tengas que pagar por una emoción sabrás su calidad, y habrás ganado con ese conocimiento. Y recuerda que el sentimentalista siempre es un cínico en el fondo. La realidad es que el sentimentalismo no es sino un cinismo en vacaciones. Y por muy delicioso que sea el cinismo desde su lado intelectual, ahora que ha cambiado el Tonel por el Club, nunca podrá ser más que la filosofía perfecta para el hombre que no tenga alma. Tiene su valor social, y para un artista todos los modos de expresión son interesantes, pero en sí mismo es poca cosa, porque al cínico auténtico nada se le revela.

Creo que si ahora vuelves la vista a tu actitud hacia la renta de tu madre, y tu actitud hacia mi renta, no te sentirás orgulloso; y acaso puedas algún día, si no le enseñas esta carta, explicarle a tu madre que en lo de vivir a costa mía no se consultaron mis deseos en ningún momento. No fue más que una forma peculiar, y para mí personalmente desagradabilísima, que adoptó tu devoción a mí. Hacerte dependiente de mí lo mismo para las sumas más pequeñas que para las más grandes te prestaba a tus ojos todo el encanto de la niñez, y al insistir en que yo pagara hasta el último de tus placeres creías haber encontrado el secreto de la eterna juventud. Confieso que me duele oír lo que tu madre va diciendo de mí, y estoy seguro de que si reflexionas convendrías conmigo en que, si no tiene ni una palabra de pesar ni de pena por la ruina que tu linaje ha atraído sobre el mío, haría mejor en estarse callada. Por supuesto que no hay motivo para que vea ninguna parte de esta carta referente a ninguna evolución mental que yo haya pasado, o a ningún punto de partida que espere alcanzar. No tendría interés para ella. Pero las partes que se refieren estrictamente a tu vida, yo que tú se las enseñaría.

Yo que tú, de hecho, no querría ser amado sobre falsas apariencias. No hay ninguna razón para que un hombre muestre su vida al mundo. El mundo no entiende las cosas. Pero con las personas cuyo afecto se desea es diferente. Un gran amigo mío -que hace ya diez años que lo es- vino a verme hace algún tiempo y me dijo que no creía una sola palabra de lo que se decía contra mí, y quería que yo supiese que él me consideraba totalmente inocente, y víctima de una trama inmundada urdida por tu padre. Yo al oírle me eché a llorar, y le dije que, aunque hubiera muchas cosas entre las acusaciones concretas de tu padre que eran totalmente falsas y se me habían cargado por una malignidad repugnante, de todos modos mi vida había estado llena de placeres perversos y pasiones extrañas, y que a menos que aceptara ese hecho como tal hecho y lo comprendiera hasta el fondo, yo no podría de ningún modo seguir siendo amigo suyo, ni estar siquiera en su compañía. Fue para él un choque terrible, pero somos amigos, y yo no he conseguido su amistad sobre falsas apariencias. Te he dicho que decir la verdad es doloroso. Verse obligado a contar mentiras es mucho peor.

Recuerdo que estaba sentado en el banquillo durante mi último juicio, escuchando la denuncia atroz que hacía de mí Lockwood -como una cosa sacada de Tácito, como un pasaje de Dante, como una de las invectivas de Savonarola contra los papas de Roma-, y asqueado y horrorizado ante lo que oía. Y de pronto se me ocurrió pensar: «*¡Qué espléndido sería que fuera yo el que estuviera diciendo todo eso sobre mí!*». Entonces vi en seguida que lo que se diga de un hombre no es nada. Lo que importa es quién lo diga. El momento más alto de un hombre, no me cabe ninguna duda, es cuando se arrodilla en el polvo y se golpea el pecho y cuenta todos los pecados de su vida. Así contigo. Serías mucho más feliz si tu madre supiera por lo menos un poco de tu vida dicho por ti. Yo le conté bastante en diciembre de 1893, pero claro está que con las obligadas reticencias y generalidades. Al parecer no le dio más coraje en sus relaciones contigo. Al revés. Puso más empeño que nunca en no mirar a la verdad. Si tú mismo se lo dijeras sería distinto. Puede ser que muchas de mis palabras te resulten demasiado amargas. Pero los hechos no los puedes negar. Las cosas fueron como he dicho que fueron, y si has leído esta carta con la atención con que debes leerla te habrás encontrado cara a cara contigo mismo.

Te he escrito todo esto, muy por extenso, para que comprendas lo que fuiste para mí antes de mi encarcelamiento, durante aquellos tres años de amistad funesta; lo que has sido para mí durante mi encarcelamiento, ya casi a dos lunas de completarse; y lo que yo espero ser para mí y para los demás cuando mi encarcelamiento haya acabado. No puedo reconstruir mi carta ni rescribirla. Tendrás que tomarla como está, en muchos sitios emborronada con lágrimas, en algunos con señales de pasión o de dolor, y desentrañarla como puedas, con sus borrones y sus correcciones. En cuanto a las correcciones y enmiendas, las he hecho para que mis palabras sean expresión absoluta de mis pensamientos, y no pequen ni de exceso ni de deficiencia. El lenguaje requiere afinación, como un violín: y lo mismo que demasiadas vibraciones o demasiado pocas en la voz del cantante o en el temblor de la cuerda falsean la nota, así demasiadas palabras o demasiado pocas estropean el mensaje. Tal cual es, en cualquier caso, mi carta tiene su concreto significado detrás de cada frase. No hay ninguna retórica en ella. Allí donde lleva borradura o sustitución, ligera o complicada, es porque busco dar mi impresión real, encontrar para mi talante su equivalencia exacta. Lo que es primero en el sentimiento es lo que siempre llega lo último en la forma.

Reconozco que es una carta severa. No te he ahorrado nada. Podrías decirme que, después de reconocer que pesarte con el más pequeño de mis dolores, la más mezquina de mis pérdidas, sería realmente injusto hacia ti, eso ha sido lo que he hecho, un pesaje meticuloso, escrúpulo a escrúpulo, de tu carácter. Es verdad. Pero recuerda que tú mismo te pusiste en la balanza.

Recuerda que, si puesto frente a un solo instante de mi encarcelamiento el platillo donde tú estás sube hasta el fiel, la Vanidad te hizo escoger el platillo, y la Vanidad te hizo aferrarte a él. *Ahí* estuvo el gran error psicológico de nuestra amistad, su absoluta falta de proporción. Te metiste a la fuerza en una vida que te venía grande, cuya órbita rebasaba tu capacidad de visión no menos que tu capacidad de movimiento cíclico, cuyos pensamientos, pasiones y acciones eran intensos en valor, anchos en interés, y estaban cargados, demasiado cargados verdaderamente, de consecuencias prodigiosas o tremendas. Tu pequeña vida de pequeños caprichos y humores era admirable en su pequeña esfera. Era admirable en Oxford, donde lo peor que te podía pasar era una reprimenda del decano o un sermón del presidente, y donde la emoción más alta era que Magdalena ganase la regata, y encender una hoguera en el patio como celebración del agosto evento. Debería haber continuado en su esfera cuando saliste de Oxford. Tú personalmente estabas muy bien. Eras un ejemplar muy completo de un tipo muy moderno. Únicamente con respecto a mí estuviste mal. Tu derroche desaforado no era un delito. La juventud siempre es manirrota. Lo lamentable era que me obligaras a mí a pagar tus derroches. Tu deseo de tener un amigo con quien pasar tu tiempo desde por la mañana hasta por la noche era encantador. Era casi idílico. Pero deberías haberte pegado a un amigo que no fuera un hombre de letras, un artista para quien tu presencia continua fuera tan completamente destructiva de toda obra hermosa como efectivamente paralizante de la facultad creadora. No había nada de malo en que considerases seriamente que la manera más perfecta de pasar una velada era una comida con champán en el Savoy, luego un palco en un music-hall, y una cena con champán en Willis's como *bonne-bouche* para acabar. Jóvenes deliciosos de la misma opinión los hay en Londres a montones. No es ni siquiera una excentricidad. Es la condición para ser socio de White's. Pero no tenías ningún derecho a exigir que yo fuera el proveedor de esos placeres para ti. *Ahí* mostrabas tu nula apreciación real de mi genio. Tu pelea con tu padre, se interprete como se interprete, también es obvio que debería haber quedado enteramente entre vosotros dos. Debería haber sido en el patio de atrás. Creo que es ahí donde se suelen hacer. Tu error fue insistir en representarla como una tragicomedia sobre un estrado de la Historia, con el mundo entero como auditorio, y yo como premio para el vencedor de la despreciable contienda. El que tu padre te aborreciera y tú aborrecieras a tu padre no le interesaba nada al público inglés. Esos sentimientos son muy corrientes en la vida doméstica inglesa, y no deberían salir del lugar que caracterizan: el hogar. Lejos del círculo hogareño no pintan nada. Traducirlos es una tropelía. La vida familiar no es una bandera roja para flamearla por las calles, ni un clarín para hacerlo sonar por los tejados. Tú sacaste la Domesticidad de su esfera, como a ti mismo te habías sacado de tu esfera.

Y los que se salen de su esfera cambian sólo de entorno, no de naturaleza. No adquieren los pensamientos ni las pasiones propias de la esfera a la que

pasan. No está en su mano hacerlo. Las fuerzas emocionales, como digo en alguna parte de *Intenciones*, son tan limitadas en extensión y duración como las fuerzas de la energía física. La copita que está hecha para contener una cantidad contiene esa cantidad y no más, aunque todas las tinas purpúreas de Borgoña estén de vino hasta el borde y la uva recogida en los viñedos pedregosos de España les llegue a los pisadores hasta la rodilla. No hay error más común que el de pensar que quienes son causa u ocasión de grandes tragedias comparten un sentir adecuado a lo trágico; no hay error más fatal que esperarlo de ellos. El mártir, en su «camisa de fuego», podrá estar contemplando la faz de Dios, pero para el que apila la leña, o abre los troncos para que ardan mejor, toda esa escena no es más que el sacrificio de un buey para el matarife, o la tala de un árbol para el carbonero del bosque, o la caída de una flor para el que siega la hierba con la guadaña. Las grandes pasiones son para los grandes de alma, y los grandes hechos sólo los ven los que están a una altura con ellos.

Yo no conozco nada en todo el Teatro más incomparable desde el punto de vista del Arte, ni más sugestivo por su sutileza de observación, que el retrato que hace Shakespeare de Rosencrantz y Guildenstern. Son los amigos de colegio de Hamlet. Han sido sus compañeros. Traen consigo recuerdos de días agradables que pasaron juntos. En el momento en que se cruzan con él en la obra, él vacila bajo el peso de una carga intolerable para un hombre de su temperamento. Los muertos han salido armados del sepulcro para imponerle una misión que es a la vez demasiado grande y demasiado ruin para él. Él es un soñador, y se le ordena que actúe. Tiene naturaleza de poeta y se le pide que se las vea con las complejidades comunes de causa y efecto, con la vida en su materialización práctica, de la que no sabe nada, no con la vida en su esencia ideal, de la que tanto sabe. No tiene idea de qué hacer, y su desvarío es fingir desvarío. Bruto se sirvió de la locura como manto para ocultar la espada de su resolución, la daga de su voluntad, pero para Hamlet la locura es una mera máscara con que ocultar la debilidad. En hacer gestos y chistes ve una ocasión de demorarse. Juega con la acción como juega un artista con una teoría. Se hace espía de sus propias acciones, y escuchando sus propias palabras sabe que no son sino «palabras, palabras, palabras». En lugar de héroe de su propia historia, pretende ser espectador de su propia tragedia. Descrie de todo y de sí, pero su duda no le ayuda, porque no nace de escepticismo, sino de una voluntad dividida.

De todo esto Guildenstern y Rosencrantz no entienden nada. Cabecean, sonrían, y lo que dice el uno lo repite el otro con iteración más penosa. Cuando por fin, a través del drama dentro del drama y el juego de los títeres, Hamlet «atrapa la conciencia» del Rey y desaloja de su trono al miserable aterrado, Guildenstern y Rosencrantz no ven en esa conducta más que una lamentable infracción del protocolo cortesano. Es lo más lejos que pueden llegar en «la contemplación del espectáculo de la vida con emociones apropiadas». Están

junto al secreto de Hamlet y no saben nada de él. Ni serviría de nada contárselo. Son las copitas que pueden contener tanto y no más. Ya al final se insinúa que, atrapados en una astuta trampa tendida para otros, encuentran o pueden encontrar una muerte violenta y repentina. Pero un final trágico de esa clase, aunque tocado por el humor de Hamlet con algo de la sorpresa y la justicia de la comedia, realmente no es para gente como ellos. Ellos no mueren nunca. Horacio, que, para «justificar a Hamlet y su causa ante los insatisfechos», «se aparta por un tiempo de la dicha y en este duro mundo sigue alentando con dolor», muere, aunque sin público, y no deja hermanos. Pero Guildenstern y Rosencrantz son tan inmortales como Angelo y Tartufo, y su lugar está con ellos. Son lo que la vida moderna ha aportado al ideal antiguo de la amistad. El que escriba un nuevo *De amicitia* tendrá que encontrarles un nicho y elogiarlos en prosa tusculana. Son tipos fijados para siempre. Censurarlos demostraría falta de apreciación. Únicamente están fuera de su esfera: eso es todo. La sublimidad de alma no se contagia. Los altos pensamientos, las altas emociones están aislados por su propia existencia. Lo que ni siquiera Ofelia podía entender no iban a comprenderlo «Guildenstern y el gentil Rosencrantz», «Rosencrantz y el gentil Guildenstern». Por supuesto que no pretendo compararte. Hay una amplia diferencia entre vosotros. Lo que en ellos era azar, en ti fue elección. Deliberadamente y sin que yo te invitara te metiste en mi esfera, usurpaste allí un sitio para el que no tenías ni derecho ni cualidades, y cuando mediante una persistencia singular, haciendo de tu presencia parte de todos y cada uno de los días, conseguiste absorber mi vida entera, no supiste hacer nada mejor con esa vida que romperla en pedazos. Por extraño que pueda parecerte, era lo natural. Si se le da a un niño un juguete demasiado prodigioso para su pequeña mente, o demasiado bello para sus ojos semiabiertos, lo rompe, si es obstinado; si es distraído lo deja caer y se va con sus compañeros. Así pasó contigo. Una vez que te apropiaste de mi vida, no supiste qué hacer con ella. No podías saberlo. Era una cosa demasiado maravillosa para estar en tus manos. Deberías haberla dejado caer y haber vuelto al juego de tus compañeros. Pero por desdicha eras obstinado, y la rompiste. Quizá en eso, al final, esté el secreto último de todo lo que ha ocurrido. Porque los secretos siempre son más pequeños que sus manifestaciones. Por el desplazamiento de un átomo puede estremecerse un mundo. Y para no ahorrarme nada a mí, ya que nada te ahorro a ti, añadiré esto: que mi encuentro contigo era peligroso para mí, pero lo que lo hizo funesto fue el particular momento en que nos encontramos. Porque tú estabas en esa etapa de la vida en que todo lo que se hace no es más que sembrar la semilla, y yo estaba en esa etapa de la vida en la que todo lo que se hace es nada menos que recoger la cosecha.

Hay algunas cosas más de las que tengo que escribirte. La primera es mi quiebra. Supe hace algunos días, reconozco que con gran decepción, que ya es demasiado tarde para que tu familia reembolse a tu padre, que eso sería ilegal, y que yo habré de permanecer en mi dolorosa situación presente

durante un tiempo aún considerable. Para mí es amargo porque me aseguran de fuentes jurídicas que no puedo ni publicar un libro sin permiso del Receptor, a quien hay que presentar todas las cuentas. No puedo firmar un contrato con el empresario de un teatro, ni poner en escena una obra, sin que los ingresos pasen a tu padre y a mis otros tres o cuatro acreedores. Creo que incluso tú reconocerás ahora que el plan de «hacerle una buena» a tu padre permitiéndole hacerme a mí insolvente no ha sido realmente el éxito brillante y redondo que tú te prometías. Al menos no lo ha sido para mí, y habría que haber consultado con mis sentimientos de dolor y humillación ante mi indigencia más que con tu cáustico e inesperado sentido del humor. La realidad de los hechos es que al permitir mi quiebra, como al empujarme al primer proceso, le hacías el juego a tu padre, y hacías exactamente lo que él quería. Solo, desasistido, él habría sido impotente desde el primer momento. En ti -aunque tú no pretendieras llenar tan horrible puesto- ha encontrado siempre su mejor aliado.

Me dice More Adey en su carta que el verano pasado expresaste realmente en más de una ocasión tu deseo de devolverme «un poco de lo que gasté» en ti. Como yo le dije en mi contestación, por desdicha yo gasté en ti mi arte, mi vida, mi nombre, mi lugar en la historia, y si tu familia tuviera todas las cosas maravillosas del mundo a su disposición, o lo que el mundo juzga maravilloso, genio, belleza, riqueza, posición, etcétera, y todas las pusiera a mis pies, con eso no se me devolvería ni una décima parte de las cosas más pequeñas que se me han arrebatado, ni una sola de las lágrimas más pequeñas que he vertido. Pero claro está que todo lo que se hace hay que pagarlo. Eso es así hasta para el insolvente. Tú parece tener la impresión de que la quiebra es para un hombre una manera cómoda de esquivar el pago de sus deudas, de «hacérsela» a los acreedores, en realidad. Pues es justamente lo contrario. Es el sistema por el que los acreedores de un hombre «se la hacen» a él, si hemos de seguir con tu frase favorita, y por el que la Ley, mediante la confiscación de todas sus propiedades, le obliga a pagar todas y cada una de sus deudas, y si así no lo hace le deja tan indigente como el más vulgar pordiosero que se acoja a un soportal o se arrastre por un camino con la mano tendida por esa limosna que, al menos en Inglaterra, le da miedo pedir. La Ley me ha quitado no ya todo lo que tenía, mis libros, muebles, cuadros, mis derechos de autor sobre mis obras publicadas, mis derechos de autor sobre mis obras de teatro, realmente todo desde *El príncipe feliz* y *El abanico de lady Windermere* hasta las alfombras de mi escalera y el limpiabarros de mi puerta, sino también todo lo que pueda tener en el futuro. Mi renta sobre los bienes dotales, por ejemplo, se vendió. Afortunadamente pude comprarla a través de mis amigos. De no haber sido así, en caso de fallecimiento de mi mujer, mis dos hijos serían mientras yo viviera tan indigentes como yo. Mi parte en las tierras de Irlanda, que mi propio padre me legó, será, me figuro, lo siguiente. Me da una gran amargura que se venda, pero habré de pasar por ello.

Están por medio los setecientos peniques de tu padre -¿o eran libras?-, y hay que reembolsarlos. Aun despojado de todo lo que tengo, y de todo lo que pueda tener, y declarado insolvente total, todavía tengo que pagar mis deudas. Las comidas en el Savoy: la sopa de tortuga, los orondos hortolanos envueltos en arrugadas hojas de parra siciliana, el recio champán de color ambarino, casi de aroma ambarino -Dagonet de 1880 era tu vino favorito, ¿verdad?-, todo eso hay que pagarlo todavía. Las cenas en Willis's, la *cuvée* especial de Perrier Jouet que siempre nos reservaban, los *pâtés* maravillosos traídos directamente de Estrasburgo, el prodigioso *fine champagne* servido siempre en el fondo de grandes copas acampanadas para que su *bouquet* fuera mejor saboreado por los auténticos epicuros de lo realmente exquisito de la vida, eso no puede quedar sin pagar, como las deudas incobrables de un *client* trapacero. Hasta los delicados gemelos -cuatro piedras de luna, bruma de plata, en forma de corazón, montadas en cerco de rubíes y brillantes alternados- que yo diseñé y encargué en Henry Lewis como regalo especial para ti, para celebrar el éxito de mi segunda comedia, hasta eso, aunque creo que los vendiste por cuatro perras pocos meses después, hay que pagarlo. No le voy a dejar al joyero sin fondos por los regalos que te hice, independientemente de lo que tú hicieras con ellos. Así que, aunque me declaren insolvente, ya ves que aún tengo que pagar mis deudas.

Y lo que pasa con un insolvente pasa en la vida con todos los demás. Por cada pequeña cosa que se hace, alguien tiene que pagar. Tú mismo incluso - con todo tu deseo de libertad absoluta de todas las obligaciones, tu insistencia en que de todo te provean otros, tus intentos de rechazar todo compromiso de afecto, o de consideración, o de gratitud-, tú mismo tendrás un día que reflexionar seriamente sobre lo que has hecho, y tratar, aunque sea en vano, de expiarlo de algún modo. El hecho de que realmente no puedas hacerlo será parte de tu castigo. No puedes lavarte las manos de toda responsabilidad, y pasar con un gesto de hombros o una sonrisa a un nuevo amigo o un banquete recién servido. No puedes tratar todo lo que has atraído sobre mí como una reminiscencia sentimental, que sacar de cuando en cuando con los cigarrillos y los licores, fondo pintoresco para una vida moderna de placer, como un tapiz antiguo colgado en una posada vulgar. De momento podrá tener el encanto de una salsa nueva o una cosecha reciente, pero los restos de un festín se enrancian, y las heces de una botella son amargas. Hoy, o mañana, o cuando sea, tienes que comprenderlo. Porque si no podrías morirte sin haberlo comprendido, y entonces ¡qué vida tan ruin, famélica, falta de imaginación habrías tenido! En mi carta a More he sugerido un punto de vista que debes adoptar respecto al tema lo antes posible. Él te dirá lo que es. Para entenderlo tendrás que cultivar tu imaginación. Recuerda que la imaginación es esa cualidad que nos permite ver las cosas y las personas en sus relaciones reales e ideales. Si no eres capaz de comprenderlo solo, háblalo con otros. Yo he tenido que mirar mi pasado de frente. Mira tu pasado de frente. Siéntate tranquilamente a estudiarlo. El vicio supremo es la superficialidad. Todo lo que

se comprende está bien. Háblalo con tu hermano. De hecho la persona con quien hablarlo es Percy. Dale a leer esta carta, y cuéntale todas las circunstancias de nuestra amistad. Exponiéndoselo todo con claridad, no hay persona de mejor juicio. Si le hubiéramos dicho la verdad, ¡cuánto sufrimiento y vergüenza se me habría ahorrado! Recordarás que lo propuse, la noche que llegaste a Londres de Argel. Te negaste de plano. Por eso cuando vino a casa después de comer tuvimos que montar la comedia de que tu padre era un demente, víctima de espejismos absurdos e inexplicables. La comedia fue excelente mientras duró, y no menos porque Percy se la tomara totalmente en serio. Por desgracia acabó de una manera muy repulsiva. El tema sobre el que ahora escribo es uno de sus resultados, y si a ti te molesta, te ruego que no olvides que es la más profunda de mis humillaciones, y que he de pasar por ella. No tengo alternativa. Ni tú tampoco.

Lo segundo de lo que tengo que hablarte se refiere a las condiciones, circunstancias y lugar de nuestro encuentro cuando mi plazo de reclusión se haya cumplido. Por extractos de la carta que le escribiste a Robbie a comienzos del verano del año pasado, entiendo que has sellado en dos paquetes mis cartas y mis regalos -o lo que quede de unas y otros- y deseas entregármelos personalmente. Es necesario, por supuesto, que los entregues. Tú no entendiste por qué te escribía cartas hermosas, como no entendías por qué te hacía regalos hermosos. No te diste cuenta de que lo primero no era para publicado, como lo segundo no era para empeñado. Además, pertenecen a un lado de la vida que hace tiempo que pasó, a una amistad que, por la razón que fuese, tú no supiste apreciar en su valor debido. Te asombrarás cuando vuelvas la vista ahora a aquellos días en que tenías mi vida entera en tus manos. Yo también los miro con asombro, y con otras emociones bien distintas.

Seré liberado, si todo va bien, a finales de mayo, y espero irme inmediatamente con Robbie y More Adey a algún pueblecito costero de otro país. El mar, como dice Eurípides en uno de sus dramas sobre Ifigenia, lava las manchas y las heridas del mundo. Θάλασσα χλνίει πάντα τ'ανθρώπων χαχά.

Espero estar por lo menos un mes con mis amigos, y poder tener, en su sana y cariñosa compañía, paz y equilibrio, un corazón menos agitado y un estado de ánimo más risueño. Siento un anhelo extraño de las grandes cosas simples y primigenias, como el Mar, para mí no menos madre que la Tierra. Me parece que todos miramos a la Naturaleza demasiado y vivimos con ella demasiado poco. Yo encuentro una gran cordura en la actitud de los griegos. Ellos nunca charlaban de puestas de sol, ni discutían si en la hierba las sombras eran realmente violáceas o no. Pero veían que el mar era para el nadador, y la arena para los pies del corredor. Amaban los árboles por la sombra que dan, y el bosque por su silencio al mediodía. El viñador se ceñía el pelo de hiedra para resguardarse de los rayos del sol según se encorbaba sobre los brotes

tiernos, y para el artista y el atleta, los dos tipos que Grecia nos ha dado, se tejían en guirnaldas las hojas del laurel amargo y del perejil silvestre, que por lo demás no rendían ningún servicio al hombre.

Decimos que somos una era utilitaria, y no conocemos la utilidad de nada. Hemos olvidado que el Agua limpia y el Fuego purifica, y que la Tierra es madre de todos nosotros. La consecuencia es que nuestro Arte es de la Luna y juega con sombras, mientras que el arte griego es del Sol y trata directamente con las cosas. Yo tengo la seguridad de que en las fuerzas elementales hay purificación, y quiero volver a ellas y vivir en su presencia. Claro está que para alguien tan moderno como yo *soy, enfant de mon siècle*, el mero hecho de contemplar el mundo siempre será hermoso. Tiemblo de placer cuando pienso que el mismo día en que salga de la cárcel estarán floreciendo en los jardines el codeso y las lilas, y que veré al viento agitar en inquieta belleza el oro cimbrenio de lo uno, y a las otras sacudir la púrpura pálida de sus penachos de modo que todo el aire será Arabia para mí. Linneo cayó de hinojos y lloró de alegría cuando vio por primera vez el largo páramo de las tierras altas inglesas teñido de amarillo por los capullos aromáticos del tojo, y yo sé que para mí, para quien las flores forman parte del deseo, hay lágrimas esperando en los pétalos de alguna rosa. Siempre me ha ocurrido, desde mi niñez. No hay un solo color oculto en el cáliz de una flor, o en la curva de una concha, al que mi naturaleza no responda, en virtud de alguna sutil simpatía con el alma de las cosas. Como Gautier, siempre he sido de aquellos *pour qui le monde visible existe*.

Aun así, ahora soy consciente de que detrás de toda esa Belleza, por satisfactoria que sea, se esconde un Espíritu del cual las formas y figuras pintadas no son sino modos de manifestación, y con ese Espíritu deseo ponerme en armonía. Me he cansado de las declaraciones articuladas de hombres y cosas. Lo Místico en el Arte, lo Místico en la Vida, lo Místico en la Naturaleza: eso es lo que busco, y en las grandes sinfonías de la Música, en la iniciación del Dolor, en las profundidades del Mar quizá lo encuentre. Me es absolutamente necesario encontrarlo en alguna parte.

En todos los juicios se enjuicia la propia vida, como todas las sentencias son sentencias de muerte; y a mí me han juzgado tres veces. La primera vez salí de la tribuna para ser detenido, la segunda para ser devuelto a la prisión preventiva, la tercera para ser encarcelado por dos años. La Sociedad, tal como la hemos constituido, no tendrá sitio para mí, no tiene ninguno que ofrecer; pero la Naturaleza, cuyas dulces lluvias caen por igual sobre justos e injustos, tendrá tajos en las peñas donde yo pueda esconderme, y valles secretos en cuyo silencio pueda llorar tranquilo. Prenderá estrellas en la noche para que pueda caminar por la oscuridad sin tropezar, y mandará el viento sobre mis huellas para que nadie pueda seguirme en mi perjuicio; me limpiará en vastas aguas, y con hierbas amargas me sanará.

Al cabo de un mes, cuando las rosas de junio estén en toda su desbordada opulencia, concertaré contigo por conducto de Robbie, si me siento capaz, un encuentro en alguna ciudad extranjera tranquila como Brujas, cuyas casas grises y verdes canales y calles frescas y silenciosas, tenían un encanto para mí, hace años. De momento tendrás que cambiar de nombre. El titulillo del que tanto te ufanabas y es verdad que hacías que tu nombre sonara a nombre de flor- lo tendrás que abandonar, si quieres verme, así como también mi nombre, que en tiempos fuera tan musical en la boca de la Fama, habrá de ser abandonado por mí. ¡Qué estrecho, y ruin, e insuficiente para sus cargas es este siglo nuestro! Puede dar al Éxito su palacio de pórfido, pero para morada del Dolor y la Vergüenza no conserva siquiera una choza: lo único que puede hacer por mí es ordenarme que cambie mi nombre por otro, cuando incluso el medievalismo me habría dado cubrirme con la capucha del monje o el velo del leproso y estar en paz.

Espero que nuestro encuentro sea como debería ser un encuentro entre tú y yo, después de todo lo ocurrido. En los viejos tiempos hubo siempre un ancho abismo entre nosotros, el abismo del Arte conseguido y la cultura adquirida; ahora hay entre nosotros un abismo todavía mayor, el abismo del Dolor; pero para la Humildad nada es imposible, y para el Amor todo es fácil.

En cuanto a la carta con que respondas a ésta, puede ser todo lo larga o corta que tú quieras. Dirige el sobre al Director de la Prisión de Reading. Dentro, en otro sobre abierto, pon tu carta para mí: si el papel es muy fino no escribas por los dos lados, porque así a otros les cuesta trabajo leer. Yo te he escrito con total libertad. Tú me puedes escribir igual. Lo que he de saber de ti es por qué no has hecho ningún intento de escribirme, desde el mes de agosto del año antepasado, y más particularmente después de que, en mayo del año pasado, hace ahora once meses, supieras, y reconocieras ante otros que sabías, cuánto me habías hecho sufrir, y cómo yo era consciente. Un mes tras otro esperé noticias tuyas. Aunque no hubiera estado esperando, aunque te hubiera cerrado la puerta, deberías haber recordado que nadie puede cerrar las puertas al Amor para siempre. El juez injusto del Evangelio acaba por levantarse para dar una decisión justa porque la justicia llama todos los días a su puerta; y de noche el amigo en cuyo corazón no hay amistad de verdad cede al cabo ante su amigo «por su importunidad». No hay cárcel en el mundo que el Amor no pueda asaltar. Si eso no lo has entendido, es que no has entendido nada del Amor. También quiero que me cuentes todo

lo relativo a tu artículo sobre mí para el *Mercure de France*. Algo sé de él. Dame citas literales. Está compuesto en letras de molde. Dame también las palabras exactas de la dedicatoria de tus poemas. Si están en prosa, cita la prosa; si en verso, cita el verso. No me cabe duda de que será hermosa. Escríbeme con toda franqueza sobre ti; sobre tu vida; tus amigos; tus ocupaciones; tus libros. Háblame de tu libro y su acogida. Lo que tengas que

decir en tu descargo, dilo sin miedo. No escribas lo que no sientes: eso es todo. Si en tu carta hay algo de falso o fingido, lo detectaré en seguida por el tono. No por nada, ni en vano, en mi culto de toda la vida a la literatura me he hecho

Avaro de sonidos y de dadas,
como Midas de sus monedas.

Recuerda también que aún estoy por conocerte. Quizá estemos aún por conocernos.

Acerca de ti no me queda más que una última cosa que decir. No te dé miedo el pasado. Si te dicen que es irrevocable, no lo creas. El pasado, el presente y el futuro no son sino un momento a la vista de Dios, a cuya vista debemos tratar de vivir. El tiempo y el espacio, la sucesión y la extensión, son meras condiciones accidentales del Pensamiento. La Imaginación puede trascenderlos, y moverse en una esfera libre de existencias ideales. Las cosas, además, son en su esencia lo que queremos que sean. Una cosa es según el modo en que se la mire. «Allí donde otros», dice Blake, «no ven más que la Aurora que despunta sobre el monte, yo veo a los hijos de Dios clamando de alegría». Lo que para el mundo y para mí mismo parecía mi futuro, yo lo perdí irremisiblemente cuando me dejé incitar a querellarme contra tu padre; me atrevo a decir que lo había perdido, en realidad, mucho antes. Lo que tengo ante mí es mi pasado. He de conseguir mirarlo con otros ojos, hacer que el mundo lo mire con otros ojos, hacer que Dios lo mire con otros ojos. Eso no lo puedo conseguir soslayándolo, ni menospreciándolo, ni alabándolo, ni negándolo. Únicamente se puede hacer aceptándolo plenamente como una parte inevitable de la evolución de mi vida y mi carácter: inclinando la cabeza a todo lo que he sufrido. Cuán lejos estoy de la verdadera templanza de ánimo, esta carta con sus humores inciertos y cambiantes, su sarcasmo y su amargura, sus aspiraciones y su incapacidad de realizar esas aspiraciones, te lo mostrará muy claramente. Pero no olvides en qué terrible escuela estoy haciendo los deberes. Y aun siendo como soy incompleto e imperfecto, aun así quizá tengas todavía mucho que ganar de mí. Viniste a mí para aprender el Placer de la Vida y el Placer del Arte. Acaso se me haya escogido para enseñarte algo que es mucho más maravilloso, el significado del Dolor y su belleza. Tu amigo que te quiere,

Oscar Wilde

EL AMIGO ABNEGADO

OSCAR WILDE

Una mañana, la vieja rata de agua sacó la cabeza fuera de su madriguera. Tenía ojos brillantes como bolas de cristal e hirsutos bigotes grises, y su rabo parecía una larga tira de goma negra. Los patitos estaban nadando en el estanque, semejantes a una bandada de canarios amarillos, y su madre, que era de un blanco puro, con patas rojas, intentaba enseñarles a sostenerse cabeza abajo en el agua.

-Nunca entraréis en la alta sociedad si no sabéis sosteneros cabeza abajo -les decía y repetía.

Y de vez en cuando les mostraba cómo se hacía. Pero los patitos no le hacían caso. Eran tan jóvenes que no sabían qué ventajas tiene pertenecer a la sociedad.

-¡Qué niños tan desobedientes! -exclamó la rata de agua-; realmente les estaría bien merecido que se ahogaran.

-¡De ninguna manera! -respondió la pata-, todo el mundo tiene que aprender, y por mucha paciencia que tengan los padres nunca tienen suficiente.

-¡Ah! Yo no sé nada de los sentimientos de los padres -dijo la rata de agua-; no soy madre de familia. En realidad, nunca he estado casada ni tengo intención de estarlo nunca. El amor está muy bien, a su manera, pero la amistad es muy superior a él. En verdad, no conozco nada en el mundo que sea ni más noble ni más raro que una amistad leal.

-Y dime, por favor, ¿qué idea tienes de cuáles son los deberes de un amigo leal? -preguntó un pardillo verde que estaba posado en un sauce muy cerca de allí y había oído la conversación.

-Sí, eso es precisamente lo que deseo yo saber -dijo la pata, y se fue nadando hasta el extremo del estanque, poniéndose cabeza abajo para dar un buen ejemplo a sus hijos.

-¡Qué pregunta más tonta! -replicó la rata de agua-. Yo esperaré que mi amigo fuera leal conmigo, naturalmente.

-¿Y qué harías tú a cambio? -dijo el pajarillo, columpiándose en una ramita de plata y batiendo sus alas diminutas.

-No te entiendo -contestó la rata de agua.

-Déjame que te cuente una historia sobre eso -dijo el pardillo.

-¿Habla de mí esa historia? -preguntó la rata de agua-. En ese caso la escucharé, pues las historias me gustan muchísimo.

-Se te puede aplicar -respondió el pardillo.

Y bajando de un vuelo a la orilla contó el cuento del Amigo Abnegado.

-Erase una vez -dijo el pardillo- un honrado hombrecillo que se llamaba Hans.

-¿Era muy distinguido? -preguntó la rata de agua.

-No -respondió el pardillo-, no creo que fuera nada distinguido, excepto por su corazón bondadoso y por su divertida cara redonda rebosante de alegría. Vivía solo en una casita muy pequeña, y todos los días trabajaba en su jardín. En toda la comarca no había un jardín tan hermoso como el suyo; crecían en él minutisas y alhelies y saxífragas y campanillas de invierno; había rosas de Damasco rojas y rosas de té amarillas, flores de azafrán color lila, y violetas de oro y púrpura, y violetas blancas. Los agavanzos y las cardaminas, las mejoranas y la albahaca, la vellorita y el iris, el narciso y el clavel doble florecían sucesivamente según pasaban los meses, reemplazando una flor a la otra, de tal modo que siempre había cosas hermosas para la vista y gratas fragancias para el olfato.

El pequeño Hans tenía muchísimos amigos, pero entre todos ellos el más íntimo era el gran Hugh, el molinero. Realmente, el rico molinero era un amigo tan íntimo del pequeño Hans, que no pasaba nunca por su jardín sin inclinarse sobre la tapia y coger un gran ramo de flores, o un puñado de hierbas olorosas, o sin llenarse los bolsillos de ciruelas y cerezas si era la temporada de la fruta.

-Los verdaderos amigos debieran tener todo en común -solía decir el molinero.

Y el pequeño Hans asentía con la cabeza y sonreía, y se sentía muy orgulloso de tener un amigo con ideas tan nobles.

A veces, a decir verdad, los vecinos pensaban que era extraño que el rico molinero nunca diera nada a cambio al pequeño Hans, aunque tenía cien sacos de harina almacenados en su molino y seis vacas lecheras y un gran rebaño de ovejas cubiertas de lana; pero a Hans nunca le pasaban por la cabeza tales pensamientos, y nada le daba mayor placer que escuchar

todas las cosas admirables que solía decir el molinero sobre la ausencia de egoísmo de la amistad verdadera.

Así es que el pequeño Hans trabajaba en su jardín. Durante la primavera, el verano y el otoño era muy dichoso, pero cuando llegaba el invierno, y no tenía ni fruta ni flores que llevar al mercado, sufría mucho por el frío y el hambre, y frecuentemente tenía que irse a la cama sin más cena que unas cuantas peras secas o unas nueces duras. En invierno, además, se sentía muy solo, ya que entonces no iba nunca a verle el molinero.

-No es conveniente que vaya a ver al pequeño Hans en lo que dure la nieve -solía decir el molinero a su mujer-, pues cuando la gente está en apuros es mejor dejarla sola y no importunarla con visitas. Esa es, al menos, la idea que yo tengo de la amistad, y estoy seguro de que tengo razón. Así es que esperaré hasta que llegue la primavera, y entonces le haré una visita, y él podrá darme una gran cesta de velloritas, y eso le hará feliz.

-Realmente, te preocupas mucho por los demás -respondió su esposa, que estaba sentada en un cómodo sillón junto a un gran fuego de leña de pino-; te preocupas mucho, verdaderamente. Es una delicia oírte hablar de la amistad. Estoy segura de que el cura mismo no sabría decir cosas tan hermosas como tú, aunque viva en una casa de tres pisos y lleve un anillo de oro en el dedo meñique.

-Pero ¿no podríamos invitar al pequeño Hans a que viniera aquí? -preguntó el hijo menor del molinero-. Si el pobre Hans está en apuros yo le daré la mitad de mi sopa y le enseñaré mis conejos blancos.

-¡Qué chico tan tonto eres! -gritó el molinero-; realmente no sé de qué sirve mandarte a la escuela; parece que no aprendes nada. ¡Mira!, si el pequeño Hans viniera aquí y viera nuestro fuego confortable, y nuestra buena cena, y nuestro gran barril de vino tinto, puede que se volviera envidioso, y la envidia es una cosa terrible, que echaría a perder el carácter de cualquiera. Yo, ciertamente, no permitiré que se eche a perder el carácter de Hans. Soy su mejor amigo y siempre velaré por él, y vigilaré para que no caiga en ninguna tentación. Además, si Hans viniera aquí, puede que me pidiera que le dejara llevarse algo de harina a crédito, y yo no podría hacer eso; la harina es una cosa y la amistad es otra, y no debieran confundirse. ¡Está claro!, las dos palabras se escriben de modo diferente, y significan cosas completamente distintas. Todo el mundo puede entender eso.

-¡Qué bien hablas! -dijo la mujer del molinero, mientras se servía un gran vaso de cerveza caliente-; me siento completamente adormilada; es lo mismo que si estuviera en la iglesia.

-Mucha gente obra bien -respondió el molinero-; pero hay muy poca gente que hable bien; lo que prueba que hablar es, con mucho, lo más difícil de estas dos cosas, y con mucho, también, la más hermosa.

Y miró severamente por encima de la mesa a su hijo pequeño, que se sentía tan avergonzado de sí mismo que bajó la cabeza y se puso muy colorado, y empezó a llorar, dejando caer las lágrimas en el té. Sin embargo, era tan joven que debéis disculparle.

-¿Es ese el final de la historia? -preguntó la rata de agua.

-Ciertamente que no -respondió el pardillo-, ese es el comienzo.

-Entonces, no estás al día -dijo la rata de agua-. Ahora todos los buenos narradores empiezan por el final y luego siguen por el principio, y terminan por el medio. Es la nueva técnica narrativa. Me enteré de todo esto el otro día por un crítico que paseaba alrededor del estanque con un joven. Habló largamente del asunto, y estoy seguro de que debía tener razón, pues llevaba gafas azules y era calvo, y cada vez que el joven hacía alguna observación, contestaba siempre: «¡Bah!» Pero, por favor, sigue con tu historia. Me agrada enormemente el molinero. Yo tengo también toda clase de hermosos sentimientos, así es que hay una gran simpatía entre nosotros dos.

-Pues bien -dijo el pardillo, brincando ya sobre una pata, ya sobre la otra-, tan pronto como acabó el invierno y las velloritas empezaron a abrir sus estrellas de color amarillo pálido, el molinero dijo a su mujer que bajaría a ver al pequeño Hans.

-¡Ah, qué buen corazón tienes! -exclamó su mujer-; siempre estás pensando en los demás. Y no te olvides de llevar la cesta grande para las flores.

Así es que el molinero sujetó las aspas del molino con una fuerte cadena de hierro y bajó la colina con la cesta al brazo.

-Buenos días, pequeño Hans -dijo el molinero.

-Buenos días -dijo Hans, apoyándose en su azada y sonriendo de oreja a oreja.

-¿Y cómo te ha ido en todo el invierno? -dijo el molinero.

-Bueno, verdaderamente -exclamó Hans-, eres muy amable al preguntármelo, muy amable, ciertamente. A decir verdad, lo he pasado bastante mal, pero ya ha llegado la primavera y me siento completamente feliz, y todas mis flores van bien.

-Hemos hablado muchas veces de ti durante el invierno, Hans -dijo el molinero-, y nos preguntábamos cómo te irían las cosas.

-Habéis sido muy amables -dijo Hans-, casi temía que me hubieras olvidado.

-Hans, ¡me dejas sorprendido! -dijo el molinero-, la amistad nunca olvida. Eso es lo maravilloso que tiene; pero me temo que tú no entiendes la poesía de la vida. Y, a propósito, ¡qué hermosas están tus velloritas!

-Sí, están verdaderamente muy hermosas -dijo Hans-, y es una suerte para mí el tener tantas. Voy a llevarlas al mercado para vendérselas a la hija del burgomaestre, y así con ese dinero volveré a comprar mi carretilla.

-¿Que volverás a comprar tu carretilla? ¿No querrás decir que la has vendido? ¡Qué cosa más tonta se te ha ocurrido hacer!

-Bueno, la verdad es que me vi obligado a hacerlo. Ya sabes, el invierno fue una temporada muy mala para mí y en realidad no tenía dinero para comprar pan. Así que primero vendí los botones de plata de mi chaqueta de los domingos, y luego vendí la cadena de plata, y después vendí mi pipa grande, y por último vendí mi carretilla. Pero voy a volver a comprarlo todo ahora.

-Hans -dijo el molinero-, te voy a dar mi carretilla. No está en buen estado; a decir verdad, uno de los dos lados ha desaparecido, y algo no va bien en los radios de la rueda; pero a pesar de eso te la voy a regalar. Sé que soy muy generoso al hacer esto, y que mucha gente me creería tonto de remate por desprenderme de ella, pero yo no soy como el resto del mundo. Creo que la generosidad es la esencia de la amistad, y, además, tengo una carretilla nueva. Sí, puedes quedarte tranquilo, te daré mi carretilla.

-Bueno, realmente eres muy generoso -dijo el pequeño Hans, y su divertida cara redonda se puso toda radiante de placer-. Me va a ser muy fácil repararla, porque tengo una tabla en casa.

-¡Una tabla! -dijo el molinero-; ¡caramba!, eso es precisamente lo que necesito para el tejado de mi granero. Tiene un boquete muy grande y todo el grano se mojará si no lo tapo. ¡Qué suerte que lo hayas mencionado! Es sorprendente cómo una buena acción siempre produce otra. Yo te he dado la carretilla, y ahora tú me vas a dar tu tabla. Desde luego, la carretilla vale mucho más que la tabla, pero la verdadera amistad nunca se fija en esas cosas. Haz el favor de ir a buscarla en seguida, y me pondré a trabajar en mi granero hoy mismo.

-Ciertamente -exclamó el pequeño Hans.

Y corrió al cobertizo y sacó la tabla.

-No es una tabla muy grande -dijo el molinero mirándola-, y me temo que después de que haya reparado el tejado de mi granero no te quedará nada para que arregles la carretilla; pero, desde luego, eso no es culpa mía. Y ahora que te he dado la carretilla, estoy seguro de que te gustaría darme unas flores a cambio. Aquí tienes la cesta, y procura llenarla del todo.

-¿Llenarla del todo? -dijo el pequeño Hans, un poco afligido, pues realmente era una cesta muy grande, y sabía que si la llenaba no le quedarían flores para el mercado, y estaba deseando volver a tener sus botones de plata.

-Bueno, en realidad -replicó el molinero-, como te he dado la carretilla, no creo que sea mucho pedirte unas cuantas flores. Puede que me equivoque, pero yo había pensado que la amistad, la verdadera amistad, estaba completamente libre de cualquier clase de egoísmo.

-Mi querido amigo, mi mejor amigo -exclamó el pequeño Hans-, todas las flores de mi jardín están a tu disposición. Prefiero con mucho que tú tengas una buena opinión de mí a tener yo mis botones de plata, y eso en cualquier ocasión.

Y corrió a coger todas sus lindas velloritas y llenó la cesta del molinero.

-Adiós, pequeño Hans -dijo el molinero, mientras subía la cuesta con la tabla al hombro y la gran cesta en la mano.

-Adiós -dijo el pequeño Hans.

Y se puso a cavar alegremente, de contento que estaba por la carretilla.

Al día siguiente, estaba sujetando madre selvas al porche cuando oyó la voz del molinero que le llamaba desde el camino. Así que saltó de la escalera, corrió al fondo del jardín y miró por encima de la tapia.

Allí estaba el molinero con un gran saco de harina a la espalda.

-Querido pequeño Hans -dijo el molinero-, ¿te importaría llevarme este saco de harina al mercado?

-¡Oh, cuánto lo siento! -dijo Hans-, pero la verdad es que estoy muy ocupado hoy. Tengo que sujetar todas mis enredaderas, y regar todas mis flores, y pasar el rodillo a todo mi césped.

-Bueno, realmente -dijo el molinero-, yo creo que teniendo en cuenta que voy a darte mi carretilla es una falta de amistad que te niegues a hacerlo.

-¡Oh, no digas eso! -exclamó el pequeño Hans-, no querría faltar a la amistad por nada del mundo.

Y entró corriendo en la casa para coger la gorra, y se fue caminando penosamente con el gran saco sobre los hombros.

Era un día de mucho calor, y la carretera estaba terriblemente polvorienta, y antes de que Hans hubiera llegado al sexto mojón estaba tan cansado que tuvo que sentarse a descansar. Sin embargo, siguió animosamente su camino, y al fin llegó al mercado.

Después de esperar allí algún tiempo vendió el saco de harina a muy buen precio, y entonces se volvió a casa en seguida, pues temía que si se retrasaba demasiado podría encontrar ladrones por el camino.

-Ha sido ciertamente un día muy duro -se dijo el pequeño Hans al meterse en la cama-, pero me alegro de no haber dicho que no al molinero, porque es mi mejor amigo y, además, me va a dar su carretilla.

A la mañana siguiente, muy temprano, bajó el molinero a recoger el dinero de su saco de harina, pero el pequeño Hans estaba tan cansado que todavía seguía en la cama.

-¡A fe mía -dijo el molinero-, eres muy perezoso! Teniendo en cuenta que te voy a regalar mi carretilla, creo que podrías trabajar más. La ociosidad es la madre de todos los vicios, y a mí, ciertamente, no me gusta que ninguno de mis amigos sea holgazán ni perezoso. No debe parecerle mal que te hable con toda claridad. Desde luego no se me ocurriría hacerlo así si no

fuera amigo tuyo; pero ¿de qué sirve la amistad si uno no puede decir exactamente lo que piensa? Cualquiera puede decir cosas agradables y tratar de complacer y de halagar; en cambio, un verdadero amigo siempre dice las cosas molestas, y no le importa dar un disgusto. En verdad, si es realmente un amigo sincero lo prefiere, pues sabe que en este caso está obrando bien.

-Lo siento muchísimo -dijo el pequeño Hans, frotándose los ojos y quitándose el gorro de dormir-, pero estaba tan cansado que pensé quedarme en la cama un poco más y oír cantar a los pájaros. ¿No sabes que siempre trabajo mejor después de oír cantar a los pájaros?

-Bueno, me alegro de oír eso -dijo el molinero, dando una palmada en la espalda al pequeño Hans-, porque quiero que subas al molino en cuanto te vistas y arregles el tejado de mi granero.

El pobre pequeño Hans estaba deseando ir a trabajar en su jardín, pues hacía dos días que las flores estaban sin regar, pero no quería decir que no al molinero, puesto que era tan buen amigo suyo.

-¿Crees que faltaría a la amistad si dijera que estoy ocupado? -preguntó con voz vergonzosa y tímida. -Bueno, en realidad -respondió el molinero- no me parece que sea mucho pedirte, teniendo en cuenta que te voy a dar mi carretilla, pero naturalmente, si tú dices que no, iré y lo haré yo.

-Oh, de ninguna manera! -exclamó el pequeño Hans.

Y saltó de la cama y se vistió y se fue al granero.

Trabajó allí todo el día, hasta la puesta del sol, y a la puesta del sol fue el molinero a ver cómo iba la cosa.

-Has arreglado ya el boquete del tejado, pequeño Hans? -gritó el molinero con voz jovial.

-Está arreglado del todo -respondió el pequeño Hans, bajando de la escalera.

-¡Ah -dijo el molinero-, no hay trabajo tan agradable como el trabajo que se hace por los demás!

-Es verdaderamente un gran privilegio oírte hablar -replicó el pequeño Hans, sentándose y enjugándose la frente-, un privilegio muy grande, pero

me temo que yo no tendré nunca ideas tan hermosas como las que tienes tú.

-¡Oh, ya te vendrán! -dijo el molinero-, pero has de esforzarte más. Ahora tienes sólo la práctica de la amistad; algún día tendrás la teoría también.

-¿Crees realmente que la tendré? -preguntó el pequeño Hans.

-No me cabe la menor duda respecto a eso -contestó el molinero-, pero ahora que has arreglado el tejado, sería mejor que fueras a casa a descansar, pues quiero que mañana lleves mis ovejas a la montaña.

El pobre pequeño Hans no se atrevió a decir nada, y a la mañana siguiente, muy temprano, el molinero le llevó las ovejas hasta la casita, y Hans se puso en camino con ellas hacia el monte. Le llevó el día entero llegar allí y volver; y cuando regresó estaba tan cansado que se quedó dormido en una silla, y no se despertó hasta que era pleno día.

-¡Qué tiempo tan delicioso voy a pasar en mi jardín! -se dijo.

Y se puso inmediatamente a trabajar.

Pero por una cosa o por otra nunca podía cuidar sus flores de ninguna manera, pues siempre llegaba su amigo el molinero y le mandaba a largos recados, o le llevaba a que le ayudase en el molino. El pobre Hans estaba muy angustiado algunas veces, pues temía que sus flores creyeran que se había olvidado de ellas, pero se consolaba con el pensamiento de que el molinero era su mejor amigo.

-Además -solía decirse-, me va a regalar su carretilla, y eso es un acto de pura generosidad.

Así es que el pequeño Hans trabajaba para el molinero, y el molinero decía toda clase de cosas hermosas sobre la amistad, las cuales anotaba Hans en un cuaderno y releía por la noche, pues era todo un intelectual.

Ahora bien, sucedió que una tarde estaba el pequeño Hans sentado junto a su fuego cuando sonó un fuerte golpe seco en la puerta. Era una noche muy tormentosa, y el viento soplaba y rugía alrededor de la casa tan terriblemente que en un primer momento pensó que era sólo la tormenta. Pero vino un segundo golpe seco, y luego un tercero, más fuerte que los otros.

-Será algún pobre viajero -se dijo el pequeño Hans, y corrió a la puerta.

Allí estaba el molinero, con una linterna en una mano y un gran bastón en la otra.

-Querido pequeño Hans -exclamó el molinero-, estoy en un gran apuro: mi hijo pequeño se ha caído de una escalera y se ha hecho daño, y voy a buscar al médico. Pero vive tan lejos y hace una noche tan mala, que se me acaba de ocurrir que sería mucho mejor si fueras tú en mi lugar. Ya sabes que voy a darte mi carretilla, y por tanto sería justo que hicieras algo por mí a cambio.

-¡No faltaría más! -exclamó el pequeño Hans-; considero un cumplido que recurras a mí, y me pondré en camino inmediatamente. Pero debes prestarme tu linterna, porque la noche es tan oscura que me da miedo que pueda caerme a la acequia.

-Lo siento mucho -replicó el molinero-, pero es mi linterna nueva, y sería una gran pérdida si algo le ocurriera.

-Bueno, no importa. Me las arreglaré sin ella -exclamó el pequeño Hans.

Y cogió su gran abrigo de pieles y su gorra escarlata que le abrigaba tanto, se enrolló una bufanda alrededor del cuello y se puso en marcha.

¡Qué tormenta más espantosa! La noche era tan negra que el pequeño Hans casi no podía ver, y el viento era tan fuerte que a duras penas podía mantenerse en pie. Sin embargo, era muy animoso, y después de haber andado unas tres horas llegó a casa del médico y llamó a la puerta.

-¿Quién es? -gritó el médico, asomando la cabeza por la ventana de su alcoba.

-El pequeño Hans, doctor.

-¿Qué quieres, pequeño Hans?

-El hijo del molinero se ha caído de una escalera y se ha hecho daño, y el molinero quiere que vaya en seguida.

-Muy bien -dijo el médico.

Y ordenó que le llevaran el caballo, las grandes botas y la linterna, y bajó las escaleras, y empezó a cabalgar en dirección a la casa del molinero, mientras el pequeño Hans caminaba penosamente detrás de él.

Pero la tormenta arreciaba cada vez más, y la lluvia caía a torrentes, y el pequeño Hans no podía ver por dónde iba, ni ir al paso del caballo. Al final perdió el camino, y se extravió dando vueltas por el páramo, que era un lugar muy peligroso, pues estaba lleno de hoyos profundos. Y allí se ahogó el pobre pequeño Hans.

Unos cabreros encontraron su cuerpo al día siguiente, flotando en una gran charca de agua, y lo llevaron ellos mismos a la casita.

Hans era tan popular que todo el mundo fue a su entierro, y el molinero fue el principal doliente.

-Como yo era su mejor amigo -dijo el molinero-, justo es que ocupe el mejor puesto.

Así es que iba a la cabeza del cortejo con una larga capa negra y de vez en cuando se enjugaba los ojos con un gran pañuelo.

-La muerte del pequeño Hans es indudablemente una gran pérdida para todos -dijo el herrero, cuando hubo terminado el funeral y todos estaban sentados cómodamente en la taberna, bebiendo vino con especias y comiendo bollos dulces.

-Una gran pérdida al menos para mí -replicó el molinero-; ¡mira!, yo me porté tan bien con él que le ofrecí mi carretilla, y ahora realmente no sé qué hacer con ella. Me estorba en casa, y está en tal mal estado que no podría sacar nada por ella si la vendiera. Ciertamente tendré mucho cuidado en no volver a dar nada a nadie; uno siempre sufre por generoso.

-Bueno, ¿y qué más? -dijo la rata de agua, después de una larga pausa.

-Bueno, pues nada más; ese es el final -dijo el pardillo.

-Pero ¿qué fue del molinero? -preguntó la rata de agua.

-¡Oh, realmente no lo sé! -replicó el pardillo-; ni me importa, de eso estoy seguro.

-Es evidente que la simpatía no forma parte de tu carácter -dijo la rata de agua.

-Me temo que no has entendido la moraleja de la historia -observó el pardillo.

-¿La qué? -chilló la rata de agua.

-La moraleja.

-¿Quieres decir que el cuento tiene una moraleja?

-Ciertamente -dijo el pardillo.

-Bueno -dijo la rata de agua, con aire furioso-, creo que realmente debieras habérmelo dicho antes de empezar. En ese caso, ten por seguro que no te hubiera escuchado; de hecho hubiera dicho «ibah!», como el crítico. Pero puedo decirlo ahora.

Así es que gritó «ibah!», a voz en cuello, hizo un movimiento brusco con el rabo y se volvió a meter en su madriguera.

-¿Y qué opinas de la rata de agua? -preguntó la pata, que llegó chapoteando unos minutos después-. Tiene muy buenas cualidades, pero yo, por mi parte, tengo sentimientos maternales, y no puedo ver nunca a una solterona empedernida sin que se me salten las lágrimas.

-Me temo que le he aburrido -contestó el pardillo-. El hecho es que le conté una historia con una moraleja.

-¡Ah, eso es siempre algo muy peligroso! -dijo la pata.

Y yo estoy completamente de acuerdo con ella.

EL CUMPLEAÑOS DE LA INFANTA

OSCAR WILDE

Era aquel día el cumpleaños de la infanta. Cumplía los doce años, y el sol brillaba con esplendor en los jardines del palacio.

Aunque realmente era princesa y era la infanta de España, sólo tenía un cumpleaños cada año, exactamente como los hijos de la gente muy pobre; así, era cosa de grande importancia para todo el país que la infanta tuviera un gran día en tales ocasiones. Y aquel día era magnífico en verdad.

Los altos y rayados tulipanes se erguían sobre los tallos, como en largo desfile militar, y miraban, retadores, a las rosas, diciéndoles: «Somos tan espléndidos como vosotras» Las mariposas purpúreas revoloteaban, llenas de polvo de oro las alas, visitando a las flores una por una; los lagartos salían de entre las grietas del muro y se calentaban al sol; las granadas se cuarteaban y entreabrían con el calor, y se veía sangrante su corazón rojo. Hasta los pálidos lines amarillos, que colgaban en profusión de las carcomidas espalderas, y a lo largo de las arcadas oscuras, parecían haber robado mayor viveza de color a la maravillosa luz solar, y las magnolias abrían sus grandes flores, semejantes a globos de marfil, y llenaban el aire de dulce aroma enervante.

La princesita paseaba en la terraza con sus compañeros y jugaba al escondite entre los jarrones de piedra y las viejas estatuas cubiertas de musgo. En los días ordinarios sólo se le permitía jugar con niños de su propia alcurnia, de manera que tenía que jugar sola; pero su cumpleaños formaba excepción, y el rey había ordenado que invitara a sus amistades preferidas para que jugaran con ella. Tenían los esbeltos niños españoles gracia majestuosa de movimientos, los muchachos con sus sombreros de gran pluma y sus capas cortas flotantes; las niñas recogiendo la cola de los largos trajes de brocado y protegiéndose los ojos contra el sol con enormes abanicos negros y argentados. Pero la infanta era la más graciosa de todas, la que iba vestida con mayor gusto, dentro de la moda algo incómoda de aquel tiempo. Su traje era de raso gris, la falda y las anchas mangas de bullones estaban bordadas con plata, el rígido corpiño adornado con hileras de perlas finas. Al andar, debajo del traje surgían dos diminutos zapatitos con rosetas color de rosa. Rosa y perla era su gran abanico de gasa, y en el cabello, que formaba una aureola de oro viejo en torno a su carita pálida, llevaba una linda rosa blanca.

Desde una ventana del palacio los contemplaba el melancólico rey. Detrás de él se hallaba en pie su hermano, don Pedro de Aragón, a quien odiaba; su confesor, el gran inquisidor de Granada, se hallaba sentado junto a él. Más triste que de costumbre estaba el rey, porque al ver a la infanta saludando con infantil gravedad a los cortesanos reunidos, o riéndose tras el abanico de la ceñuda duquesa de Alburquerque, que la acompañaba siempre, pensaba en la joven reina, su madre, que poco tiempo antes -así le parecía aún- había llegado del alegre país de Francia, y se había marchitado entre el sombrío esplendor de la

corte española, muriendo seis meses después del nacimiento de su hija, antes de haber visto florecer dos veces los almendros en el huerto, o de haber arrancado por segunda vez los frutos de la vieja higuera nudosa que había en el centro del patio, cubierto ahora de hierba. Tan grande había sido el amor que tuvo el rey a su esposa, que no permitió que la tumba los separara. La reina fue embalsamada por un médico moro, a quien por tal servicio le había sido perdonada la vida, condenada ya por el Santo Oficio, en juicio por herejía y sospecha de prácticas mágicas; y el cuerpo yacía aún dentro del féretro, forrado de tapices, en la capilla de mármol negro del palacio, tal como lo habían depositado allí los monjes aquel ventoso día de marzo, doce años atrás. Una vez al mes, el rey, envuelto en una capa oscura y llevando en la mano una linterna sorda, entraba allí y se arrodillaba junto a ella exclamando: «¡Mi reina! ¡Mi reina!»

A veces, faltando a la etiqueta formalista que gobierna en España cada acto de la vida, y que pone límites hasta a la pena de un rey, así las pálidas manos enojadas, en loco paroxismo de dolor, y trataba de reanimar con sus besos la fría cara pintada.

Hoy creía verla de nuevo, como la vió por primera vez en el castillo de Fontainebleau, cuando tenía él apenas quince años de edad, y ella menos aún. En aquella ocasión contrajeron esponsales, que bendijo el nuncio del Papa en presencia del rey de Francia y de toda la corte, y él regresó a El Escorial, llevando consigo un mechón de cabellos rubios y el recuerdo de los labios infantiles que se inclinaban para besarle la mano cuando subió a su carruaje. Más adelante, se efectuó el matrimonio en Burgos, y la gran entrada pública en Madrid con la acostumbrada misa solemne en la iglesia de la Virgen de Atocha, y un auto de fe más importante que de costumbre, en el cual se relajaron al brazo secular para ser quemados cerca de trescientos herejes, entre ellos muchos ingleses.

En verdad, el rey amó a la reina con locura, lo cual no dejó de contribuir, según pensaban muchos, a la ruina de su país, a quien Inglaterra disputaba entonces sus posesiones del Nuevo Mundo. Apenas la dejaba apartarse de su lado, porque había olvidado, o parecía olvidar, todos los graves asuntos del Estado; y con la terrible locura que la pasión da a sus víctimas, no advirtió que las complicadas ceremonias con que trataba de divertirla no hacían sino agravar la enfermedad extraña que sufría. Cuando murió la reina, el rey quedó como privado de razón durante algún tiempo. No cabe duda de que hubiera abdicado formalmente y se hubiera retirado al gran monasterio trapense de Granada, del cual era ya prior titular, si no hubiera temido dejar a la infantita entregada a la merced de su hermano, cuya crueldad aun en España era notoria, y de quien muchos sospechaban que había causado la muerte de la reina con un par de guantes envenenados que le regalara en su castillo de Aragón al visitarlo ella. Aun después de expirar los tres años de luto que había ordenado por edicto real para todos sus dominios, nunca permitió a sus ministros que le hablaran de nuevos matrimonios, y cuando el emperador le hizo ofrecer la mano de su sobrina, la

encantadora archiduquesa de Bohemia, rogó a los embajadores dijeran a su señor que él, rey de España, estaba desposado con la Tristeza, y que aunque ella fuese una esposa estéril, la amaba más que a la Belleza; respuesta que costó a su corona las ricas provincias de los Países Bajos, que bien pronto, a instigación del emperador, se rebelaron contra él bajo la dirección de fanáticos de la Reforma.

Toda su vida matrimonial, con sus alegrías ardientes y el dolor terrible de su fin súbito, parecía revivir ante él ahora, al ver a la infanta jugar en la terraza. Tenía toda la graciosa petulancia de la reina, la misma manera voluntariosa de mover la cabeza, la misma orgullosa boca de lindas curvas, la misma sonrisa maravillosa, *vrai sourire de France*, al mirar de tarde en tarde hacia la ventana, o al extender su manecita para que la besaran los majestuosos caballeros españoles. Pero la aguda risa de los niños molestaba los oídos del rey, y la viva, implacable luz del sol se burlaba de su tristeza, y un olor tenue de aromas extraños, aromas como los que emplean los embalsamadores, parecía difundirse -¿o era sólo imaginación?- en el aire claro de la mañana. Escondió la cara entre las manos, y cuando la infanta miró de nuevo hacia arriba, se habían cerrado las cortinas y el rey se habla retirado.

Hizo la niña una moue de contrariedad y se encogió de hombros. Bien podía haberse quedado el rey a verla jugar en su día de natales. ¿Qué importaban los ridículos asuntos del Estado? ¿O se había ido a meter en la capilla tenebrosa, donde siempre ardían velas y a donde nunca le permitían a ella entrar? ¡Qué tontería, cuando el sol brillaba con tanta viveza y todo el mundo estaba tan contento! Además, iba a perder el simulacro de corrida de toros, para el cual sonaba ya la trompeta, sin contar la comedia de títeres y las otras cosas maravillosas. Su tío y el gran inquisidor eran mucho más sensatos. Habían salido a la terraza y le hacían finos cumplimientos. Sacudió, pues, la cabecita, y tomando la mano de don Pedro descendió lentamente las escaleras y se dirigió hacia el amplio pabellón de seda púrpura erigido en uno de los extremos del jardín. Los otros niños la siguieron, marchando en orden estricto de precedencia: los que tenían los nombres más largos iban delante.

Salió a recibirla una procesión de niños nobles, fantásticamente vestidos de toreros, y el joven conde de Tierra Nueva, hermosísimo adolescente de unos catorce años de edad, descubriéndose la cabeza con toda la gracia que dan el nacimiento hidalgo y la grandeza de España, la acompañó solemnemente hasta una silla pequeña de oro y marfil, colocada sobre el estrado que dominaba el redondel. Los niños se agruparon en torno, agitando las niñas sus abanicos y cuchicheando entre sí, mientras don Pedro y el gran inquisidor, en la entrada, observaban y reían. Hasta la duquesa -la camarera mayor se le llamaba-, mujer delgada, de facciones duras, con gorguera amarilla, no parecía de tan mal humor como otras veces, y algo semejante a una fría sonrisa vagaba en su cara arrugada y crispaba sus labios, delgados y exangües.

Era aquella una corrida de toros maravillosa, y muy superior -pensaba la infanta- a la corrida verdadera a que la llevaron en Sevilla cuando la visita del duque de Parma a su padre. Algunos de los muchachos caracoleaban sobre caballos de palo ricamente enjaezados, blandiendo largas picas con alegres gallardetes de cintas de colores vivos; otros iban a pie, agitando sus capas escarlatas ante el toro y saltando la barrera cuando les embestía. Y el toro parecía un animal vivo, aunque estaba hecho de mimbres y cubierto con una piel disecada; a veces corría por el redondel sobre sus patas traseras, cosa que ningún otro toro haría. Se defendió espléndidamente, y los niños se excitaban tanto, que se subieron sobre los bancos, y, agitando sus pañuelos de encaje, gritaban: «¡Bravo toro! ¡Bravo toro!», con igual sensatez que la que suelen mostrar las personas mayores. Por fin, después de prolongada lidia, durante la cual algunos de los caballos de palo fueron despanzurrados y derribados sus jinetes, el joven conde de Tierra Nueva hizo caer el toro a sus pies, y, habiendo obtenido permiso de la infanta para darle el coup de grace, hundió su espada de madera en el cuello del animal con tanta violencia, que le arrancó la cabeza y dejó al descubierto la cara sonriente del pequeño monsieur de Lorraine, hijo del embajador de Francia en Madrid.

Se despejó entonces el redondel entre grandes aplausos, y dos pajes moriscos, de librea negra y amarilla, con gran solemnidad, se llevaron arrastrando los caballos muertos, y después de breve interludio, durante el cual un acróbata francés bailó en la cuerda tensa, se representó, con títeres italianos, la tragedia semiclásica de Sofonisba, en el pequeño escenario construido al efecto. Trabajaban tan bien los títeres, y sus movimientos eran tan naturales, que al final del drama los ojos de la infanta estaban turbios de lágrimas. En realidad, algunos niños llegaron a llorar, y hubo que consolarlos con dulces, y el gran inquisidor se afectó tanto, que no pudo menos que decir a don Pedro que le parecía intolerable que muñecos hechos de madera y de cera coloreada y movidos mecánicamente por alambres, fueran tan desgraciados y sufrieran tan terribles infortunios.

Apareció después un prestidigitador africano, que trajo un gran cesto cubierto con un paño rojo y, colocándolo en el centro del redondel, sacó de su turbante una curiosa flauta de caña y sopló en ella. A poco el paño rojo comenzó a moverse y a medida que la flauta fue emitiendo sonidos más y más agudos, dos serpientes, verdes y doradas, fueron sacando sus cabezas de forma extraña y se irguieron poco a poco, balanceándose a un lado y a otro con la música, como se balancea una planta en las aguas. Los niños, sin embargo, se asustaron al ver las manchadas capuchas y las lenguas como flechas y les agradó mucho más ver que el prestidigitador hacía nacer de la arena un diminuto naranjo, que producía preciosos azahares blancos y racimos de verdaderos frutos, y cuando tomó en sus manos el abanico de la hija del marqués de las Torres y lo convirtió en un pájaro azul, que voló alrededor del pabellón y cantó, su deleite no tuvo límites.

El solemne minué, danzado por los niños bailarines de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, fue encantador. La infanta nunca había visto esta ceremonia, que se verifica anualmente durante el mes de mayo, ante el altar mayor de la Virgen y en honor suyo, y en realidad ningún miembro de la real familia de España había entrado a la catedral de Zaragoza desde que un cura loco, que muchos suponían pagado por Isabel de Inglaterra, había tratado de hacer tragar una hostia envenenada al príncipe de Asturias. Así, la infanta sólo de oídas conocía la Danza de Nuestra Señora, según se le llamaba, y era ciertamente digna de verse. Los niños llevaban trajes de corte arcaicos; sus sombreros de tres picos estaban ribeteados de plata y coronados por enormes penachos de plumas de avestruz, y la deslumbrante blancura de sus trajes, al moverse en el sol, se acentuaba por el contraste con sus caras morenas y sus largos cabellos negros. Todo el mundo quedó fascinado por la grave dignidad con que se movían en las intrincadas figuras de la danza y por la gracia estudiada de sus lentos ademanes y de sus majestuosos saludos, y cuando terminaron e hicieron reverencia con sus grandes sombreros a la infanta, ella respondió al homenaje con gran cortesía e hizo voto de enviar una gran vela de cera al santuario de la Virgen del Pilar, en pago del placer que le habían producido.

Una compañía de hermosos egipcios -como se llamaba entonces a los gitanos- avanzó al redondel, y sentándose en el suelo, con las piernas cruzadas, en círculo, comenzaron a tocar suavemente sus cítaras, moviendo el cuerpo al son de la música y tarareando en leve murmullo un aire de ensueño, todo en notas graves. Cuando vieron a don Pedro le gruñeron y algunos se mostraron aterrorizados, porque apenas hacía dos semanas que había hecho ahorcar por brujos a dos de la tribu en la plaza del mercado de Sevilla; pero la linda infanta los encantó, viéndola echarse hacia atrás y mirar con sus grandes ojos azules por encima del abanico, y se sentían seguros de que personilla tan encantadora no podía ser cruel para nadie. Tocaron, pues, muy dulcemente, hiriendo apenas las cuerdas de las cítaras con sus largas uñas puntiagudas e inclinando las cabezas como si tuvieran sueño. De pronto, con un grito tan agudo que todos los niños se asustaron y don Pedro se llevó la mano al pomo de su daga, se pusieron en pie y giraron locamente por el redondel, tocando sus tamboriles y cantando una delirante canción de amor en su extraño lenguaje gutural. Luego, a una nueva señal, se echaron todos al suelo y se quedaron allí tranquilos: el opaco rasgueo de las cítaras era el único sonido que rompía el silencio. Después de repetir el acto varias veces, desaparecieron por un momento, y volvieron, trayendo un oso pardo y peludo atado con cadena y cargando sobre las espaldas unos pequeños monos de Berbería. El oso se ponía de cabeza con la mayor gravedad; y los monos, amaestrados, hicieron toda clase de juegos divertidos con dos niños gitanos que parecían ser sus maestros, y luchaban con espadas diminutas y disparaban fusiles y ejecutaban ejercicios militares como si fueran soldados de la guardia del rey. Los gitanos alcanzaron gran éxito.

Pero la parte más divertida de toda la fiesta matinal fue, indudablemente, el baile del enanito. Cuando entró al redondel, tropezando, tambaleándose sobre sus piernas torcidas y sacudiendo la enorme y deforme cabeza a uno y otro lado, los niños lanzaron gritos de placer, y la infanta rió de tal modo, que la camarera mayor hubo de recordarle que, aunque había precedentes en España de que una hija de reyes hubiera llorado delante de sus iguales, no los había de que una princesa de sangre real se divertiera tanto delante de personas de nacimiento inferior al suyo. El enano, sin embargo, era irresistible, y aun en la corte de España, famosa siempre por su culta afición a lo horrible, nunca se había visto monstrucillo tan fantástico. Y era la primera aparición que hacía. Le habían descubierto apenas el día anterior, corriendo en salvaje libertad, dos nobles que estaban cazando en un lugar remoto del gran bosque de alcornoques que rodeaba la ciudad, y lo habían llevado al palacio como sorpresa para la infanta: su padre, campesino pobre, que vivía de hacer carbón vegetal, se había alegrado de verse libre de hijo tan feo y tan inútil.

Quizá lo más divertido en él era su incompleta inconsciencia: no se daba cuenta de su aire grotesco. En realidad, parecía feliz y estaba lleno de vivacidad. Cuando los niños se reían, él se reía tan alegre y tan libremente como cualquiera de ellos, y al acabar cada baile les hacía la más ridícula de las reverencias, sonriéndoles y saludándolos como si fuera uno de ellos, en vez de ser una cosa deforme que la naturaleza en momento de humorismo había modelado para diversión de los demás.

La infanta lo fascinó. No podía quitarle los ojos de encima, y parecía bailar para ella sola. Cuando, al terminar la fiesta, recordando ella haber visto que las grandes damas de la corte arrojaban ramilletes a Caffarelli, el famoso sopranista italiano de la Capilla Sixtina, a quien el Papa había enviado a Madrid para ver si lograba curar con la dulzura de su voz la melancolía del rey, se quitó del cabello la linda rosa blanca, y, en parte por burla y en parte por mortificar a la camarera, se la arrojó a través del redondel con la más dulce de las sonrisas; el Enano tomó en serio la cosa, y apretando la flor contra sus toscos labios, se puso la mano en el corazón y se arrodilló ante la infanta, enseñando los dientes de oreja a oreja y brillantes de placer los ojos.

La infanta se vió atacada por tal hilaridad que siguió riéndose hasta después que el Enanito había salido del redondel, y expresó a su tío el deseo de que se repitiera inmediatamente aquel baile. Pero la camarera, so pretexto de que el sol daba demasiado calor, decidió que sería lo mejor para su alteza volver sin tardanza al palacio, donde se le había preparado un magnífico festín, que incluía un gran pastel de cumpleaños con sus iniciales labradas en azúcar pintado y una preciosa bandera de plata flotando en lo más alto. La infanta, pues, se levantó con gran dignidad, y habiendo dado la orden de que el Enanito bailara ante ella otra vez después de la siesta, y las gracias al adolescente conde de Tierra Nueva por

su cortesía, se dirigió a sus habitaciones, siguiéndola los niños en el mismo orden en que habían venido.

Cuando el Enanito oyó decir que tendría que bailar de nuevo ante la infanta, y por mandato expreso suyo, se puso tan orgulloso que corrió al jardín besando la rosa blanca en grotesco éxtasis de placer y haciendo los más torpes y absurdos gestos de satisfacción.

Las flores se indignaron al verlo invadir su bella morada, y cuando lo vieron hacer cabriolas por las avenidas del jardín, levantando los brazos sobre la cabeza de una manera ridícula, no pudieron contenerse.

-Es demasiado feo para que se te permita jugar donde estamos nosotros - gritaron los tulipanes.

-Debería beber jugo de adormideras, y dormirse durante mil años -dijeron los grandes lirios escarlatas, y se encendieron de ira.

-¡Es un verdadero horror! -chilló el cacto-. Es torcido y rechoncho, y su cabeza no guarda proporción con sus piernas. Me crispo todo al verlo; si se atreve a pasar junto a mí, lo pincho con mis espinas.

-¡Y tiene en las manos uno de mis mejores botones! -exclamó el rosal de rosas blancas-. Yo mismo se lo di a la infanta esta mañana, como regalo de natales y él se lo ha robado -y le gritó a voz en cuello-: ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!

Hasta los geranios rojos, que generalmente no se daban aire de importancia y de quienes era sabido que tenían muchos parientes pobres, se retorcieron de disgusto al verlo; y cuando las violetas suavemente declararon que, aunque era extremadamente feo, no era culpa suya, se les respondió con no poca justicia que ése era su principal defecto y que no era razón para admirar a nadie el ser incurable; en verdad hubo violetas a quienes la fealdad del Enano pareció casi ostentosa y pensaron que habría procedido mejor mostrándose triste, o siquiera pensativo, en vez de saltar alegremente y ponerse en actitudes grotescas y ridículas.

El viejo reloj de sol, que era un personaje muy notable y había indicado las horas del día a no menor persona que el emperador Carlos V, se quedó tan azorado ante el aspecto del Enanito que casi se olvidó de mover su largo dedo de sombra durante dos minutos y no pudo menos de decirle al pavo real blanco, color de leche, el cual tomaba el sol en la balaustrada, que todo el mundo sabía que los hijos de reyes eran reyes y que los hijos de carboneros eran carboneros, y que era cosa absurda pretender lo contrario; afirmación a la cual asintió de buen grado el pavo real y hasta gritó: «Ciertamente, ciertamente», con voz tan aguda y

desagradable, que los peces dorados que vivían en el tazón de la fresca fuente borbotante, sacaron las cabezas del agua y preguntaron a los enormes tritones de piedra qué diablos pasaba en tierra.

Pero como quiera que fuese, a los pájaros les gustaba el Enanito. Lo habían visto con frecuencia en el bosque, bailando como silfo con el remolino de hojas secas, o agachado en el hueco de algún viejo roble, compartiendo sus nueces con las ardillas. No les importaba nada que fuera feo. A la verdad, ni aun el ruiseñor, cuyo canto era tan dulce por las noches entre las arboledas de naranjos, que la luna se inclinaba para escucharle, se distinguía por su belleza; y, además, el Enano había sido amable con ellos, y durante aquel invierno, terriblemente frío, en que no había frutos en los árboles y el suelo estaba duro como el hierro y los lobos habían llegado hasta las puertas de la ciudad en busca de alimento, nunca se había olvidado de ellos, sino que les había dado migajas de su libreta de pan negro y dividía con ellos su pobre desayuno.

Así, los pájaros volaban en torno suyo, tocándole las mejillas con sus alas al pasar, y charlaban entre sí, y el Enanito estaba tan contento que no podía menos de enseñarles la linda rosa blanca y decirles que la infanta se la había dado porque lo amaba.

Ellos no entendían una palabra de lo que él les decía; pero eso no importaba, porque ladeaban la cabeza y tomaban aire serio, lo cual vale tanto como entender y es mucho más fácil.

Los lagartos también se encantaron con el Enanito, y cuando se cansó de correr y se echó a descansar sobre la hierba, jugaban y corrían sobre él y trataban de divertirlo lo mejor que podían. «No todo el mundo puede tener la belleza de los lagartos -decían-; eso sería pedir demasiado. Y, después de todo, no es tan feo el muchacho, sobre todo si uno cierra los ojos y no lo mira» Los lagartos tenían naturaleza de filósofos, y durante horas enteras se quedaban tranquilos pensando cuando no había otra cosa que hacer o cuando el tiempo estaba demasiado lluvioso para salir a paseo.

Las flores estaban excesivamente disgustadas con la conducta de los lagartos y de los pájaros.

-Ya se ve -decían- que tanto correr y volar no puede menos que hacer vulgares a las gentes. Las gentes bien educadas se quedan siempre en un mismo lugar, como nosotras. Nadie nos ha visto salir por los paseos, ni galopar locamente a través de la hierba a caza de libélulas. Cuando queremos cambiar de aires, hacemos llamar al jardinero y él nos lleva a otro arriate. Eso es digno, y es como deben ser las cosas. Pero los pájaros y los lagartos no tienen idea del reposo, y

los pájaros ni siquiera tienen residencia conocida. Son meros vagos como los gitanos y debe tratárseles exactamente del modo que a ellos.

Hicieron, pues, gestos de desdén, tomaron actitud altiva, y se pusieron contentas cuando poco rato después vieron al Enanito levantarse de entre la hierba y dirigirse al palacio a través de la terraza.

-Debería mantenersele encerrado durante el resto de su vida -dijeron-. Mirad su joroba y sus piernas torcidas -y comenzaron a reírse.

Pero el Enanito nada sabía de esto. Le gustaban mucho los pájaros y los lagartos, y creía que las flores eran las cosas más maravillosas del mundo entero, excepto la infanta, porque ella le había dado la linda rosa blanca, y lo amaba, así es que resultaba cosa aparte. ¡Cómo le habría gustado volver a su bosque con ella! Ella lo pondría a su derecha, y le sonreiría, y él nunca la abandonaría, sino que la haría su compañera de juegos y le enseñaría toda clase de habilidades divertidas. Porque, si bien él nunca había entrado a un palacio antes de ahora, sabía muchas cosas maravillosas. Sabía hacer jaulas de junco para que los saltamontes cantaran en ellas, y convertir las largas cañas de bambú en flautas que Pan gusta de escuchar. Conocía el grito de cada pájaro, y sabía llamar a los estorninos de la copa de los árboles y a las garzas de la laguna. Conocía el rastro de cada animal, y sabía rastrear a las liebres por la leve huella de sus pies, y al oso por las hojas pisoteadas. Conocía todas las danzas del viento, la danza loca en traje rojo para el otoño, la danza ligera con sandalias azules sobre el trigo, la danza con coronas de nieve en invierno y la danza de las flores a través de los huertos en primavera. Sabía dónde construyen su nido las palomas torcaces, y una vez, cuando un cazador atrapó a una pareja que anidaba, crió a los pichones él mismo y les fabricó un palomar en un olmo desmochado. Eran muy mansos estos pichones, y comían en sus manos por la mañana. A ella le agradarían, y le agradarían los conejos que se deslizaban por entre los largos helechos, y los grajos con sus plumas aceradas y negros picos, y los puercoespines que sabían convertirse en bolas de púas, y las grandes tortugas prudentes que andaban despacio, moviendo la cabeza y mordiendo las hojas nuevas.

Sí; la infanta debería venirse al bosque y jugar con él. Él le daría su propio lecho, y velaría afuera, junto a la ventana, hasta la aurora, para que los ganados salvajes no le hicieran daño ni los flacos lobos se acercaran demasiado a la cabaña. Y a la aurora tocaría en el postigo y la despertaría, y saldrían juntos y bailarían todo el día. No se echaba de menos a nadie en el bosque. A veces pasaba un obispo sobre su mula blanca, leyendo en un libro con imágenes. A veces, con sus gorros de terciopelo verde y sus justillos de piel de ciervo, pasaban los halconeros, con halcones encapuchados en la mano. En tiempos de vendimia venían los lagareros con manos y pies de púrpura, coronados de lustrosa yedra y cargando chorreantes cueros de vino; y los carboneros se sentaban durante la noche en torno a sus hornos, mirando los leños secos que se carbonizaban

lentamente y asando castañas en las cenizas, y los bandidos salían de sus cuevas y se solazaban con ellos. Una vez, además, había visto una admirable procesión que hormigueaba en la larga y polvorienta ruta de Toledo. Los monjes iban delante cantando suavemente y llevando estandartes de colores y cruces de oro, y luego con armaduras de plata, con arcabuces y picas, iban los soldados y, en medio de ellos, tres hombres descalzos, con extrañas vestiduras amarillas llenas de maravillosas figuras pintadas y con velas encendidas en las manos.

Ciertamente había mucho que ver en el bosque, y cuando la infanta se fatigara encontraría mullidos lechos en el musgo, o él la llevaría en brazos, porque era muy vigoroso, aunque sabía que no era alto. Le haría un collar de rojos frutos de brionia, que serían tan hermosos como los frutos blancos que llevaba en su traje, y cuando se cansara de ellos, él le buscaría otros. Le traería bellotas y anémonas mojadas de rocío, y diminutos gusanos de luz para que fueran como estrellas en el oro pálido de sus cabellos.

-Pero ¿dónde estaba la infanta? -le preguntó a la rosa blanca, que no le respondió.

Todo el palacio parecía dormido y hasta donde las maderas de puertas y ventanas no se habían cerrado, se habían bajado grandes cortinas para evitar el reflejo del sol, Vagó por todos lados buscando entrada y al fin encontró una puertecita abierta. Se escurrió por ella y se encontró en una espléndida sala, mucho más espléndida, pensó con temor, que el bosque; todo estaba mucho más dorado y hasta el piso estaba hecho de grandes piedras de colores que formaban una especie de dibujo geométrico. Pero la infantita no estaba allí; sólo vio unas prodigiosas estatuas blancas que lo miraban desde sus pedestales de jaspe con ojos ciegos y labios que sonreían extrañamente.

En el extremo del salón había una cortina de terciopelo negro, ricamente bordada, con soles y estrellas, divisas favoritas del rey, en los colores que él prefería. ¿Tal vez ella se escondía allí? La buscaría, al menos.

Se acercó suavemente y entreabrió la cortina. No; lo que había detrás era sólo otra sala, pero le pareció más hermosa que la anterior. Colgaba de los muros tapicería verde de Arras, tejida con aguja, con muchas figuras, que representaba una cacería, obra de artistas flamencos que emplearon más de siete años en ella. Había sido en otro tiempo la cámara de Jean le Fou, aquel rey loco tan enamorado de la caza, que a menudo en su delirio trataba de montar sobre los enormes caballos encabritados y arrancar de la pintura al ciervo, sobre el cual saltaban los grandes perros, tocando el cuerno y apuñaleando con su daga el pálido animal fugitivo. La habitación se usaba ahora como sala de Consejo, y en la mesa del centro estaban las rojas carteras de los ministros, donde se veían estampados los tulipanes áureos de España y las armas y emblemas de la casa de Habsburgo.

El Enanito miró en derredor con asombro y no sin temor. Los extraños jinetes silenciosos que galopaban con velocidad a través de los claros del bosque sin hacer ruido, parecíanle los terribles fantasmas de que habla oído hablar a los carboneros: los Comprachos, que sólo cazan de noche, y que, si encuentran a un hombre, lo convierten en cierva y lo persiguen. Pero pensó en la infantita y recobró el valor. Quería encontrarla sola y decirle que él también la amaba. Tal vez estaría en la sala contigua.

Corrió sobre las mullidas alfombras moriscas y abrió la puerta. ¡No! Tampoco estaba allí. El salón estaba vacío.

Era el salón del Trono donde se recibía a los embajadores extranjeros, cuando el rey -cosa poco frecuente entonces- consentía en darles audiencia personal; el salón en donde tiempos atrás se había recibido a los enviados de Inglaterra para concertar el matrimonio de la reina inglesa -uno de los soberanos católicos de la Europa de aquellos días- con el hijo mayor del emperador. Las colgaduras eran de cuero de Córdoba, dorado, y del techo blanco y negro pendía un pesado candelabro áureo con brazos para 300 bujías. Bajo un gran dosel de paño tejido con oro, donde estaban bordados en aljófar los leones y las torres de Castilla, se hallaba el Trono, cubierto con rico palio de terciopelo negro tachonado de tulipanes de plata y primorosamente ribeteado de plata y perlas. En el segundo escalón del Trono se hallaba el reclinatorio de la infanta, con su cojín de tela tejida de plata, y debajo, fuera ya del lugar que cubría el dosel, la silla del nuncio papal, único que tenía el derecho de sentarse en presencia del rey en las ceremonias públicas: su capelo cardenalicio, con sus entretejidas borlas de escarlata, descansaba sobre un taburete purpúreo, enfrente. En el muro, frente al Trono, se veía el retrato de Carlos V, de tamaño natural, en traje de caza, con un gran mastín al lado; el retrato de Felipe II, recibiendo el homenaje de los Países Bajos, ocupaba el centro de otro muro. Entre las ventanas estaba colocado un bargueño negro de ébano, con incrustaciones de marfil, en las que se veían grabadas las figuras de la Danza de la Muerte, de Holbein, obra, se decía, de la mano del famoso maestro.

Pero al Enanito nada le importaba tanta magnificencia. No hubiera dado su rosa por todas las perlas del dosel, ni un solo pétalo de la rosa por el Trono. Lo que quería era ver a la infanta antes de que volviera a bajar al pabellón, y pedirle que se fuera con él al bosque cuando terminara el baile. Aquí, en el palacio, el aire era pesado, pero en el bosque corría con libertad el viento, y la luz del sol, con vagabunda mano de oro, apartaba las hojas trémulas. Había flores también en el bosque, no tan espléndidas quizá como las flores del jardín, pero más perfumadas; los jacintos, al comenzar la primavera, inundaban de púrpura ondulante las frescas cañadas y los herbosos altozanos; las primulas amarillas anidaban en pelotones alrededor de las retorcidas raíces de los robles; y crecían celidonias de color vivo y verónicas azules y lirios de oro y lila. Había amentos grises sobre los avellanos, y digitales que desmayaban al peso de sus abigarradas

corolas, frecuentadas por las abejas. El castaño lucía sus espiras de estrellas blancas, y el oxiacanto sus hermosas lunas blancas. Sí; la infanta vendría si él lograba encontrarla. Vendría con él al hermoso bosque, y todo el día bailarían él para ella, de puro deleite. Una sonrisa iluminó sus ojos al pensarlo, y pasó a la habitación siguiente.

De todas las salas era ésta la más luminosa y la más bella. Los muros estaban cubiertos de damasco de Lucca con flores rosadas, salpicado de pájaros y moteado de florecillas de plata; los muebles eran de plata maciza, festoneada con guirnaldas floridas y Cupidos colgantes; enfrente de las dos amplias chimeneas había grandes biombos en que aparecían bordados loros y pavos reales; y el piso, que era de ónix verdemar, parecía extenderse indefinidamente y perderse en la distancia. No estaba solo ahora. En pie, bajo la sombra de la puerta, al extremo opuesto del salón, vio una figurilla que lo miraba. Le tembló el corazón, salió de sus labios un grito de alegría y se acercó al centro de la sala, iluminado por el sol. Al hacerlo, la figurilla se movió también, y pudo verla claramente.

¿La infanta?... Era un monstruo, el monstruo más grotesco que había visto nunca. No tenía formas normales, las de todo el mundo, sino que tenía joroba, y era torcido de miembros, y la cabeza era enorme, oscilante, con crin negra. El Enanito frunció el ceño, y el monstruo lo frunció también. Se rió, y la figurita se rió con él, y se llevó las manos al costado como él. Le hizo un saludo burlesco, y respondió con igual cortesía. Se dirigió hacia ella, y ella vino a su encuentro, copiando cada uno de sus pasos y deteniéndose cuando él se detenía. Gritó, lleno de risa, y corrió hacia adelante, y extendió la mano, y el monstruo lo hizo también con igual prisa. Trató de seguir adelante, pero una superficie lisa y dura lo detuvo. La cara del monstruo estaba muy cerca de la suya, y parecía llena de terror. Apartó el cabello que le caía sobre los ojos. La figurilla lo imitó. La atacó, y ella le devolvió golpe por golpe. Le tuvo odio y le hizo gestos de horror. Se echó hacia atrás, y el monstruo se retiró a su vez.

¿Qué era aquello? Se quedó pensando breve rato, y miró alrededor de la sala. Era cosa extraña: todo parecía duplicarse en aquel muro invisible de agua clara. Sí; cada uno de los cuadros se repetía en la otra sala impenetrable, y cada uno de los asientos. El Fauno dormido que yacía en la alcoba junto a la puerta, tenía un hermano gemelo que dormitaba, y la Venus de plata que relucía a la luz del sol extendía sus brazos a otra Venus no menos hermosa.

¿Sería Eco? Había llamado una vez a la ninfa en el valle, y le respondió palabra por palabra. ¿Sabía Eco engañar los ojos, como engañaba los oídos? ¿Sabía crear un mundo ficticio semejante al mundo real? Las sombras de las cosas ¿podían tener color y vida y movimiento? ¿Podía ser que?...

Sobresaltado se quitó del pecho la linda rosa blanca, miró de frente al espejé y la besó. ¡El monstruo tenía otra rosa igual a la suya, pétalo por pétalo! La besaba con iguales besos y la apretaba contra su corazón con gestos horribles.

Cuando la verdad surgió en su cabeza, dio un grito loco de desesperación y cayó sollozante al suelo. Era él, pues, el deforme jorobado, horrible y grotesco. Él era el monstruo y de él se reían todos los niños, y la princesita que él creía que lo amaba.... no había hecho sino reírse de su fealdad y burlarse de sus miembros torcidos. ¿Por qué no lo habían dejado en el bosque, donde no había espejo para decirle cuán feo era? ¿Por qué no lo había matado su padre antes que venderlo para su vergüenza? Cálidas lágrimas rodaban a borbotones por sus mejillas. Hizo pedazos la rosa blanca y el monstruo hizo igual cosa y esparció los pétalos por el aire. Se revolcó por el suelo y cuando el Enanito lo miraba, correspondía a su mirada con cara de dolor. Se alejó del espejo para no verlo y se cubrió los ojos con la mano. Se arrastró, como animal herido, hacia la sombra y allí se quedó gimiendo.

En aquel momento la infanta entró con sus compañeras por la puerta abierta y cuando vieron al feo Enanito yacer en el suelo y golpear el piso con el puño cerrado, de manera extravagante y fantástica, estallaron en carcajadas alegres y se pusieron a observarlo.

-Su baile era divertido -dijo la infanta-; pero sus acciones son más divertidas todavía. En verdad, es casi tan bueno como los títeres; pero claro está, sus gestos no son tan naturales.

Y agitó su gran abanico y aplaudió.

Pero el Enanito no la miró y sus sollozos fueron cada vez más apagados; de pronto dio un suspiro extraño y se llevó la mano al costado. Luego se dejó caer y se quedó inmóvil.

-Admirable -dijo la infanta después de una pausa-; pero ahora quiero que bailes para mí.

-Sí -exclamaron todos los niños-, levántate y baila, porque eres tan inteligente como los monos de Berbería y haces reír mucho más.

Pero el Enanito no respondió.

Y la infanta golpeó el suelo con el pie y llamó a su tío, que paseaba por la terraza con el chambelán, leyendo despachos recién llegados de México, donde acababa de establecerse el Santo Oficio.

-Mi Enanito tiene murria -le dijo-, reanímalo y dile que baile para mí.

Se sonrieron y entraron los tres al salón, y don Pedro se inclinó y tocó al Enanito en la mejilla con su guante bordado.

-Tienes que bailar -le dijo-, petit monstre. Tienes que bailar. La infanta de España y de las Indias quiere divertirse.

Pero el Enanito no se movió.

-Hay que llamar a un azotador -dijo don Pedro con fastidio, y se volvió a la terraza.

Pero el chambelán tomó aspecto grave y se arrodilló junto al Enanito y le tocó el corazón. Después de breves momentos se encogió de hombros, se levantó, y, haciendo reverencia a la infanta, le dijo:

-Mi bella princesa, vuestro divertido Enanito no volverá a bailar más. Es lástima, porque es tan feo, que pudo haber hecho sonreír al rey.

Pero ¿por qué no ha de bailar más? -preguntó la infanta riendo.

-Porque se le ha roto el corazón -respondió el chambelán.

Y la infanta frunció el ceño, y sus finos labios de rosa se plegaron con desdén.

-En adelante, que los que vengan a jugar conmigo no tengan corazón -exclamó.

Y salió corriendo hacia el jardín.

EL GIGANTE EGOISTA

OSCAR WILDE

Todas las tardes al salir de la escuela tenían los niños la costumbre de ir a jugar al jardín del gigante.

Era un jardín grande y bello, con suave hierba verde. Acá y allá sobre la hierba brotaban hermosas flores semejantes a estrellas, y había doce melocotoneros que en primavera se cubrían de flores delicadas rosa y perla y en otoño daban sabroso fruto. Los pájaros se posaban en los árboles y cantaban tan melodiosamente que los niños dejaban de jugar para escucharles.

-¡Qué felices somos aquí! -se gritaban unos a otros.

Un día regresó el gigante. Había ido a visitar a su amigo el ogro de Cornualles, y se había quedado con él durante siete años. Al cabo de los siete años había agotado todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y decidió volver a su castillo. Al llegar vio a los niños que estaban jugando en el jardín.

-¿Qué estáis haciendo aquí? -gritó con voz muy bronca.

Y los niños se escaparon corriendo.

-Mi jardín es mi jardín -dijo el gigante-; cualquiera puede entender eso, y no permitiré que nadie más que yo juegue en él.

Así que lo cercó con una alta tapia, y puso este letrero:

PROHIBIDA LA ENTRADA
BAJO PENA DE LEY

Era un gigante muy egoísta.

Los pobres niños no tenían ya dónde jugar. Intentaron jugar en la carretera, pero la carretera estaba muy polvorienta y llena de duros guijarros, y no les gustaba. Solían dar vueltas alrededor del alto muro cuando terminaban las clases y hablaban del bello jardín que había al otro lado.

-¡Qué felices éramos allí! -se decían.

Luego llegó la primavera y todo el campo se llenó de florecillas y de pajarillos. Sólo en el jardín del gigante egoísta seguía siendo invierno. A los pájaros no les interesaba cantar en él, ya que no había niños, y los árboles se olvidaban de florecer. En una ocasión una hermosa flor levantó la cabeza por encima de la hierba, pero cuando vio el letrero sintió tanta pena por los niños que se volvió a deslizarse en la tierra y se echó a dormir. Los únicos que se alegraron fueron la nieve y la escarcha.

-La primavera se ha olvidado de este jardín -exclamaron-, así que viviremos aquí todo el año.

La nieve cubrió la hierba con su gran manto blanco, y la escarcha pintó todos los árboles de plata. Luego invitaron al viento del Norte a vivir con ellas, y acudió. Iba envuelto en pieles, y bramaba todo el día por el jardín, y soplaba sobre las chimeneas hasta que las tiraba.

-Este es un lugar delicioso -dijo-. Tenemos que pedir al granizo que nos haga una visita.

Y llegó el granizo. Todos los días, durante tres horas, repiqueteaba sobre el tejado del castillo hasta que rompió casi toda la pizarra, y luego corría dando vueltas y más vueltas por el jardín tan deprisa como podía. Iba vestido de gris, y su aliento era como el hielo.

-No puedo comprender por qué la primavera se retrasa tanto en llegar -decía el gigante egoísta cuando sentado a la ventana contemplaba su frío jardín blanco-. Espero que cambie el tiempo.

Pero la primavera no llegaba nunca, ni el verano. El otoño dio frutos dorados a todos los jardines, pero al jardín del gigante no le dio ninguno.

-Es demasiado egoísta -decía.

Así es que siempre era invierno allí, y el viento del Norte y el granizo y la escarcha y la nieve danzaban entre los árboles.

Una mañana, cuando estaba el gigante en su lecho, despierto, oyó una hermosa música. Sonaba tan melodiosa a su oído que pensó que debían de ser los músicos del rey que pasaban. En realidad era sólo un pequeño pardillo que cantaba delante de su ventana, pero hacía tanto tiempo que no oía cantar a un pájaro en su jardín que le pareció la música más bella del mundo. Entonces el granizo dejó de danzar sobre su cabeza, y el viento del Norte dejó de bramar, y llegó hasta él un perfume delicioso a través de la ventana abierta.

-Creo que la primavera ha llegado por fin -dijo el gigante.

Y saltó del lecho y se asomó. ¿Y qué es lo que vio?

Vio un espectáculo maravilloso. Por una brecha de la tapia, los niños habían entrado arrastrándose, y estaban sentados en las ramas de los árboles. En cada árbol de los que podía ver había un niño pequeño. Y los árboles estaban tan contentos de tener otra vez a los niños, que se habían cubierto de flores y mecían las ramas suavemente sobre las cabezas infantiles. Los pájaros revoloteaban y gorjeaban de gozo, y las flores se asomaban entre la hierba verde y reían. Era una bella escena. Sólo en un rincón seguía siendo invierno. Era el rincón más apartado del jardín, y había en él un niño pequeño; era tan pequeño, que no podía llegar a las ramas del árbol, y daba vueltas a su alrededor, llorando amargamente. El pobre árbol estaba todavía enteramente cubierto de escarcha y de nieve, y el viento del Norte soplaba y bramaba sobre su copa.

-Trepá, niño -decía el árbol-, e inclinaba las ramas lo más que podía.

Pero el niño era demasiado pequeño.

Y el corazón del gigante se enterneció mientras miraba.

-¡Qué egoísta he sido! -se dijo-; ahora sé por qué la primavera no quería venir aquí. Subiré a ese pobre niño a la copa del árbol y luego derribaré la tapia, y mi jardín será el campo de recreo de los niños para siempre jamás.

Realmente sentía mucho lo que había hecho.

Así que bajó cautelosamente las escaleras y abrió la puerta principal muy suavemente y salió al jardín. Pero cuando los niños le vieron se asustaron tanto que se escaparon todos corriendo, y en el jardín volvió a ser invierno. Sólo el niño pequeño no corrió, pues tenía los ojos tan llenos de lágrimas que no vio llegar al gigante. Y el gigante se acercó a él silenciosamente por detrás y le cogió con suavidad en su mano y le subió al árbol. Y al punto el árbol rompió en flor, y vinieron los pájaros a cantar en él; y el niño extendió sus dos brazos y rodeó con ellos el cuello del gigante, y le besó.

Y cuando vieron los otros niños que el gigante ya no era malvado, volvieron corriendo, y con ellos llegó la primavera.

-El jardín es vuestro ahora, niños -dijo el gigante.

Y tomó un hacha grande y derribó la tapia.

Y cuando iba la gente al mercado a las doce encontró al gigante jugando con los niños en el más bello jardín que habían visto en su vida.

Jugaron todo el día, y al atardecer fueron a decir adiós al gigante.

-Pero ¿dónde está vuestro pequeño compañero -preguntó él-, el niño que subí al árbol?

Era al que más quería el gigante, porque le había besado.

-No sabemos -respondieron los niños-; se ha ido.

-Tenéis que decirle que no deje de venir mañana -dijo el gigante.

Pero los niños replicaron que no sabían dónde vivía, y que era la primera vez que le veían; y el gigante se puso muy triste.

Todas las tardes, cuando terminaban las clases, los niños iban a jugar con el gigante. Pero al pequeño a quien él amaba no se le volvió a ver. El gigante era muy cariñoso con todos los niños; sin embargo, echaba en falta a su primer amiguito, y a menudo hablaba de él.

-¡Cómo me gustaría verle! -solía decir.

Pasaron los años, y el gigante se volvió muy viejo y muy débil. Ya no podía jugar, así que se sentaba en un enorme sillón y miraba jugar a los niños, y admiraba su jardín.

-Tengo muchas bellas flores -decía-, pero los niños son las flores más hermosas.

Una mañana de invierno miró por la ventana mientras se vestía. Ya no odiaba el invierno, pues sabía que era tan sólo la primavera dormida, y que las flores estaban descansando.

De pronto, se frotó los ojos, como si no pudiera creer lo que veía, y miró, y miró. Ciertamente era un espectáculo maravilloso. En el rincón más lejano del jardín había un árbol completamente cubierto de flores blancas; sus ramas eran todas de oro, y de ellas colgaba fruta de plata, y al pie estaba el niño al que el gigante había amado.

Bajó corriendo las escaleras el gigante con gran alegría, y salió al jardín. Atravesó presurosamente la hierba y se acercó al niño. Y cuando estuvo muy cerca su rostro enrojció de ira, y dijo:

-¿Quién se ha atrevido a herirte?

Pues en las palmas de las manos del niño había señales de dos clavos, y las señales de dos clavos estaban asimismo en sus piecitos.

-¿Quién se ha atrevido a herirte? -gritó el gigante-; dímelo y cogeré mi gran espada para matarle.

-¡No! -respondió el niño-; estas son las heridas del amor.

-¿Quién eres tú? -dijo el gigante, y le embargó un extraño temor, y se puso de rodillas ante el niño.

Y el niño sonrió al gigante y le dijo:

-Tú me dejaste una vez jugar en tu jardín; hoy vendrás conmigo a mi jardín, que es el paraíso.

Y cuando llegaron corriendo los niños aquella tarde, encontraron al gigante que yacía muerto bajo el árbol, completamente cubierto de flores blancas.

EL ENVÍO
OSCAR WILDE

Entre la gran cantidad de jóvenes que intentan, como yo, continuar y ensalzar al Renacimiento inglés ("jóvenes guerreros de la bandera romántica", como nos hubiera llamado Théophile Gautier) no hay ninguno cuyo amor al arte sea más sentido, cuyo sentido artístico de la belleza sea más puro, más delicado, ninguno, a decir verdad, que sea para mí más querido que el joven poeta cuyos versos he traído conmigo a América, versos llenos de una dulce melancolía y, sin embargo, son alegres.

El poeta más alegre, no cabe duda, no es aquel que siembra sobre los grandes caminos desolados de este mundo las vacuas semillas de la risa, sino el que hace su pena más musical, que en el arte, es el significado de la alegría, ese elemento intransferible de placer artístico que, en la poesía, por ejemplo, proviene de lo que Keats llama "la vida sensible del verso", el elemento del canto en lo que se canta, que no es tan agradable por esa maravilla de movimiento que tiene con frecuencia su origen en un simple impulso musical, y que, en pintura, debe ser buscado no en el asunto (jamás en éste), sino en lo que constituye el encanto pictórico: el dibujo y la sinfonía del colorido; la belleza satisfactoria del dibujo; de tal modo, que la postrera expresión en pintura se halla no en las visiones espirituales de los prerrafaelistas, a pesar de todo cuanto han realizado de maravilloso en la leyenda griega, de todo cuanto poseen de misterioso en el canto italiano, sino en la obra de hombres como Whistler y Albert Moore, que han elevado el dibujo y el color al nivel ideal de la poesía y de la música.

Así es ciertamente: lo que hace exquisita la pintura en estos dos artistas en el manejo inventivo y creador de la línea y del color, es cierta forma, una selección en la belleza de ejecución, que, rechazando toda reminiscencia literaria, toda idea metafísica, es en sí un goce completo para el sentido estético, y es, como dirían los griegos, su propia finalidad, ya que el efecto de su obra es parecido al que produce la música en nosotros.

Ya que la música es el arte en el cual la forma y la materia forman un todo, el arte en que el tema no podría ser separado del método mediante el cual se expresa, el arte que realiza más íntegramente para nosotros el ideal artístico, y que es el estado hacia el que aspiran constantemente las distintas artes.

Sin embargo, ese sentido más desarrollado del valor absolutamente satisfactorio de la bella ejecución, esa afirmación de la importancia primordial del elemento sensible en el arte, ese amor del arte por el arte, constituye el punto en que nosotros, los que pertenecemos a la nueva escuela, nos separamos de la enseñanza de Ruskin, separación definitiva, divergencia decisiva.

Un auténtico maestro de todo noble conocimiento en la ciencia de todas las cosas espirituales, eso continuará siendo siempre para nosotros, teniendo en

cuenta que fue él quien, por la magia de su presencia y la música de sus labios, nos enseñó, en Oxford, ese entusiasmo por la belleza que es el secreto del helenismo, y ese anhelo de creación que es el secreto de la vida; él, quien infundió, al menos en algunos de nosotros, la alta y apasionada ambición de partir, de irse muy lejos, a países exóticos mágicos, con algún mensaje para las naciones o alguna misión para el Universo todo; y, sin embargo, en su crítica de arte, en su apreciación del elemento alegre en el arte, en su modo de abordar el arte, ya no estamos de acuerdo con él, pues la clave de su sistema estético es siempre ética.

Éste juzga un cuadro por su cantidad de nobles ideas morales que en él se expresan; pero para nosotros los caminos por los cuales toda obra pictórica noble puede conmover y conmueve el alma no son los de las verdades de la vida o de las verdades metafísicas.

La perfección en la ejecución, para él, parece ser tan sólo el símbolo del orgullo, y la insuficiencia de los recursos técnicos corresponde a una imaginación demasiado liberada de los límites para encontrar en los límites de la forma una expresión completa, o de un amor demasiado simple para no balbucir en su lengua.

En cambio para nosotros, nada más lejos de entender la regla del arte, como la de la moral. Sin duda, en un sistema ético que se mostrara dulcemente misericordioso, las buenas intenciones tendrían su sitio reconocido, quiere uno creer. Pero la pregunta que haríamos a quienes desean penetrar en la serena mansión de la Belleza no consiste en saber lo que han querido hacer, sino lo que han hecho. Sus conmovedoras intenciones no tienen ningún valor para nosotros, que tan sólo apreciamos sus creaciones realizadas.

En cuanto a mí, prefiero los poetas que hacen versos, los médicos que saben curar, los pintores que saben pintar.

Y, es más, al contemplar una obra de arte, no tenemos que soñar con lo que intenta simbolizar, sino, amarla por lo que es. A decir verdad, el espíritu trascendental es ajeno al espíritu del arte. La inteligencia metafísica de Asia puede crear para sí misma el ídolo monstruoso de mamas numerosas; pero para el griego, artista puro, la obra que más penetrada está de vida espiritual es la que más estrechamente se ciñe a las realidades perfectas de la vida física.

Por ejemplo, un cuadro, de aspecto más puramente primitivo, no significa para nosotros más, en el sentido espiritual, que un ladrillo azul del muro de Damasco, o que una copa de Hitzen. Es una superficie cubierta de bellos colores, y nada más, y no nos afecta con sugerencias tomadas de la filosofía o con el sentimiento que ha sido robado a algún poeta, sino por su esencia artística incomunicable, por esa

selección de verdad que llamamos estilo, por esa relación de valores que constituye la ciencia del dibujo en pintura, el arabesco del dibujo, el esplendor del colorido; pues estas cosas bastan para hacer vibrar la más divina y la más lejana de las cuerdas que producen música en nuestra alma, y el color es, realmente, por sí mismo, un ser misterioso sobre las cosas, y el tono una especie de sentimiento.

Aquí está, entonces (y éste es el punto donde se distancia nuestra juvenil escuela), la característica principal de la poesía de Rennell Rodd. Porque si hay en su obra muchas cosas capaces de interesar la inteligencia, muchas cosas capaces de excitar las emociones, muchas cuerdas de múltiples cadencias, de un dulce y sencillo sentimiento (pues a quienes aman el arte por el arte, todo lo demás se les da por añadidura), pero, el efecto, cuyo principal fin es producir es, simplemente, artístico.

Se trate de una obra como La tumba del rey del mar, con toda su majestuosa melodía, tan sonora y fuerte como el océano, con su costa festoneada de pinos, junto al cual fue noblemente concebida y noblemente compuesta; o se trate sencillamente del poemita que va a continuación, y cuya hábil ejecución está realizada con un agudo sentido artístico de limitación. Son estas cosas que nos agradaría comparar con el primoroso marco del espejo que les sirve de motivo. O se trate también En una iglesia, pálida flor de uno de esos momentos exquisitos en que todas las cosas, a excepción del momento mismo, parecen tan curiosamente reales; en que los viejos recuerdos de días pasados vuelven a florecer enternecidos; en que el lugar familiar adquiere fervor y solemnidad, gracias a una visión de la belleza inmortal de los dioses fenecidos. O ya sea igualmente en la escena de la Catedral de Chartres, silencio sombrío cerniéndose sobre la bóveda y la arcada, gentes calladas, que se arrodillan en el polvo de las losas melancólicas mientras el joven sacerdote alza en una estrella de cristal el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y los rayos de luz éarresí atraviesan los vitrales blasonados y vienen a dar en la verja esculpida, cuando, de pronto, el órgano lanza sus olas de potente armonía, que los ecos llevan desde el coro a las bóvedas, desde el campanario a las agujas, y por encima de todo, la voz clara de un chanfre infantil, que nos conmueve como algo de una exquisita dulzura, produciendo la nota artística justa de nuestros sentimientos.

O puede ser En Lanuvium, con musicales versos, de donde parece surgir el murmullo de las abejas mantuanas, perdidas lejos de sus verdes caminos y de sus arroyos de tierra adentro, en busca de ese ámbar melado que contienen, acaso, las flores del mar. O la poesía titulada El Coliseo, que nos produce el mismo goce artístico que sentiríamos viendo en plena labor a un obrero manual, a un orfebre, transformando con su martillo el oro en esas láminas finas tan delicadas como pétalos de una rosa amarilla, o estirándolo en esos largos hilos parecidos a una madeja de rayos de sol, de lo perfecto y primoroso que es su simple manejo. O sean, por último también, esos breves entremeses líricos que brotan aquí y allá, como el canto de un mirlo, tan ligeros, tan seguros, como el aleteo de los pájaros,

tan leves y brillantes como los pétalos de las flores de los manzanos, que revolotean caprichosamente para caer sobre la hierba del huerto después de una lluvia de verano, y que parecen más encantadores aún por las gotas de lluvia que quedan sobre sus lindos nervios rosados. O los sonetos, pues Rodd es de los que convierten el soneto en música, como dicen los ronsardistas. Ése titulado Sobre las colinas de la frontera, con su maravillosa y ardiente fantasía, y la peculiar belleza de su octavo verso, a ese otro que realza la pena que causa al gran rey la muerte del niño. Pues bien: todos esos poemas intentan, como ya he dicho, producir un efecto meramente artístico, y poseen esa rara y exquisita calidad que corresponde a una obra del estilo. Veo que, en nuestro movimiento estético, la completa subordinación de todo motivo simplemente emocional e intelectual al principio de la ejecución es lo que más caracteriza a nuestra fuerza.

Pero no es suficiente con que una obra de arte se adapte a las exigencias estéticas del tiempo. También es necesario que nos produzca un placer duradero, que lleve la huella de una personalidad evidente. Todas las obras modernas, de este siglo deben estar basadas en los dos polos de la personalidad y de la perfección. De esta forma, en este pequeño volumen, cuando se han separado las producciones más antiguas y más sencillas de las que son más recientes, más vigorosas o que poseen un poder técnico más desarrollado y una visión más artística, se podrían tejer esos poemas sin mutua ligazón, esos hilos esparcidos y flotantes, en una tela vital de color llameante, en la que se viese primeramente la simple alegría de ser joven adolescente, con todos aquellos sencillos goces que le producen la flor y el campo, la luz del sol y el canto, y después la amargura del sufrimiento repentino, cuando la muerte pone fin a una de esas breves y bellas amistades de nuestra juventud; después, todas esas aspiraciones, esos interrogantes que quedan sin respuesta, insatisfechos, y con los que atormentamos tan inútilmente la faz marmórea de la muerte, ya que el contraste artístico entre la imperfección descontenta del espíritu y la total perfección del estilo que lo expresa constituyen el elemento principal del encanto estético, sobre todo, de esos poemas; y luego, el nacimiento del Amor, con todo su asombro, su temor, el encanto peligroso de aquel cuya frente juvenil se ha sentido rozada por primera vez, por el batir de las alas del Amor; y los poemas de amor, tan lindos y delicados, breves vuelos musicales de golondrina, rebosando tal perfume, tal libertad, que podrían todos ser cantados al aire libre o sobre el agua movediza; y luego el otoño, que llega con sus bosques en silencio, su olorosa decadencia, sus ruinas que hechizan, el amor que yace muerto, y todo aquello que sólo inspira lástima y pena.

Podríamos limitarnos a esto, pues no tendríamos que pedir a un poeta joven cuerdas de vidas más hondas que las que el amor y la amistad hacen eternas para nosotros; y las mejores composiciones del volumen pertenecen a una época posterior, a un tiempo en que esas experiencias reales se han absorbido y mezclado en una forma que parece la más ajena y lejana con respecto a esas mismas experiencias; en que la simple expresión de gozo o de dolor no basta ya y

vive en la marcha imponente de la rima cadenciosa en la música y el color de las palabras combinadas entre sí más que en una expresión directa; vive, podríamos decir, en su forma perfecta más que en su sentimiento agónico y patético.

Y, sin embargo, después de la música quebrada del amor, una vez sepultado el amor en los bosques otoñales, seguimos esa peregrinación por pueblos desconocidos, por países extraños, peregrinación con la cual intentamos, con conmovedores esfuerzos, curar los embates de la vida que no conocemos.

Esta total y absoluta entrega al Arte que se adquiere cuando uno ha sido herido con demasiada brusquedad por la áspera realidad de la vida, cuando ésta echa a perder, a fuerza de pena y descontento, nuestra juventud; que se adquiere así más aún que merced a ninguna de las alegrías del vivir; y esa curiosa intensidad de visión capaz, en momentos de melancolía abrumadora, de desesperación irrefrenable, de hacer vibrar en nuestra memoria las cosas artísticas con un realismo tan vivo, tomado de esa misma existencia que nos ayudan a olvidar; una vetusta tumba gris, en Flandes, sobre la cual corre una extraña leyenda, que nos haría creer que la pasión sigue viva después de la muerte; un collar de cuentas azules y ambarinas, y un espejo roto, hallados en Roma, en la tumba de una doncella, figura de mármol que representa un joven con los atributos de Eros, y con la conmovedora tradición del dolor de un gran príncipe envolviéndolo suavemente como con una purpúrea sombra.

Sobre todo esto, el espíritu, en su laxitud, se relaja con esa alegría serena y segura que uno goza, solamente cuando se ha captado algo que los siglos no pueden debilitar; a esto se une ese afán por el mundo griego, cosas, que, con frecuencia, es una manera artística de expresar nuestro propio anhelo de perfección; y esa añoranza de los antiguos días fenecidos, que es algo tan moderno, tan incompleto, tan conmovedor, y, en cierto modo, la antorcha invertida de la Esperanza quemando la mano que debería guiar; y una ligera tristeza por muchas cosas, y un gran amor por otras muchas; y, por último, en el pinar cercano al mar vuelve una vez más el pulso rápido, pletórico de vida, de la alegre juventud saltarina, sonriente, en cada verso, la franca e intrépida libertad de la ola y del viento, que despierta en una llama las cenizas consumidas de la vida, y en una canción los labios mudos de dolor. ¡Qué claro nos parece ver todo esto! La larga columnata de pinos, a través de la cual el mar y el cielo lanzan aquí y allá una mirada furtiva como un relámpago la plata; la plazoleta en el corazón verde y profundo del bosque, y el pequeño altar cubierto de musgo de la antigua divinidad itálica que sobre él se yergue, y las flores de los alrededores, el ciclamen en los sitios umbríos, las estrellas del narciso blanco esparcidas como copos de nieve. La hierba, donde junto a la piedra escapa el ágil lagarto de ojillos brillantes; la arena abrasadora, donde la serpiente permanece enroscada perezosamente al sol, y los hilos de la virgen que ondean sobre las ramas, en el aire, parecidos a tenues y temblorosos hilos de oro; esta escena es perfecta en su motivo, porque si pudiera alguna vez ser revelada a nuestra juventud la verdadera alegría de la vida,

habría de ser seguramente aquí; esa alegría que depende no de haber rechazado, sino de haber absorbido todas las pasiones, y que es comparable a esa serena tranquilidad que impregna los rostros de las estatuas griegas, tranquilidad que la desesperación y el sufrimiento en lugar de disminuir, crecen sin cesar.

Así es como podríamos, en cierto modo, agrupar, en una perfecta rosa de vida, esos pétalos separados y dispersos de poesía; aunque haciéndolo dejaríamos escapar la verdadera calidad de los poemas. La vida real de un hombre es con frecuencia la que él no hace, y pueden ser tejidas bellas poesías como si fuesen hilos de brillantes sedas en múltiples dibujos, en numerosos tipos, todos exquisitos y originales.

Es más, la poesía romántica es, en su esencia, la poesía más impresionista e impresionante que jamás ha existido, como esa recentísima escuela de pintura, la escuela de Whistler y de Albert Moore, en su elección de lugar, considerando éste como opuesto a la elección del asunto; considerando que trata de las excepciones más que de los tipos de vida, en su breve intensidad, en lo que podría llamarse su ardiente momentaneidad, pues son las situaciones momentáneas de la vida, los aspectos momentáneos de la Naturaleza, los que la poesía y la pintura intentan hoy día hacernos sensibles.

El artista tendrá siempre a mano sinceridad y constancia; pero la sinceridad en arte es simplemente esa perfección plástica de ejecución, sin la cual un poema o un cuadro, por noble que sea su sentimiento, por humano que sea su origen, tan sólo es un derroche de trabajo sin realidad alguna.

Por lo que hace a la constancia artística, no podría tener por objeto una regla estrictamente definida, un género de vida sistemático, sino ese único principio de Belleza por el cual las sombras inconstantes de su existencia son captadas en el momento más fugaz y fijadas eternamente. En cuestiones intelectuales, por ejemplo, el verdadero artista no admitirá esa fácil ortodoxia de nuestro tiempo que tan razonable es y tan carente de interés artístico. No querrá tampoco esa fe ardiente de los tiempos pasados, que reducía la visión aunque la intensificase, y menos aún dejará que la serenidad de su cultura se vea alterada por la discordante desesperación de la duda o por la melancolía de un estéril escepticismo. Pues el Valle Peligroso donde los ejércitos, en su ignorancia, chocan en la oscuridad, no es de ningún modo, un lugar de reposo adecuado para quien los dioses han concedido la claridad de las altas mesetas, la serenidad de las cimas y el aire soleado. Ensayará más bien esas curiosas y diversas formas nuevas de creencia, impregnando su ser con el sentimiento que languidece aún en torno a ciertas bellas religiones. Buscará la experiencia en sí misma y no los frutos de la experiencia. Y, una vez haya conquistado el secreto, abandonará sin pena muchas cosas que en otro tiempo le parecían maravillosas.

"Soy siempre insincero -dijo una vez Emerson-, porque sé que existen otras disposiciones de ánimo."

"Las emociones -escribió hace ya tiempo Gautier, en un artículo sobre Arsène Houssaye-, las emociones no se parecen entre ellas; pero sentirse emocionado es lo que realmente importa."

Eso sí: ese es el secreto del arte de la escuela romántica moderna y proporciona la clave exacta para su comprensión; pero la naturaleza rebelde de toda obra que, como la de Rood, tiende, como ya he dicho, a lograr un efecto puramente artístico, no podría ser descrita en lenguaje de la crítica intelectual. Es demasiado intangible para eso. Se la podría quizá expresar en términos que pertenecieran a un arte diferente y por referencia a ellos. En efecto: algunos de estos poemas son tan iridiscentes, tan exquisitos, como un ejemplar encantador de cristalería veneciana. Son constantemente tan delicados, en su perfección y ejecución, y tan únicos en su tema natural como un grabado de Whistler o como una de esas lindas figuritas griegas que pueden encontrarse todavía en los olivares de las cercanías de Tanagra, y que muestran vagos rastros de oro, y en las que persiste un carmín apagado en la cabellera, los labios y las vestiduras. Muchos de estos poemas se parecen a esos crepúsculos de Corot, que van a transformarse en música; pues no sólo en el color visible, sino también en el sentimiento, que es el color de la poesía, puede haber una especie de canto.

Sin embargo, pienso que, para la calidad de la obra de este joven poeta, la comparación más adecuada que he visto nunca se encuentra en un paisaje a orillas del Loira.

En otra época, estuvimos juntos de vacaciones en Amboise, esa linda ciudad de tejados de pizarra gris, de puerta hosca y terrible, donde las tranquilas quintas se cobijan como blancas palomas en los boquetes sombríos de la gran roca almenada, y donde las imponentes mansiones del Renacimiento se yerguen silenciosas, aisladas, solitarias hoy, aunque conservando todavía algunos recuerdos de antaño, que perduran en torno a sus columnas delicadamente torneadas y a sus pórticos esculpidos, adornados con grotescos mascarones reidores y extraños dibujos heráldicos, recordando todo ello a unos hombres totalmente incapacitados para representar la vida a no ser que ésta fuera fantástica.

Solíamos salir por las tardes a pasear por la villa, más allá de la curva del río, y montados en una de esas grandes barcas que transportan por mar el vino en verano y la madera en invierno, dibujábamos o permanecíamos tumbados entre las altas hierbas, trazando planes futuros para la gloria, para irritar a los filisteos y también nos paseábamos a lo largo de las riberas bajas, cubiertas de juncos,

"haciendo competir nuestros caramillos en torneos", como hacían nuestros amigos sicilianos en otro tiempo.

Sin embargo, la comarca no destacaba por su belleza, era incluso árida, cuando se pensaba en Italia, o en las cambroneras que revestían las alturas de los alrededores de Génova con un manto escarlata, o en el ciclamen que llenaba con su púrpura todos los valles entre Florencia y Roma; pues no había quizá en aquello verdadera belleza, y solamente largos y blancos caminos polvorientos y rectísimas hileras de rígidos álamos; pero, de vez en cuando, un leve resplandor de quebrada luz penetraba en la campiña gris, y regalaba a la granja silenciosa, un secreto, un misterio que ellas no poseían, transfiguraba durante un momento exquisito a los campesinos que bajaban por los viñedos, o al pastor de guardia en la colina, y plateaba las copas de los sauces y doraba el río; y lo más maravilloso de aquel efecto, con la extraordinaria sencillez de los materiales, creo ver cierto parecido de esencia de los versos de mi amigo poeta.

EL NIÑO ESTRELLA
OSCAR WILDE

Éranse una vez dos pobres leñadores que regresaban a su casa por un gran pinar. Era invierno y hacía una noche de frío crudísimo. La nieve se extendía espesa sobre la tierra y sobre las ramas de los árboles: la helada hacía chasquear continuamente las ramitas a un lado y otro, a su paso, y cuando llegaron al torrente de la montaña éste estaba suspendido inmóvil en el aire, pues el rey del hielo lo había besado.

Hacía tanto frío que hasta los animales y pájaros no sabían qué hacer.

—¡Ug! —gruñó el lobo, cojeando entre la maleza, con el rabo entre las piernas—. Hace un tiempo totalmente monstruoso: Cómo no se ocupará el Gobierno de esto?

—¡Uit, uit, uit ! —piaban los jilgueros verdes—. La vieja tierra está muerta y le han puesto su blanca mortaja.

—La tierra va a casarse y éste es su traje de boda —se susurraban unas a otras las tórtolas. Tenían sus rojas patitas completamente tíasas de frío, pero creían que su deber era considerar la situación desde un punto de vista romántico.

—¡Qué tontería! —gruñó el lobo—. Os digo que de todo esto tiene la culpa el Gobierno, y si no me creéis, os devoraré.

El lobo tenía un espíritu enteramente práctico y no le faltaba nunca un buen argumento.

—Bueno, por mi parte —dijo el leñador, que era un filósofo nato— no necesito una teoría atómica como explicación. Las cosas son como son, y en este momento hace un frío terrible.

Verdaderamente el frío era terrible. Las ardillas que vivían en el interior del gran abeto se restregaban unas contra otras los hocicos para calentarse, los conejos se hacían una bola en sus madrigueras y no se atrevían ni a mirar fuera de las puertas. Los únicos seres que parecían alegrarse eran los grandes búhos de cuernecillos. Sus plumas estaban completamente tíasas con la escarcha, pero no les importaba, y girando sus grandes ojos amarillos se llamaban unos a otros a través del bosque:

—¡Tugüit! ¡Tujú! ¡Tugüit! ¡Tujú ! ¡Qué tiempo tan delicioso tenemos!

Los dos leñadores seguían caminando, soplándose fuertemente los dedos y pisando con sus grandes botas herradas sobre la nieve endurecida. Una vez se hundieron en un hoyo profundo, del que salieron blancos como molineros cuando

están moliendo; otra vez resbalaron sobre el duro y liso hielo de una charca, y sus haces se desataron, y tuvieron que volver a amarrarlos de nuevo; otra vez creyeron que habían perdido su camino y un gran terror les sobrecogió, pues sabían lo cruel que es la nieve con quienes se duermen en sus brazos. Pero pusieron su confianza en el buen San Martín, que cuida de todos los viajeros, y volviendo sobre sus pasos avanzaron cautelosamente, hasta que al fin llegaron al lindero del bosque y vieron el fondo del valle y las luces del pueblo donde vivían.

Tan contentos se pusieron al encontrarse salvados que se echaron a reír a carcajadas, y la tierra les pareció una flor de plata, y la luna como una flor de oro.

Sin embargo, después de haberse reído se pusieron muy tristes, pues recordaron su pobreza, y uno de ellos dijo al otro:

—¿Cómo vamos a estar alegres, viendo que la vida es para el rico y no para los que son como nosotros? Habría sido preferible que nos hubiéramos muerto de frío en el bosque, o que alguna fiera hubiera caído sobre nosotros, matándonos.

—Es verdad —contestó su compañero. Mucho tienen algunos y poco tienen otros. La injusticia ha dividido el mundo en parcelas y nada está repartido por igual, excepto el dolor.

Pero, cuando estaban lamentándose de su miseria, sucedió una cosa extraña. Desde el cielo cayó una hermosa y brillantísima estrella. Deslizóse oblicuamente del firmamento y pasando entre las otras estrellas en su carrera, mientras ellos la contemplaban maravillados, pareció caer detrás de un grupo de sauces que se erguían junto a un redil de ovejas, distante a una pedrada escasa de ellos.

—¡Vaya! ¡Menudo puchero de oro para quien lo encuentre! —exclamaron, echando a correr: tan ansiosos de oro estaban.

Uno de ellos corría más velozmente que su compañero, dejándolo atrás, se abrió camino a través de los sauces, llegó al otro lado y, ¡oh, sorpresa!, he aquí que había una cosa dorada sobre la blanca nieve. Se dirigió apresuradamente hacia ella y, deteniéndose, puso sus manos encima; era una capa de tisú de oro curiosamente sembrada de estrellas y enrollada en muchos dobleces. Gritó a su compañero que había encontrado el tesoro caído del cielo, y cuando su compañero llegó, ambos se sentaron en la nieve y desliaron los dobleces de la capa para poder repartirse las monedas de oro.

Pero, ¡ay!, no había allí dentro oro ni plata algunos, en realidad, ni tesoro de ninguna clase, sino sólo un niño dormido. Y uno de ellos dijo al otro:

—Este es un amargo fin de nuestra esperanza, y tampoco tenemos suerte alguna, pues, ¿qué beneficio puede traer un niño a un hombre? Vamos a dejarlo aquí y sigamos nuestro camino, ya que somos pobres y tenemos hijos propios, cuyo pan no podemos dar a otros.

Pero su compañero respondió:

—No, de ningún modo, pues sería una maldad dejar perecer a este niño en la nieve. Aunque soy tan pobre como tú y tengo muchas bocas que alimentar y poca cosa en la olla, me lo llevaré a casa y mi mujer cuidará de él.

Y cogiendo tiernamente al niño y envolviéndolo en su capa para protegerlo del áspero frío, siguió bajando por la colina hacia el pueblo. Su compañero se quedó maravillado de su locura y blandura de corazón.

Cuando llegaron al pueblo, su compañero le dijo

—Tú tienes el niño; dame, por tanto, la capa, pues acordamos que nos lo repartiríamos. Pero él le contestó:

—Nada de eso, pues la capa no es ni mía ni tuya, sino solamente del niño.

Cuando su mujer abrió la puerta y vio que su marido volvía sano y salvo, le rodeó el cuello con sus brazos y lo besó, y descargando de su espalda los haces de leña y quitando la nieve de sus botas, le pidió que entrase.

Pero él le dijo:

—He encontrado algo en el bosque y te lo he traído para que lo cuides.

Y permanecía inmóvil en el umbral.

—¿Qué es? —exclamó la mujer—. Enséñamelo, pues la casa está vacía y necesitamos muchas cosas.

Y él abrió la capa y le mostró al niño dormido.

—¡Ay, buen hombre! —murmuró ella— ¿No tenemos ya nuestros propios hijos para que tengamos que traer a un niño abandonado a sentarse al hogar? ¿Quién sabe si no nos traerá la mala suerte? ¿Y cómo podremos atenderle? Y se enfureció contra su marido.

—No, porque es un Niño-Estrella —contestó, y luego le contó de qué extraño modo lo había encontrado. Pero ella no se apaciguó, sino que se burló de él y, muy enfadada, le gritó:

—Nuestros hijos carecen de pan, y ¿vamos a alimentar a los de otros? ¿Quién nos cuida a nosotros? ¿Y quién nos da de comer?

—Nadie, pero Dios cuida hasta de los gorriones y los alimenta —contestó él.

—¿Y no se mueren de hambre los gorriones durante el invierno? —preguntó ella—. ¿Y no es ahora invierno?

El hombre no respondió, pero continuó inmóvil en el umbral.

Un viento crudísimo llegó del bosque por la puerta abierta e hizo temblar y tiritar a la mujer, que dijo:

—¿No quieres cerrar la puerta? Entra un viento helado y tengo frío.

—En una casa donde hay un corazón duro, ¿no entra siempre un viento helado? —preguntó él.

La mujer no contestó nada, pero se acercó mucho al fuego. Después de un rato se volvió, le miró y sus ojos estaban llenos de lágrimas. El entró presurosamente y dejó al niño en sus brazos, y ella lo besó y lo acostó en una camita donde reposaba el más pequeño de sus hijos. A la mañana siguiente, el leñador cogió la curiosa capa de oro y la colocó en una gran arca, y un collar de ámbar que llevaba el niño al cuello, su mujer lo cogió y lo guardó también en el arca.

Así, pues, el Niño-Estrella se crió con los hijos del leñador, se sentó a la misma mesa que ellos y fue su compañero de juegos. Cada año su aspecto era más hermoso, de tal modo que todos los habitantes del pueblo estaban maravillados, pues mientras ellos eran morenos y de cabellos negros, él era blanco y delicado como un trozo de marfil, y sus rizos parecían espirales de asfódelo. Sus labios también eran semejantes a los pétalos de una flor roja, sus ojos eran como violetas a la orilla de un claro río y su cuerpo como el narciso de un campo donde no entra nunca el segador.

Sin embargo, su belleza le fue perjudicial, pues crecía orgulloso, cruel y egoísta. Despreciaba a los hijos del leñador y a los otros niños del pueblo, diciendo que eran de baja estirpe, mientras que él era noble y procedía de una estrella, y erigiéndose en señor de ellos, los llamaba sus siervos. No se apiadaba

del pobre o del que era ciego o contrahecho, o estaba afligido por cualquier dolencia, sino que les tiraba piedras y los perseguía hasta el camino real, mandándoles que mendigaran su pan en otra parte; de tal modo que sólo los proscritos volvían a pedir limosna al pueblo.

Verdaderamente era un enamorado de la belleza y se burlaba de los feos y de los débiles; sólo a sí mismo se amaba. En verano, cuando los vientos se aquietaban, gustaba de tumbarse junto al pozo del huerto del cura y contemplar en él la maravilla de su propio rostro, riendo de placer ante su belleza.

Con frecuencia el leñador y su mujer le regañaban, diciéndole:

—No nos portamos nosotros contigo como te portas tú con los desconsolados, que no tienen a nadie que les socorra. ¿Por qué eres tú tan cruel con todos los que tienen necesidad de compasión?

A menudo el anciano cura enviaba a buscarlo y procuraba enseñarle a amar a todos los seres vivientes, diciéndole:

—La mosca es tu hermana; no le hagas daño. Los pájaros silvestres, que vagan por el bosque, tienen su libertad; no se la arrebatas por gusto. Dios hizo a la lombriz y al topo, y cada uno tiene su lugar. ¿Quién eres tú para traer el dolor al mundo de Dios? Hasta los rebaños del campo lo alaban.

Pero el Niño-Estrella no hacía caso de sus palabras, fruncía el entrecejo, se encogía de hombros y volvía junto a sus compañeros, a quienes mandaba. Sus compañeros le seguían porque era hermoso, de pies ligeros, y sabía bailar y tocar el caramillo y hacer música. Y seguían al Niño-Estrella a cualquier sitio adonde les condujese, y hacían todo lo que el Niño-Estrella les ordenaba que hiciesen. Y cuando él, con un junco aguzado, sacaba los empañados ojos de un topo, ellos se reían, y cuando arrojaba piedras a los leprosos, también se reían. En todo lo dirigía, y ellos llegaron a ser tan duros de corazón como él.

Y he aquí que un día pasó por el pueblo una pobre mendiga. Sus ropas estaban destrozadas y harapientas, y sus pies sangraban a causa del áspero camino que había recorrido. La mujer se hallaba en una situación muy mala. Sintióse rendida, se sentó a descansar bajo un castaño.

Pero en cuanto el Niño-Estrella la vio, dijo a sus compañeros

—¡Mirad! Aquella sucia mendiga se ha sentado bajo aquel hermoso y lozano árbol. Venid, vamos a echarla, pues es fea y contrahecha.

Y, acercándose, le tiraba piedras, y se burlaba de ella, y ella lo miraba con terror, fijamente. Cuando el leñador, que se encontraba allí cerca cortando leña, vio lo que hacía el Niño-Estrella, corrió hacia él y le reprendió, diciéndole:

—Indudablemente eres duro de corazón y no conoces la misericordia. Pues, ¿qué daño te ha hecho esa pobre mujer para que la trates de tal manera?

El Niño-Estrella se puso rojo de cólera y, dando una patada en la tierra, dijo:

—¿Quién eres tú para preguntarme lo que hago? No soy hijo tuyo para tener que obedecerte.

—Dices la verdad —contestó el leñador—; sin embargo, yo fui compasivo contigo cuando te encontré en el bosque.

Cuando la mujer oyó estas palabras, lanzó un fuerte grito y cayó desmayada. El leñador la transportó a su casa y su mujer la cuidó. Al volver en sí de su desmayo, pusieron ante ella de comer y de beber, y la invitaron a que cobrase fuerzas.

Pero ella no quiso comer ni beber, y tan sólo dijo al leñador:

—¿No dijiste que habías encontrado al niño en el bosque? ¿Y no fue esto hace hoy diez años?

El leñador contestó

—Sí, en el bosque lo encontré, y hoy hace diez años de ello.

—¿Y qué señales encontraste en él? —preguntó ella—. ¿No llevaba al cuello un collar de ámbar? ¿No estaba envuelto en una capa de tisú de oro, bordada de estrellas?

—Cierto, así es —repuso el leñador—. Fue como has dicho.

Y sacando la capa y el collar de ámbar del arca donde estaban, se los mostró. Cuando ella los vio, lloró de alegría y dijo:

—Este es el hijito mío que perdí en el bosque. Te suplico que lo mandes venir enseguida, pues en su busca he recorrido el mundo entero.

El leñador y su mujer salieron, pues, a llamar al Niño-Estrella y le dijeron:

—Entra en casa y allí encontrarás a tu madre que te está esperando.

El entró corriendo, lleno de asombro y de alegría. Pero cuando vio quién era la que lo esperaba, se echó a reír desdeñosamente y dijo:

—Bueno, ¿dónde está mi madre? Pues aquí no veo más que esta vil mendiga.

Y la mujer le dijo:

—Yo soy tu madre.

—¡Estás loca! —exclamó el Niño-Estrella, iracundo—. Yo no soy hijo tuyo, pues tú eres una mendiga fea y andrajosa. Así es que vete de aquí, y que no vuelva a ver nunca más tu cara sucia.

—No, tú eres realmente mi hijito, el que perdí en el bosque —exclamó ella, y se arrodilló tendiéndole los brazos—. Los ladrones te robaron y te abandonaron para que murieses —murmuró—, pero, en cuanto te vi, te reconocí, así como las señales y la capa de tisú de oro y el collar de ámbar. Por lo tanto, te ruego que vengas conmigo, pues llevo recorrido el mundo entero en tu busca. Ven conmigo, hijo mío, ya que tengo necesidad de tu amor.

Pero el Niño-Estrella permaneció inmóvil en su sitio y cerró, además, las puertas de su corazón ante ella, y no se oía más sonido que el de los sollozos apenados de la mujer.

Finalmente habló él, y el tono de su voz era áspero y amargo:

—Si verdaderamente eres mi madre —dijo—, mejor habría sido que no hubieses venido a traerme la afrenta, sobre todo teniendo en cuenta que yo creí que era hijo de alguna estrella, y no de una mendiga, como tú dices. Vete, pues, de aquí, y que no vuelva a verte más.

—¡Ay, hijo mío! —exclamó ella—. ¿No querrás siquiera darme un beso antes de que me vaya? He sufrido mucho para encontrarte.

—No —dijo el Niño-Estrella—, porque da asco mirarte; antes preferiría besar a un sapo o a una víbora que a ti.

Entonces la mujer se levantó y se fue por el bosque llorando amargamente. Cuando el Niño-Estrella vio que se había ido, se puso contento y volvió corriendo hacia sus compañeros para seguir jugando con ellos.

Pero cuando éstos lo vieron venir, se burlaron de él y le dijeron:

—Eres tan sucio como el sapo y más feo que la víbora. Vete de aquí, pues no toleramos que juegues con nosotros —y lo arrojaron del jardín.

El Niño-Estrella frunció el entrecejo y se dijo:

«¿Qué es lo que me están diciendo? Iré al pozo, me miraré dentro y el agua me hablará de mi belleza»

Y dirigiéndose al pozo se miró en el agua, y he aquí que su rostro era como el de un sapo y su cuerpo escamoso como el de una víbora. Y desplomándose llorando sobre la hierba, se dijo:

«Seguramente esto me ha sucedido a causa de mi pecado. Pues he renegado de mi madre, la he arrojado lejos y he sido orgulloso y cruel con ella. Por lo tanto, iré en su busca por el mundo entero y no descansaré hasta que la haya encontrado»

Entonces vino hacia él la hijita del leñador y, poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

—¿Qué importa que hayas perdido tu gentileza? Quédate con nosotros y yo no me burlaré de ti.

Y él le dijo:

—No, porque he sido cruel con mi madre y me ha sido enviado este mal como castigo. Tengo, pues, que marcharme de aquí y recorrer el mundo hasta que la encuentre y me conceda su perdón.

Así es que echó a correr por el bosque llamando a su madre para que volviese con él, pero sin obtener respuesta. Durante todo el día la estuvo llamando, y cuando el sol se puso, se echó a dormir sobre un lecho de hojas; los pájaros y los animales huían de él, porque recordaban su crueldad, y se quedó solo con el sapo que lo velaba y con la víbora cautelosa que reptaba a su alrededor.

Al llegar la mañana, arrancó algunas bayas amargas de los árboles y se las comió. Luego siguió su camino por el gran bosque, llorando tristemente. Y a todo el que veía le preguntaba si había visto por casualidad a su madre. Preguntaba al topo:

—Tú que puedes deslizarte bajo la tierra, dime: ¿está ahí mi madre?

Y el topo contestaba

—Tú cegaste mis ojos. ¿Cómo podría yo saberlo?

Preguntaba al jilguero:

—Tú que puedes volar sobre las copas de los altos árboles y que puedes ver el mundo entero, dime: ¿puedes ver a mi madre?

Y el jilguero respondía:

—Tú cortaste mis alas por gusto. ¿Cómo podría yo volar?

A la pequeña ardilla que vivía en el abeto, y que estaba sola, le preguntó:

—¿Dónde está mi madre?

Y la ardilla respondió:

—Tú mataste a los míos. ¿Tratas de matar también a los tuyos?

El Niño-Estrella lloraba, bajando la cabeza, y rogaba a los seres de Dios que le perdonasen, y seguía por el bosque buscando a la mendiga. Al tercer día llegó al otro lado del bosque y bajó a la llanura.

Y cuando pasaba por los poblados los niños se burlaban de él, le tiraban piedras y los aldeanos no querían ni siquiera permitirle que durmiese en los graneros por temor a que trajese el tizón al grano almacenado (tan sucio era su aspecto), y los jornaleros lo echaban fuera y nadie tenía compasión de él. En ninguna parte podía saber nada de la mendiga que era su madre, aunque por espacio de tres años recorrió el mundo entero. A menudo creía verla por la carretera frente a él, y la llamaba y corría tras ella hasta que las piedras puntiagudas hacían sangrar sus pies. Pero nunca podía alcanzarla, y los que habitaban junto al camino negaban siempre haberla visto, ni a nadie que se le pareciese, y se burlaban de su dolor.

Por espacio de tres años vagó por el mundo, y en el mundo no había amor alguno, ni afecto desinteresado, ni caridad para él, pues el mundo era tal como él se lo había creado en los días de su gran orgullo.

Un atardecer llegó a la puerta de una ciudad reciamente amurallada que se levantaba junto a un río; cansado y con los pies doloridos, fue a entrar en ella. Pero los soldados que estaban de guardia, cruzaron sus alabardas a través de la entrada y le dijeron ásperamente:

—¿Qué te trae por la ciudad?

—Estoy buscando a mi madre —contestó— y os ruego que me dejéis pasar, pues quizá se encuentre en esta ciudad.

Pero ellos se burlaron de él, y uno, sacudiendo su negra barba y apoyando en tierra su escudo, exclamó:

—Verdaderamente, tu madre no se sentirá contenta de verte, porque eres más repugnante que el sapo del pantano y la víbora que se arrastra por el cieno. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! Tu madre no vive en esta ciudad.

Y otro que sostenía un estandarte amarillo, le dijo:

-¿Quién es tu madre y por qué la buscas?

Y él repuso:

—Mi madre es una mendiga como yo; la traté malvadamente y os ruego que me permitáis pasar para que ella pueda perdonarme, si es que se ha detenido en esta ciudad.

Pero ellos no quisieron y le pincharon con sus lanzas.

Cuando se volvía llorando, llegó un guerrero con armadura adornada con flores de oro y yelmo con la figura de un león alado. Preguntó a los soldados quién era el que solicitaba la entrada, y ellos le contestaron:

—Es un mendigo, hijo de una mendiga, y lo hemos echado.

—No —exclamó él riéndose—. Venderemos a este ser repugnante como esclavo y su precio será el precio de una jarra de buen vino.

Y un viejo de cara perversa, que pasaba por allí, le dijo:

—Lo compro por ese precio.

Cuando hubo pagado el precio, cogió al Niño-Estrella de la mano y lo condujo dentro de la ciudad.

Después de recorrer muchas calles, llegaron a una puertecita abierta en un muro, que estaba cubierto por un granado. El viejo tocó la puerta con un anillo de jaspe tallado y se abrió; bajaron cinco escalones de bronce y entraron en un jardín lleno de negras adormideras y de verdes jarras de arcilla cocida. El viejo se quitó de su turbante una banda de seda estampada, vendó con ella los ojos del Niño-

Estrella y lo empujó hacia adelante. Cuando le quitó la banda de los ojos, el Niño-Estrella se encontró en una mazmorra alumbrada por una linterna de cuerno.

El viejo colocó sobre un tajo ante él, un pan lleno de moho y le dijo: «¡Come!» y una taza de agua corrompida, y le dijo: «¡Bebe!» Cuando hubo comido y bebido, el viejo se marchó, cerrando la puerta tras de él y asegurándola con una cadena de hierro.

Al llegar la mañana, el viejo, que era realmente el más sutil de los magos de Libia y había aprendido su arte de uno de esos que habitan en las tumbas del Nilo, fue hacia él y, frunciendo el ceño, le dijo:

—En un bosque cercano a la puerta de esta ciudad de infieles, hay tres monedas de oro. Una de ellas es de oro blanco, la otra de oro amarillo y la tercera es de oro rojo. Hoy me traerás la moneda de oro blanco; si no me la traes, te daré cien azotes. Vete rápidamente, y al ponerse el sol te esperaré a la puerta del jardín. Procura traer el oro blanco o lo pasarás mal, pues eres mi esclavo y te compré por una jarra de buen vino.

Vendando los ojos del Niño-Estrella con la banda de seda estampada, lo condujo por la casa y por el jardín de adormideras, y le hizo subir los cinco escalones de bronce. Y abriendo la puertecita con su anillo, lo dejó en la calle.

El Niño-Estrella salió por la puerta de la ciudad y llegó al bosque del que le había hablado el mago.

Ahora bien, este bosque, mirado desde fuera, era muy hermoso, pues parecía que estaba lleno de pájaros cantores y de flores de dulce aroma. Así es que el Niño-Estrella penetró en él alegremente. Sin embargo, poco le aprovechó aquella belleza, pues por donde quiera que se dirigía brotaban zarzas y espinas de la tierra, y los cardos le pinchaban con sus puñales, de tal modo que se sentía dolorosamente angustiado. En ninguna parte pudo encontrar la moneda de oro blanco de la que el mago le había hablado, aunque estuvo buscándola desde la mañana hasta el mediodía y desde el mediodía al atardecer.

Al ponerse el sol volvió el rostro hacia su casa, llorando amargamente, pues sabía la suerte que le estaba reservada.

Pero cuando llegó a los linderos del bosque oyó entre la maleza un grito de dolor. Olvidando su propia pena, corrió hacia aquel sitio y vio allí una pequeña liebre cogida en un cepo preparado por algún cazador para ella.

El Niño-Estrella se apiadó del animal y lo soltó, diciéndole:

—Yo no soy más que un esclavo; sin embargo, puedo darte la libertad.

La liebre le contestó así:

—Cierto es que me has dado la libertad. ¿Qué podría yo darte a cambio?

Y el Niño-Estrella le dijo:

—Estoy buscando una moneda de oro blanco y no puedo encontrarla por ninguna parte. Si no la llevo, mi amo me pegará.

—Ven conmigo —dijo la liebre— y yo te conduciré hasta ella, pues sé dónde se oculta y con qué fin.

El Niño-Estrella se fue con la liebre y he aquí que en el hueco de un gran roble vio la moneda de oro blanco que estaba buscando. Lleno de alegría, la cogió y dijo a la liebre:

—El servicio que te hice me lo has devuelto con creces y la bondad que te mostré me la has compensado centuplicada.

—No —contestó la liebre—; como tú has obrado conmigo, así he obrado yo contigo.

Y echó a correr velozmente, y el Niño-Estrella se encaminó a la ciudad.

Ahora bien, a la puerta de la ciudad estaba sentado un leproso. Tenía el rostro tapado por una capucha de lienzo gris, a través de cuyos agujeros le relucían los ojos como brasas. Cuando vio venir al Niño-Estrella, golpeó sobre su escudilla de madera y, agitando su campanilla, dijo:

—Dame una moneda o moriré de hambre. Me han arrojado de la ciudad y nadie tiene piedad de mí.

—¡Ay! —exclamó el Niño-Estrella—. No tengo más que una moneda en mi bolsa y si no se la llevo a mi amo, me pegará, pues soy su esclavo.

Pero el leproso le imploró y suplicó hasta que el Niño-Estrella se compadeció y le dio la moneda de oro blanco.

Cuando llegó a casa del mago, éste le abrió la puerta, le hizo entrar y le dijo:

—¿Traes la moneda de oro blanco?

Y el Niño-Estrella contestó:

—No la tengo.

Entonces el mago se arrojó sobre él, le pegó y le puso delante un tajo vacío diciéndole: «¡Come!», y una jarra vacía diciéndole: «¡Bebé!». Y lo encerró de nuevo en la mazmorra. A la mañana siguiente vino el mago a buscarlo, y dijo:

—Si hoy no me traes la moneda de oro amarillo, puedes estar seguro de que seguirás siendo esclavo mío y te daré trescientos correazos.

El Niño-Estrella fue al bosque y durante todo el día estuvo buscando la moneda de oro amarillo, sin poderla encontrar por ninguna parte. Al atardecer se sentó y empezó a llorar, y estando llorando vio venir hacia él a la pequeña liebre que había liberado del cepo.

La liebre le dijo:

—¿Por qué lloras? ¿Y qué buscas en este bosque?

Y el Niño-Estrella contestó:

—Estoy buscando una moneda de oro amarillo que está escondida aquí; si no la encuentro, mi amo me pegará y seguirá reteniéndome como esclavo.

—Sígueme —exclamó la liebre, y echó a correr por el bosque hasta llegar a una charca de agua, en cuyo fondo estaba la moneda de oro amarillo.

—¿Cómo te daré las gracias? —dijo el Niño-Estrella—. He aquí que es la segunda vez que me socorres.

—No, tú fuiste el primero en compadecerte de mí —dijo la liebre, y echó a correr velozmente.

El Niño-Estrella cogió la moneda de oro amarillo, la metió en su bolsa y se dirigió apresuradamente hacia la ciudad. Pero el leproso, que lo vio venir, fue a su encuentro y se arrodilló, diciéndole:

—¡Dame una moneda o moriré de hambre!

El Niño-Estrella le dijo:

—Tengo en mi bolsa solamente una moneda de oro amarillo, y si no la llevo, mi amo me pegará y me retendrá como esclavo.

Pero el leproso le suplicó de tal modo que el Niño-Estrella se compadeció de él y le entregó la moneda de oro amarillo.

Cuando llegó a casa del mago, éste le abrió y, haciéndolo entrar, le preguntó:

—¿Traes la moneda de oro amarillo?

Y el Niño-Estrella respondió:

—No la tengo.

Entonces el mago se arrojó sobre él, lo golpeó y, cargándolo de cadenas, lo encerró de nuevo en la mazmorra.

A la mañana siguiente el mago vino a buscarlo y le dijo:

—Si hoy me traes la moneda de oro rojo te devolveré la libertad, pero si no me la traes, ten la seguridad de que te mataré.

El Niño-Estrella se fue, pues, al bosque, y durante todo el día buscó la moneda de oro rojo, sin encontrarla por ninguna parte. Al anochecer se sentó y lloró, y cuando estaba llorando vio que venía hacia él la liebre.

Y la liebre le dijo:

—La moneda de oro rojo que buscas está en la caverna que hay a tu espalda. Por lo tanto, no llores más y alégrate.

—¿Cómo te recompensaría? —exclamó el Niño-Estrella—. ¡Es la tercera vez que me socorres!

—No, tú fuiste el primero en apiadarte de mí —dijo la liebre, y echó a correr velozmente.

El Niño-Estrella entró en la caverna y en el rincón más lejano encontró la moneda de oro rojo. La metió en su bolsa y se marchó presuroso a la ciudad. Al verlo venir, el leproso se plantó en el centro del camino y le gritó:

—¡Dame la moneda roja o moriré!

El Niño-Estrella se apiadó nuevamente de él y le dijo:

—Tu miseria es mayor que la mía.

Sin embargo, su corazón se entristeció, pues sabía la suerte desdichada que lo esperaba. Pero he aquí que, al traspasar la puerta de la ciudad, los guardias se inclinaron ante él y le rindieron homenaje, diciendo:

—¡Qué hermoso es nuestro señor!

Y una multitud de ciudadanos lo siguió, gritando:

—¡Seguramente no hay nadie tan hermoso en el mundo entero!

Por lo cual el Niño-Estrella lloraba y se decía:

«Se están burlando de mí, divirtiéndose con mi desgracia»

Tan grande era la multitud que él se equivocó de camino y se encontró al final de una gran plaza donde se erguía un palacio real. La puerta del palacio se abrió y los sacerdotes y los altos dignatarios de la ciudad avanzaron a su encuentro, se humillaron a él y dijeron:

—Tú eres nuestro señor, a quien esperábamos, hijo de nuestro Rey.

Y el Niño-Estrella les contestó:

—Yo no soy hijo del Rey, sino de una pobre mendiga. Y, ¿cómo decís que soy hermoso, si yo sé que resulto horroroso a la vista?

Entonces aquel cuya armadura tenía engastadas flores de oro, y en cuyo yelmo veíase extendido un león alado, levantó su escudo y exclamó:

—¿Cómo dice mi señor que no es hermoso?

El Niño-Estrella se miró, y he aquí que su rostro era como había sido, su belleza había vuelto a él y veía en sus ojos lo que no había visto antes.

Los sacerdotes y los altos dignatarios se arrodillaron y le dijeron

—Estaba profetizado de antiguo que en este día vendría el que ha de gobernarnos. Por lo tanto, tome nuestro señor esta corona y este cetro y sea en su justicia y en su gracia nuestro Rey.

Pero él les dijo:

—Yo no soy digno, pues he renegado de la madre que me engendró; no puedo descansar hasta que no la haya encontrado y sepa que me concede su

perdón. Así pues, dejadme marchar; debo seguir vagando por el mundo y no puedo detenerme aquí, aunque me ofrezcáis la corona y el cetro.

En tanto hablaba así, volvió su rostro hacia la calle que conducía hacia la puerta de la ciudad, y he aquí que entre la multitud que se apiñaba en torno a los soldados vio a la mendiga que era su madre y, junto a ella, al leproso que estaba en el camino. Un grito de alegría salió de sus labios; echó a correr hacia ellos y, arrodillándose, besó los pies llagados de su madre y los humedeció con sus lágrimas. Con la cabeza inclinada en el polvo, sollozando, como si el corazón fuera a rompersele, le dijo:

—Madre, yo renegué de ti en la hora de mi soberbia. Acógeme en la hora de mi humildad. Madre, yo te di odio; dame tu amor. Madre, yo te rechacé; admite ahora a tu hijo.

Pero la mendiga no le contestó una palabra. El tendió sus manos, y abrazando los blancos pies del leproso, le dijo:

—Tres veces te di mi compasión. Ruega a mi madre que me hable siquiera una vez. Pero el leproso no le contestó una palabra.

El sollozó de nuevo y dijo:

—Madre, mi sufrimiento es insoportable. Concédeme tu perdón y déjame volver al bosque.

La mendiga le puso la mano sobre la cabeza y le dijo:

—Levanta.

El leproso le puso la mano sobre la cabeza y le dijo también:

—Levanta.

Se puso en pie y los miró, y he aquí que ellos eran un Rey y una Reina.

Y la Reina le dijo:

—Este es tu padre, al que socorriste.

Y el Rey le dijo:

—Esta es tu madre, cuyos pies lavaste con tus lágrimas.

Y arrojándose a su cuello lo besaron, le hicieron entrar en el palacio, lo vistieron con hermosos ropajes, pusieron la corona sobre su cabeza y el cetro en su mano, y sobre la ciudad que estaba junto al río gobernó y fue su señor. Gran justicia y clemencia mostró para todos: el perverso mago fue desterrado; al leñador y a su esposa les envió muchos ricos presentes y a los hijos les concedió altos honores. No permitió que nadie fuese cruel con los pájaros ni otros animales; enseñó amor, bondad y caridad, y al pobre le dio pan y ropa al desnudo, y hubo paz y abundancia en el país.

Sin embargo, no reinó largo tiempo, pues tan grande había sido su sufrimiento y tan amargo el infortunio de sus pruebas, que murió trascurridos tres años. Y el que le sucedió gobernó perversamente.

EL PESCADOR Y SU ALMA
OSCAR WILDE

A
S.A.R.
ALICIA
PRINCESA DE MONACO

Todas las tardes el joven Pescador se internaba en el mar, y arrojaba sus redes al agua.

Cuando el viento soplaba desde tierra, no lograba pescar nada, porque era un viento malévolo de alas negras, y las olas se levantaban empujándose a su encuentro. Pero en cambio, cuando soplaba el viento en dirección a la costa, los peces subían desde las verdes honduras y se metían nadando entre las mallas de la red y el joven Pescador los llevaba al mercado para venderlos.

Todas las tardes el joven Pescador se internaba en el mar. Un día, al recoger su red, la sintió tan pesada que no podía izarla hasta la barca. Riendo, se dijo:

—O bien he atrapado todos los peces del mar, o bien es algún monstruo torpe que asombrará a los hombres, o acaso será algo espantoso que la gran Reina tendrá deseos de contemplar.

Haciendo uso de todas sus fuerzas fue izando la red, hasta que se le marcaron en relieve las venas de los brazos. Poco a poco fue cerrando el círculo de corchos, hasta que, por fin, apareció la red a flor de agua.

Sin embargo no había cogido pez alguno, ni monstruo, ni nada pavoroso; sólo una sirenita que estaba profundamente dormida.

Su cabellera parecía vellón de oro, y cada cabello era como una hebra de oro fino en una copa de cristal. Su cuerpo era del color del marfil, y su cola era de plata y nácar. De plata y nácar era su cola y las verdes hierbas del mar se enredaban sobre ella; y como conchas marinas eran sus orejas, y sus labios eran como el coral. Las olas frías se estrellaban sobre sus fríos senos, y la sal le resplandecía en los párpados bajos.

Tan bella era aquella sirenita que cuando el joven Pescador la vio, se sintió sobrecogido de maravilla, alargó la mano y la atrajo hasta él; luego inclinándose sobre el borde de la barca, la tomó en brazos. Pero apenas la tocó, la sirenita gritó como una gaviota asustada, y despertó, y lo miró con sus ojos de amatista llenos de terror, esforzándose en un vano intento de escapar. Él la sujetó poderosamente abrazada, sin dejarla escapar.

Cuando la sirenita comprendió que no había forma de huir se puso a llorar y dijo:

—Te suplico que me dejes en libertad. Soy la hija única de un Rey, y mi padre ya es viejo y vive solo.

Pero el joven Pescador respondió:

—No te soltaré hasta que me prometas que cada vez que te llame obedecerás mi llamada, y cantarás para mí. A los peces les fascina el oír las canciones del pueblo del mar, y así mis redes estarán siempre llenas.

—¿Juras que me soltarás si te hago esa promesa? —preguntó la sirena.

—Juro que te soltaré —respondió el joven Pescador.

Ella hizo entonces la promesa pactada, jurando con el juramento de los hijos del Mar. Él abrió los brazos y la sirenita se sumergió en el agua temblando con un extraño temblor.

Todas las tardes el joven Pescador se internaba mar adentro, y llamaba a la sirena, y ella acudía invariablemente; salía del agua y cantaba. En torno de ella nadaban los delfines, y las gaviotas le revoloteaban sobre la cabeza.

Cantaba una canción maravillosa.

Cantaba sobre los hijos del Mar que llevan sus rebaños de gruta en gruta, cargando los terneros al hombro; cantaba acerca de los tritones, que tienen largas barbas verdes y pechos velludos, y hacen sonar sus retorcidas caracolas cuando pasa el Rey; cantaba sobre el palacio del Rey que es todo de ámbar, y su techo es de claras esmeraldas, y el pavimento está formado de resplandecientes perlas; y cantaba sobre los jardines del Mar, donde los grandes abanicos de coral se balancean todo el día, y los peces nadan alrededor como pájaros de plata, y las anémonas se cogen a las rocas y en la arena amarilla florecen con grandes corolas rojas. Cantaba de las vastas ballenas, que bajan de los mares del Norte con sus barbas cuajadas de agudos carámbanos; cantaba también acerca de las sirenas, que cantan tales maravillas, que los mercaderes deben taparse con cera los oídos, por temor, al escucharlas, de saltar al agua y ahogarse; cantaba sobre las naves hundidas, con sus altos mástiles y sus marineros aferrados aún a las jarcias, y de las caballas entrando y saliendo por los huecos abiertos en el casco; cantaba sobre las lapas diminutas, que son grandes viajeras porque adheridas a la quilla de los barcos dan vueltas al mundo una y otra vez; y cantaba de las jibias, que habitan los arrecifes y extienden sus largos brazos negros, y pueden crear la noche cuando se les antoja. Cantaba al Nautilus, que tiene un barquito tallado en

ópalo y se gobierna con una vela de plata; cantaba a los grandes leones marinos, con sus colmillos curvos, y a los hipocampos, de crines flotantes y graciosos cuerpos de carey rojo y cabriolante.

Mientras la sirenita cantaba, los atunes subían de las profundidades para oír, y el joven Pescador lanzaba sus redes al mar y los atrapaba, o bien traspasaba con su arpón a los más grandes. Y cuando tenía su barca bien cargada, la sirena le sonreía y se sumergía nuevamente hacia el reino de su padre.

Sin embargo, ella nunca se le acercó tanto como para que el Pescador pudiese volver a tocarla. Muchas veces él la llamó y le suplicó, pero ella no quería; y cuando trataba de capturarla, ella se zambullía en el mar con la grácil rapidez de una foca, y ya no volvía a verla en todo el día. Y cada día el sonido de su voz era más dulce. Tan dulce era la voz de la sirena que a veces el pescador olvidaba sus redes. Esas tardes pasaban en cardumen los atunes con sus aletas purpúreas y sus ojos de oro elástico, sin que el pescador se diera cuenta. Esas tardes el arpón descansaba ocioso a su lado, y los cestos de mimbre quedaban vacíos. El Pescador, con los labios entreabiertos y los ojos llenos de maravilla, se quedaba muy quieto en la barca, escuchando, escuchando, hasta que la niebla llegaba arrastrándose a envolver la embarcación y la luna tenía de plata su cuerpo de bronce.

Y una tarde llamó a la sirena y le dijo:

—Sirenita, sirenita, yo te quiero. Seamos novios, porque estoy enamorado de ti..

Pero la sirena negó moviendo tristemente la cabeza, mientras decía:

—Tienes un alma humana. Sólo podría amarte yo si tú te desprendieses de tu alma.

Entonces el joven pescador se dijo:

—¿De qué me sirve mi alma? No puedo verla, no puedo tocarla, no la conozco. La despediré, y podré ser feliz.

Y de sus labios surgió un grito de alegría, y poniéndose de pie en su barca extendió los brazos hacia la sirena, y le dijo:

—Expulsaré a mi alma, y entonces seremos novios, y viviremos juntos en lo más profundo del mar, y me mostrarás todo lo que has cantado, y yo haré todo lo que quieras, y ya nunca podrán separarse nuestras vidas.

Y la sirenita rió alegremente, escondiendo el rostro entre las manos.

—Pero ¿cómo podré desprenderme de mi alma? —preguntó el pescador—. Dime qué debo hacer y lo haré ahora mismo.

—¡Ay! —repuso la sirenita—. ¡Yo no lo sé! Los hijos del Mar no tenemos alma.

Lo miró con sus ojos ardientes y se hundió en lo profundo.

Al día siguiente, muy temprano, cuando el sol todavía no se alzaba un palmo por sobre la colina, el joven pescador se dirigió a la casa del cura, y llamó tres veces a la puerta.

El novicio se asomó por el postigo y cuando vio de quien se trataba, recorrió el cerrojo y le dijo:

—Entra.

El joven entró, se arrodilló sobre la estera de juncos del suelo, y dijo al cura, que leía el Libro Santo:

—Padre, estoy enamorado de una hija del Mar, y mi alma impide que consiga mi deseo. Dime por favor, qué es lo que debo hacer para librarme de mi alma, porque no la necesito: ¿De qué me sirve mi alma? No puedo verla, no puedo tocarla, no la conozco.

—¡Oh, mi muchacho, estás loco o has comido quizás algún hongo venenoso! El alma es lo más noble que hay en el hombre, y nos fue dada por Dios para que la usemos noblemente. Nada hay tan precioso como el alma humana, ni cosa terrestre alguna que pueda comparársele. Vale todo el oro del mundo, y es más preciosa que los rubíes de los reyes. Hijo mío, no pienses más en algo así, porque incluso tal pensamiento es un pecado mortal. Los hijos del Mar, ellos están perdidos, y los que tienen comercio con ellos, lo están también. Son como las bestias del campo, que no distinguen el bien del mal. ¡Por ellos no murió nuestro Señor Jesucristo!

Al escuchar las amargas palabras del cura, al joven Pescador se le llenaron de lágrimas los ojos; se levantó y repuso:

—Padre, los faunos viven en la selva, y viven contentos; y los tritones vienen a descansar sobre las rocas del acantilado, con sus arpas doradas. Déjame ser como ellos, te lo ruego, porque sus días son como los días de las flores. Y en cuanto a mi alma, dime tú, ¿de qué me sirve si se interpone entre yo y el ser que amo?

—El amor del cuerpo es ruin —exclamó el cura, frunciendo el ceño—, y los seres paganos que Dios permite que vaguen por el mundo, también son ruines y maléficos. ¡Malditos los faunos del bosque, y malditos los cantores del Mar! Los he oído a veces en las noches, e intentan distraerme de mi rosario. Lllaman a mi ventana levemente, y ríen, y me susurran al oído el cuento de sus placeres peligrosos. Me seducen con sus proposiciones y cuando me propongo rezar me hacen muecas. ¡Te digo que están perdidos, están perdidos!... Para ellos no hay cielo ni infierno y en ninguno lugar podrán alabar el nombre del Señor.

—Padre —replicó el joven Pescador—, tú no sabes lo que dices. Una tarde capturé en mis redes a la hija de un Rey del Mar. Y es más hermosa que la estrella de la mañana y más blanca que la luna. Yo daré mi alma por su cuerpo y renunciaré al cielo por su amor. Contesta mi pregunta y déjame ir en paz.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó el cura—. ¡Esa muchacha está perdida y te perderás con ella!

Y lo expulsó de la casa parroquial sin darle la bendición.

El joven Pescador se dirigió al mercado; caminando lentamente, con la cabeza baja, sumido en una tristeza insondable.

Cuando lo vieron los mercaderes, cuchichearon entre ellos, y uno se adelantó. Después de llamarlo por su nombre, le preguntó:

—¿Qué vendes, pescador?

—Vendo mi alma —contesto el joven Pescador—. Te ruego que me la compres, porque estoy cansado con ella. ¿De qué sirve mi alma? No puedo verla. No pudo tocarla. No la conozco.

Entonces los mercaderes se burlaron de él:

—Pero dínos, muchacho, ¿de qué nos serviría el alma de un hombre? No vale ni una mala moneda de cobre. Si quieres te podemos comprar tu cuerpo como esclavo, y te vestiremos de rojo y te pondremos un anillo en el dedo y podrás ser el favorito de la gran Reina. Pero no nos hables de tu alma porque a nosotros tampoco nos sirve para nada, ni tiene valor alguno.

El joven Pescador pensó:

—¡Qué cosa rara! El cura dice que el alma vale todo el oro del mundo, pero los mercaderes aseguran que no vale ni una mala moneda de cobre.

Salió del mercado, y se encaminó hacia la playa donde se puso a meditar sobre qué debería hacer.

Al mediodía, el Pescador recordó que cierta vez uno de sus compañeros le había hablado de una bruja joven que vivía en una caverna al extremo de la bahía, y que era muy sabia en brujerías. De inmediato echó a correr en dirección a la caverna. Tan veloz que una nube de polvo le seguía al correr por la arena de la playa.

La joven bruja adivinó la llegada del Pescador por una picazón que sintió en la palma de la mano; se soltó entonces la roja cabellera y se puso a reír. Se quedó de pie a la entrada de la caverna, teniendo en la mano una rama de cicuta florida.

—¿Qué necesitas? —gritó cuando el Pescador subía jadeando por el acantilado—. ¿Quieres peces para tus redes cuando el viento sopla en contra? Si es eso, tengo un caramillo que cuando se sopla en él, el mújol se mete a la bahía. Pero tiene su precio, hermoso joven, tiene su precio. ¿Qué necesitas? ¿Quieres una tormenta que haga naufragar los barcos y arrastre a la costa baúles llenos de tesoros? Tengo más huracanes que el tiempo, porque mi amo es más fuerte que el tiempo, y con un cedazo y un cubo de agua puedo enviar las grandes carabelas al fondo del mar. Pero también tiene su precio, hermoso joven, tiene su precio. ¿Qué necesitas? Conozco una flor que crece en el valle y que yo sólo conozco. Tiene las hojas púrpura, y una estrella en el corazón, y su jugo es tan blanco como la leche. Si tocas los labios desdeñosos de la gran Reina con esta flor, ella te seguirá a través del mundo entero. Pero tiene su precio, hermoso joven, tiene su precio. ¿Qué necesitas? Puedo machacar un sapo en el mortero y hacer un caldo, removiéndolo con la mano de un muerto. Si mojas con ese caldo a tu enemigo mientras duerme, se convertirá en una víbora negra, y lo matará su propia madre. Con ayuda de una rueda puedo hacer bajar a la luna del cielo, y en un cristal puedo mostrarte la Muerte. ¿Qué necesitas? ¿Qué necesitas? Dime tu deseo y yo te lo concederé. Pero me tendrás que pagar su precio, hermoso joven, me tendrás que pagar su precio.

—Mi deseo es poca cosa —contestó el joven Pescador—, sin embargo el cura se enojó conmigo y me arrojó de su casa. Es poca cosa, pero los mercaderes se burlaron de mí y me lo negaron. Por eso vengo a conversar contigo, a pesar que los hombres dicen que eres mala; y sea cual sea tu precio, te lo pagaré.

—¿Qué necesitas? —preguntó la bruja, acercándosele.

—Quiero desprenderme de mi alma —contesto— el joven Pescador.

La bruja palideció y, con un estremecimiento, escondió su rostro en el manto azul.

—Hermoso joven, hermoso joven —murmuró—, esa es una cosa terrible.

Pero él sacudió sus rizos oscuros y se echó a reír.

—¿De qué me sirve mi alma? —dijo—. No puedo verla. No puedo tocarla. No la conozco.

—¿Qué me darás si te lo digo? —preguntó la bruja mirándolo con sus hermosos ojos.

—Tengo cinco monedas de oro para darte —contesto él—, y también mis redes, y la choza de cañas en que vivo, y la barca en que navego. Dime solamente lo que debo hacer para desprenderme de mi alma, y te daré todo lo que tengo.

Ella se rió burlonamente, lo rozó con la rama de circuta, y le dijo:

—Si yo lo desease, podría convertir en oro las hojas del otoño, y tejer hebras de plata con los rayos de la luna. Mi amo es más rico que todos los reyes de este mundo, y gobierna en todos los dominios de la tierra.

—¿Qué te daré entonces —dijo él—, si no esperas recibir oro ni plata?

La joven bruja le acarició los cabellos con su mano blanca y fina y sonriendo, murmuró:

—Tendrás que bailar conmigo, hermoso joven.

—¿Sólo bailar contigo? —exclamó el Pescador maravillado.

—Nada más —contesto ella— sonriendo de nuevo.

—En cuanto se ponga el sol, bailaremos juntos donde nadie nos vea, o donde quieras que lo hagamos —dijo él— y después de bailar me dirás lo que quiero saber.

Ella agitó la cabeza murmurando:

—Cuando salga la luna, cuando salga la luna.

Luego observó atentamente alrededor, y atentamente escuchó. Un pájaro azul salió chillando de su nido y se puso a describir círculos sobre las dunas; y tres pájaros pardos bostezaron en medio de la hierba verde y áspera silbándose entre sí. No se oía más que el susurro de las olas arrastrando las piedras pulidas de la

playa. Entonces la bruja extendió su mano, atrajo hacia sí al joven pescador y le acercó los labios al oído:

—Esta noche habrás de venir a la cumbre de las colinas —susurró—. Es sábado y estará Él.

El joven Pescador se estremeció. Ella reía, mostrando sus dientes blancos.

—¿Quién va a estar allí? —preguntó.

—Eso no debe importarte —repuso ella—. Ven esta noche y espérame a la sombra del espino blanco... si un perro negro te acomete, golpéalo con una rama de sauce y huirá. Y si te habla un búho, no le respondas. Cuando la luna esté en el cenit iré a buscarte y bailaremos juntos sobre la hierba.

—Pero, ¿Juras decirme qué debo hacer para desprenderme de mi alma? —preguntó el joven Pescador.

Ella se puso al sol y el viento agitó sus cabellos rojos.

—Te lo juro por las pezuñas del macho cabrío —prometió.

—Eres la mejor de las brujas —exclamó el Pescador—, y bailaré contigo esta noche en la cumbre de las colinas... Hubiera preferido que me pidieras oro o plata, pero de todos modos el precio me conviene... es poca cosa.

Se quitó la gorra, hizo una profunda reverencia ante la mujer, y bajó corriendo de regreso al pueblo, ebrio de alegría.

La joven bruja lo miró hasta que el Pescador se perdió de vista. Volvió entonces a su gruta, sacó un espejo de un cofre de cedro labrado, y lo puso en un marco. Luego, sobre unas brasas, quemó delante del espejo un puñado de verbena, y miró atentamente a través de las espirales de humo. Después de unos instantes cerró los puños iracunda:

—Debería haber sido mío —murmuró—, soy tan hermosa como ella.

Esa noche, al salir la luna, el joven Pescador trepó a la cima del monte, y esperó bajo las ramas del espino blanco. Allá abajo, a sus pies, se extendía el mar como una rodela de plata bruñida, y la sombra de las barcas de pesca moteaba la bahía de signos que resbalaban por la luz. Un gran búho, de amarillos ojos sulfúreos, lo llamó por su nombre... pero él no respondió. Y un perro negro lo persiguió gruñendo... él lo golpeó con una rama de sauce y el perro huyó lanzando gañidos lastimeros.

Las brujas llegaron a medianoche, volando por el aire como murciélagos.

—¡Whee-ho! —gritaban al tocar tierra—. Aquí hay uno a quien no conocemos.

Olfateaban alrededor, charlaban entre ellas, y se hacían signos.

La joven Bruja, con su roja cabellera al viento, llegó la última de todas. Vestía un traje de tisú de oro, bordado con ojos de pavos reales, y un pequeño birrete de terciopelo verde en la cabeza.

—¿Dónde está, dónde está? —chillaron las brujas cuando la vieron.

Pero ella no hizo más que reír, corrió hacia el espino blanco, tomó de la mano al Pescador y llevándolo a la luz de la luna comenzaron a bailar. Pronto todos estaban bailando.

Giraban juntos vertiginosamente, dando vuelta tras vuelta, y la joven Bruja saltaba tan alto que el Pescador podía ver los tacos escarlata de sus zapatillas.

Entonces, por encima del tumulto de los bailarines, se escuchó galopar un caballo, pero no se veía caballo alguno, y el joven Pescador tuvo miedo.

—¡Más rápido! ¡Más rápido! —gritó la bruja abrazándolo por el cuello a tiempo que le exhalaba su aliento cálido en el rostro.

—¡Más rápido! ¡Más rápido! —volvió a gritar, y la tierra parecía girar bajo los pies del Pescador, y la cabeza le daba vueltas, y comenzó a sentirse dominado por el terror, como si lo estuviera observando un ser maléfico. Al fin advirtió que al pie de una roca, había una sombra que recién no estaba allí.

Era un hombre vestido de terciopelo negro, a la manera española; tenía el rostro pálido, y sus labios eran orgullosos como una flor roja. Estaba reclinado contra la roca, como si estuviese muy cansado, y su mano izquierda jugaba distraída con el pomo de la daga que pendía del cinturón. A su lado, sobre la hierba, había un sombrero emplumado y unos guantes de montar bordados con hilos de oro. Sus manos blancas estaban cubiertas de preciosos anillos y una capa corta le colgaba del hombro izquierdo. El Pescador no podía verle los ojos, porque los velaban sus párpados cansados.

El joven Pescador no podía apartar la mirada de esta figura, como si fuese víctima de un sortilegio. Al fin se encontraron sus ojos, que parecían seguirle dondequiera que los llevara la danza. Entonces escuchó reír a la Bruja, y tomándola de la cintura giraron y giraron locamente.

De pronto, un perro ladró en el bosque, y los bailarines se detuvieron, y fueron subiendo de a dos en dos, para besar las manos del hombre. Mientras lo hacían, una sonrisa se dibujó levemente en sus labios altivos. Pero había cierto desdén en el gesto, y los ojos del hombre continuaban fijos en el joven Pescador.

—¡Ven, adorémoslo! —murmuró la Bruja tironeándolo hacia arriba.

El Pescador sintió un gran deseo de hacer lo que ella le pedía, y la siguió. Pero cuando estuvo cerca de él, sin saber por qué, hizo la señal de la cruz, invocando el Nombre Santo.

Al instante, las brujas emprendieron vuelo chillando como halcones, y el rostro pálido que había estado mirando, se contrajo en un espasmo de dolor. El hombre se dirigió al bosque y silbó. Un corcel con arreos de plata corrió a su encuentro. El hombre saltó sobre la silla, se volvió, y miró tristemente, por última vez, al joven Pescador.

La Bruja de cabellos rojos también trató de levantar el vuelo, pero el Pescador la sujeto fuertemente por las muñecas.

—¡Suéltame! —gritó ella—. ¡Déjame ir, porque has nombrado lo que no debería nombrarse, y has hecho el signo que no debe verse!

—¡No! —replicó él—. No te dejaré ir hasta que me hayas dicho el secreto.

—¿Qué secreto? —preguntó ella forcejeando como un gato montés y mordiéndose los labios, blancos de espuma.

—¡Lo sabes muy bien! —dijo el joven.

Los ojos de la bruja, verdes como el pasto, centellearon de lágrimas, diciendo:

—¡Pídemelo lo que quieras, menos eso!

Pero él se echó a reír, y la sujetó con más fuerza.

Y cuando ella vio que no podía escapar, le susurró al oído:

—¿No te parece que soy tan bella como las hijas del Mar, tan seductora como las que viven bajo las aguas azules?

Y lo miraba cariñosamente, acercando su rostro al del joven.

Pero el Pescador la rechazó frunciendo el ceño, mientras decía:

—Si no cumples la promesa que me hiciste, tendré que matarte por ser bruja falsa y mentirosa.

Ella palideció, tomando el color gris lívido de la flor del árbol de Judas, y estremeciéndose le señaló:

—Será como quieras. Es tu alma y no la mía. Haz con ella lo que se te antoje.

Y se descolgó del cinturón un cuchillito, con mango de piel de víbora verde, para entregárselo. En la hoja centelleaban misteriosas runas.

—¿Y para qué me va a servir esto? —preguntó el Pescador sorprendido.

Ella calló todavía por un instante y una sombra de terror le pasó por el rostro. Luego sonrió extrañamente, sacudió su cabellera roja, y agregó:

—Lo que los hombres llaman la sombra del cuerpo no es la sombra del cuerpo, sino el cuerpo del alma. Ponte de pie en la playa, de espaldas a la luna, y con este cuchillo corta, desde tus pies, tu sombra, que es el cuerpo de tu alma, y ordénale que se vaya. Ella así tendrá que hacerlo.

El joven Pescador se estremeció de placer.

—¿Es verdad lo que me dices? —murmuró.

—Es cierto, y quisiera no habértelo dicho nunca —murmuró ella llorando, y se abrazó a sus rodillas.

Pero el Pescador la rechazó de nuevo, y la hizo caer sobre la hierba espesa, luego se guardó el cuchillo en el cinturón, caminó hasta el borde de la cima e inició el descenso.

Y su alma, que estaba dentro de él y había escuchado todo, lo llamó para decirle apesadumbrada:

—Escucha, he vivido contigo todos estos años y siempre estuve a tu servicio. No me arrojes ahora... ¿qué mal te he hecho?

Y el joven Pescador se puso a reír:

—No me has hecho ningún daño pero no te necesito. El mundo es ancho, y hay Cielo e Infierno, y esa sombría mansión crepuscular que se extiende entre ambos. Ve donde se te ocurra, pero no me importunes, porque mi amor me está llamando.

El alma suplicó, plañidera, pero el Pescador, sin hacerle caso, bajó saltando de risco en risco, tan seguro de pies como una cabra. Por fin llegó a la playa amarillenta junto al mar.

Recio y bronceado, como una estatua esculpida por un griego, se alzó sobre la arena, de espaldas a la luna; y, de la espuma, surgieron, llamándolo, unos brazos blancos, y de las olas se levantaron formas indecisas, rindiéndole homenaje. Delante suyo, yacía su sombra, que era el cuerpo de su alma, y detrás, en el aire, colgaba la luna color miel.

Su alma todavía le dijo:

—Si realmente quieres echarme, no me despidas sin corazón. El mundo es cruel, dame tu corazón para llevarlo conmigo.

Pero el Pescador, moviendo la cabeza, sonrió:

—¿Cómo voy a amar a mi amor si te doy mi corazón?

—Sé generoso —insistió el alma —, dame tu corazón, que el mundo es muy cruel y tengo miedo.

—Mi corazón es de mi amor —dijo él—. No seas porfiada y vete.

—¿Y no podré amar yo también? —preguntó su alma.

—¡Ándate, te digo, yo no te necesito para nada!

Y tomó el cuchillo con mango de piel de víbora verde, y recortó su sombra alrededor, a partir de sus pies. Y la sombra se irguió, y quedó en pie delante de él, y era exactamente igual a él.

Dando un paso atrás, el pescador se guardó el cuchillo en el cinturón, y se sintió dominado por un temor que entraba a las honduras de su ser.

—¡Ahora vete! —murmuro—. ¡Que no vuelva yo a ver tu rostro!

—No —dijo el alma—. Es necesario que nos encontremos de nuevo —su voz era llorosa y aflautada, y sus labios apenas se movían al hablar.

—¿Cómo nos encontraremos? —dijo el pescador — ¿No estarás pensando seguirme a las profundidades del mar?

—Todos los años vendré una vez a este mismo lugar y te llamaré—dijo el alma—. Tal vez me necesites.

—¿Para qué te habría de necesitar? —protestó el joven Pescador—. En fin, haz lo que quieras.

Y se sumergió en el agua. Y los tritones soplaron sus caracolas, y la sirenita nadó para encontrarlo, y lo abrazó besándole en los labios.

Y el alma, de pie en la playa solitaria, los miraba. Y cuando desaparecieron en el mar, se marchó llorando a través de las marismas.

Cuando transcurrió un año, el alma vino a la orilla del mar y llamó al joven Pescador. Él subió de las profundidades, y la interrogó en tono fastidiado:

—¿Por qué me llamaste?

Y el alma respondió:

—Acércate más, para que pueda hablar contigo, porque he visto cosas maravillosas.

El Pescador se acercó a la orilla, se tendió sobre el agua, y escuchó con la cabeza apoyada en la mano.

Y el alma le refirió:

—Cuando nos separamos miré hacia el Oriente, y caminé hacia allá, pues del Oriente viene toda la sabiduría. Estuve caminando seis días, y al amanecer del séptimo, llegue a una colina que se encuentra en el país de los Tártaros. Tuve que sentarme a la sombra de un tamarindo, porque el país era seco y el calor me abrasaba. La gente iba y venía, como moscas arrastrándose por una bandeja de cobre bruñido. Al mediodía se levantó una nube de polvo, y apenas la divisaron los tártaros prepararon sus arcos saltaron sobres sus caballos, y galoparon hacia ella. Las mujeres subieron chillando a los carros, y se escondieron tras las cortinas de fieltro.

"Los tártaros volvieron al caer la tarde; faltaban cinco de ellos, y muchos de los que volvían estaban heridos. Subieron a los carros y se alejaron velozmente. Cuando salió la luna, vi los fuegos de un campamento y me dirigí hacia allá. Era una caravana de mercaderes, sentados en sus alfombras alrededor de una fogata.

"Al acercarme, su jefe se levantó, y desenvainando la espada, me preguntó qué quería.

"Repuse que en mi país yo era un príncipe, y que había huido de los tártaros que me llevaban prisionero. El jefe sonrió mostrándome cinco cabezas clavadas en varas de bambú.

"Luego me preguntó quien era el profeta de Dios, y yo le dije que Muhammad.

"Al oírme pronunciar el nombre del falso profeta, me tomó de la mano y me hizo sentar a su lado. Un negro me trajo leche de yegua y un trozo de cordero asado.

"Continuamos el viaje a la salida del sol. Yo cabalgaba en un camello al lado del jefe, y un esclavo corría delante de nosotros agitando una lanza. Nos seguían los hombres de armas, desplegados a uno y otro lado, y detrás las mulas con las mercancías.

"Mucho cabalgamos. Del país de los tártaros pasamos al país de los que odian a la Luna, donde vimos los grifos custodiando su oro sobre rocas blancas, y los dragones cubiertos de escamas durmiendo en sus cavernas. Cuando cruzamos las montañas, conteníamos el aliento por miedo a que las nieves cayeran encima de nosotros. Al pasar por los valles, los pigmeos nos lanzaron flechas desde los huecos de los árboles, y durante la noche escuchamos los tambores de los salvajes. Cuando llegamos a la Torre de los Monos, les ofrecimos fruta, y no nos hicieron daño. Cuando alcanzamos la Torre de las Serpientes, les ofrecimos leche tibia, y nos dejaron pasar mirándonos con sus ojos inexcrutables.

"Los señores de cada ciudad nos exigían tributos de paso, pero no nos abrían sus puertas. Nos arrojaban pan, pastelillos de harina cocidos en miel, y pasteles de cebada rellenos con dátiles, desde lo alto de sus muros.

"Cuando los habitantes de las aldeas nos veían acercar, envenenaban sus pozos y escapaban a la cumbre de los cerros. Luchamos con los magdenses, que nacen viejos y se rejuvenecen año tras año hasta que mueren niños; y con los lactros, que se dicen hijos de los tigres y se pintan de negro y amarillo; y con los aurantes, que sepultan a sus muertos en los árboles, y viven en oscuras cavernas por miedo a que el sol, que es su dios, les quite la vida.

"Un tercio de nuestra caravana murió peleando, y un tercio pereció de hambre. El resto murmuraba en contra mía, diciendo que les había traído la mala suerte. Entonces tomé una víbora de debajo de una piedra y la dejé que me mordiera. Cuando vieron que no me pasaba nada, sintieron temor pero no me amaron.

"Tras cuatro meses de viaje agobiador, llegamos a la ciudad de Illiel. Era de noche, y al amanecer llamamos a sus inmensas puertas. Los centinelas preguntaron qué queríamos, y nosotros respondimos que veníamos de la isla de

Siria con gran cantidad de mercancías. Ellos nos dijeron que abrirían las puertas al mediodía.

"Y así lo hicieron; abrieron las puertas cuando el sol estaba en el cenit y apenas entramos acudió la gente para vernos, y un pregonero recorrió la ciudad. Nos detuvimos en el mercado, donde los mercaderes mostraron los lienzos encerados del Egipto, y las telas pintadas de los Etiopes, y las esponjas purpúreas de Tiro y los tapices azules de Sidón.

"El primer día vinieron a comprar los sacerdotes, al segundo los nobles, y al tercero los artesanos y los esclavos.

"Permanecimos allí toda una luna hasta que, hastiado, me puse a vagar por las calles de la ciudad. Así llegué al jardín de su dios. Los sacerdotes vestidos de amarillo, paseaban silenciosos entre los árboles verdes, y sobre un pavimento de mármol negro se levantaba el palacio rosado que sirve de mansión al dios.

"Uno de los sacerdotes, me preguntó qué deseaba.

"Le respondí que quería ver al dios.

"—El dios ha ido de cacería —dijo el sacerdote mirándome con sus ojos oblicuos.

"—Dime a qué selva ha ido, pues quiero cabalgar con él —repuse.

"El sacerdote peinó los flecos de su túnica con las uñas puntiagudas, y respondió:

"—El dios está durmiendo.

"—Dime en qué lecho, y velaré su sueño —respondí.

"—El dios está en la fiesta —gritó el sacerdote.

"—Si el vino es dulce, beberé con él, y si es amargo beberé también —respondí.

"El sacerdote, asombrado, me cogió de la mano y me condujo al templo.

"En la primera cámara había un ídolo sentado en un trono de jaspe. Era de ébano tallado y de la estatura de un hombre. Tenía un rubí en la frente y sus pies estaban enrojecidos por la sangre de un cabrito recién degollado.

"Le pregunté al sacerdote:

"—¿Es éste el dios?

"Y él me respondió:

"—Este es el dios.

"—Enséñame el dios —grité—, o te mataré sin vacilar.

"Y le toqué la mano, que se marchitó enseguida.

"El sacerdote me imploró diciendo:

"—Cure mi señor a su siervo, y le mostraré al dios.

"Le soplé en la mano que se curó de inmediato. Temblando me condujo a un segundo aposento, donde había un ídolo, en pie sobre un loto de jade. Era todo de marfil y del doble de la estatura de un hombre. Tenía un crisólito en su frente, y sus pechos estaban ungidos de mirra y cinamomo.

"Yo interrogué al sacerdote:

"—¿Es éste el dios?

"Y él me respondió:

"—Este es el dios.

"—Enséñame el dios—rugí—, o te mataré sin vacilar.

"Y le toqué los ojos, que quedaron ciegos.

"El sacerdote me suplicó diciendo:

"—Cure mi señor a su siervo, y le mostraré el dios.

"Le soplé en los ojos, y la vista volvió a ellos. Temblando de pavor, el sacerdote me llevó entonces a una tercera estancia. Allí, ¡oh maravilla!, no había ídolo ni imagen alguna, sino solamente un espejo redondo de metal, colocado encima de un altar de piedra.

"Y dije al sacerdote:

"—¿Dónde está el dios?

"Y él me contestó:

"—No hay más dios que este Espejo, que es el Espejo de la Sabiduría. Todas las cosas del cielo y de la tierra las refleja, excepto el rostro de quien se mira en él. No lo refleja para que el que mire pueda ser sabio. Todos los demás espejos son espejos de la opinión. Sólo éste es el Espejo de la Sabiduría. Quienes poseen este Espejo, lo saben todo, y no hay nada oculto para ellos. Y quienes no lo poseen, no adquieren la Sabiduría. Este es el dios que adoramos nosotros.

"Miré el espejo, y era tal como él me había dicho.

"Hice entonces una cosa muy singular... No viene al caso que te lo diga, pero en un valle que está a sólo un día de camino, tengo escondido el Espejo de la Sabiduría. Permíteme que vuelva a entrar en ti, para servirte, y serás más sabio que todos los sabios, y tuya será la Sabiduría. Permíteme entrar en ti, y no habrá nadie tan sabio como tú.

El joven Pescador se puso a reír.

—El amor es mejor que la sabiduría —exclamó— y la sirenita me ama.

—Te equivocas, no hay nada mejor que la sabiduría —dijo el alma.

—El amor es mejor —repitió el joven Pescador, y volvió a sumergirse en las honduras del mar, mientras el alma se alejaba llorando a través de las marismas.

Cuando el segundo el año hubo transcurrido, llegó el alma a la orilla del mar y llamó al joven Pescador. Una vez más, éste subió de las profundidades, y pregunto:

—¿Para qué me has llamado?

Y el alma repuso:

—Acércate más, para poder hablar contigo, porque he visto cosas maravillosas.

Y él se acercó a la orilla, y echado sobre el agua, escuchó con la cabeza apoyada en la mano.

El alma dijo entonces:

—Cuando nos separamos, miré hacia el Mediodía, y caminé hacia allá. Del Mediodía viene todo lo que hace Riqueza. Seis días caminé por las sendas que conducen a la ciudad de Aster, y al amanecer del día séptimo divisé a mis pies la ciudad, en el fondo de un valle.

"En los muros de la ciudad hay nueve puertas, y en cada una de ellas hay un caballo de bronce que relincha cuando los beduinos bajan de la montaña. Sus murallas están cubiertas de cobre y en cada una de sus torres hace guardia un arquero. Cuando sale el sol, disparan una flecha contra un gong, y al ponerse el sol tocan una bocina de cuerno.

"Quise entrar, y los centinelas me preguntaron quién era. Repliqué que era un derviche en camino hacia la Meca, donde está la roca Kaaba y sobre ella hay un velo negro con El Corán bordado en letras de oro por mano de los ángeles. Ellos quedaron maravillados y me rogaron que entrara.

"Dentro de esa ciudad, es todo un bazar. ¡Lástima que no estuvieras conmigo! Los mercaderes se sientan en el umbral de sus tiendas sobre tapices de seda. Tienen barbas negras, y turbantes cubiertos de broches de oro. Algunos venden gálbano y nardo, y extraños perfumes de las Indias, y aceite de rosa, y jugo cristalizado de las hojas de un árbol, y florecillas de clavel de olor. Otros venden brazaletes de plata incrustados de turquesas azules, y colgantes de perlas, y garras de tigre engarzadas en oro, y arracadas de esmeralda, y anillos de jade. De las casas de té llega el sonido del laúd, y los fumadores de opio, con sus blancos rostros sonrientes, miran pasar a los viandantes.

"Es una lástima que no estuvieras conmigo. Los vendedores de vino llevan grandes pellejos negros a la espalda. Casi todos venden vino de Chiraz, que es dulce como la miel. Y lo sirven en tacitas de metal, con pétalos de rosas. Un día, vi pasar por allí un elefante. Llevaba el cuerpo pintado con bermellón y cúrcuma. Se paró frente a una de las tiendas, y se puso a comer naranjas mientras el dueño reía. ¡Qué gente tan extraña! Cuando están contentos, van donde un vendedor de pájaros, compran un centenar de ellos y los dejan libres, para aumentar su alegría; y cuando están tristes, se azotan con espinos, para que su tristeza sea mayor.

"Es de verdad una pena que no estuvieses conmigo. En la fiesta de la Luna Nueva el joven Emperador salió de su palacio para ir a rezar a la mezquita. Llevaba la barba y los cabellos cubiertos con pétalos de rosas, y las mejillas cubiertas con oro pulverizado.

"Salió de su palacio al amanecer con una vestidura de plata; y al atardecer, volvió con otra vestidura de oro. La gente se arrojaba al suelo, ocultando sus rostros; excepto yo, que no quise imitarlos. Me mantuve de pie, junto al mesón de un vendedor de dátiles, esperando.

"Al verme, el Emperador se detuvo. Pero yo continué inmóvil, sin rendirle homenaje. La gente se maravilló de mi audacia, y me aconsejaron que huyera de la ciudad. Pero no les hice caso, y fui a sentarme con los vendedores de dioses extranjeros, que por su oficio, son abominados. Cuando les dije lo que había hecho, me regalaron dioses, pero me suplicaron que me alejase de ellos.

"Aquella noche, mientras dormía entre almohadones, en una casa de té que hay en la calle de las Granadas, entraron los guardias del Emperador y me llevaron al palacio. Apenas entré cerraron las puertas y las aseguraron con cadenas. Al interior había un vasto patio, los muros eran de alabastro blanco, adornados con azulejos verdes y azules. Las columnas eran de mármol verde, y el pavimento de un mármol color damasco. Nunca había visto nada similar.

"Cuando atravesé el patio, dos mujeres veladas me maldijeron desde una galería. Los guardias abrieron una puerta de marfil labrado, y me encontré en un patio dispuesto en siete terrazas. Estaba lleno de maceteros con tulipanes, girasoles y áloes. Al centro se abría un surtidor de agua rodeado de cipreses que eran como antorchas apagadas, y en cada uno de ellos cantaba un ruiseñor.

"Al acercarnos a un pequeño pabellón que se levantaba al extremo del jardín, salieron dos eunucos a encontrarnos. Sus cuerpos obesos se balanceaban al caminar, y me miraban de soslayo, con ojos de párpados amarillentos.

"Entonces, el capitán de la guardia me indicó la entrada del pabellón. Entré apartando la cortina.

"El joven Emperador estaba reclinado sobre un lecho cubierto de pieles de león. Detrás de él se erguía un nubio, desnudo hasta la cintura, con turbante de bronce y pesados aretes. Encima de una mesa, al lado del lecho, descansaba un gran alfanje de acero.

"Cuando me vio el Emperador frunció el ceño, y me dijo:

"—¿Cuál es tu nombre? ¿Acaso no sabes que soy el Emperador de esta ciudad?"

"Pero yo no le contesté.

"Entonces el Emperador señaló la cimitarra con el dedo, y el nubio la empuñó y abalanzándose sobre mí, me asestó un tajo terrible. La hoja pasó zumbando a través de mi cuerpo, pero no me hizo daño alguno. El verdugo rodó por tierra, y al levantarse sus dientes castañeteaban de terror. Corrió a protegerse tras el lecho.

"El joven Emperador se levantó, tomó una lanza, y la arrojó contra mí. Pero yo la cogí al vuelo y la quebré en dos pedazos. Entonces él me disparó una flecha, pero levanté las manos y la detuve en el aire. Luego desenvainó una daga, y apuñaló la garganta del nubio, para que no pudiese contarle a nadie la afrenta que había recibido. El esclavo se retorció como una serpiente, y la roja espuma roja le salió a borbotones entre los labios.

"Al verlo ya muerto, el Emperador se volvió hacia mí, y después de secarse el sudor con una toalla de seda carmesí, me dijo:

"—¿Eres acaso un profeta, que no puedo herirte, o el hijo de un profeta, que no puedo dañarte? Te ruego que salgas de mi ciudad esta noche, porque mientras estés aquí, yo ya no seré el Señor.

"Y yo le respondí:

"—Quizás acepte marcharme, pero a cambio de la mitad de tus tesoros. Dame la mitad de tus tesoros y me iré de tu ciudad.

"El Emperador me cogió de la mano y me guió fuera del jardín. Cuando me vio el capitán de la guardia, se maravilló. Cuando los eunucos me vieron, les tiritaron las rodillas y cayeron al suelo.

"Hay en el Palacio una habitación que tiene ocho paredes de pórfido rojo, y un techo artesonado de bronce, del que cuelgan las lámparas. El Emperador tocó una de las paredes y ésta se abrió. Bajamos entonces por un corredor iluminado por antorchas. En nichos, a uno y otro lado, había grandes cántaros, llenos hasta el borde de monedas de plata. Cuando llegamos al centro del corredor el Emperador dijo la palabra que no puede ser dicha, y giró una puerta de granito. El se cubrió el rostro con las manos, por temor a que sus ojos quedaran deslumbrados.

"No puedes imaginarte qué sitio tan maravilloso. Había grandes conchas de tortuga rebosantes de perlas, y selenitas de gran tamaño amontonadas con rubíes rojos. El oro estaba almacenado en arcas de piel de elefante, y el oro en polvo en botellas de cuero de bestias marinas. Había ópalos y zafiros; los primeros en copas de cristal, los segundos en copas de jade. Ordenadas en bandejas de marfil había esmeraldas verdes, y en un rincón grandes sacos de seda, unos con turquesas y otros con berilos. Y aún no he podido decirte ni la décima parte de lo que allí había. Cuando el Emperador apartó las manos de su rostro, me expresó:

"—Este es mi tesoro, y tal como te prometí, la mitad de él es tuya. Y te daré camellos y camelleros para que lleves tu parte a cualquier lugar del mundo que se te antoje. Y todo quedará hecho esta misma noche, pues no quiero que el Sol, que es mi padre, vea que en mi ciudad hay un hombre al que no puedo matar.

"Pero yo le respondí:

"—El oro que hay aquí es tuyo, y también es tuya la plata, y tuyas las piedras preciosas. No los necesito para nada, ni aceptaré otra cosa tuya que ese anillo que llevas en el dedo.

"Y el Emperador frunció el ceño y exclamó:

"—Es una sortija de plomo, sin ningún valor. Toma la mitad del tesoro y vete.

"—No —repliqué—, sólo aceptaré ese anillo de plomo, porque sé muy bien lo que hay escrito por dentro, y con qué fin.

"Y el Emperador tembló, y me imploró, diciendo:

"—Toma el tesoro entero, pero ándate de mi ciudad. La mitad mía también será tuya.

"Y entonces hice una cosa muy singular... Pero no importa lo que hice, porque en una gruta, que está sólo a un día de camino, tengo escondido el Anillo de la Riqueza. Un día de marcha nada más. Quién posee ese anillo es más rico que todos los reyes de la tierra. Ven, tómallo, y todas las riquezas del mundo serán tuyas.

Pero el joven Pescador se echó a reír:

—El amor es mejor que la riqueza —exclamó—, y la sirenita me ama.

—No, no hay nada mejor que la riqueza —insistió el alma.

—El amor es mejor—replicó el joven Pescador.

Y volvió a hundirse en las profundidades, mientras el alma partía llorando a través de las marismas.

Pasado el tercer año, el alma regresó a la orilla del mar y llamó al joven pescador. Este subió desde las profundidades y dijo:

—¿Para qué me llamas?

Y el alma le dijo:

—Acércate más para que pueda hablar contigo, porque he visto cosas maravillosas.

El se acercó a la orilla, y echado sobre el agua, escuchó con la cabeza apoyada en la mano.

El alma le contó:

—En una ciudad que conozco, hay una posada a la orilla de un río, donde estuve en compañía de unos marineros que bebían vinos de dos colores y comían pan de cebada con pescaditos salados servidos en hojas de laurel con vinagre; nos divertíamos allí, cuando entró un viejo con una alfombra de cuero y un laúd que tenía dos cuernos de ámbar. Extendió el tapiz en el suelo y comenzó a tocar el laúd con la punta de una pluma; entonces entró corriendo una muchacha, con el rostro cubierto por un velo, y comenzó a bailar ante nosotros. Tenía cubierto el rostro, pero los pies desnudos. Tenía los pies desnudos y se agitaban sobre el tapiz como dos pichones blancos. Jamás, en ninguno de mis viajes, vi nada tan maravilloso. Y la ciudad donde baila queda sólo a una jornada de aquí.

Cuando el joven Pescador oyó las palabras de su alma, recordó que la sirenita no tenía pies, y no podía danzar. Y se apoderó de él un gran deseo, y se dijo:

—Puesto que sólo queda de aquí a un día, luego puedo volver al lado de mi amor.

Riendo, se puso de pie y caminó a grandes pasos hacia la orilla.

Al llegar a tierra firme volvió a reír y extendió los brazos hacia su alma. Y su alma lanzó un gran grito de alegría, y corrió a su encuentro, y penetró en él; y el joven Pescador vio delante suyo, sobre la arena esa sombra del cuerpo que es el cuerpo del alma.

Y su alma le dijo:

—Ven, alejémonos de aquí ahora mismo, mira que los dioses del mar son muy celosos y tienen monstruos que obedecen sus mandatos.

Se apresuraron y toda aquella noche caminaron bajo la luna, y todo el día siguiente caminaron bajo el sol, y al atardecer llegaron a una ciudad.

Y entonces el joven Pescador preguntó a su alma:

—¿Está es la ciudad donde danza la muchacha de quien me hablaste?

Y su alma contestó:

—No, no es esta ciudad, es otra. Sin embargo, entremos.

Y entraron, y vagaron por las calles. Al pasar por el barrio de los joyeros, el joven Pescador se fijó en una copa de plata que estaba expuesta en una tienda. Y su alma le dijo:

—Toma esa copa de plata y escóndela.

El tomó la copa y la escondió entre los pliegues de su capa. Luego, precipitadamente, salieron de la ciudad.

Cuando estuvieron a una legua de la ciudad, el joven Pescador frunció el ceño, arrojó lejos la copa y le dijo a su alma:

—¿Por qué me dijiste que tomara esa copa y la ocultara, siendo eso, como es, una acción vil?

Pero su alma le respondió:

—Cálmate, tranquilízate...

Al anoecer del segundo día, llegaron a otra ciudad, y el joven Pescador preguntó a su alma:

—¿Es ésta la ciudad donde baila la muchacha de quien me hablaste?

Y su alma le contestó:

—No, no es esta ciudad, es otra. Sin embargo, entremos.

Y entraron, y comenzaron a vagar por las calles. Al pasar por el barrio de los vendedores de sandalias, el joven Pescador vio a un niño que estaba de pie, cargando un cántaro de agua. Y su alma le dijo:

—Pégale, hazlo caer.

Y él le pegó al niño, hasta hacerlo caer, llorando. Luego escaparon de la ciudad.

Y cuando estuvieron a una legua de la ciudad, el joven Pescador se irritó y dijo a su alma:

—¿Por qué me hiciste que le pegara a ese niño, siendo eso, como es, una acción vil?

Pero su alma le respondió:

—Cálmate, tranquilízate...

Al amanecer del tercer día llegaron a otra ciudad, y el joven Pescador preguntó a su alma:

—¿Es esta la ciudad donde baila la muchacha de quien me hablaste?

Y su alma le contestó:

—Sí, quizás sea esta la ciudad. Entremos a ver.

Y entraron, y recorrieron las calles. Pero en ningún sitio les fue posible encontrar el río, ni la posada que se levantaba a orillas del río. Y la gente de la ciudad lo miraba con extrañeza, y el joven Pescador se atemorizó, y le dijo a su alma:

—Vámonos de aquí, porque la muchacha que baila con pies blancos no está en esta ciudad.

Pero su alma le contestó:

—No, quedémonos en esta ciudad, porque la noche esta oscura y puede haber ladrones en el camino.

Se sentaron entonces a descansar en el mercado; cuando al poco rato, pasó un mercader vestido con una capa de paño de Tartaria que llevaba una linterna al extremo de una caña.

El mercader le dijo:

—¿Por qué te sientas en el mercado, cuando las tiendas ya están cerradas?

Y el joven Pescador repuso:

—No encontré ninguna posada en esta ciudad, y no tengo pariente alguno que me hospede.

—¿Es que acaso no somos todos hermanos? —dijo el mercader—. ¿Acaso no nos hizo a todos el mismo dios? Ven conmigo, yo tengo en mi casa una habitación para huéspedes.

Y el joven Pescador se levantó y siguió al mercader hasta su casa.

Cuando entraron, después de atravesar un jardín de granados, el mercader le trajo agua de rosas en un lavatorio de cobre para que se lavara las manos, y melones maduros para que apagara su sed, y un plato de arroz con una porción de cabrito asado para que saciara su hambre.

Una vez que hubo acabado de comer, lo llevó a la habitación para alojados, y le deseó una buena noche. El joven Pescador le dio las gracias, y besó el anillo que su anfitrión llevaba en el dedo. Luego se tendió sobre los tapices de pelo de cabra, y cubierto con pieles de cordero negro, se quedó dormido.

Tres horas antes de salir el sol, cuando todavía era de noche, su alma lo despertó y le dijo:

—Levántate y anda al cuarto del mercader, a la misma habitación donde duerme, y mátao, y róbase el oro; porque tenemos necesidad de dinero.

El joven Pescador se levantó, como sonámbulo, y se deslizó sigilosamente hasta la alcoba del mercader. A los pies de su anfitrión había una espada curva, y en un azafate, junto a él, nueve bolsas de oro. Extendiendo la mano, el joven Pescador tocó la espada; pero, apenas lo hizo despertó el mercader estremeciéndose y saltando del lecho, empuñó la espada. Y dijo al joven Pescador:

—¿Vas a devolver el bien por mal y pagar con mi sangre la bondad que he tenido contigo?

Pero su alma le dijo al joven Pescador:

—¡Mátalo!

Entonces el joven Pescador golpeó al mercader y lo hizo perder el sentido. Luego se apoderó de las nueve bolsas de oro, y huyó rápidamente atravesando el jardín de los granados, y volviendo continuamente el rostro hacia la estrella de la mañana.

Cuando estuvieron a una legua de la ciudad, el joven Pescador se golpeó el pecho y dijo a su alma:

—¿Por qué me ordenaste que asesinara al mercader y le robara su oro? No cabe duda que eres muy perversa.

Pero su alma le respondió:

—Cálmate, tranquilízate...

—¡No! —gritó el joven Pescador—, no puedo tranquilizarme, porque detesto todo lo que me has obligado a hacer. Y a tí también te detesto, y te ordeno que me expliques por qué me has obligado a actuar de esta manera.

Su alma le contestó entonces:

—Cuando te desprendiste de mí y me lanzaste al mundo, no me diste corazón; así que aprendí a hacer todas estas cosas, y a gustar de ellas.

—¿Qué dices? —murmuró el joven Pescador.

—Bien lo sabes —contestó su alma—, lo sabes muy bien. ¿Te olvidaste que no me diste corazón? Por eso, no te inquietes, ni me perturbes a mí. Tranquilízate, porque no hay dolor que no puedas ahuyentar, ni placer que no puedas conseguir.

Al oír estas palabras atroces, el joven Pescador tembló, y replicó a su alma:

—Eres perversa y malvada, me has hecho olvidar mi amor, me has seducido con tus tentaciones, y has encaminado mis pies por la senda del pecado.

Pero su alma replicó con petulancia:

—No olvides que cuando me arrojaste al mundo no me diste corazón. Ven, vamos ya a otra ciudad, y divirtámonos, porque tenemos nueve bolsas de oro para gastar.

Esta vez el joven Pescador arrojó al suelo las nueve bolsas de oro, y las pisoteó, gritando:

—¡No! ¡No quiero nada contigo, ni viajaré más en tu compañía! Tal como me desprendí de ti una vez, me desprenderé de nuevo ahora, porque no me has hecho más que daño.

Se volvió de espaldas a la luna, y con el cuchillito de mango de piel de víbora verde, trató de recortar, desde sus pies, esa sombra del cuerpo que es el cuerpo del alma.

Sin embargo ahora el alma no se separó de él, ni obedeció su mandato, sino que le dijo:

—El hechizo que te enseñó la bruja ya no te sirve ahora, porque ni yo puedo abandonarte, ni tú puedes desprenderte de mí. Sólo una vez en la vida un hombre puede separarse de su alma, pero aquel que la ha recibido de nuevo, tiene que conservarla consigo para siempre; y éste es su castigo y también su recompensa.

El joven Pescador palideció y apretó los puños, gritando:

—¡Fue una bruja malvada, porque eso no me lo dijo!

—No —repuso su alma—, ella fue fiel a Aquel a quien adora y servirá para siempre.

Cuando el joven Pescador comprendió que ya no podría librarse de su alma, que ahora era un alma perversa, y que habitaría en él para siempre, cayó en tierra llorando amargamente.

Al amanecer, el joven Pescador se levantó y dijo a su alma:

—Amarraré mis manos para que no te obedezcan, cerraré mis labios para que no repitan tus palabras, y volveré al lugar en que vive la sirena que amo. Caminaré de nuevo hacia el mar, hacia la bahía donde ella canta habitualmente y la llamaré, y le contaré el mal que he hecho a otros, y el mal que tú me has hecho a mí.

Y su alma lo tentó, diciéndole:

—¿Qué tan gran cosa es esa amada tuya, para que quieras volver con ella? Hay muchas mujeres en el mundo que son mucho más hermosas. Existen las bailarinas de Samaris, que bailan imitando a las aves y los animales, y llevan los pies teñidos de alheña, y cascabeles en las manos. Ellas ríen cuando bailan, y su risa es tan clara como la risa del agua. Ven conmigo y te las mostraré. Porque, ¿para qué te vas a preocupar de eso que tú crees que es pecado? ¿No fueron hechas para el goce las cosas sabrosas de comer? ¿Y acaso hay algún veneno en lo que es dulce de beber? No te perturbes más, y ven conmigo a otra ciudad. Muy cerca de aquí se encuentra una ciudad, donde hay un jardín de tulipanes poblado de pavos reales blancos y pavos reales de pecho azul. Cuando abren sus colas al sol son como discos de marfil y como discos de oro. Y la muchacha que los alimenta, baila con ellos, y algunas veces baila sobre sus manos y otras veces baila sobre sus pies. Y lleva los ojos pintados con antimonio, y las aletas de su nariz tienen el delicado molde de las alas de la golondrina. De una de ellas cuelga una flor tallada en una perla. Y ríe cuando baila y los aros de plata que lleva en los tobillos tintinean como campanitas. No te mortifiques más, y acompáñame a esa ciudad.

El joven Pescador ya no le contestó a su alma; cerró sus labios con un sello de silencio, amarró sus manos con una cuerda, y emprendió el regreso hacia el lugar de donde había venido, hacia la bahía donde su amada cantaba. Aunque su alma lo tentó sin cesar durante todo el camino, el joven Pescador no respondió, ni quiso seguir ninguno de sus pérfidos consejos. Tan grande era la fuerza de su amor.

Cuando por fin llegó a la orilla del mar, liberó sus manos de la cuerda, levantó de sus labios el sello de silencio y llamó a la sirenita. Pero esta vez ella no acudió a su llamada, a pesar de que él estuvo allí, implorando todo el día.

Su alma se burlaba, ahora, y le decía:

—Poca es la alegría que te produce tu amor. Eres como ese que, en tiempos de sequía, guarda su agua en un cántaro roto. Das lo que tienes y no recibes nada en cambio. Mejor será que te vengas conmigo, porque yo sé dónde está el valle de los Placeres, y las cosas que pasan allí.

El joven Pescador siguió sin responder a su alma, y en una quebrada de la roca, se construyó una cabaña, y habitó allí todo un año. Cada mañana llamaba a la sirenita, y todas las tardes la volvía a llamar, y pasaba las noches repitiendo su nombre.

Pero ella no salió del agua, jamás acudió a su encuentro, y tampoco pudo encontrarla en ningún lugar del mar, a pesar de que la buscó en las grutas y en el agua verde, en las charcas de la marea y en los pozos que hay en las profundidades.

Y sin cesar, su alma le tentaba, susurrándole cosas terribles. Pero no consiguió vencerlo, tan grande era la fuerza de su amor.

Y cuando pasó todo un año, pensó el alma:

—He tentado a mi dueño con el mal, y su amor es más fuerte que yo. Ahora voy a tentarlo con el bien, y quizás venga conmigo. Habló entonces al joven Pescador diciéndole:

—Te he referido los placeres del mundo, y no me has escuchado. Déjame ahora que te hable del dolor del mundo y acaso quieras oírme. Porque, en verdad, el dolor es el Rey del mundo, y no hay nadie que pueda escapar de sus redes. A unos les falta ropa, y otros no tienen pan. Hay viudas que se visten de púrpura, y hay viudas que se visten de harapos. A través de los pantanos caminan los leprosos, y son crueles unos con otros. De aquí para allá van los mendigos por los caminos, con sus bolsillos vacíos. Por las calles de las ciudades pasea el Hambre, y la Peste se estaciona en las puertas. Ven, vamos a remediar todo eso. ¿Para qué vas a quedarte aquí, llamando día y noche a tu amada, si ves que no viene nunca? ¿Qué tanto valor tiene ese amor tuyo para que le des tanta importancia?

Nuevamente el joven Pescador no quiso contestarle; tan grande era la fuerza de su amor. Y siguió llamando a la sirenita cada mañana, y todas las tardes la volvía a llamar y pasaba las noches repitiendo su nombre. Sin embargo, ella

nunca salió del agua para encontrarlo, ni tampoco pudo encontrarla en ningún lugar del mar, a pesar que la buscó en las corrientes, y en los valles que hay debajo de las olas; la buscó en el mar que al atardecer se tiñe de rojo, y en el mar que al amanecer se vuelve gris.

Cuando el segundo año transcurrió, una noche su alma dijo al joven Pescador, mientras estaba sentado en la cabaña:

—Te he tentado con el mal y te he tentado con el bien, pero tu amor es más fuerte que yo. No voy a volver a tentarte, pero te ruego que me dejes entrar en tu corazón, para ser de nuevo una sola contigo, como fuimos antes.

—Por cierto que puedes entrar —dijo el joven Pescador—, porque en los días que vagaste por el mundo sin corazón, has tenido que sufrir mucho.

—¡Ay! chilló el alma—. No hay sitio para mí en tu corazón, está repleto de amor.

—Yo quisiera ayudarte —dijo el joven Pescador.

En ese instante, un gran grito de duelo llegó del mar, como el grito que escuchan los hombres cuando muere un hijo del Mar.

El joven Pescador se puso en pie de un salto, y corrió hacia la orilla. Las olas sombrías se precipitaron hacia la playa, trayendo una carga más blanca que la plata. Blanca como la espuma y semejante a una flor flotante sobre las olas empenachadas de negro. La marejada la arrancó de las olas, la espuma la arrancó de la marejada, la playa la recibió... y el joven Pescador vio tendido a sus pies el cuerpo de la sirenita. La sirenita estaba muerta a sus pies.

Con el corazón deshecho de dolor, el joven pescador se echó sobre la arena, junto a la sirenita, y besó el rojo frío de su boca, y acarició el ámbar mojado de su cabellera. Se echó junto a la sirenita, llorando como el que tiembla de alegría y la estrechó contra su pecho. Estaban fríos sus labios, pero él los besó. Estaba salada la miel de su carne, pero él la saboreó con cruel alegría.

Y habló con el cadáver. En las conchas de las orejas de la sirenita vertió el vino agrio de su historia. Puso las manos de ella alrededor de su cuello, y con sus dedos le acarició la garganta delicada. Amarga, amarga era su alegría, y lleno de una extraña plenitud era su dolor.

El mar negro se acercaba hinchándose, y la blanca espuma gemía como un leproso. Con blancas manos de espuma el mar se aferraba a la playa. Y del

palacio del Rey del Mar se escuchó de nuevo el grito de dolor, y a lo lejos en alta mar, los tritones soplaron roncamente sus caracolas.

—Retírate— le advirtió su alma—, porque el mar se acerca cada vez más; si te demoras vas a morir. Retírate a un lugar seguro. ¿No querrás enviarme al otro mundo sin corazón?

Pero el joven Pescador no la escuchaba. Llamaba a la sirenita, y le decía:

—El amor es mejor que la sabiduría, y más precioso que las riquezas, y más bello que los pies de las hijas de los hombres. Al amor no lo consume el fuego, ni el agua puede apagarlo. Yo te llamaba al amanecer, y tú no acudiste a mi llamada. La luna oyó tu nombre, pero tú no escuchaste. Porque yo te había abandonado, y para daño mío vagué muy lejos de ti. Sin embargo, tu amor fue siempre conmigo a todas partes, y siempre fue poderoso, y nada prevaleció contra él, a pesar de que contemplé el mal y contemplé el bien. Y ahora que tú estás muerta, yo quiero también morir contigo.

Su alma le suplicaba que se retirase pero él no quiso hacerlo; tan grande era su amor. Y el mar se acercó cada vez más y trató de cubrirlo con sus olas. Y cuando él supo que su muerte estaba próxima, besó con labios frenéticos los labios fríos de la sirenita, y su corazón se hizo pedazos. Y como la plenitud de su amor hizo estallar su corazón, el alma encontró una abertura, y por allí entró, y fue de nuevo una sola con el joven Pescador, tal como antes. Entonces las sombrías olas del mar cubrieron al joven Pescador.

A la mañana siguiente, el sacerdote salió para bendecir el mar que había estado tormentoso, y con él venían los monjes y los músicos, y los acólitos llevando cirios, y una gran muchedumbre.

Cuando alcanzaron la orilla, el sacerdote vio al joven Pescador, ahogado sobre la playa con el cuerpo de la sirenita estrechamente abrazado. Y retrocedió frunciendo el ceño; y después de hacer la señal de la cruz anunció con resentimiento:

—¡No bendeciré al mar, ni a nada de lo que encierra! ¡Malditos sean los hijos del Mar, y malditos los que tienen relaciones con ellos! Y en cuánto a este joven Pescador, que por causa del amor olvidó a su Dios, y yace así, fulminado por el juicio de Dios, tomen su cuerpo y el cuerpo de su amante impía, y entiérrenlos al final del Campo de los Retamos, y no pongan encima marca ni señal alguna, para que nadie sepa el lugar donde descansan, porque fueron malditos en vida, y malditos son también en la eternidad de la muerte.

La gente le obedeció, y al final del Campo de los Retamos, en un sitio donde no crecía hierba, cavaron un profundo foso, y allí depositaron los cadáveres.

Cuando hubo pasado el tercer año, llegado que fue el día de la gran fiesta, subió el cura a la parroquia, para mostrarle al pueblo las llagas del Señor, y hablar de la cólera divina.

Después de vestirse con sus paramentos sacerdotales, cuando entró y se inclinó ante el altar, vio que estaba todo cubierto de extrañas flores fragantes, que jamás había visto anteriormente. Eran muy singulares, y su rara belleza le turbó, y el aroma fue dulce para su olfato, sugerente de nostalgias que jamás se cuajarían en recuerdos. Y se sintió alegre, sin saber por qué estaba alegre.

Después de abrir el tabernáculo y de incensar la custodia que había dentro, y demostrar la Santa Forma al pueblo, y de esconderla otra vez detrás del velo de los velos, comenzó hablar al pueblo. Se había propuesto hablarles de la cólera divina. Pero la belleza de las flores blancas lo turbaba, y su perfume era tan grato a su olfato, y otras palabras comenzaron a brotar de sus labios. Así no habló de la ira de Dios, sino del Amor de Dios. ¿Y por qué hablaba así? No lo sabía.

Al término de su prédica la gente lloraba, y el propio cura volvió a la sacristía con los ojos llenos de lágrimas. Y los diáconos vinieron a despojarle de sus paramentos, le quitaron el alba y el cíngulo, el manípulo y la estola, mas el sacerdote seguía inmóvil como en sueños.

Cuando lo hubieron desvestido, miró a los diáconos y dijo:

—¿Qué flores son esas que hay en el altar, y de dónde provienen?

Y ellos le contestaron:

—Qué flores son no podemos decirlo; pero provienen del final del Campo de los Retamos.

Entonces el cura se estremeció, atravesado de recuerdos, y volviendo a su casa se puso en oración.

Al amanecer del siguiente día, salió con los monjes y los músicos, y los portadores de cirios; y los acólitos, y una gran muchedumbre. Fue caminando hasta la orilla del mar y bendijo al mar, y a todos los seres que viven en él. A los faunos también los bendijo, y a las pequeñas criaturas que danzan en la selva, y a las criaturas de ojos brillantes que espían a través del follaje. A todos los seres del mundo de Dios los bendijo estremeciéndose de amor, y el pueblo estaba lleno de júbilo y asombro.

Sin embargo, desde entonces, nunca más volvieron a crecer flores en aquel rincón de los Campo de los Retamos, que volvió a quedar tan desierto como lo había sido.

Tampoco volvieron a entrar los hijos del Mar en la bahía, como acostumbraban a hacerlo, porque se fueron a otro lugar del limpio océano.

EL ABANICO DE LADY
WINDERMERE

OSCAR WILDE

Comedia en torno a una mujer buena

A la memoria querida de Roberto, conde de Lytton, con afecto y admiración.

PERSONAJES

LORD WINDERMERE.

LORD DARLINGTON.

LORD AUGUSTO LORTON.

MISTER DUMBY.

MISTER CECILIO GRAHAM.

MISTER HOPPER.

PARKER, mayordomo.

LADY WINDERMERE.

DUQUESA DE BERWICK.

LADY AGATA CARLISLE.

LADY PLYMDALE.

LADY STUTFIELD.

LADY JEDBURGH.

MISTRESS COWPER-COWPER.

MISTRESS ERLYNNE.

ROSALIA, doncella.

Época, la actual. Lugar de la acción, Londres, desarrollándose dentro de las veinticuatro horas, comenzando un jueves a las cinco de la tarde y terminando al día siguiente, a la una y media de la tarde.

Acto Primero

Gabinete de confianza en la casa de lord Windermere, en Carlton. Puertas en el centro y a la derecha. Mesa de despacho, con libros y papeles, a la derecha.

Sofá, con mesita de té, a la izquierda. Puerta balcón, que se abre sobre la terraza, a la izquierda. Mesa, a la derecha.

LADY WINDERMERE está ante la mesa de la derecha arreglando unas rosas en un búcaro azul. (*Entra Parker*).

PARKER.- ¿Está su señoría en casa esta tarde?

LADY WINDERMERE.- ¿Quién ha venido?

PARKER.- Lord Darlington, señora.

LADY WINDERMERE (*Titubea un momento*).- Que pase... Y estoy en casa para todos los que vengan.

PARKER.- Bien, señora. (*Sale por el centro*)

LADY WINDERMERE.- Prefiero verle antes de esta noche. Me alegro de que haya venido, (*Entra Parker por el centro*)

PARKER.- Lord Darlington.

(*Entra Lord Darlington por el centro. Sale Parker*)

LORD DARLINGTON.- ¿Cómo está usted, lady Windermere?

LADY WINDERMERE.- ¿Cómo está usted, lord Darlington? No, no puedo darle la mano. Mis manos están todas mojadas con estas rosas. ¿No son hermosas? Han llegado de Selby esta mañana.

LORD DARLINGTON.- Son totalmente perfectas. (*Ve un abanico que está sobre la mesa*) ¡Qué maravilloso abanico! ¿Puedo examinarlo?

LADY WINDERMERE.- Véalo. Bonito, ¿verdad? Lleva puesto mi nombre y todo. Acaban de enviármelo. Es el regalo de cumpleaños de mi marido. ¿No sabe usted que hoy es mi cumpleaños?

LORD DARLINGTON.- No. ¿Es verdad?

LADY WINDERMERE.- Sí, es hoy mi mayoría de edad. Día completamente importante en mi vida, ¿no? Por eso doy esta noche una reunión. Siéntese usted. (*Sigue arreglando las flores*)

LORD DARLINGTON (*Sentándose*).- Siento no haber sabido que era su cumpleaños, lady Windermere. Habría cubierto de flores toda la calle, delante de su casa, para que usted las pisara. Para eso están hechas. (*Una breve pausa*)

LADY WINDERMERE.- Lord Darlington, me estuvo usted molestando la noche pasada en el Ministerio de Estado. Y temo que vaya usted a molestarme de nuevo.

LORD DARLINGTON.- ¿Yo, lady Windermere?

(Entran Parker y un Criado, por el centro, llevando en una bandeja un servicio de Té.)

LADY WINDERMERE.- Póngalo aquí, Parker. Así está bien. *(Sécase las manos con un pañuelo, va hacia la mesita de té a la izquierda y se sienta)* ¿Quiere usted sentarse, lord Darlington?

(Salen Parker y el Criado por el centro)

LORD DARLINGTON *(Coge una silla y se acerca)* Soy un completo miserable, lady Windermere. Debe usted decirme qué es lo que hice. *(Siéntase a la izquierda de la mesita)*

LADY WINDERMERE.- Bueno; pues estarme echando flores toda la noche.

LORD DARLINGTON *(Sonriendo)*.- ¡Ah! Hoy día estamos tan pobres de todo, que la única cosa divertida es echar flores. Es lo único que puede echarse.

LADY WINDERMERE *(Moviendo la cabeza)*.- No, le estoy a usted hablando muy seriamente. No sonrío usted, lo digo muy en serio. No me gustan los cumplidos y me parece inconcebible que haya quien crea agradar extraordinariamente a una mujer por decirle un montón de cosas en las que no cree.

LORD DARLINGTON.- ¡Ah! Pero es que yo las creo. *(Coge la taza de té que ella le ofrece)*

LADY WINDERMERE *(Gravemente)*.- Espero que no. Sentiría tener que regañar con usted, lord Darlington. Ya sabe que le quiero mucho. Pero dejaría de quererle en absoluto si pensase que es usted como la mayoría de los hombres. Créame: es usted mejor que la mayoría de los hombres, pero a veces quiere usted parecer peor.

LORD DARLINGTON.- Todos tenemos nuestras pequeñas vanidades, lady Windermere.

LADY WINDERMERE.- ¿Y por qué hace usted de esa, especialmente, la suya? *(Sigue sentada ante la mesa de la izquierda)*

LORD DARLINGTON *(Siempre sentado en el centro)*.- ¡Oh! En la actualidad, hay tanta gente en sociedad que pretende ser buena, que me parece casi una prueba de grata y modesta disposición pretender ser malo. Además, es preciso confesarlo. Si pretende uno ser bueno, el mundo le toma a

uno muy en serio. Y si pretende ser malo, sucede lo contrario. Tal es la asombrosa estupidez del optimismo.

LADY WINDERMERE.- Entonces, ¿usted no quiere que el mundo le tome en serio, lord Darlington?

LORD DARLINGTON.- No, el mundo, no. ¿Quién es la gente a la que el mundo toma en serio? Toda la gente más aburrida para mí, desde los obispos para abajo. Me gustaría que me tomase usted en serio, lady Windermere; usted más que nadie en la vida.

LADY WINDERMERE.- ¿Por qué yo?

LORD DARLINGTON (*Después de una breve vacilación*).- Porque creo que podríamos ser grandes amigos. Puede usted necesitar algún día un amigo.

LADY WINDERMERE.- ¿Por qué dice usted eso?

LORD DARLINGTON.- ¡Oh!... Todos necesitamos a veces amigos.

LADY WINDERMERE.- Creo que somos ya buenos amigos, lord Darlington. Podemos seguir siéndolo siempre, mientras usted no...

LORD DARLINGTON.- ¿No qué?

LADY WINDERMERE.- No lo eche a perder diciéndome cosas extravagantes y tontas. Me cree usted una puritana, ¿verdad? Bueno, pues tengo algo de puritana. Quisieron educarme así. Me alegro mucho de eso. Mi madre murió cuando era yo una simple niña. Viví siempre con lady Julia, la hermana mayor de mi padre, como usted sabe. Era severa conmigo, pero me enseñó lo que el mundo está olvidando: la diferencia que hay entre lo que está bien y lo que está mal. No toleraba ninguna claudicación. Yo tampoco la tolero.

LORD DARLINGTON.- ¡Mi querida lady Windermere!

LADY WINDERMERE (*Recostándose en el sofá*).- Me mira usted como si fuese de otra época. ¡Bien; lo soy! Sentiría estar al mismo nivel de una época como esta.

LORD DARLINGTON.- ¿La cree usted mala?

LADY WINDERMERE.- Sí. Hoy en día la gente parece considerar la vida como una especulación. Y no es una especulación. Es un sacramento. Su ideal es el amor. Su purificación es el sacrificio.

LORD DARLINGTON (*Sonriendo*).- ¡Oh, todo es preferible a ser sacrificado!

LADY WINDERMERE (*Inclinándose hacia adelante*).- No diga usted eso.

LORD DARLINGTON.- Lo digo. Lo siento... Lo sé.

(Entra Parker por el centro)

PARKER.- Señora, esos hombres quieren saber si tienen que poner las alfombras en la terraza para esta noche.

LADY WINDERMERE.- ¿Cree usted que lloverá, lord Darlington?

LORD DARLINGTON.- ¡No quiero oír hablar de lluvia el día de su cumpleaños!

LADY WINDERMERE.- Diga usted entonces que las pongan, Parker.

(Sale Parker)

LORD DARLINGTON (*Sigue sentado*).- ¿Cree usted entonces en el caso de un matrimonio joven, que llevase alrededor de dos años de vida conyugal, si el marido se hiciera de repente el amigo íntimo de una mujer de..., bueno, de reputación más que dudosa (*la visitase continuamente, comiese con ella y pagase probablemente sus cuentas*), cree usted que la esposa no debería consolarse por su lado ella también?

LADY WINDERMERE (*Frunciendo el ceño*).- ¿Consolarse ella también?

LORD DARLINGTON.- Sí, yo creo que debería hacerlo, creo que tendría ese derecho.

LADY WINDERMERE.- Porque el marido sea tan vil, ¿la mujer debe serlo también?

LORD DARLINGTON.- Vileza es una palabra terrible, lady Windermere.

LADY WINDERMERE.- Lo terrible es el hecho, lord Darlington.

LORD DARLINGTON.- ¿Sabe usted que temo que la gente buena hace una gran cantidad de daño en este mundo? Realmente, el mayor daño está en dar tan extraordinaria importancia a la maldad. Es absurdo dividir a la gente en buena y mala. La gente es tan solo encantadora o aburrida. Yo estoy al lado de la gente encantadora, y usted, lady Windermere, no puede menos de serlo.

LADY WINDERMERE.- ¡Vamos, lord Darlington! (*Levantándose y cruzando hacia la derecha por delante de él*) No se mueva; voy sencillamente a acabar de arreglar mis flores. (*Va hacia la mesa de la derecha.*)

LORD DARLINGTON (*Levantándose y apartando su silla*).- Y yo debo decirle que es usted realmente dura con la vida moderna, lady Windermere. Claro que ésta es muy perniciosa, lo concedo. La mayoría de las mujeres son hoy en día, por ejemplo, más bien venales.

LADY WINDERMERE.- No hable usted de tales gentes.

LORD DARLINGTON.- Bueno, dejando a un lado a esa gente venal, que es, naturalmente, horrenda, ¿cree usted seriamente que las mujeres que han cometido lo que el mundo llama una falta no deben nunca ser perdonadas?

LADY WINDERMERE (*En pie ante la mesa*).- Creo que no deben ser perdonadas nunca.

LORD DARLINGTON.- ¿Y los hombres? ¿Cree usted que debe aplicarse la misma ley a los hombres que a las mujeres?

LADY WINDERMERE.- ¡Indudablemente!

LORD DARLINGTON.- Me parece la vida una cosa demasiado compleja para poder ser regida por unas reglas tan rígidas y fijas.

LADY WINDERMERE.- Si todos tuviésemos «esas reglas rígidas y fijas», encontraríamos la vida mucho más sencilla.

LORD DARLINGTON.- ¿No admite usted excepciones?

LADY WINDERMERE.- ¡Ninguna!

LORD DARLINGTON.- ¡Ah! ¡Qué puritana tan fascinadora es usted, lady Windermere!

LADY WINDERMERE.- El adjetivo es innecesario, lord Darlington.

LORD DARLINGTON.- No he podido evitarlo. Puedo resistir a todo, excepto a la tentación.

LADY WINDERMERE.- Tiene usted la afectación moderna de la debilidad.

LORD DARLINGTON (*Mirándola*).- Es solamente una afectación, lady Windermere.

(*Entra Parker por el centro*)

PARKER.- La duquesa de Berwick y lady Agata Carlisle.

(*Entran la Duquesa de Berwick y Lady Agata Carlisle por el centro. Sale Parker*)

DUQUESA DE BERWICK (*Adelantándose por el centro y estrechando las manos*).- ¡Querida Margarita, me alegro mucho de verla! Se acuerda usted de Agata, ¿verdad? (*Cruzando hacia la izquierda*) ¿Cómo está usted, lord Darlington? No quiero que conozca usted a mi hija; es usted demasiado malo.

LORD DARLINGTON.- No diga usted eso duquesa. Como hombre malo, soy un completo fracaso. Por supuesto, hay mucha gente que dice que no he hecho en toda mi vida nada malo. Claro es que lo dicen únicamente a espaldas mías.

DUQUESA DE BERWICK.- ¿Y no es eso una maldad? Agata, aquí tienes a lord Darlington. Mucho cuidado con creer ni una palabra de lo que dice. (*Lord Darlington cruza hacia la derecha*) No, té, no; gracias, querida. (*Cruzando y sentándose en el sofá*) Acabamos de tomar el té en casa de lady Markby. Bastante malo, además. Era completamente intomable. No tiene nada de sorprendente. Se lo proporciona su propio yerno. Agata está esperando con impaciencia su baile de esta noche, querida Margarita.

LADY WINDERMERE (*Sentándose a la izquierda*).- ¡Oh! No crea que va a ser un baile, duquesa. Es solamente una reunión para celebrar mi cumpleaños. Reducida y corta.

LORD DARLINGTON (*En pie, a la izquierda*).- Muy reducida, muy corta y muy selecta, duquesa.

DUQUESA DE BERWICK (*En el sofá, a la izquierda*) Naturalmente, tratándose de usted, será selecta. Pero ya sabemos, querida Margarita, basta que sea en su casa. Es realmente una de las pocas casas en Londres a las que puedo llevar a Agata y en donde me siento perfectamente segura con respecto al querido duque. No sé adónde va a parar la sociedad. Se ven las gentes más espantosas en todas partes. Acuden, realmente, a mis reuniones... Los hombres se ponen muy furiosos si no se los invita. Realmente, debiera alguien alzarse contra ellas.

LADY WINDERMERE.- Yo lo haré, duquesa. No quiero recibir en mi casa a nadie que haya suscitado un escándalo.

LORD DARLINGTON (*A la derecha*).- ¡Oh! No diga usted eso, lady Windermere. ¡Entonces no me permitiría usted nunca la entrada! (*Se sienta*)

DUQUESA DE BERWICK.- ¡Oh! En los hombres no importa. Con las mujeres es diferente. Somos buenas. Algunas, por lo menos. Pero nos están arrinconando, sin duda. Nuestros maridos acabarían, realmente, por olvidar nuestra existencia si de cuando en cuando no los mortificásemos lo suficiente para hacerles recordar que tenemos un perfecto y legal derecho a hacerlo.

LORD DARLINGTON.- Es curioso, duquesa, el juego alrededor del matrimonio (un juego que, dicho sea entre paréntesis, está quedando pasado de moda); las esposas gozan de todos los triunfos y pierden invariablemente la baza ventajosa.

DUQUESA DE BERWICK.- ¿La baza ventajosa? ¿Es ésta el marido, lord Darlington?

LORD DARLINGTON.- ¿No será demasiado bueno ese nombre para el marido perfecto?

DUQUESA DE BERWICK.- Mi querido lord Darlington, ¡qué concienzudamente depravado es usted!

LADY WINDERMERE.- Lord Darlington es frívolo.

LORD DARLINGTON.- ¡Ah! No diga usted eso, lady Windermere.

LADY WINDERMERE.- ¿Por qué habla usted entonces tan frívolamente de la vida?

LORD DARLINGTON.- Porque creo que la vida es demasiado importante siempre para hablar seriamente de ella.

(Se adelanta hacia el centro)

DUQUESA DE BERWICK.- ¿Qué ha querido usted decir? Explíquemelo en atención a mi pobre juicio, lord Darlington; explíqueme, simplemente, lo que ha querido decir, en realidad.

LORD DARLINGTON *(Colocándose detrás de la mesa)*.- Creo que será preferible no hacerlo, duquesa. Hoy día, ser inteligente es dejarse atrapar. ¡Adiós! *(Estrecha la mano a la duquesa)* Y ahora *(Adelantándose)*, adiós, lady Windermere. ¿Puedo venir esta noche? Déjeme usted venir.

LADY WINDERMERE *(Permaneciendo ante las candilejas con Lord Darlington)*.- Ciertamente que sí. Pero no diga usted tonterías insinceras a la gente.

LORD DARLINGTON *(Sonriendo)*.- ¡Ah! Empieza usted a reformarme. Es una cosa arriesgada reformar a nadie, lady Windermere. *(Se inclina y sale por el centro)*

DUQUESA DE BERWICK *(Que se ha levantado, yendo hacia el centro)*.- ¡Qué persona tan perversamente seductora! Le quiero mucho. ¡Me encanta que se haya ido! ¡Qué bonita está usted! ¿Dónde se viste? Y ahora debo decirle lo apenada que estoy por usted, querida Margarita. *(Yendo al sofá y sentándose con Lady Windermere.)* ¡Agata, rica!

LADY AGATA.- Sí, mamá. *(Se levanta.)*

DUQUESA DE BERWICK.- ¿Quieres ir a ver el álbum de fotografías que está allí?

LADY AGATA.- Sí, mamá. *(Se dirige a la mesa de la izquierda)*

DUQUESA DE BERWICK.- ¡Niña querida! ¡Es tan aficionada a las fotografías de Suiza! Me parece que es un gusto inocente. Pues, realmente, estoy apenada por usted, Margarita.

LADY WINDERMERE (*Sonriendo*).- ¿Por qué, duquesa?

DUQUESA DE BERWICK.- ¡Oh! A propósito de esa horrible mujer. Se viste tan bien, demasiado bien, lo cual es mucho peor, pues así da un ejemplo terrible. Augusto (ya conoce usted a mi desacreditado hermano, un castigo para todos nosotros); bueno, Augusto está locamente enamorado de ella. Es un verdadero escándalo, porque ella resulta absolutamente inadmisibles en sociedad. Hay muchas mujeres que tienen un pasado, pero me han dicho que esta tiene, por lo menos, una docena y que son todos de lo mejor.

LADY WINDERMERE.- ¿De quién habla usted, duquesa?

DUQUESA DE BERWICK.- De mistress Erlynne.

LADY WINDERMERE.- ¿Mistress Erlynne? No he oído hablar nunca de ella, duquesa. ¿Qué tiene que ver conmigo?

DUQUESA DE BERWICK.- ¡Pobre hija mía! ¡Agata, rica!

LADY AGATA.- Sí, mamá. (*Sale por la puerta balcón de la izquierda*)

DUQUESA DE BERWICK.- ¡Qué buena chica! ¡Tan aficionada a las puestas de sol! Lo cual demuestra una sensibilidad muy refinada, ¿no? Después de todo, no hay nada semejante a la Naturaleza, ¿verdad?

LADY WINDERMERE.- Pero ¿qué sucede, duquesa? ¿Por qué me habla usted de esa persona?

DUQUESA DE BERWICK.- ¿No lo sabe usted, realmente? Le aseguro que todos estamos angustiados con ella. Anoche precisamente, en casa de la querida lady Jansen, todo el mundo hablaba de lo extraordinario que era que entre todos los hombres de Londres fuera él quien se comportase así.

LADY WINDERMERE.- ¿Mi marido?... ¿Qué tiene él que ver con una mujer de esa clase?

DUQUESA DE BERWICK.- ¡Ah, esa es precisamente la cuestión, querida! Él va a verla continuamente, se pasa con ella horas enteras, y mientras está allí, ella no recibe a nadie en su casa. No es que vayan a visitarla muchas señoras, querida, pero tiene una gran cantidad de amigos desacreditados mi propio hermano, en particular, como ya le he dicho, y esto es lo que hace espantosa la conducta de Windermere. Nosotras le considerábamos como un marido modelo, pero me temo que la cosa sea innegable. Mis queridas sobrinas ya sabe usted, las chicas de Sanville, unas muchachas muy caseras, feas, horrorosamente feas, pero ¡tan buenas!...; bueno, están siempre en el balcón haciendo labores de fantasía y esas horribles ropas para los pobres

que, según creo, se llevan mucho en estos tiempos socialistas; pues esta terrible mujer ha tomado una casa en la calle de Curzon frente a la de ellas, una calle tan respetable. ¡No sé adónde vamos a parar! Ellas me han dicho que Windermere va a visitarla cuatro y cinco veces por semana; lo ven. No pueden menos, y aunque no les gusta hablar de escándalos, como es natural, se lo han hecho notar a todo el mundo. Y lo peor de esto es que esa mujer, según dicen, tiene mucho dinero que le pasa a alguien, pues hace unos seis meses, cuando llegó a Londres, no tenía nada, y ahora posee esa preciosa casa en el mejor barrio, guía caballos propios por el parque todas las tardes y, en fin, no le falta nada desde que conoce al pobre y querido Windermere.

LADY WINDERMERE.- ¡Oh! ¡No puedo creerlo!

DUQUESA DE BERWICK.- Pues es completamente cierto, querida. Todo Londres lo sabe. Por eso he creído preferible venir y hablar con usted y aconsejarle que se lleve fuera a Windermere inmediatamente, a Alemania o a Francia, a un sitio en que se divierta algo y pueda usted vigilarle durante todo el día. Le aseguro, querida, que en varias ocasiones, recién casada, tuve que fingirme muy enferma, viéndome obligada a beber las aguas minerales más desagradables, exclusivamente por sacar a Berwick de la capital. ¡Era tan extraordinariamente sensible! Aunque puedo decir que nunca dio grandes sumas a nadie. ¡Lo cual demuestra que tiene principios muy elevados!

LADY WINDERMERE (*Interrumpiéndola*).- Duquesa, duquesa, ¡eso es imposible! (*Levantándose y cruzando la escena hacia el centro*) Hace solo dos años que estamos casados. Nuestro hijo no tiene más que seis meses. (*Se sienta en la silla junto a la mesa de la izquierda*)

DUQUESA DE BERWICK.- ¡Ah, el querido y precioso niñito! ¿Cómo está el chiquitín? ¿Es niño o niña? Espero que niña... ¡Ah, no! Recuerdo que es niño. Lo siento tanto. Los niños son muy malos. El mío es atrozmente inmoral. No puede usted figurarse a qué horas vuelve a casa. Y acaba de salir de Oxford hace pocos meses... Realmente, no sé qué les enseñan allí.

LADY WINDERMERE.- ¿Son malos todos los hombres?

DUQUESA DE BERWICK.- ¡Oh! Todos ellos, querida; todos ellos, sin excepción. Y nunca mejoran. Los hombres envejecen, pero no mejoran jamás.

LADY WINDERMERE.- Windermere y yo nos casamos por amor.

DUQUESA DE BERWICK.- Sí, nosotros empezamos así. Sólo las brutales e incesantes amenazas de suicidio de Berwick me hicieron aceptarlo por esposo, y antes del año estaba corriendo detrás de toda clase de faldas, de todos los colores, de todas las hechuras y de todas las telas. En realidad, antes de terminar la luna de miel le pesqué con una de mis doncellas, linda y decente muchacha. La despedí inmediatamente, sin darle certificado. No; recuerdo que se la cedí a mi hermana; el pobre y querido sir Jorge es tan miope, que pensé que no habría cuidado. Pero lo hubo, y de lo más desgraciado. (*Levantándose*) Y ahora, hija mía, tengo que irme: cenamos fuera. Y no se acongoje demasiado

el corazón con esa pequeña aberración de Windermere. Lléveselo en seguida al extranjero y verá cómo vuelve a usted perfectamente.

LADY WINDERMERE.- ¿Volver a mí?

DUQUESA DE BERWICK.- Sí, querida; esas malditas mujeres nos quitan a nuestros maridos, pero ellos acaban siempre por volver, ligeramente averiados, claro es. Y no le haga usted escenas. Los hombres las detestan.

LADY WINDERMERE.- Ha sido usted muy buena, duquesa, en venir a contarme todo eso. Pero no puedo creer que mi marido me engañe.

DUQUESA DE BERWICK.- ¡Hija querida! Así era yo en otro tiempo. Ahora sé que todos los hombres son unos monstruos. (*Lady Windermere toca el timbre*) Lo único que se puede hacer es dar bien de comer a esos miserables. Un buen cocinero hace maravillas y sé que usted lo tiene. Mi querida Margarita, ¿no irá usted a llorar?

LADY WINDERMERE.- No tema usted, duquesa; yo nunca lloro.

DUQUESA DE BERWICK.- Hace usted perfectamente, querida. El llanto es el refugio de las mujeres feas y la ruina de algunas bonitas. ¡Agata, rica!

LADY AGATA (*Entrando por la izquierda.*) .-¿Qué, mamá? (*Permanece detrás de la mesa, a la izquierda*)

DUQUESA DE BERWICK.- Di adiós a lady Windermere y dale las gracias por su encantadora visita. (*Volviendo nuevamente hacia atrás*) Y, entre paréntesis, tengo yo también que darle las gracias por haber enviado una invitación a mister Hopper..., ese joven australiano, tan rico, de quien la gente habla tanto ahora. Su padre hizo una gran fortuna vendiendo no sé qué clase de conservas en latas redondas..., muy sabrosas creo (me figuro que son esas que los criados se niegan siempre a tomar). Pero el hijo es muy interesante. Creo que se siente atraído por la amena conversación de mi querida Agata. Claro es que nosotros sentiríamos mucho perderla; pero, a mi juicio, una madre que no se separa de su hija todas las temporadas no le profesa verdadero cariño. Vendremos esta noche, querida. (*Parker abre la puerta del centro*) Y acuérdesse de mi consejo: llévese al pobre muchacho fuera de Londres en seguida; es lo único que puede hacerse. Adiós otra vez; vamos, Agata.

(*Salen la Duquesa y Lady Agata, por el centro*)

LADY WINDERMERE.- ¡Qué horrible! Ahora comprendo lo que quería decir lord Darlington con su ejemplo imaginario del matrimonio que no lleva más que dos años de casado. ¡Oh!, ¡no puede ser verdad!... La duquesa habla de enormes cantidades entregadas a esa mujer. Sé dónde guarda Arturo su talonario de cheques: en uno de los cajones de esa mesa. Si quisiera, podría encontrarlo. (*Abre el cajón*) No; será algún error atroz. (*Se levanta y se va hacia el centro*) Algún rumor estúpido. ¡El me ama! Pero ¿por qué no he de mirar? ¡Soy su mujer y tengo derecho a hacerlo! (*Vuelve a la mesa, saca el*

talonario de cheques y lo examina página por página; sonrío y lanza un suspiro de alivio) ¡Lo sabía! No hay una sola palabra de verdad en esa historia estúpida. (Vuelve a dejar el talonario en el cajón. Al hacerlo así, se estremece y saca otro talonario) ¡Un segundo talonario personal y cerrado! (Intenta abrirlo, pero no lo consigue. Ve un cortapapeles encima de la mesa y corta con él la cubierta del talonario. Empieza a hojearlo por la primera página) «Mistress Erlynne..., seiscientas libras... Mistress Erlynne, setecientas libras... Mistress Erlynne, cuatrocientas libras.» ¡Oh, era verdad! ¡Era verdad! ¡Qué horrible!

(Arroja el talonario al suelo. Entra Lord Windermere, por el centro)

LORD WINDERMERE.- Bueno, querida: ¿has recibido ya el abanico que te he enviado a casa? *(Va hacia la derecha. Ve el talonario)* Margarita, ¿has abierto mi talonario? ¡No tenías derecho a hacer tal cosa!

LADY WINDERMERE.- Te parece mal que te haya descubierto, ¿verdad?

LORD WINDERMERE.- Me parece mal que una mujer espíe a su marido.

LADY WINDERMERE.- Yo no te he espiado. Hasta hace media hora no conocía la existencia de esa mujer. Alguien se compadeció de mí y tuvo la bondad de decirme lo que todo Londres sabe ya...: tus visitas diarias a la calle Curzon, tu loco apasionamiento, ¡las monstruosas cantidades derrochadas con esa infame mujer!

(Pasa a la izquierda)

LORD WINDERMERE.- ¡Margarita! No hables así de mistress Erlynne, ¡no sabes lo injusta que eres!

LADY WINDERMERE *(Volviéndose hacia él)*.- ¡Qué celoso estás del honor de mistress Erlynne! Quisiera que lo estuvieras tanto del mío.

LORD WINDERMERE.- Tu honor está intacto, Margarita. No puedes creer un instante que...

(Vuelve a guardar el talonario dentro de la mesa)

LADY WINDERMERE.- Creo que gastas extrañamente tu dinero. Eso es todo. ¡Oh! No te imagines que pienso en el dinero. Por lo que a mí se refiere, puedes derrochar todo lo que tenemos. Pero lo que pienso es que tú, que me has querido y me has enseñado a quererte, puedas pasar del amor que se da al amor que se vende. ¡Oh, eso es horrible! *(Se sienta en el sofá)* ¡Y me siento degradada! Tú no sientes nada. Yo me siento afrentada, completamente afrentada. Tú no puedes darte cuenta de lo odiosos que me parecen ahora estos meses últimos. Cada beso que me has dado está corrompiendo mi memoria.

LORD WINDERMERE *(Yendo hacia ella)*.- No digas eso, Margarita. No he querido nunca a nadie más que a ti en el mundo entero.

LADY WINDERMERE (*Levantándose*).- ¿Quién es esa mujer, entonces? ¿Por qué has tomado una casa para ella?

LORD WINDERMERE.- Yo no he tomado una casa para ella.

LADY WINDERMERE.- Le has dado dinero para tomarla, lo cual es lo mismo.

LORD WINDERMERE.- Margarita, hasta donde conozco a mistress Erlynne...

LADY WINDERMERE.- ¿Hay un mister Erlynne o es un mito?

LORD WINDERMERE.- Su marido murió hace muchos años. Está sola en el mundo.

LADY WINDERMERE.- ¿Sin parientes? (*Una pausa*)

LORD WINDERMERE.- Sin ninguno.

LADY WINDERMERE.- Muy curioso, ¿verdad?

LORD WINDERMERE.- Margarita, iba a decirte, y te ruego que me escuches, que por lo que sé de mistress Erlynne se ha conducido bien. Si hace años...

LADY WINDERMERE.- ¡Oh! (*Cruzando hacia la derecha*) ¡No necesito detalles de su vida!

LORD WINDERMERE (*En el centro*).- No voy a darte ningún detalle de su vida. Te diré simplemente esto: mistress Erlynne fue en otro tiempo honrada, querida, respetada. Era de noble cuna, tenía buena posición, lo perdió todo, lo dilapidó, si quieres; esto lo hace aún todo más amargo. Las desgracias que vienen de fuera pueden soportarse, son accidentes. Pero sufrir por culpa propia, ¡ah!, es el tormento de la vida. Además, fue hace veinte años. Era ella poco más que una niña entonces. Llevaba menos tiempo de casada que tú.

LADY WINDERMERE.- No me interesa nada de ella, ni debieras mencionarnos a esa mujer y a mí al mismo tiempo. Es una falta de sensibilidad. (*Se sienta a la derecha ante la mesa de despacho*)

LORD WINDERMERE.- Margarita, tú podrías salvar a esa mujer. A ella le es preciso volver a entrar en sociedad y necesita que tú la ayudes. (*Acercándose a ella*)

LADY WINDERMERE.- ¡Yo!

LORD WINDERMERE.- Sí, tú.

LADY WINDERMERE.- ¡Qué insolencia la suya! (*Una pausa*)

LORD WINDERMERE.- Margarita, voy a pedirte un gran favor, y te lo pido a ti, a pesar de que hayas descubierto lo que pensé que podría ocultarse siempre, y es que he dado a mistress Erlynne crecidas sumas. Necesito que le envíes una invitación para tu fiesta de esta noche. (*Permanece en pie, junto a ella, a la izquierda*)

LADY WINDERMERE.- ¡Estás loco! (*Se levanta*)

LORD WINDERMERE.- Te lo suplico. La gente puede murmurar de ella; murmurar, sí, naturalmente; pero nadie sabe nada concreto en contra suya. Ella ha estado ya en varias casas, no en casas a las que tú irías, lo reconozco; pero en casas, sin embargo, adonde van señoras que pertenecen a eso que se llama la buena sociedad hoy en día. Esto no le satisface. Ella quiere que tú la recibas una vez.

LADY WINDERMERE.- ¿Como un triunfo para ella, me figuro?

LORD WINDERMERE.- No; sino porque sabe que tú eres una mujer digna, y que si viene aquí una vez podrá tener una probabilidad de vivir más feliz y tranquila de lo que vive. No hará el menor intento por intimar contigo. ¿No quieres ayudar a una mujer que trata de levantarse?

LADY WINDERMERE.- ¡No! Si una mujer se arrepiente realmente, no desea nunca volver a la sociedad que causó o que vio su ruina.

LORD WINDERMERE.- Te lo ruego.

LADY WINDERMERE (*Yendo hacia la puerta de la derecha*).- Voy a vestirme para la cena y no vuelvas a mencionar esa cuestión esta noche. (*Yendo hacia él a la derecha*) Te imaginas que porque no tengo padre ni madre estoy sola en el mundo y que puedes tratarme como quieras. Estás equivocado; tengo amigos, muchos amigos.

LORD WINDERMERE.- Margarita, hablas tontamente, sin reflexionar. No quiero discutir contigo, pero insisto en que invites a mistress Erlynne esta noche.

LADY WINDERMERE.- No haré nada semejante. (*Se dirige hacia la izquierda*)

LORD WINDERMERE.- ¿Te niegas?

LADY WINDERMERE.- ¡En absoluto!

LORD WINDERMERE.- ¡Ah! Margarita, hazlo por mí; es su última oportunidad.

LADY WINDERMERE.- ¿Y a mí qué me importa?

LORD WINDERMERE.- ¡Qué duras sois las mujeres buenas!

LADY WINDERMERE.- ¡Y qué débiles los hombres malos!

LORD WINDERMERE.- Margarita, ninguno de nosotros puede ser lo bastante bueno para la mujer con quien se casa...; esto es completamente cierto... Pero no vayas a imaginar que yo quiero nunca... ¡Oh! ¡La insinuación es monstruosa!

LADY WINDERMERE.- ¿Por qué ibas tú a ser diferente de los demás hombres? He oído decir que apenas hay un marido en Londres que no malgaste su vida en alguna pasión vergonzosa.

LORD WINDERMERE.- Yo no soy uno de esos.

LADY WINDERMERE.- ¡No estoy segura de ello!

LORD WINDERMERE.- Estás segura en tu corazón. Pero no abramos abismo tras abismo entre nosotros. Bien sabe Dios que estos últimos y escasos minutos nos han separado ya bastante. Siéntate y escribe la invitación.

LADY WINDERMERE.- Nada en el mundo me inducirá a eso.

LORD WINDERMERE (*Yendo hacia la mesa de despacho*).- Entonces, ¡lo haré yo! (*Llama al timbre, se sienta y escribe la invitación*)

LADY WINDERMERE.- ¿Vas a invitar a esa mujer? (*Yendo hacia él*)

LORD WINDERMERE.- Sí. (*Pausa. Entra Parker*) ¡Parker!

PARKER.- Diga, señor. (*Se adelanta hacia la izquierda*)

LORD WINDERMERE.- Tome esta carta para mistress Erlynne, calle Curzon, número ochenta y cuatro. (*Va hacia la izquierda y entrega la carta a Parker*) ¡No tiene contestación!

(*Sale Parker por el centro.*)

LADY WINDERMERE.- Arturo, si esa mujer viene aquí, la insultaré.

LORD WINDERMERE.- Margarita, no digas eso.

LADY WINDERMERE.- Pienso hacerlo.

LORD WINDERMERE.- Criatura, si hicieses semejante cosa, no habría una mujer en Londres que no te compadeciese.

LADY WINDERMERE.- No habría una mujer digna en Londres que no me aplaudiese. Hemos sido demasiado cobardes. Tenemos que dar un ejemplo. Me propongo empezar yo esta noche. (*Cogiendo el abanico*) Sí, me has regalado hoy este abanico; ha sido tu regalo de cumpleaños. Pues si esa mujer pasa el umbral de mi casa, le cruzo la cara con él.

LORD WINDERMERE.- Margarita, no harás semejante cosa.

LADY WINDERMERE.- ¡Tú no me conoces! (*Se dirige a la derecha. Entra Parker.*) ¡Parker!

PARKER.- ¿Qué quiere la señora?

LADY WINDERMERE.- Comeré en mi cuarto. O, mejor dicho, no quiero comer. Cuide de que todo esté listo para las diez y media. Y tenga cuidado, Parker, de pronunciar los nombres de los invitados muy claramente esta noche. A veces habla usted tan de prisa que no los entiendo. Me interesa especialmente oír los nombres con absoluta claridad para no equivocarme. ¿Ha comprendido, Parker?

PARKER.- Sí, señora.

LADY WINDERMERE.- ¡Hágalo así! (*Sale Parker por el centro. Dirigiéndose a Lord Windermere*) Arturo, si esa mujer viene aquí, te advierto...

LORD WINDERMERE.- ¡Margarita, nos perderás!

LADY WINDERMERE.- ¡Nos! Desde este momento, mi vida está separada de la tuya. Pero si deseas evitar un escándalo público, escribe inmediatamente a esa mujer ¡y dile que le prohíbo que venga aquí!

LORD WINDERMERE.- No quiero..., no puedo...; ¡debe venir!

LADY WINDERMERE.- Entonces ocurrirá exactamente lo que te he dicho. (*Va hacia la derecha*) No me has dejado elección. (*Sale por la derecha*)

LORD WINDERMERE (*Llamándola*).- ¡Margarita! ¡Margarita! ¡Margarita! (*Pausa*) ¡Dios mío! ¿Qué hacer? ¿Cómo decirle quién es realmente esa mujer? ¡Se moriría de vergüenza! (*Se desploma en un sillón y esconde el rostro entre las manos*)

TELÓN

Acto Segundo

Salón en casa de lord Windermere. Puerta a la derecha, que da al salón de baile, donde toca la orquesta. Puerta a la izquierda, por donde entran los invitados. Puerta en el fondo, a la izquierda, que da sobre la terraza, iluminada. Palmeras, flores y potentes luces. El salón está rebosante de invitados. Lady Windermere los recibe.

DUQUESA DE BERWICK (*Saliendo por el centro*).- ¡Qué raro que no esté aquí lord Windermere! Mister Hopper se retrasa mucho, demasiado. ¿Le reservaste los cinco bailes, Agata? (*Adelantándose*)

LADY AGATA.- Sí, mamá.

DUQUESA DE BERWICK (*Sentándose en el sofá*).- Déjame ver tu «carnet». Me alegro de que lady Windermere haya resucitado los «carnets». Son la única salvaguardia de una madre. ¡Mi nenita inocente! (*Tacha dos nombres*) ¡Ninguna muchacha fina bailarí­a nunca con unos chicos tan extremadamente jóvenes! ¡No estaría bien visto! Los últimos dos bailes podrías pasarlos en la terraza con mister Hopper.

(*Entran del salón de baile Mister Dumby y Lady Plymdale*)

LADY AGATA.- Sí, mamá.

DUQUESA DE BERWICK (*Abanicándose*).- ¡Hace allí un aire tan agradable!

PARKER.- Mistress Cowper-Cowper. Lady Stutfield. Sir Jaime Royston. Mister Guy Berkeley.

(*Entran los personajes a medida que los anuncian*)

DUMBY.- Buenas noches, lady Stutfield. ¡Supongo que este será el último baile de la temporada!

LADY STUTFIELD.- También lo supongo, mister Dumby. Ha sido una temporada deliciosa, ¿verdad?

DUMBY.- ¡Totalmente deliciosa! Buenas noches, duquesa. ¡Supongo que será el último baile de la temporada!

DUQUESA DE BERWICK.- También lo supongo yo, mister Dumby. Ha sido una temporada muy sosa, ¿verdad?

DUMBY.- ¡Sí, horriblemente sosa! ¡Horriblemente sosa!

MISTRESS COWPER-COWPER.- Buenas noches, mister Dumby. ¡Supongo que será el último baile de la temporada!

DUMBY.- ¡Oh! No lo creo. Probablemente habrá dos más.

(Se dirige a Lady Plymdale)

PARKER.- Mister Rufford. Lady Jedburgh y miss Graham. Mister Hopper.

(Van entrando los personajes anunciados)

HOPPER.- ¿Cómo está usted, lady Windermere? ¿Cómo está usted, duquesa? *(Se inclina ante Lady Agata)*

DUQUESA DE BERWICK.- Mi querido mister Hopper, ¡qué delicado en usted venir tan temprano! Todos sabemos lo solicitado que está usted en Londres.

HOPPER.- ¡Magnífico sitio Londres! Aquí no son tan rígidamente exclusivistas como en Sidney.

DUQUESA DE BERWICK.- ¡Ah, sabemos su valía, mister Hopper! ¡Ojalá hubiese muchos hombres como usted! La vida sería mucho más fácil. ¿Sabe usted, mister Hopper? Mi querida Agata y yo estamos interesadísimas por Australia. Debe de ser tan preciosa, con todos esos amables y pequeños canguros brincando alrededor. Agata la ha encontrado en el mapa. ¡Qué forma tan curiosa tiene! Parece exactamente una caja de embalar. Sin embargo, es un país muy joven, ¿verdad?

HOPPER.- ¿No fue hecho al mismo tiempo que los demás, duquesa?

DUQUESA DE BERWICK.- ¡Qué listo es usted, mister Hopper! Tiene usted un talento completamente personal. Y ahora, no queremos detenerle más.

HOPPER.- Pero yo querría bailar con lady Agata, duquesa.

DUQUESA DE BERWICK.- Bueno; espero que tendrá algún baile libre. ¿Tienes algún baile libre, Agata?

LADY AGATA.- Sí, mamá.

HOPPER.- ¿Puedo tener el gusto...?

(Lady Agata asiente)

DUQUESA DE BERWICK.- Cuide mucho de mi pequeña charlatana, mister Hopper.

(Entran Lady Agata y Mister Hopper en el salón de baile. Entra Lord Windermere por la izquierda)

LORD WINDERMERE.- Margarita, necesito hablarte.

LADY WINDERMERE.- Dentro de un momento.

(Cesa la música)

PARKER.- Lord Augusto Lorton.

(Entra Lord Augusto)

LORD AUGUSTO.- Buenas noches, lady Windermere.

DUQUESA DE BERWICK.- Sir Jaime, ¿quiere usted llevarme al salón de baile? Augusto ha estado cenando esta noche con nosotros. Realmente, ya es bastante Augusto por el momento.

(Sir Jaime Royston da el brazo a la Duquesa y la acompaña hasta el salón de baile)

PARKER.- Mister y mistress Arturo Bowden. Lord y lady Paisley. Lord Darlington.

(Estas tres personas entran al ser anunciadas)

LORD AUGUSTO *(Yendo hacia Lord Windermere)* Necesito hablarte privadamente, muchacho. Me arrastro como una sombra. Ya sé que lo parezco. Ninguno de nosotros parece lo que es realmente. Lo que necesito saber es esto: ¿Quién es ella? ¿De dónde sale? ¿Por qué no tiene ningún condenado pariente? ¡Malditos y engorrosos parientes! Pero le dan a uno cierta endemoniada respetabilidad.

LORD WINDERMERE.- Hablas de mistress Erlynne, supongo. Hace sólo seis meses que la conozco. Hasta entonces, jamás tuve noticia de su existencia.

LORD AUGUSTO.- Y desde entonces la has tratado mucho.

LORD WINDERMERE *(Fríamente)*.- Sí; la he tratado mucho desde entonces. Precisamente acabo de verla.

LORD AUGUSTO.- ¡Ay! Las mujeres le tienen inquina. ¡Esta noche he cenado con Arabela! ¡Por Júpiter! Me gustaría que hubieses oído lo que dijo de mistress Erlynne. La puso hecha un trapo... *(Aparte)* Berwick y yo hemos oído que a ella no le importa mucho, y que la dama en cuestión tenía un tipo muy lindo. ¡Si hubieras visto la cara de Arabela!... Pero mira, chico, no sé qué hacer con mistress Erlynne. ¡Ay! Parece que estamos casados; me trata con una maldita indiferencia. ¡Es excesivamente lista, demasiado! Lo explica todo, ¡Ay! Te explica a ti. Tiene un montón de explicaciones sobre ti... y todas distintas.

LORD WINDERMERE. Mi amistad con mistress Erlynne no necesita explicaciones.

LORD AUGUSTO.- ¡Ejem! Bueno; mira, muchacho: ¿crees que conseguirá entrar en esa condenada cosa que llaman sociedad? ¿La presentarías a tu mujer? No vengas con rodeos. ¿Lo harías?

LORD WINDERMERE.- Mistress Erlynne viene aquí esta noche.

LORD AUGUSTO.- ¿Tu mujer le ha enviado una invitación?

LORD WINDERMERE.- Mistress Erlynne ha recibido una invitación.

LORD AUGUSTO.- Entonces es una persona bien, querido. Pero ¿por qué no me lo dijiste antes? ¡Me habría evitado un montón de malditas equivocaciones!

(Lady Agata y Mister Hopper cruzan la escena y salen a la terraza)

PARKER.- Mister Cecilio Graham.

(Entra Mister Cecilio Graham)

CECILIO GRAHAM *(Se inclina ante Lady Windermere y va a estrechar la mano a Lord Windermere)*.- Buenas noches, Arturo. ¿Por qué no me preguntas cómo estoy? Me gusta que la gente me pregunte cómo estoy. Y que muestre un gran interés por mi salud. Pues bien: esta noche no estoy del todo bien. He comido con la familia. Quisiera saber por qué la familia ha de ser siempre tan aburrida. Mi padre se puso a hablar de moral en la sobremesa. Le dije que tenía suficiente edad para saber cosas mejores. Pero, a mi juicio, las personas que tienen la suficiente edad para estar enteradas de lo mejor, no saben nada de nada. *(A Lord Augusto)* ¡Hola, Tuppy! He oído decir que te vas a casar otra vez; creí que estarías ya cansado de ese juego.

LORD AUGUSTO.- ¡Eres demasiado frívolo, muchacho; demasiado frívolo!

CECILIO GRAHAM.- Entre paréntesis: Tuppy, ¿no es así? ¿Has estado dos veces casado y una divorciado, o dos veces divorciado y una casado? Yo digo que dos veces divorciado y una casado. Me parece mucho más probable.

LORD AUGUSTO.- Tengo una memoria malísima. Realmente, no me acuerdo. *(Va hacia la derecha)*

LADY PLYMDALE.- Lord Windermere, tengo que preguntarle algo muy personal.

LORD WINDERMERE.- Lo siento; perdóneme, pero debo reunirme con mi mujer.

LADY PLYMDALE.- ¡Oh! ¡No se le ocurra semejante cosa! Hoy en día es muy peligroso para un marido galantear a su mujer en público. Hace pensar siempre a la gente que le pega cuando están a solas. ¡El mundo se ha vuelto

tan suspicaz ante todo lo que tiene aspecto de vida matrimonial feliz...! Pero ya se lo diré a usted durante la cena. (*Se dirige hacia la puerta del salón de baile*)

LORD WINDERMERE (*En el centro*).- ¡Margarita! Tengo que hablarte.

LADY WINDERMERE.- ¿Quiere usted tenerme mi abanico, lord Darlington? Gracias. (*Yendo hacia él*)

LORD WINDERMERE (*Acercándose a ella*).- Margarita, lo que dijiste antes de comer era, naturalmente, imposible.

LADY WINDERMERE.- ¡Esa mujer no vendrá aquí esta noche!

LORD WINDERMERE.- Mistress Erlynne vendrá aquí, y si le ocasionas cualquier molestia o la ofendes, nos traerás a los dos dolor y vergüenza. ¡Recuérdalo! ¡Ah, Margarita! Confía en mí únicamente. ¡Una esposa debe confiar siempre en su marido!

LADY WINDERMERE.- Londres está lleno de mujeres que confían en sus maridos. Cualquiera puede reconocerlas. ¡Tienen un aspecto tan absolutamente desdichado! Yo no quiero ser una de ellas. (*Apartándose de él*) Lord Darlington, ¿quiere usted devolverme mí abanico? Gracias... Un abanico es una cosa muy útil, ¿verdad?... Tengo necesidad de un amigo esta noche, lord Darlington; no sabía que lo iba a necesitar tan pronto.

LORD DARLINGTON.- ¡Lady Windermere! Yo sabía que este momento iba a llegar algún día; pero ¿por qué esta noche?

LORD WINDERMERE (*Aparte*).- Se lo diré. Debo decírselo. Sería terrible que sucediese aquí cualquier escena. Margarita...

PARKER.- ¡Mistress Erlynne!

(*Lord Windermere se estremece. Entra mistress Erlynne, muy elegante y muy digna. Lady Windermere aprieta su abanico y luego lo deja caer al suelo. Se inclina fríamente ante mistress Erlynne, quien le devuelve amablemente su saludo, y avanza por el salón*)

LORD DARLINGTON.- Ha dejado usted caer su abanico, lady Windermere. (*Lo recoge y se lo entrega*)

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Cómo sigue usted, lord Windermere? ¡Qué encantadora está su amable esposa! ¡Un verdadero cuadro!

LORD WINDERMERE (*En voz baja*).- ¡Es una terrible imprudencia en usted haber venido!

MISTRESS ERLYNNE (*Sonriendo*).- Lo más sensato que he hecho en mi vida. Y, entre paréntesis, no deje usted de prestarme atención esta noche. Me aterran las mujeres. Debe usted presentarme a algunas. Con los hombres

puedo siempre arreglármelas. ¿Cómo está usted, lord Augusto? Me ha tenido completamente abandonada últimamente. Desde ayer no le he vuelto a ver una sola vez. Temo que me sea usted infiel. Todo el mundo me lo dice.

LORD AUGUSTO.- Realmente, mistress Erlynne permítame que le explique...

MISTRESS ERLYNNE.- No, mi querido lord Augusto; no puede usted explicar nada. Es su principal encanto.

LORD AUGUSTO.- ¡Ah! Si encuentra usted algún encanto en mí, mistress Erlynne...

(Conversan juntos. Lord Windermere va de un lado a otro por el salón, vigilando a mistress Erlynne)

LORD DARLINGTON *(A Lady Windermere.)*- ¡Qué pálida está usted!

LADY WINDERMERE.- ¡Los cobardes están siempre pálidos!

LORD DARLINGTON.- Parece usted desfallecer. Venga a la terraza.

LADY WINDERMERE.- Sí. *(A Parker)* Parker, mándeme mi capa.

MISTRESS ERLYNNE *(Yendo hacia ella.)*- Lady Windermere, ¡qué bonitamente iluminada está su terraza! Me recuerda la del príncipe Doria, en Roma. *(Lady Windermere se inclina fríamente y sale con Lord Darlington)* ¡Oh! ¿Cómo está usted, mister Graham? ¿No es esa su tía lady Jedburgh? Me gustaría mucho conocerla.

CECILIO GRAHAM *(Después de un momento de vacilación y de embarazo.)*- ¡Oh! Ciertamente, si usted lo desea. Tía Carolina, permítame que te presente a mistress Erlynne.

MISTRESS ERLYNNE.- Encantada de conocerla, lady Jedburgh. *(Se sienta en el sofá junto a ella)* Su sobrino y yo somos grandes amigos. Me intereso mucho por su carrera política. Estoy segura de que tendrá un éxito maravilloso. Piensa como un conservador y habla como un radical; ¡y eso es tan importante hoy...! Es, además, un brillante orador. Aunque todos sabemos que tiene de quien heredarlo. Lord Allandale me decía ayer precisamente, en el Parque, que mister Graham habla casi tan bien como su tía.

LADY JEDBURGH.- ¡Es muy amable en usted decirme esas cosas encantadoras!

(mistress Erlynne sonríe y continúa la conversación)

DUMBY *(A Cecilio Graham.)*- ¿Has presentado mistress Erlynne a lady Jedburgh?

CECILIO GRAHAM.- ¿Y qué iba a hacer, querido? ¡No tuve más remedio! Esa mujer consigue todo lo que quiere. ¿Cómo? No lo sé.

DUMBY.- ¡Espero de su bondad que no querrá hablarme! (*Se dirige a Lady Plymdale*)

MISTRESS ERLYNNE (*A Lady Jedburgh.*) - ¿El jueves? Con mucho gusto. (*Se levanta y habla en voz baja a Lord Windermere*) ¡Qué fastidio tener que estar cortés con estas ancianas viudas! Pero jellas son siempre porfiadas!

LADY PLYMDALE (*A Mister Dumby.*)- ¿Quién es esa señora tan bien vestida que está hablando con Windermere?

PUMBY.- ¡No tengo ni la más leve idea! Parece una «édition de luxe» de una de esas perversas novelas francesas hechas especialmente con vistas al mercado inglés.

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Para qué está el pobre Dumby con lady Plymdale? He oído decir que se siente horriblemente celosa. Él parece tener muy pocas ganas de hablar conmigo esta noche. Supongo que le tiene miedo. Esas mujeres de color pajizo tienen un carácter atroz. Ya sabe usted que pienso bailar con usted el primero, Windermere. (*Lord Windermere se muerde los labios y frunce el ceño*) ¡Se pondrá tan celoso lord Augusto! (*Lord Augusto se acerca*) Lord Windermere se empeña en bailar conmigo el primero, y como está en su casa no puedo negarme. Ya sabe usted que preferiría bailar con usted.

LORD AUGUSTO (*Con un profundo saludo.*)- Quisiera yo poder creerlo, mistress Erlynne.

MISTRESS ERLYNNE.- Demasiado lo sabe. Me figuro que es usted una persona con quien se podría bailar a través de la vida sintiéndose encantada.

LORD AUGUSTO (*Poniéndose la mano sobre su blanca pechera.*)- ¡Oh, gracias, gracias! ¡Es usted la más adorable de las mujeres!

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Delicioso discurso! ¡Tan sencillo y tan sincero! Todos los discursos deberían ser así. Bueno; téngame usted el ramo. (*Se dirige hacia el salón de baile del brazo de Lord Windermere*) ¡Ah! ¿Cómo está usted, mister Dumby? ¡Cuánto siento no haber estado en casa las tres últimas veces que fue usted! Venga a comer el viernes.

DUMBY.- (*Con perfecta indiferencia*) ¡Encantado!

(*Lady Plymdale le mira indignada. Lord Augusto sigue a mistress Erlynne y a Lord Windermere al salón de baile, llevando el ramo en la mano*)

LADY PLYMDALE (*A Mister Dumby.*)- ¡Es usted absolutamente insufrible! No se puede creer nunca ni una palabra de lo que habla. ¿Por qué me dijo

usted que no la conocía? ¿Qué significan esas tres visitas a que ella hizo alusión? ¿No irá usted a comer allí? Creo que lo comprenderá usted...

DUMBY.- Mi querida Laura, ¡no iré ni en sueños!

LADY PLYMDALE.- Todavía no me ha dicho usted su nombre. ¿Quién es?

DUMBY (*Tosiendo ligeramente y alisándose el pelo*).- Una tal mistress Erlyne.

LADY PLYMDALE.- ¡Esa mujer!

DUMBY.- Sí; así la llama todo el mundo.

LADY PLYMDALE.- ¡Es muy interesante! ¡Enormemente interesante! Tengo realmente que fijarme bien. (*Va a la puerta del salón de baile y mira hacia adentro*) He oído contar muchas cosas atroces de ella. Dicen que está arruinando al pobre Windermere. ¡Y lady Windermere, que pasa por tan formal, la invita! ¡Es divertidísimo! No hay como una mujer cabalmente buena para hacer estupideces. ¿Irá usted a comer allí el viernes?

DUMBY .- ¿Por qué?

LADY PLYMDALE.- Porque quiero que vaya mi marido con usted. Está tan solícito esta última temporada que ha llegado a ser un perfecto engorro. Se está de plantón mientras ella se lo permite, y quiere mortificarme. Le aseguro que esa clase de mujeres son muy útiles. Constituyen la base de los demás matrimonios.

DUMBY.- ¡Es usted un misterio!

LADY PLYMDALE (*Mirándole*).- ¡Ojalá lo fuese usted!

DUMBY.- También lo soy, para mí mismo. Soy la única persona en el mundo que me gustaría conocer a fondo. Pero hasta ahora no veo ninguna probabilidad de conseguirlo.

(*Pasan al salón de baile, y Lady Windermere y Lord Darlington entran en la terraza*)

LADY WINDERMERE.- Sí. Su venida aquí es monstruosa, intolerable. Ahora comprendo lo que quería usted darme a entender esta tarde, a la hora del té. ¿Por qué no me habló usted francamente? ¡Debió usted hacerlo!

LORD DARLINGTON.- ¡No podía! ¡Un hombre no puede contar esas cosas de otro hombre! Pero si yo hubiese sabido que iba a obligar a usted a que la invitase esta noche, creo que se lo hubiese dicho. Este insulto, por lo menos, se lo hubiera usted evitado.

LADY WINDERMERE.- Yo no la he invitado. Él insistió en que viniese... A pesar de mis ruegos..., a pesar de mis órdenes. ¡Oh, esta casa está mancillada para mí! Siento como si todas las mujeres se burlasen de mí viéndola bailar con mi marido. ¿Qué he hecho yo para merecer esto? Le entregué mi vida entera. Él la tomó..., se sirvió de ella... ¡y la echó a perder! Estoy degradada ante mis propios ojos; y me falta valor... ¡Soy cobarde! (*Se sienta en el sofá*)

LORD DARLINGTON.- La conozco a usted muy bien y sé que no puede usted vivir con un hombre que la trata así. ¿Qué clase de vida llevaría a su lado? Pensaría usted que le mentía en cualquier momento del día. Pensaría usted que era falsa su mirada, falsa su voz, falsas sus caricias y falsa su pasión. Él vendría a usted cuando estuviese cansado de las otras, y usted tendría que consolarle. Vendría a usted y estaría consagrado a las otras, usted tendría que agraderle. Tendría usted que ser la careta de su verdadera vida, el manto que ocultase su secreto.

LADY WINDERMERE.- Tiene usted razón... Tiene usted terriblemente razón. Pero ¿adónde volverme? Dijo usted que quería ser mi amigo, lord Darlington. Dígame: ¿qué debo hacer? Sea usted mi amigo ahora.

LORD DARLINGTON.- Entre un hombre y una mujer no hay amistad posible. Hay pasión, enemistad, adoración, amor; pero no amistad. La amo a usted...

LADY WINDERMERE.- ¡No, no! (*Poniéndose en pie*)

LORD DARLINGTON.- ¡Sí, la amo a usted! Usted es más para mí que todo el mundo entero. ¿Qué le da a usted su marido? Nada. Todo cuanto hay en él se lo da a esa vil mujer, a quien ha introducido en la sociedad de usted, en su casa, avergonzándola a usted delante de todo el mundo. Yo le ofrezco a usted mi vida...

LADY WINDERMERE.- ¡Lord Darlington!

LORD DARLINGTON.- Mi vida..., mi vida entera. Tómela usted y haga con ella lo que quiera... La amo a usted; la amo como no he amado nunca nada en la vida. Desde el momento en que la conocí, la amé a usted; la amé ciegamente, ¡con adoración, locamente! Usted no se dio cuenta entonces... Ahora, ¡ya lo sabe usted! Márchese de aquí esta noche. Yo no le diré a usted que el mundo no importa, o que no importa la voz del mundo, la voz de la sociedad. Significan mucho. Significan demasiado. Pero hay momentos en que es preciso escoger entre vivir la propia vida, plenamente, cabalmente, completamente... o arrastrar una de esas existencias falsas, superficiales, degradantes, que el mundo pide en su hipocresía. Ha llegado usted ahora a ese momento. ¡Escoja! ¡Oh amor mío, escoja!

LADY WINDERMERE (*Apartándose lentamente de él y mirándole con ojos asustados*).- No tengo valor.

LORD DARLINGTON (*Siguiéndola*).- Sí; tiene usted valor. Serán, quizá, seis meses de dolor, hasta de vergüenza; pero cuando no lleve usted ya su nombre, sino el mío, todo mejorará. ¡Margarita, amor mío, puede usted ser mi mujer algún día!...; sí, mi mujer. ¡Usted lo sabe! ¿Qué es usted ahora? Esa mujer ocupa el sitio que le pertenece a usted por derecho propio. ¡Oh! Salga..., salga usted de esta casa con la cabeza alta, con una sonrisa en los labios, con valor en sus ojos. Todo Londres sabrá por qué lo hizo usted; ¿y quién podrá censurarla? Nadie. Y si lo hiciesen, ¿qué importa? ¿Qué está mal? ¿Qué es lo que está mal? Está mal que un hombre abandone a su mujer por otra deshonrada. Está mal que una esposa permanezca con el hombre que la deshonra. Decía usted antes que no quería transigir con nada. No transija usted ahora. ¡Sea usted valiente! ¡Sea usted misma!

LADY WINDERMERE.- Me da miedo ser yo misma. ¡Déjeme pensar! ¡Déjeme esperar! Mi marido puede volver a mí. (*Se sienta en el sofá*)

LORD DARLINGTON.- ¡Y usted volvería a acogerle! No es usted entonces lo que yo pensaba. Es usted lo mismo que las otras mujeres. Dispuesta a soportarlo todo para no arrostrar la censura de un mundo cuya alabanza desprecia usted. Dentro de una semana se la verá a usted paseando por el parque con esa mujer. Será su constante invitada..., su amiga más querida. Lo soportará usted todo, antes que cortar de un golpe ese lazo monstruoso. Tiene usted razón. ¡Carece usted de todo valor!

LADY WINDERMERE.- ¡Ah! ¡Déme usted tiempo para pensar! No puedo contestarle ahora. (*Se pasa nerviosamente la mano por la frente*)

LORD DARLINGTON.- Tiene que ser ahora o nunca.

LADY WINDERMERE (*Levantándose del sofá*).- Entonces, ¡nunca! (*Una pausa*)

LORD DARLINGTON.- ¡Me destroza usted el corazón!

LADY WINDERMERE.- El mío ya está destrozado. (*Una pausa*)

LORD DARLINGTON.- Mañana abandonaré Inglaterra. Esta es la última vez que la veo a usted. No volveremos a vernos nunca. Por un momento nuestras vidas se han encontrado..., nuestras almas se han tocado. No volverán nunca a encontrarse ni a tocarse. Adiós, Margarita. (*Sale*)

LADY WINDERMERE.- ¡Qué sola estoy en la vida! ¡Qué terriblemente sola!

(*Cesa la música. Entran la duquesa de Berwick y lord Paisley riendo y hablando. Llegan otros invitados del salón de baile*)

DUQUESA DE BERWICK.- Querida Margarita, acabo de tener una charla deliciosa con mistress Erlyne. Siento mucho haberle dicho a usted lo que le dije esta tarde. Naturalmente, debe de ser una persona completamente «bien» cuando usted la invita. Es una mujer muy atractiva y tiene ideas sensatas sobre

la vida. Me ha dicho que desaprueba por completo que se case la gente más de una vez; así es que estoy completamente tranquila por el pobre Augusto. No me imagino por qué la gente habla en contra de ella. Deben de ser esas horribles sobrinas mías..., las chicas de Sanville..., que están siempre murmurando escandalosamente. Sin embargo, yo que usted me iría una temporada al extranjero, querida. Es una mujer un poco demasiado atractiva. Pero ¿dónde está Agata? ¡Oh! ¡Aquí está! (*Lady Agata y mister Hopper entran de la terraza*).-Mister Hopper, estoy muy..., muy disgustada con usted. Se ha llevado usted a Agata a la terraza, ¡y está tan delicada!...

HOPPER.- Lo siento muchísimo, duquesa. No salimos más que un momento y se nos pasó el tiempo charlando.

DUQUESA DE BERWICK.- ¡Ah! ¡Supongo que de la querida Australia!

HOPPER.- ¡Sí!

DUQUESA DE BERWICK.- ¡Agata, querida! (*Haciéndole señas de que se acerque*)

LADY AGATA.- ¿Qué, mamá?

DUQUESA DE BERWICK (*Aparte*).- ¿Se decidió mister Hopper definitivamente?

LADY AGATA.- Sí, mamá.

DUQUESA DE BERWICK.- ¿Y qué le contestaste, querida?

LADY AGATA.- Que sí, mamá.

DUQUESA DE BERWICK (*Afectuosamente*).- ¡Niñita mía! Tú siempre oportuna. ¡Mister Hopper! ¡Jaime! Agata me lo ha contado todo. ¡Qué hábilmente han guardado ustedes dos su secreto!

HOPPER.- Entonces, ¿no encuentra usted mal que me lleve a Agata a Australia, duquesa?

DUQUESA DE BERWICK (*Indignada*).- ¿A Australia? ¡Oh, no mencione usted ese horrendo y vulgar país!

HOPPER.-Pues ella me ha dicho que le gustaría ir allí conmigo.

DUQUESA DE BERWICK (*Severamente*).- ¿Tú has dicho eso, Agata?

LADY AGATA.- Sí, mamá.

DUQUESA DE BERWICK.- Agata, estás siempre diciendo el mayor número posible de tonterías. Creo, en absoluto, que la plaza de Grosvenor es un sitio mucho más sano para vivir. Hay una porción de gente vulgar que vive en la

plaza de Grosvenor; pero hay allí poquísimos de esos horribles canguros que corren por todos lados. Pero, bueno, ya hablaremos de esto mañana. Jaime, puede usted acompañar a Agata hasta abajo. Venga usted a almorzar mañana, naturalmente, Jaime. A la una y media, en lugar de a las dos. El duque querrá hablar con usted unas palabras seguramente.

HOPPER.- Me gustaría charlar con el duque, duquesa. Todavía no me ha dicho una sola palabra.

DUQUESA DE BERWICK.- Pues creo que mañana le dirá a usted muchísimas. (*Sale Lady Agata con Mister Hopper*).- Y ahora, buenas noches, Margarita. Me temo que esto es la vieja, la viejísima historia, querida, Amor; bueno, no amor a primera vista, sino amor a final de temporada, lo cual es mucho más satisfactorio.

LORD WINDERMERE.- Buenas noches, duquesa.

(*Sale la Duquesa De Berwick del brazo de Lord Paisley*)

LADY PLYMDALE.- Mi querida Margarita, ¡qué mujer más hermosa es la que baila con su marido! ¡Yo, si fuese usted, estaría muy celosa! ¿Es una amiga íntima de ustedes?

LADY WINDERMERE.- ¡No!

LADY PLYMDALE.- ¿De veras? Buenas noches, querida. (*Mira a Mister Dumby y sale*)

DUMBY.- ¡Qué modales tan horrorosos los del joven Hopper!

CECILIO GRAHAM.- Hopper es un «gentleman» de la Naturaleza: el peor tipo de «gentleman» que conozco.

DUMBY.- ¡Qué mujer sensata es lady Windermere! Muchísimas esposas se hubieran opuesto a que viniese mistress Erlynne. Pero lady Windermere tiene esa cosa tan poco común que se llama sentido común.

CECILIO GRAHAM.- Y Windermere sabe que nada se parece tanto a la inocencia como una indiscreción.

DUMBY.- Sí; el querido Windermere se está volviendo casi moderno. Nunca lo hubiera creído de él. (*Se inclina ante Lady Windermere y sale*)

LADY JEDBURGH.- Buenas noches, lady Windermere. ¡Qué mujer tan fascinadora es esa mistress Erlynne! Vendrá el jueves a comer conmigo; ¿quiere usted venir también? Espero al obispo y a la querida lady Merton.

LADY WINDERMERE.- Lo siento, pero estoy ya comprometida, lady Jedburgh.

LADY JEDBURGH.- Yo también lo siento. Vamos, querida.

(Salen Lady Jedburgh y Miss Graham. Entran mistress Erlynne y Lord Windermere)

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Ha sido un baile encantador! Me recordaba por completo mi antigua época. *(Se sienta en el sofá)* Y he visto que sigue habiendo en sociedad tantos majaderos como de costumbre. ¡Qué grato comprobar que nada ha cambiado! Excepto Margarita. Se ha puesto preciosa. La última vez que la vi, hace veinte años, era un espanto vestido de franela. Un verdadero espanto, se lo aseguro. ¡Y la querida duquesa! ¡Y la amable lady Agata! Precisamente el tipo de muchacha que me gusta. Bueno, realmente, Windermere, voy a ser cuñada de la duquesa...

LORD WINDERMERE *(Sentandose a la izquierda de ella)*.- Pero ¿usted...?

(Sale Mister Cecilio Graham con el resto de los invitados. Lady Windermere observa con una mirada de desprecio y de dolor a mistress Erlynne y a su marido, que no se dan cuenta de la presencia de ella)

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Oh, sí! Mañana a mediodía vendrá a visitarme. Él quería declararse esta noche. En realidad, lo ha hecho. Ha aplazado su petición. Ya sabe usted lo que el pobre Augusto se repite. ¡Una mala costumbre! Pero yo le he dicho que no podía contestarle hasta mañana. Claro es que le diré que sí. Y me atrevo a afirmar que seré una esposa admirable: todo lo que puede serlo una esposa. Y lord Augusto tiene también buenas cualidades. Afortunadamente, todas en la superficie. Precisamente, como deben estar las buenas cualidades. Indudablemente, tendrá usted que ayudarme en este asunto.

LORD WINDERMERE.- ¡Supongo que no me pedirá usted que anime a lord Augusto!

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Oh, no! Le animo yo sola. Pero usted me asegurará una bonita dote; ¿verdad Windermere?

LORD WINDERMERE *(Frunciendo el ceño)*.- ¿Es eso de lo que quería usted hablarme esta noche?

MISTRESS ERLYNNE.- Sí.

LORD WINDERMERE *(Con un gesto de impaciencia)*.- No debe usted hacerlo aquí.

MISTRESS ERLYNNE *(Riendo)*.- Entonces, vamos a pasear a la terraza. Hasta los negocios requieren un fondo pintoresco. ¿No le parece a usted, Windermere? Con un fondo apropiado, una mujer puede hacerlo todo.

LORD WINDERMERE.- ¿No sería lo mismo mañana?

MISTRESS ERLYNNE.- No; como usted ve, mañana tengo que darle el sí. Y creo que no estaría mal que le dijese que yo contaba con...; bueno, ¿qué podría decirle?... Dos mil libras al año, heredadas de un primo tercero, o de un segundo marido..., o de algún pariente lejano por el estilo. ¿No le parece que sería un atractivo complementario? Tiene usted una deliciosa ocasión ahora de decirme un cumplido, Windermere. Pero usted no se da maña para decir cumplidos. Temo que Margarita no aliente en usted esa excelente costumbre. Es un gran error por su parte. Cuando los hombres dejan de decir cosas agradables, dejan también de pensarlas. Pero, hablando en serio, ¿qué dice usted de esas dos mil libras? O dos mil quinientas, creo yo. En la vida moderna el margen lo es todo. ¿No encuentra usted, Windermere, que el mundo es un lugar enormemente divertido? ¡Yo, sí!

(Sale a la terraza con Lord Windermere. Se oye la música en el salón de baile)

LADY WINDERMERE.- Es imposible permanecer por más tiempo en esta casa. Esta noche un hombre que me ama me ofreció su vida entera. Y yo la rechacé. Fue una locura en mí. Le ofreceré ahora la mía. ¡Voy en su busca! *(Se pone la capa y va hacia la puerta. Luego vuelve y, sentándose ante la mesa, escribe una carta, la mete en un sobre y la deja sobre la mesa)* Arturo nunca me ha comprendido. Cuando lea esto me comprenderá. Que haga ahora lo que le parezca con su vida. Yo hago con la mía lo que creo mejor, lo que creo justo. Él es quien ha roto el lazo del matrimonio..., no yo. Yo rompo únicamente su cautiverio.

(Sale. Entra Parker por la izquierda y cruza la escena hacia el salón de baile. Entra mistress Erlynne)

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Está lady Windermere en el salón de baile?

PARKER.- Su señoría acaba de salir.

MISTRESS ERLYNNE.- ¿De salir? ¿No está en la terraza?

PARKER.- No, señora. Su señoría acaba de salir de casa.

MISTRESS ERLYNNE *(Se estremece y mira al Criado con expresión de asombro en la cara)*.- ¿De casa?

PARKER.- Sí, señora. Su señoría me ha dicho que había dejado una carta para lord Windermere sobre la mesa.

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Una carta para lord Windermere?

PARKER.- Sí, señora.

MISTRESS ERLYNNE.- Gracias. *(Sale Parker. Cesa la música en el salón de baile)* ¡Que ha salido de su casa! ¡Una carta dirigida a su marido! *(Va hacia la mesa y mira la carta. La coge y vuelve a dejarla con un estremecimiento de miedo)* ¡No, no! ¡Es imposible! ¡La vida no repite así sus tragedias! ¡Oh!, ¿cómo

puede haberseme ocurrido esta terrible idea? ¿Por qué recuerdo ahora el único momento de mi vida que quería olvidar? ¿Podrá la vida repetir sus tragedias? (*Rompe el sobre y lee la carta. Después se desploma sobre un sillón con un gesto angustioso*) ¡Oh, qué terrible! ¡Las mismas palabras que hace veinte años escribí yo a su padre! ¡Y qué amargamente he sido castigada por ello! No; mi castigo, mi verdadero castigo ¡empieza esta noche, ahora!

(*Permanece sentada a la derecha. Entra Lord Windermere por la izquierda*)

LORD WINDERMERE.- ¿Ha hablado usted esta noche con mi mujer?
(*Yendo hacia el centro*)

MISTRESS ERLYNNE (*Estrujando la carta en su mano*).- Sí.

LORD WINDERMERE.- ¿Dónde está?

MISTRESS ERLYNNE.- Se sentía muy cansada. Se ha ido a acostar. Dijo que le dolía la cabeza.

LORD WINDERMERE.- Debo ir a buscarla. ¿Me permite usted?

MISTRESS ERLYNNE (*Levantándose precipitadamente*).- ¡Oh, no! No era nada serio. Estaba solamente muy cansada y nada más. Además, queda todavía gente en el comedor. Quería que la disculpase usted con los invitados. Dijo que deseaba que no la molestasen. (*Se le cae la carta*) ¡Me rogó que se lo dijese a usted!

LORD WINDERMERE (*Recogiendo la carta*) Se le ha caído a usted algo.

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Oh, sí! Gracias; es mía. (*Tiende la mano y coge la carta*)

LORD WINDERMERE (*Sigue mirando la carta*).- Pero esta es letra de mi mujer, ¿verdad?

MISTRESS ERLYNNE (*Cogiendo rápidamente la carta*).- Sí, es... una dirección. ¿Quiere usted decir que avisen mi coche?

LORD WINDERMERE.- Con mucho gusto (*Se dirige hacia la izquierda y sale*)

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Gracias! ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? Siento despertarse en mí una pasión que no había experimentado antes jamás. ¿Qué quiere decir esto? La hija no debe ser como la madre... Eso sería terrible. ¿Cómo podré salvarla? ¿Cómo podré salvar a mi hija? Un momento puede arruinar una vida. ¿Quién mejor que yo lo sabría? ¡Windermere debe marcharse de esta casa; es absolutamente necesario! (*Va hacia la izquierda*) Pero ¿cómo lograrlo? Hay que hacer algo. ¡Ah!

(*Entra Lord Augusto llevando el ramo*)

LORD AUGUSTO.- Mi querida amiga, ¿me tiene usted en vilo! ¿No podría usted dar una contestación a mi pregunta?

MISTRESS ERLYNNE.- Lord Augusto, escúcheme. Va usted a llevarse a lord Windermere al Club inmediatamente, y le retendrá allí todo cuanto le sea posible. ¿Ha comprendido?

LORD AUGUSTO.- Pero ¿no decía usted que deseaba que me acostase temprano?

MISTRESS ERLYNNE (*Nerviosamente*).- Haga usted lo que le digo, lord Augusto. Haga usted lo que le digo.

LORD AUGUSTO.- ¿Y cuál será mi recompensa?

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Su recompensa? ¿Su recompensa? ¡Oh! Pídamela mañana. Pero no pierda usted de vista a Windermere esta noche. Si no lo hace así, no se lo perdonaré nunca. No volveré nunca a dirigirle la palabra, ni querré saber nada de usted. Recuerde usted que debe retener a Windermere en su Club y no dejarle volver aquí esta noche. (*Sale por la izquierda*)

LORD AUGUSTO.- Bueno; realmente es como si fuese ya su marido. Como si lo fuera, evidentemente. (*La sigue con expresión perpleja*)

TELÓN

Acto Tercero

Las habitaciones de lord Darlington. Un ancho sofá frente a la chimenea, a la derecha. Al fondo, una cortina corrida sobre el balcón. Puertas a izquierda y derecha. Mesa a la derecha con utensilios de escritorio. Mesa en el centro con sifones, vasos y botellas. Otra mesa a la izquierda con cajas de tabacos. Encendidas las lámparas.

LADY WINDERMERE (*En pie, junto a la chimenea*).- ¿Por qué no vendrá? Esta espera es horrible. Debería estar aquí. ¿Por qué no está aquí para reanimarme con sus palabras apasionadas, que siento como un fuego en mi interior? Estoy helada.... helada como un ser sin amor. Arturo debe de haber leído ya mi carta en este momento. Si realmente le importase, habría venido en mi busca, me hubiera llevado a la fuerza. Pero no le importo. Está encadenado por esa mujer..., fascinado por ella..., dominado por ella. Si una mujer quiere dominar a un hombre, no tiene más que apelar simplemente a lo que haya de peor en él. Nosotras hacemos dioses de los hombres y ellos nos abandonan. Otras los embrutecen, y ellos las acarician y les guardan fidelidad. ¡Qué horrenda es la vida!... ¡Oh! Fue una locura venir aquí, una horrible locura. Y, sin embargo, ¿qué es peor, me pregunto: estar a merced de un hombre que me ama, o ser la esposa de un hombre que en mi propia casa me deshonra? ¿Qué mujer lo sabría, qué mujer en el mundo entero? Pero ¿me amará siempre este hombre a quien voy a entregar mi vida? ¿Qué le doy a él? Unos labios que han perdido el acento de la alegría, unos ojos cegados por las lágrimas, unas manos frías y un corazón de hielo. No le doy nada. Debo irme. No; no puedo irme; mi carta me deja en su poder... ¡Arturo no me volvería a admitir! ¡Carta fatal! ¡No! Lord Darlington sale de Inglaterra mañana. Me iré con él... No me queda elección. (*Se sienta durante unos instantes. Luego se estremece y, levantándose, se envuelve en su capa*) ¡No, no! Me vuelvo a casa, dejaré que Arturo haga conmigo lo que quiera. No puedo esperar aquí. Ha sido una locura venir. Debo irme inmediatamente. En cuanto a lord Darlington... ¡Oh, aquí está! ¿Qué haré? ¿Qué puedo decirle? ¿Querrá retenerme? He oído decir que los hombres son brutales, horribles... ¡Oh!

(*Esconde el rostro en sus manos. Entra mistress Erylne por la izquierda*)

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Lady Windermere! (*Lady Windermere se estremece y levanta los ojos. Luego retrocede despreciativa*) Gracias a Dios que llego a tiempo. Debe usted volver inmediatamente a casa de su marido.

LADY WINDERMERE.- ¿Que debo...?

MISTRESS ERLYNNE (*Autoritariamente*).- ¡Sí; debe usted volver! No hay un segundo que perder. Lord Darlington puede aparecer en cualquier momento.

LADY WINDERMERE.- ¡No se acerque usted a mí!

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Oh! Está usted al borde de la ruina, al borde de un precipicio espantoso. Debe usted salir de aquí inmediatamente. Mi coche está esperando en la esquina. Debe usted venir conmigo y volver directamente a su casa. (*Lady Windermere se quita su capa y la tira sobre el sofá*) ¿Qué hace usted?

LADY WINDERMERE.- Mistress Erlynne..., si no hubiese usted venido aquí, hubiera yo vuelto sola. Pero ahora que la veo a usted siento que nada en el mundo me induciría a vivir bajo el mismo techo que lord Windermere. Me llena usted de horror. Hay algo en usted que excita mis sentimientos salvajes..., que me enfurece. Y sé por qué está usted aquí. Mi marido la envía para que me induzca a volver y les sirva de pantalla en las relaciones, sean las que fueren que existen entre usted y él.

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Oh! No puede usted pensar eso... ¡No puede usted pensarlo!

LADY WINDERMERE.- Vuelva usted a mi marido, mistress Erlynne; le pertenece a usted y no a mí. Supongo que es el escándalo lo que él teme. ¡Son tan cobardes los hombres!... Infringen todas las leyes del mundo y temen murmuraciones del mundo. Pero es mejor que se prepare. Tendrá un escándalo. Tendrá el peor escándalo que ha habido en Londres hace años. Verá su nombre en los más viles periódicos y el mío en los más horrendos libelos.

MISTRESS ERLYNNE.- ¡No!... ¡No!...

LADY WINDERMERE.- ¡Sí! Lo tendrá. Si hubiera venido él mismo, habría yo consentido en volver a esa vida de degradación que usted y él me preparaban... Iba a volver..., pero quedarse él en casa y enviarle a usted como mensajera suya... ¡Oh! ¡Es infame!... ¡Infame!

MISTRESS ERLYNNE.- Lady Windermere, es usted atrozmente injusta conmigo..., atrozmente injusta con su marido. Él no sabe que está usted aquí. Él cree que está usted segura en su propia casa. Cree que está usted durmiendo en su propia alcoba. ¡Él no ha leído la carta insensata que usted le ha escrito!

LADY WINDERMERE.- ¿Que no la ha leído?

MISTRESS ERLYNNE.- No... Él no sabe nada.

LADY WINDERMERE.- ¡Qué inocente me cree usted! (*Yendo hacia ella*) ¡Está usted mintiéndome!

MISTRESS ERLYNNE (*Conteniéndose*).- No miento. Le estoy diciendo a usted la verdad.

LADY WINDERMERE.- Si mi marido no ha leído mi carta, ¿cómo es que está usted aquí? ¿Quién le dijo a usted que yo había abandonado la casa

donde ha tenido usted la desvergüenza de entrar? ¿Quién le dijo a usted dónde estaba yo? Se lo dijo mi marido y la envió para que me instigase a volver. (*Cruza la escena hacia la izquierda*)

MISTRESS ERLYNNE.- Su marido no ha visto nunca esa carta. Yo... la vi, la abrí... y la he leído.

LADY WINDERMERE (*Volviéndose hacia ella*).- ¿Que abrió usted la carta de mi marido? ¿Se ha atrevido usted a eso?

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Atreverme! ¡Oh! Para salvarla a usted del abismo en que está a punto de caer, no hay nada en el mundo a que yo no me atreviera; nada en el mundo entero. Aquí tiene usted su carta. Su marido no la ha leído ni la leerá nunca. (*Yendo hacia la chimenea*) No debió nunca haber sido escrita. (*La rompe y tira los pedazos al fuego*)

LADY WINDERMERE (*Con un infinito desprecio en la voz y en la mirada*).- ¿Y cómo sé yo que esa era, después de todo, mi carta? ¿Cree usted que me puede engañar con una vulgar añagaza?

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Oh! ¿Por qué no cree usted nada de lo que le digo? ¿Qué objeto piensa usted que tengo al venir aquí sino el de salvarla a usted de la ruina completa, el de salvarla de las consecuencias de un error espantoso? Esa carta que acabo de quemar era la de usted. ¡Se lo juro!

LADY WINDERMERE (*Con lentitud*).- Buen cuidado ha tenido usted en quemarla antes que la examinase yo. No puedo creerla. ¿Cómo usted, cuya vida entera es una mentira, iba a poder decir la verdad alguna vez? (*Se sienta*)

MISTRESS ERLYNNE (*Apresuradamente*).- Piense usted de mí lo que quiera..., diga contra mí lo que le parezca; pero vuelva usted con el marido a quien usted ama.

LADY WINDERMERE (*Con hosquedad*).- ¡Ya no le amo!

MISTRESS ERLYNNE.- Le ama usted, y usted sabe que él la corresponde.

LADY WINDERMERE.- Él no comprende lo que es el amor. Lo comprende tan poco como usted... Pero ya veo lo que usted quiere. Sería una gran ventaja para usted hacerme volver a mi casa. ¡Dios mío! ¡Qué vida sería entonces la mía! ¡Vivir a merced de una mujer que no tiene ni piedad ni compasión alguna; de una mujer cuyo conocimiento es infame, cuya amistad degrada; de una mujer vil que viene a interponerse entre un marido y su mujer!

MISTRESS ERLYNNE (*Con un gesto de desesperación*).- ¡Lady Windermere! ¡Lady Windermere, no diga usted esas cosas terribles! No sabe usted lo terribles que son, lo terribles y lo injustas. Escúcheme, ¡debe usted escucharme! Vuélvase con su marido y nada más; y le prometo que no volveré nunca a tener relación con él bajo ningún pretexto... Que no volveré nunca a verle... Que jamás volveré a intervenir en su vida o en la de usted. El dinero

que él me dio no me lo dio por amor, sino exclusivamente por odio; no por adoración, sino por desprecio. La influencia que tengo sobre él...

LADY WINDERMERE (*Levantándose*).- ¡Ah! ¡Admite usted esa influencia!

MISTRESS ERLYNNE.- Sí; y voy a decirle cuál es. Es el amor a usted, lady Windermere.

LADY WINDERMERE.- ¿Y espera usted que crea eso?

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Debe usted creerlo! Es la verdad. Es su amor a usted lo que le hizo someterse a mí. ¡Oh! ¡Llámelo usted como quiera: tiranía, amenazas; lo que usted escoja! Pero es su amor a usted. Su deseo de evitar a usted... una vergüenza; sí, una vergüenza y un estigma.

LADY WINDERMERE.- ¿Qué quiere usted decir? ¡Es usted una insolente! ¿Qué tengo yo que ver con usted?

MISTRESS ERLYNNE (*Humildemente*).- Nada. Ya lo sé... Pero le digo a usted que su marido la ama... Que nunca podrá usted volver a encontrar un amor semejante en su vida entera... Y que si renuncia usted a él, día llegará en que tenga usted sed de amor y no lo encuentre; en que mendigue usted amor y le sea negado... ¡Oh! ¡Arturo la ama a usted!

LADY WINDERMERE.- ¿Arturo? ¿Y me dice, mistress Erlynne, que no hay nada entre ustedes?

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Lady Windermere, ante el Cielo le juro que su marido es inocente de toda culpa con usted! Y yo..., yo le digo que si hubiera podido ocurrírseme nunca que una sospecha tan monstruosa podía surgir en usted, habría preferido morir a interponerme en su vida o en la de usted. ¡Oh, sí! ¡Morir gustosa! (*Se aleja del sofá*)

LADY WINDERMERE.- Habla usted como si tuviese corazón. Las mujeres como usted no tienen corazón. Se compran y se venden. (*Siéntase a la izquierda*)

MISTRESS ERLYNNE (*Se estremece, con un gesto de dolor. Luego se contiene y va hacia donde está sentada lady Windermere. Mientras habla, tiende las manos hacia ella, pero sin atreverse a tocarla*).- Crea usted de mí lo que quiera. Yo no merezco ni un momento de dolor. Pero ¡no eche usted a perder su bella y juvenil vida por mi culpa! Usted no sabe lo que acaso le está reservado como no salga usted inmediatamente de esta casa. No sabe usted lo que es caer en el precipicio; ser despreciada, escarnecida, abandonada, objeto de irrisión... Ser un paria. Encontrarse las puertas cerradas, deslizarse furtivamente por atroces caminos, temiendo a cada momento que le arranquen a uno la careta del rostro, y estar oyendo constantemente la risa, la horrible risa del mundo, que es una cosa más trágica que todas las lágrimas vertidas en la tierra. No sabe usted lo que es eso. Paga una su pecado, y vuelve a pagarlo, y lo está pagando toda la vida. No debe usted conocer eso nunca. En cuanto a

mí, el sufrimiento es una expiación, y en este momento he expiado todas mis faltas, cualesquiera que hayan sido, pues esta noche usted ha dado un corazón a quien no lo tenía; se lo ha dado y lo ha roto al mismo tiempo. Pero dejemos esto. Yo puedo haber destruido mi vida; pero no le dejaré a usted que destruya la de ustedes dos. Usted... es simplemente una niña, y se perdería. Usted no tiene la clase de temple que permite a una mujer volver atrás. No tiene usted tampoco el ingenio ni el valor necesarios. ¡No podría usted soportar el deshonor! ¡No! Vuelva usted, lady Windermere, con su marido, que la ama y a quien usted ama. Tiene usted un niño, lady Windermere. Vuelva usted con ese niño, que, como hasta ahora, en el dolor o en la alegría, puede estar llamándola a usted. (*Lady Windermere se pone en pie*) Dios le dio a usted ese hijo. Él le exige que le proporcione una vida hermosa; que vele por él. ¿Qué contestará usted a Dios si su vida queda arruinada por culpa de usted? Vuelva usted a su casa, lady Windermere... ¡Su marido la ama! No se ha apartado nunca, ni por un momento, del amor que le profesa. Pero aunque él tuviera mil amores, usted debe permanecer con su hijo. Aunque fuera cruel con usted, debe usted quedarse con su hijo. Aunque la maltratase, debe usted quedarse con su hijo. Aunque la abandonase, el sitio de usted está con su hijo. (*Lady Windermere se deshace en lágrimas y esconde su cara entre las manos. Precipitándose hacia ella*) ¡Lady Windermere!

LADY WINDERMERE (*Tendiéndole las manos de un modo irrefrenable, como una niña*).- Lléveme a casa. Lléveme a casa...

MISTRESS ERLYNNE (*Está a punto de abrazarla, pero se contiene. Hay una expresión de alegría maravillosa en su rostro*).- ¡Vamos! ¿Dónde está su capa? (*Recogiéndola del sofá*) Aquí. Póngasela. ¡Vámonos inmediatamente!

LADY WINDERMERE.- ¡Quieta! ¿No oye usted voces?

MISTRESS ERLYNNE.- ¡No, no! ¡No es nada!

LADY WINDERMERE.- ¡Sí que es! ¡Escuche! ¡Oh! ¡Es la voz de mi marido! ¡Viene hacia aquí! ¡Sálveme! ¡Oh, esto es una encerrona! Usted le ha mandado venir.

(*Voces dentro*)

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Silencio! Estoy aquí para salvarla, si puedo. Pero ¡temo que sea demasiado tarde! ¡Allí! (*Señalando la cortina echada sobre el balcón*) A la primera ocasión que tenga, huya usted, ¡si es que se presenta esa ocasión!

LADY WINDERMERE.- Pero ¿y usted?

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Oh! No se preocupe de mí. Yo lo arrostro todo.

(*Lady Windermere se esconde detrás de la cortina*)

LORD AUGUSTO (*Dentro*).- Es una tontería, querido Windermere; ¡no le dejaremos!

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Lord Augusto! ¡Entonces soy yo la que está perdida!

(*Titubea un momento. Luego mira a su alrededor y, viendo la puerta de la derecha, sale por ella. Entran Lord Darlington, Mister Dumby, Lord Windermere, Lord Augusto Lorton y Mister Cecilio Graham.*)

DUMBY.- ¡Qué fastidio que nos echen del Club a esta hora! No son más que las dos. (*Se deja caer en un sillón*) Empieza ahora la parte más animada de la noche. (*Bosteza y cierra los ojos*)

LORD WINDERMERE.- Es usted muy amable, lord Darlington, permitiendo a Augusto que le imponga nuestra compañía; pero temo no poder estar aquí mucho rato.

LORD DARLINGTON.- ¿De veras? ¡Lo siento mucho! ¿Quiere usted un cigarro?

LORD WINDERMERE.- ¡Gracias! (*Se sienta*)

LORD AUGUSTO (*A Lord Windermere.*).- Mi querido amigo, no sueñes en irte. Tengo que hablar contigo de una porción de cosas: todas de gran importancia, además. (*Se sienta con él junto a la mesa de la izquierda*)

CECILIO GRAHAM.- ¡Oh! ¡Ya sabemos de qué se trata! ¡Tuppy no puede hablar más que de mistress Erylne!

LORD WINDERMERE.- Bueno; ese no es asunto tuyo. ¿Verdad, Cecilio?

CECILIO GRAHAM.- ¡No! Y por eso me interesa. Mis propios asuntos siempre me aburren mortalmente. Prefiero los de los demás.

LORD DARLINGTON.- ¿Quieren ustedes beber algo, amigos míos? Cecilio, ¿quieres un «whisky» con soda?

CECILIO GRAHAM.- Gracias. (*Va hacia la mesa con Lord Darlington*) Mistress Erylne estaba guapísima esta noche, ¿verdad?

LORD DARLINGTON.- No soy de sus admiradores.

CECILIO GRAHAM.- Yo tampoco lo era; pero ahora lo soy. ¡Vaya! Verdad es que me hizo presentarle a la pobre y querida tía Carolina. Creo que va a ir a almorzar allí.

LORD DARLINGTON (*Sorprendido*).- ¿Sí?

CECILIO GRAHAM.- Así es, en efecto.

LORD DARLINGTON.- Ustedes me perdonarán, amigos míos. Tengo que marcharme mañana y necesito escribir unas cartas. (*Va a la mesa de despacho y se sienta*)

DUMBY.- Mujer listísima esa mistress Erlynne.

CECILIO GRAHAM.- ¡Hola, Dumby! Creí que estabas dormido.

DUMBY.- ¡Y lo estoy! ¡Generalmente, lo estoy!

LORD AUGUSTO.- Una mujer listísima. Sabe muy bien lo rematadamente tonto que soy... Lo sabe tan bien como yo. (*Cecilio Graham se vuelve hacia él riendo*) ¡Ah! Puedes reírte, chico; pero es una gran cosa encontrarse con una mujer que nos comprenda a fondo.

DUMBY.- Es una cosa atrozmente peligrosa. Acaba siempre por casarse con uno.

CECILIO GRAHAM.- Pero ¡yo pensé, Tuppy, que tú no querías volver a verla nunca! ¡Sí! Me lo comunicaste anoche en el Club. Me dijiste que te habían contado...

(*Le habla al oído*)

LORD AUGUSTO.- ¡Oh! Ella me explicó eso.

CECILIO GRAHAM.- ¿Y el asunto de Wiesbaden?

LORD AUGUSTO.- También me lo explicó.

DUMBY.- ¿Y sus ingresos? ¿Te lo explicó también?

LORD AUGUSTO (*Con un tono muy serio*).- Esos me los explicará mañana.

(*Cecilio Graham vuelve a la mesa del centro*)

DUMBY.- ¡Qué horriblemente mercantilizadas están las mujeres de hoy día! Nuestras abuelas saltaban por encima de todo, conservando su fascinante rubor; pero sus nietas, ¡por Júpiter!, dan el mismo salto, pero calculando los beneficios.

LORD AUGUSTO.- Quieres hacer de ella una mujer perversa, ¡y no lo es!

CECILIO GRAHAM.- ¡Oh! Las mujeres perversas le molestan a uno. Y las buenas le aburren. Ésta es la única diferencia que hay entre ellas.

LORD AUGUSTO (*Lanzando una bocanada de su cigarro*).- Mistress Erlynne tiene un porvenir ante ella.

CECILIO GRAHAM.- Prefiero las mujeres que tienen un pasado. Es siempre muy divertido hablar con ellas.

DUMBY.- Bueno, pues entonces tendrás montones de temas de conversación con ella, Tuppy.

LORD AUGUSTO.- Te estás volviendo intratable, chico; verdaderamente intratable.

CECILIO GRAHAM (*Poniéndole las manos sobre los hombros*).- Y ahora, Tuppy, te diré que has perdido tu tipo y tu carácter. No pierdas tu paciencia: es lo único que tienes.

LORD AUGUSTO.- Mira, querido; si yo no fuera el hombre más paciente de Londres...

CECILIO GRAHAM. Te trataríamos con más respeto. ¿No es eso, Tuppy? (*Pasea de un lado para otro*)

DUMBY.- La juventud actual es absolutamente monstruosa. No tiene el menor respeto al pelo teñido.

(*Lord Augusto mira irritado a su alrededor*)

CECILIO GRAHAM.- Mistress Erlynne siente un gran respeto por nuestro querido Tuppy.

DUMBY.- Entonces mistress Erlynne da un admirable ejemplo al resto de su sexo. Es perfectamente brutal el modo de portarse hoy en día las mujeres con los hombres que no son sus maridos.

LORD WINDERMERE.- Dumby, resultas ridículo; y tú, Cecilio, refrena la lengua. Debéis dejar en paz a mistress Erlynne. No sabéis, realmente, nada de ella, y estáis siempre murmurando escandalosamente de ella.

CECILIO GRAHAM (*Yendo hacia él*).- Mi querido Arturo, yo nunca murmuro escandalosamente. Me limito a chismorrear.

LORD WINDERMERE.- ¿Y qué diferencia hay entre la murmuración escandalosa y el chismorreo?

CECILIO GRAHAM.- ¡Oh, el chismorreo es siempre encantador! La Historia es únicamente chismorreo. Pero la murmuración escandalosa es un chismorreo que la moralidad hace aburrido. Por eso yo nunca moralizo. Un hombre que moraliza es, generalmente, un hipócrita; y una mujer que moraliza es, invariablemente, fea. Nada hay en el mundo entero tan indecoroso como la conciencia de una puritana. Me satisface decir que muchas mujeres lo saben.

LORD AUGUSTO.- Exactamente mi modo de pensar, chico; exactamente mi modo de pensar.

CECILIO GRAHAM.- Siento oírte decir eso, Tuppy; en cuanto una persona está de acuerdo conmigo, pienso siempre que debo de estar equivocado.

LORD AUGUSTO.- Hijo mío, cuando yo tenía tu edad...

CECILIO GRAHAM.- Pero ¡si nunca la has tenido, Tuppy, ni la tendrás jamás! (*Va hacia el centro*) Oye, Darlington: ¿quieres darme unas cartas? ¿Tú querrás jugar, Arturo?

LORD WINDERMERE.- No; gracias, Cecilio.

DUMBY (*Con un suspiro*).- ¡Santo Dios! ¡Cómo destroza el matrimonio a un hombre! Es tan desmoralizador como los cigarrillos, y mucho más costoso.

CECILIO GRAHAM.- ¿Tú jugarás, naturalmente, Tuppy?

LORD AUGUSTO (*Sirviéndose un «brandy» con soda en la mesa*).- No puedo, querido. He prometido a mistress Erlynne no volver a jugar ni a beber.

CECILIO GRAHAM.- Vamos, mi querido Tuppy, no irás a extraviarte por los senderos de la virtud. Si te reformas, serás perfectamente aburrido. Esto es lo peor de las mujeres. Quieren siempre que sea uno bueno. Y si es uno bueno, entonces nos rehuyen y no se enamoran de nosotros. Les gusta encontrarnos irremediablemente malos y abandonarnos insipidamente buenos.

LORD DARLINGTON (*Levantándose de la mesa donde ha estado escribiendo cartas*).- ¡Siempre nos encuentran malos!

DUMBY.- No creo que seamos malos. Creo que somos todos buenos, excepto Tuppy.

LORD DARLINGTON.- No; todos estamos en la cloaca, pero algunos miramos hacia las estrellas. (*Se sienta junto a la mesa del centro*)

DUMBY.- ¿Que estamos en la cloaca, pero algunos miramos hacia las estrellas? Te doy mi palabra de que estás muy romántico esta noche, Darlington.

CECILIO GRAHAM.- ¡Demasiado romántico! Debe de estar enamorado. ¿Quién es la muchacha?

LORD DARLINGTON.- La mujer que yo amo no es libre, o cree no serlo. (*Mira instintivamente a Lord Windermere al decirlo*)

CECILIO GRAHAM.- ¡Una mujer casada, entonces! Bueno; no hay nada en el mundo semejante al cariño de una mujer casada. Esa es una cosa que ignora por completo el hombre soltero.

LORD DARLINGTON.- ¡Oh! Ella no me ama. Es una mujer honrada. La única mujer honrada que he encontrado en mi vida.

CECILIO GRAHAM.- ¿La única mujer honrada que has encontrado en tu vida?

LORD DARLINGTON.- ¡Sí!

CECILIO GRAHAM (*Encendiendo un cigarrillo*).- ¡Bueno, pues eres un hombre de suerte! Porque yo he encontrado miles de mujeres honradas. No he encontrado nunca más que mujeres honradas. El mundo está lleno por completo de mujeres honradas. Se reconocen por su educación de clase media.

LORD DARLINGTON.- Esa mujer representa la pureza y la inocencia. Tiene todo cuanto los hombres han perdido.

CECILIO GRAHAM.- Mi querido amigo, ¿y qué iban a hacer en la tierra los hombres con la pureza y la inocencia? Un ojal cuidadosamente adornado es mucho más eficaz.

DUMBY.- ¿Entonces no te quiere ella, realmente?

LORD DARLINGTON.- ¡No, no me quiere!

DUMBY.- Pues te felicito, chico. En este mundo hay solo dos tragedias. Una es no conseguir lo que uno quiere; y otra, conseguirlo. Esta última es la peor; ¡esta última es una verdadera tragedia! Pero me interesa oír que no te ama. ¿Cuánto tiempo podrías tú amar a una mujer que no te quisiera, Cecilio?

CECILIO GRAHAM.- ¿A una mujer que no me quisiera? ¡Oh, toda mi vida!

DUMBY.- Lo mismo que yo. Pero ¡es tan difícil encontrar una de esas!

LORD DARLINGTON.- ¿Cómo puede ser tan vanidoso, Dumby?

DUMBY.- No lo digo por vanidad. Lo digo con pena. Me han adorado impetuosamente, locamente. Y lo siento. Ha sido un enorme fastidio. Me gusta de vez en vez concederme un poco de tiempo a mí mismo.

LORD AUGUSTO (*Mirando a su alrededor*).- Un poco de tiempo para educarte tú mismo, supongo...

DUMBY.- No; un poco de tiempo para olvidar lo que he aprendido. Esto es mucho más importante, querido Tuppy.

(*Lord Augusto se agita inquieto en su sillón*)

LORD DARLINGTON.- ¡Qué pandilla de cínicos sois!

CECILIO GRAHAM.- ¿Y qué es un cínico? (*Se sienta en el respaldo del sofá*)

LORD DARLINGTON.- Un hombre que sabe el precio de todo e ignora el valor de nada.

CECILIO GRAHAM.- Y un sentimental, mi querido Darlington, es un hombre que asigna un absurdo valor a todo y no conoce el precio fijo de una sola cosa.

LORD DARLINGTON.- ¡Cómo me diviertes siempre, Cecilio! Hablas como si fueras un hombre de experiencia.

CECILIO GRAHAM.- Y lo soy. *(Se acerca a la chimenea)*

LORD DARLINGTON.- ¡Eres todavía demasiado joven!

CECILIO GRAHAM.- Ese es un gran error. La experiencia es cuestión de instinto de la vida. Y yo la tengo. Tuppy, no. Experiencia es el nombre que da Tuppy a sus errores. Eso es todo.

(Lord Augusto mira indignado a su alrededor)

DUMBY.- Experiencia es el nombre que da todo el mundo a sus errores.

CECILIO GRAHAM *(En pie, de espaldas a la chimenea)*.- No debiera cometerse ninguno. *(Ve el abanico de Lady Windermere sobre el sofá)*

DUMBY.- La vida sería muy insulsa sin ellos.

CECILIO GRAHAM.- ¿Y, naturalmente, eres absolutamente fiel a esa mujer de quien estás enamorado, Darlington; a esa mujer honrada?

LORD DARLINGTON.- Cecilio, cuando uno está enamorado de verdad de una mujer, todas las demás mujeres del mundo le tienen a uno completamente sin cuidado. El amor le cambia a uno... Yo estoy cambiado.

CECILIO GRAHAM.- ¡Amigo mío! ¡Qué interesante! Tuppy, quiero hablarte un momento.

(Lord Augusto no se entera)

DUMBY.- Es inútil que hables a Tuppy. Es exactamente lo mismo que si hablastes a una pared.

CECILIO GRAHAM.- Pero ¡si a mí me gusta hablar a las paredes!... ¡Son las únicas cosas en el mundo que no me contradicen jamás! ¡Tuppy!

LORD AUGUSTO.- Bueno, ¿qué es ello? ¿Qué ocurre? *(Se levanta y va hacia Cecilio Graham)*

CECILIO GRAHAM.- Ven aquí. Necesito hablarte reservadamente. *(Aparte)* Darlington ha estado moralizando, hablándonos de la pureza del amor y de

cosas por el estilo, y tenía una mujer en sus habitaciones durante todo este rato.

LORD AUGUSTO.- ¡No! ¿De verdad? ¿De verdad?

CECILIO GRAHAM (*En voz baja*).- Sí; aquí está su abanico. (*Señalando el abanico*)

LORD AUGUSTO (*Riendo entre dientes*).- ¡Caramba, caramba!

LORD WINDERMERE (*Junto a la puerta*).- Tengo que irme ahora, lord Darlington. Siento que se marche usted tan pronto de Inglaterra. Le ruego que venga a casa cuando vuelva. ¡Mi mujer y yo tendremos mucho gusto en verle!

LORD DARLINGTON (*Acompañando a Lord Windermere*).- Me temo que estaré ausente bastantes años. ¡Buenas noches!

CECILIO GRAHAM.- ¡Arturo!

LORD WINDERMERE.- ¿Qué?

CECILIO GRAHAM.- Quisiera hablarte un momento. ¡No, ven aquí!

LORD WINDERMERE (*Poniéndose el abrigo*).- No puedo... ¡Tengo que irme!

CECILIO GRAHAM.- Es algo muy particular. Te interesará muchísimo.

LORD WINDERMERE (*Sonriendo*).- Será alguna de tus tonterías, Cecilio.

CECILIO GRAHAM.- ¡No lo es! De verdad: no lo es.

LORD AUGUSTO (*Yendo hacia él*).- Pero, querido, no debes irte. Tengo mucho que hablar contigo. Y Cecilio quiere enseñarte algo.

LORD WINDERMERE (*Marchando a su encuentro*).- Bueno; ¿qué es ello?

CECILIO GRAHAM.- Darlington tiene una mujer aquí, en sus habitaciones. Ahí está su abanico. Divertido, ¿verdad? (*Una pausa*)

LORD WINDERMERE.- ¡Santo Dios! (*Coge el abanico. Dumbly se pone en pie*)

CECILIO GRAHAM.- ¿Qué sucede?

LORD WINDERMERE.- ¡Lord Darlington!

LORD DARLINGTON (*Volviéndose*).- ¿Qué?

LORD WINDERMERE.- ¿Qué hace aquí en sus habitaciones el abanico de mi mujer? Aparta las manos, Cecilio. No me toques.

LORD DARLINGTON.- ¿El abanico de su mujer?

LORD WINDERMERE.- ¡Sí, ahí está!

LORD DARLINGTON (*Yendo hacia él*).- ¡No sé!

LORD WINDERMERE.- Pues debe usted saberlo. Le pido una explicación. (*A Cecilio Graham*) ¡No me sujetes, estúpido!

LORD DARLINGTON (*Aparte*).- Ella está aquí, sin duda.

LORD WINDERMERE.- ¡Hable usted! ¿Por qué está aquí el abanico de mi mujer? ¡Contésteme, por Dios! Voy a registrar sus habitaciones, y si mi mujer está aquí le... (*Da un paso hacia adelante*)

LORD DARLINGTON.- Usted no registrará mis habitaciones. ¡No tiene usted derecho a hacerlo! ¡Se lo prohíbo!

LORD WINDERMERE.- ¿Usted, miserable? ¡No saldré de esta casa sin registrar todos los rincones! ¿Qué se mueve detrás de esa cortina? (*Se precipita hacia la cortina del centro*)

MISTRESS ERLYNNE (*Entrando por la derecha*) ¡Lord Windermere!

LORD WINDERMERE.- ¡Mistress Erlynne!

(*Todos se estremecen, volviéndose hacia ella. Lady Windermere se desliza entonces por detrás de la cortina y sale de la habitación por la izquierda*)

MISTRESS ERLYNNE.- Temo haberme traído equivocadamente el abanico de su mujer, en lugar del mío, al salir de su casa esta noche. Lo siento mucho.

(*Le coge el abanico de las manos. Lord Windermere la mira con desprecio. Lord Darlington tiene una expresión mezcla de asombro y de ira. Lord Augusto se vuelve hacia otro lado. Los otros dos se miran sonriendo*)

TELÓN

Acto Cuarto

La misma decoración que en el acto primero.

LADY WINDERMERE (*Tendida en el sofá*).- ¿Cómo podré decírselo? No puedo decírselo. Me mataría. Me pregunto qué sucedería después de escapar yo de aquella horrible habitación. Quizá ella le dijo la verdadera razón de encontrarse allí, y el auténtico significado de ese abanico fatal que me pertenecía. ¡Oh! Si lo sabe, ¿cómo podré mirarle otra vez a la cara? No me lo perdonará nunca. (*Toca el timbre*) Cree una vivir segura..., fuera del alcance de la tentación, del pecado y de la locura. Y luego, de repente... ¡Oh! La vida es terrible. Nos gobierna, y no nosotros a ella.

(*Entra Rosalia por la derecha*)

ROSALIA.- ¿Me llamaba su señoría?

LADY WINDERMERE.- Sí. ¿Ha averiguado usted ya a qué hora volvió anoche lord Windermere?

ROSALIA.- Su señoría no volvió hasta las cinco.

LADY WINDERMERE.- ¿Las cinco? ¿Sabe usted si llamó en mi puerta esta mañana?

ROSALIA.- Sí, señora... A las nueve y media. Le dije que la señora no se había despertado aún.

LADY WINDERMERE.- ¿Y dijo algo?

ROSALIA.- Algo dijo del abanico de la señora. Pero no comprendí del todo lo que dijo el señor. ¿Se le ha perdido el abanico a la señora? Yo no lo he encontrado, y Parker dice que no quedó en ninguna de las habitaciones. He mirado en todas y también en la terraza.

LADY WINDERMERE.- No importa. Dígale a Parker que no se moleste. Ya se encontrará. (*Sale Rosalia. Lady Windermere, levantándose, dice:*) Estoy segura de que se lo dirá. No puedo imaginar que una persona realice un acto tan maravilloso de sacrificio de sí misma de un modo espontáneo, temerario, noble... Y que luego se deje sorprender a costa de tal precio. ¿Por qué iba ella a dudar entre su pérdida y la mía?... ¡Qué extraño! Yo quería afrentarla públicamente en mi propia casa, y ella acepta la pública afrenta en casa de otro para salvarme... Es una de las amargas ironías de la vida; es una amarga ironía que hablemos de buenas y de malas mujeres... ¡Oh, qué lección! ¡Y qué lástima que recibamos en la vida únicamente estas lecciones cuando ya no nos son útiles! Pues si ella no habla, debo hacerlo yo. ¡Oh, qué vergüenza! Decirlo es volver a vivir todo de nuevo. Las acciones son la primera tragedia en la vida;

las palabras, la segunda. Las palabras son acaso la peor. Las palabras son inexorables... ¡Oh! (*Se estremece al entrar Lord Windermere*)

LORD WINDERMERE (*Besándola*).- Margarita, ¡qué pálida estás!

LADY WINDERMERE.- He dormido muy mal.

LORD WINDERMERE (*Sentándose en el sofá junto a ella*).- ¡Cuánto lo siento! Volví atrozmente tarde y no quise despertarte. ¿Estás llorando querida?

LADY WINDERMERE.- Sí; estoy llorando porque quiero decirte algo, Arturo.

LORD WINDERMERE.- Tú no estás bien, niña mía. Te has agitado demasiado. Nos iremos al campo. Estarás muy bien en Selby. Empieza casi la temporada. Allí no hay ajetreo mundano. ¡Pobre Margarita! Nos marcharemos hoy mismo, si quieres. (*Se levanta*) Podemos tomar cómodamente el tren de esta tarde. Le telegrafiaré a Fannen. (*Se dirige y se sienta a la mesa para escribir el telegrama*)

LADY WINDERMERE.- Sí; vámonos hoy. No; hoy no puedo, Arturo. Antes de salir de aquí debo ver a alguien..., a alguien que ha sido muy buena conmigo.

LORD WINDERMERE (*Levantándose y apoyándose en el sofá*).- ¿Buena contigo?...

LADY WINDERMERE.- Más que buena. (*Se levanta y va hacia él*).- Te lo diré, Arturo; pero quíereme; eso sí: quíereme como acostumbrabas quererme.

LORD WINDERMERE.- ¿Como acostumbraba?... ¿No pensarás en esa vil mujer que vino aquí anoche? (*Acércase y se sienta a la derecha de ella*) No te imaginarás todavía... No; es imposible.

LADY WINDERMERE.- No; ahora sé que me equivocaba, que era una locura.

LORD WINDERMERE.- Fuiste muy buena al recibirla anoche...; pero no debes volver a verla nunca más.

LADY WINDERMERE.- ¿Por qué dices eso? (*Una pausa*)

LORD WINDERMERE (*Cogiéndole una mano*).- Margarita, creí que mistress Erlynne era una mujer más caída que culpable, por decirlo así. Creí que quería ser buena; que volvería al sitio perdido en un momento de locura; que llevaría de nuevo una vida decorosa. Creí lo que ella me dijo..., y me equivoqué. Es mala..., tan mala como puede serlo una mujer.

LADY WINDERMERE.- Arturo, Arturo, no hables tan duramente de ninguna mujer. Yo no creo que las personas puedan ser clasificadas en buenas y malas, como lo son en dos razas o especies. Las mujeres que llamamos

buenas pueden llevar cosas terribles en ellas; pasar por situaciones de locura, de inconsciencia, de afianzamiento propio, de celos, de pecado. Las mujeres malas, como se las denomina, pueden tener, en cambio, dolor, arrepentimiento, compasión, sacrificio. Yo no creo que mistress Erlynne sea una mujer mala...; sé que no lo es.

LORD WINDERMERE.- Niña mía, esa mujer es imposible. Aunque intente perjudicarnos, no debes volver a verla jamás. Es una mujer inadmisibles en ninguna parte.

LADY WINDERMERE.- Pero yo quiero verla. Quiero que vuelva aquí.

LORD WINDERMERE.- ¡Nunca!

LADY WINDERMERE.- Ella vino aquí una vez como invitada tuya. Ahora debe venir como invitada mía. Que quede esto claro.

LORD WINDERMERE.- No debería haber venido aquí nunca.

LADY WINDERMERE (*Levantándose*).- Es demasiado tarde, Arturo, ahora para decir eso. (*Separándose*)

LORD WINDERMERE (*Levantándose también*).- Margarita, si tú supieses dónde estuvo mistress Erlynne anoche, después de salir de esta casa, no querrías estar en la misma habitación que ella. Fue una cosa completamente vergonzosa.

LADY WINDERMERE.- Arturo, no puedo aguantar más. Debo decírtelo. Anoche...

(*Entra Parker, llevando en una bandeja el abanico de Lady Windermere y una tarjeta*)

PARKER.- Mistress Erlynne ha venido a devolver el abanico de la señora, que se llevó anoche equivocadamente. Mistress Erlynne ha escrito unas líneas en la tarjeta.

LADY WINDERMERE.- ¡Oh! Diga usted a mistress Erlynne que tenga la bondad de subir. (*Lee la tarjeta*) Dígale también que me alegraría mucho verla. (*Sale Parker*) Quiere verme, Arturo.

LORD WINDERMERE (*Coge la tarjeta y la lee*).- Margarita, te ruego que no lo hagas. Déjame que la vea yo primero, de todos modos. Es una mujer peligrosísima. La mujer más peligrosa que conozco. No hagas eso.

LADY WINDERMERE.- Es justo que la vea.

LORD WINDERMERE.- Hija mía, es posible que estés al borde de un gran dolor. No vayas a su encuentro. Es absolutamente necesario que la vea yo antes.

LADY WINDERMERE.- ¿Por qué es necesario?

(Entra Parker)

PARKER.- Mistress Erlynne.

(Entra Mistress Erlynne. Sale Parker)

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Cómo está usted, lady Windermere? *(A Lord Windermere)* ¿Cómo está usted? Sabrá usted, lady Windermere, que sentí tanto lo de su abanico... No puedo figurarme cómo tuve esa equivocación tan tonta. Fue estúpido en mí. Y como pasaba por aquí en coche, he aprovechado la oportunidad para devolverle en persona su abanico, rogándole disculpe mi descuido, y para decirle adiós.

LADY WINDERMERE.- ¿Adiós? *(Dirigiéndose al sofá con Mistress Erlynne y sentándose junto a ella)*.- ¿Se va usted entonces, mistress Erlynne?

MISTRESS ERLYNNE.- Sí; me vuelvo a vivir al extranjero. El clima inglés no me sienta bien. Mi corazón se siente aquí afectado, y eso no me gusta. Prefiero vivir en el Sur. Londres está demasiado invadido por las nieblas... y por la gente seria, lord Windermere. ¿Son las nieblas las que producen la gente seria, o es la gente seria la que produce las nieblas? No lo sé; pero el caso es que ambas alteran mis nervios, y por eso esta tarde pienso salir en el primer expreso.

LADY WINDERMERE.- ¿Esta tarde? ¡Y yo que deseaba tanto verla a usted!

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Qué amable es usted! Pero tengo que marcharme.

LADY WINDERMERE.- ¿Y no la volveré a ver a usted más, mistress Erlynne?

MISTRESS ERLYNNE.- Me temo que no. Nuestras vidas siguen caminos muy alejados. Pero le pediría con mucho gusto una cosilla. Desearía un retrato de usted, lady Windermere... ¿Querría usted dármelo? ¡No sabe usted cuánto se lo agradecería!

LADY WINDERMERE.- ¡Oh! Con sumo agrado. Ahí, sobre esa mesa, hay uno. Voy a enseñárselo. *(Yendo hacia la mesa)*

LORD WINDERMERE *(Llegando hasta mistress Erlynne y hablándole en voz baja)*.- Es monstruosa su intrusión después de su conducta de anoche.

MISTRESS ERLYNNE *(Con una sonrisa divertida)*.- Mi querido Windermere, ¡los buenos modales antes que la moral!

LADY WINDERMERE *(Volviendo)*.- Temo estar muy favorecida...; yo no soy tan bonita. *(Mostrando una fotografía)*

MISTRESS ERLYNNE.- Lo es usted mucho más. Pero ¿no tendría usted alguna con su hijito?

LADY WINDERMERE.- La tengo. ¿La preferiría usted?

MISTRESS ERLYNNE.- Sí.

LADY WINDERMERE.- Si usted me perdona un momento, voy por ella. La tengo arriba.

MISTRESS ERLYNNE.- Siento tanto, lady Windermere, ocasionarle esta molestia...

LADY WINDERMERE (*Yendo hacia la puerta de la derecha*).- No me molesta nada, mistress Erlynne.

MISTRESS ERLYNNE.- Muchas gracias. (*Sale Lady Windermere por la derecha*) Parece usted algo enfadado esta mañana, Windermere. ¿Por qué está así? Margarita y yo estamos en magníficas relaciones.

LORD WINDERMERE.- No puedo soportar el verla a usted con ella. Además, no me dijo usted la verdad, mistress Erlynne.

MISTRESS ERLYNNE.- No le dije a ella la verdad, querrá usted decir.

LORD WINDERMERE (*En pie en el centro*).- A veces quisiera que la hubiese dicho. Me habría usted evitado entonces el dolor, la ansiedad y las molestias de estos últimos seis meses. Pero con tal que mi mujer no supiera... que la madre que ella creía muerta; la madre a quien ha llorado como muerta, vivía... Era una mujer divorciada que llevaba un nombre supuesto; era una mala mujer expoliando la vida, como ahora sé que es usted...; antes que supiera esto estaba yo dispuesto a proporcionarle a usted dinero, a pagar cuenta tras cuenta, dispendio tras dispendio, exponiéndome a lo que ocurrió ayer: la primera desavenencia que he tenido nunca con mi mujer. Usted no comprende lo que significa esto para mí, ¿Cómo podría usted comprenderlo? Pero yo le digo a usted que las únicas palabras amargas que han salido nunca de esos dulces labios, a usted se deben; y por eso me resulta odioso verla a usted junto a ella. Mancha usted la inocencia que hay en ella. (*Yendo hacia la izquierda*) ¡Y yo que quería creer que, con todas sus culpas, era usted sincera y honesta! No lo es usted.

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Por qué dice usted eso?

LORD WINDERMERE.- Me hizo usted enviarle una invitación para el baile de mi mujer.

MISTRESS ERLYNNE.- Para el baile de mi hija..., sí.

LORD WINDERMERE.- Vino usted, y una hora después de su salida de esta casa la encontraba en las habitaciones de un hombre... Está usted deshonrada ante todo el mundo. (*Va hacia el centro*)

MISTRESS ERLYNNE.- Sí.

LORD WINDERMERE (*Volviéndose hacia ella*).- Por eso tengo derecho a considerarla como lo que es: una mujer indigna, viciosa. Tengo derecho a decirle que no vuelva usted a entrar nunca en esta casa, que no intente usted nunca acercarse a mi mujer.

MISTRESS ERLYNNE (*Fríamente*).- A mi hija querrá usted decir.

LORD WINDERMERE.- No tiene usted derecho a pretender que lo sea. Usted se separó de ella, la abandonó cuando era una niña, en la cuna; la abandonó por su amante, quien a su vez la abandonó a usted.

MISTRESS ERLYNNE (*Levantándose*).- ¿Dice usted eso en mérito de él, lord Windermere..., o en el mío?

LORD WINDERMERE.- En el de él, ahora que la conozco a usted.

MISTRESS ERLYNNE.- Tenga usted cuidado... Haría usted mejor en ser prudente.

LORD WINDERMERE.- ¡Oh! Con usted no tengo que medir las palabras. La conozco a usted a fondo.

MISTRESS ERLYNNE (*Mirándole fijamente*).- Lo dudo.

LORD WINDERMERE.- La conozco a usted. Durante veinte años ha vivido usted sin su hija, sin un pensamiento para su hija. Un día leyó usted en los periódicos que se había casado con un hombre rico. Presintió usted su indigna posibilidad. Sabía usted que, para evitarle a ella la afrenta de enterarse de qué clase de mujer era su madre, yo lo soportaría todo. Y empezó usted su chantaje.

MISTRESS ERLYNNE (*Encogiéndose de hombros*).- No emplee usted palabras feas, Windermere. Eso es plebeyo. Vi una posibilidad, es cierto, y la aproveché.

LORD WINDERMERE.- Sí; la aprovechó usted... y la desperdió por completo al ser sorprendida fuera de esta casa.

MISTRESS ERLYNNE (*Con una extraña sonrisa*).- Tiene usted razón en absoluto. La desperdicé por completo anoche.

LORD WINDERMERE.- Y en cuanto a coger por equivocación el abanico de mi mujer y dejárselo en las habitaciones de Darlington, es algo imperdonable. No podré ya soportar la vista de ese abanico. Ni permitiré que mi mujer vuelva

a usarlo nunca. Está manchado para mí. Hubiera preferido que se hubiese usted quedado con él en vez de traérselo.

MISTRESS ERLYNNE.- Creo que me quedaré con él. (Adelantándose.) Es precioso. (*Lo coge*) Le voy a pedir a Margarita que me lo dé.

LORD WINDERMERE.- Espero que se lo dará a usted.

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Oh! Estoy segura de que no hará ninguna objeción.

LORD WINDERMERE.- Quisiera que le diese al mismo tiempo una miniatura que besa ella todas las noches antes de rezar. Es la miniatura de una muchacha de expresión inocente, con un hermoso pelo negro.

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Ah, sí! Ya recuerdo. ¡Qué lejano parece eso! (*Va hacia el sofá y se sienta*) Me la hicieron antes de casarme. ¡El pelo negro y la expresión inocente estaban de moda entonces, Windermere! (*Una pausa*)

LORD WINDERMERE.- ¿Qué se propone usted viniendo aquí esta mañana? ¿Cuál es su objeto? (*Yendo hacia la izquierda y sentándose*)

MISTRESS ERLYNNE (*Con un ligero acento de ironía en su voz*).- Decir adiós a mi querida hija, naturalmente. (*Lord Windermere se muerde los labios con ira. Mistress Erlynne le mira y su voz y su ademán se tornan serios. Mientras habla hay en su tono una nota hondamente trágica. Por un momento se revela tal como es*) ¡Oh! No se imagine usted que voy a tener una escena patética con ella ni a llorar abrazada a su cuello y a decirle quién soy, ni nada por el estilo. No tengo la ambición de representar el papel de madre. Una sola vez en mi vida he sabido lo que son los sentimientos maternos. Fue anoche. Resultó terrible... Me hicieron sufrir..., sufrir demasiado. Durante veinte años, como usted dice, he vivido sin hija... y quiero seguir viviendo sin ella. (*Ocultando sus sentimientos con una risa frívola*) Además, mi querido Windermere, ¿cómo podría yo dárme las de madre con una hija tan crecida? Margarita tiene veintiún años y yo no he confesado nunca más de veintinueve o treinta, a lo sumo. Veintinueve, cuando hay pantallas rosas, y treinta, cuando no las hay. Ya ve usted las dificultades que eso implica. No; por mí, deje usted que su mujer venere la memoria de esa madre muerta, inmaculada. ¿Por qué quitarle sus ilusiones? Encuentro ya bastante difícil conservar las mías. Anoche perdí una. Creí que no tenía corazón. Y resulta que lo tengo: un corazón que no me cuadra, Windermere. Por una u otra razón, no siento bien con un vestido moderno. Le hace a una parecer vieja. (*Coge un espejo de mano que hay sobre la mesa y se mira en él*) Y es perjudicial a nuestra carrera en momentos críticos.

LORD WINDERMERE.- ¡Me llena usted de horror, de infinito horror!

MISTRESS ERLYNNE (*Levantándose*).- Supongo, Windermere, que le gustaría a usted que me retirase a un convento, o que me dedicase a enfermera de hospital, o algo por el estilo, como hacen las protagonistas de las

estúpidas novelas modernas. Es una tontería en usted, Arturo; en la vida real no suceden tales cosas..., por lo menos mientras nos queda un bello rostro. No... Hoy lo que consuela no es el arrepentimiento, sino el placer. El arrepentimiento está enteramente anticuado. Y además, si una mujer se arrepiente de verdad, tiene que ir a un modisto malo, pues de otra manera nadie la cree. Y por nada del mundo haría yo eso. No; voy a separarme por completo de sus dos vidas. Mi venida aquí ha sido un error... Anoche lo descubrí.

LORD WINDERMERE.- Un error fatal.

MISTRESS ERLYNNE (*Sonriendo*).- Casi fatal.

LORD WINDERMERE.- Ahora siento no habérselo dicho todo a mi mujer inmediatamente.

MISTRESS ERLYNNE.- Deploro mis malas acciones. Y usted deplora las suyas buenas... Esta es la diferencia entre nosotros.

LORD WINDERMERE.- No tengo confianza en usted. Quiero decírselo a mi mujer. Es preferible para ella saberlo; para ella y para mí. Le causará una pena infinita..., la humillará terriblemente; pero es justo que lo sepa.

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Piensa usted decírselo?

LORD WINDERMERE.- Voy a decírselo.

MISTRESS ERLYNNE (*Yendo hacia él*).- Si lo hace usted, envilecerá de tal modo mi nombre que enlodará cada momento de su vida. La arruinaré y la haré despreciable. Si se atreve usted a decírselo, no hay abismo de degradación en que no me hunda, ni precipicio de vergüenza en que no caiga. Usted no se lo dirá... ¡Se lo prohíbo!

LORD WINDERMERE.- ¿Por qué?

MISTRESS ERLYNNE (*Después de una pausa*).- Si le digo a usted que me intereso por ella y que incluso la amo..., se burlará usted de mí, ¿verdad?

LORD WINDERMERE.- Tendría la sensación de que no era cierto. El amor materno quiere decir fervor, desinterés, sacrificio. ¿Qué puede usted saber de estas cosas?

MISTRESS ERLYNNE.- Tiene usted razón. ¿Qué puedo yo saber de esas cosas? No hablemos más de ello... En cuanto a decirle a mi hija quién soy, eso no se lo permito. Es mi secreto y no el de usted. Si me decido a decírselo a ella, y creo que lo haré, se lo diré antes de abandonar esta casa... Si no, no lo sabrá nunca.

LORD WINDERMERE (*Coléricamente*).- Entonces permítame que le ruegue que salga de esta casa inmediatamente. Yo la disculparé con Margarita.

(Entra Lady Windermere por la derecha. Se dirige hacia Mistress Erlynne con la fotografía en la mano. Lord Windermere se coloca detrás del sofá y vigila con ansiedad a Mistress Erlynne en el curso de la escena)

LADY WINDERMERE.- Siento mucho, mistress Erlynne, haberla tenido esperando. No encontraba la fotografía por ninguna parte. Al final la descubrí en el cuarto de vestir de mi marido... Me la había robado.

MISTRESS ERLYNNE *(Coge la fotografía y la contempla)*.- No me extraña... Es encantadora. *(Se dirige hacia el sofá con Lady Windermere y se sienta junto a ella)* ¡Y este es su hijito! ¿Cómo se llama?

LADY WINDERMERE.- Gerardo; por mi querido padre.

MISTRESS ERLYNNE *(Dejando la fotografía)*.- ¿De verdad?

LADY WINDERMERE.- Si hubiera sido una niña, le habría puesto el nombre de mi madre. Mi madre se llamaba lo mismo que yo: Margarita.

MISTRESS ERLYNNE.- También yo me llamo Margarita.

LADY WINDERMERE.- ¿De veras?

MISTRESS ERLYNNE.- Sí. *(Pausa)* Me ha dicho su marido, lady Windermere, que siente usted devoción por la memoria de su madre.

LADY WINDERMERE.- Todos tenemos ideales en la vida. Por lo menos, todos debíamos tenerlos. El mío es mi madre.

MISTRESS ERLYNNE.- Los ideales son siempre peligrosos. Son preferibles las realidades. Hieren, pero son preferibles.

LADY WINDERMERE *(Moviendo la cabeza)*.- Si perdiese mis ideales, lo habría perdido todo.

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Todo?

LADY WINDERMERE.- Sí. *(Pausa)*

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Su padre le hablaba a usted a menudo de su madre?

LADY WINDERMERE.- No; le producía demasiada pena. Me dijo que mi madre murió pocos meses después de nacer yo. Y sus ojos estaban anegados en lágrimas mientras hablaba. Luego me suplicó que no volviera nunca a mencionar su nombre delante de él. Solo oírlo le hacía sufrir. Realmente, mi padre..., mi padre..., murió con el corazón desgarrado. No he conocido vida más destrozada que la suya.

MISTRESS ERLYNNE (*Levantándose*).- Tengo que irme ya, lady Windermere.

LADY WINDERMERE (*Levantándose*).- ¡Oh, no!

MISTRESS ERLYNNE.- Creo que será mejor. Ya debe de haber vuelto mi coche. Lo mandé a casa de lady Jedburgh con unas letras.

LADY WINDERMERE.- Arturo, ¿quieres ver si ha vuelto el coche de mistress Erlynne?

MISTRESS ERLYNNE.- Le ruego que no se moleste, lord Windermere.

LADY WINDERMERE.- Sí, Arturo; ve, haz el favor. (*Lord Windermere vacila un momento y mira a Mistress Erlynne. Esta permanece impassible. Sale él de la habitación. A Mistress Erlynne*) ¡Oh! ¿Qué podría yo decirle? Anoche me salvó usted. (*Va hacia ella*)

MISTRESS ERLYNNE.- ¡Bah! No hable usted de eso.

LADY WINDERMERE.- Debo hablar de eso. No puedo dejar que crea usted que voy a aceptar su sacrificio. No puedo aceptarlo. Es demasiado grande. Voy a decírselo todo a mi marido. Es mi deber.

MISTRESS ERLYNNE.- No es su deber...; o, por lo menos, tiene usted deberes con otras personas además de con él. ¿No dice usted que me debe algo?

LADY WINDERMERE.- Le debo a usted todo.

MISTRESS ERLYNNE.- Entonces pague usted su deuda con el silencio. Es el único modo de poder pagarla. No eche usted a perder la única cosa buena que he hecho en mi vida diciéndoselo a todos. Prométame que lo ocurrido anoche seguirá siendo un secreto entre nosotras. No debe usted ocasionar ninguna desgracia en la vida de su marido. ¿Por qué destruir su amor? No debe usted destruirlo. El amor se mata fácilmente. ¡Oh! ¡Qué fácilmente se mata el amor! Déme usted su palabra, lady Windermere, de que no se lo dirá nunca. Insisto en ello.

LADY WINDERMERE (*Con una inclinación de cabeza*).- Ese es su deseo, no el mío.

MISTRESS ERLYNNE.- Sí; ese es mi deseo. Y no se olvide nunca de su hijo... Me gusta considerarla a usted como madre. Me gusta pensar que lo es usted.

LADY WINDERMERE (*Alzando la vista*).- Ahora quiero serlo siempre. Solo una vez en mi vida he olvidado a mi madre... Fue anoche. ¡Oh! Si me hubiese acordado de ella, no hubiera sido tan necia, tan mala.

MISTRESS ERLYNNE (*Con un leve temblor*).- ¡Bah! Anoche está ya muy lejos.

(*Entra Lord Windermere*)

LORD WINDERMERE.- Su coche no ha vuelto aún, mistress Erylne.

MISTRESS ERLYNNE.- No importa. Tomaré uno de alquiler. No hay nada tan respetable en el mundo como un coche típico de alquiler. Y ahora, mi querida lady Windermere, tengo que despedirme de verdad. (*Yendo hacia el centro*) ¡Oh! Ahora recuerdo. Voy a parecerle a usted absurda; pero sepa que fui anoche lo bastante tonta para llevarme de su baile ese abanico del que me he encaprichado enormemente. Dígame: ¿querría usted dármelo? Lord Windermere dice que puede usted regalármelo. Ya sé que es un regalo que él le hizo.

LADY WINDERMERE.- ¡Oh! Ciertamente, se lo daré con mucho gusto. Pero tiene puesto mi nombre: «Margarita».

MISTRESS ERLYNNE.- Pero ¡si tenemos el mismo nombre!

LADY WINDERMERE.- ¡Oh! Lo había olvidado. Téngalo, claro es. ¡Qué extraordinaria casualidad que tengamos el mismo nombre!

MISTRESS ERLYNNE.- Realmente extraordinario. Gracias... Eso hará que me acuerde siempre de usted. (*Se estrechan la mano*).

(*Entra Parker*)

PARKER.- Lord Augusto Lorton. El coche de mistress Erylne ha llegado.

(*Entra Lord Augusto*)

LORD AUGUSTO.- Buenos días, querido. Buenos días, lady Windermere. (*Al ver a Mistress Erylne*) ¡Mistress Erylne!

MISTRESS ERLYNNE.- ¿Cómo está usted, lord Augusto? ¿Está usted del todo bien esta mañana?

LORD AUGUSTO (*Fríamente*).- Completamente bien. Gracias, mistress Erylne.

MISTRESS ERLYNNE.- No tiene usted buena cara del todo, lord Augusto. Se acuesta usted demasiado tarde..., y eso es malo para usted. Realmente, debería usted cuidarse más. Adiós, lord Windermere. (*Se dirige hacia la puerta, haciendo una inclinación a Lord Augusto. De repente sonrío y vuelve la cabeza hacia él*) ¡Lord Augusto!, ¿quiere usted acompañarme hasta el coche? Podría usted llevarme el abanico.

LORD WINDERMERE.- ¡Permítame!

MISTRESS ERLYNNE.- No; quiero que sea lord Augusto. Tengo un recado particular para la querida duquesa. ¿No quiere usted llevarme el abanico, lord Augusto?

LORD AUGUSTO.- Si lo desea usted realmente, mistress Erlynne...

MISTRESS ERLYNNE (*Riendo*).- ¡Claro que sí! ¡Lo llevará usted tan graciosamente!... Usted llevaría cualquier cosa graciosamente, querido lord Augusto.

(*Al llegar a la puerta se vuelve a mirar por un momento a Lady Windermere. Sus ojos se encuentran. Luego da media vuelta y sale por el centro seguida por Lord Augusto*)

LADY WINDERMERE.- No volverás ya nunca a hablar mal de mistress Erlynne, ¿verdad, Arturo?

LORD WINDERMERE (*Gravemente*).- Es mejor de lo que podía creerse.

LADY WINDERMERE.- Es mejor que yo.

LORD WINDERMERE (*Sonriendo y acariciándole los cabellos*).- ¡Niña! Tú y ella pertenecéis a mundos diferentes. En el tuyo no ha entrado nunca la maldad.

LADY WINDERMERE.- No digas eso, Arturo. Este mundo es el mismo para todos nosotros, y el bien y el mal, el pecado y la inocencia, pasan por él cogidos de la mano. Cerrar los ojos a esa mitad de la vida que puede uno vivir tranquilamente es como cegarse uno mismo para poder pasear con más seguridad por un terreno lleno de abismos y de precipicios.

LORD WINDERMERE (*Llevándola cogida del talle*).- ¿Por qué dices eso, amor mío?

LADY WINDERMERE (*Sentándose en el sofá*).- Porque yo, que había cerrado los ojos a la vida, he estado al borde de ese precipicio. Y alguien que nos había separado...

LORD WINDERMERE.- Nosotros no hemos estado nunca separados.

LADY WINDERMERE.- No debemos volver a estarlo. ¡Oh Arturo! No me quieras menos y yo tendré en ti más confianza. Tendré una confianza absoluta en ti. Vámonos a Selby. En la rosaleda de Selby hay rosas blancas y rojas.

(*Entra Lord Augusto por el centro*)

LORD AUGUSTO.- ¡Arturo, me lo ha explicado todo! (*Lady Windermere le mira horriblemente asustada. Lord Windermere se estremece. Lord Augusto coge a Windermere del brazo y le lleva a las candilejas. Le habla de prisa y en voz baja. Lady Windermere, en pie, los vigila aterrada*) Chico, me ha explicado

todas esas malditas cosas. Hemos sido enormemente injustos con ella. Fue a casa de Darlington exclusivamente por mi bien. Llamó primero al club... y lo hizo queriendo sacarme de dudas..., y al decirle que me había ido..., me siguió..., y asustada, naturalmente, al oír entrar a todos los que íbamos..., se metió en otra habitación... Como ves, la cosa no puede ser más satisfactoria para mí. Nos hemos portado brutalmente con ella. Es precisamente la mujer que me conviene. La más adecuada de la tierra. La única condición que impone es que vivamos siempre fuera de Inglaterra. Una magnífica idea. ¡Malditos clubs, maldito clima, malditos cocineros, maldito todo! ¡Estoy harto de todo!

LADY WINDERMERE (*Asustada*).- ¿Entonces..., mistress Erlynne...?

LORD AUGUSTO (*Adelantándose hacia ella y haciendo una profunda reverencia*) Sí, lady Windermere... Mistress Erlynne me ha hecho el honor de aceptar mi mano.

LORD WINDERMERE.- Pues es indudable que te casas con una mujer muy inteligente.

LADY WINDERMERE (*Cogiendo la mano de su marido*).- ¡Ah! ¡Se casa usted con una mujer muy buena!

TELÓN FINAL

POEMAS EN PROSA

OSCAR WILDE

EL ARTISTA

Una tarde, le vino al alma el deseo de dar forma a una imagen del *Placer que se posa un instante*. Y se fue por el mundo a buscar bronce, pues sólo en bronce podía concebir su obra.

Pero había desaparecido el bronce del mundo entero; en parte alguna del mundo entero podía encontrarse bronce, salvo el bronce sólo de la imagen del *Dolor que dura para siempre*.

Era él quien había forjado esta imagen con sus propias manos, y la había puesto sobre la tumba de lo único que había amado en la vida. Sobre la tumba de lo que más había amado en la vida y había muerto había puesto esta imagen hechura suya, como prenda y señal del amor humano que no muere nunca, y como símbolo del dolor humano que dura para siempre. Y en el mundo entero no había más bronce que el bronce de esta imagen.

Y tomó la imagen que había formado y la puso en un gran horno y se la entregó al fuego.

Y con el bronce de la imagen del *Dolor que dura para siempre* esculpió una imagen del *Placer que se posa un instante*.

EL BIENHECHOR

Era de noche y Él estaba solo.

Y vio a lo lejos los muros de una ciudad amurallada y se encaminó a la ciudad.

Y cuando estuvo cerca oyó los pasos de los pies de la alegría dentro de la ciudad, y la risa de la boca del gozo y los fuertes sonos de numerosos laúdes. Y llamó golpeando a la puerta y le abrieron algunos de los guardianes.

Y se quedó contemplando una casa de mármol con hermosos pilares de mármol en la fachada. De los pilares pendían guirnaldas, y había antorchas de cedro dentro y fuera. Y entró en la casa.

Y cuando hubo atravesado la sala de calcedonia y la sala de jaspe, y hubo llegado a la larga sala del festín, vio a un hombre reclinado en un lecho de púrpura marina; tenía los cabellos coronados de rosas rojas y los labios rojos de vino.

Y Él se acercó por detrás y le tocó en el hombro y le dijo:

-¿Por qué llevas esta vida?

Y el joven se volvió y le reconoció, y respondiendo le dijo:

-Era leproso y me curaste. ¿De qué otro modo había de vivir?

Y Él salió de la casa de nuevo a la calle.

Y, transcurrido un rato, vio a una mujer con la cara pintada y el vestido de colores llamativos y con perlas calzándole los pies. E iba tras ella, a pasos lentos como un cazador, un joven cubierto con un manto de dos colores. El rostro de la mujer parecía el rostro hermoso de un ídolo, y los ojos del joven brillaban de lujuria.

Y Él les siguió de prisa y le tocó al joven en la mano y le dijo:

-¿Por qué miras a esta mujer y de ese modo?

Y el joven se volvió y le reconoció y dijo:

-Era ciego y me diste la vista. ¿Qué otra cosa había de mirar?

Y Él se adelantó corriendo y tocó la ropa de color llamativo de la mujer y le dijo:

-¿No hay otra senda en que andar más que la senda del pecado?

Y la mujer se volvió y le reconoció, y riéndose dijo:

-Tú me perdonaste los pecados y el camino que sigo es agradable.

Y Él salió de la ciudad.

Y cuando hubo salido de la ciudad, vio a un joven que lloraba sentado al borde del camino.

Y se acercó a él y le tocó los largos bucles del cabello y le dijo:

-¿Por qué lloras?

Y alzó el joven la mirada y le reconoció y respondió:

-Estaba muerto y me resucitaste de entre los muertos. ¿Qué otra cosa iba a hacer más que llorar?

EL DISCÍPULO

Cuando murió Narciso, el remanso de su placer se trocó de una copa de aguas dulces en una copa de lágrimas saladas, y llegaron llorando a través de los bosques las ninfas de las montañas, las oréades, para consolar al remanso con su canto.

Y cuando vieron que el remanso se había trocado de una copa de aguas dulces en una copa de lágrimas saladas, soltaron las verdes trenzas de sus cabellos y gritando al remanso le dijeron:

-No nos sorprende que hagas un duelo tal por Narciso, tan hermoso como era.

-¿Era hermoso Narciso? -dijo el remanso.

-¿Quién había de saberlo mejor que tú? -respondieron las ninfas-. A nosotras siempre nos desdeñaba, pero a ti te cortejaba, y solía recostarse en tus orillas e inclinarse a mirarte, y en el espejo de tus aguas reflejaba gustoso su belleza.

Y el remanso respondió:

-Pero yo amaba a Narciso porque, cuando recostado en mis orillas se inclinaba a mirarme, en el espejo de sus ojos veía mi propia belleza reflejada.

EL MAESTRO

Cuando cayeron las tinieblas sobre la tierra, José de Arimatea, habiendo encendido una antorcha de madera de pino, bajó al valle desde el altozano, pues tenía quehaceres en su casa.

Y vio a un joven desnudo que lloraba, arrodillado sobre las duras piedras del Valle de la Desolación. Tenía los cabellos de color de miel, y su cuerpo era como una flor blanca, pero había herido su cuerpo con espinas y sobre sus cabellos había puesto ceniza, a guisa de corona.

Y el que era dueño de grandes posesiones dijo al joven que estaba desnudo y lloraba:

-No me asombra que sea tan grande tu aflicción, pues en verdad Él era un hombre justo.

Y el joven respondió:

-No lloro por él, sino por mí. También yo he convertido el agua en vino, y he curado a los leprosos y dado vista a los ciegos. Yo he caminado sobre las aguas y he arrojado a los demonios de los que habitan en las tumbas. Yo he dado de comer a los hambrientos en el desierto en que no había alimento alguno, y he hecho salir a los muertos de sus angostas moradas, y, por mandato mío, en presencia de una gran multitud, se secó una higuera que no daba fruto. Todas las cosas que hizo ese hombre las he hecho yo también. Y, no obstante, a mí no me han crucificado.

LA SALA DEL JUICIO

Y hubo un silencio en la Sala del Juicio, y el hombre compareció desnudo ante Dios.

Y Dios abrió el Libro de la vida del hombre.

Y dijo Dios al hombre:

-Tu vida ha sido perversa,, y has dado pruebas de crueldad con los que necesitaban socorro, y con los que precisaban ayuda has sido implacable y duro de corazón. Recurrieron a ti los pobres y no los escuchaste, y cerraste los oídos al grito de mis afligidos. Te apropiaste de la herencia de los huérfanos, y azuzaste a las zorras para que entraran en la viña de tu vecino. Cogiste el pan de los niños y se lo echaste a los perros, y a mis leprosos que vivían en paz alabándome en las tierras pantanosas, les obligaste a salir a los caminos, y sobre la tierra mía, de la que te formé, derramaste sangre inocente.

Y respondió el hombre y dijo:

-En efecto, lo hice.

Y de nuevo abrió Dios el Libro de la vida del hombre.

Y dijo Dios al hombre:

-Perversa ha sido tu vida; buscaste ansiosamente la belleza que he revelado y desdeñaste el bien que dejé oculto. Las paredes de tu aposento estaban pintadas con imágenes, y del lecho de tus abominaciones te levantabas al son de flautas. Erigiste siete altares a los pecados que he soportado, y comiste manjares prohibidos, y la púrpura de tu ropa llevaba bordadas las tres marcas de la vergüenza. Tus ídolos no eran de oro ni de plata que perduran, sino de carne que perece. Impregnaste sus cabellos de perfumes y pusiste granadas en sus manos. Les teñiste los pies con azafrán y extendiste alfombras a su paso. Con antimonio pintaste sus párpados y ungiste su cuerpo con mirra. Te prosternaste ante ellos, y fueron ensalzados los tronos de tus ídolos hasta el sol. Mostraste al sol tu vergüenza y a la luna tu locura.

Y respondió el hombre y dijo:

-En efecto, lo hice.

Y por tercera vez abrió Dios el Libro de la vida del hombre.

Y dijo Dios al hombre:

-Perversa ha sido tu vida, y pagaste con el mal el bien, y con agravio la bondad. Las manos que te alimentaron las heriste, y despreciaste los pechos que te amamantaron. Quien vino a ti con agua se marchó sediento, y a los proscritos que te ocultaron en sus tiendas por la noche los traicionaste antes de que llegara el alba. Al enemigo que te perdonó la vida le hiciste caer en una emboscada, y al amigo que caminó contigo le vendiste por una recompensa, y a quienes te ofrecieron amor les diste lujuria a cambio.

Y respondió el hombre y dijo:

-En efecto, lo hice.

Y cerró Dios el Libro de la vida del hombre, y dijo:

-En verdad, te enviaré al infierno. Al infierno te enviaré.

Y el hombre exclamó:

-No puedes.

Y dijo Dios al hombre:

-¿Por qué no puedo mandarte al infierno y por qué razón?

-Porque en el infierno he vivido yo siempre -respondió el hombre.

Y hubo un silencio en la Sala del Juicio.

Y, después de una pausa, habló Dios y dijo al hombre:

-Dado que no puedo mandarte al infierno, te enviaré al cielo. Al cielo te enviaré.

Y exclamó el hombre:

-No puedes.

Y dijo Dios al hombre:

-¿Por qué no puedo enviarte al cielo y por qué razón?

-Porque nunca ni en ningún lugar he sido capaz de imaginarlo -respondió el hombre.

Y se hizo el silencio en la Sala del Juicio.

EL MAESTRO DE LA SABIDURÍA

Desde su niñez había sido como es quien está lleno del perfecto conocimiento de Dios, y cuando no era todavía más que un adolescente, muchos de entre los santos, lo mismo que algunas santas mujeres que habitaban en la ciudad libre donde él nació, se habían quedado asombrados por la grave sabiduría de sus respuestas.

Y cuando sus padres le hubieron entregado la túnica y el anillo de la edad viril, les besó y se separó de ellos, y se fue por el mundo, para hablar al mundo de Dios. Pues había muchos en el mundo en aquel tiempo que no conocían a Dios o tenían de Él no más que un conocimiento incompleto o adoraban a los falsos dioses que moran en las arboledas y no se cuidan de sus adoradores.

Y dirigió su rostro hacia el sol y emprendió su camino, andando sin sandalias, como había visto caminar a los santos, y llevando al cinto una bolsa de cuero y una pequeña redoma de barro cocido para el agua.

Y yendo a lo largo del camino se sentía lleno del gozo que procede del perfecto conocimiento de Dios, y cantaba sin cesar alabanzas a Dios. Y después de algún tiempo llegó a una tierra extraña en la que había muchas ciudades.

Y atravesó once ciudades. Y algunas de estas ciudades se hallaban en los valles, y otras estaban en las orillas de grandes ríos, y otras estaban erigidas sobre colinas. Y en cada ciudad encontró un discípulo que le amó y le siguió, y le seguía también una gran multitud de gente de cada ciudad, y el conocimiento de Dios se esparció por toda la comarca, y muchos de los dirigentes se convirtieron, y los sacerdotes de los templos que albergaban a ídolos se dieron cuenta de que habían desaparecido la mitad de sus ganancias, y de que cuando batían sus tambores a mediodía, nadie, o tan sólo unos cuantos, venían con pavos reales o con ofrendas de carne, como había sido costumbre en aquella tierra antes de su llegada.

Sin embargo, cuanto más le seguía la gente y mayor era el número de sus discípulos, tanto mayor se volvía su tristeza. Y él no sabía por qué su aflicción era tan grande, pues hablaba siempre de Dios, e inspirado por la plenitud del conocimiento perfecto de Dios que Dios mismo le había dado.

Y, una tarde, salió de la undécima ciudad, que era una ciudad de Armenia, y sus discípulos y una gran multitud de gente iban tras él; y subió a una montaña y se sentó en una roca que había en la montaña, y sus discípulos, de pie, le rodearon, y la multitud se arrodilló en el valle.

Y él inclinó la cabeza, la ocultó entre las manos y lloró, y dijo a su alma:

-¿Por qué estoy lleno de tristeza y de temor, y es cada uno de mis discípulos como un enemigo que anda a plena luz del día?

Y su alma respondiéndole le dijo:

-Dios te llenó del conocimiento perfecto de sí mismo, y tú has entregado ese conocimiento a los demás. La perla de gran precio la has dividido, y la túnica inconsútil la has rasgado en dos pedazos. El que entrega la sabiduría se roba a sí mismo; es como quien da su tesoro a un ladrón. ¿No es Dios más sabio de lo que eres tú? ¿Quién eres tú para desvelar el secreto que Dios te ha confiado? En un tiempo fui rica, y tú me has empobrecido. En un tiempo vi a Dios, y tú me le has ocultado.

Y lloró de nuevo, pues sabía que su alma le decía la verdad, y que había dado a otros el conocimiento perfecto de Dios, y que era ahora como alguien que se agarra a la túnica de Dios, y que su fe le estaba abandonando a razón del número de los que creían en él.

Y se dijo a sí mismo:

-No hablaré más de Dios. Quien entrega la sabiduría se roba a sí mismo.

Y algunas horas después, sus discípulos se acercaron a él y se prosternaron y dijeron:

-Maestro, háblanos de Dios, pues tú tienes el conocimiento perfecto de Dios, y ningún hombre más que tú tiene ese conocimiento.

Y él respondiéndoles dijo:

-Os hablaré de todas las demás cosas que hay en el cielo y en la tierra, pero de Dios no os hablaré. Ni ahora ni en ninguna otra ocasión os hablaré de Dios.

Y ellos se encolerizaron contra él y le dijeron:

-Nos has conducido al desierto para que te escucháramos, ¿quieres despedirnos ahora hambrientos, a nosotros y a la gran multitud que has hecho que te siguiera?

Y él respondiéndoles dijo:

-No os hablaré de Dios.

Y la multitud murmuraba contra él y le decía:

-Nos has conducido al desierto y no nos has dado alimento que comer. Háblanos de Dios y nos bastará. Pero él no les respondió palabra alguna, pues sabía que si les hablaba de Dios entregaría su tesoro.

Y sus discípulos se fueron entristecidos, y la multitud regresó a los hogares, y muchos perecieron por el camino.

Y cuando estuvo solo, se levantó y dirigió su rostro hacia la luna, y viajó durante siete lunas, sin hablar a ningún hombre y sin dar respuesta alguna. Y, cuando la séptima luna estaba en su cuarto megguante, llegó a ese desierto que es el desierto del Gran Río. Y habiendo encontrado una caverna en que había vivido un centauro la tomó por morada, y se hizo una estera de juncos para lecho, y se convirtió en ermitaño. Y, a cada hora, el ermitaño alababa a Dios que había permitido que conservara algún conocimiento de Él y de su grandeza admirable.

Y una tarde, estando el ermitaño sentado delante de la cueva en la que había hecho su morada, vio a un joven de rostro hermoso y perverso que pasaba por allí vestido pobremente y con las manos vacías. Cada tarde, con las manos vacías pasaba el joven por allí, y cada mañana volvía con las manos llenas de púrpura y de perlas; pues era ladrón y robaba a las caravanas de los mercaderes.

Y el ermitaño le miró y se apiadó de él, pero no le dijo una palabra; pues sabía que quien dice una palabra pierde la fe.

Y una mañana, cuando volvía el joven con las manos llenas de púrpura y de perlas, se detuvo y frunció el ceño y golpeó la arena con el pie, y dijo al ermitaño:

-¿Por qué me miras siempre de ese modo cuando paso? ¿Qué es lo que veo en tus ojos? Pues ningún, hombre me había mirado antes de ese modo. Y es una espina y me causa una inquietud.

Y el ermitaño le respondió y dijo:

-Lo que ves en mis ojos es compasión. La compasión es lo que te mira desde mis ojos.

Y el joven se rió con desdén, y gritó al ermitaño con voz desapacible, y le dijo:

-Tengo púrpura y perlas en las manos, y tú no tienes más que una estera de juncos para acostarte. ¿Qué compasión habrías de tener por mí? ¿Y por qué razón tienes esa piedad?

-Me das compasión -dijo el ermitaño- porque no tienes conocimiento de Dios.

-¿Es cosa valiosa ese conocimiento de Dios? -preguntó el joven.

Y se acercó a la entrada de la caverna.

-Es más valiosa que toda la púrpura y que todas las perlas de este mundo -respondió el ermitaño.

-¿Y tú lo tienes? -dijo el joven ladrón.

Y se acercó más aún.

-Hubo un tiempo, en verdad -respondió el ermitaño-, en que yo poseía el conocimiento perfecto de Dios; pero en mi necedad me separé de él, y lo repartí entre los demás. No obstante, incluso ahora, lo que me queda de ese conocimiento es más valioso que la púrpura o las perlas.

Y cuando oyó esto el joven ladrón, arrojó la púrpura y las perlas que llevaba en las manos, y sacando una cimitarra afilada de acero curvado dijo al ermitaño:

-Dame, ahora mismo, ese conocimiento de Dios que posees, o ten por cierto que te mataré. ¿Cómo no habría de matar a quien tiene un tesoro mayor que mi tesoro?

Y el ermitaño extendió los brazos y dijo:

-¿No sería más ventajoso para mí ir a las moradas recónditas de Dios y alabarle que vivir en el mundo sin tener conocimiento de Él? Mátame si es ese tu deseo, pero no te entregaré mi conocimiento de Dios.

Y el joven ladrón se puso de rodillas y le suplicó, pero el ermitaño no quiso hablarle de Dios, ni darle su tesoro, y el joven ladrón se levantó y dijo al ermitaño:

-Sea como desees. En cuanto a mí, iré a la ciudad de los Siete Pecados, que está sólo a tres días de camino desde este lugar, y a cambio de mi púrpura me darán placeres, y a cambio de mis perlas me venderán alegría.

Y recogió la púrpura y las perlas y se fue apresuradamente.

Y el ermitaño le llamó a gritos y le siguió y le suplicó. Por espacio de tres días siguió al joven ladrón por el camino y le rogó que volviera, que no entrara en la ciudad de los Siete Pecados.

Y de vez en cuando miraba hacia atrás el joven ladrón al ermitaño y le llamaba, y decía:

-¿Quieres darme ese conocimiento de Dios que es más valioso que la púrpura y las perlas? Si quieres dármelo, no entraré en la ciudad.

Y siempre respondía el ermitaño:

-Todas las cosas que tengo te las daré, menos esa única cosa solamente; pues esa cosa no me es lícito entregarla.

Y, al crepúsculo del tercer día, llegaron cerca de las grandes puertas escarlata de la ciudad de los Siete Pecados. Y de la ciudad llegaba el sonido de muchas risas.

Y el joven ladrón respondió con otra risa, y quiso llamar a la puerta. Y mientras lo hacía, se adelantó corriendo el ermitaño y le cogió por los pliegues de la túnica, y le dijo:

-Extiende las manos, y pon los brazos en torno de mi cuello, aproxima el oído a mis labios, y te daré lo que queda del conocimiento de Dios.

Y el joven ladrón se detuvo.

Y cuando el ermitaño hubo entregado su conocimiento de Dios, se arrojó al suelo y lloró, y una gran oscuridad le ocultó de la ciudad y del joven ladrón, así que no los vio más.

Y mientras yacía allí llorando se daba cuenta de que había Uno de pie a su lado, y el que estaba a su lado tenía los pies de bronce y los cabellos como de lana fina. Y Él alzó al ermitaño y le dijo:

-Antes tenías el perfecto conocimiento de Dios; ahora tendrás el perfecto amor de Dios. ¿Por qué lloras? Y le besó.

LOS MODELOS EN LONDRES

OSCAR WILDE

Los modelos profesionales son una invención de los tiempos modernos.

Entre los griegos, por ejemplo, eran completamente desconocidos. En realidad, el modelo, en el sentido propio de la palabra, es el producto directo de las escuelas académicas.

Hoy en día, a excepción de América, cada país tiene sus propios modelos.

En Nueva York e incluso en Boston, un buen modelo es algo tan raro, que la mayoría de los artistas se ven reducidos a pintar Niagaras y millonarios. Pero en Europa es distinto.

Aquí tenemos modelos en gran abundancia y de todas las nacionalidades.

Los modelos italianos son los mejores. La gracia natural de sus actitudes, así como el tono maravillosamente pintoresco de su tez, hacen de ellos modelos fáciles, acaso demasiado fáciles para el pintor.

Los modelos franceses, aunque no tan bellos como los italianos, poseen una viva simpatía intelectual y un don especial para comprender al artista.

Los modelos ingleses están considerados una categoría aparte. No tienen el carácter pintoresco de los italianos ni la viveza mental de los franceses; están completamente desprovistos de tradiciones de su clase, por así decirlo.

De vez en cuando algún veterano llama a la puerta de un estudio y se ofrece para posar como Áyax, desafiando al rayo, o de rey Lear, vagando por un páramo inhóspito.

Hace ya tiempo, uno de ellos fue a casa de un pintor muy conocido, que, como necesitaba sus servicios en aquella ocasión, lo contrató, y para empezar le dijo que se arrodillase como si rezase.

-¿Con pose bíblica o shakespeariana? -preguntó el veterano.

-Con la shakespeariana -contestó el artista, preguntándose intrigado por medio de qué sutil matiz expresionista iba a expresar el modelo la diferencia.

-Bien, caballero -dijo el profesor de pose.

Y luego se arrodilló solemnemente, guiñando el ojo izquierdo. Sin embargo, esa categoría va desapareciendo. Generalmente, en nuestros días, el modelo es una muchacha bonita, de una edad que oscila entre los doce y los veinticinco años, que no entiende absolutamente nada de arte (lo cual no le importa para nada) y se preocupa únicamente de ganar siete u ocho chelines al día sin demasiado esfuerzo.

Los modelos ingleses ven rara vez un cuadro y no se arriesgan nunca en teorías estéticas.

En resumidas cuentas: realizan por completo el concepto ideal que se forja Whistler de un crítico de arte, pues no formulan ninguna clase de crítica valorativa.

Todas las escuelas de arte son aceptadas por ellos, con la absoluta imparcialidad de un perito tasador y posan con la misma docilidad para un joven y caprichoso impresionista que ante un erudito y laborioso academicista. No se colocan en pro ni en contra de los whistleristas.

Los deja indiferentes la controversia entre la escuela de los hechos y la de los efectos.

Los calificativos de idealista o de naturalista llegan a sus oídos desprovistos de todo significado.

Tan sólo quieren que el estudio esté bien caldeado y que el almuerzo sea sustancioso, ya que el almuerzo de sus modelos corre a cargo de nuestros encantadores artistas. Y sienten la misma indiferencia respecto a lo que les piden que hagan como tales modelos.

Se van alegremente, con la cabeza baja, a través de todos los siglos y con todas las indumentarias, y, como los actores, no resultan interesantes más que cuando no son ellos mismos.

Poseen un gran corazón. Son enormemente complacientes. -¿A qué se dedica usted? -preguntó un joven artista a una modelo que le había enviado su tarjeta.

Todas las modelos, por cierto, llevan un bolso negro, en cuyo interior abundan las tarjetas.

-¡Oh! ... A todo lo que usted quiera -contestó la muchacha-. Sirvo de modelo hasta para el paisaje, si usted quiere. Hay que reconocer que, desde el punto de vista intelectual, las modelos son unas filisteas; pero, físicamente, son perfectas, algunas por lo menos.

Aunque ninguna sepa griego, hay muchas que pueden adoptar un aire griego, lo cual es, naturalmente, de una gran importancia para un pintor del siglo actual.

Sus observaciones se reducen a las vulgaridades usuales.

Sin embargo, aunque sean incapaces de apreciar al artista como tal artista, se hallan muy dispuestas a apreciar al artista como hombre. Son muy sensibles a las buenas maneras, al respeto

y a la generosidad. Una modelo de gran belleza, que había posado durante dos años para uno de nuestros más notables pintores, estaba chiflada por un vendedor ambulante de helados. El día en que se casó, el pintor le envió un

bonito regalo de boda, y recibió como respuesta una hermosa carta de gracias con esta notable posdata: "No compre usted nunca helados verdes."

Cuando están cansadas, el atento artista les concede unos minutos. Entonces se acomodan en una silla y leen subliteratura barata, hasta que, hartas de tragedias literarias, vuelven a ocupar su sitio en la tragedia del arte. Algunas fuman, aunque las demás modelos consideran esto como una falta de seriedad y lo suelen desaprobar.

Las contratan por día o por medio día. La tarifa es un chelín la hora, al que los grandes artistas añaden el transporte. Las dos mejores cualidades en ellas son su notable belleza y su notable respetabilidad.

Vistas en conjunto, su conducta es intachable, sobre todo en las que sirven de modelo para el rostro; hecho curioso y natural, según la idea que uno se haga de la naturaleza humana. Generalmente, hacen buenas bodas. A veces se acaban casando con el artista. Es tan terrible para un artista casarse con su modelo, como para un gourmet casarse con su cocinera: el primero se queda sin modelo, y el segundo, sin comida.

En resumen: las modelos inglesas son seres muy ingenuos, muy espontáneos, y muy complacientes.

Las virtudes que el artista aprecia más en ellas son la belleza y la puntualidad. Por eso, toda modelo un poco sensata anota sus citas en la agenda y se viste de mujer decente.

Como es normal, la temporada mala es el verano, en que los artistas se van de la capital. Pero desde hace unos cuantos años hay artistas que han logrado que sus modelos los acompañen, y la esposa de uno de nuestros más exquisitos pintores tiene con frecuencia a su cargo, en el campo, la responsabilidad de acoger a tres o cuatro a modelos, para que el trabajo de su marido (y de los amigos de éste) no se interrumpa.

Las modelos francesas emigran en masa a los pueblecillos de la costa o de las montañas, donde se reúnen los pintores.

En cambio, generalmente, las modelos inglesas esperan pacientemente en Londres el regreso de los artistas. Casi todas viven con sus padres y ayudan a que marche la casa. Poseen todo lo necesario para ser inmortalizadas por el arte, excepto la belleza de las manos.

Las manos de la modelo inglesa son corrientes, normalmente y coloradas. En cuanto a los modelos masculinos, existe, primeramente, el veterano ya mencionado. Tiene todas las tradiciones del gran estilo y está desapareciendo tan rápidamente como la escuela artística que él personifica. Un viejo que habla de Fuseli es, naturalmente, insoportable y, además, los patriarcas dejaron de estar de moda.

Pasemos al verdadero modelo de academia. Es, habitualmente, un hombre de treinta años, que rara vez tiene bonísima cara, pero que está maravillosamente musculado. Realmente, es la apoteosis de la anatomía, y tan perfectamente se da cuenta de su esplendor, que le habla a uno de su tibia o de su tórax, como si nadie los tuviera iguales en el mundo.

También están los modelos orientales. Su número es reducido, pero hay siempre en Londres, diez o once. Están buscadísimos, porque pueden permanecer inmóviles durante horas enteras y suelen tener una encantadora indumentaria.

Pero, experimentan poquísimos interés por el arte inglés, al que consideran como un maridaje entre una personalidad vulgar y una fotografía trivial.

Luego está el joven italiano, que ha pasado la Mancha exclusivamente para ser modelo, o que llega a serlo cuando tiene que componer su instrumento de música. Es con frecuencia encantador, con sus ojazos melancólicos, su cabellera rizada y su cuerpo esbelto y moreno. Verdad es que come ajo; pero, en fin, en pie sabe adoptar actitudes felinas, y tendido parece un leopardo. Por lo cual se le puede perdonar el ajo. Dice siempre bellos cumplidos y tiene fama de dirigir siempre nobles palabras de aliento, incluso a nuestros grandes artistas.

En cuanto al inglés de la misma edad, no posa en absoluto. Aparentemente no ve sería la profesión de modelo. En todo caso, es difícil, ya que no imposible, echarle el guante. Es muy difícil también contar con modelos infantiles. A veces algún ex modelo que tiene un hijo le riza el pelo, le lava la cara, y lo pasea de un estudio a otro bien enjabonado y reluciente.

A los jóvenes no les gusta; pero los que pertenecen a la antigua escuela lo aceptan, y cuando aparece colgado sobre los muros de la Real Academia, se le llama la Infancia de Samuel.

De vez en cuando, un artista recoge del arroyo a un par de golfillos y los sube a su estudio. La primera vez van siempre; pero después jamás vuelven a aparecer por allí. No les gusta permanecer inmóviles y sienten una poderosa, aun quizá natural, aversión a adoptar actitudes patéticas. Además, les da la impresión de que el artista se burla de ellos. Es triste, pero real, el hecho de que la gente pobre no tiene la menor conciencia de su calidad pintoresca. Aquellos a quienes se convence, no sin esfuerzos, para que posen, lo hacen con la convicción de que el artista no es más que un filántropo benévolo que ha escogido ese medio extraño para dar limosna a la gente que no la merece.

Cuando la Sección de las Escuelas de Bellas Artes enseñe al chiquillo londinense su valía artística, éste mejorará como modelo.

El modelo de la Academia goza de un privilegio notable: el derecho a sacar un chelín a todo socio o miembro de la Real Academia recién iniciado. Esos modelos esperan en el edificio de la Corporación a que aparezca el anuncio de la elección, y entonces se encaminan a toda marcha hacia el domicilio del

artista. El que llega primero recibe ese dinero. En estos últimos tiempos les ha costado un gran esfuerzo, a causa de las largas distancias que han tenido que recorrer velozmente; por eso se enteran con disgusto de la elección de los artistas que viven en lugares distantes o en barrios apartados, porque tienen que recurrir al Metro, a los ómnibus o a otros medios mecánicos de locomoción. El premio de la carrera corresponde al más veloz. Además de los modelos profesionales, de estudio, existen los modelos que posan en los tés elegantes, los que posan en política y los de los circos. Estas tres categorías son encantadoras; pero tan sólo la última es realmente decorativa. Los acróbatas y los gimnastas pueden proporcionar al pintor una infinidad de ideas, porque aportan a su arte un elemento de velocidad en el movimiento, de cambio incesante de que carece forzosamente el modelo de estudio.

Lo más interesante de esos "esclavos de las Arenas" es que en ellos la Belleza es un resultado inconsciente y no una finalidad buscada, que proviene, en realidad, de un cálculo matemático de curvas y de distancias, de una precisión absoluta de la vista, del conocimiento científico del equilibrio de las fuerzas y de un ejercicio físico perfecto.

Un buen gimnasta siempre tiene gracia, aunque hacer gracia no sea su objetivo. Tiene gracia porque hace lo que debe hacer de la mejor manera posible. Tiene gracia porque es espontáneo. Si un griego antiguo volviera a la vida actualmente, lo cual constituiría una dura prueba para nuestras pretensiones, a causa de la severidad de sus críticas, se lo vería con mucho mayor frecuencia en el circo que en el teatro.

Un buen circo supone un oasis de helenismo en un mundo que lee demasiado para ser sabio y piensa demasiado para ser bello.

Sin el campo de carreras a pie de Eton, sin el canal de regatas de Oxford, sin las escuelas de natación del Támesis y los circos anuales, la Humanidad olvidaría rápidamente la perfección plástica y degeneraría en profesores miopes y en "preciosas" con lentes.

Esto no quiere decir que los propietarios de circos tengan siempre conciencia de su alta misión. ¿Acaso no nos cansan con la alta escuela y nos aburren con clowns a lo Shakespeare? Pero, en fin, nos presentan acróbatas, y el acróbata no deja de ser un artista. Sólo el hecho de no dirigir nunca la palabra al público revela hasta qué punto está convencido de esta gran verdad: que la finalidad del arte no es mostrar la personalidad, sino agradar. El clown puede ser chillón; pero el acróbata es siempre bello. Representa una mezcla interesante de la esencia de la escultura griega con la abigarrada indumentaria de los últimos tiempos.

Incluso en las novelas de nuestro siglo, ha tenido cabida y si en Manette Salmon se descubre al modelo, los Hermanos Zenganno son la apoteosis del acróbata. En lo referente a la influencia del modelo corriente sobre nuestra escuela inglesa de pintura, no se puede decir que sea del todo beneficiosa. La verdad es que supone una ventaja para un artista joven, encerrado en su estudio, poder aislar "un rincón de vida", como dicen los franceses, de los

aledaños que lo predicen y hallarse en disposición de estudiarlo en determinadas condiciones de claros y sombras.

Pero ese aislamiento mismo lleva generalmente al pintor al amaneramiento y le hace perder esa amplia comprensión de los actos generales de la vida, que representa la esencia misma del arte. En una palabra: la pintura, con modelo, podrá ser la condición del arte, pero no será nunca su objetivo principal. Es sencillamente la práctica y no la perfección. Su ejercicio educa la vista y la mano del pintor; pero su abuso produce, con su obra, un efecto puro de pose y de belleza. Por eso, si se encuentra un carácter tan artificial al arte moderno, se descubrirá la razón secreta en esa pose constante de unas lindas personas. Y cuando el arte es artificial, se vuelve monótono. Fuera del mundillo del estudio, con sus cortinajes y su aspecto de baratillo, se extiende el mundo de la vida, con su infinito y su variedad shakespeariana.

Sin embargo, debemos distinguir entre estas dos clases de modelos, los que posan para el rostro y los que posan para el traje. El estudio de los primeros es siempre excelente; pero el

Modelo con traje empieza a resultar fatigoso en los cuadros modernos.

En realidad, no sirve para gran cosa vestir con ropajes griegos a una muchacha londinense y pintada como diosa.

El vestido puede ser ateniense; pero el rostro es, generalmente, populachero. De cuanto en cuanto, sin duda, se encuentra un modelo femenino cuyo rostro es un exquisito anacronismo, lo cual parece encantador y natural con el traje de cualquier siglo distinto al suyo. Aunque es raro que suceda esto.

Generalmente, los modelos son absolutamente de nuestro siglo y deberían ser pintados como tales.

Pero, por desgracia no sucede así, y consecuencia de ello es que nos exhiban todos los años una serie de escenas tomadas de bailes de máscaras y calificadas de cuadros de historia, pero que no son sino la reproducción de una mascarada contemporánea. Los franceses actúan con más sensatez. El pintor francés se sirve simplemente del modelo para el estudio, y para la terminación del cuadro se sitúa frente a la vida.

Pero no podemos culpar al modelo de los defectos del artista. Los modelos ingleses pertenecen a una clase de gentes correctas y trabajadoras, y si se interesan por los artistas más que por el arte, a gran parte del público le sucede lo mismo, y nuestras exposiciones modernas parecen justificar su cooperación.

IMPRESIONES SOBRE
YANQUILANDIA
(ARTICULO)

OSCAR WILDE

I América

Me parece que no puede describirse a América, en su conjunto, como un Elíseo, pues sé muy poco de ese país desde el punto de vista corriente. No puedo dar su latitud ni su longitud, tampoco comparar el valor de sus primeras materias, ni tengo un conocimiento profundo de su política. Todas éstas son cosas que no pueden interesarnos, al menos a mí.

Lo primero que me llamó la atención cuando llegué a América fue que, así como los americanos no son los hombres más elegantes del mundo, son, indudablemente, los que van más confortablemente vestidos. Se ven individuos con ese horrible tubo de chimenea; pero hay poquísimos que no lleven sombrero. Se ven hombres que llevan ese horrible traje de etiqueta de cola de urraca; pero también se ven muchos sin él. Hay una nota de confort en el aspecto de la gente que forma un fuerte contraste con Europa, donde tropiezas continuamente con gentes vestidas con harapos.

El segundo hecho, también muy curioso es que todo el mundo corre para tomar un tren. Esta es una situación poco favorable a la poesía o a la novela. Si Romeo y Julieta se hubiesen hallado en un constante estado de ansiedad a causa de los trenes, o si hubieran tenido la cabeza trastornada por la preocupación de los billetes de vuelta, Shakespeare no podría habernos legado esas deliciosas escenas del balcón, tan emocionantes y poéticas.

Creo que América es el país con más ruido que conozco. Uno se despierta por las mañanas, no gracias al canto del ruiseñor, sino a la sirena de algún vapor o fábrica. Es raro que el sentido profundamente práctico de los americanos no haya intentado disminuir ese ruido intolerable. Todo el Arte depende de la sensibilidad exquisita y delicada, y pienso que tal torbellino ininterrumpido acabará por destruir la facultad musical, a la fuerza.

La belleza de las ciudades americanas no supera a la que hay en Oxford, en Cambridge, en Salisbury o Winchester, donde se encuentran las adorables reliquias de una época maravillosa; pero, sin embargo, puede hallarse de vez en cuando bastante belleza en dichas ciudades, aunque tan sólo allí donde los americanos no han intentado crearla. Allí donde los americanos han intentado producir belleza, han fracasado totalmente. Una de las características notablemente yanquis es la manera que han tenido de aplicar la ciencia a la vida moderna del día a día.

Esto que digo es fácil de ver en un simple paseo por Nueva York. En Inglaterra, a un inventor se lo considera casi como a un loco y, en sobrados casos, el inventor termina por desalentarse y hundido en la miseria. En América se honra al inventor, se lo ayuda, y el ejercicio del ingenio, la aplicación de la ciencia al trabajo del hombre, es allí el camino más corto hacia la fortuna. No hay ningún otro país donde la mecánica sea tan bella como en América. He creído siempre que la línea de poder y la línea de belleza no son más que una sola. Esta creencia me quedó plenamente confirmada al contemplar la

mecánica americana. Únicamente cuando vi las fábricas hidráulicas de Chicago comprendí las maravillas de la mecánica; la elevación y la caída de los vástagos de acero, el movimiento simétrico de los grandes volantes, son la cosa más magníficamente ritmada que he visto nunca. Se queda uno impresionado en América; pero impresionado desfavorablemente por la insólita grandeza de todo. Este país, a mi juicio, parece como si quisiese hacernos creer en su poder por su imponente enormidad.

Sufrí una gran decepción al ver el Niágara, lo que debe de sucederles a muchos. Allí acuden todas las recién casadas, y la contemplación de las prodigiosas cataratas representa una de las primeras y seguramente de las mayores desilusiones de la vida conyugal americana. Se ven en malas condiciones, desde muy lejos, y el punto de vista no muestra realmente la magnificencia del agua. Para apreciarla bien hay que situarse abajo, en la caída, y para esto es necesario revestir una piel engrasada y amarillenta, que es tan fea como un impermeable y que creo que ninguno de ustedes se pondrá. Resulta un consuelo saber que una artista tan importante como Sarah Bernhardt además de ponerse ese ropaje amarillo y horroroso, ha dejado hacerse una fotografía con él.

El Oeste fue, indudablemente, la parte que más me gustó de América; pero para llegar allí hay que hacer un viaje de seis días, atado a una máquina de vapor, que es una especie de puchero de hojalata. La única pequeña satisfacción que tuve durante ese viaje fue ver que los pillastres que infestan los coches vendiendo todo lo que se puede comer o lo que no se puede comer, vendían asimismo una edición de mis poemas, vilmente impresa en una especie de papel secante gris y al reducido precio de cincuenta céntimos. Los llamé y les dije que, aun cuando a los poetas les gusta ser populares, quieren también ser retribuidos, y que vender ediciones de mis poemas sin provecho alguno para mí era asestar a la literatura un golpe que podía causar un efecto desastroso entre los aspirantes a poetas. Todos ellos me respondieron invariablemente que sacaban provecho para ellos de la venta y que esto era lo que más los interesaba.

Existe una superstición muy corriente en América: le llaman siempre extranjero al turista. A mí no me han llamado jamás así. En Texas me llamaban capitán; cuando llegué a la región central, coronel, y al pisar la frontera mexicana, general. Pero, casi siempre emplean señor, la vieja costumbre continental.

La vida antigua del país se encuentra en las colonias y no en la metrópoli. Si se pretende comprender lo que es el puritanismo inglés, no en lo que tiene de peor (siendo, como es, muy malo), sino en lo que tiene de mejor (y entonces no resulta muy bueno), creo que no puede encontrarse mucho en Inglaterra; en cambio, se puede encontrar a cada momento en Boston y en Massachusetts. Nosotros nos hemos desprendido de él y América, en cambio, lo ha sabido conservar, como curiosidad de bastante novedad, supongo.

San Francisco es una ciudad realmente maravillosa. El barrio chino, poblado de obreros chinos, es el sitio más artístico que jamás he visto. Sus habitantes

orientales, extraños y melancólicos, que ciertas personas llaman vulgares y que realmente son muy pobres, han decidido no tener nada a su alrededor que no sea belleza. En sus restaurantes, donde se reúnen a cenar sus marineros, los vi beber té en tazas de porcelana tan delicadas como pétalos de rosa, mientras que en los suntuosos hoteles me lo servían en una taza de pulgada y media de espesor. La cuenta estaba hecha sobre papel de arroz con tinta china y en caracteres fantásticos, como si un artista hubiese grabado pajarillos en uno de sus abanicos.

En cambio, Salt Lake City sólo tiene de notable dos monumentos: el más importante es el Tabernáculo, en forma de sopera, decorado por el único artista indígena y está tratado el asunto con el mismo espíritu ingenuo de los primeros pintores florentinos, representando gentes de nuestros días con trajes de otra época, al lado de personajes bíblicos vestidos con trajes de la época renacentista.

El segundo monumento importante es el Amelia Palace, levantado en honor de una de las esposas de Brigham Young. Cuando éste murió, el presidente de los mormones se irguió en el Tabernáculo y dijo que había tenido la revelación de que era necesario construir el Amelia Palace, ¡y que no habría ninguna otra revelación sobre este asunto!

Desde Salt Lake City puede uno viajar por las grandes llanuras del Colorado y se sube a las Montañas Rocosas, en cuya cima está Leadville, la ciudad más rica del mundo. Tiene también fama de ser la más peligrosa, y todos los habitantes llevan encima un arma. Me habían dicho que si iba a ella me matarían o matarían a mi director de tournée. Escribí allí diciéndoles que nada de lo que pudieran hacer a mi director de tournée me intimidaría. La población está compuesta de mineros y de hombres que trabajan en las fundiciones; por eso les hablé de la ética del Arte. Les leí trozos escogidos de la autobiografía de Benvenuto Cellini y parecieron encantados. Me reprocharon que no lo hubiese llevado allí conmigo. Les expliqué que había muerto hacía algún tiempo, lo cual hizo que me preguntasen: "¿Y quién le pegó el tiro?" Después me llevaron a un salón de baile, donde vi el único sistema coherente de crítica de arte. Encima del piano aparecía impreso el siguiente aviso:

QUERIDO PÚBLICO:

ROGAMOS NO SE ABALANCEN SOBRE EL PIANISTA,

YA QUE LO HACE LO MEJOR QUE PUEDE

El índice de mortalidad en el gremio de pianistas es asombrosa allí. Luego me invitaron a cenar y, una vez que acepté, tuve que bajar a una mina, en una artesa muy estrecha, en la cual era imposible resultar bien. Llegado al corazón de la montaña, me sirvieron la cena. El primer plato fue whisky; el segundo, whisky, y el tercero..., whisky. Luego fui al teatro, donde debía dar mi conferencia, y me notificaron que precisamente antes de mi llegada, habían

sido detenidos dos individuos por haber cometido un asesinato, llevados al escenario de aquel mismo teatro a las ocho de la noche y, después de juzgados, ejecutados, ante una sala rebosante. Pero encontré que fueron unos minutos verdaderamente encantadores y mucho más emocionantes que peligrosos.

Entre las gentes sureñas de más edad, pude observar una tendencia melancólica para situar todos los acontecimientos importantes antes de la guerra. "¡Qué luna tan hermosa la de esta noche!", dije un día a un caballero que estaba a mi lado. "Sí -me contestó-; pero ¡tenía que haberla visto usted antes de la guerra!" Encontré la ciencia del arte tan desconocida al oeste de las Montañas Rocosas, que un aficionado a él, que había sido minero en su juventud, demandó por daños y perjuicios a la Compañía de ferrocarriles porque la reproducción en yeso de la Venus del Nilo, que había hecho traer desde bastante lejos, le había llegado a casa sin brazos. Y lo mejor del caso es que ganó el pleito y fue indemnizado con una suma de dinero nada despreciable.

Pensilvania, con sus desfiladeros de roca pura y sus paisajes selváticos, me recordó a primera vista a Suiza. Las praderas me parecieron igual que una hoja de papel secante.

Tanto los españoles como los franceses han dejado tras ellos huellas en algunos bellos nombres. Todas las ciudades que tienen nombres bonitos se los deben al español o al francés. Cierta ciudad tenía un nombre tan feo, que me negué a hablar allí. Se llamaba Grigsville. Imagínense ustedes que yo hubiese abierto allí una escuela de arte e imagínense un Grigsville primitivo e incluso algo peor: mi escuela enseñando un Renacimiento Grigsville.

Los jóvenes americanos están pálidos, son precoces, amarillos y arrogantes; pero las muchachas son encantadoras y agradables y resultan como pequeños oasis de grata inconsciencia en medio de un vasto desierto donde impera en todo el sentido práctico.

Cualquier joven americana toca a doce muchachos por barba, que le son muy adictos. Son sus esclavos, y ella los gobierna con encantadora despreocupación.

Una gran parte del sector masculino está dedicada casi exclusivamente a los negocios. Tienen, como ellos mismos dicen, su cerebro en la parte de delante de la cabeza. Acogen también con excesivo entusiasmo las ideas nuevas. La educación es eminentemente práctica. Nosotros basamos la educación infantil por entero en los libros, pues nos vemos en la precisión de dar al niño un cerebro antes de poder instruir dicho cerebro. Los niños sienten una antipatía natural hacia los libros; el trabajo manual debería servir de base a la educación. Niños y niñas deberían aprender a utilizar sus manos para hacer algo, y así serían menos propensos a la destrucción y la maldad.

Recorriendo América, ve uno que la pobreza no va unida necesariamente a la civilización. En todo caso, aquél es un país donde no hay ornato ni

ostentación, ni ceremonias pomposas. No vi allí más que dos desfiles: uno, el de los bomberos, precedidos por la Policía, y otro, el de la Policía, precedida por los bomberos.

Cualquier ciudadano, al cumplir los veintiún años, tiene derecho a votar y adquiere, por eso mismo, al instante su educación política. Los americanos son el Pueblo, políticamente, mejor educado del mundo. Vale la pena ir a un país que puede enseñarnos la belleza de la palabra LIBERTAD y el valor real de ese concepto.

II El Hombre Americano

Una de nuestras más queridas duquesas preguntaba el otro día a un distinguido viajero si existía en realidad eso que llaman el hombre americano. Y para poder justificar su pregunta decía, explicándola, que si bien conocía muchas mujeres americanas encantadoras, jamás había conocido padres, abuelos, tíos, hermanos, maridos, primos o simplemente parientes varones de ellas.

La respuesta exacta que recibió la duquesa no es digna de ser citada o reproducida aquí, pues adoptó la forma deprimente de una información útil y precisa; pero no se puede negar que el tema resulta interesantísimo, si observamos el curioso hecho de que, en lo referente a relaciones exteriores, la invasión americana ha sido casi siempre de un carácter marcadamente femenino. A excepción del embajador de los Estados Unidos, personaje que es siempre bien acogido en todas partes, y de algún elegante advenedizo de Boston o del Far-West, ningún hombre americano hace vida social en Londres. Sus compatriotas femeninos, con sus toilettes maravillosas y su conversación mejor todavía, brillan en nuestros salones y encantan nuestras comidas; nuestros jóvenes gentlemen quedan esclavizados por su admirable cutis y nuestras bellezas envidian su notable ingenio; pero el pobre hombre yanqui queda siempre relegado a último término, sin elevarse jamás por encima del nivel del turista. De vez en cuando, aparece fugazmente en el parque y resulta un poco chocante con su larga levita de paño negro lustroso y su sombrero blando tan práctico; pero su sitio favorito es el Strand y el American Exchange, que él es como se imagina el cielo. Cuando no se mece rockingchair con un puro en la boca, recorre las calles con un saco de mano, adquiriendo, gravemente todos nuestros productos e intentando entender a Europa entera a través de los escaparates de sus tiendas. Se parece al hombre sensual, medio, de Renán; o al filisteo de la clase media de Arnold.

El teléfono es imprescindible para él, y sus más audaces sueños utópicos no pasan nunca del ferrocarril aéreo y de los timbres eléctricos. Su placer principal consiste en caer sobre algún extranjero desprevenido o sobre algún compatriota afín, para dedicarse entonces al juego nacional de las "comparaciones".

El americano, con una ingenuidad y una despreocupación totalmente encantadoras, compara gravemente el Palacio de Saint-James con la gran estación central de Chicago, o la Abadía de Westminster con las cataratas del Niágara. El volumen constituye su canon de belleza, y la altura, su patrón por excelencia. Para él, la grandeza de un país estriba en el número de kilómetros cuadrados que tienen de superficie; y jamás se cansará de decir a los criados de su hotel que el Estado de Texas, él solo es más grande que Francia y Alemania juntas.

Pero, en general, el americano se siente más feliz en Londres que en cualquier sitio de Europa. Allí puede hacer siempre algunos conocimientos y, en general, hablar el idioma. En el extranjero es hombre al agua. No conoce a nadie, no entiende nada y lo recorre todo, paseándose de una manera melancólica, tratando al Viejo Mundo como si fuese un almacén de Broadway y cada ciudad un mostrador de productos de pacotilla. Para él, el Arte no encierra ningún maravilloso misterio, ni la Belleza tiene sentido, ni el Pasado le trae mensajes de ningún tipo.

Él piensa que la civilización empezó con el descubrimiento del vapor, y mira con desprecio todos los siglos que no han tenido calefacción central en sus viviendas. La ruina y la decadencia producidas por el paso del tiempo no lanzan para él ningún llamamiento patético. Se aleja de Rávena porque en sus calles crece la hierba y no encuentra ni asomo de belleza en Verona porque sus balcones están llenos de herrumbre. Su único deseo es restaurar toda Europa. Se muestra severo con los romanos modernos porque no encierran el Coliseo en una vitrina de cristal y no lo utilizan como almacén de materias primas. En resumen: es el Don Quijote del sentido práctico; pero es tan utilitario, que él mismo resulta inútil. No es nada deseable como compañero de viaje, porque parece siempre fuera de sí y se siente deprimido muy a menudo. Realmente, se moriría de aburrimiento si no estuviese en constante comunicación telegráfica con Wall-Street; y la única cosa que puede consolarlo de haber perdido un día en un museo de arte es un número del New York Herald Boston Times. Y, finalmente, después de mirarlo todo y no haber visto nada, vuelve a su país tan contento.

En su medio natural resulta delicioso, pues lo más extraño del pueblo americano es que las mujeres resultan más encantadoras cuando están fuera de su país y los hombres, al contrario.

En su país, el americano es el mejor de los compañeros, de igual modo que el más hospitalario de los anfitriones. Los muchachos son particularmente agradables, con sus bellos ojos brillantes, su energía incombustible y su divertida habilidad. Se lanzan a la vida mucho antes que nosotros. A una edad en que nosotros somos aún boys en Eton o Jadies en Oxford, ellos ejercen una profesión importante, haciendo del dinero un complejo negocio. Adquieren la verdadera experiencia con tanta antelación a nosotros, que no son nada torpes ni tímidos y no dicen tonterías jamás, salvo cuando nos preguntan la diferencia que hay entre Hudson y el Rín, o si creemos que el puerto de Brooklyn es más impresionante que la cúpula de Saint Paul. Tienen una educación totalmente diferente de la nuestra. Conocen a los hombres mucho mejor que los libros, y la vida los interesa más que la literatura. No tienen tiempo de estudiar nada más que los mercados bursátiles, ni ratos libres para leer más que periódicos. A decir verdad, sólo las mujeres americanas tienen ratos de ocio, y como resultado necesario de ese curioso estado de cosas, no es dudoso que de aquí a un siglo toda la cultura del Nuevo Mundo estará en enaguas. Pero, aunque esos jóvenes especuladores y tan sagaces, puedan ser a veces algo incultos, según lo que nosotros entendemos por cultura, es decir, como conocimiento de lo mejor que se ha pensado y que se ha dicho en el mundo, no por eso resultan, en modo alguno, fastidiosos. El americano no es estúpido. Muchos

americanos son horribles, vulgares e impertinentes, lo mismo que muchos ingleses; pero la estupidez no es uno de los vicios nacionales. Realmente, en América no hay salida posible para un imbécil. Ellos piden incluso a un limpiabotas que tenga cerebro y lo más curioso es que lo consiguen.

En cuanto al matrimonio, es una de las más puras instituciones para el hombre americano. Se casa pronto y la mujer americana se casa a menudo; y se entienden extraordinariamente bien. Desde la infancia el marido ha sido educado conforme al sistema muy perfeccionado del "sal a buscar y trae algo", y su respeto al sexo débil tiene cierto tono de caballerosidad obligatoria; mientras que la mujer ejerce un despotismo absoluto, basado en el aplomo femenino y suavizado por el encanto de su sexo. En general, el gran éxito del matrimonio en los Estados Unidos se debe, en parte, a que el hombre americano no es ocioso y en parte también a que ninguna esposa americana se hace responsable de la calidad de la alimentación de su marido. En América, los horrores de la vida doméstica son casi desconocidos. No hay riñas por la sopa ni peleas por el primer plato, y como, por medio de una cláusula inscrita en todo contrato matrimonial, el marido se compromete solemnemente a usar botones de muelle y no botones ordinarios para sus camisas, uno de los principales motivos de discordia en la vida de la clase media queda suprimido casi en su totalidad. También la costumbre de residir en hoteles o pensiones de familia anula esos monótonos tête-à-tête que son el sueño de los novios y la desesperación de los hombres casados. Por vulgar que pueda parecer una mesa redonda, es preferible, en todo caso, a ese eterno dúo sobre cuentas y bebés en que incurren James y Beatrice con tanta frecuencia, cuando uno de ellos ha perdido su ingenio y la otra su belleza. Hasta la libertad del divorcio en América, por criticable que pueda parecer en algunos puntos, tiene, al menos, el mérito de aportar al matrimonio un elemento novelesco de incertidumbre y misterio. Cuando las personas están unidas para el resto de sus vidas, consideran demasiado a menudo las buenas maneras como algo superfluo y la cortesía como una cosa poco útil; pero si el lazo puede ser roto con facilidad, su misma fragilidad constituye su fuerza y recuerda al marido que siempre debe procurar agradar, y a la esposa que jamás debe dejar de ser una mujer fascinante.

La consecuencia de esta libertad, o quizá a pesar de ella, los escándalos son muy raros en América, y si hay alguno, es tan grande la influencia sobre la sociedad, que no se perdona jamás al hombre. América es el único país del mundo donde no se aprecia a Don Juan y donde no se tiene simpatía por George Brummel, el dandy.

Así pues, en su conjunto, el hombre americano en su tierra es una persona dignísima. Sólo tiene un aspecto desilusionante. El humour yanqui es una pura invención del turista: no existe. A decir verdad, lejos de tener humour, el hombre americano es el ser más normalmente serio que existe. Dice que Europa es vieja pero es él y sólo él quien no ha sido joven jamás. No sabe nada de la irresponsable ligereza de la infancia, de la graciosa inconsciencia del espíritu animal. Él ha sido siempre prudente y práctico, y paga una multa abrumadora por no haber cometido nunca ningún pecado. Justo es consignar que puede exagerar; pero hasta su exageración tiene una base racional. No

está fundada en el talento o en la fantasía; no brota de una imaginación poética; es simplemente un serio intento por parte de la lengua para estar en armonía con la enorme superficie del país. Es evidente que allí donde se necesitan veinticuatro horas para atravesar una sola parroquia y siete días consecutivos de tren para no faltar a una comida en otro Estado, a la que se ha comprometido uno a asistir previamente, los recursos ordinarios de la oratoria humana resultan completamente insuficientes para el esfuerzo que se les pide y es necesario inventar nuevas formas lingüísticas y nuevos sistemas de descripciones imaginadas. Pero ello se debe únicamente a la influencia fatal de la geografía sobre los adjetivos, pues el hombre americano humorista, por naturaleza, no lo es. Verdad que cuando nos lo encontramos en Europa en conversación, nos mantiene en constante hilaridad; pero es tan sólo porque sus ideas resultan incongruentes por completo en un ambiente europeo. Colóquenlo en su propio ambiente, en medio de la civilización que se ha creado para él y de la vida que es obra de sus propias manos, y esas mismas observaciones suyas no provocarán ni una sonrisa. Habrán pasado ya a la categoría de verdades insignificantes o de observaciones discretas; y lo que parecía una paradoja cuando lo escuchábamos en Londres, se convierte en algo vulgar cuando lo leímos en el Milwaukee. Europa aún no ha sido perdonada por América; la odia en cierta manera por haber sido descubierta un poco antes en la Historia que ella. Y, sin embargo, ¡cuán inmensas son sus obligaciones para con nosotros! ¡Qué colosal su deuda! Para tener fama de humoristas, sus hombres tienen que venir a Londres; para hacerse célebres por sus toilettes, sus mujeres tienen que hacer sus compras en París.

Pero, a pesar de que el americano no sea humorista, sí que es un ser innegablemente humano. Se da perfectamente cuenta del hecho de que hay mucha naturaleza humana en el hombre, y procura agradar a todo extranjero que llega a sus costas. Se halla saludablemente libre de todos los viejos prejuicios; considera las presentaciones como restos de la etiqueta medieval, y se las arregla de tal modo, que cada visitante fortuito puede creerse que es el huésped dilecto de esa gran nación. Si la muchacha inglesa se lo encontrase en sociedad, se casaría con él; y si se casase con él, sería feliz. Pues por atolondrado que pueda parecer en sus poses y por falto de la pintoresca insinceridad novelesca que pueda hallarse, es amable en todo momento y atento y ha logrado convertir su propio país en el Paraíso de las Mujeres.

A pesar de que sea ésta, posiblemente, la razón por la que las americanas, como Eva, continuamente desean salir de él.

EL CRÍTICO ARTISTA
(DIÁLOGO)
OSCAR WILDE

PRIMERA PARTE

Acompañada de algunas observaciones sobre la importancia de no hacer nada

GILBERT y ERNEST

Interior de una biblioteca de una casa en Piccadilly con Green Park.

GILBERT (*Sentado delante del piano*)-. ¿Qué le hace tanta gracia, mi querido Ernest?

ERNEST (*Alzando los ojos*)-. De una noticia realmente divertida. La acabo de leer ahora mismo en este libro de Memorias que tienes sobre el escritorio.

GILBERT.- ¿De qué libro hablas? ¡Ah, sí! Aún no lo he leído. ¿Y te gusta?

ERNEST.- Lo hojeaba mientras usted tocaba, no sin divertirme pues en general no me gustan estos libros de Memorias. Se trata normalmente de autores que han perdido completamente la memoria, o que no han hecho nunca nada digno de ser recordado. Esto explica su enorme éxito, pues a los ingleses, cuando leen, les encanta que les hable una medianía.

GILBERT.- Desde luego; el público es impresionantemente tolerante: lo perdona todo, menos el talento. Pero confieso que a mí me apasionan las Memorias, ya sea por su forma como por su contenido. En literatura, el egoísmo más absoluto es una delicia. Él es precisamente el que nos fascina en la correspondencia de personalidades tan distanciadas e incluso divergentes como pueden serlo por ejemplo Cicerón y Balzac, Flaubert y Berlioz, Byron y madame de Sévigné. Cuando nos sale al paso, cosa por cierto, muy rara, debemos acogerlo con alegría, y es difícil de olvidar después. La Humanidad siempre estará en deuda con Rousseau por haber confesado sus pecados, no a un sacerdote, sino al universo entero de los mortales y las ninfas tendidas de Cellini esculpidas en bronce en el castillo del rey Francisco, y hasta el Perseo verdeoro que muestra a la luna, en la Logia de Florencia, el terror que en su momento petrificó su vida, a nosotros sólo nos da el placer de esa autobiografía, en la que el supremo reite del Renacimiento nos cuenta su auténtica historia, la de su esplendor y la de su vergüenza. Las opiniones, el carácter, la obra del hombre, importan poco que sean de un escéptico, del gentil Michel de Montaigne, de un santo, o incluso de San Agustín; si nos revela sus secretos, podemos sufrir un encantamiento y que nuestros oídos sean obligados a escucharlo, y nuestros labios a no despegarse. La forma de pensar representada por el cardenal Newman, si puede llamarse "Forma de pensar" la que consiste en resolver los problemas intelectuales negando la supremacía de la inteligencia, no debiera subsistir. Pero el Universo jamás se hartará de ir tras la luz de ese espíritu turbado, que lo lleva entre tinieblas. La

iglesia solitaria de Littlemore, donde "el hálito de la mañana es húmedo a la vez que abundante y muy escasos los fieles", le será siempre grata; y cada vez que los hombres vean florecer el almendro sobre el muro del Trinity College, recordarán aquel gracioso estudiante que vio en la esperada llegada de esa flor la predicción de que se quedaría para siempre con la benigna madre de sus días. La Fe, loca o cuerda, respetó que dicha profecía no se cumpliera. Sí, desde luego, la autobiografía es irresistible. Ese desdichado, ese necio secretario llamado Pepys, por su demagogia, ha ingresado en el club de los inmortales; y sabiendo que la indiscreción es lo que tiene mayor valor, se mueve entre ellos con su "traje de terciopelo rojo, botones de oro y encaje" que tanto le gusta describir: charla a su gusto, y al nuestro, sobre la falda azul indigo que le regaló a su mujer; sobre la "buena fritura de cerdo" y la sabrosa "carne de ternera guisada al estilo francés", que tanto le agradaba; sobre su partida de bolos con Will Joyce y sus "correos detrás de las más bellas"; sobre sus recitales de Hamlet, en domingo, sus ratos de viola entre semana y otras cosas malas o vulgares, que son peores. Hasta en su vida ordinaria no deja de ser atractivo el egoísmo. El hecho de que los unos hablen de los otros, resulta casi siempre bastante molesto; pero cuando se habla de uno mismo, suele ser interesantes; y cuando nos aburre, si se pudiera cerrar como se cierra un libro, sería el colmo de la perfección.

ERNEST.- Ese "sí" de Touchstone contiene mucho valor. Pero ¿propone usted en serio que cada cual se convierta en su propio Boswell? Entonces, ¿qué sería de nuestros buenos biógrafos?

GILBERT.- ¿Qué ha pasado con ellos? Son la plaga de este siglo, ni más ni menos. Hoy día todos los grandes hombres tienen discípulos, y siempre es judas quien se encarga de escribir la biografía.

ERNEST.- ¡Mi querido amigo!

GILBERT.- ¡Mucho me temo que es cierto! Antiguamente canonizaban a los héroes. Ahora, en cambio, se vulgarizan. Hay ediciones baratas de grandes libros que pueden ser fantásticas; pero cualquier edición barata de un gran hombre será ciertamente detestable.

ERNEST.- ¿A quién se refiere?

GILBERT.- ¡Oh!, a cualquiera de nuestros literatos de segundo orden. Vivimos rodeados de un montón de gentes que en cuanto un poeta o un pintor fallecen, llegan a la casa con el empleado de pompas fúnebres y se olvidan de que lo único que deben hacer es estar callados. Pero no hablemos de ellos. Son los enterradores de la literatura. A unos les toca el polvo y a otros las cenizas; pero gracias a Dios, el alma queda fuera de su alcance. Por cierto, ahora, ¿qué le apetece que toque, Chopin o Dvorak? ¿Una fantasía de Dvorak, quizá? Ha escrito cosas apasionadas y de gran colorido.

ERNEST.- No; no me apetece oír música ahora. Es demasiado indefinida. Además, anoche, en la cena mi pareja era la baronesa de Bernstein, y ella, que es tan encantadora en todo, se empeñó en hablar de música, como si ésta

estuviese escrita tan sólo en alemán. Y en el caso de estar escrita en una lengua, estoy persuadido de que no sería en la alemana. Hay formas de patriotismo verdaderamente degradantes. No, se lo ruego Gilbert; no toque más. Hablemos. Hábleme hasta que entre en la habitación el día de cuernos blancos. Hay algo en su voz que me maravilla.

GILBERT (*Levantándose del piano*)-. No estoy de demasiado humor para conversar con usted hoy. ¡Hace usted mal en sonreír! Le aseguro que no me encuentro en condiciones. ¿Dónde he dejado los cigarrillos? Gracias. ¡Qué finos son estos narcisos! Parecen de ámbar y de marfil nuevo. Son como unos objetos griegos de la mejor época. ¿Qué es lo que realmente le hizo a usted reír en las confesiones del patético académico? Dígame. Después de haber interpretado a Chopin, me siento como si hubiese llorado por unos pecados ajenos y llevase luto por las tragedias de otros. La música produce siempre ese efecto en mí. Nos crea un pasado que hasta entonces desconocíamos y nos llena del sentimiento de penas que fueron robadas a nuestras lágrimas. Me imagino a un hombre que siempre hubiese llevado una vida vulgar y que oyendo un día por casualidad algún intenso fragmento de esta música, descubriera repentinamente que su alma ha pasado, sin él saberlo, por terribles pruebas y conocido desbordantes alegrías, amores ardentísimos o grandes sacrificios. Cuénteme esa historia, Ernesto. Deseo matar el aburrimiento.

ERNEST.- ¡Oh! No sé qué era realmente, pero he encontrado en ella un ejemplo verdaderamente admirable del valor real de la crítica de arte corriente. Parece ser que un día cierta señora preguntó gravemente al patético académico, como usted le llama, si su célebre cuadro Día de primavera en Whiteley o Esperando el último ómnibus o un nombre parecido, lo había pintado todo él mismo.

GILBERT.- ¿Y era así?

ERNEST.- Es usted incorregible. Pero, bromas aparte, ¿para qué sirve la crítica de arte? ¿Por qué no dejar al artista que cree su propio mundo, o, si no, representar el mundo que todos conocemos y del que cada uno de nosotros, a mi juicio, se cansaría si el arte, con su delicado espíritu de selección, no lo purificase para nosotros y no le diese una perfección característica del autor? Me parece que la imaginación debería extender la soledad a su alrededor, y que trabajaría mejor en medio del silencio y del recogimiento. ¿Por qué razón el artista ha de ser turbado por el retumbar estridente de la crítica? ¿Y por qué los que son incapaces de crear se empeñan en juzgar a los que sí tienen el don creativo? ¿Con qué autoridad?... Si la obra de un artista es fácil de comprender, sobra todo comentario...

GILBERT.- Y si su obra, por el contrario, no se entiende, todo comentario es perjudicial.

ERNEST.- Yo no he querido decir eso.

GILBERT.- ¡Pues debía haberlo dicho! En nuestros días quedan ya tan pocos misterios, que no podemos sufrir el vernos privados de uno de ellos.

Todos los miembros de la Browning Society, los teólogos de la Broad Church Party o los autores de las Great Writers Series, de Walter Scott, creo que pierden el tiempo intentando dar un sentido coherente a sus divinidades. Todos creían que Browning era un místico. Pues bien: ellos han intentado demostrar que era tan sólo impreciso. Se suponía que él escondía algo, pues ellos han probado que no había ningún tipo de misterio en su obra. Pero sólo en su obra más abstracta. En conjunto, fue un gran hombre. No pertenecía a la raza de los olímpicos y era imperfecto como un Titán. No tenía una visión demasiado amplia y cantó sólo unas cuantas veces. Echó a perder su obra por la lucha, por la violencia y el esfuerzo, y sentía ninguna emoción por la armonía de la forma, sino por el caos. Pero a pesar de esto, fue grande. Le han llamado pensador, y es cierto que fue un hombre que pensó siempre y además en voz alta; pero no fue el pensamiento lo que lo sedujo, sino más bien los procedimientos que utiliza para culminar su obra. Amaba la máquina en sí y no su utilidad práctica. El método, por el cual el tonto llega a la tontería, le interesaba de la misma manera que la suprema sabiduría del sabio. Y el delicado mecanismo del pensamiento le atraía hasta tal punto, que llegó a despreciar el lenguaje o a considerarlo como un instrumento incompleto para expresarse. La rima, ese eco exquisito que en lo más hondo del valle de las Musas crea su propia voz y la contesta; la rima, que en manos de un auténtico artista es, no sólo un elemento material de armonía métrica, sino un elemento espiritual de pensamiento y al mismo tiempo de pasión, mediante el cual despierta nuevos estados de ánimo, dando lugar a un resurgimiento de ideas y abriendo con su dulzura y con una sugestiva sonoridad, puertas de oro que ni tan siquiera la imaginación ha logrado abrir nunca; la rima, que transforma en lenguaje de dioses la elocuencia; la rima, única cuerda que hemos añadido a la lira griega, se convierte, al ser tocada por Robert Browning, en una cosa grotesca y deforme, disfrazado a veces de bufón de la poesía, de vulgar comediante, pero que consiguió cabalgar en numerosas ocasiones a Pegaso, chasqueando la lengua. Hay momentos en que encontramos su música monstruosa, y nos hiere, y si no puede producirla más que rompiendo las cuerdas de su laúd, las rompe con crujidos desacordes, sin que sobre su marfil se pose ninguna cigarra ateniense de vibrantes alas melodiosas, para conseguir que el movimiento sea armónico o la pausa algo más suave. Y, sin embargo, fue grande, y a pesar de haber hecho del lenguaje un lodazal inmundado, se sirvió de él para dar vida a hombres y mujeres. Después de Shakespeare es el ser más shakespeariano que existe. Si Shakespeare cantaba a través de miles de labios, Browning balbucía con miles de bocas. Incluso en este preciso instante, que estoy hablando no en contra de él, sino para él, veo deslizarse en la habitación su elenco entero de personajes. Por allí va fra Lippo Lippi, con las mejillas coloradas aún por el ardiente beso de alguna bella doncella. Allá, de pie, terrible, está Saúl, cuyo turbante centellea ahogado en zafiros principescos. También veo a Mildred Tresham y al fraile español, con el rostro amarillo de odio, y a Blougran, Ben Ezra y al obispo de San Práxedes. El aborto infernal de Calibán chilla en un rincón, y Sebaldo, oyendo pasar a Pippa, contempla el hosco rostro de Ottima, y la odia, por su crimen y por él mismo. Pálido como el raso blanco de su jubón, el rey melancólico espía con sus ojos traidores de soñador el caballero Strafford, demasiado leal, que va hacia su destino. Y Andrea se estremece oyendo silbar a sus primos en el jardín, y prohíbe bajar a su ejemplar esposa... Sí, desde luego Browning fue

grande. Pero ¿cómo lo verán en el futuro? ¿Como poeta? ¡Ah, no! Pasará como escritor fantástico; como el más grande escritor fantástico que ha habido nunca. Su sentido del drama y la tragedia era incomparable, y si no pudo resolver sus propios problemas, al menos, los planteó, que es lo que debe intentar un artista. Como creador de personajes, está a la altura del autor de Hamlet. De haber sido más ordenado, hubiera podido sentarse junto a él. El único hombre digno de tocar la orla de su vestido es George Meredith. Meredith es otro Browning, que se sirvió de su poesía para escribir en prosa.

ERNEST.- Desde luego, hay algo de verdad en lo que usted dice. Pero es poco objetivo en muchas puntos.

GILBERT.- Es casi imposible serlo con lo que se ama. Pero volvamos al tema en cuestión. ¿Qué me decía?

ERNEST.- Pues sólo esto: que en los tiempos gloriosos del arte no había críticos de arte.

GILBERT.- Creo haber oído ya esa observación antes, Ernest. Tiene toda la vitalidad de un error y es tan aburrida como un viejo amigo.

ERNEST.- Pues siento decirle que es cierta... Sí, aunque mueva usted la cabeza con tanta petulancia. Es completamente cierta; en otros tiempos mejores no había críticos de arte. El escultor hacía surgir del bloque de mármol el gran Hermes de miembros blancos que en él dormía. También los callistas y doradores de imágenes daban el tono y la perfecta textura a la estatua, y el Universo, mientras la contemplaba, en silencio, la adoraba. El artista vertía el bronce en fusión en el molde de barro, y el ruido de metal al rojo vivo se hacía sólido en forma de nobles curvas, tomando la forma de un dios. Daba vida a los ojos ciegos, con esmalte y piedras preciosas. Los ondulados y dorados cabellos de jacinto se rizaban bajo su buril. Y cuando en algún templo sombrío, de frescos atabiado, o bajo un pórtico de infinitas columnas bañado en sol, se alzaba el hijo de Letro en su pedestal, los paseantes podían sentir como una nueva sensación invadía sus almas y, pensativos o llenos de una extraña y enérgica alegría, volvían a sus casas, a sus trabajos o franqueaban las puertas de la ciudad hacia aquella llanura habitada por las ninfas en la que el joven Fedro mojaba sus pies; y una vez allí tumbado sobre la fresca y mullida hierba, bajo los altos plátanos que murmuran con la brisa y de los agnus castus florecidos, despertaban su pensamiento a la maravilla de belleza y callaban con sagrado temor. Entonces sí que el artista era libre. Cogía en el lecho del río arcilla fina, y con ayuda de un pequeño cincel de hueso o de madera lo modelaba en formas tan bellas, que se daban como entretenimiento a los muertos; y hoy en día las vemos cerca de las polvorientas tumbas que habitan la amarillenta colina de Tanagra, con el oro envilecido y la púrpura desgastada, que relucen aún levemente en los cabellos, en los labios y en sus ropas. Encima de un muro de cal fresca, teñido de bermellón claro o de una mezcla de leche y azafrán, pintaba una figura con cansado paso por entre los campos de asfódelos, por aquellos campos rojos y sembrados de estrellas blancas "cuyos ojos guardan bajo los párpados la guerra de Troya", que representaba a Polixena, la hija de Príamo; o a Ulises, tan sabio y sagaz, atado al mástil para

poder así oír sin peligro el embrujado canto de las sirenas, o bogando por el claro Aquerón, cuyo lecho pedregoso ve cómo pasan en grupo los espectros de los peces; o representaban a los persas, con mitra y faldilla, huyendo ante los griegos en Maratón, o también las galeras mientras chocan entre ellas sus proas de bronce en la pequeña bahía de Salamina. Disponía sólo de un punzón de plata y un carbón, de pergamino y algunos cedros preparados. Pintaba con cera ablandada con aceite de olivo y que después endurecía con un hierro al rojo vivo, sobre barro cocido color marfil o rosa. Bajo su pincel, la tabla, el mármol y la tela de lino se volvían mágicos y la Vida, contemplando esas imágenes, se detenía, y callaba por miedo a estropear tanta belleza. Toda la Vida, además, era suya: desde la de los vendedores que se sentaban en el mercado, hasta la del pastor tumbado sobre su manto en la montaña; desde la de la ninfa escondida entre las adelfas y la del Fauno tocando el caramillo bajo el sol de la mañana, hasta la del rey en su litera de infinitos cortinajes verdes, que transportaban unos esclavos sobre sus hombros relucientes de aceite, mientras otros lo refrescaban con abanicos de plumas de pavo real. Tanto hombres como mujeres, con expresiones de placer o de tristeza, desfilaban ante el artista. Y él los contemplaba atento y así se convertía en dueño de su secreto. A través de la forma y el color creaba un mundo nuevo. Todas las artes delicadas le pertenecían. Aplicaba las piedras preciosas sobre la rueda giratoria, y la amatista quedaba convertida en el lecho purpúreo de Adonis, y sobre el sardónice veteado corrían Artemisa y su jauría. Forjaba el oro en forma de rosas, que, reunidas, componían collares o brazaletes; y con oro también forjado hacían asimismo guirnaldas para el yelmo del vencedor, o palmas para la túnica tiria, o mascarillas para el regio muerto. En el reverso del espejo de plata grababa a Tetis mientras era llevada por sus Nereidas, o a Fedro, enfermo de amor con su nodriza, o a Perséfone, hastiada de sus recuerdos, poniendo adormideras en sus cabellos. El alfarero tomaba asiento en su taller, y surgía el ánfora del torno silencioso, como una flor, de sus manos. Adornaba el pie, los costados y las asas con delicadas hojas de olivo o de acanto, o con líneas onduladas. Luego pintaba efebos, de rojo y negro, luchando o corriendo, caballeros armados, con exóticos escudos heráldicos y curiosas viseras, inclinados desde el carro en forma de concha, sobre los corceles encabritados; dioses sentados en el festín o realizando prodigios: los héroes en medio de su triunfo o de su dolor. A veces trazaba en finísimas líneas de bermellón sobre fondo pálido dos lánguidos amantes, y revoloteando sobre ellos Eros, parecido a un ángel de Donatello, un niño sonriente, con alas doradas de azur. En el lado del ánfora escribía el nombre de su amigo. En el borde de la ancha copa lisa dibujaba un ciervo sufriendo o un león descansando, según su capricho. En el pomo de esencias se hallaba Afrodita sonriendo en su tocado, y en medio de su cortejo de Ménades desnudas, Dionisos danzaba en torno a la jarra de vino con los pies negros mientras el viejo Sileno se revolcaba sobre los rebosantes odres o agitaba su mágico cetro, enguinaldo de hiedra oscura y rematado por una pifia esculpida. Y nadie osaba molestar al artista mientras trabajaba: Ninguna charla insulsa lo turbaba. Ninguna opinión le perturbaba. Junto al Iliso, mi querido Gilbert, dice Arnold no sé dónde exactamente, no había Higginbotham. Cerca del Iliso no se celebraban burdos congresos artísticos, llevando provincianismo a las provincias y enseñando a las mediocres a perorar. En el Iliso no existían revistas aburridas que hablaban de Arte, en las cuales unos tenderos opinan y

juzgan libremente. En las orillas, cubiertas de cañaverales, de aquel pequeño río no se pavoneaba ese periodismo ridículo que se cree con derecho a usurpar el sitio del juez, cuando lo único que deben hacer es pedir clemencia desde el banquillo de los acusados. Los griegos no eran buenos críticos de arte.

GILBERT.- Es usted encantador, Ernest pero sus opiniones son del todo falsas. Me temo que haya escuchado la conversación de personas de más edad que usted, cosa siempre peligrosa, y que si permite usted que degenera en costumbre, será fatal para su carrera intelectual. En cuanto al periodismo moderno, no me creo con derecho a defenderlo. Su existencia queda del todo justificada por el gran principio darwiniano de la supervivencia de los más vulgares. De literatura es de lo único que puedo hablar.

ERNEST.- Pero ¿es qué hay tanta diferencia entre la literatura y el periodismo?

GILBERT.- ¡Oh! Por supuesto. El periodismo es ilegible y la literatura no se lee. ¿Qué quiere que le diga más? Y en cuanto a su afirmación de que los griegos no eran buenos críticos de arte, me parece absurda. Precisamente los griegos eran una nación de auténticos críticos de arte.

ERNEST.- ¿En serio?

GILBERT.- Sí. Se trataba de una nación de auténticos críticos. Pero no quiero destruir el cuadro, tan exquisitamente inexacto que ha trazado usted de las relaciones entre el artista heleno y la intelectualidad de la época; describir con precisión lo que no sucedió nunca es, no solamente tarea del historiador, sino también un privilegio inalienable para cualquier hombre culto y con talento. Deseo aún menos disertar sabiamente: la conversación erudita es la pose del ignorante o la ocupación del hombre mentalmente desocupado. En cuanto a eso que la gente llama "conversación moralizadora", constituye simplemente el necio método a través del cual los filántropos, más necios todavía, intentan desarmar el justo rencor de las clases criminales. No, déjeme usted interpretar algún frenético fragmento de Dvorak. Las pálidas figuras del tapiz nos sonríen y el sueño envuelve los pesados párpados de mi Narciso de bronce. No es momento de que discutamos nada en serio. Ya sé que vivimos en un siglo en el que tan sólo se toma en serio a los necios, y vivo con el terror de no ser incomprendido. No haga usted que me rebaje hasta el punto de hacer que le suministre datos útiles. La educación es algo admirable; pero conviene recordar de vez en cuando que nada de lo que vale la pena de ser conocido puede enseñarse. Por entre las cortinas la luna se me figura como una moneda de plata recortada. Las estrellas, en derredor, son como un enjambre de doradas abejas. El cenit es un duro zafiro cóncavo. Salgamos afuera. El pensamiento es maravilloso; pero la aventura y el misterio son más maravillosos todavía. Podríamos encontrarnos al príncipe Florizel de Bohemia y si no oiremos decir a la bella Cubana que es pura apariencia.

ERNEST.- Es usted un auténtico despótico. Insisto en que discuta conmigo esta cuestión. Ha dicho usted que los griegos eran una nación de auténticos críticos de arte. ¿Hay en su legado algo de crítica?

GILBERT.- Queridísimo Ernest, aunque no hubiese llegado hasta nosotros ningún fragmento de crítica de arte de los tiempos helenos, no por eso sería menos cierto que los griegos fueron una nación de buenos críticos y que ellos fueron quienes la inventaron, como el resto de críticas. ¿Qué es lo que por encima de todo debemos a los griegos? Pues eso precisamente, el espíritu crítico. Y este espíritu que ellos ejercían sobre cuestiones religiosas, científicas, éticas, metafísicas, políticas y educativas, la emplearon después para cuestiones de arte, y realmente nos han legado sobre las dos artes más elevadas, sobre las más exquisitas, el más perfecto sistema de crítica que jamás ha existido.

ERNEST.- ¿A qué dos artes elevadas se refiere usted?

GILBERT.- A la Vida y a la Literatura; la Vida y su más fiel representación. Los principios sobre la Vida, tales como los establecieron los griegos, no podemos aplicarlos en un siglo tan corrompido en el que imperan los falsos ideales. Sus principios sobre el arte y sobre la literatura son con frecuencia tan sutiles que nos es muy difícil llegar a comprenderlos. Reconociendo que el arte más perfecto es el que refleja con mayor plenitud al hombre en toda su infinita variedad, elaboraron la crítica del lenguaje considerado bajo su aspecto puramente material y la llevaron hasta un punto al que no podríamos alcanzar, ni tan siquiera aproximarnos, con nuestro sistema de acentuación enfáticamente racional o emotivo, estudiando, por ejemplo, los movimientos métricos de la prosa, tan científicamente como un músico moderno estudia la armonía y el contrapunto, y no necesito decirle con un instinto estético mucho más afinado. Y como siempre, tenían razón. Desde la aparición de la imprenta y la patética y triste evolución de la costumbre de leer entre las clases media y baja de este país, hay en literatura cierta tendencia a dirigirse más a los ojos y menos al oído, sentido este último que en arte literario puro debía siempre procurarse satisfacer sin apartarse nunca de sus "leyes" de voluptuosidad. Es más, incluso la obra de mister Walter Pater, el mejor maestro, sin duda, de la prosa inglesa contemporánea, se semeja con frecuencia mucho más a un trozo de mosaico que a un trozo de música: parece faltarle aquí y allá la verdadera vida rítmica de las palabras, la bella libertad y la riqueza de efectos que esa vida rítmica produce. Hemos hecho, en suma, del arte de escribir un modo determinado de composición, y lo entendemos como una forma de dibujo minucioso y preciso. Los griegos consideraban el arte de escribir como un medio de contar, sólo eso. Su prueba era siempre la palabra "hablada" en sus relaciones musicales y métricas. La voz era el agente intermediario, y el oído, el crítico. He pensado a veces que la historia de la ceguera de Homero ha podido muy bien ser en realidad tan sólo un mito artístico, creado en tiempos de crítica, para recordarnos, no sólo que un gran poeta es siempre un vidente cuyos ojos corporales ven menos que los del alma, sino que es también un auténtico trovador, que crea su poema con música, repitiendo cada verso las veces que sean necesarias, hasta captar el secreto de su melodía, profiriendo en la oscuridad palabras aladas de luz. Sea como fuere, su ceguera fue la

ocasión, si no la causa, de que el gran poeta inglés se comprometiera con ese movimiento majestuoso y ese sonoro esplendor de sus últimos versos. Milton dejó de escribir para ponerse a cantar. ¿Quién se atrevería a comparar las cadencias de Comus con las del Sansón Agonistes, o con las de El Paraíso perdido, o de El Paraíso encontrado? Al quedarse ciego compuso, como todos debieron hacer, solamente con su propia voz; y así el caramillo y la zampoña de los primeros tiempos llegaron a ser ese órgano potente de múltiples registros, cuya rica y sonora música posee la riqueza del verso homérico, pero no en cambio su ligereza, constituyendo la única herencia imperecedera y eterna de la literatura inglesa, pasando de siglo en siglo con solemnidad, porque domina al tiempo, y durará tanto como ellos en su forma inmortal. Desde luego, escribir ha hecho mucho daño a los escritores. Hay que volver a los orígenes de la voz. Que sea esta nuestra pauta, y quizá entonces lleguemos a ser capaces de apreciar las sutilezas de la crítica de arte griega. Hoy no es posible hacer tal cosa. A veces cuando he escrito una página de prosa que considero con modestia como absolutamente irreprochable, se me ocurre una idea terrible: pienso que soy quizá culpable, que he sido acaso lo bastante afeminado y lo bastante inmoral para emplear movimientos trocacos y tribráquicos, crimen por el cual un crítico sabio del siglo de Augusto censura con justísima severidad al brillante, aunque algo paradójico, Hegesias. Siento un escalofrío cuando pienso en ello, y me pregunto si el admirable resultado ético de la prosa de ese escritor fascinante que, con su espíritu de despreocupada generosidad hacia la parte inculta de nuestra nación, proclamó la monstruosa doctrina de que la conducta representa las tres cuartas partes de la vida, quedará algún día aniquilada al descubrir que los "peones" no habían sido medidos correctamente.

ERNEST.- ¡Bah! Ya no habla usted en serio.

GILBERT.- ¿Y cómo podría hacerlo ante una afirmación con tono grave de que los griegos no eran buenos críticos de arte? Puedo admitir que se diga que el genio constructor de los griegos se perdió en la crítica, pero no que la raza a la cual debemos el espíritu crítico no lo haya ejercitado. No querrá usted que le haga un resumen de la crítica de arte en Grecia desde Plutón hasta Plotino. La noche es demasiado encantadora para eso, y si la luna nos oyese cubriría su faz con más cenizas aún. Recordemos tan sólo una obrita perfecta de crítica estética, la Poética, de Aristóteles. No está escrita con finura; se compone quizá únicamente de notas tomadas para una conferencia sobre el arte o de fragmentos aislados destinados a formar parte de otro libro más importante. No es su forma lo importante, sino su concepción general. La acción del arte sobre la ética, su trascendencia para la cultura y el desarrollo del espíritu y su papel en la formación del carácter, habían sido definidos ya antes por Platón; pero en esa obra vemos el arte considerado desde el punto de vista estético y no sólo moral. Platón había tratado, desde luego, numerosos temas artísticos, tales como la importancia de la unidad en una obra de arte, la necesidad del tono y de la armonía, el valor estético de las apariencias, las relaciones entre las artes plásticas y el mundo exterior y entre la ficción y la historia. Quizá fue el primero en remover en el alma humana ese deseo, aún insatisfecho, de saber qué lazo une a la Belleza con la Verdad, y el lugar de lo Bello en el orden moral e intelectual del Cosmos. Los problemas del idealismo y del realismo que él sitúa

en la esfera metafísica de la existencia abstracta pueden parecer allí estériles; pero llévelos al ámbito artístico, y los encontrará siempre vivos y llenos de significación. Acaso Platón esté destinado a sobrevivir como crítico de la Belleza, y puede que, cambiando el nombre de la esfera en que se mueven sus especulaciones, descubriésemos una nueva filosofía. Pero Aristóteles, como Goethe, se ocupaba del arte tratando lo primero de sus manifestaciones concretas; se fija, por ejemplo, en la tragedia, y examina la materia utilizada por ésta, que es el lenguaje; su método, que es la acción; las condiciones en las cuales se revela, que son las representaciones teatrales; su estructura lógica, que es la intriga, y su fin estético, que es evocar el sentimiento de la belleza realizada por medio de las pasiones, la piedad y el miedo. Tal purificación, y espiritualización de la Naturaleza, es, como observó muy bien Goethe, esencialmente estética y no ética, como Lessing creía. Aristóteles analiza a priori esa impresión que produce la obra de arte, busca su origen, ve cómo nace. Como fisiólogo y psicólogo, sabe que la salud de una función reside en su energía. Sentirse capaz de experimentar una pasión y no darse cuenta de ello, es resignarse al ser incompleto y limitado. El espectáculo imitado de la vida que ofrece la tragedia preserva al corazón de muchos "gérmenes peligrosos", y presentando móviles elevados y nobles en el juego de las emociones, purifica al hombre y lo espiritualiza y no sólo lo espiritualiza, sino que lo inicia en nobles sentimientos que hubiera él podido ignorar siempre. Esto no es, naturalmente, más que un simple bosquejo del libro. Pero ya ve usted qué bella crítica de arte nos ofrece. ¿Quién sino un griego podría haber llevado a cabo un análisis del arte semejante? Después de haberlo leído, ya no nos sorprendemos de que Alejandría se consagrara tan enteramente a la crítica de arte y que los espíritus cultos de la época hayan examinado todas las cuestiones de estilo y de género, discutiendo tanto sobre las grandes escuelas académicas de pintura como, por ejemplo, la de Sicione, que se esforzaba en mantener las dignas tradiciones de la moda antigua, o sobre las escuelas realistas e impresionistas, que querían reproducir la vida real, o sobre los principios del idealismo en el retrato, o sobre el valor de la forma ética en una época tan moderna como la suya, o también sobre los temas que pueden convenir adecuadamente al artista. E incluso temo que los temperamentos inartísticos de aquel tiempo se hayan ocupado también en literatura y de arte, porque las acusaciones de plagio eran infinitas, y semejantes acusaciones emanan o de los labios finos y exangües de la impotencia, o de las bocazas grotescas de los que, no poseyendo nada suyo, se imaginan que pasarán por ricos gritando que les han robado. Y le aseguro, mi querido Ernest, que los griegos charlaban sobre los pintores tanto como se hace hoy día, que tenían sus galerías particulares y sus exposiciones de pago, sus corporaciones de artes y oficios, sus movimientos prerrafaelistas, y realistas, que daban preciositas conferencias y escribían ensayos sobre el arte y que tenían sus historiadores de arte, sus arqueólogos, etc. Es más, hasta los directores de teatros llevaban consigo en sus giras a sus críticos dramáticos y les pagaban cantidades escandalosas para que redactasen reseñas elogiosas. En fin: todo lo moderno que tenemos hoy se lo debemos a los griegos; y todo lo que es anacrónico, a la Edad Media. Los griegos han sido quienes nos han legado todo nuestro sistema de crítica de arte; y podemos apreciar la delicadeza de su instinto por el hecho de que el arte que criticaban con el mayor cuidado era, repito, el lenguaje. Porque la materia que emplean los pintores y los escultores

es pobre comparada con las palabras. Las palabras no sólo poseen una música tan dulce como la de la viola y el laúd, colores tan ricos y vivos como los que nos hacen adorables los lienzos de los venecianos o de los españoles, y una forma plástica tan cierta y segura como la que se revela en el mármol o en el bronce, sino que sólo ellas poseen el pensamiento, la pasión y la espiritualidad. Aunque los griegos no hubieran hecho más que la crítica del lenguaje, no por eso dejarían de ser los más grandes críticos de arte del mundo; pues conocer los principios del arte supremo es conocer también los principios del resto de las artes. Pero ahora veo que la luna se oculta detrás de una nube color azufre. Fuera de una rojiza melena agitada, brilla como un ojo de león. Usted no desea que le hable de Luciano y de Longinos, de Quintiliano y de Dionisio, de Plinio, y de Frontón, y de Pausanias, y de todos los que en el mundo antiguo escribieron o hablaron sobre el arte. Pero no debe asustarse. Estoy cansado de mi carrera por el abismo sombrío y estúpido de los hechos. Tan sólo me queda la efímera voluptuosidad de un nuevo cigarrillo. Estos poseen, al menos, el encanto de dejarlo a uno insatisfecho.

ERNEST.- Tenga; pruebe uno de estos, que son muy buenos.

Me llegan directamente de El Cairo. Lo único para lo que sirven estos agregados nuestros de la Embajada es para proveer a sus amigos de buen tabaco. Y como la luna se ha escondido, hablemos un poco más. Estoy dispuesto a admitir que estaba equivocado en lo que he dicho de los griegos. Fueron, como usted ha demostrado, una nación de críticos de arte. Debo admitirlo y lo siento por ellos. Ya que la facultad creadora es superior a la facultad de crítica, y no pueden ni compararse.

GILBERT.- La oposición entre ambas es puramente arbitraria. Cualquier creación artística sin espíritu crítico es indigna de ese nombre. Hablaba usted hace un momento de ese fino espíritu de elección y de ese delicado instinto de selección con el cual el artista crea la vida para nosotros y le da una perfección momentánea. Pues bien: ese espíritu de elección, ese tacto sutil de emisión, no es otra cosa que la facultad crítica bajo uno de sus aspectos más característicos, y quien no posee esa facultad crítica no puede crear nada en arte. Arnold decía que la literatura es en realidad la crítica de la vida, definición, de forma quizá no muy afortunada, pero que muestra hasta qué punto reconocía la importancia del elemento crítico en toda obra de arte.

ERNEST.- Debería haber dicho que los grandes artistas trabajan de forma inconsciente, que eran "más sabios de lo que sabían", como creo que hace notar Emerson en alguna parte.

GILBERT.- Ni hablar, Ernest. No es así. Toda bella creación artística es consciente y reflexiva. Ningún poeta, al menos ningún gran poeta, canta porque deba cantar. Un gran poeta canta porque quiere cantar. Así es, y así ha sido, y así será siempre. A veces pensamos que las voces que resonaron en la aurora de la poesía eran más sencillas, más vigorosas y más naturales que las nuestras, y que el universo, tal como lo contemplaban y lo recorrían los poetas de entonces podía, merced a una virtud poética especial, convertirse en canto sin sufrir casi modificación. En nuestros días la nieve cubre el Olimpo, y sus

laderas escarpadas son yermas y heladas; pero en otro tiempo, según nuestro sueño, los blancos pies de las musas rozaban el rocío matinal de las anémonas, y Apolo venía de noche a cantar a los pastores en el valle. Pero no hacemos con esto sino atribuir a otras edades lo que deseamos o creemos desear para la nuestra. Nuestro sentido histórico está desorientado. Todo siglo que produce poesía, por alejado que sea, es por eso mismo un siglo artificial, y la obra que nos parece más natural y más sencilla de su época es siempre el rezo. Créame, mi querido Ernest, "no hay arte dotado de belleza sin conciencia de sí mismo", y la conciencia de sí mismo y el espíritu crítico son una sola cosa.

ERNEST.- Comprendo lo que quiere usted decir. Hay mucho de verdad en ello. Pero reconocerá usted, sin duda, que los grandes poemas del mundo antiguo, los poemas primitivos, anónimos, colectivos, fueron el resultado de la imaginación de razas más bien que de la imaginación individual.

GILBERT.- No cuando se convirtieron en poesía ni cuando recibieron una bella forma. Porque no hay arte sin estilo, no hay estilo sin unidad, y la unidad pertenece al individuo. Evidentemente, Homero utilizó viejas narraciones y antiguas baladas, lo mismo que Shakespeare eligió crónicas, obras de teatro y novelas como elementos de trabajo; pero estas cosas sólo fueron la materia en bruto de su obra. Las tomó y las modeló en cantos, las hizo suyas porque las revistió de belleza. Fueron construidas con música, "y de esta manera, sin intención de construir nada, quedaron construidas para la eternidad". Cuanto más se estudia la vida y la literatura, mi querido amigo, más hondamente se siente que, detrás de todo lo que es maravilloso, está el individuo, y que no es el momento el que hace al hombre, sino el hombre el que define su época. Realmente, prefiero pensar que cada mito, cada leyenda que nos asombra su origen: en el terror, en la fantasía de una tribu o de una nación, fueron en realidad creados por un solo espíritu. El número, singularmente restringido, de los mitos, me parece confirmar esta opinión. Pero no nos extraviemos en la mitología comparada. Quedémonos en la crítica. Lo que quiero demostrar es esto. Una época sin crítica es una época en la que el arte no existe, o bien permanece inmóvil, hierático, y se limita a la reproducción de tipos consagrados. Hay épocas en que la crítica no aportó nada en absoluto; el espíritu humano estaba demasiado preocupado en poner en orden sus tesoros, separar el oro de la plata y la plata del plomo, contar las joyas y dar nombres a las diferentes clases de perlas. En cambio, cualquier época creadora tuvo que ser forzosamente también crítica. Porque es la facultad crítica la que inventa formas nuevas. La creación tiende a repetirse. Al instinto crítico se debe toda nueva escuela que surge, cada nuevo molde que el arte encuentra preparado y a mano. Ni una sola forma empleada ahora por el arte proviene de otro lugar que no sea del espíritu crítico de Alejandría, donde esas formas fueron inventadas y perfeccionadas. Cito a Alejandría, no sólo porque fue allí donde el espíritu griego se hizo más consciente y acabó por fenecer en el escepticismo y la teología, sino porque Roma elegía sus modelos en aquella ciudad y no en Atenas, y porque, gracias a la supervivencia en dicha ciudad de la lengua latina, pudo sobrevivir la cultura intelectual. Cuando la literatura griega se difundió por Europa en el Renacimiento, el terreno le había sido ya de alguna manera allanado. Pero, prescindiendo de los detalles históricos, que son

siempre fastidiosos y generalmente inexactos, digamos únicamente que las diversas formas de arte nacieron del espíritu crítico griego. Le debemos la poesía épica y lírica, todo el drama en cada uno de sus géneros, entre ellos el satírico, el idílico, la novela romántica, la novela de aventuras, la crónica, el ensayo, el discurso, el diálogo, la conferencia ésta quizá no deberíamos perdonársela y el epigrama de esta palabra. Le debemos, en definitiva, todo, excepto el soneto, respecto al cual podrían encontrarse curiosos paralelos, como "ritmo de pensamiento", en la antología, el periodismo americano con respecto al cual no podría encontrarse paralelo en ninguna parte, y la balada en falso dialecto escocés, de la cual ha querido hacer recientemente uno de nuestros más laboriosos escritores la base de un esfuerzo unánime y final que elevara a la categoría de románticos a todos nuestros poetas de segundo orden. Cada escuela que surge nueva grita desde su aparición contra la crítica que se hace de ella, cuando es precisamente a la facultad crítica a quien debe su origen. El puro instinto creador no invoca, sino recrea.

ERNEST.- Usted habla de la crítica como de una parte esencial del espíritu creador, y ahora comparto totalmente su teoría. Pero ¿qué piensa de la crítica al margen de la creación? Tengo la penosa costumbre de leer revistas, y me parece que la crítica moderna, en general, es bastante mediocre.

GILBERT.- Ocurre lo mismo con la mayoría de las obras creadoras que se hacen ahora. La mediocridad juzga a la mediocridad y la incompetencia aplaude a su hermana gemela; tal es el espectáculo que la actividad artística inglesa nos ofrece de cuando en cuando. Sin embargo, me siento un poco injusto en esta ocasión. Casi siempre, los críticos hablo, naturalmente, de la clase más elevada, de los que escriben en los periódicos de dos reales saben más que los artistas responsables de las obras que los primeros deben analizar. Lo cual era de esperar, pues la crítica requiere mucha más cultura que la creación en sí.

ERNEST.- ¿Lo cree de veras?

GILBERT.- Claro que sí. Todo el mundo es capaz de escribir una novela en tres tomos. Basta para ello una completa ignorancia de la vida y de la literatura. La dificultad con que deben, a lo que imagino, tropezar los analistas, es la de sostenerse a cierto nivel, la de mantener un ideal. Donde no hay estilo no hay idea. Los pobres críticos se ven probablemente reducidos a ser los reporteros de la policía correccional de la literatura, los cronistas de los delitos habituales de los criminales del arte. Se ha dicho muchas veces que no leen en absoluto las obras que tienen que criticar. Es cierto, o, por lo menos, debería serlo. Si las leyesen, se convertirían en unos misántropos empedernidos, O, utilizando una frase de una de las más encantadoras estudiantas de Newnham, "unos misóginos impertinentes para el resto de su vida". Y, además, no es necesario. Para conocer el origen y la calidad de un vino es inútil beber el tonel entero. Se puede decir fácilmente en media hora si un libro es bueno o no vale nada. Basta, incluso, con diez minutos, si se posee el instinto de la forma, ¿Para qué perderse en un libro estúpido? Se cata, y ya es bastante, más que bastante. Sé que hay muchos trabajadores honrados, tanto en pintura como en literatura, totalmente contrarios a la crítica. Tienen razón. Sus obras carecen de toda

relación intelectual con su época. No nos aportan ningún elemento novedoso de placer ni nos sugieren ningún nuevo impulso de pensamiento, de pasión o de belleza. No merece la pena hablar de ellas. Deben relegarse en el olvido más profundo.

ERNEST.- No me mal interprete, querido amigo; pero creo que se deja usted llevar demasiado por su pasión hacia la crítica. Ya que, después de todo, debe admitir que es mucho más difícil hacer algo que luego hablar de ello.

GILBERT.- ¿Más difícil hacer algo que hablar de ello? ¡Todo lo contrario! Incurre usted en un grave error. Es infinitamente más difícil hablar de una cosa que hacerla. Es más, la vida moderna es un claro reflejo de esto que le digo: cualquiera puede hacer historia. En cambio, sólo un gran hombre puede escribirla. No hay ninguna forma de acción o de emoción que no compartamos con los animales que nos son inferiores. Únicamente por la palabra nos hallamos por encima de ellos, o nos elevamos, entre los hombres, unos sobre otros, únicamente, por el lenguaje, que es la causa y no la consecuencia del pensamiento. La acción siempre es fácil, y cuando se presenta a nosotros bajo su forma más grave, por ser la más continua, es decir, bajo la del trabajo real, se convierte simplemente en el refugio de la gente que no tiene nada absolutamente que hacer. No, Ernest; no hable usted de la acción. Es una cosa ciega, sometida a influencias exteriores, movida por un impulso cuya naturaleza desconoce ella. Es una cosa esencialmente incompleta, puesto que está limitada por el azar y desconoce su destino y jamás está de acuerdo con su finalidad. Su origen es la falta de imaginación. Se trata del último recurso para aquellos que no saben fantasear.

ERNEST.- Querido Gilbert, usted trata al mundo como si fuese una bola de cristal. Lo retiene en su mano y lo vuelca después para satisfacer así a su fantasía despótica. Lo único que está haciendo es reescribir lo que ya está escrito.

GILBERT.- Este es nuestro único deber con la historia. Y por cierto, no es de las menores tareas reservadas al espíritu crítico. Cuando descubramos las leyes científicas que rigen la vida, entenderemos por qué el hombre de acción se ilusiona mucho más que el soñador. Éste no conoce ni el origen de sus actos ni sus consecuencias. En el campo donde creyó haber sembrado espinos hacemos nuestra vendimia, y la higuera que él plantó por complacernos es estéril como el cardo y encima, mucho más amarga. La Humanidad siempre ha encontrado su camino porque desconocía el rumbo.

ERNEST.- Entonces, ¿cree que en la esfera de la acción, una ilusión es un fin consciente?

GILBERT.- Peor aún. Si viviéramos lo suficiente para ver las consecuencias de nuestras actuaciones, podría suceder que los que se llaman buenos se vieran afligidos por un pesado remordimiento, y que los tachados de malos por el mundo gozarían de una noble alegría. Cada pequeña cosa que hacemos pasa después a la gran máquina de la vida que puede moler nuestras virtudes en inútil polvo o transformar nuestros pecados en elementos de una nueva

civilización más maravillosa que ninguna de las precedentes. Pero los hombres son esclavos de las palabras. Se alzan iracundos contra el materialismo, como ellos lo llaman, olvidando que no ha habido progreso material que no haya espiritualizado al mundo, y que ha habido muy pocos, si los hubo, despertares espirituales que no hayan malgastado las facultades del mundo en estériles esperanzas en aspiraciones infecundas y en creencias vacías y entorpecedoras. Lo que se denomina pecado es un elemento esencial del progreso. Sin él, el mundo se estancaría, perdería la juventud y el colorido. Con su curiosidad, el pecado aumenta la experiencia de la raza. Al intensificar el individualismo nos salva de la monotonía del "tipo". Su repulsa de las nociones corrientes sobre la moralidad le hace poseer la más elevada moral. En cuanto a las virtudes, ¿qué son realmente? La Naturaleza según Renán apenas se ocupa de la castidad, y es quizá al oprobio de la Magdalena, y no a su pureza en sí misma, a lo que deben las Lucrecias de la vida moderna su irreprochabilidad. La caridad, como han tenido que reconocer incluso aquellos para quienes constituye casi por entero su religión, la caridad crea una multitud de males. La existencia misma de la conciencia. Esa facultad de que habla tanto la gente y de la que se siente tan ciegamente orgullosa, es un signo de nuestro desarrollo imperfecto. Para que seamos realmente buenos es preciso que se confunda con el instinto. La abnegación es, sencillamente un método con el cual el hombre detiene su marcha. El sacrificio de sí mismo es una supervivencia de las mutilaciones de los salvajes, una parte de ese antiguo culto al dolor que desempeñó un papel tan terrible en la historia del mundo, y que incluso hoy día hace víctimas, pues posee altares todavía.

¡Las virtudes! ¿Quién sabe lo que son en realidad? No lo sabemos ni usted, ni yo, ni nadie. Castigamos al criminal por vanidad nuestra, porque, si le permitiésemos vivir, podría enseñarnos lo que hemos conseguido con su crimen. El santo va hacia el martirio para conservar su paz interior. De esta foma se libra de la horripilante visión, más tarde, de los frutos de su siembra.

ERNEST.-Querido Gilbert, su tono es demasiado áspero. Volvamos al terreno de la literatura, que es más agradable. ¿Qué estaba usted diciendo? ¿Que era más difícil hablar de algo que hacerlo?

GILBERT (*Tras una pausa*).- Sí; creo que se trata de una verdad muy sencilla. Ahora verá usted cómo tengo razón. El hombre, cuando actúa, no es más que una marioneta. Cuando describe es un poeta. Todo el secreto consiste en eso. Era fácil, en las llanuras arenosas de Ilión, la ciudad azotada por los vientos, lanzar con el arco pintado la flecha cortada, o asestar contra el escudo de piel y cobre color llama el largo venablo de mango de fresno. Era fácil para la reina adúltera desplegar tapices de Tiro ante su señor, y cuando estaba tendido en su baño de mármol, arrojar sobre él la redecilla de púrpura y ordenar a su amante juvenil que apuñalase, atravesando la malla, aquel corazón que debería haberse partido en Aulide. Para la propia Antígona, a quien esperaba la Muerte para desposarse con ella, era fácil pasar entre el aire corrompido, a mediodía; subir la montaña y cubrir con tierra bienhechora el triste cadáver abandonado a la intemperie. Pero qué debemos pensar de los que escribieron sobre todo esto, dándoles vida, inmortalizándoles? ¿No son más grandes que los hombres y las mujeres a quienes cantaron? "Héctor, tan

gentil caballero, ha muerto"; y Luciano nos dice cómo en la oscuridad del otro mundo vio Mempo el cráneo blancuzco de Helena y se asombró de que por tan vil despojo hubiesen muerto todos aquellos apuestos varones, de cotas de malla, y aquellas bellas ciudades quedaran derruidas. Sin embargo, todos los días la hija de Leda, parecida a un cisne, sale a las torres almenadas y contempla abajo la marea de la guerra. Los soldados de barba gris se maravillan de su belleza; ella permanece erguida junto al rey. Su amante está tendido en su estancia de marfil pintado. Bruñe su delicada armadura y peina el penacho escarlata. Su esposo va de tienda en tienda con un escudero y un paje. Puede ella ver su brillante cabellera y oír o creer oír su voz fría y clara. En el patio de honor, abajo, el hijo de Príamo se pone su coraza de bronce; los blancos brazos de Andrómaca rodean su cuello; deja él su casco en el suelo para no asustar a su hijito. Detrás de las cortinas bordadas de su tienda está sentado Aquiles, con vestiduras perfumadas, en tanto que el amigo de su alma, con su armadura de oro y plata, se dispone a partir al combate. De un cofre curiosamente tallado, traído por su madre Tetis a bordo de su navío, el señor de los Mirmidones saca el cáliz místico que no han rozado nunca labios humanos; lo limpia con azufre y agua pura, y, después de lavadas sus manos, llena de vino negro su copa pulimentada y vierte sobre el suelo la sangre espesa de la viña en honor de aquel a quien adoran unos profetas descalzos en Dodona, y le suplica, sabiendo que sus ruegos son inútiles, y que de manos de dos caballeros troyanos, Euforbo, el hijo de Pantea, cuyos bucles están atados con redecilla de oro, y el hijo de Príamo, debe recibir la muerte Patroclo, corazón de león, el camarada de los camaradas. ¿Fantasmas? ¿Héroes de niebla y de ilusión? ¿Sombras en un canto? No, son auténticos seres. ¡La acción! ¿Qué es en realidad la acción? Muere en el preciso instante en que su energía se pone en juego. Es una baja concesión al hecho. El mundo lo hace el poeta para el que sueña.

ERNEST.- Ahora, escuchándole, me parece muy razonable esto que dice...

GILBERT.- Claro que lo es. Sobre la ciudadela de Troya, que se deshace en polvo, reposa el lagarto como un objeto de bronce verdoso. El búho anida en el palacio de Príamo. Por la llanura desierta vagan el pastor y el cabrero con sus rebaños; y sobre el mar oleaginoso, color vino, como le llama Homero, por allí donde vinieron las grandes galeras griegas de proas de cobre y se alinearon en un círculo deslumbrante, el solitario pescador de atún se sienta en su barcaza y vigila los corchos de su red, que se balancean. Sin embargo, todas las mañanas las puertas de la ciudad son abiertas violentamente, y los guerreros a pie o en carros tirados por caballos, van al combate y se mofan de sus cobardes enemigos escondidos tras de sus máscaras de hierro. Durante todo el día el combate prosigue furioso, y cuando llega la noche brillan las antorchas junto alas tiendas y el farol arde en la sala. Los que viven en mármol o en lienzo no conocen de la vida más que un solo instante exquisito, eterno, es cierto, en su esplendor, pero reducido a una sola nota de pasión o a un solo aspecto de calma. Aquellos que el poeta revive sienten toda clase de emociones: alegría, terror, amos- y también desesperación, placer y sufrimiento. Las estaciones van y vienen ante ellos en alegre o triste cortejo, con pies ágiles como alas o pesados como plomo; los años pasan ante ellos así mismo. Tienen su juventud y su madurez, son niños y se hacen viejos.

Siempre es la aurora para Santa Elena, tal como la vio Veronés en su ventana. Los ángeles le traen el símbolo del dolor de Dios en el aire tranquilo de la mañana. La fresca brisa matutina alza los tinos cabellos de oro sobre su frente. En aquella pequeña colina, cerca de Florencia, donde se tienden los enamorados del Giorgione, es siempre el solsticio de mediodía; de mediodía al que han enlanguidecido tanto los soles estivales, que la esbelta muchacha desnuda apenas si puede sumergir en la cisterna de mármol la redonda esfera de vidrio claro, y que los afilados dedos del tocador de laúd reposan perezosamente sobre las cuerdas...

Es siempre el atardecer para las ninfas danzarinas que Corot coloca en libertad entre los álamos plateados de Francia; en un eterno crepúsculo se mueven esas finas y claras figuras, cuyos blancos pies tiemblan y parecen no tocar la hierba mojada de rocío... Sin embargo, aquellos que viven en la epopeya, el drama o la novela, ven en el curso de los meses laborables crecer y menguar las lunas juveniles, y contemplan la noche desde el crepúsculo hasta la estrella matutina, y desde el alba a la puesta del sol, el día cambiante con todo su oro y toda su sombra. Para ellos, como para nosotros, las flores se abren y se marchitan, y la Tierra, esa diosa de verdosas trenzas, como la llama Coleridge, cambia continuamente de vestidos para gustarles. En la estatua se concentra un instante preciso de perfección. La imagen pintada sobre el lienzo carece de algún elemento espiritual de crecimiento o de mutación: si desconocen la muerte es porque saben poco de la vida, porque los secretos de la vida y de la muerte pertenecen únicamente a aquellos a quienes afecta el terrible paso del tiempo y que poseen no sólo el pasado, sino el futuro, y pueden elevarse o caer desde un pasado de gloria o de oprobio. El movimiento, este problema de las artes visibles, tan sólo la literatura es capaz de resolverlo. Sólo ella puede mostrar el cuerpo moviéndose y el alma agitándose.

ERNEST.- Ya; creo comprender ahora sus palabras. Pero entonces es evidente que cuanto más enaltezca usted al artista creador, más menosprecia al crítico.

GILBERT.- No veo por qué.

ERNEST.- Sí, porque todo lo máximo que nos puede dar es el eco de una música rica, el frágil reflejo de una figura de brillantes contornos. Puede ser cierto, como usted ha dicho, que la vida no es más que un caos; que sus mártires son viles y sus sacrificios innobles; quizá la función de la Literatura es crear, utilizando como "basto material" la verdadera existencia, un mundo nuevo, que será más maravilloso, más duradero y más cierto que el mundo real, ese que contemplan los ojos del vulgo y con el cual intentan alcanzar su perfección las naturalezas vulgares. Pero es indudable que ese nuevo mundo creado por el espíritu y la mano de un gran artista será una cosa tan completa y tan perfecta, que el crítico no tendrá nada que hacer en él. Comprendo ahora perfectamente, e incluso admito de buena gana, que es mucho más difícil hablar de una cosa que hacerla. Pero me parece que esta máxima sana y sensata, tan halagadora para nuestros sentimientos y que debiera ser adoptada como emblema por las academias literarias del mundo entero, sólo

es aplicable a las relaciones entre el arte y la vida, y no a las de la crítica y el arte.

GILBERT.- ¡Pero si la crítica es un arte igual! Y de la misma manera que la creación artística implica el funcionamiento de la facultad crítica, sin la cual no podría decirse que existe, la crítica es también creadora en el más alto sentido de la palabra. La crítica es creadora e independiente al propio tiempo.

ERNEST.- ¿Qué entiende usted por independiente?

GILBERT.- Pues eso mismo. La crítica no debe ser juzgada bajo un solo modelo de imitación o de semejanza, como tampoco debe serlo la obra de un poeta o de un escultor. La crítica ocupa la misma posición con respecto a la obra de arte que critica, que el artista con respecto al mundo visible de la forma y del color, o al mundo invisible de la pasión y del pensamiento. Ni siquiera precisa de los materiales más bellos para ser perfecta. Cualquier cosa puede serle útil para ello. Y de la misma manera que Gustave Flaubert pudo crear una obra maestra, de estilo clásico, con los amores más primitivos y sentimentales de la bobalicona esposa de un farmacéutico del sucio villorrio de Yonville-l'Abbaye, cerca de Ruán, con asuntos de poca o de nula importancia, como los cuadros de la Royal Academy actuales o antiguos, los poemas de mister Lewis Morris, las novelas de George Ohnet o los dramas de mister Arthur Jones, el verdadero crítico puede, si se empeña, dirigir o malgastar así su facultad contemplativa, producir una obra perfecta desde el punto de vista de la belleza y del instinto y llena de una sutil inteligencia. ¿Por qué no podría ser? La tontería es siempre una tentación irresistible para el esplendor, y la estupidez es la Bestia Triomphans, que tienta a la sabiduría a salir de su cueva. Para un artista tan creador como el crítico, ¿qué importa el tema? Pues ni más ni menos que para un novelista o un pintor. Al igual que ellos, cualquier motivo es bueno. La dificultad estriba en la manera de tratarlos. Todo posee en sí sugestión y atractivo.

ERNEST.- Pero ¿está convencido de que la crítica es un arte realmente creador?

GILBERT.- Deme usted una razón por la que deba pensar que no es así. Trabaja con una materia prima y le da una nueva y deliciosa forma. ¿Qué otra cosa puede decirse de la poesía? Yo definiría realmente la crítica diciendo que se trata de una creación dentro de otra creación. Porque, así como los grandes artistas, desde Romero y Esquilo a Shakespeare y Keats, no tomaron sus temas directamente de la vida, sino que los buscaron en la mitología, la leyenda y los antiguos cuentos, el crítico parte de materiales que otros han purificado, por decirlo así, para él, y que poseen ya además la forma imaginativa y el color. Más aún: la crítica suprema, por ser la forma más pura de impresión personal, a mi juicio, en su género, es, a su manera, más creadora que la creación porque tienes menos relación con un modelo cualquiera exterior a ella misma y es, en realidad, su propia razón de existencia, y, como afirmaban los griegos, un fin por y para ella misma. En realidad, jamás se encuentra aprisionada por las cadenas de la verosimilitud. Esas viles consideraciones de probabilidad, esa cobarde concesión a los

fastidiosos ensayos de la vida doméstica o pública, no la afectan nunca. Pueden afectar a la ficción e incluso a la historia, pero no a algo tan elevado como es el alma, totalmente invulnerable.

ERNEST.- ¿Ha dicho el alma?

GILBERT.- Sí. Porque la crítica elevada es, en realidad, el relato de un alma. Es más fascinante que la Historia, porque tan sólo trata de ella misma. Es más tractiva que la Filosofía, porque su tema es concreto y no abstracto, real y no vago. Es la única forma civilizada de autobiografía, porque se ocupa no de los acontecimientos, sino de los pensamientos de la vida de un ser; no de las contingencias de la vida física, sino de las pasiones imaginativas y de los estados superiores de la inteligencia. Me parece siempre divertida la necia vanidad de esos escritores y artistas que corren en nuestros días, que se imaginan que la función primordial del crítico es la de parlotear sobre sus obras, que son sumamente mediocres. Lo mejor que puede decirse del arte creador moderno en general es que es un poco menos vulgar que la realidad, y así el crítico, con su sentido sutil de distinción y su delicada elegancia, preferirá mirar en el espejo de plata, o a través del velo tejido, y apartará sus ojos del caos tumultuoso de la existencia real, aunque el espejo está empañado y el velo roto. Su verdadera finalidad es la de escribir sus propias impresiones. Para él se pintan los cuadros, se escriben los libros y se esculpen los mármoles y se forja el hierro.

ERNEST.-Tengo la impresión de haber oído antes otra teoría de la crítica.

GILBERT.- Sí; de alguien cuya graciosa memoria reverenciamos todos y cuya flauta pastoril encantó con su melodía a Proserpina, la hizo abandonar sus campiñas sicilianas y agitar, no en vano, con sus blancos pies, las primaveras de Cumnor, ha dicho que la finalidad de la crítica consiste en ver el "objeto" como es en realidad. Pero es este un error gravísimo. La crítica, en su forma elevada, es esencialmente subjetiva e intenta revelar su propio secreto y no el secreto ajeno. Porque la crítica suprema se ocupa del arte no como expresión, sino como emoción pura.

ERNEST.- ;Y cree que es así en realidad?

GILBERT.-Claro que sí. ¿A quién le preocupa saber si las opiniones de Ruskin sobre Turner son justas o no? ¿Qué más da? Esa prosa recia y majestuosa, tan apasionada y ardiente, tan noble, tan elocuente, tan rica en su sabia armonía, tan segura y tan infalible en sus mejores momentos, en la elección sutil de la palabra y del epíteto, es una obra de arte tan grande, por lo menos, como esas maravillosas puestas de sol que palidecen o se convierten en polvo sobre sus lienzos podridos de la Mational Gallery; más grande acaso pudiera decirse, no sólo porque su belleza equivalente es más duradera, sino a causa de la mayor variedad de sus evocaciones; un alma habla al alma en esas líneas de larga cadencia, no sólo a través de la forma y el color, que tan plenamente poseen, sino con una elocuencia intelectual y emocionante, con una elevada pasión y un pensamiento más elevado aún, con una agudeza imaginativa y persiguiendo un fin poético. Es más grande, creo yo, de igual

modo que la literatura es más grande que cualquier otro arte. ¿A quién le preocupa que mister Pater haya incluido en el retrato de Monna Lisa elementos que no había soñado Leonardo? Puede que el pintor no haya sido más que el esclavo de una sonrisa arcaica, como algunos han creído; pero cada vez que paso por las frescas galerías de Louvre y me detengo frente a esta figura extraña "sentada en su asiento de mármol, en medio de aquel círculo de rocas fantásticas, como bañada por una turbia claridad submarina", me digo en voz baja: "Es más remota que las rocas que la circundan; como el vampiro, que por haber muerto varias veces, conoce los secretos del más allá, se ha sumergido en aguas profundas y conserva a su alrededor la luz indecisa de esos parajes; ha vendido extraños tejidos con mercaderes orientales; fue, como Leda, madre de Helena de Troya, y como Santa Ana, madre de María; y todo eso le importó tan poco como la melodía de las liras y de la flauta; y sobrevive tan sólo en la delicadeza de los rasgos cambiantes y en cierto tono de los párpados y de las manos." Y yo digo a mis amigos: "El ser que de forma tan extraña surgió de las aguas reproduce el deseo del hombre durante miles años", y ellos me responden: " En esa cabeza se hallan concentrados todos los fines del Universo, y por eso sus párpados aparecen como exhaustos." De esta manera, la pintura llega a ser, bajo nuestra mirada, más bella de lo que es en realidad y nos revela un secreto que ella misma desconoce, y la música de la prosa mística es tan dulce para nuestros oídos como la del flautista que prestó a los labios de la Gioconda esas curvas sutiles y envenenadas. ¿Le gustaría usted saber lo que respondería Leonardo si alguien hubiera dicho de su cuadro que "todos los pensamientos y toda la experiencia del Universo habían grabado y modelado allí, con toda su fuerza, para afinar y hacer expresiva la forma exterior, la animalidad griega, la lujuria romana, el ensueño de la Edad Media con su ambiente espiritualista y sus amores imaginativos, el retorno del mundo pagano, los pecados de los Borgias"? Habría contestado, probablemente: "No he tenido semejantes intenciones. Sólo me han preocupado ciertas combinaciones de líneas y de masas, y también nuevas y artísticas armonías en verde azul." Por eso mismo la crítica que he citado es la más elevada; ve a la obra de arte como punto de partida para una nueva creación. No se limita supongámoslo al menos por el momento a descubrir la intención real del artista y a aceptarla como definitiva. Y la razón está de su parte en este caso, porque el sentido de toda bella cosa creada está tanto, cuando menos, en el alma de quien la contempla como en el alma que la creó. E incluso es más bien el espectador quien presta a la cosa bella sus innumerables significados y nos la hace maravillosa, poniéndola en nuevas relaciones con la época, hasta el punto de que llega a ser una parte esencial de nuestras vidas y un símbolo de lo que deseamos con insistencia o quizá de lo que después de haber deseado tememos lograr. Cuanto más estudio, amigo Ernest, más claro veo que la belleza de las artes visibles, como la belleza de la música no es más que una impresión, y que el exceso de intención intelectual por parte del artista puede devaluarla y en muchos casos, incluso puede destruirla. Porque, una vez terminada la obra, ésta adquiere vida propia, y puede expresar una cosa muy distinta de la que debía significar en un principio. Con frecuencia, escuchando la obertura de Tannhauser, me parece que veo realmente al bello caballero en su marcha ligera sobre la hierba florida y que oigo la voz de Venus llamándolo desde el fondo de su gruta. Pero otras veces me habla de mil cosas diferentes, de mí mismo quizá y de mi propia vida, o de la vida de personas que uno amó y

que se cansó de amar, o de pasiones que el hombre ha conocido y que ignora y por eso busca. Esta noche puede llenarnos de ese Amour de l'impossible que sobrecoge como una locura a tantos seres que creen vivir tranquilos y al abrigo del mal y que de repente se encuentran intoxicados por el veneno del deseo ilimitado y que en esa persecución infinita de lo inaprehensible desfallecen, tropiezan y se desploman. Mañana, como la música de que nos hablan Aristóteles y Platón, la noble música doria de los griegos puede ejercer una función curativa y "poner el alma en armonía con todo lo justo". Y lo que es cierto en la música, es igualmente válido para todas las artes. La Belleza posee tantos significados como estados de ánimo tiene el hombre. La Belleza es el símbolo de los símbolos. La Belleza lo revela todo, porque no expresa nada. Cuando aparece ante nosotros, nos muestra con ardientes colores todo el Universo.

ERNEST.- Pero ¿una obra como ésta es crítica realmente?

GILBERT.- Es de una crítica elevadísima porque se ocupa no sólo de la obra de arte individual, sino de la Belleza misma, y colma de maravilla una forma que el artista puede haber dejado vacía o incomprendida, o sólo entendida en parte.

ERNEST.- Entonces, ¿insistes en que la crítica elevada es más creadora que la creación misma, y el fin principal del crítico es contemplar el objeto tal como "no es" en realidad? Es esta su teoría, ¿me equivoco?

GILBERT.- No te equivocas. El crítico simplemente usa la obra de arte para sugerirle otra obra nueva o personal, que no tiene por qué guardar una idéntica semejanza con la que critica. La única característica de una cosa bella es que se puede poner en ella todo cuanto uno quiera; y la Belleza, que da a la creación su elemento universal y estético, hace del crítico, a su vez, un creador y murmura mil cosas diferentes que no estaban en el espíritu del que modeló la estatua, pintó el lienzo o grabó la piedra preciosa. Los que no comprenden ni la naturaleza de la crítica superior ni el encanto del arte elevado, dicen a veces que los cuadros sobre los que el crítico gusta de escribir pertenecen a la esfera anecdótica de la pintura, o representan escenas tomadas de la Literatura o de la Historia. Y esto es inexacto. Las pinturas de ese género son, en realidad, demasiado transparentes a la comprensión humana. Pertenecen a la ilustración, e incluso desde este punto de vista son imperfectas, porque en lugar de espolear la imaginación la aprisionan dentro de límites claustrofóbicos. Porque el dominio del pintor, como ya he indicado, difiere mucho del del poeta. A este último le pertenece la vida en su absoluta totalidad: no sólo la belleza que ven los hombres, sino la que oyen; no sólo la gracia momentánea de la forma o la fugaz alegría del color, sino toda la esfera de la sensación, el ciclo completo del pensamiento. El pintor está encerrado dentro de tales límites que no puede mostrarnos el misterio del alma más que a través de la cárcel del cuerpo; ni puede manejar ideas más que a través de imágenes vulgares, ni tratar la psicología sino mediante sus físicos parecidos. Y, además, ¿con qué falta de mesura nos pide que aceptemos el turbante desgarrado del Moro por la noble cólera de Orelo, o a un viejo decrepito bajo una tormenta por la locura salvaje del rey Lear! Parece, sin embargo, que nada puede detenerlo. Muchos

de nuestros pintores ingleses, ya veteranos, malgastan su maquiavélica existencia en cazar furtivamente en el coto de los poetas y echan a perder sus motivos tratándolos con torpeza, intentando realizar por medio de la forma visible o el color la maravilla de lo que es invisible, el esplendor de lo que no se ve. Y, como es natural, sus cuadros son insoportables. Han rebajado las artes visibles a la categoría de artes fáciles de comprender, y las cosas fáciles de comprender son las únicas que no valen la pena de contemplarse. No digo que el poeta y el pintor no puedan tratar un mismo asunto. Lo han hecho y lo harán siempre. Pero, en tanto que el poeta puede ser, a su elección, pictórico o no, el pintor debe serlo siempre. Porque un pintor está limitado, no por lo que contempla en la Naturaleza, sino por lo que puede reflejar en su lienzo. Por eso, mi querido Ernest, cuadros de ese género no fascinarán nunca al verdadero crítico. Se apartará de ellos para ir a esos otros que lo hacen meditar, soñar, imaginar, a las obras que poseen la sutil cualidad, la sugestión, y que incluso parecen contener en ellas una evasión hacia un mundo más amplio. Dícese a veces que la tragedia de la vida de un artista es que no pueda realizar su ideal. Pero la verdadera tragedia que acecha a tantos artistas es que realizan demasiado íntegramente su ideal. Porque el ideal así realizado pierde su belleza, su misterio y no constituye más que un nuevo punto de partida hacia un ideal distinto. Por eso la música es el tipo perfecto del arte. La música no puede decir nunca su último secreto. Y esta es igualmente la explicación del valor de los límites en arte. El escultor huye del color imitativo y el pintor de las dimensiones reales de la forma, porque tales sacrificios evitan una representación demasiado precisa de lo real, que sería una simple imitación o una realización demasiado definida del ideal, que sería demasiado puramente intelectual. Gracias a su estado incompleto, el arte se hace completo en belleza; no se dirige ni a la facultad de reconocer ni a la razón, sino sólo al sentido estético, que, aceptando a la una y a la otra como etapas de comprensión, las subordina a una pura impresión sintética de la obra de arte en su conjunto, y tomando todos los elementos extraños de emoción, que la obra de arte puede poseer, utiliza su complejidad como medio de añadir una armonía más rica a la última impresión. Ya ve usted, pues, cómo el crítico esteta rechaza esos modos de arte evidente que no tienen más que una cosa que decir y que habiéndole dicho, se quedan mudos y estériles; prefiere aquellos que le son sugeridos por el ensueño o por un determinado estado de ánimo; su belleza imaginativa permite que todas las interpretaciones sean ciertas y que ninguna sea definitiva. Indudablemente, la obra creadora del crítico se parecerá a la obra que le haya incitado a crear; pero esta semejanza será como la que existe, no entre la Naturaleza y el espejo que el paisajista le ofrece obligadamente, sino entre la Naturaleza y la obra del artista decorador. De igual modo que en los tapices sin flores de Persia, el tulipán y el rosál florecen, sin embargo, para placer de los ojos y resultan encantadores, aunque no estén reproducidos en formas y líneas visibles, aunque la perla y la púrpura de las caracoles marinas se repitan en la iglesia veneciana de San Marcos; así como la bóveda de la impresionante capilla de Rávena resplandece con el oro, el verde y los zafiros de la cola del pavo real, a pesar de que los pájaros de Juno no se posen allí, de igual modo el crítico reproduce la obra sobre la cual escribe de una manera que no es nunca imitativa y cuyo encanto consiste, en parte, en esa repulsa de su semejanza; nos muestra así, no sólo el sentido, sino también el misterio de la Belleza, y transformando cada arte en literatura,

resuelve de una vez para siempre el problema de la unidad del arte. Pero veo que es hora de cenar. Después de que discutamos sobre el chambertín y los hortelanos, pasaremos a la cuestión del crítico visto como un intérprete.

ERNEST.- ¡Ah! ¿Entonces está admitiendo que en ocasiones puede permitirse a los críticos que vean las cosas tal y como son en la realidad?

GILBERT.- No lo sé ciertamente. Quizá lo admita con el estómago algo más lleno. Durante la cena uno es más fácilmente influenciable.

SEGUNDA PARTE

Con algunas observaciones sobre la importancia de que todo merece ser discutido Los mismos personajes y escena.

ERNEST.- Los hortelanos me parecen deliciosos y el chambertín, perfecto. Pero ahora vayamos de nuevo a nuestro discutido tema. ¿En qué punto nos detuvimos?

GILBERT.- ¡Ah! ¿De veras le apetece? La conversación debe abarcar todos los puntos y no concentrarse en algo tan concreto. Hablemos de La indignación moral, sus causas y su tratamiento, tema sobre el cual pienso escribir. O de La supervivencia de Tersites, tal como nos la revelan los diarios cómicos ingleses, o podemos conversar sobre muchos otros temas.

ERNEST.- De ninguna manera; deseo discutir sobre el crítico y la crítica. Según usted, la crítica elevada trata al Arte como un medio de impresión, y no de expresión, y que por consiguiente, resulta creadora e independiente a la vez; es, en suma, un arte por sí misma, un arte que tiene la misma relación con la obra creadora que ésta con el mundo visible de la forma y del color o con el mundo invisible del pensamiento y de la pasión. Entonces, respóndame: ¿en ocasiones, no será el crítico un intérprete de verdad?

GILBERT.- Desde luego; puede serlo cuando le plazca. Puede pasar de su impresión sintética y de conjunto de una obra en particular a un análisis o una exposición de la obra misma, y en esta esfera inferior, como ya he demostrado, hay muchas cosas deliciosas que decir y que hacer. Su finalidad, sin embargo, no será siempre la de explicar la obra de arte. Intentará más bien concentrar su misterio, levantar alrededor de ella y de su autor esa niebla prodigiosa, dilecta de los dioses y de sus adoradores también. Las gentes vulgares se sienten "increíblemente cómodas en Sión". Pretenden pasearse del brazo de los poetas y tienen un modo dulzón y necio de decir: "¿De qué sirve conocer lo que se ha escrito sobre Shakespeare y Milton? Leamos sus obras y sus poemas y será suficiente." Pero apreciar a Milton, como observaba el último rector de Lincoln, es la recompensa de una profunda erudición. El que desee comprender realmente a Shakespeare, debe comprender primero las relaciones que tuvo él con el Renacimiento y la Reforma, con el siglo de Isabel y con el de Jacobo; debe serle familiar la historia de la lucha entre las viejas formas clásicas y el nuevo espíritu romántico, entre la escuela de Sidney, de Daniel de Johnson y las de Marlowe y del hijo de éste, más grande que el propio Shakespeare; debe conocer los materiales de que disponía Shakespeare y su manera de utilizarlos, las condiciones de las representaciones teatrales en los siglos XVI y XVII, las ventajas o los obstáculos que aquéllas ofrecían en cuanto a libertad; la crítica literaria del tiempo de Shakespeare, sus fines, sus maneras y sus reglas; debe estudiar la lengua inglesa en su progreso y el verso libre y rimado en sus diversas evoluciones; tiene que estudiar el drama griego y la relación que guardan el arte del creador de Agamenón y el del creador de Macbeth; en resumidas cuentas: deberá ser capaz de relacionar el Londres isabelino con la Atenas de

Pericles y deducir el lugar que ocupó en realidad Shakespeare en la historia del drama a escala europea y también universal. El crítico será realmente un intérprete, pero no tratará el arte como una esfinge, expresándose a través de enigmas, y cuyo fútil secreto puede adivinar y revelar un hombre con los pies heridos y que desconoce hasta su nombre; le considerará más bien como una divinidad, y su misión será la de hacer más profundo su misterio y más maravillosa su majestad. Y entonces, querido amigo, sucede esto tan extraño: el crítico será realmente un intérprete, pero no en el sentido de repetir bajo otra forma un mensaje confiado a sus labios; porque así como el arte de un país adquiere, solamente por contacto con el arte de países extranjero, esa vida propia e independiente que llamamos nacionalidad, de igual manera, por una curiosa inversión, sólo intensificando su propia personalidad, el crítico puede interpretar la personalidad artística de los demás, y cuanto más entra la suya en la interpretación, más verosímil, satisfactoria, convincente y auténtica resulta dicha interpretación.

ERNEST.- Pues yo pensaba que su personalidad suponía un filtro perturbador de su creación.

GILBERT.- En absoluto; es, al contrario, un elemento revelador. Si uno tiene la intención de comprender a los demás, debe antes intensificar su propia personalidad.

ERNEST.- ¿Y cuáles son los resultados?

GILBERT.- Eso se lo demostraré mediante ejemplos concretos. A mí me parece que en primer lugar, el crítico literario figura, como quien posee el horizonte más amplio, la visión más abierta y los materiales más nobles posibles; pero cada arte tiene su crítico, que, por decirlo de algún modo, tiene asignado. El actor es el crítico del drama. Muestra la obra del poeta de una forma nueva y conforme a un método especial. Se adueña de la palabra escrita y su modo de representar; su gesto y su voz se convierten en medios de revelación. El cantante o el tocador de laúd y de viola es el crítico de la música. El grabador de un cuadro despoja a la pintura de su brillante colorido, pero nos muestra, con el empleo de una nueva materia, las auténticas calidades de sus tonalidades, sus matices y sus valores, las relaciones de sus masas, y llega a ser así, a su manera, un crítico, porque el crítico es el que nos muestra una obra de arte bajo una forma distinta de la de la obra misma, y el empleo de nuevos materiales constituye un elemento tanto de crítica como de creación. La escultura también tiene un crítico adjudicado, que puede ser o un cincelador de piedras finas, como en tiempos de los griegos, o algún pintor que, como Mantegna, quiso reproducir sobre el lienzo la belleza de la línea plástica y la sinfónico majestad de su cortejo en bajorrelieve. Y en el caso de todos esos críticos de arte creadores, la personalidad es absolutamente esencial a toda interpretación exacta. Pocas cosas hay más claras. Cuando Rubinstein ejecuta la Sonata apassionata, de Beethoven, nos da no sólo a Beethoven, sino también a él mismo, y así nos da a Beethoven de un modo completo, reinterpretado por una rica naturaleza artística, vivificado y espléndido, gracias a una nueva e intensa personalidad. Cuando un gran actor representa obras de Shakespeare, pasamos por idéntica experiencia. Su individualidad se convierte

en una parte esencial de la interpretación. Se dice a veces que los actores nos presentan unos Hamlets suyos y no de Shakespeare, y este error porque lo es ha sido repetido, siento decirlo, por ese encantador y gracioso escritor que ha abandonado recientemente el tumulto de la literatura por la calma de la Cámara de los Comunes; me refiero al autor de *Obiter Dicta*. En realidad, el Hamlet de Shakespeare no existe. Si Hamlet posee un carácter, propio de una obra de arte, posee a la vez toda la oscuridad propia de la vida. Hay tantos Hamlets como melancolías, en este mundo.

ERNEST.- ¿Hamlets y melancolías existen en igual número?

GILBERT.- Sí. Y de la misma manera que el arte nace de la personalidad, a ella sólo puede ser revelado, y de este encuentro nace la verdadera crítica interpretativa.

ERNEST.- Así que el crítico, visto como intérprete, ¿da y presta proporcionalmente a lo que recibe y pide?

GILBERT.- Sabrá adaptar la obra de arte que interpreta a cada época, nos recordará constantemente que las obras de arte maestras son entes con vida, e incluso los únicos entes vivos de verdad. Lo sentirá tan intensamente, que, sin duda, a medida que progresa la civilización y que estemos organizados más elevadamente, lo más escogido de cada época, los espíritus críticos y cautos se interesarán cada vez menos por la vida real e intentarán obtener impresiones de aquello que haya sido tocado por el Arte anteriormente. Porque la vida es terriblemente defectuosa desde el punto de vista de la forma; sus catástrofes hieren injustamente y sin motivos. Hay un error grotesco en sus comedias, y sus tragedias tienden a la farsa. Uno resulta herido al acercárselo. Todo dura: para siempre, demasiado tiempo, o no lo suficiente.

ERNEST.- ¡Miserable vida! ¡Miserable vida humana! Entonces, ¿no se siente usted conmovido por esas lágrimas que, según el poeta romano, forman parte de la esencia misma?

GILBERT.- Lo que realmente temo es que me conmuevan demasiado. Porque cuando se contempla retrospectivamente una vida que fue en su momento muy intensa, llena de frescas emociones, que conoció tales goces y tales éxitos, todo eso parece no ser más que un sueño, un espejismo. ¿Cuáles son las cosas irreales, sino las pasiones que nos abrasaron en otro tiempo como fuego? ¿Qué son las cosas increíbles sino aquellas en las que creímos fervientemente? ¿Qué son las cosas inverosímiles sino aquellas que hicimos? No, querido amigo; la vida nos engaña con sombras como un manipulador de marionetas. Le pedimos placer. Y ella nos lo da, añadiéndole, a guisa de cortejo, la amargura y el desengaño. Sentimos alguna noble pena que creemos va a prestar a nuestros días la purpúrea solemnidad de la tragedia; pero se aleja de nosotros y la sustituyen cosas menos nobles y nos encontramos en alguna gris y vacía aurora o en una velada silenciosa, contemplando con un asombro insensible, con un triste corazón de piedra, ¡aquella trenza dorada que con tanto frenesí besamos en el pasado!

ERNEST- Entonces, ¿estás diciendo que la vida es una estafa?

GILBERT- Artísticamente, totalmente. Y la razón principal de esto es la que da a la vida su sórdida seguridad: el hecho de que no pueda experimentarse nunca por dos veces la misma emoción. ¡Qué diferente el mundo del arte! Detrás de usted, querido amigo, en un estante de esa librería, puede ver La Divina Comedia. Sé que si abro ese volumen por cierto lugar odiaré ferozmente a alguien que no me ha ofendido jamás, o amaré con adoración a alguien a quien no veré jamás. No existe ningún estado de ánimo, ninguna pasión que el Arte no pueda expresarnos, y aquellos de nosotros que han descubierto su secreto pueden hacer constar por anticipado los resultados de sus experiencias. Podemos elegir nuestro día y señalar nuestra hora. Podemos decirnos: "Mañana, al rayar el alba, nos pasearemos con el grave Virgilio por el sombrío valle de la muerte." Y, en efecto, el amanecer nos sorprende en el bosque oscuro, junto al poeta de Mantua. Franqueada la puerta de la leyenda, fatal a la esperanza, contemplamos con alegría o tristeza el horror de otro mundo. Los hipócritas pasan con caras pintadas y cogullas de plomo dorado. Por entre los vientos que sin cesar los arrastran, los lascivos nos miran, y vemos a los herejes desgarrando carnes y al glotón castigado por su propia gula. Rompemos ramas secas del árbol que hay en el bosquecillo de las arpías, y cada rama, venenosa y de tono lívido, mana ante nuestros ojos una sangre roja mientras lanza estridentes chillidos. Ulises nos habla por un cuerno de fuego, y en el momento en que el gran Gibelino se incorpora en su ataúd de llamas, el orgullo que triunfa de la tortura de ese lecho se hace nuestro por un instante. Por el aire agitado y rojo vuelan los que mancharon el mundo con la belleza de sus pecados, y enfermo, ignominioso, hidrópico, con el cuerpo hinchado, semejante a un monstruoso laúd, yace, Adán de Brescia, el falsario, suplicándonos que escuchemos sus lamentos. Paramos, y con sus labios secos y entreabiertos nos cuenta cómo sueña, día y noche, con arroyos de agua clara que corren por las verdes colinas de Casente. Sinón, el griego mentiroso de Troya, sigue burlándose de él. Le pega en la cara y discuten. Fascinados ante su oprobio, paramos al lado, hasta que Virgilio nos reprende y nos aparta de la escena, llevándonos a la ciudad de unos gigantes guarnecidos de torres, donde el gran Nemrod sopla en su cuerno. Nos esperan aventuras terribles y nos dirigimos hacia ellas bajo la túnica de Dante y con su propio corazón. Después de cruzar los pantanos del Estigia, Argenti nada hasta la barca por entre olas fangosas. Nos llama y no le escuchamos. Sentimos alegría al verle tan agónico, y Virgilio nos alaba por nuestro amargo desdén. Pisamos el helado cristal del Cocito, donde se encuentran sumergidos los traidores, formando pajas del mismo cristal. Nuestro pie tropieza con la cabeza de Bocco. No nos dice su nombre y arrancamos puñados de pelos de su cabeza, que sigue aullando. Alberico nos pide de rodillas que rompamos el hielo que cubre su cara, a fin de que pueda llorar un poco, y así desahogarse. Nosotros se lo prometemos; y cuando ha terminado su doloroso relato, faltamos a nuestra palabra y lo abandonamos; tal crueldad es cortés, porque ¡no hay nadie más vil que el que siente misericordia por un condenado de Dios! En las mandíbulas de Lucifer vemos al hombre que vendió a Cristo, y en ellas también a los hombres que asesinaron a César. Y salimos temblando, para contemplar de nuevo las estrellas. En el Purgatorio el aire es más libre, y la sagrada montaña se levanta en la pura luz del día. Allí está la paz para nosotros, y para aquellos

que moraron una temporada hay también allí paz, aunque pasen ante nosotros Madonna Pía, pálida por el veneno de las Maremmas, e Ismena, envuelta aún por la tristeza de la tierra. Una tras otra, las sombras nos hacen compartir su arrepentimiento o su alegría. Aquel a quien el duelo de su vida enseñó a beber el dulce ajeno del dolor, nos habla de Nella, rezando en su lecho solitario, y de labios de Buonconte escuchamos cómo una sola lágrima puede salvar del demonio a un pecador moribundo. Sordello, aquel noble y desdeñoso lombardo, nos mira desde lejos semejante a un león echado. Al saber que Virgilio es uno de los ciudadanos de Mantua, se arroja a su cuello, y cuando reconoce en él al cantor de Rotna cae ante sus pies. En aquel valle, cuya hierba y cuyas flores son más bellas que la esmeralda hendida y la madera de Oriente, y más brillantes que la grana y la plata, cantan aquellos que fueron reyes en el mundo; pero los labios de Rodolfo de Habsburgo no se conmueven al escuchar la melodía de los otros, mientras Felipe de Francia se golpea el pecho, y Enrique de Inglaterra, sentado, se encuentra solo. Seguimos subiendo aquella infinita escalera maravillosa y las estrellas se agrandan, el canto de los reyes languidece y llegamos por fin a los siete árboles dorados y al jardín del Paraíso terrenal. En un carro arrastrado por un grifo, aparece alguien con la frente coronada de laurel, alguien velado de blanco, atablado con un manto de color verde y un vestido rojo intenso. La antigua llama se despierta en nosotros. Nuestra sangre corre a gran velocidad por pulsaciones terribles. La reconocemos. Se trata de Beatriz, la mujer adorada. El hielo que envolvía nuestro corazón se quiebra. Derramamos lágrimas de angustia y caemos con la frente sobre la tierra, porque sabemos que hemos pecado. Una vez purificados, después de haber hecho penitencia, beber en la fuente del Leteo, y bañarnos en la de Eunoe, la dueña y señora de nuestra alma nos eleva hacia el Paraíso Celestial. Desde esa eterna perla, que no es otra que la luna, el rostro de Piccarda Donati se vuelve hacia nosotros. Su belleza nos turba un instante, y cuando, como una cosa que cae a través del agua, desaparece ella, seguimos mirando y rastreamos su paso con ardiente mirada. El dulce planeta Venus está repleto de amantes. Cunizza, la hermana de Ezzelin la dueña del corazón de Sordello, está allí, y Folco, el cantor apasionado de la Provenza, a quien su dolor por la bella Azalais impulsó a abandonar el mundo, y la cortesana cananea, cuya alma fue la primera rescatada por Cristo. Joaquín de Flore habita en el Sol, y también en el Sol, Tomás de Aquino narra la historia de San Francisco, y Buenaventura, la historia de Santo Domingo. A través de los rubíes llameantes de Marte se acerca a Cacciaguida. Cuenta la historia de la flecha que dispara el arco del desterrado, el sabor salado que tiene el pan ajeno y lo costosas que son de subir las escaleras de una casa que no es la propia. En Saturno, las almas no cantan, y ni siquiera la que nos hace guía osa sonreír. En una escala dorada, las llamas se levantan y caen. Y, finalmente, contemplamos la gloria de la Rosa Mística. Beatriz fija sus ojos en la faz de Dios para no apartarlos de ella nunca más. Nos conceden la visión bienaventurada; conocemos ese Amor que mueve al sol y al resto de estrellas. Sí; podemos retrasar la Tierra unas seiscientas vueltas y formar un todo con el gran florentino, quedarnos de rodillas en el mismo altar, compartiendo su éxtasis y también su desprecio. Y sí, cansados de la antigüedad, sentimos el deseo de comprender nuestra época en toda su laxitud y en todo su pecado, ¿no hay libros capaces de hacernos vivir en una hora más que la vida en veinte años de penas y miserias? Al alcance de la mano tiene usted un pequeño

volumen encuadernado en piel verde Nilo, sembrado de nenúfares dorados y curtido en duro marfil. Era el libro predilecto de Gautier, la obra maestra de Baudelaire. Ábralo usted en ese Madrigal triste, que así dice:

¿Qué me importa que seas discreta? Sé bella y sé triste... y usted se sentirá adorador de la tristeza como no lo fue nunca de la alegría. Continúe en el poema del hombre que se tortura a sí mismo, deje que su música sutil se deslice en su cerebro, coloreando sus pensamientos, y será usted por un momento semejante al autor de esos versos, no sólo por un momento, sino durante muchas noches en claro, a la luz de la luna, y durante días y días estériles y sin sol, una desesperación que no es la suya vivirá en usted y la miseria de otro le roerá el corazón. Lea todo el libro, deje que revele a su alma uno solo de sus secretos, y su alma sentirá ansias de saber más y se alimentará de miel envenenada y querrá arrepentirse de extraños crímenes que no cometió y expiar terribles placeres que no ha conocido jamás. Y luego, cuando esté usted hastiado de esas flores del mal, vuélvase hacia las flores que crecen en el jardín de Perdita y mójese la frente calenturienta en sus cálices húmedos de rocío, y que su gracia adorable cure y reanime su alma. O despierte de su tumba olvidada a Meleagro, el dulce sitio, y pida al amante de Heliadora que ejecute alguna música, porque él posee también flores en su canto, rojos capullos de granadas, lirios con aroma a mirra, narcisos, jacintos azul oscuro y mejoranas y sinuosos ojos de buey. Le era grato ese olor que al anochecer baja de los campos de habas y también el oloroso nardo sirio y el fresco y verde tomillo y las encantadoras campanillas. Los pies de su amada, al pasear por el jardín, eran como lirios sobre lirios; sus labios eran más suaves que los pétalos de las adormideras soporíferas, más suaves que las violetas e igual de perfumados. El azafrán color de llama subía por la hierba para mirarla. Para ella, el frágil narciso recogía la fresca lluvia, y por ella las anémonas se olvidaban de los vientos de Sicilia que las acariciaban. Y ni el narciso, ni la anémona, ni el azafrán la igualaban en belleza. Cosa extraña este traspaso de emociones. Nosotros sufrimos con la misma intensidad que el poeta y el cantor nos transmite su dolor. Labios muertos nos envían su mensaje y corazones deshechos en polvo pueden contagiarnos su goce. Corremos a besar la boca sangrienta de Fantina y seguimos a Manon Lescaut por todo el Universo. Por fin es nuestra la locura amorosa del Tirío y el terror de Orestes. No hay pasión que no podamos sentir ni placeres que no podamos gozar y podemos escoger el momento de nuestra iniciación y también el de nuestra libertad. ¡La Vida! ¡La Vida! No recurramos a la vida para triunfar. Viene limitada por las circunstancias, no es lógica en su expresión y carece de esa delicada armonía entre la forma y el espíritu, que tan sólo puede satisfacer a un temperamento creativo y crítico. Hace que paguemos sus mercancías muy caras y compramos el más ínfimo de sus secretos a un precio astronómico y totalmente irrazonable.

ERNEST.- Entonces, ¿tenemos que recurrir al arte para cualquier cosa?

GILBERT.- En todo momento y para todo, porque el Arte jamás nos liará daño. Las lágrimas que vertemos en el teatro representan, típicamente, las emociones exquisitas y estériles que el arte tiene por misión despertar. Lloramos, pero no nos sentimos heridos. Nos afligimos, pero no es amarga

nuestra pena. En la vida real del hombre, el dolor, como dice Spinoza en algún sitio, es un paso hacia una perfección menor. Pero el dolor que nos produce el arte nos purifica y nos incita, si me está permitido citar una vez más al gran crítico de arte de los griegos. Por medio del arte y sólo por él podemos lograr nuestra perfección; el arte y solamente el arte nos preserva de los peligros sórdidos de la existencia real. Y esto se debe no sólo a que nada de lo que puede imaginarse es digno de ser realizado y todo es imaginable, sino también a esa sutil ley que limita las fuerzas emotivas y las fuerzas físicas en extensión y en energía. Podemos sentir hasta cierto grado y nada más. ¿Y qué nos importan en el fondo los placeres con que la vida nos tienta o los dolores con que intenta aniquilar nuestra alma, si el verdadero secreto de la alegría se halla en contemplar las vidas de aquellos que jamás existieron, y que si llora es por la muerte de seres que, como Cordelia y la hija de Brabancio, viven eternamente?

ERNEST.- Espera. Creo que todo lo que usted acaba de decir, querido Gilbert, es inmoral.

GILBERT.- El arte siempre es inmoral.

ERNEST.- ¿Siempre?

GILBERT.- Sí. Porque la emoción por la emoción es la verdadera finalidad del arte, y la emoción por la acción es la finalidad de la vida, y de esta organización tan sumamente práctica de la vida que llamamos sociedad. La sociedad, que es principio y base de la moral, existe simplemente para concentrar la energía humana. Y, al fin de asegurar su propia continuación y una estabilidad, exige de cada uno de nosotros, con indudable justicia, que contribuya con alguna labor productiva al bien público y que trabaje de forma forzada para que se realice la tarea cotidiana. La sociedad perdona casi siempre al criminal; pero jamás al soñador. Las bellas emociones estériles que el arte despierta en nosotros son aborrecibles a sus ojos, y ese horrible ideal social domina con su tiranía tan por completo a las gentes, que con el mayor descaro se acercan a uno en exposiciones privadas y en públicos, preguntando con voz estentórea: "¿Qué está usted haciendo?", la única pregunta que debiera estarle permitida a un ser civilizado es: "¿Qué piensa usted?" Las intenciones de esas personas tan ejemplares, son buenas, sin duda. Quizá por eso mismo son tan insoportables. Pero alguien debiera enseñarles que si la sociedad es del parecer que la contemplación es el peor de los pecados, para las personas más cultas e instruidas es la única ocupación digna del ser humano.

ERNEST.- ¿Ha dicho la contemplación?

GILBERT.- Sí; eso mismo. Ya le he dicho hace poco que era mucho más difícil hablar de algo que hacerlo. Permítame decirle ahora que no hacer absolutamente nada es lo más difícil del mundo, lo más difícil y lo más intelectual. Para Platón, apasionado de la sabiduría, esa era la más noble forma de la energía. Para Aristóteles, apasionado de la ciencia, era también la

forma más noble de la energía. A ella llevó, por su propio anhelo su santidad, al santo y al místico de la Edad Media.

ERNEST.- Entonces, ¿hemos venido a este mundo para no hacer nada?

GILBERT.- El que ha sido elegido viene a este mundo para no hacer nada. La acción es limitada y relativa. Y también condicionada y absoluta es la visión del que descansa y observa, del que recorre un camino solo mientras sueña. Pero nosotros, que hemos nacido al final de esta edad maravillosa, somos demasiado cultos y críticos a la vez, nuestra inteligencia demasiado sutil y también con demasiada tendencia a los placeres exquisitos, para aceptar especulaciones sobre la vida a cambio de la vida misma. Para nosotros, la ciudad divina carece de colorido, y la *Fruitio Dei*, de sentido. La metafísica no satisface nuestros caracteres y el éxtasis religioso está obsoleto. El mundo en el cual el filósofo de la Academia se convierte en "espectador de todos los tiempos y de todas las existencias" no es, en realidad un mundo ideal, sino simplemente un mundo de ideas abstractas; al entrar en él nos matan de frío las glaciales matemáticas del pensamiento. Los cursos de la Ciudad de Dios no están ya abiertos para nosotros. Sus puertas están guardadas por la ignorancia, y para transponer sus umbrales hemos de abdicar de todo cuanto hay de más divino en nuestra naturaleza. Ya es bastante con que nuestros padres hayan creído. Han dejado exhausta la facultad de creer de la especie y nos han legado el escepticismo, que tanto los aterraba; si lo hubieran puesto en palabras, no podría vivir en nosotros como pensamiento. No. Ernest, no; no podemos regresar a los santos. Hay mucho que aprender todavía de los pecadores. No podemos apuntar de nuevo a los filósofos y los místicos: nos decarrían. Como sugiere Walter Pater en alguna parte, ¿quién desearía cambiar la curva de un simple pétalo de rosa por ese Ser etéreo y sin forma al que Platón consideraba tan importante? ¿Qué significan para nosotros la Iluminación de Platón, el Abismo Eckhard, la Visión de Bohme, el mismo Cielo monstruoso, tal como fue revelado a los ojos ciegos de Swedenborg? Todo esto tiene menos valor que el amarillo cáliz de un narciso silvestre, menos que la más inferior artes visibles; porque así como la Naturaleza es la materia que lucha por llegar a ser espíritu, el Arte es el espíritu que se realiza bajo las condiciones de la materia; y por eso, aun en sus más vulgares formas, habla a los sentidos y al espíritu a un mismo tiempo. El temperamento artístico debe repeler siempre lo vago. Los griegos fueron una nación de artistas, porque les fue evitado el sentido de lo infinito. Como Aristóteles, o Goethe después de haber leído a Kant, busquemos lo concreto y únicamente lo concreto nos hará sentir bien.

ERNEST.- Entonces, ¿qué cree que debemos hacer?

GILBERT.- Creo que con el desarrollo del espíritu crítico llegaremos a comprender finalmente, no únicamente nuestras vidas, sino la vida de todos, de la raza, haciéndonos así absolutamente modernos en el auténtico significado de la palabra modernismo. Pues aquel para quien el presente es la única cosa presente, no sabe nada del siglo en que vive. Para comprender el siglo diecinueve, hay que comprender primero los siglos precedentes, los cuales contribuyeron a su formación. Para saber algo de uno mismo, hay que saberlo todo de los demás. No debe existir ningún estado de alma con el que no se

pueda simpatizar, ni ningún extinto modo de vida que no pueda volver a la vida de nuevo. ¿Es esto imposible? En mi opinión, no lo es. Al revelarnos el mecanismo absoluto de toda acción, libertándonos así, de la carga entorpecedora de las responsabilidades morales que nos habíamos impuesto, el principio científico del hereditarismo ha llegado a ser, por así decirlo, la garantía de la vida contemplativa. Nos ha revelado que en realidad no somos tan esclavos como cuando intentamos actuar. Nos ha atrapado en la trampa del cazador, ha escrito la profecía de nuestro destino sobre el muro. No podemos verle, como no sea en un espejo que refleje el alma. Es Némesis sin su máscara. Es la última y la más terrible de las Parcas. Es el único de los dioses cuyo verdadero nombre conocemos. Y, sin embargo, mientras que en la esfera de la vida práctica y externa ha despojado a la energía de su libertad y a la actividad de su libre discernimiento, de su elección, en la esfera subjetiva, que es donde el alma actúa, llega a nosotros esa sombra terrible con múltiples dádivas en sus manos: extraños temperamentos y sutiles susceptibilidades, bárbaros ardores y glaciales indiferencias, dones multiformes y complejos de pensamientos contradictorios y de pasiones en pugna consigo mismas. Así, pues, no es nuestra vida la que vivimos, sino la vida de los muertos, y el alma que en nosotros mora no es una simple entidad espiritual, que nos hace personales e individuales, creada para nuestro servicio y que nos invade para goce nuestro. Es algo que habitó en horribles lugares y tuvo su alojamiento en antiguos sepulcros. Padece innumerables dolencias y guarda el recuerdo de curiosos pecados. Es más sabia que nosotros y su saber es amargo. Nos llena de deseos imposibles de realizar y nos hace perseguir lo que sabemos que nos es imposible alcanzar. Hay, sin embargo, mi querido Ernest, una cosa que puede hacer por nosotros. Puede alejarnos de ambientes cuya belleza es vulgar, o cuya innoble fealdad y miserables pretensiones son nocivas al perfeccionamiento de nuestro desarrollo. Puede ayudarnos a evadimos de nuestro siglo, para irnos a vivir a edades remotas, sin sentirnos extraños allí. Puede enseñarnos a huir de nuestra experiencia y a conocer las de otros seres más grandes que nosotros. El dolor de Leopardi que clama contra la vida llega a hacerse nuestro. Teócrito hace sonar su flauta y reímos con los labios de las ninfas y de los pastores. Cubiertos con la piel de lobo de Pedro Vidal, huimos ante la jauría, y bajo la armadura de Lancelot, abandonamos a caballo el pabellón de la reina; murmuramos el secreto de nuestro amor bajo la capucha de Abelardo, y con las sucias ropas de Willon incluimos en cantos nuestro oprobio. Contemplamos el alba que despunta bajo la mirada de Shelley y la luna se enamora de nuestra tierna edad cuando nos ve vagar con Endimión. La angustia de Atis se hace nuestra, al igual que la débil furia y las nobles penas del Danés. ¿Usted cree que la que nos permite gozar de tan distintas vidas es la fantasía? Sí, es la fantasía, y ésta es algo hereditario. Se trata tan sólo de la experiencia racial concentrada.

ERNEST.- Pero, y el espíritu crítico, ¿qué función tiene aquí?

GILBERT.- El aprender que esta transmisión de las experiencias raciales consigue realizar, sólo puede ser perfeccionada por el espíritu crítico, y hasta podría asegurarse que ambas forman las dos partes de un todo. ¿Qué es el verdadero crítico sino aquel que lleva dentro de sí los sueños, las ideas y los sentimientos de infinitas generaciones, para quien ninguna forma del

pensamiento es desconocida, ni oscura ninguna emoción? ¿Y cuál es el "hombre culto" auténtico, sino aquel que por medio de una sutil sabiduría y una laboriosa selección ha hecho el instinto consciente e inteligente, y puede separar la obra que posee distinción de la que no la tiene y así, por contacto y comparación, llegar a poseer los secretos de estilo y escuela, escuchar sus voces, comprender sus significados y desarrollar ese espíritu de curiosidad desinteresada que es la verdadera raíz y la verdadera flor de la vida mental y que cuando alcanza así la lucidez intelectual, conociendo "lo mejor de cuanto se sabe y se piensa en el mundo" vive y no resulta fantástico admitirlo con los inmortales?... Sí, querido amigo; la vida contemplativa, la vida que tiene por finalidad "ser" y no "hacer", y lo solamente "ser", sino "devenir, transformarse", es la que nos da el espíritu crítico. Los dioses viven así: o meditan sobre su propia perfección, como nos dice Aristóteles, o, según imaginaba Epicuro, observan con ojos serenos de mero espectador la tragicomedia del mundo que ellos mismos han creado. Podríamos nosotros también vivir como ellos y asistir, con emociones adecuadas, a las escenas diversas que ofrecen el hombre y la Naturaleza, Podríamos espiritualizarnos, apartándonos de la acción, y llegar a ser perfectos repudiando toda energía. Muchas veces he pensado que Browning sintió algo parecido. Shakespeare lanza a Hamlet a la vida activa y le hace cumplir su misión por medio del esfuerzo. Browning pudo haber creado un Hamlet carente de significación. Hizo el espíritu el protagonista de la tragedia de la vida y consideró la acción como el solo elemento no dramático de una obra. Desde la elevada torre del Pensamiento podemos contemplar el Universo. Tranquilo, siendo un centro para sí mismo, completo el crítico, esteta contempla la vida, y ninguna flecha lanzada al azar puede penetrar por las junturas de su armadura. Pl, por lo menos, está a salvo. Ha descubierto cómo vivir. ¿Es inmoral vivir de esta manera? Sí; todas cualquier arte es inmoral, excepto esas formas inferiores de arte sensual o didáctico cuyo objeto es excitar a la acción, buena o mala. Y la acción, cualquiera que sea, pertenece a la ética. La finalidad del arte consiste simplemente en crear estados de alma. ¿Un género de vida tal carece de aplicaciones prácticas? ¡Ah! ¡Es más difícil ser "impráctico" de lo que se imaginan los ignorantes filisteos! Desgraciadamente para Inglaterra, no hay país en el mundo que tenga tanta necesidad de gente impráctica como el nuestro. Entre nosotros el pensamiento está degradado por su constante asociación con lo práctico. ¿Quiénes de los que se agitan en el esfuerzo y el tumulto de la existencia real, político alborotador, socialista vocinglero o pobre sacerdote de mente estrecha, cegado por los sufrimientos de esa insignificante parte de esta sociedad, en la que él mismo ha fijado su residencia, pueden considerarse capaces de expresar un juicio inteligente y desinteresado sobre cualquier cosa concreta? Cualquier profesión entraña un prejuicio. La necesidad de abrirse paso nos obliga a ser partidistas. Y vivimos en una época en que el pueblo carece de una educación, y tiene demasiado trabajo, un pueblo sumamente trabajador que se ha vuelto estúpido. Y aunque sea duro admitir esto: creo que se merece este destino. El medio seguro de no saber nada de la vida es procurar ser útil.

ERNEST.- Qué doctrina tan sumamente encantadora!

GILBERT.- No sé si es encantadora; pero lo que es seguro, es que es cierta. El anhelo por mejorar a los demás origina una abundante cosecha de pedantes, y este no es el menor de sus males. El presumido ofrece un estudio psicológico realmente interesante, y aunque, de todas las poses, la de moralista sea la peor, tener una pose ya es algo. Es un reconocimiento formal de la importancia de tratar la vida desde un punto de vista definido y racional. La Simpatía Humanitaria, que lucha contra la Naturaleza, asegurando la supervivencia del fracaso, puede hacer que el hombre sabio desprecie esas virtudes tan accesibles para él. El economista político la vitupera, porque coloca en un mismo plano al imprevisor y al previsor, despojando así a la vida del incentivo más poderoso, por el ser más sórdido. Pero, a los ojos del pensador, el verdadero daño causado por esa simpatía emotiva está en que limita el saber y entonces nos impide solucionar los problemas sociales. Intentamos ahora retrasar la crisis que está por llegar, "la revolución inminente", como la llaman mis amigos los fabianistas, por medio de dádivas y de limosnas. Pues bien: cuando llegue esa revolución o esa crisis, seremos impotentes para defendernos, porque no sabremos nada. Así, pues, Ernest, no nos engañemos.

Inglaterra no será nunca civilizada mientras no anexe la Utopía a sus dominios. Podría cambiar ventajosamente alguna de sus colonias por tan hermosa comarca. Necesitamos gentes imprácticas que vean más allá del momento y piensen más allá de la época. Los que intentan guiar al pueblo sólo pueden lograrlo siguiendo al populacho. Los senderos de los dioses se preparan únicamente por la voz de alguien que predica en el desierto. Puede que crea usted que el hecho de observar y de contemplar, por el mero placer de hacerlo, es egoísta. Aunque crea usted eso, no lo diga. Rendir culto al sacrificio es cosa que seduce a una época tan egoísta como la nuestra. Sólo una época tan avara como esta en que vivimos puede colocar por encima de las bellas virtudes intelectuales esas otras bajas y emocionales que le reportan un beneficio práctico inmediato. Yerran igualmente esos filántropos y sentimentales de hoy día que se pasan el tiempo hablando de nuestros deberes para con el prójimo. Porque el desarrollo de la raza depende del desarrollo del individuo, y allí donde la cultura del yo deja de ser el ideal, el nivel intelectual baja inmediatamente y desaparece con frecuencia. Si cena usted en compañía de un hombre que se ha pasado la vida educándose a sí mismo tipo raro hoy día, lo admito, pero que se puede encontrar todavía de vez en cuando, se levantará de la mesa más rico, con la conciencia de que un elevado ideal ha tocado y santificado por un instante sus días. Pero, en cambio, mi querido amigo, ¡qué horrible experiencia es cenar con un hombre que se ha pasado su vida queriendo educar a los demás! ¡Qué espantosa es esa ignorancia, resultado inevitable de la costumbre fatal de comunicar sus opiniones al prójimo! ¡Qué limitado parecer el espíritu de un ser como éste! ¡Cómo le aborrecemos y cómo debe aborrecerse a sí mismo con sus infinitas repeticiones y sus insípidas redundancias! ¡Cómo carece de todo elemento de progreso intelectual! ¡En qué círculo vicioso se mueve!

ERNEST.- Se emociona usted, de forma extraña, querido amigo. ¿Es que ha pasado hace poco por esta experiencia tan horrorosa?

GILBERT.- Son pocos los que pueden librarse de ella. Dicen que el maestro de escuela ve cómo se reduce la esfera de su autoridad. Ojalá sea cierto. Pero el tipo del cual él no es más que un representante y de muy escasa importancia, creo que domina nuestras vidas; y así como el filántropo representa el castigo de la esfera ética, el castigo de la esfera intelectual es el hombre tan ocupado siempre en la educación de los demás, que no ha tenido nunca tiempo de consagrarse a la suya. No, querido; el autodidactismo es el verdadero ideal del hombre. Goethe lo entendió así, y por eso le debemos más que a ningún hombre desde los tiempos esplendorosos de Grecia. Los griegos lo vieron también, y legaron al pensamiento moderno el concepto de la vida contemplativa y el método crítico que es el único que conduce a ella. Fue lo que hizo grande el Renacimiento y que generó el humanismo. Es también la única cosa que puede engrandecer a nuestra época, porque la verdadera habilidad de Inglaterra radica, no en unos pobres armamentos o en unas costas fortificadas débilmente, no en la pobreza que se arrastra por callejuelas ensombrecidas, o en la borrachera alborotadora en patios repugnantes, sino simplemente en el hecho de que sus ideales poseen emoción y no inteligencia. No niego que el ideal intelectual sea difícil de alcanzar, y aún menos que sea quizá en años venideros impopular entre el populacho. ¡Es tan fácil para la gente simpatizar con el sufrimiento, y tan difícil, con el pensamiento...!

Las personas vulgares desconocen el valor real del pensamiento, que se creen que una vez han tachado una teoría de peligrosa la han condenado, cuando precisamente son éstas las teorías que poseen un verdadero valor intelectual. Una idea, si no es peligrosa, tampoco es digna de llamarse idea.

ERNEST.-Querido amigo, usted me desconcierta. Me ha dicho usted que todo arte es esencialmente inmoral. ¿Ahora va usted a decirme que todo pensamiento es peligroso en esencia?

GILBERT.- Desde luego; desde el punto de vista práctico, así es. La seguridad de la sociedad se basa en la costumbre y en el instinto inconsciente; la base de la estabilidad de la sociedad como organismo sano está en la carencia absoluta de inteligencia en todos sus miembros. La inmensa mayoría de las gentes lo saben tan bien, que se colocan natural y espontáneamente de parte de ese espléndido sistema que las eleva a la categoría de máquinas. Y sienten una rabia tan feroz contra toda intrusión de la facultad intelectual en cualquiera de las cuestiones referentes a la vida, que se siente uno tentado de definir al hombre como "un animal razonable que no logra nunca obrar conforme a los preceptos de la razón". Pero salgamos de la esfera práctica y no hablemos más de esos perversos filántropos; hay que dejarlos a merced de Chuang "fzu, el sabio de mirada almendrada del río Amarillo, que ha demostrado que esos oficios, bienintencionados y nefastos, han acabado con la virtud sencilla, espontánea, natural, que hay en ser humano. Este es un tema demasiado arduo, y tengo prisa en volver al medio donde la crítica no es prisionera de nada ni de nadie.

ERNEST.- ¿El medio de la inteligencia?

GILBERT.- Exacto. Recordará usted mis palabras; el crítico es creador como artista, cuya obra, en efecto, puede que no tenga más mérito que el de sugerir al crítico algún nuevo estado de pensamiento y de sentimiento que éste puede realizar con una distinción de forma igual o quizá mayor, y al que dará una belleza diferente y más perfecta, gracias a un nuevo medio de entendimiento. Pero le he notado a usted un tanto escéptico a esta teoría, ¿me equivoco?

ERNEST.- No soy escéptico en este asunto; sin embargo, debo confesarle que tengo la absoluta convicción que una obra como la del crítico, según la descripción de usted y hay que admitir, indudablemente, que una obra así existe, ha de ser, por fuerza, subjetiva, mientras que toda obra maestra es impersonal y objetiva.

GILBERT.- Entre una obra objetiva una subjetiva la única diferencia que hay es externa, accidental, y no tan subjetiva. El paisaje mismo que Corot contemplaba no era, como él mismo ha dicho, más que un estado de su alma; y esas grandes figuras del drama griego o inglés, que parecen poseer vida propia, independiente de los poetas que las crearon y modelaron, son, en realidad, los propios poetas, no tal y como creían ser, sino como creían no ser y tal como fueron, sin embargo, por un momento de un modo extraño, gracias a ese pensamiento; porque no podemos nunca salir fuera de nuestro interior y no puede tampoco haber en una creación lo que había en el creador. Es más: yo diría que cuanto más objetiva parece una creación, más subjetiva es en el fondo. Shakespeare pudo haber visto a Rosencrantz y a Guildenstern por las blancas calles de Londres; pudo haber visto igualmente a los criados de las casas rivales pelearse en la plaza pública; pero Hamlet salió de su alma y Romeo de su pasión. Estos eran elementos de su naturaleza a los que él dio forma tangible, impulsos que se agitaban tan poderosamente en él, que se vio forzado, por decirlo así, a dejarlos realizar su energía, no en el plano inferior de la vida real, donde hubieran estado oprimidos y coartados, sino en el plano imaginativo del arte, donde el amor puede realmente encontrar en la muerte su rica realización, donde se puede matar al que escucha en la puerta detrás de la cortina, o pelear en una tumba recién abierta y hacer beber a un rey culpable su propio veneno y ver el espectro de su padre, a la débil claridad de la luna, avanzar majestuosamente, revestido de su armadura, desde una muralla de bruma a otra. La acción limitada no hubiera satisfecho a Shakespeare ni le hubiese permitido expresarse, y así como pudo realizarlo todo sin hacer nada, de igual modo, precisamente porque no nos habla nunca de él en sus obras, éstas nos lo revelan de una manera absoluta mostrándonos su auténtico carácter mucho más a fondo que esos sonetos suyos, algo raros y exquisitos, en los que revela, bajo una mirada límpida, el secreto de su alma. Sí; la forma objetiva es la más subjetiva en el fondo. El hombre es menos él mismo cuando habla en persona. Ponle un antifaz, y entonces será sincero.

ERNEST.-Así que el crítico, limitado a la forma subjetiva, ¿será a la fuerza menos apto para expresarse plenamente que el artista, que tiene siempre a su disposición las formas más objetivas e impersonales?

GILBERT.- No tiene que ser así siempre. Es más, puede que nunca, si reconoce que todo género crítico, en su más elevado desarrollo, es un simple

estado de alma, y que no somos jamás tan sinceros con nosotros mismos como cuando somos inconsecuentes. El crítico esteta, fiel sólo al principio de belleza en todas las cosas, buscará siempre impresiones nuevas, tomando de diversas escuelas el secreto de su encanto, postrándose quizá ante altares extranjeros y sonriendo, si es su capricho, a extraños nuevos dioses. Lo que algunas personas llaman el pasado de un hombre, posee, sin duda para ellas una gran importancia; pero nada que ver con ese hombre. El hombre que se ocupa de su pasado no merece tener un porvenir. Cuando se ha encontrado la expresión de un estado de alma ha terminado uno con él. ¿De qué se ríe? Es cierto. Hace nada, nos asombraba el realismo. Hallábamos en él ese "nuevo estremecimiento" que constituía su única finalidad. Se le analizó y explico, y acabó por cansarnos. En su ocaso, aparecieron los poetas simbolistas; y el espíritu medieval, ese espíritu que pertenece, no a la época, sino al carácter, despertó de repente en la enferma Rusia y nos conmovió durante algún tiempo con la terrible fascinación del dolor. Hoy adoramos la novela, y ya las hojas tiemblan en el valle y por las cimas purpúreas de las colinas va la Belleza andando, con esbeltos pies de oro. Persisten, ciertamente, los antiguos modos de creación. Los artistas se copian a sí mismos o copian a los demás, en burda imitación. Pero la crítica avanza siempre, y el crítico progresa sin parar. El crítico no se halla realmente limitado a la forma subjetiva de expresión. El método del drama le pertenece, así como el de la epopeya. Puede emplear el diálogo, como el que hizo sostener Milton o Marvel sobre la naturaleza de la comedia y de la tragedia, como el que entablaron por carta Sidney y lord Brooke bajo las encinas de Penshurst. Puede adoptar la narración que agrada a mister Walter Pater, cuyos Retratos imaginarios ¿se trata del título del libro? nos presentan bajo la careta imaginativa de la ficción fragmentos de crítica sutil y exquisita, uno sobre la filosofía de Watteau, otro sobre la de Spinoza, también sobre los elementos paganos de comienzos del Renacimiento, y el último, y en cierto modo más sugestivo, sobre el origen de esa Aulklarung, esa iluminación, que surgió como una aurora en Alemania el siglo pasado, y a la cual debe tanto nuestra cultura moderna. Desde luego; ¡realmente, el diálogo, esa maravillosa forma literaria que, desde Platón a Luciano, desde Luciano a Giordano Bruno, y desde Bruno a ese viejo y gran pagano que tanto entusiasmaba a Carlyle, los críticos creadores del mundo han utilizado siempre, no puede perder jamás, como modo de expresión, su atractivo para el pensador. Gracias a él, puede éste exponer el tema bajo todos los aspectos y mostrárnoslo haciéndole girar en cierto modo, como un escultor presenta su obra, logrando así toda la riqueza y toda la realidad de efectos que provienen de esos "paralelos", sugeridos repentinamente por la idea central en marcha, y que iluminan más aún esta misma idea, o esos pensamientos interiores tan felices que completan el tema central e incluso le aportan algo de la sutil maravilla del azar.

ERNEST.-Y gracias al diálogo puede él inventar un contrincante imaginario y convencerlo cuando lo place con uno de esos estúpidos sofisma.

GILBERT.- ¡Ah! ¡Es muy fácil persuadir a otros y muy difícil, en cambio, persuadirse uno mismo!... Si se quiere llegar a lo que realmente se cree, hay que hablar con labios ajenos. Para llegar a conocer la verdad, antes hay que imaginar miles de mentiras posibles. Porque ¿qué es en realidad la verdad? En cuestión de religión, simplemente la opinión que ha sobrevivido. En ciencia, la

última sensación. En arte, nuestro último estado de alma. Y ya ve usted ahora, querido amigo, que el crítico dispone de tantas formas objetivas de expresión como el artista mismo. Ruskin escribe su crítica en prosa imaginativa, soberbia en sus cambios y contradicciones; Renán emplea el diálogo; Pater, la ficción; Browning escribe la suya en verso libre y obliga al pintor y al poeta a revelarnos su secreto, y Rossetti tradujo en sonetos musicales el colorido de Giorgione y el dibujo de Ingres, así como el dibujo y el color suyos propios, sintiendo, con el instinto de quien usa múltiples modos de expresión, que el arte supremo es la literatura y que el método más bello, sutil y perfecto es el de las palabras.

ERNEST.- De acuerdo, pues una vez sentado por usted que el crítico dispone de todas las formas objetivas, ¿puede usted decirme cuáles son exactamente las cualidades que caracterizan a un auténtico crítico?

GILBERT.- ¿Cuáles serían según su criterio?

ERNEST.- ¡Bueno, yo creo que un crítico debe ser, sobre todo, imparcial!

GILBERT.- ¡Ni hablar; imparcial, jamás! Un crítico no puede ser imparcial en el sentido ordinario de la palabra. Sólo podemos dar una opinión imparcial sobre las cosas que no nos interesan, y ésta es, sin duda, la razón por la cual una opinión imparcial carece siempre y en absoluto de valor. El hombre que ve los dos lados de una cuestión no percibe absolutamente nada de ella. El arte es una pasión, y en materia de arte el pensamiento está inevitablemente coloreado por la emoción, fluida más bien que helada, y que, como depende de unos estados de alma sutiles y de unos momentos exquisitos, no puede comprimirse en la rigidez de una fórmula científica o de un dogma teológico. Es el alma a la que habla el arte, y el alma puede ser prisionera del espíritu lo mismo que el cuerpo. Evidentemente, no se debían tener prejuicios; pero, como hizo notar un gran francés hace un siglo, depende de cada uno tener preferencias sobre unos temas, y cuando se tienen preferencias, deja uno de ser imparcial. Sólo los peritos tasadores pueden admirar por igual e imparcialmente todas las escuelas de arte. No; la imparcialidad no es una de las cualidades del verdadero crítico; no es tan siquiera una de las condiciones de la crítica. Cada forma de arte con la que establecemos contacto nos doctrina desde ese mismo momento, con exclusión de todas las otras formas. Tenemos que entregarnos en absoluto a la obra en cuestión, sea la que fuere, para obtener su secreto. Durante ese tiempo es preciso no pensar en nada más, y es que en realidad, no podemos hacer otra cosa.

ERNEST.- Pero el crítico sí que debe ser razonable, ¿o no?

GILBERT.- ¿Razonable?... Bueno; hay dos maneras de no amar el arte, querido Ernest. Una consiste simplemente en no amarlo. La otra, en amarlo de forma razonable. Porque el arte, en efecto como observó Platón, no sin pesar, crea en el espectador y en el oyente una locura divina. No nace de la inspiración, sin embargo, inspira a los demás. La razón no es la facultad a la que él se dirige. Si se ama verdaderamente el arte, debe amársele por encima de todo el mundo, y la razón, si se la escuchase, clamaría contra semejante amor. No hay nada sano en el culto de la Belleza. Es una cosa demasiado

espléndida para ser cuerda. Aquellos cuyas vidas dirige, parecerán siempre al mundo puros visionarios.

ERNEST.- Pero, ¿sí que al menos será sincero?

GILBERT.- Cierta dosis de sinceridad es peligrosa, y un exceso de la misma es fatal. El verdadero crítico, en efecto, será siempre sincero en su devoción al gran principio de la belleza; pero la buscará en todas las épocas y en todas las escuelas, no se dejará nunca limitar por ninguna costumbre establecida de pensar o por alguna estereotipado manera de ver las cosas. Adoptará, para realizarse, numerosas formas y mil maneras distintas, y sentirá siempre la curiosidad de nuevas sensaciones y de nuevas perspectivas. Encontrará su verdadera unidad sólo a través de esos cambios perpetuos. No consentirá en ser esclavo de sus propias opiniones. ¿Qué es, en efecto, el espíritu, sino el movimiento en la esfera de la inteligencia: esencia del pensamiento, como la esencia de la vida, es el crecimiento. No debe tener usted miedo de las palabras, Ernest. Lo que las gentes llaman insinceridad es sólo el método por el cual podemos desarrollar el carácter.

ERNEST.- Me parece que no he sido demasiado afortunado en mis sugerencias.

GILBERT.- De las tres cualidades que usted ha mencionado, dos sinceridad e imparcialidad son casi por completo de índole moral; y la primera condición de la crítica es que el crítico reconozca que la esfera del Arte y la de la Ética están completamente separadas. En cuanto se las confunde, vuelve uno al caos. Actualmente, en Inglaterra se las confunde demasiado, y aunque nuestros modernos puritanos no puedan destruir algo bello, gracias a su extraordinario prurito pueden llegar mancillar la belleza un instante. Y es principalmente siento tener que decirlo mediante la Prensa como esas gentes encuentran expresión. Lo siento, porque hay mucho que decir en favor del periodismo moderno. Facilitándonos las opiniones de gente inculta, nos advierte de la ignorancia de la sociedad. Relatando cuidadosamente los sucesos corrientes de la vida contemporánea, nos muestra su ínfima importancia. Discutiendo invariablemente sobre lo inútil, nos hace comprender lo que es necesario para la cultura intelectual y lo que no lo es. Pero no debería permitir al pobre Tartufo que escribiese artículos sobre arte moderno. Cuando lo permite, se pone en ridículo, se embrutece. Y, sin embargo, los artículos de Tartufo y las notas de Chadband son buenas en algo: sirven para mostrar hasta qué punto es limitada el área en que la ética y las consideraciones éticas pueden ejercer su influencia. La ciencia está fuera del alcance de la moral, porque sus ojos están fijos sobre las verdades eternas. El arte está igualmente fuera del alcance de la moral porque sus ojos están fijos sobre cosas bellas, inmortales y siempre renovadas. Sólo pertenecen a la moral las esferas inferiores y menos intelectuales. Dejemos pasar, sin embargo, a esos vociferantes puritanos; tienen su lado cómico. ¿Quién es capaz de no reírse cuando cualquier periodista de poca monta propone seriamente que se limite el número de temas de que dispone el artista? Sería conveniente que se pusieran ciertos límites y pronto se los pondrán a nuestros periódicos y a nuestros periodistas, porque nos dan los hechos escuetos, sórdidos y repugnantes de la

vida. Relatan con una avidez degradante los pecados de segundo orden y, con el minucioso cuidado de los incultos, nos dan precisos y prosaicos detalles acerca de los actos y gestos de gentes desprovistas de interés. Pero el artista que acepta los hechos de la vida y los transforma, sin embargo, en figuras de belleza, en modelos de piedad o de terror; que muestra su color esencial, su prodigio, su verdadero valor desde el punto de vista ético, creando así fuera de ellos un mundo más real que la realidad misma, de un sentido más elevado y más noble, ¿quién marcará esos límites? No serán los apóstoles de ese nuevo periodismo, que no es más que la antigua vulgaridad "revelándose sin trabas", ni los apóstoles de ese nuevo puritanismo, que no es otra cosa que la lamentación de los hipócritas, tan mal escrita como hablada. La simple suposición es ridícula. Esas gentes perversas no merecen que perdamos en ellos más tiempo de nuestra interesante conversación, así que sigamos discutiendo los requisitos artísticos indispensables de un verdadero crítico.

ERNEST.- Pues, dígame: ¿cuáles son estos requisitos?

GILBERT.- La primera y más importante es el temperamento, un temperamento de una sensibilidad extraordinaria en lo que se refiere a la belleza y a las distintas expresiones que ésta nos produce. En qué condiciones y por qué medios nace ese temperamento en la raza o en el individuo, esa es cuestión que no discutiremos de momento. Baste con decir que hay en nosotros, un sentido de la belleza separado de los otros sentidos y superior a ellos, distinto de la razón y más noble que ella, diferente del alma y de igual valor; un sentido que induce a unos a crear, y a otros, los más delicados según mi parecer, a la simple contemplación. Pero este sentido requiere un ambiente exquisito para depurarse y perfeccionarse. Sin él perece o se embota. Usted recordará ese pasaje adorable en que Platón nos describe la forma cómo debe ser educado un joven griego, y en el que insiste en la importante influencia del ambiente, diciéndonos que el niño debe ser educado entre bellos espectáculos y armoniosos sonidos, para que la belleza de todo lo material prepare su alma para recibir la belleza espiritual. Insensiblemente, y sin que sepa la razón, verá desarrollarse en él ese auténtico amor a la belleza, verdadera finalidad de la educación, como Platón no se cansa de repetirnos. Poco a poco, gradualmente nacerá en él un temperamento que lo llevará, de un modo natural y sencillo, a elegir lo bueno con preferencia a lo malo, a rechazar lo que es vulgar y discordante; a seguir, con un gusto instintivo y delicado, todo lo que posea gracia, encanto, belleza. Finalmente, en el momento oportuno, ese gusto debe hacerse crítico y consciente; pero primero ha de existir puramente como instinto cultivado, y "el que haya recibido esa verdadera cultura del hombre interior percibirá, con visión diáfana, las omisiones y las faltas del arte infalible, mientras alaba y halla placer en lo bueno y lo acoge en su alma, haciéndose noble y bueno, el niño reprobará y odiará con justicia lo malo desde su infancia, aun antes de saber razonar"; y así, cuando más tarde se desarrolle en él el espíritu crítico y consciente, "lo reconocerá y saludará como a un amigo con quien su educación le ha familiarizado desde mucho tiempo antes". No necesito decirle, querido arraigo, lo lejos que estamos los ingleses de ese ideal, y me imagino la sonrisa que iluminaría el radiante rostro de Filisteo si se aventurase tino a insinuar que la verdadera finalidad de la educación es el amor a la belleza, y que los mejores métodos educadores son el desarrollo del

temperamento, el cultivo del gusto y la formación del espíritu crítico. Sin embargo, nos queda aún alguna belleza ambiente, y la estupidez de maestros y catedráticos importa muy poco cuando se puede vagar por los claustros de Magdalena y oír alguna voz aguda cantar en la capilla de Waynfleet o puede uno tumbarse en el verde prado, entre las margaritas moteadas como piel de serpiente, viendo el sol ardiente de mediodía afinar el oro de las veletas de la torre, errar por las escaleras de Christ Church, bajo los sombríos arcos apuntados, o pasar por el pórtico esculpido de la Casa de Laud, en el Colegio de San Juan. Y no es sólo en Oxford o en Cambridge donde puede formarse, orientarse y perfeccionarse el sentido de lo bello. En toda Inglaterra se vive un renacimiento de las artes plásticas. La fealdad ha caído en lo más hondo. Hasta en las casas de los ricos hay gusto, y las casas de los pobres son hasta graciosas, simpáticas, agradables de habitar. Calibán, el pobre alborotador Calibán, cree que una cosa deja de existir en cuanto él ha dejado de hacer muecas. Pero si ya no se burla más es porque ha topado con una burla más fina y aguda que la suya. Y porque le ha dado una severa lección ese silencio que debía cerrar para siempre su boca tosca y deforme. Lo único que se ha hecho hasta la fecha es desbrozar el camino. Siempre es menos fácil destruir que crear, y cuando lo que tenemos que destruir es la vulgaridad y la estupidez, la tarea de destrucción requiere además de valentía, desprecio. Sin embargo, creo que esto ha sido ya hecho en cierto modo. Hemos acabado con lo que era malo. Ahora hemos de hacer lo bello. Y a pesar de que la misión del movimiento estético sea enseñar a contemplar y no a crear, como el instinto creador es muy fuerte en el celta y el celta es el guía en arte, no existe ningún motivo para que en el futuro ese extraño renacimiento no pueda llegar a ser tan poderoso a su manera como lo fue aquel resurgimiento del arte que tuvo lugar, hace muchos siglos, en las ciudades de Italia. Es verdad que para cultivar el temperamento de dirigirnos a las artes decorativas, a las artes que conmueven y no a las que nos enseñan. Las pinturas modernas son, indudablemente, deliciosas de ver, al menos algunas; pero es imposible por completo vivir con ellas. Son demasiado hábiles, demasiado afirmativas e intelectuales. Su significación es demasiado transparente, y su maestría, demasiado precisa. Agotamos pronto lo que tienen que decir, y entonces nos hastían tanto como unos parientes a los que ves cada día. Me agrada extraordinariamente la obra de muchos pintores impresionistas de París y de Londres. Esa escuela sigue poseyendo sutileza y buen gusto. Algunas de sus combinaciones y armonías recuerdan la belleza sin igual de la inmortal Sinfonía en blanco mayor, de Gautier, esa perfecta obra maestra de brillante colorido y de música que ha sugerido tema y título a los mejores lienzos de esos pintores. Como gentes que admiten al incompetente con simpática complacencia y que confunden lo raro con lo bello y lo vulgar con lo auténtico, son perfectos. Sus aguafuertes tienen la brillantez del epigrama; sus pasteles son fascinadores como paradojas, y en cuanto a sus retratos, diga lo que quiera el vulgo, nadie negará que poseen ese encanto único y maravilloso, que sólo pertenece a las obras de pura ficción. Pero los impresionistas, por serios y laboriosos que sean, no sirven para nuestros fines. A mí me son directos. Su tonalidad blanca dominante, con sus variaciones lilas, hizo época en el color. Aunque el momento no haga al hombre, hace indudablemente al impresionista, y del momento en arte y de lo que Rossetti bautizó con la expresión de "monumento del momento", ¿qué podría decirse irás? También son sugestivos. Si no abrieron los ojos a los

ciegos, dieron al menos grandes alientos a los miopes y mientras sus maestros poseen toda la inexperiencia de la vejez, sus jóvenes representantes son demasiado sensatos para tener alguna vez buen sentido. Sin embargo, insisten en tratar el arte de la pintura como una forma de autobiografía para incultos, y no cesan de hablarnos, en sus lienzos ordinarios, de sus personas inútiles y de sus opiniones innecesarias, echando a perder, por un vulgar exceso de énfasis, ese bello desprecio a la Naturaleza, que es su mejor y más modesto mérito. Se cansa uno a la larga de la obra de individuos cuya individualidad es siempre ruidosa y que generalmente carece de interés. Hay mucho más que decir en favor de esa nueva escuela parisiense reciente, los arcaístas, como ellos se denominan, que, negándose a dejar al artista a merced de la temperatura, encuentran su ideal artístico, no en un simple efecto atmosférico, sino que buscan más bien la belleza imaginativa del dibujo y el encanto del color bello, y que desechando el tedioso realismo de los que no pintan sino lo que ven, intentan ver algo digno de ser visto, viéndolo, además, no sólo con la visión material, sino con la visión mayor en nobleza del alma, que es más exuberante en su intención artística. Estos, por lo menos, trabajan con esas condiciones decorativas que requiere cualquier arte para llegar a la perfección, y poseen el suficiente sentido de la estética para lamentar esas sórdidos y estúpidos límites que imponen el modernismo absoluto de la forma, y que han ocasionado la ruina de tantos impresionistas. Sin embargo, el arte puramente decorativo es éste con el que se vive. De nuestras artes visibles, es la única que crea en nosotros, a la vez, el estado de alma momentáneo y el carácter. El color simple, desprovisto de significado y libre de cualquier forma definida, habla de mil maneras al alma. La armonía que existe en las sutiles proporciones de líneas y se refleja en el espíritu. Las repeticiones de motivos nos dan reposo. Las maravillas del dibujo excitan nuestra imaginación. En la belleza de los materiales utilizados hay elementos latentes de cultura. Y esto no es todo. Al rechazar deliberadamente a la Naturaleza como ideal de belleza, así como al método imitativo de los pintores ordinarios, el arte decorativo no sólo prepara el alma para recibir las verdaderas obras imaginativas, sino que desarrolla en ella ese sentido de la forma que será la base de toda empresa creadora o crítica. Porque el verdadero artista es el que va, no del sentimiento a la forma, sino de la forma al pensamiento y a la pasión. No concibe primero una idea para decirse después a sí mismo: "Encajaré mi idea en una medida compleja de catorce líneas", sino que, conociendo la belleza esquemática del soneto, concibe ciertas modalidades musicales y ciertos métodos de rima, y la mera forma sugiere lo que ha de llenarla y hacerla completa, tanto intelectual como emotivamente. Cada cierto tiempo el mundo clama contra algún poeta encantador y artista, porque, según la frase estúpida y repetida, no tiene "nada que decir". Pero es que si tuviera algo que decir, lo diría probablemente, y el resultado sería atrozmente aburrido. Precisamente porque nada tiene que decir es por lo que puede hacer una obra bella. Se inspira en la forma y nada más que en la forma, como debe hacer todo artista. Una pasión real sería su ruina. Lo que sucede en realidad no sirve para el arte. Toda la mala poesía nace de sentimientos reales. El que es natural es transparente y, en consecuencia, nada artístico.

ERNEST.- ¿Cree realmente lo que está diciendo?

GILBERT.- No entiendo el porqué de esa pregunta. El cuerpo es el alma siempre, no sólo en el arte. En todas las esferas de la vida la forma es el principio de las cosas. Los movimientos rítmicos, tan armoniosos, de la danza, despiertan Platón lo afirma el ritmo y la armonía en el espíritu. "Las formas son el alimento de la fe", exclamó Newman en uno de esos grandes momentos de sinceridad que nos hacen admirar y conocer al hombre. Tenía razón, aunque no supiera cuán terriblemente la tenía. Los credos se aceptan, no porque sean razonables, sino porque los repite uno. Sí; la forma es todo. Es el secreto de la vida. Encuentre usted expresión a un dolor, y se le hará dilecto. Encuentre expresión a una alegría, y aumentará su éxtasis. ¿Quiere usted amar? Recite las letanías del amor, y las palabras crearán el ardiente deseo de donde se imagina el mundo que nace. ¿Tiene usted un pesar que le corroe el corazón? Húndase en el lenguaje del dolor, aprenda su elocuencia de labios del príncipe Hamlet y de la reina Constanza, y verá usted que la simple expresión es una manera de consolarse, y que la forma, origen de la pasión, es también la muerte del dolor. Y así, volviendo al ámbito artístico, es la forma la que crea no sólo el temperamento crítico, sino también el instinto estético, ese infalible instinto que nos revela todas las cosas en sus condiciones de belleza. Comience usted por el culto de la forma, y le serán revelados todos los secretos del arte, y recuerde que tanto para la crítica como para la creación, el temperamento lo es todo, y que las escuelas de arte deben agruparse no por la época que las produjo, sino por los temperamentos de sus dirigentes.

ERNEST.- Esta teoría suya sobre la educación es realmente adorable. Pero ¿cuál será la influencia de este crítico, educado en un ambiente tan fino y exquisito? ¿Cree realmente que hay artistas a quienes pueda afectar la crítica?

GILBERT.- La influencia del crítico reside en el mero hecho de existir. Significará el "arquetipo" perfecto. La cultura del siglo tendrá conciencia de sí misma en él. No tiene otra finalidad que la de su propia perfección. La inteligencia sólo pide, como se ha dicho muy bien, sentirse viva. El crítico, ciertamente, puede sentir deseo de imponerse; pero si es así, no tratará al individuo, sino a la época, a la que intentará despertar a la conciencia, conmoviéndola, creando nuevos deseos y ansias y prestándole su amplia visión y sus estados de alma más nobles. El arte de nuestros días lo interesará menos que el arte de mañana y mucho menos que el de ayer; y en cuanto a esos que, en este momento, se agotan en la tarea, ¿qué nos importa lo que hagan? Lo hacen lo mejor que pueden, sin duda, y, por consiguiente, nos dan lo peor de ellos. Las peores obras están hechas siempre con las mejores intenciones. Y, además, mi querido amigo, cuando un hombre llega a los cuarenta, ingresa en la Academia o es elegido miembro del Atheneum Club o se le consagra novelista popular, cuyos libros son muy solicitados en las estaciones del extrarradio, se puede uno permitir el lujo de divertirse, ridiculizándolo, pero no el de reformarlo. Lo cual es, me atrevo a decirlo, muy afortunado para él, pues, a mi juicio, es indudable que la reforma es mucho más penosa que el castigo, e incluso que es un castigo en su forma más agravada y moral, lo que explicaría nuestro completo fracaso al intentar, como sociedad, reformar a ese peculiar e insólito fenómeno llamado el criminal reincidente.

ERNEST.- Pero ¿no dijiste que el mejor juez en poesía es el poeta, y en pintura el pintor? Cada arte debe antes que nada dirigirse al artista que lo cultiva. Con toda seguridad, su juicio será insuperable por ningún otro.

GILBERT.- Cualquier forma de arte se dirige únicamente al temperamento artístico y no al especialista. Pretende, de forma justificada, ser universal y "uno", en cualquiera de sus manifestaciones. Desde luego que un artista está lejos incluso de ser el mejor juez en arte; un artista verdaderamente grande no puede nunca juzgar las obras de los demás y apenas si puede juzgar las suyas. Esta concentración misma de visión que hace ser artista a un hombre limita en él, con su extraordinaria intensidad, su facultad de fina apreciación. La energía creadora lo precipita ciegamente hacia su finalidad personal. Las ruedas de su carro levantan a su alrededor una nube de polvo. Los dioses se esconden los unos de los otros. Tan sólo pueden reconocer a sus fieles.

ERNEST.- ¿Y usted afirma que un gran artista es incapaz de reconocer la belleza de una obra que no sea suya?

GILBERT.- Sí, totalmente. Wordsworth no vio en Endimión más que una linda obrita pagana, y Shelley, con su aversión a la realidad, fue sordo al mensaje de Wordsworth, cuya forma lo repelía, y Byron, gran apasionado, humano e incompleto, no pudo apreciar ni al poeta de las nubes, tampoco al poeta del lago, ni al maravilloso Keats. Sófocles aborrecía el realismo de Eurípides: esas cataratas de lágrimas abrasadoras carecían de música para él. Milton, con su sentido gran estilo, no pudo comprender la manera de Shakespeare, como tampoco sir Joshua la de Gainsborough. Los malos artistas se admiran mutuamente. Llamen a esto grandeza de espíritu y carencia de prejuicios. Pero un artista verdaderamente grande no puede concebir la vida revelada o la belleza modelada en condiciones distintas de las escogidas por él. La creación emplea toda su facultad crítica en su propia esfera y no puede utilizarla en la esfera de los demás. Precisamente porque un hombre no puede crear una cosa es por lo que se convierte en un juez perfecto para criticarla.

ERNEST.- ¿Y lo cree de verdad?

GILBERT.- Por supuesto que sí. La creación limita la visión, mientras que la contemplación la amplía.

ERNEST.- Pero ¿qué sucede con la técnica? ¿Cada arte en particular tiene realmente su técnica?

GILBERT.- Claro que sí, cada arte posee su gramática y sus propios materiales. No existe ningún misterio en una ni en otros, y los ineptos pueden siempre ser correctos. Pero en tanto que las leyes sobre las que se basa el arte son fijas y ciertas, deben, para realizarse plenamente, ser elevadas por la imaginación a un grado de belleza tal que parezca, cada una de ellas, excepcional. La técnica es, realmente, la personalidad. Por eso el artista no puede enseñarla ni el discípulo adquirirla y por eso el crítico esteta puede llegar a comprenderla. Para el gran poeta no hay más que un método musical: el suyo. Para el gran pintor no hay más que una manera de pintar: la suya. El

crítico de arte es el único que puede apreciar todas las formas y todos los métodos. A él es a quien el arte se dirige.

ERNEST.- Me parece que no me quedan más dudas sobre esta cuestión. Ahora debo admitir...

GILBERT.- ¡Ah! No me diga que está de acuerdo conmigo. Cuando alguien me dice que está de acuerdo con mis opiniones, sospecho que estoy equivocado.

ERNEST.- Si es así, no le diré si pienso o no como usted. Pero le preguntaré algo más. Me ha dicho que la crítica es un arte creador. Pero su futuro, ¿cuál es?

GILBERT.- El futuro pertenece a la crítica. Los temas de que dispone la creación son cada vez más limitados en extensión y en variedad. La Providencia y mister Walter Besant han agotado los más sencillos. Si el arte creador debe durar, sólo puede conseguirlo a fuerza de ser mucho más "crítico" que lo es actualmente. Las antiguas carreteras y las grandes calzadas polvorientas han sido demasiado holladas. El continuo pisar de los viandantes ha ido haciendo desaparecer todo su encanto y han perdido ese elemento de novedad o de sorpresa tan esencial a la novela. Para conmovernos ahora con la ficción, habría que darnos un fondo absolutamente nuevo o revelarnos el alma del hombre hasta en sus engranajes más secretos. Rudyard Kipling cumple la primera de esas condiciones. Cuando se recorren las páginas de sus Cuentos sencillos de las colinas uno se imagina sentado bajo una palmera, estudiando la vida revelada en magníficos relámpagos de vulgaridad. Los brillantes colores de los bazares deslumbran nuestros ojos. Los anémicos y mediocres angloindios están en desacuerdo exquisito con el ambiente que los rodea. E incluso la falta de estilo del cuentista presta a lo que nos relata un singular realismo periodístico. Desde el punto de vista literario-Kipling es un genio que deja caer sus letras aspiradas. Desde el punto de vista de la vida, es un reportero que conoce la vulgaridad mejor que nadie. Dickens conocía su ropaje y su gravedad. Es nuestra primera autoridad sobre todo lo que es de segundo orden; ha entrevistado cosas maravillosas por el agujero de la cerradura y sus perspectivas de fondo son verdaderas obras de arte. En cuanto a la segunda condición, hemos tenido a Browning y a Meredith. Pero queda todavía mucho por hacer en la esfera del análisis interno. La gente dice a veces que la ficción se torna demasiado mórbida. Cuanto más se estudia la psicología más se piensa que, por lo contrario, no será nunca lo bastante mórbida. No hemos hecho más que rozar la superficie del alma, y esto es todo. Una sola célula marfileña del cerebro contiene cosas más terribles y más estupendas que las que han podido soñar los que, como el autor de El rojo y el negro, han intentado penetrar en los repliegues más íntimos del alma y hacer confesar a la vida sus pecados más directos. Sin embargo, el número de "fondos" inéditos es limitado y es posible que un mayor desarrollo del análisis interno fuera fatal para esa facultad creadora a la que el referido análisis intenta suministrar nuevos materiales. Me inclino a creer que la creación está condenada. Nace de un impulso demasiado primitivo, demasiado natural. En todo caso, lo cierto es que los temas de que dispone están en constante disminución, mientras que

los de la crítica aumentan en cantidad continuamente. Hay siempre nuevas aptitudes y nuevos puntos de vista para el espíritu. El deber de dar forma al caos no cesa de aumentar, porque el mundo avanza. En ninguna época fue tan necesaria la crítica como en nuestros días. Por ella solamente puede la Humanidad sentirse consciente del punto a que ha llegado. Hace unas horas me preguntaba usted, querido Ernest, cuál es la utilidad de la crítica. Era como si me preguntase qué utilidad tiene el pensamiento. Es la crítica, como demostró Arnold, la que crea la atmósfera intelectual del mundo en todas las épocas. Es la crítica, como espero demostrarlo yo mismo algún día, la que hace del espíritu un instrumento afinado. Con nuestro sistema educativo recargamos la memoria con un montón de hechos inconexos, esforzándonos laboriosamente en transmitir nuestra ciencia laboriosamente adquirida. Enseñamos a la gente a recordar y no la enseñamos nunca a desarrollarse. No nos ha sucedido nunca poner a prueba y hacer creer en el espíritu una cualidad más sutil de percepción y de discernimiento. Los griegos lo hicieron, y cuando entramos en contacto con su espíritu crítico, nos vemos obligados a reconocer que si los temas tratados por nosotros son en todos los aspectos más amplios y más variados que los suyos, su método es el único que puede servirnos para la interpretación de esos temas. Inglaterra hizo una cosa: inventó y estableció la Opinión Pública, lo cual era un ensayo para organizar la ignorancia de la sociedad, elevándola a la dignidad de fuerza física. Pero la Sabiduría sigue estando oculta para ella. Como instrumento de pensamiento, el espíritu inglés es tosco y limitado, únicamente el progreso del instinto crítico puede purificarlo. Y es asimismo la crítica la que hace posible, por concentración, la cultura intelectual. Coge el montón entorpecedor de obras creadoras y lo destila en una esencia más delicada. ¿Quién, dotado de cierto sentido de la forma, podría moverse entre tantos libros monstruosamente innumerables como ha producido el mundo y en los que el pensamiento balbuce y la ignorancia vocifera? El hilo que debe guiarnos por ese fastidioso laberinto está en manos de la crítica. Es más: allí donde no existen archivos, donde la historia se perdió o no fue nunca escrita, la crítica puede construir de nuevo el pasado para nosotros con ayuda del más pequeño fragmento de lenguaje o de arte, con la misma seguridad con que el hombre de ciencia puede, por medio de un hueso minúsculo o gracias a la sola huella de un pie sobre una roca, crear de nuevo para nosotros el dragón alado o el lagarto Titán, cuyo paso hizo retemblar la tierra antaño, y salir de su caverna a Behemoth y hacer nadar otra vez a Leviatán por el mar aterrizado. La prehistoria pertenece al crítico filósofo y arqueólogo. A él le son revelados los orígenes de las cosas. Los depósitos conscientes de una época inducen a error casi siempre. Gracias a la crítica filológica, conocemos mejor los siglos de los que no se conserva más documento que aquellos que nos dejaron sus rollos de pergamino. Puede ella hacer por nosotros lo que no pueden las ciencias físicas y metafísicas. Puede darnos la ciencia exacta del espíritu en el curso de su desarrollo, y hacer por nosotros más que la historia. Puede decirnos lo que pensó el hombre antes de saber escribir. Me ha preguntado usted qué influencia tenía la crítica. Creo haberle contestado ya, pero queda esto por decir. Ella es la que nos hace cosmopolitas. La escuela de Manchester intentó hacer realizar a los hombres la fraternidad humana mostrándoles las ventajas comerciales de la paz. Ha intentado envilecer este mundo maravilloso convirtiéndolo en un vulgar mercado para el comprador y el vendedor. Se ha dirigido a los más bajos instintos y ha fracasado en absoluto.

Se han sucedido las guerras y el credo del comerciante no ha impedido ni impedirá que Francia y Alemania hayan chocado y choquen en sangrientas batallas. Otros intentan actualmente recurrir a las puras simpatías emotivas o a los dogmas superficiales de algún vago sistema de ética abstracta. Tienen sus Sociedades de la Paz, tan queridas por los sentimentales, y sus proposiciones de un Arbitraje internacional desarmado, tan popular entre los que no han leído nunca la Historia. Pero la simpatía emotiva pura fracasará siempre. Es demasiado variable y está demasiado unida a las pasiones. Y un consejo arbitral, que en servicio del bienestar general de la raza no pueda detentar el poder para ejecutar sus decisiones, sería completamente inútil. No hay más que una cosa peor que la Injusticia, y es la justicia sin su espada en la mano. Cuando el Derecho no es la Fuerza, entonces es el Mal. No son las emociones ni la codicia las que llegarán a hacernos cosmopolitas; sólo llegaremos a ser superiores a los prejuicios raciales cultivando el hábito de la crítica intelectual. Goethe no interprete usted mal lo que digo fue un alemán muy especial. Amó a su país como nadie. Quería a sus conciudadanos y era su guía. Y, sin embargo, cuando la férrea planta de Napoleón pisoteó los viñedos y los campos de trigo, sus labios permanecieron silenciosos. "¿Cómo pueden escribirse cantos de odio sin odiar?", decía él a Eckermann, "y ¿cómo podría yo odiar a una de las naciones más cultas de la Tierra a la que debo una parte tan grande de mi cultura?" Esta nota que Goethe fue el primero en hacer resonar en el mundo será el punto de partida, espero yo, del internacionalismo futuro. La Crítica aniquilará los prejuicios raciales, insistiendo sobre la unidad del espíritu humano en la variedad de sus formas. Cuando sintamos la tentación de guerrear con otra nación nos recordaremos que eso significaría querer destruir un elemento de nuestra propia cultura, quizá el principal. Mientras se considere la guerra como nefasta, conservará su fascinación. Cuando se la juzgue vulgar, cesará su popularidad. El cambio, desde luego, será lento y las gentes no se darán cuenta de él. No dirán: "No haremos la guerra a Francia porque su prosa es perfecta", sino porque la prosa francesa es perfecta no odiarán a Francia. La crítica intelectual unirá a Europa con lazos más fuertes que los que pudieran forjar el tendero o el sentimental. Nos aportará la paz que nace de la comprensión. Y es más, la crítica no reconoce ningún principio definitivo y se niega incluso a encadenarse a los fútiles sibboleths de cualquier secta escuela; es la crítica la que crea ese carácter filosófico sereno, que, amante de la verdad por ella misma, ama menos por saberla inalcanzable. ¡Qué raro es un carácter así entre nosotros y cuánta falta nos hace! El espíritu inglés está siempre furioso. El intelecto de la raza se malgasta en disputas sórdidas y estúpidas o políticos de segunda o entre teólogos de tercera fila. Estaba reservado a un hombre de ciencia enseñarnos el ejemplo supremo de esa dulce moderación de que habló Arnold tan sabiamente, y ¡ay!, con tan escaso resultado. El autor del Origen de las especies tenía un espíritu filosófico. Viendo las cátedras y las tribunas corrientes de Inglaterra, no puede uno dejar de sentir el desprecio de Juliano al Apóstata o la indiferencia de Montaigne. Estamos dominados por el fanático, cuyo mayor defecto es ser sincero. Todo cuanto concierne al libre ejercicio del espíritu se desconoce entre nosotros. Las gentes claman contra el pecador, cuando no es el pecador, sino el estúpido, el representante de nuestra vergüenza. No hay pecado más grave que el de la tontería.

ERNEST.- ¡Cómo se contradice usted!

GILBERT.- El crítico y a la vez artista, como el místico, es siempre un ser contradictorio. Ser bueno conforme al patrón vulgar de bondad es muy fácil. Basta para ello con cierta cantidad de cobardía sórdida, cierta falta de imaginación y cierta pasión vil por la respetabilidad de la clase media. La Estética es más sublime que la Política, pertenece a una esfera más espiritual. En realidad, la Estética y la Ética son la misma cosa, en la esfera de la civilización consciente, lo que es, en la esfera del mundo exterior, la selección sexual a la selección natural. La Ética, lo mismo que la selección natural hace posible la existencia. La Estética, igual que la selección sexual, hace la vida seductora y maravillosa, la llena de formas nuevas de progreso, de variedad y renovación. Y cuando alcanzamos la verdadera cultura que es nuestra finalidad, alcanzamos esa perfección con que soñaban los santos, la perfección de aquellos a quienes es imposible pecar no por las renunciaciones del asceta, sino porque pueden hacer todo cuanto desean sin herir el alma ya que no pueden querer nada que la dañe. Porque el alma, esa entidad divina, puede transformar en elementos de una más amplia experiencia, o de un nuevo modo de pensamientos, actos o pasiones que serían vulgares en la gente vulgar, innobles en la gente sin educación, o viles en la gente sin pudor. ¿Es peligroso esto? ¡Sí! Todas las ideas lo son, como le he dicho. Pero la noche se consume y la luz vacila en la lámpara. No puedo, sin embargo, dejar de decir algo todavía. Ha acusado usted a la crítica de ser estéril. El siglo diecinueve es un recodo de la Historia, sencillamente a causa de la obra de dos hombres: Darwin y Renán, crítico de la Naturaleza el uno, y crítico de los Libros de Dios el otro. Desconocerlos sería no comprender la significación de una de las eras más importantes en la marcha del mundo. La Creación va siempre por detrás de la época. En realidad nuestra guía es la Crítica. El Espíritu de la Crítica y el Espíritu Universal forman las dos partes de un todo.

ERNEST.- Entonces, el que posee ese espíritu o está poseído por él, no hará nada...

GILBERT.- Es igual que la Perséfone evocada en el relato de Landor, dulce y pensativa, cuyos blancos pies están rodeados de asfódelos y de amarantos en flor, permanecerá, satisfecho, "en esa inmovilidad profunda y relajadora, que los mortales subestiman y sólo gozan los dioses". Paseará su mirada, contemplando intensamente el inundo hasta llegar a conocer su secreto. El contacto con lo divino lo divinizará. Y así tan sólo él alcanzará un modo de vivir perfecto.

ERNEST.- Usted ha hablado esta noche de cosas muy extrañas, querido Gilbert. Me ha dicho usted que es más difícil hablar de una cosa que hacerla, y que no hacer absolutamente nada es lo más difícil que hay en el mundo; me ha dicho usted que todo arte es inmoral todo pensamiento peligroso; que la crítica es más creadora que la creación misma, y que la crítica más sublime la que revela en la obra de arte lo que el artista no ha puesto en ella; que precisamente porque un hombre no puede hacer una cosa es por lo que es el juez perfecto para ella; y que el verdadero crítico es parcial, falto de sinceridad

e ilógico en muchas ocasiones. Amigo mío, creo que usted es un auténtico soñador.

GILBERT.- Sí, lo admito. Soy un soñador. Porque sólo el que sueña puede hallar su camino bajo la luz de la luna y, como castigo, ve la aurora antes que el resto de los mortales.

ERNEST.- ¿Como castigo?

GILBERT.- Sí, y también como recompensa. Pero mire; ya despunta un nuevo día. Abra la ventana de par en par. ¡Qué fresco es el aire de Piccadilly! La ciudad se extiende a nuestros pies como una cinta plateada. Una ligera niebla rojiza flota por encima del Parque y rojizas son las sombras que distorsionan la visión de las casas blancas. Es demasiado tarde para irse a dormir. Bajemos hasta Covent-Garden para ver de cerca las rosas. ¡Vamos! Su mente necesita descansar un rato.

LA IMPORTANCIA DE SER
FORMAL

OSCAR WILDE

A Roberto Baldwin Ross, con estimación y afecto.

PERSONAJES DE LA COMEDIA

Juan Worthing, J. P.

Algernon Moncrieff.

El Reverendo Canónigo Casulla, D. D.

Merriman, mayordomo.

Lane, criado.

Lady Bracknell.

La Honorable Gundelinda Fairfax.

Cecilia Cardew.

Miss Prism, institutriz.

DECORACIONES DE LA COMEDIA

Acto primero: Saloncito íntimo en el pisito de Algernon Moncrieff, en Half-Moon Street (Londres W.)

Acto segundo: El jardín de la residencia solariega, en Woolton.

Acto tercero: Gabinete en la residencia solariega, en Woolton.

Época: La actual.

Acto Primero**Decoración**

Saloncito íntimo en el piso de Algernon, en Half-Moon-Street. La habitación está lujosa y artísticamente amueblado. Óyese un piano en el cuarto contiguo. Lane está preparando sobre la mesa el servicio para el té de la tarde, y después que cesa la música entra Algernon.

ALGERNON. -¿Ha oído usted lo que estaba tocando, Lane?

LANE. -No creí que fuese de buena educación escuchar, señor.

ALGERNON. -Lo siento por usted, entonces. No toco correctamente -todo el mundo puede tocar correctamente-, pero toco con una expresión admirable. En lo que al piano se refiere, el sentimiento es mi fuerte. Guardo la ciencia para la Vida.

LANE. -Sí, señor.

ALGERNON. -Y, hablando de la ciencia de la Vida, ¿ha hecho usted cortar los sandwiches de pepino para lady Bracknell?

LANE. -Sí, señor. *(Los presenta sobre una bandeja)*

ALGERNON. *(Los examina, coge dos y se sienta en el sofá)*-¡Oh!... Y a propósito, Lane: he visto en su libro de cuentas que el jueves por la noche, cuando lord Shoreman y mister Worthing cenaron conmigo, anotó usted ocho botellas de champagne de consumo.

LANE. -Sí, señor; ocho botellas y cuarto.

ALGERNON. -¿Por qué será que en una casa de soltero son, invariablemente, los criados los que se beben el champagne? Lo pregunto simplemente a título de información.

LANE. -Yo lo atribuyo a la calidad superior del vino, señor. He observado con frecuencia que en las casas de los hombres casados rara vez es de primer orden el champagne.

ALGERNON. -¡Dios mío! ¿Tan desmoralizador es el matrimonio?

LANE. -Yo creo que es un estado muy agradable, señor. Tengo de él poquísima experiencia, hasta ahora. No he estado casado, más que una vez. Fue a causa de una mala inteligencia entre una muchacha y Yo.

ALGERNON. *(Lánguidamente)*-No sé si me interesa mucho su vida familiar, Lane.

LANE. -No, señor; no es un tema muy interesante. Yo nunca pienso en ella.

ALGERNON. -Es naturalísimo y no lo dudo. Nada más, Lane; gracias.

LANE. -Gracias, señor (*Sale Lane*)

ALGERNON. -¡Las ideas de Lane sobre el matrimonio parecen algo relajadas. Realmente, si las clases inferiores no dan buen ejemplo, ¿para qué sirven en este mundo? Como clases, parece que no tienen en absoluto sentido de responsabilidad moral. (*Entra Lane*)

LANE. -Míster Ernesto Worthing. (*Entra Jack. Sale Lane*)

ALGERNON. -¿Cómo estás, mi querido Ernesto? ¿Qué te trae a la ciudad?

JACK. -¡Oh, la diversión, la diversión! ¿Qué otra cosa trae a la gente? ¡Ya te veo comiendo como de costumbre, Algy!

ALGERNON. (*Severamente*)-Creo que es costumbre en la buena sociedad tomar un ligero refrigerio a las cinco. ¿Dónde has estado desde el jueves pasado?

JACK. (*Sentándose en el sofá.*)-En el campo.

ALGERNON. -¿Y qué haces enterrado allí?

JACK. (*Quitándose los guantes*)-Cuando está uno en la ciudad, se divierte uno solo. Cuando está uno en el campo, divierte a los demás. Lo cual es extraordinariamente aburrido.

ALGERNON. -¿Y quiénes son esas gentes a las que diviertes?

JACK. (*Con tono ligero*)-¡Oh! Vecinos, vecinos.

ALGERNON. -¿Has encontrado vecinos agradables en tu tierra del Shropshire?

JACK. -¡Perfectamente molestos! No hablo nunca con ninguno de ellos.

ALGERNON. -¡De qué modo más enorme debes divertirles! (*Se levanta y coge un «sandwich»*) A propósito, ¿el Shropshire es tu tierra, verdad?

JACK. -¿Eh? ¿El Shropshire? Sí, claro, es. ¡Hola! ¿Por qué todas esas tazas? ¿Por qué esos sandwiches de pepino? ¿Por qué ese loco derroche en un hombre tan joven? ¿Quién va a venir a tomar el té?

ALGERNON. -¡Oh! Solamente mi tía Augusta y Gundelinda.

JACK. -¡Qué encanto! ¡Perfectamente!

ALGERNON. -Sí, está muy bien; pero temo que a tía Augusta no le agrade mucho que estés aquí.

JACK. -¿Puedo preguntar por qué?

ALGERNON. -Chico, tu manera de flirtear con Gundelinda es perfectamente ignominiosa. Es casi tan inicua como la manera de flirtear Gundelinda contigo.

JACK. -Estoy enamorado de Gundelinda. He venido a Londres expresamente para declararme a ella.

ALGERNON. -Yo creí que habías venido a divertirme... A esto lo llamo yo venir a negocios.

JACK. -¡Qué poco romántico eres!

ALGERNON. -Realmente, no veo nada romántico en una declaración. Es muy romántico estar enamorado. Pero no hay nada romántico en una declaración definitiva. ¡Toma! Como que pueden decirle a un que sí. Yo creo que así sucede, generalmente. Y entonces, ¡se acabó todo apasionamiento! La verdadera esencia del romanticismo es la incertidumbre. Si alguna vez me caso, haré todo lo posible por olvidar el suceso.

JACK. -Eso no lo dudo, mi querido Algy. El Tribunal de Divorcio fue inventado especialmente para la gente que tiene la memoria, tan extraordinariamente constituida.

ALGERNON. -¡Oh, es inútil hacer reflexiones sobre este tema! Los divorcios se elaboran en el cielo... (*Jack alarga la mano para coger un «sandwich».* *Algernon se interpone en el acto*) Hazme el favor de no tocar los sandwiches de pepino. Están preparados especialmente para tía Augusta. (*Coge uno y se lo come*)

JACK. -¡Bueno, pues tú te los comes todo el tiempo!

ALGERNON. -Eso es completamente distinto. Es mi tía. (*Coge el plato de debajo*) Ten un poco de pan con manteca. El pan con manteca es para Gundelinda. Gundelinda está destinada al pan con manteca.

JACK. (*Aproximándose a la mesa y sirviéndose él mismo*)-Y este pan y esta manteca son igualmente buenos.

ALGERNON. -Bien, mi querido amigo; pero no es necesario que comas así como si fueras a engullírtelo todo. Te conduces como si estuvieras casado ya con ella. No lo estás aún, ni creo que lo estés jamás.

JACK. -¿Por qué dices eso?

ALGERNON. -Pues bien: en primer lugar, las muchachas no se casan nunca con los hombres con quienes flirtean. No lo consideran decente.

JACK. -¡Oh, qué tontería!

ALGERNON. -No lo es. Es una gran verdad. Eso explica el número extraordinario de solteros que se ven por todas partes. En segundo lugar, yo no doy mi consentimiento.

JACK. -¡Tu consentimiento!

ALGERNON. -Mi querido amigo, Gundelinda es prima hermana mía. Y antes de permitir que te cases con ella tendrás que aclararme por completo la cuestión de Cecilia. (*Toca el timbre*)

JACK. -¡Cecilia! ¿Qué quieres decir? ¿Qué quiere decir eso de Cecilia, Algy? No conozco a nadie que se llame Cecilia. (*Entra Lane*)

ALGERNON. -Traiga la pitillera que se dejó mister Worthing en el salón de fumar la última vez que cenó aquí.

LANE. -Bien, señor. (*Sale Lane*)

JACK. -¿Eso quiere decir que te has guardado todo ese tiempo mi pitillera? Podías haber tenido la bondad de comunicármelo. He estado escribiendo furiosas cartas a Scotland Yard sobre esto. Estaba a punto de ofrecer una espléndida gratificación.

ALGERNON. -Muy bien; te ruego que la ofrezcas. Casualmente, estoy más a la cuarta pregunta que de costumbre.

JACK. -No hay que ofrecer ya una espléndida gratificación, puesto que se ha encontrado la cosa.

(*Entra Lane con la pitillera sobre una bandeja. Algernon la coge inmediatamente. Sale Lane*)

ALGERNON. -Me veo precisado a decirte que me parece eso un poco roñoso en ti, Ernesto. (*Abre la pitillera y la examina*) Sin embargo, no importa, porque ahora que veo la inscripción de la parte de dentro descubro que el objeto no es tuyo, después de todo.

JACK. -Claro que es mío. (*Dirigiéndose hacia él*) Me lo has visto cien veces y no tienes ningún derecho a leer lo que hay escrito dentro. Es una cosa indigna de un caballero leer una pitillera particular.

ALGERNON. -¡Oh! Es absurdo tener una regla rigurosa e invariable sobre lo que debe y no debe leerse. Más de la mitad de la cultura moderna depende de lo que no debería leerse.

JACK. -Es un hecho del que estoy perfectamente enterado, y no me propongo discutir sobre la cultura moderna. No es un tema para hablar en privado. Yo necesito simplemente recuperar mi pitillera.

ALGERNON. -Sí; pero esta pitillera no es tuya. Esta pitillera es un regalo de alguien que se llama Cecilia, y tú has dicho que no conocías a nadie de ese nombre.

JACK. -Bueno, ya que insistes en saberlo: ocurre que Cecilia es mi tía.

ALGERNON. -¡Tu tía!

JACK. -Sí. Y además, una señora vieja encantadora. Vive en Tunbridge Wells. Y ahora devuélveme eso, Algy.

ALGERNON. -(*Refugiándose detrás del sofá*)¿Pero por qué se llama a sí misma «la pequeña Cecilia», si es tía tuya y si vive en Tunbridge Wells? (*Leyendo*) «De parte de la pequeña Cecilia, con su más tierno amor».

JACK. (*Dirigiéndose hacia el sofá y arrodillándose sobre él*)-Chico, ¿qué misterio hay en eso? Unas tías son altas y otras no lo son. Es ésta una cuestión sobre la cual debe estarle permitido a una tía decidir por sí misma. ¡Tú crees que todos las tías deben ser exactamente iguales a la tuya! ¡Eso es absurdo! ¡Por amor de Dios, devuélveme mi pitillera! (*Persigue a Algernon alrededor de la estancia*)

ALGERNON. -Sí. Pero, ¿por qué tu tía te llama tío suyo? «De parte de la pequeña Cecilia, con su más tierno amor, a su querido tío Jack». No hay nada censurable, lo reconozco, en que una tía sea pequeña; pero que una tía, sea cual fuere su tamaño, llame tío a su propio sobrino, es lo que no puedo comprender. Además, tú no te llamas Juan, en absoluto; te llamas Ernesto.

JACK. -No, no me llamo Ernesto; me llamo Juan.

ALGERNON. -Tú siempre me has dicho que eras Ernesto: Yo te he presentado a todo el mundo como Ernesto. Tú respondes al nombre de Ernesto. Tienes aspecto de llamarte Ernesto. Eres la persona de aspecto más formal que he visto en mi vida. Es perfectamente absurdo decir que no te llamas Ernesto. Está en tus tarjetas. Aquí hay una. (*Saca una de su cartera*) «Míster Ernesto Worthing, B. 4, Albany.» La conservaré como prueba de que tu nombre es Ernesto, si alguna vez intentas negármelo a mí, a Gundelinda o a cualquier otro. (*Se guarda la tarjeta en el bolsillo*)

JACK. -Pues bien, sea; me llamo Ernesto en la ciudad y Jack en el campo, y la pitillera me la dieron en el campo.

ALGERNON. -Sí; pero eso no explica por qué tu pequeña tía Cecilia, que vive en Tunbridge Wells, te llama su querido tío. Vamos, chico; harías mucho mejor en soltar la cosa de una vez.

JACK. -Mi querido Algy, hablas exactamente igual que un sacamuelas, y es muy vulgar hablar lo mismo que un sacamuelas cuando no lo es uno. Hace mala impresión.

ALGERNON. -Claro; eso es; precisamente, lo que hacen siempre los sacamuelas. ¡Vaya, continúa! Cuéntamelo todo. Te advierto que siempre he sospechado que eras un consumado y secreto Bunburysta, y ahora estoy completamente seguro.

JACK. -¿Bunburysta? ¿Qué diablos quieres decir con eso de Bunburysta?

ALGERNON. -Te revelaré el significado de esa expresión incomparable, en cuanto tengas la suficiente bondad para informarme de por qué eres Ernesto en la ciudad y Jack en el campo.

JACK. -Bueno; pero dame mi pitillera primero.

ALGERNON. -Aquí está. (*Le entrega la pitillera*) Ahora formula tu explicación, y te ruego que la hagas inverosímil. (*Se sienta en el sofá*)

JACK. -Mi querido amigo, no hay absolutamente nada inverosímil en mi explicación. En realidad, es perfectamente vulgar. El viejo místico Thomas Cardew, que me prohijó cuando era yo niño, me nombró en su testamento tutor de su nieta, miss Cecilia Cardew. Cecilia me llama tío por motivos de respeto que tú serías incapaz de apreciar; vive en mi casa en el campo, al cuidado de su admirable institutriz, miss Prism.

ALGERNON. -A propósito, ¿dónde está ese sitio en el campo?

JACK. -Eso no te importa, querido. No vamos a invitarte... Lo que puedo decirte con franqueza es que ese sitio no está en el Shropshire.

ALGERNON. -¡Ya me lo suponía, amigo, mío! He Bunburystado todo el Shropshire en dos ocasiones distintas. Ahora, sigue. ¿Por qué eres Ernesto en la ciudad y Jack en el campo?

JACK. -Mi querido Algy, no sé si serás capaz de comprender mis verdaderos motivos. No eres lo suficientemente serio. Cuando se desempeñan las funciones de tutor, tiene uno que adoptar una actitud moral elevadísima en todas las cuestiones. Es un deber hacerlo. Y como una actitud moral elevada es realmente muy poco ventajosa para la salud y la felicidad, a fin de poder venir a Londres, he simulado siempre que tenía un hermano menor llamado Ernesto, que vive en Albany, y que se mete en los más horribles berenjenales. Esta es, mi querido Algy, toda la verdad, pura y sencilla.

ALGERNON. -La verdad, es rara vez pura y nunca sencilla ¡La vida moderna sería aburridísima si la verdad fuera una u otra cosa, y la literatura moderna completamente imposible!

JACK. -No estaría del todo mal.

ALGERNON. -La crítica literaria no es tu fuerte, chico. No intentes hacerla. Debes dejarla a los que no han estado en la Universidad. ¡La hacen tan bien en los periódicos! Tú eres realmente un Bunburysta. Tenía yo razón en absoluto al

decir que eras un Bunburysta. Eres uno de los Bunburystas más adelantados que conozco.

JACK. -¿Qué demonios quieres decir?

ALGERNON. -Tú has inventado un hermano menor utilísimo, llamado Ernesto, a fin de poder venir a Londres cuantas veces quieres. Yo he inventado un inestimable enfermo crónico, llamado Bunbury, a fin de poder marcharme al campo cuando me parece. Bunbury es enteramente inestimable. Sin la mala salud extraordinaria de Bunbury, no me sería posible, por ejemplo, cenar contigo esta noche en Willis, pues estoy comprometido con tía Augusta hace más de una semana.

JACK. -Yo no te he invitado a cenar conmigo en ninguna parte esta noche.

ALGERNON. -Ya lo sé. Eres de una dejadez absurda cuando se trata de enviar invitaciones. Es una tontería por tu parte. Nada irrita tanto a la gente como no recibir invitaciones.

JACK. -Harías mucho mejor en cenar con tu tía Augusta.

ALGERNON. -No tengo la menor intención de hacer semejante cosa. Primeramente, he cenado con ella el lunes, y cenar con parientes una vez a la semana es muy suficiente. En segundo lugar, siempre que ceno allí, me tratan como a un miembro de la familia y me obligan a marcharme solo o con dos invitadas. En tercer lugar, sé perfectamente al lado de quién me colocaría esta noche. Me colocaría al lado de Mary Farquhar, que flirtea siempre con su marido de un extremo a otro de la mesa. Y esto no es muy agradable. En realidad, no es ni siquiera decente... Y es una costumbre que toma un incremento enorme. Es completamente escandaloso el número de señoras en Londres que flirtean con sus maridos. ¡Hace tan mal efecto! Es, sencillamente, como lavar en público la ropa limpia. Además, ahora que sé que eres un Bunburysta consumado, deseo, como es natural, hablarte del Bunburysmo. Quiero revelarte sus reglas.

JACK. -Yo no soy Bunburysta en absoluto. Si Gundelinda me dice que sí, mataré realmente a mi hermano. Le mataré de todas maneras. Cecilia se interesa un poco demasiado por él. Es más bien una lata. Así es que voy a deshacerme de Ernesto. Y te aconsejo vivamente que hagas lo mismo con míster..., con ese amigo tuyo enfermo que tiene un nombre tan absurdo.

ALGERNON. -Nada me moverá a deshacerme de Bunbury, y si te casas alguna vez, lo cual me parece extraordinariamente problemático, te alegrarás mucho de conocer a Bunbury. Un hombre que, se casa sin conocer a Bunbury se encontrará siempre aburridísimo.

JACK. -Eso es una tontería. Si me caso con una muchacha tan encantadora como Gundelinda -y es la única muchacha que he visto en mi vida con la que querría casarme-, te garantizo que no tendré necesidad de conocer a Bunbury.

ALGERNON. -Entonces querrá conocerle tu mujer. Pareces no darte cuenta de que en la vida conyugal tres son una compañía y dos no.

JACK. (*Sentenciosamente*)-Mi querido y joven amigo, esa es la teoría que el corruptor teatro francés ha venido propagando durante estos cincuenta últimos años.

ALGERNON. -Sí; y eso es lo que el venturoso hogar inglés ha demostrado en la mitad de ese tiempo.

JACK. -¡Por amor de Dios! No intentes ser cínico. Es facilísimo serlo.

ALGERNON. -Hoy día, mi querido amigo, no hay nada fácil. Existe una competencia estúpida para todo. (*Se oye sonar un timbre eléctrico*) ¡Ah! Esa debe de ser tía Augusta. Únicamente los parientes o los acreedores llaman de esa manera wagneriana. Vamos, si logro entretenerla durante diez minutos, para que tengas ocasión de declararte a Gundelinda, ¿podré cenar contigo esta noche en Willis?

JACK. -Si te empeñas, es de suponer.

ALGERNON. -Sí, pera que sea en serio. Detesto a la gente que no se porta seriamente cuando se trata de comidas. ¡Demuestra tal trivialidad por su parte!

(*Entra Lane*)

LANE. -Lady Bracknell y miss Fairfax. (*Algernon se adelanta al encuentro de ellas*)

(*Entran Lady Bracknell y Gundelinda*)

LADY BRACKNELL. -Buenas tardes, querido Algernon. Siempre bueno, ¿verdad?

ALGERNON. -Me siento muy bien, tía Augusta.

LADY BRACKNELL. -Lo cual no es lo mismo; me refería yo a la otra bondad. En realidad esas dos cosas van pocas veces juntas. (*Ve a Jack y le hace un saludo glacial*)

ALGERNON. (*A Gundelinda*)-¡Dios mío, qué elegante estás!

GUNDELINDA. -¡Yo siempre estoy elegante! ¿No es verdad, mister Worthing?

JACK. -Es usted absolutamente perfecta, miss Fairfax.

GUNDELINDA. -¡Oh! Espero no serlo, No tendría entonces ocasión de mejorar y procuro mejorar en muchas cosas. (*Gundelinda y Jack se sientan juntos en un rincón*)

LADY BRACKNELL. -Siento haber llegado un poco tarde, Algernon, pero no he tenido más remedio que ir a ver a nuestra querida lady Harbury. No había estado allí desde la muerte de su pobre marido. No he visto nunca una mujer tan cambiada; enteramente parece veinte años más joven. Y ahora voy a tomar una taza de té y uno de esos exquisitos sandwiches de pepino que me prometiste.

ALGERNON. -Muy bien, tía Augusta. (*Se dirige hacia la mesa del té*)

LADY BRACKNELL. -¿Quieres venir a sentarte aquí, Gundelinda?

GUNDELINDA. -Gracias, mamá; estoy aquí muy cómoda.

ALGERNON. (*Levantando aterrado la bandeja vacía*)-¡Dios mío! ¡Lane!, ¿cómo no hay aquí sandwiches de pepino? Los encargué especialmente.

LANE. (*Con gran seriedad*)-No había pepinos en el mercado esta mañana, señor. He ido dos veces.

ALGERNON. -¿Que no había pepinos?

LANE. -No, señor. Ni siquiera pagando al contado.

ALGERNON. -Está bien, Lane; gracias.

LANE. -Gracias, señor. (*Sale*)

ALGERNON. -Me desconsuela muchísimo, tía Augusta, que no hubiese allí pepinos, ni siquiera pagando al contado.

LADY BRACKNELL. -No importa, Algernon. He tomado unas pastas con lady Harbury, que me parece vive ahora dedicada en absoluto a darse buena vida.

ALGERNON. -He oído decir que se le había vuelto el pelo completamente rubio de pena.

LADY BRACKNELL. -El color ha cambiado realmente. Lo que no sabría decir, como es natural, es la causa de ese cambio. (*Algernon cruza la estancia y sirve el té*) Gracias. Tengo un verdadero agasajo para ti esta noche, Algernon. Pienso que hagas compañía a Mary Farquhar. Es una mujer verdaderamente deliciosa ¡y tan cariñosa con su marido! Resulta encantador verlos.

ALGERNON. -Temo, tía Augusta, tener que renunciar al placer de cenar con usted esta noche.

LADY BRACKNELL. (*Frunciendo el ceño*)-Espero que no, Algernon. Me desbaratarías la mesa por completo. Tu tío tendría que cenar arriba. Afortunadamente ya está acostumbrado.

ALGERNON. -Es muy fastidioso, y no necesito decirle lo que me contraría, pero el hecho es que acabo precisamente de recibir un telegrama diciéndome que mi pobre amigo Bunbury está otra vez gravísimo. (*Cambiando una mirada con Jack*) Creen que debo estar allí con él.

LADY BRACKNELL. -Es muy extraño. Ese míster Bunbury padece una mala salud singularísima.

ALGERNON. -Sí; el pobre Bunbury es un caso desesperado.

LADY BRACKNELL. -Bueno, pues debo decirte, Algernon, que a mi juicio es hora ya de que míster Bunbury se decida por fin a vivir o a morir. Su indecisión en esto es absurda. No apruebo en modo alguno- la simpatía moderna hacia los enfermos desahuciados. La considero morbosa. La enfermedad, sea la que fuese, no es cosa que debe alentarse en el prójimo. La salud es el primer deber en la vida. Se lo estoy diciendo siempre a tu pobre tío, pero él no parece hacer mucho caso... a juzgar por la leve mejoría que experimenta en sus dolencias. Te quedaría muy obligada si le suplicas a míster Bunbury de mi parte que hiciese el favor de no tener recaída el sábado, pues cuento contigo para preparar mi concierto. Es mi última recepción y necesito algo que anime las conversaciones, sobre todo a fines de temporada cuando la gente ha dicho, realmente todo lo que tenía que decir, lo cual no era mucho, probablemente, en la mayoría de los casos.

ALGERNON. -Hablaré a Bunbury, tía Augusta, si es que no ha perdido aún la cabeza, y creo poder prometerla a usted que estará muy bien el sábado. Claro es que el concierto ofrece grandes dificultades. Mire usted, si se toca buena música, la gente no escucha, y si se toca música mala, la gente no habla. Pero repasaré el programa que he redactado, si quiere usted tener la amabilidad de entrar en la habitación de al lado un momento.

LADY BRACKNELL. -Gracias, Algernon. Eres muy previsor. (*Levantándose y siguiendo a Algernon*) Estoy segura de que el programa quedará encantador, después de algunos expurgos. No puedo permitir canciones francesas. La gente parece siempre creer que son indecentes, y o ponen unas caras escandalizadas, lo cual es vulgar, o se ríen a carcajadas, lo cual es peor aún. Pero el alemán suena a idioma perfectamente respetable, y realmente yo creo que lo es. Gundelinda, ¿quieres venir conmigo?

GUNDELINDA. -Voy, mamá. (*Lady Bracknell y Algernon pasan a la sala de música. Gundelinda se queda atrás*)

JACK. -¡Qué hermoso día hace, miss Fairfax!

GUNDELINDA. -No me hable usted del tiempo, míster Worthing, se lo ruego. Siempre que una persona me habla del tiempo, tengo la absoluta seguridad de que quiere dar a entender otra cosa. Y eso me pone nerviosísima.

JACK. -Yo quiero dar a entender otra cosa.

GUNDELINDA. -Ya me lo figuraba. Realmente no me equivoco nunca.

JACK. -Y yo quisiera que me fuese permitido aprovechar la ocasión favorable creada por la ausencia momentánea de lady Bracknell...

GUNDELINDA. -Yo le aconsejaría, sin duda, que lo hiciese. Mamá tiene una manera de volver a entrar de repente en una habitación, que me ha obligado a reñirla muchas veces.

JACK. (*Nerviosamente*)-Miss Fairfax, desde que la conocí a usted, la admiré más que a ninguna otra muchacha... Desde que la conocí a usted... la conocí...

GUNDELINDA. -Sí, ya estoy perfectamente enterada de eso. Y con frecuencia he deseado que hubiera usted sido más expresivo, en público, por lo menos. Ha tenido usted siempre para mí un encanto irresistible. Aun antes de conocerle, estaba usted lejos de serme indiferente. (*Jack la mira atónito*) Vivimos, como usted sabe, míster Worthing, en una época de ideales. Es un hecho que nos recuerdan constantemente en las revistas mensuales más caras, y que ha llegado, según me han dicho, hasta los púlpitos de provincias; y mi ideal ha sido siempre amar a un hombre que se llamase Ernesto. Hay en ese nombre algo que inspira una absoluta confianza. Desde el momento en que Algernon me indicó que tenía un amigo llamado Ernesto, comprendí que estaba destinada a amarle a usted.

JACK. -¿Me ama usted de verdad, Gundelinda?

GUNDELINDA. -¡Apasionadamente!

JACK. -¡Alma mía! No sabe usted lo feliz que me hace.

GUNDELINDA. -¡Mi Ernesto!

JACK. -¿Pero no querrá usted realmente decir que no podría amarme si no me llamase Ernesto?

GUNDELINDA. -Pero usted se llama Ernesto.

JACK. -Sí, ya lo sé. Pero suponiendo que me llamase de otro modo, quiere usted decir que entonces la sería imposible amarme?

GUNDELINDA. (*Con volubilidad*)-¡Ah! Eso es evidentemente una especulación metafísica, y como la mayoría de las especulaciones metafísicas tiene muy poca relación con los hechos efectivos de la vida real, tal como los conocemos.

JACK. -Personalmente, amor mío, se lo digo con toda franqueza, me tiene sin cuidado llamarme Ernesto... No creo que ese nombre me siente del todo bien.

GUNDELINDA. -Le sienta a usted perfectamente. Es un nombre divino. Tiene música propia. Produce vibraciones.

JACK. -Pues yo, la verdad, Gundelinda, debo confesar que hay, a mi juicio, una porción de nombres mucho más bonitos. Creo que Jack, por ejemplo, es un nombre encantador.

GUNDELINDA. -¿Jack?... No; tiene poquísima música ese nombre, si es que realmente tiene alguna. No conmueve. No produce absolutamente ninguna vibración... He conocido varios Jacks, y todos ellos, sin excepción, eran de una fealdad extraordinaria. Además, Jack es el nombre corriente de los infinitos Juanes, criados. Y yo compadezco a toda mujer que se casa con un hombre llamado Juan. Probablemente no la estará permitido conocer jamás el placer arrebatador de un solo momento de soledad. Realmente, el único nombre que merece confianza es Ernesto.

JACK. -Gundelinda, es preciso que vaya a bautizarme..., digo, es preciso que nos casemos inmediatamente. No hay un momento que perder.

GUNDELINDA. -¿Casarnos, míster Worthing?

JACK. (*Estupefacto*)-Naturalmente... Ya sabe usted que la amo, miss Fairfax, y usted me ha hecho creer que yo no la era completamente indiferente.

GUNDELINDA. -Le adoro. Pero usted no se me ha declarado todavía. No me ha hablado usted para nada de casamiento. No se ha tratado ni siquiera de ese asunto.

JACK. -Bueno... ¿Puedo declararme ahora?

GUNDELINDA. -Me parece que sería una ocasión admirable. Y para evitarle toda posible desilusión, míster Worthing, creo leal manifestarle con toda franqueza y de antemano que estoy completamente decidida a decirle que sí.

JACK. -¡Gundelinda!

GUNDELINDA. -Sí, míster Worthing, ¿qué tiene usted que decirme?

JACK. -Ya sabe usted lo que tengo que decirle.

GUNDELINDA. -Sí, pero usted no lo dice.

JACK. -Gundelinda, ¿quiere usted casarse conmigo? (*Se arrodilla*)

GUNDELINDA. -Claro que quiero, vida mía. ¡Cuánto tiempo ha tardado usted en decirlo! Temo que tenga usted muy poca experiencia en materia de declaraciones.

JACK. -No he amado a nadie en el mundo más que a usted, encanto mío.

GUNDELINDA. -Sí, pero los hombres se declaran muchas veces para ejercitarse. Sé que mi hermano Gerardo lo hace. Todas mis amigas me lo dicen. ¡Qué ojos azules más maravillosos tiene usted, Ernesto! Son completamente, completamente azules. Espero que me mirará usted siempre así, sobre todo cuando haya gente delante. (*Entra Lady Bracknell*)

LADY BRACKNELL. -¡Míster Worthing! ¡Levántese usted, caballero, de esa postura semiacostada! Es muy indecorosa.

GUNDELINDA. -¡Mamá! (*Él intenta levantarse; ella se lo impide*) Te ruego encarecidamente que te retires. Éste no es tu sitio. Además, míster Worthing no ha acabado del todo.

LADY BRACKNELL. -¿Acabado el qué, si puedo preguntarlo?

GUNDELINDA. -Soy la prometida de míster Worthing, mamá. (*Se levantan ambos*)

LADY BRACKNELL. -Perdona, tú no eres la prometida de nadie. Cuando seas la prometida de alguien, yo, o tu padre, si su salud se lo permite, te lo comunicaremos. Es cosa que debe presentársele a una muchacha como una sorpresa, agradable o desagradable, según los casos. No es asunto que pueda permitírsele arreglar por su cuenta... Y ahora tengo que hacerle a usted unas cuantas preguntas, míster Worthing. Mientras se las hago, espérame abajo en el coche, Gundelinda.

GUNDELINDA. (*En tono de reproche*)-¡Mamá!

LADY BRACKNELL. - ¡En el coche, Gundelinda! (*Gundelinda se dirige hacia la puerta. Ella y Jack se tiran besos por detrás de lady Bracknell. Lady Bracknell mira vagamente a su alrededor, como intentando comprender qué ruido es aquél. Por último, se vuelve*) ¡Gundelinda, al coche!

GUNDELINDA. -Sí, mamá. (*Sale, volviéndose para mirar a Jack*)

LADY BRACKNELL. (*Sentándose*)-Puede usted sentarse, míster Worthing. (*Saca de su bolsillo un cuadernito de notas y un lápiz.*)

JACK. -Gracias, lady Bracknell; prefiero estar de pie.

LADY BRACKNELL. (*Lápiz y cuadernito de notas en mano*)-Me creo en la obligación de decirle que no está usted en mi lista de muchachos elegibles, aunque tengo la misma que mi querida duquesa de Bolton. En realidad, operamos juntas. No obstante lo cual estoy completamente dispuesta a anotar el nombre de usted si sus respuestas son las que requiere una madre verdaderamente cariñosa. ¿Fuma usted?

JACK. -Pues bien, sí; debo confesar que fumo.

LADY BRACKNELL. -Me alegro saberlo. Un hombre debe siempre tener una ocupación cualquiera. Hay demasiados hombres ociosos en Londres. ¿Qué edad tiene usted?

JACK. -Veintinueve años.

LADY BRACKNELL. -Una edad excelente para casarse. He sido siempre de opinión de que un hombre que desea casarse, debería saberlo todo o no saber nada ¿Cuál es su caso?

JACK. *(Después de una ligera vacilación)*-Yo no sé nada, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL. -Me alegro. No consiento la menor intromisión de la ignorancia natural. La ignorancia es como un delicado fruto exótico; se la toca y desaparece la pelusilla. La teoría de la educación moderna es íntegra y radicalmente falsa. Afortunadamente, en Inglaterra al menos, la educación no produce el menor efecto. Si lo produjese, representaría un serio peligro para las clases altas, y daría lugar probablemente a actos de violencia en Grosvenor Square. ¿Qué renta tiene usted?

JACK. -De siete a ocho mil libras al año.

LADY BRACKNELL. *(Tomando nota en su cuadernito)*-¿En tierras o en inversiones?

JACK. -En inversiones, principalmente.

LADY BRACKNELL. -Eso es satisfactorio. Entre los deberes que la esperan a una en el transcurso de la vida y los deberes que la exigen a una después de muerta, la tierra ha dejado de ser en todo caso un beneficio o un placer. Le da a una posición y le impide mantenerla. Eso es todo lo que puede decirse de la tierra.

JACK. -Tengo una casa de campo con unas tierras, anejas a ella, claro es, unas novecientas cuarenta y tantas fanegas, creo yo; pero no depende de eso mi verdadera renta. En realidad, por lo que he podido comprobar, los cazadores furtivos son los únicos que sacan algo de ella.

LADY BRACKNELL. -¡Una casa de campo! ¿Cuántas alcobas? Bueno, ese punto puede aclararse después. ¿Tiene usted casa en Londres, me figuro? Una muchacha de un carácter tan sencillo y poco maleado, como Gundelinda, no hay que pensar ni por un momento, en que viva en el campo.

JACK. -Sí, tengo una casa en la plaza de Belgravia, pero está alquilada por años a lady Bloxham. Claro es que puedo disponer de ella siempre que quiera, avisando con seis meses de anticipación.

LADY BRACKNELL. -¿Lady Bloxham? No la conozco.

JACK. -¡Oh! Sale poquísimos. Es una señora de edad muy avanzada.

LADY BRACKNELL. -¡Ah! En los tiempos que corren eso no es una garantía de respetabilidad personal. ¿Qué número de la plaza de Belgravia?

JACK. -Ciento cuarenta y nueve.

LADY BRACKNELL. (*Moviendo la cabeza*)-El lado que no está de moda. Ya me figuraba yo que había algo. Sin embargo, eso podría modificarse fácilmente

JACK. -¿La moda o el lado?

LADY BRACKNELL. (*Con seriedad*)-Supongo que ambos, si es preciso. ¿Qué es usted en política?

JACK. -Pues bien, temo realmente no ser nada. Soy liberal unionista.

LADY BRACKNELL. -¡Oh! Eso le coloca entre los tories. Cenar con nosotros. O vienen a hacernos la tertulia por la noche en todo caso. Y ahora, vamos a los asuntos secundarios. ¿Sus padres viven?

JACK. -He perdido a mis padres.

LADY BRACKNELL. -Perder a uno de los dos, míster Worthing, puede considerarse como una desgracia; perder a los dos parece una negligencia. ¿Quién era su padre? Evidentemente, un hombre de alguna fortuna. ¿Había nacido en lo que los periódicos radicales llaman la púrpura del comercio, o se había encumbrado en la esfera de la aristocracia?

JACK. -Temo realmente no saberlo. El hecho es, lady Bracknell, que la he dicho que había perdido a mis padres. Estaría más cerca de la verdad diciendo que mis padres parecen haberme perdido... Actualmente no sé quién soy por mi nacimiento. Fui... bueno, fui encontrado.

LADY BRACKNELL. -¡Encontrado!

JACK. -El difunto míster Thomas Cardew, anciano caballeroso, de carácter muy caritativo y de benévolo, me encontró y me dio el nombre de Worthing, porque la casualidad hizo que tuviera en aquel momento en su bolsillo un billete de primera clase para Worthing. Worthing es un pueblo del condado de Sussex. Es una playa concurrida.

LADY BRACKNELL. -¿Dónde le encontró a usted ese caballero caritativo que tenía un billete de primera clase para esa playa concurrida?

JACK. (*Gravemente*)-En un saco de mano.

LADY BRACKNELL. -¿En un saco de mano?

JACK. (*Con mucha seriedad*)-Sí, lady Bracknell. Estaba yo en un saco de mano -un saco de mano un tanto grande, de cuero negro, con asas-; en fin, un saco de mano corriente.

LADY BRACKNELL. -¿En qué punto tropezó ese míster James, o Thomas Cardew, con ese saco de mano corriente?

JACK. -En el guardarropa de la estación Victoria. Se lo dieron equivocadamente por el suyo.

LADY BRACKNELL. -¿En el guardarropa de la estación Victoria?

JACK. -Sí. Línea de Brighton.

LADY BRACKNELL. -La línea no tiene importancia. Míster Worthing, confieso que me siento un poco turbada por lo que acaba usted de decirme. Nacer, o por lo menos haber sido criado en un saco de mano, ya sea con asas o sin ellas, me parece una manifestación de desprecio hacia el decoro de la vida de familia, que recuerda los peores excesos de la Revolución Francesa. ¿Y supongo que sabrá usted adónde condujo aquel desdichado movimiento? En cuánto al sitio exacto en el cual fue encontrado el saco de mano, el guardarropa de una estación de ferrocarril podría servir para ocultar una indiscreción social -y realmente es muy probable que haya sido utilizado para ese fin antes de ahora-, pero no podría, en modo alguno, considerarse como una base segura para cimentar una posición reconocida en la buena sociedad.

JACK. -¿Puedo preguntarle qué me aconsejaría usted hacer? No necesito decirle que lo haría todo por asegurar la felicidad de Gundelinda.

LADY BRACKNELL. -Le aconsejaría vivamente, míster Worthing, que procurase adquirir algunos parientes lo antes posible, y que hiciera un esfuerzo decisivo para presentar por lo menos a uno de los dos autores de sus días, de cualquier sexo, antes de que haya terminado del todo la temporada.

JACK. -Pues no veo cómo voy a arreglármelas para eso. Puedo presentar el saco de mano en cualquier momento. Lo tengo en mi casa, en mi cuarto de aseo. Creo que podría usted realmente darse por satisfecha con eso, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL. -¡Yo, caballero! ¿Qué tengo yo que ver con eso? ¡No se imaginará usted que yo y lord Bracknell vamos a cometer la locura de casar a nuestra hija única -una muchacha educada con el mayor cuidado-, en un guardarropa ni a contraer parentesco con un bulto de viaje! ¡Buenos días, míster Worthing! *(Lady Bracknell sale rápidamente con una majestuosa indignación)*

JACK. -¡Buenos días! *(Algernon, desde el aposento contiguo, toca una marcha nupcial. Jack, con aire muy furioso, se dirige hacia la puerta)* ¡Por amor de Dios, no toques esa pieza fúnebre, Algy! ¡Qué idiota eres! *(Cesa la música y entra Algernon, con cara risueña)*

ALGERNON. -¿Salió todo bien, chico? ¿No irás a decirme que te dio calabazas Gundelinda? Sé que es una costumbre suya. Está siempre rechazando pretendientes. Lo encuentro muy mal en ella.

JACK. -¡Oh! Con Gundelinda la cosa marcha como sobre ruedas. Por lo que a ella se refiere, somos novios. Su madre es completamente inaguantable. No he tropezado nunca con una Gorgona semejante... En realidad, no sé a qué se parece una Gorgona, pero estoy segurísimo de que lady Bracknell lo es. De todas maneras, es un monstruo, sin ser un mito, lo cual resulta más bien injusto... Perdóname, Algy. Me parece que no debía hablar así de tu tía, delante de ti.

ALGERNON. -¡Pero, hombre, si a mí me gusta oír maltratar a mis parientes! Es lo único que me los hace soportables. Los parientes son sencillamente un hatajo de gente fastidiosa, que no tiene la más remota noción de cómo hay que vivir, ni el más ligero instinto de cuándo debe morir.

JACK. -¡Oh, eso es un disparate!

ALGERNON. -¡No lo es!

JACK. -Bueno, no quiero discutirlo. Tú siempre necesitas discutirlo todo.

ALGERNON. -Precisamente, para eso están hechas las cosas desde sus orígenes.

JACK. -Te doy mi palabra de que si yo pensase eso me mataría...*(Una pausa)* ¿Tú crees, Algy, que hay alguna probabilidad de que Gundelinda llegue a parecerse a su madre dentro de ciento cincuenta años?

ALGERNON. -Todas las mujeres llegan a parecerse sus madres. Esa es su tragedia. Los hombres, ninguno se parece. Y es la suya.

JACK. -¡Eso es muy ingenioso!

ALGERNON. -¡Está perfectamente expresado! Y es tan cierto como puede serlo cualquier observación en la vida civilizada.

JACK. -Estoy harto por completo de inteligencia. Hoy día todo el mundo es inteligente. No puedes ir a ninguna parte sin encontrarte con personas inteligentes. La cosa ha llegado a ser una verdadera calamidad pública. Le pido al cielo que deje unos cuantos tontos.

ALGERNON. -Los hay.

JACK. -Me gustaría muchísimo encontrármelos. ¿De qué hablan?

ALGERNON. -¿Los tontos? ¡Oh! De los listos, como es natural.

JACK. -¡Qué tontos!

ALGERNON. -A propósito. ¿Le has dicho a Gundelinda la verdad, que eras Ernesto en Londres y Jack en el campo?

JACK. *(Con marcado aire de protección)*-Amigo mío, la verdad no es en absoluto lo que se dice a una muchacha bonita, agradable e inteligente. ¡Qué ideas más extraordinarias tienes sobre la manera de tratar a una mujer!

ALGERNON. -La única manera de tratar a una mujer es hacerla el amor, si es bonita o hacérselo a otra, si es fea.

JACK. -¡Oh! ¡Esa es una tontería!

ALGERNON. -¿Y qué le has dicho de tu hermano, del perdido de Ernesto?

JACK. -¡Oh! Antes de fin de semana me habré desembarazado de él. Diré que ha muerto en París, de apoplejía. Muchísima gente muere de apoplejía de un modo repentino, ¿verdad?

ALGERNON. -Sí, pero es hereditario, chico. Es una de las cosas que vienen de familia. Harías mucho mejor en hablar de un fuerte enfriamiento.

JACK. -¿Estás seguro de que un fuerte enfriamiento no es hereditario, de que no es nada familiar?

ALGERNON. -Claro que no lo es.

JACK. -Entonces, muy bien. A mi pobre hermano Ernesto se le ha llevado pateta repentinamente, en París, un fuerte enfriamiento. Ya me he desembarazado de él.

ALGERNON. -¿Pero me parece que dijiste que... miss Cardew demostraba demasiado interés por tu pobre hermano Ernesto? ¿No sufrirá ella mucho con su muerte?

JACK. -¡Oh! La cosa irá bien. Cecilia, me complace decirlo, no es una muchacha tonta, romántica. Tiene un apetito excelente, da largos paseos y no presta ninguna atención a sus lecciones.

ALGERNON. -Me gustaría realmente conocer a Cecilia.

JACK. -Ya tendré yo buen cuidado de impedírtelo. Es excesivamente bonita y tiene dieciocho años recién cumplidos.

ALGERNON. -¿Y le has dicho a Gundelinda que tienes una pupila, excesivamente bonita, de dieciocho años recién cumplidos?

JACK. -¡Oh! Hay que hablar a la gente con consideración. Cecilia y Gundelinda acabarán seguramente por ser íntimas amigas. Te apuesto lo que quieras a que a la media hora de conocerse se llaman mutuamente hermanas.

ALGERNON. -Las mujeres sólo hacen eso después de llamarse otra porción de cosas. Ahora, mi querido amigo, si queremos tener una buena mesa en

Willis, necesitamos ir a vestirnos en seguida. ¿Sabes que son cerca de las siete?

JACK. *(En tono irritado)*-¡Oh! Siempre son cerca de las siete.

ALGERNON. -Bueno, pero yo tengo hambre.

JACK. -Sería la primera vez que supiese que no la tenías.

ALGERNON. -¿Qué vamos a hacer después de cenar? ¿Ir al teatro?

JACK. -¡Oh, no! Me molesta escuchar.

ALGERNON. -Bueno, iremos al Club.

JACK. -¡Oh, no! Me es odioso hablar.

ALGERNON. -Bueno, podríamos dar una vuelta por el Empire a las diez.

JACK. -¡Oh, no! Me resulta insoportable ver cosas. ¡Es tan tonto!

ALGERNON. -Entonces, ¿qué hacemos?

JACK. -¡Nada!

ALGERNON. -Es penosísimo no hacer nada. Sin embargo, yo no estoy dispuesto a ese penoso trabajo, cuando no tiene algún objeto... *(Entra Lane)*

LANE. -Miss Fairfax.

(Entra Gundelinda. Sale Lane)

ALGERNON. -¡Gundelinda, a fe mía!

GUNDELINDA. -Algy, ten la bondad de volverte de espaldas. Tengo que decir algo muy particular a míster Worthing.

ALGERNON. -Realmente, Gundelinda, no sé si puedo permitir eso de ninguna manera.

GUNDELINDA. -Algy, tú siempre adoptas una actitud rigurosamente inmoral frente a la vida. No eres aún lo suficientemente viejo para eso. *(Algernon se retira hacia la chimenea)*

JACK. -¡Vida mía!

GUNDELINDA. -Ernesto, puede que nunca nos casemos. Por la expresión de la cara de mamá, temo que no lo estemos jamás, Hoy día son poquísimos los padres que hacen caso de lo que dicen sus hijos. El antiguo respeto hacia los jóvenes desaparece rápidamente. Si alguna vez tuve cierta influencia sobre

mamá, la perdí a los tres años de edad. Pero aunque pueda ella impedirnos llegar a ser marido y mujer, aunque pueda yo casarme con otro y casarme muchas veces, nada de lo que haga podrá alterar mi eterno amor hacia usted.

JACK. -¡Gundelinda mía!

GUNDELINDA. -La historia de su romántico origen, tal como me la ha relatado mamá, con comentarios desagradables, ha conmovido, como es natural, las fibras más profundas de mi ser. Su nombre de pila tiene un encanto irresistible. La sencillez de su carácter le hace a usted exquisitamente incomprensible para mí. Tengo sus señas de Londres, en Albany. ¿Cuáles son sus señas en el campo?

JACK. -Manor House, Woolton, condado de Hertford. *(Algernon, que ha estado escuchando atentamente, se sonríe para sí mismo y escribe las señas en un puño de la camisa. Luego coge la Guía de Ferrocarriles)*

GUNDELINDA. -¿Supongo que habrá un buen servicio de Correos? Puede ser necesario hacer alguna cosa desesperada. Claro es que eso requeriría seria reflexión. Me cartearé con usted a diario.

JACK. -¡Alma mía!

GUNDELINDA. -¿Cuánto tiempo permanecerá usted en Londres?

JACK. -Hasta el lunes.

GUNDELINDA. -¡Bien! Algy, ya puedes volverte.

ALGERNON. -Gracias; ya me he vuelto.

GUNDELINDA. -Puedes también llamar al timbre.

JACK. -¿Me permitirá usted acompañarla hasta su coche, encanto mío?

GUNDELINDA. -Claro que sí.

JACK. *(A Lane, que acaba de entrar)*-Yo acompañaré a miss Fairfax.

LANE. -Bien, señor. *(Salen Jack y Gundelinda. Lane presenta a Algernon varias cartas en una bandeja. Puede suponerse que son facturas, pues Algernon, después de mirar los sobres, las rompe)*

ALGERNON. -Una copa de Jerez, Lane.

LANE. -Sí, señor.

ALGERNON. -Mañana, Lane, voy a Bunburyzar.

LANE. -Bien, señor.

ALGERNON. -Probablemente no volveré hasta el lunes. Puede usted prepararme el frac, el smoking y el vestuario completo de Bunbury...

LANE. -Bien, señor, (*Deja el Jerez sobre la mesa*)

ALGERNON. -Espero que hará buen día mañana, Lane.

LANE. -Nunca hace buen día, señor.

ALGERNON. -Lane, es usted muy pesimista.

LANE. -Hago lo que puedo para agradar, señor.

(*Entra Jack. Sale Lane*)

JACK. -¡Qué muchacha tan sensata, tan inteligente! La única muchacha que me ha gustado en mi vida. (*Algernon se ríe a carcajadas.*) ¿Qué es lo que te divierte tanto?

ALGERNON. -¡Oh! Estoy un poco inquieto por ese pobre Bunbury, eso es todo.

JACK. -Si no tienes cuidado, tu amigo Bunbury te meterá en un lío serio algún día.

ALGERNON. -Me gustan los líos. Son las únicas cosas que no han sido nunca serias.

JACK. -¡Oh! Esas son tonterías, Algy. No dices nunca más que tonterías.

ALGERNON. -Nadie hace otra cosa. (*Jack le mira con indignación y sale del cuarto. Algernon enciende un cigarrillo, lee lo que ha escrito en el puño de su camisa y sonríe*)

TELÓN

Acto Segundo

Decoración

Jardín en la residencia solariega, en Woolton. Una escalinata de piedra gris conduce a la casa. El jardín, un jardín a la antigua, está lleno de rosas. Época, el mes de julio. Unos sillones de mimbre y una mesa cubierta de libros están colocados bajo un corpulento tejo. Miss Prism aparece sentada ante la mesa. Al fondo, Cecilia regando las flores.

MISS PRISM. (*Llamando*)-¡Cecilia! ¡Cecilia! Indudablemente una ocupación tan utilitaria como la de regar flores es más bien obligación de Moulton que suya. Sobre todo en los momentos en que están esperándola los placeres intelectuales. Su gramática alemana está sobre la mesa. Tenga usted la bondad de abrirla por la página 15. Repetiremos la lección de ayer.

CECILIA. (*Acercándose muy despacio*)-¡Pero si a mí no me gusta el alemán! Es una lengua que no sienta absolutamente nada bien. Sé perfectamente que parezco feísima después de mi lección de alemán.

MISS PRISM. -Hija mía, ya sabe usted el afán que tiene su tutor porque adelante usted en todo. Ayer, al marchar a Londres, insistió especialmente sobre el alemán. En realidad, insiste siempre sobre el alemán cuando se va a Londres.

CECILIA. -¡Es tan serio mi querido tío! A veces lo es tanto, que llego a creer si no se encontrará del todo bien.

MISS PRISM. (*Con firmeza*)- Su tutor goza de una salud inmejorable, y la gravedad de su porte es particularmente encomiable en un hombre como él, relativamente joven. No conozco a nadie que tenga un sentido tan alto del deber y de la responsabilidad.

CECILIA. -Supongo que ésa debe ser la causa de que parezca algo aburrido, muchas veces, cuando estamos los tres juntos.

MISS PRISM. -¡Cecilia! Me sorprende usted. Mister Worthing ha tenido muchos disgustos en su vida. La alegría sin motivo y la frivolidad resultarían fuera de lugar en su conversación. Debe usted recordar la inquietud constante en que le tiene su hermano, ese desgraciado joven.

CECILIA. -Quisiera yo que el tío Jack permitiese a su hermano, a ese desgraciado joven, que viniese por aquí de cuando en cuando. Podríamos ejercer una influencia benéfica sobre él MISS PRISM. Estoy segura de que usted la ejercería realmente. Usted sabe alemán y geología, y esta clase de cosas influyen muchísimo sobre un hombre. (*Cecilia empieza a escribir en su diario*)

MISS PRISM. (*Moviendo la cabeza*)-Ni siguiera creo que produjese yo el menor efecto en un carácter que, según confiesa su mismo hermano, es irremediamente débil y vacilante. A decir verdad, no estoy muy segura de que quisiera yo reformarle. No soy partidaria de esa manía moderna de convertir a personas malas en buenas, en un santiamén. Que cada cual recoja lo que sembró. Debe usted cerrar su diario, Cecilia. Realmente, no comprendo en absoluto por qué lleva usted un diario.

CECILIA. -Lo llevo para anotar los secretos maravillosos de mi vida. Si no los apuntase, probablemente los olvidaría por completo.

MISS PRISM. -La memoria, mi querida Cecilia, es el diario que todos llevamos con nosotros.

CECILIA. -Sí, pero por regla general no registra más que las cosas que no han sucedido nunca, ni podían suceder. Yo Creo que la memoria es responsable de casi todas las novelas en tres tomos que Mudie nos remite.

MISS PRISM. -No hable usted con desprecio de las novelas en tres tomos, Cecilia. Yo también escribí una en mis años juveniles.

CECILIA. -¿De verdad, miss Prism? ¡Qué prodigiosamente lista es usted! Me figuro que no acabaría bien. No me gustan las novelas que acaban bien. Me deprimen muchísimo.

MISS PRISM. -Los buenos acaban bien y los malos acaban mal. Es decir, lo que se propone la Ficción.

CECILIA. -Me lo supongo. Pero parece muy injusto. ¿Y se publicó su novela.

MISS PRISM. -¡Ay, no! Desgraciadamente el manuscrito fue abandonado. (*Cecilia se estremece*) Empleo la palabra en el sentido de perdido o traspapelado. Estas consideraciones son perfectamente innecesarias para los trabajos de usted.

CECILIA. (*Sonriendo*)-Pero aquí veo a nuestro querido doctor Casulla, que viene por el jardín.

MISS PRISM. (*Levantándose y yendo hacia él*)-¡El doctor Casulla! Es para mí una verdadera satisfacción. (*Entra el canónigo Casulla*)

CASULLA. -¿Qué tal vamos esta mañana? ¿Supongo que estará usted bien, miss Prism?

CECILIA. -Miss Prism se quejaba hace un momento de un poco de jaqueca. Yo creo que la sentaría muy bien dar una vueltecita con usted por el parque, doctor Casulla.

MISS PRISM. -Cecilia, yo no he hablado para nada de jaqueca.

CECILIA. -No, mi querida miss Prism, ya lo sé, pero yo he sentido instintivamente que tenía usted jaqueca. Realmente en eso estaba yo pensando y no en mi lección de alemán, cuando ha llegado el rector.

CASULLA. -Espero, Cecilia, que no será usted una distraída.

CECILIA. -¡Oh! Temo serlo.

CASULLA. -Es raro. Si yo tuviera la suerte de ser discípulo de miss Prism, estaría pendiente de sus labios. (*Miss Prism abre mucho los ojos*) Hablo metafóricamente... Mi metáfora estaba tomada de las abejas. ¡Ejem! ¿Supongo que mister Worthing no ha regresado todavía de Londres?

MISS PRISM. -No le esperamos hasta el lunes por la tarde.

CASULLA. -¡Ah, sí! Generalmente le gusta pasar el domingo en Londres. No es de los que piensan únicamente en divertirse, como parece ser el caso de ese desdichado joven, hermano suyo. Pero no debo distraer por más tiempo a Egeria y su discípula.

MISS PRISM. -¿Egeria? Me llamo Leticia, doctor.

CASULLA. (*Inclinándose*)-Es una simple alusión clásica, tomada de los autores paganos. ¿Las verá seguramente a las dos en el oficio de Vísperas de esta tarde?

MISS PRISM. -Me parece, querido, que voy a dar una vueltecita con usted. Realmente noto que tengo jaqueca y un paseo puede sentarme bien.

CASULLA. -Con mucho gusto, miss Prism; con mucho gusto. Podemos llegar hasta las escuelas y volver.

MISS PRISM. -Eso resultará delicioso. Cecilia, hará usted el favor de estudiar su lección de Economía política, durante mi ausencia. El capítulo sobre la baja de la rupia puede usted saltárselo. Es demasiado sensacional. Hasta esos problemas monetarios tienen su lado melodramático. (*Se va por el jardín con el doctor Casulla*)

CECILIA. (*Recogiendo los libros y tirándolos sobre la mesa*)-¡Fuera la horrible Economía política! ¡Fuera la horrible Geografía! ¡Fuera, fuera, el horrible alemán! (*Entra con una tarjeta sobre una bandeja*)

MERRIMAN. -Mister Ernesto Worthing acaba de llegar en coche de la estación. Ha traído su equipaje consigo.

CECILIA. (*Cogiendo la tarjeta y leyéndola*)-«Mister Ernesto Worthing, B. 4, The Albany, W.» ¡El hermano del tío Jack! ¿Le ha dicho usted que mister Worthing estaba en Londres?

MERRIMAN. -Sí, señorita. Y ha parecido muy contrariado. Le he dicho que la señorita y miss Prism estaban en el jardín. Ha dicho que tenía mucho interés en hablar con usted reservadamente un momento.

CECILIA. -Dígale a míster Ernesto Worthing que venga aquí. Y creo que haría usted bien en indicar al ama de llaves que le preparase cuarto.

MERRIMAN. -Bien, señorita. (*Sale, Merriman*)

CECILIA. -Hasta ahora no he conocido todavía a ningún individuo verdaderamente malo. Me siento un poco asustada. Mucho me temo que se parezca a todos los demás. ¡Y se parece! (*Entra Algernon muy alegre y desenvuelto*)

ALGERNON. (*Quitándose el sombrero*)-Seguramente usted es mi primita Cecilia.

CECILIA. -Está usted en un gran error. No soy pequeña. Verdaderamente me parece que estoy más crecida de lo corriente, para mi edad. (*Algernon la contempla un poco asombrado*) Pero soy la prima Cecilia. Ya veo por su tarjeta que es usted el hermano del tío Jack, mi primo Ernesto, el bribón de mi primo Ernesto.

ALGERNON. -¡Oh! Yo no soy realmente un bribón ni mucho menos, prima Cecilia. No vaya usted a creer que soy un bribón.

CECILIA. -Si no lo es, nos ha estado usted entonces engañando indudablemente a todos de la manera más imperdonable. Espero que no habrá usted llevado una doble existencia, fingiéndose un bribón y siendo en realidad un hombre bueno siempre. Eso sería una hipocresía.

ALGERNON. (*Mirándola con estupefacción*)-¡Oh! Claro es que he sido un poco atolondrado.

CECILIA. -Me alegro saberlo.

ALGERNON. -Verdaderamente, ya que habla usted de eso, he sido todo lo malo que he podido en mi breve vida.

CECILIA. -No creo que deba usted envanecerse de ello, aunque seguramente haya sido muy agradable.

ALGERNON. -Mucho más agradable es estar aquí con usted.

CECILIA. -Lo que no puedo comprender es cómo está usted aquí. El tío Jack no ha de regresar hasta el lunes por la tarde.

ALGERNON. -Es una gran contrariedad. Me veo en la precisión de marcharme el lunes por la mañana, en el primer tren. Tengo una cita de negocios a la que me interesa muchísimo... faltar.

CECILIA. -¿Y no podría usted faltar a ella en cualquier sitio que no fuese en Londres?

ALGERNON. -No; la cita es en Londres.

CECILIA. -Bueno, ya sé, naturalmente, lo importante que es no acudir a una cita de negocios, cuando se quiere conservar cierto sentido de la belleza de la vida, pero, sin embargo, creo que haría usted mejor en esperar el regreso del tío Jack. Sé que desea hablar con usted de su emigración.

ALGERNON. -¿De mi qué?

CECILIA. -De su emigración. Ha ido a comprarle a usted el equipo.

ALGERNON. -No permitiré de ninguna manera a Jack que me compre el equipo. No tiene gusto en absoluto para las corbatas.

CECILIA. -No creo que le hagan falta corbatas. El tío Jack piensa enviarle a usted a Australia.

ALGERNON. -¡A Australia! Antes la muerte.

CECILIA. -Pues el miércoles por la noche, durante la cena, dijo que tendría usted que elegir entre este mundo, el otro mundo y Australia.

ALGERNON. -¡Ah! Bueno. Los informes que he recibido de Australia y del otro mundo no son extraordinariamente alentadores. Este mundo es bastante bueno para mí, prima Cecilia.

CECILIA. -Sí, ¿pero es usted bastante bueno para él?

ALGERNON. -Temo no serlo. Por eso quiero que me reforme usted. Podría usted hacer de eso su misión, si no le parece mal.

CECILIA. -Temo no tener tiempo esta tarde.

ALGERNON. -Bueno, ¿le parece a usted que me reforme a mí mismo esta tarde?

CECILIA. -Sería un poco quijotesco por su parte. Pero creo que debía usted intentarlo.

ALGERNON. -Lo intentaré. Me siento ya mejor.

CECILIA. -Tiene usted peor cara.

ALGERNON. -Eso es porque tengo hambre.

CECILIA. -¡Qué imprevisión la mía! Debía haberme acordado de que cuando va uno a empezar una vida completamente nueva hay que hacer comidas metódicas y sanas. ¿Quiere usted entrar?

ALGERNON. -Gracias. ¿Podría llevarme antes una flor para el ojal? No tengo nunca apetito como no lleve una flor en el ojal.

CECILIA. -¿Una Mariscal Niel? (*Coge unas tijeras*)

ALGERNON. -No, preferiría una rosa sonrosada.

CECILIA. -¿Por qué? (*Corta una flor*)

ALGERNON. -Porque parece usted una rosa sonrosada, prima Cecilia.

CECILIA. -No creo que esté bien que me hable usted como me habla. Miss Prism no me dice nunca esas cosas.

ALGERNON. -Será entonces una vieja miope. (*Cecilia le pone la rosa en el ojal*) Es usted la muchacha más bonita que he visto en mi vida.

CECILIA. -Miss Prism, dice que los encantos físicos son un lazo.

ALGERNON. -Un lazo en el que todo hombre sensato querría dejarse coger.

CECILIA. -¡Oh! Creo que a mí no me gustaría coger a un hombre sensato. No sabría de qué hablar con él. (*Entran en la casa. Miss Prism y el doctor Casulla vuelven*)

Miss Prism. -Está usted muy solo, mi querido doctor Casulla, Debería usted casarse. Puedo comprender un misántropo, ¡pero un mujerántropo jamás!

CASULLA. (*Con un escalofrío de hombre docto*)-No merezco, créame, un vocablo de tan marcado neologismo. El precepto, así como la práctica de la Iglesia primitiva, eran claramente opuestos al matrimonio.

MISS PRISM. (*Sentenciosamente*)-Esa es sin duda alguna la razón de que la Iglesia primitiva no haya durado hasta nuestros días. Y usted parece no darse cuenta, mi querido doctor, de que un hombre que se empeña en permanecer soltero se convierte en una perpetua tentación pública. Los hombres deberían ser más prudentes; su celibato mismo es el que pierde a las naturalezas frágiles.

CASULLA. -¿Pero es que un hombre no tiene el mismo atractivo cuando está casado?

MISS PRISM. -Un hombre casado no tiene nunca atractivo más que para su mujer.

CASULLA. -Y con frecuencia, según me han dicho, ni siquiera para ella.

MISS PRISM. -Eso depende de las simpatías intelectuales de la mujer. Se puede siempre confiar en la edad madura. Se puede dar crédito a la madurez. Las mujeres jóvenes están verdes. (*El doctor Casulla se estremece*) Hablo en lenguaje de horticultura. Mi metáfora estaba tomada de las frutas. ¿Pero dónde está Cecilia?

CASULLA. -Tal vez nos haya seguido a las escuelas. (*Entra Jack muy despacio por el fondo del jardín. Viene vestido de luto riguroso, con una gasa negra sobre la cinta del sombrero y guantes negros*)

MISS PRISM. -¡Míster Worthing!

CASULLA. -¿Míster Worthing?

MISS PRISM. -Esto es realmente una sorpresa. No le esperábamos a usted hasta el lunes por la tarde.

JACK. (*Estrechando la mano de Miss Prism con ademán trágico*)-He regresado antes de lo que esperaba. ¿Supongo que estará usted bien, doctor Casulla?

CASULLA. -Mi querido míster Worthing, ¿espero que ese traje de luto no significará ninguna terrible calamidad?

JACK. -Mi hermano.

MISS PRISM. -¿Más deudas vergonzosas, más locuras?

CASULLA. -¿Sigue haciendo siempre su vida de placer?

JACK. (*Inclinando la cabeza*)-¡Muerto!

CASULLA. -¿Ha muerto su hermano Ernesto?

JACK. -Del todo.

MISS PRISM. -¡Qué lección para él! Espero que le servirá.

CASULLA. -Míster Worthing, le doy a usted mi sincero pésame. Tiene usted al menos el consuelo de saber que fue usted siempre el más generoso y el más indulgente de los hermanos.

JACK. -¡Pobre Ernesto! Tenía muchos defectos, pero es un golpe doloroso, muy doloroso.

CASULLA. -Muy doloroso, en efecto. ¿Estaba usted con él en sus últimos momentos?

JACK. -No. Ha muerto en el extranjero; en París, sí. Recibí anoche un telegrama del gerente del Gran Hotel.

CASULLA. -¿Indicaba la causa de la muerte?

JACK. -Un fuerte enfriamiento, según parece.

MISS PRISM. -Cada hombre recoge lo que siembra.

CASULLA. *(Levantando la mano)*-¡Caridad, mi querida miss Prism; caridad! Ninguno de nosotros es perfecto. Yo mismo tengo una debilidad especial por el juego de las damas. ¿Y el entierro, tendrá lugar aquí?

JACK. -No. Parece ser que expresó el deseo de que le enterrasen en París.

CASULLA. -¡En París! *(Moviendo la cabeza)* Temo que ese detalle indique la poca sensatez de su estado de ánimo en los últimos momentos. Deseará usted, sin duda, que haga yo el domingo próximo alguna ligera alusión a esta desgracia doméstica. *(Jack le aprieta la mano convulsivamente)* Mi sermón sobre el significado del maná en el desierto puede adaptarse a casi todas las situaciones alegres o, como en el presente caso, luctuosas. *(Todos suspiran)* Lo he predicado en fiestas de segadores, en bautizos, confirmaciones, días de penitencia y días solemnes. La última vez que lo pronuncié fue en la Catedral, como sermón de caridad a beneficio de la preventiva contra el descontento entre las clases altas. Al obispo, que estaba presente, le causaron mucha impresión algunas de las comparaciones que hice.

JACK. -¡Ah! ¿No ha hablado usted de bautizos, doctor Casulla? Porque eso me recuerda una cosa. ¿Supongo que sabrá usted bautizar muy bien? *(El doctor Casulla se queda estupefacto)* Quiero decir como es natural, que estará usted bautizando continuamente, ¿no es eso?

MISS PRISM. -Siento decir que ese es uno de los deberes más constantes del rector en esta parroquia. Yo he hablado más de una vez a las clases menesterosas sobre ese asunto. Pero parecen ignorar lo que es economía.

CASULLA. -Pero, ¿hay algún niño determinado por quien se interesa usted, míster Worthing? Su hermano creo que era soltero, ¿verdad?

JACK. -¡Oh, sí!

MISS PRISM. *(Con amargura)*-La gente que vive únicamente para el deleite lo suele ser.

JACK. -Pero no es para ningún niño, mi querido doctor. Me gustan mucho los niños. ¡No! El caso es que quisiera yo ser bautizado esta tarde, sí no tiene usted nada mejor que hacer.

CASULLA. -¿Pero seguramente, míster Worthing, estará usted ya bautizado?

JACK. -No recuerdo absolutamente nada.

CASULLA. -¿Pero tiene usted alguna duda importante sobre eso?

JACK. -Creo tenerla. Claro es que no sé si la cosa le molestará a usted si le parezco ya un poco viejo.

CASULLA. -No, por cierto. La aspersion y hasta la inmersión de los adultos son prácticas, perfectamente canónicas.

JACK. -¡La inmersión!

CASULLA. -No tenga usted cuidado. Basta con la aspersion, y es inclusive lo que le aconsejo. ¡Está el tiempo tan variable! ¿A qué hora desea usted que se efectúe la ceremonia?

JACK. -¡Oh! Podríamos quedar en las cinco, si a usted le conviene.

CASULLA. -¡Perfectamente, perfectamente! Tengo además otras dos ceremonias similares a esa hora. Han nacido recientemente dos gemelos en una de las quintas alejadas de la finca de usted. El pobre Jenkins, el carretero, es un hombre que trabaja de firme.

JACK. -¡Oh! No me parece muy chistoso ser bautizado en compañía de otros rorros. Sería infantil. ¿Le parecería a usted bien a las cinco y media?

CASULLA. -¡Admirablemente! ¡Admirablemente! (*Saca el reloj*) Y ahora, mi querido míster Worthing, no quiero molestar más tiempo en su casa, sumida en la pesadumbre. Le aconsejaría tan solo que no se dejase abatir demasiado por el dolor. Las que nos parecen pruebas amargas, son muchas veces beneficios disfrazados.

MISS PRISM. -Esto me parece un beneficio evidente. (*Entra Cecilia, que viene de la casa*)

CECILIA. -¡Tío Jack! ¡Oh! Me alegro muchísimo de verle a usted ya de vuelta. ¡Pero qué traje tan horrible se ha puesto usted! Vaya usted a cambiar de ropa.

MISS PRISM. -¡Cecilia!

CASULLA. -¡Hija mía! ¡Hija mía! (*Cecilia se dirige hacia Jack; éste la besa en la frente con aire melancólico*)

CECILIA. -¿Qué ocurre, tío Jack? ¡Póngase usted alegre! Parece que tiene usted dolor de muelas. ¡Qué sorpresa le preparo! ¿Quién cree usted que está en el comedor? ¡Su hermano!

JACK. -¿Quién?

CECILIA. -Su hermano Ernesto. Ha llegado hace una media hora.

JACK. -¡Qué disparate! Yo no tengo hermano.

CECILIA. -¡Oh, no diga usted eso! Por mal que se haya portado con usted anteriormente, no por eso deja de ser su hermano. No es posible que tenga usted tan poco corazón como para renegar de él. Voy a decirle que salga. Y le dará usted la mano, ¿verdad, tío Jack? (*Corriendo, vuelve a entrar en la casa*)

CASULLA. -Estas sí que son noticias alegres.

MISS PRISM. -Después de estar todos nosotros resignados a su pérdida, ese retorno inesperado me parece singularmente calamitoso.

JACK. -¿Que mi hermano está en el comedor? No sé qué querrá decir todo esto. Lo encuentro completamente absurdo.

(*Entran Algernon y Cecilia, cogidos de la mano. Se dirigen muy despacio hacia Jack*)

JACK. -¡Santo Dios! (*Con un gesto ordena a Algernon que se marche*)

ALGERNON. -Hermano John, he venido desde Londres para decirte que siento muchísimo todos los disgustos que te he dado y que estoy decidido a enmendarme por completo en lo sucesivo. (*Jack le mira con ojos furibundos y no le tiende la mano*)

CECILIA. -Tío Jack, ¿no irá usted a negarle la mano a su propio hermano?

JACK. -Nada me moverá a estrechar su mano. Su venida aquí me parece ignominiosa. Él sabe muy bien por qué.

CECILIA. -Tío Jack, sea usted bueno. Siempre hay algo bueno en todo el mundo. Ernesto me hablaba precisamente de su pobre amigo paralítico, mister Bunbury, al que visita con mucha frecuencia. Y seguramente tiene que haber mucha bondad en quien la tiene con un enfermo, y renuncia a los placeres de Londres para sentarse junto a un lecho de dolor.

JACK. -¡Oh! Ha estado hablando de Bunbury, ¿verdad?

CECILIA. -Sí, me ha contado todo cuanto se refiere a ese pobre mister Bunbury, y a su terrible estado de salud.

JACK. -¡Bunbury! Bueno, pues no quiero que vuelva a hablarte de Bunbury ni de nada. ¡Es para volverse completamente loco!

ALGERNON. -Reconozco, naturalmente, que es mía toda la culpa. Pero debo decir, y así lo creo, que la frialdad de mi hermanó John me es particularmente dolorosa. Yo esperaba una acogida más calurosa, sobre todo teniendo en cuenta que es la primera vez que vengo aquí.

CECILIA. -Tío Jack, si no le da usted la mano a Ernesto, no se lo perdonaré nunca.

JACK. -¿Qué no me perdonarás nunca?

CECILIA. -¡Nunca, nunca, nunca!

JACK. -Bueno, es la última vez que lo hago. (*Le da la mano a Algernon, mirándole con ojos llameantes*)

CASULLA. -¿Es muy agradable, verdad, presenciar una reconciliación tan perfecta? Yo creo, que podíamos dejar solos a los dos hermanos.

MISS PRISM. -Cecilia, ¿tendrá usted la bondad de venirle con nosotros?

CECILIA. -Claro que sí, miss Prism. Mi pequeño trabajo de reconciliación ha terminado.

CASULLA. -Ha realizado usted una acción muy hermosa, hija mía.

MISS PRISM. -No debemos ser prematuros en nuestros juicios.

CECILIA. -Me siento muy dichosa.

(*Salen todos; menos Jack y Algernon*)

JACK. -Y tú, Algy, joven sinvergüenza, tienes que marcharte de aquí lo antes posible. ¡No permito ningún Bunburysmo aquí!

(*Entra Merriman*)

MERRIMAN. -He puesto las cosas de míster Ernesto en la habitación contigua a la del señor. ¿Supongo que estará bien?

JACK. -¿El qué?

MERRIMAN. -El equipaje de míster Ernesto. Lo he desempaquetado y lo he puesto en la habitación contigua a la del señor.

JACK. -¿Su equipaje?

MERRIMAN. -Sí, señor. Tres maletas, un neceser de viaje, dos sombrereras y una fiambarrera grande.

ALGERNON. -Temo no poder quedarme más de una semana.

JACK. -Merriman, mande usted enganchar el coche en seguida. Míster Ernesto tiene que regresar repentinamente a Londres.

MERRIMAN. -Bien, señor. (*Vuelve a la casa*)

ALGERNON. -¡Qué mentiroso más tremendo eres, Jack! Yo no tengo que regresar a Londres en absoluto.

JACK. -Ya lo creo que tienes que regresar.

ALGERNON. -No sabía yo que me llamaba nadie.

JACK. -Tu deber de caballero te llama allí.

ALGERNON. -Mi deber de caballero no se ha metido nunca para nada en mis diversiones.

JACK. -Lo comprendo perfectamente.

ALGERNON. -Además, Cecilia es encantadora.

JACK. -No tienes que hablar así de miss Cardew. Me desagrada muchísimo.

ALGERNON. -Bueno, y a mí no me gusta nada tu traje. Te da un aspecto muy ridículo. ¿Por qué demonios no vas a cambiarte de ropa? Resulta una completa niñería ponerse de luto riguroso por un hombre que va a pasarse de hecho una semana entera contigo, en tu casa, en calidad de huésped. Yo lo califico de grotesco.

JACK. -Ten la seguridad de que no te pasas conmigo una semana entera ni como huésped ni como nada. Tienes que marcharte... en el tren de las cuatro y cinco.

ALGERNON. -Ten la seguridad de que yo no me marchó de tu casa mientras estés de luto. Sería la mayor falta de amistad. Supongo que si estuviera yo de luto te quedarías acompañándome, y si no lo hacías me parecería una gran falta de cariño.

JACK. -Bueno; ¿te marcharás si me cambio de traje?

ALGERNON. -Sí, con tal de que no tardes demasiado. No he visto nunca a nadie que tarde tanto en vestirse y con tan pobre resultado.

JACK. -Pues, después de todo, mejor es eso que no ir siempre tan excesivamente elegante como tú.

ALGERNON. -Si algunas veces voy excesivamente elegante, lo compenso siendo siempre excesivamente educado.

JACK. -Tu vanidad es ridícula, tu conducta un ultraje y tu presencia en mi jardín completamente absurda. Sea como fuere, tendrás que tomar el tren de las cuatro y cinco y te desearé buen viaje hasta Londres. Este Bunburysmo, como tú lo llamas, no ha sido un gran éxito para ti. (*Se interna en la casa*)

ALGERNON. -Pues yo creo que ha sido un gran éxito. ¡Estoy enamorado de Cecilia, y esto es todo! (*Entra Cecilia por el fondo del jardín. Coge la regadera y se pone a regar las flores*) Pero es preciso que la vea antes de irme, y que lo prepare todo para otro Bunbury. ¡Ah, hela aquí!

ALGERNON. -¡Oh! No he vuelto más que a regar las rosas. Creí que estaba usted con el tío Jack.

ALGERNON. -Ha ido a decir que enganchen el coche para mí.

CECILIA. -¡Ah! ¿Va a llevarle a usted a dar un buen paseo?

ALGERNON. -Va a echarme.

CECILIA. -Entonces, ¿tenemos que separarnos?

ALGERNON. -Eso temo. Es una separación muy dolorosa.

CECILIA. -Siempre es doloroso separarse de las personas que ha conocido uno recientemente. La ausencia de los antiguos amigos puede sobrellevarse con serenidad. Pero una separación, aun siendo momentánea, de una persona que acaban de presentarnos, es casi intolerable.

ALGERNON. -Gracias.

(Entra Merriman)

MERRIMAN. -El coche está en la puerta, señor. (*Algernon mira suplicante a Cecilia*)

CECILIA. -Diga usted que espere... cinco minutos, Merriman.

MERRIMAN. -Bien, miss.

(Sale Merriman)

ALGERNON. -Espero, Cecilia, que no la ofenderé si la declaro con toda franqueza, abiertamente, que me parece usted por todos estilos la personificación visible de la perfección absoluta.

CECILIA. -Creo que su franqueza le honra mucho, Ernesto. Si usted me lo permite, copiaré sus observaciones en mi diario. (*Va hacia la mesa y se pone a escribir en el diario*)

ALGERNON. -¿Lleva usted de verdad un diario? Daría cualquier cosa por echarle un vistazo. ¿Me deja usted?

CECILIA. -¡Oh, no! (*Coloca su mano sobre el diario*) Comprenderá usted que esto es, sencillamente, la relación de los pensamientos e impresiones de una muchacha muy joven, y que está hecho, por consiguiente, con la intención

de publicarlo. Cuando aparezca en volumen, espero que pedirá usted un ejemplar. Pero continúe usted, Ernesto; se lo ruego. Me encanta escribir al dictado. Me he quedado en «perfección absoluta». Puede usted continuar. Estoy dispuesta a seguir escribiendo.

ALGERNON. *(Algo cortado)*-¡Ejem! ¡Ejem!

CECILIA. -¡Oh, no tosa usted, Ernesto! Cuando se dicta hay que hablar con soltura y sin toser. Además, no sé cómo se escribe tos. *(Va escribiendo a medida que habla Algernon)*

ALGERNON. *(Hablando muy de prisa)*-Cecilia, desde que contemplé por primera vez su maravillosa e incomparable belleza, me he atrevido a amarla a usted locamente, apasionadamente, fervorosamente, desesperadamente.

CECILIA. -Yo creo que no debía usted decirme que me ama locamente, apasionadamente, fervorosamente, desesperadamente. Desesperadamente parece no tener mucho sentido, ¿verdad?

ALGERNON. -¡Cecilia! *(Entra Merriman)*

MERRIMAN. -Señor, el coche está esperando.

ALGERNON. -Dígale usted que vuelva la semana próxima, a la misma hora.

MERRIMAN. *(Mirando a Cecilia, que no le hace ningún caso)*-Bien, señor. *(Sale Merriman)*

CECILIA. -El tío Jack se disgustaría mucho si supiese que iba usted a quedarse hasta la semana próxima, a la misma hora.

ALGERNON. -¡Oh! Me tiene sin cuidado Jack. No me preocupa nadie en el mundo entero más que usted. La amo, Cecilia. ¿Quiere usted casarse conmigo?

CECILIA. -¡Tontín! Claro que sí. ¡Como que somos novios hace ya tres meses!

ALGERNON. -¿Hace ya tres meses?

CECILIA. -Sí, el jueves hará tres meses justos.

ALGERNON. -Pero, ¿y cómo nos hemos hecho novios?

CECILIA. -Pues desde que el querido tío Jack nos confesó que tenía un hermano menor que era muy malo y muy perdido, se convirtió usted, naturalmente, en el tema principal de las conversaciones entre miss Prism y yo. Y claro es que un hombre de quien se habla mucho resulta siempre muy atrayente. Siente una que debe haber algo en él, después de todo. Confieso que fue una necesidad mía, pero me enamoré de usted, Ernesto.

ALGERNON. -¡Vida mía! ¿Y cuándo empezó, realmente, el noviazgo?

CECILIA. -El jueves 14 de febrero último. Cansada de que ignorase usted por completo mi existencia, decidí acabar de un modo o de otro, y después de una larga lucha conmigo misma, le dije a usted que sí, debajo de ese añoso y amado árbol. Al día siguiente compré este pequeño anillo en nombre de usted y esta es la pulsera con el verdadero lazo del amor que le he prometido a usted llevar siempre.

ALGERNON. -¿Y se la di yo a usted? Es muy bonita, ¿verdad?

CECILIA. -Sí, tiene usted un gusto admirable, Ernesto. Esa es la disculpa que yo he dado siempre a la mala vida que llevaba usted. Y esta es la cajita en donde guardo todas sus amadas cartas. *(Se arrodilla ante la mesa, abre la caja y enseña unas cartas atadas con una cinta azul)*

ALGERNON. -¡Mis cartas! ¡Pero mi encantadora Cecilia, si yo no la he escrito a usted jamás ninguna carta!

CECILIA. -No necesita usted recordármelo, Ernesto. Demasiado bien sé que he tenido que escribirlas por usted. Escribía siempre tres veces por semana y algunas veces más.

ALGERNON. -¡Oh! ¿Me deja usted que las lea?

CECILIA. -¡Imposible! Se pondría usted demasiado engreído. *(Vuelve a colocarlas en la caja)* Las tres que me escribió usted después que reñimos son tan hermosas y con tan mala ortografía, que aun ahora mismo no puedo leerlas sin llorar un poco.

ALGERNON. -¿Pero es que hemos reñido alguna vez?

CECILIA. -Claro. El día 22 del pasado marzo. Puede usted verlo aquí anotado, si quiere. *(Enseñándole el diario)* «Hoy he roto con Ernesto. Comprendo que es preferible esto. El tiempo, hasta ahora, continúa encantador»

ALGERNON. -Pero, ¿por qué demonios rompió usted conmigo? ¿Qué había yo hecho? Absolutamente nada. Cecilia, me duele muchísimo oírle a usted decir que hemos reñido. Sobre todo, estando el tiempo tan encantador.

CECILIA. -Hubiera sido un noviazgo muy poco serio si no hubiéramos reñido una vez por lo menos. Pero le perdoné a usted antes de acabar la semana.

ALGERNON. *(Yendo hacia ella y arrodillándose a sus pies)*-¡Qué ángel de perfección es usted, Cecilia!

CECILIA. -¡Ah, qué muchacho más romántico! *(Él la besa y ella le acaricia los cabellos)* Supongo que el ondulado de su pelo es natural, ¿verdad?

ALGERNON. -Sí, alma mía; con una pequeña ayuda ajena.

CECILIA. -Me alegro muchísimo.

ALGERNON. -¿No volverá usted nunca a reñir conmigo, Cecilia?

CECILIA. -No creo que podría reñir con usted ahora que le he conocido auténticamente. Además, hay la cuestión del nombre, como es natural.

ALGERNON. (*Nerviosamente*)- Sí, sí, naturalmente.

CECILIA. -No se ría usted de mí, amor mío, pero siempre fue uno de mis sueños de niña amar a un hombre que se llamase Ernesto. (*Algernon se levanta y Cecilia también*) Hay algo en ese nombre que parece inspirar absoluta confianza. Compadezco a las pobres mujeres casadas cuyos maridos no se llamen Ernesto.

ALGERNON. -Pero, niña adorada, ¿no querrá usted decir que no podría amarme si me llamase de otra manera?

CECILIA. -¿Pero qué nombre?

ALGERNON. -¡Oh! El que usted quiera... Algernon... por ejemplo...

CECILIA. -Pues no me gusta el nombre de Algernon.

ALGERNON. -No veo realmente, adorada mía, encanto, chiquilla de mi alma, qué tiene usted que objetar al nombre de Algernon. Es un nombre nada feo. En realidad, es por el contrario un nombre aristocrático. La mitad de los muchachos que comparecen ante el Tribunal de Quiebras se llamen Algernon. Pero en serio, Cecilia... (*Acercándose a ella*) Si me llamase Algy, ¿no podría usted amarme?

CECILIA. (*Levantándose*)-Podría respetarle a usted, Ernesto; podría admirar su carácter, pero me temo que no sería capaz de concederle mi atención íntegra.

ALGERNON. -¡Ejem! ¡Cecilia! (*Cogiendo su sombrero*) ¿Supongo que el párroco de aquí estará muy ducho en la práctica y en todos los ritos y ceremonias de la Iglesia?

CECILIA. -¡Oh, sí! El doctor Casulla es un hombre doctísimo. No ha escrito jamás un solo libro, así es que puede usted figurarse lo mucho que sabe.

ALGERNON. -Necesito verle en seguida para un bautizo importantísimo..., digo para un asunto importantísimo.

CECILIA. -¡Oh!

ALGERNON. -Estaré ausente media hora nada más.

CECILIA. -Teniendo en cuenta que somos novios desde el jueves 14 de febrero, y que le he conocido a usted por primera vez, creo que sería más bien molesto que me dejase usted sola por un tiempo tan largo como media hora. ¿No podría usted dejarlo en veinte minutos?

ALGERNON. -Vuelvo dentro de nada. (*La besa y sale corriendo por el jardín*)

CECILIA. -¡Qué muchacho más impetuoso es! ¡Me gusta tanto su pelo! Tengo que apuntar su declaración en mi diario. (*Entra Merriman*)

MERRIMAN. -Miss Fairfax acaba de llegar y quiere ver a míster Worthing. Es para un asunto importantísimo, según dice.

CECILIA. -¿No está míster Worthing en su biblioteca?

MERRIMAN. -Míster Worthing salió en dirección a la parroquia, hace ya un rato.

CECILIA. -Dígale usted a esa señora que tenga la bondad de venir aquí. Míster Worthing volverá seguramente en seguida. Y puede usted traer el té.

MERRIMAN. -Bien, señorita. (*Sale*)

CECILIA. -¡Miss Fairfax! Supongo que será una de esas infinitas buenas señoras de edad madura que colaboran con el tío Jack en alguna de sus obras filantrópicas de Londres. No me gustan mucho las mujeres que toman parte en obras filantrópicas. Las encuentro muy atrevidas. (*Entra Merriman*)

MERRIMAN. -Miss Fairfax. (*Entra Gundelinda. Sale Merriman*)

CECILIA. (*Yendo a su encuentro*)-Permítame que me presente a usted yo misma. Me llamo Cecilia Cardew.

GUNDELINDA. -¿Cecilia Cardew? (*Dirigiéndose hacia ella y estrechándola la mano*) ¡Qué nombre más encantador! Algo me dice que vamos a ser grandes amigas. Siento por usted un afecto indecible. Mi primera impresión ante la gente no me engaña nunca.

CECILIA. -¡Qué amable es semejante afecto por su parte, dado el poco tiempo, relativamente, que nos conocemos! Siéntese usted, se lo ruego.

GUNDELINDA. (*Sigue de pie*)-¿Puedo llamarla a usted Cecilia, verdad?

CECILIA. -¡Con mucho gusto!

GUNDELINDA. -¿Y usted me llamará siempre Gundelinda, verdad?

CECILIA. -Si usted quiere.

GUNDELINDA. -Entonces está convenido, ¿no es eso?

CECILIA. -Tal creo. (*Una pausa. Siéntanse las dos juntas*)

GUNDELINDA. -Quizá sea ésta la ocasión de decirle quién soy. Mi padre es lord Bracknell. ¿Supongo que no habrá usted oído nunca hablar de papá?

CECILIA. -No creo.

GUNDELINDA. -Fuera del círculo de su familia, papá, me complace decirlo, es completamente desconocido. Yo encuentro que así debe ser. El hogar me parece la esfera natural del hombre. Y realmente, en cuanto el hombre empieza a descuidar sus deberes domésticos se vuelve dolorosamente afeminado, ¿no es cierto? Y eso a mí no me gusta. ¡Hace a los hombres tan atractivos! Cecilia, mamá, que tiene unas ideas muy rígidas sobre la educación, me ha enseñado a ser de una miopía extraordinaria, ¿es una de las partes de su sistema! ¿No la molestará a usted, por lo tanto, que la mire con mis impertinentes?

CECILIA. -¡Oh! Nada absolutamente, Gundelinda. Me gusta muchísimo que me miren.

GUNDELINDA. (*Después de examinar minuciosamente a Cecilia con sus impertinentes*)-¿Supongo que estará usted aquí de visita?

CECILIA. -¡Oh, no! Vivo aquí.

GUNDELINDA. (*Con severidad*)-¿De verdad? ¿Sin duda su madre o alguna parienta de edad avanzada reside también aquí?

CECILIA. -¡Oh, no! No tengo madre, ni, en realidad, ningún pariente.

GUNDELINDA. -¿Es posible?

CECILIA. -Mi querido tutor, con ayuda de miss Prism, asume la ardua tarea de velar por mí.

GUNDELINDA. -¿Su tutor?

CECILIA. -Sí, soy la pupila de míster Worthing.

GUNDELINDA. -¡Oh! Es raro que no me haya dicho nunca que tenía una pupila. ¡Qué reservado es! Cada hora que pasa resulta más interesante. Sin embargo, no creo que la noticia me inspire un sentimiento de alegría sin mezcla. (*Levantándose y yendo hacia ella*) La estimo a usted mucho, Cecilia; ¡la estimé desde el primer momento en que la vi! Pero me veo en la obligación de decirle que ahora que sé que es usted la pupila de míster Worthing, no puedo dejar de expresar el deseo de que fuese usted... vamos, un poco más vieja de lo que parece... y no tan seductora de aspecto. En resumen, y si puedo hablar con entera franqueza...

CECILIA. -¡Hable usted, se lo ruego! Yo creo que cuando tiene uno algo desagradable que decir, hay que ser siempre franco.

GUNDELINDA. -Bueno, pues hablando con entera franqueza, Cecilia, hubiera yo querido que tuviese usted cuarenta y dos años cumplidos y que fuera más fea de lo que se suele ser a esa edad. Ernesto tiene un carácter enérgico y recto. Es la esencia misma de la verdad y del honor. La deslealtad le sería tan imposible como el engaño. Pero hasta los hombres que tienen el espíritu más noble que pueda existir, son sumamente sensibles a la influencia de los encantos físicos de los demás. La Historia moderna, lo mismo que la antigua, nos proporciona un gran número de lamentables ejemplos del caso a que me refiero. Si no fuera así, realmente, la Historia sería completamente ilegible.

CECILIA. -Usted perdone, Gundelinda. ¿Ha dicho usted Ernesto?

GUNDELINDA. -Sí.

CECILIA. -Pero mi tutor no es míster Ernesto Worthing. Es su hermano..., su hermano mayor.

GUNDELINDA. (*Sentándose de nuevo*)-Ernesto no me ha dicho nunca que tuviese un hermano.

CECILIA. -Siento decir que durante mucho tiempo no han estado en buenas relaciones.

GUNDELINDA. -¡Ah! Eso lo explica todo. Y ahora que pienso, no he oído nunca a nadie hablar de su hermano. El tema parecía desagradable por lo visto a la mayoría de la gente. Cecilia, me ha quitado usted un gran peso de encima. Empezaba a sentirme casi inquieta. Hubiera sido terrible que una nube cualquiera empañase una amistad como la nuestra, ¿no le parece? Dígame: ¿está usted segura, completamente segura, de que míster Ernesto Worthing no es su tutor?

CECILIA. -Completamente segura. (*Una pausa*) En realidad voy yo a ser su tutora.

GUNDELINDA. (*Con tono interrogador*)-¿Me hace usted el favor de repetirlo?

CECILIA. (*Con cierta timidez y confidencialmente*)-Mi querida Gundelinda, no hay razón alguna para que le guarde a usted un secreto. Nuestro periodiquito local recogerá seguramente la noticia la semana próxima. Míster Ernesto Worthing y yo somos novios y nos casaremos.

GUNDELINDA. (*Levantándose, muy cortésmente*)-Mi querida Cecilia, creo que debe haber en eso algún pequeño error. Mister Ernesto Worthing es mi prometido. La noticia aparecerá en el Morning Post del sábado, lo más tarde.

CECILIA. (*Muy cortésmente, levantándose*)-Temo que esté usted ligeramente equivocada. Ernesto se me ha declarado hace diez minutos justos. (*Enseña su diario*)

GUNDELINDA. (*Examinando atentamente el diario con los impertinentes puestos*)-Es realmente curiosísimo, pues me rogó que fuese su esposa ayer tarde, a las cinco y media. Si quiere usted comprobar el hecho, hágalo, se lo ruego. (*Sacando su propio diario*) No viajo jamás sin mi diario. Debe una llevar siempre algo sensacional para leer en el tren. Sentiría mucho, querida Cecilia, que esto pudiese causarla alguna decepción, pero creo que mi derecho es preeminente.

CECILIA. -Lamentaría de un modo indecible, mi querida Gundelinda, tener que causarla algún dolor moral o físico, pero me creo en la obligación de hacerla notar que desde que Ernesto se declaró a usted ha cambiado de opinión evidentemente.

GUNDELINDA. (*Con aire meditabundo*)-Si ese pobre muchacho se ha dejado coger en la trampa de alguna promesa disparatada, consideraré un deber mío librarle de ella sin tardanza y con mano firme.

CECILIA. (*Con aire pensativo y melancólico*)-Sea el que fuera el desdichado enredo en que pueda haberse metido mi novio, no se lo reprocharé nunca después de casados.

GUNDELINDA. -¿Me alude usted a mí, miss Cardew, al hablar de enredo? Es usted muy atrevida. En una ocasión como ésta es más que un deber moral decir lo que se piensa. Se convierte en un placer.

CECILIA. -¿Quiere usted insinuar, miss Fairfax, que yo he cogido en una trampa a Ernesto para que se declarase? ¿Cómo se atreve usted a eso? No es éste el momento de andarse con fingidos miramientos. Cuando veo un azadón, lo llamo azadón.

GUNDELINDA. (*Con ironía*)-Me encanta poder decir que yo no he visto nunca un azadón. Claro es que nuestras esferas sociales son muy diferentes.

(*Entra Merriman, seguido de un lacayo. Trae una bandeja, un mantel y una mesita con el servicio. Cecilia está a punto de replicar. La presencia de los criados ejerce una influencia moderadora, bajo la cual ambas muchachas se revuelven rabiosas*)

MERRIMAN. -¿Hay que servir el té como de costumbre, miss?

CECILIA. (*En tono severo, pero tranquilo*)-Sí, como de costumbre. (*Merriman empieza a desocupar la mesa y a colocar el mantel. Pausa larga. Cecilia y Gundelinda se miran furiosas*)

GUNDELINDA. -¿Hay muchas excursiones interesantes por las cercanías, miss Cardew?

CECILIA. -¡Oh, sí! Muchísimas. Desde lo alto de una de las colinas cercanas se pueden ver cinco provincias.

GUNDELINDA. -¡Cinco provincias! No creo que eso me gustase nada; detesto las aglomeraciones.

CECILIA. (*Con dulzura*)-Supongo que por eso vive usted en Londres. (*Gundelinda se muerde los labios y se golpea nerviosamente el pie con su sombrilla*)

GUNDELINDA. (*Mirando en torno suyo*)-¿Qué jardín tan bien cuidado, miss Cardew!

CECILIA. -Encantada de que le guste, miss Fairfax.

GUNDELINDA. -No tenía yo idea de que hubiese flores en el campo.

CECILIA. -¡Oh! Las flores son aquí tan vulgares como la gente en Londres, miss Fairfax.

GUNDELINDA. -Por lo que a mí se refiere, no puedo comprender cómo se las arregla nadie para vivir en el campo, si es que hay alguien que haga semejante cosa. El campo me aburre siempre mortalmente.

CECILIA. -¡Ah! Eso es lo que los periódicos llaman depresión agrícola, ¿verdad? Creo que la aristocracia la padece mucho ahora, precisamente. Es casi una epidemia entre ella, según me han dicho. ¿Quiere usted una taza de té, miss Fairfax?

GUNDELINDA. (*Con refinada cortesía*)-Gracias. (*Aparte*) ¡Odiosa muchacha! ¡Pero tengo hambre!

CECILIA. (*Con dulzura*)- ¿Azúcar?

GUNDELINDA. (*Con altivez*)-No, gracias. El azúcar no está ya de moda. (*Cecilia la mira con indignación, coge las pinzas y echa cuatro terrones de azúcar en la taza.*)

CECILIA. (*Secamente*)-¿Tarta o pan con manteca?

GUNDELINDA. (*Con aire displicente*)-Pan con manteca, si hace el favor. La tarta no se ve hoy día casi en las casas buenas.

CECILIA. (*Cortando una gran rebanada de tarta y poniéndola en el plato*)-Pase usted esto a miss Fairfax. (*Merriman obedece y sale con el lacayo. Gundelinda bebe el té y hace una mueca. Deja enseguida la taza, alarga la mano hacia el pan con manteca, lo mira y se encuentra con que es tarta. Se levanta indignada*)

GUNDELINDA. -Me ha llenado usted el té de terrones de azúcar, y aunque he pedido con toda claridad pan con manteca, me ha dado usted tarta. Todo el mundo conoce la dulzura de mi carácter y la extraordinaria bondad de mi genio, pero le advierto, miss Cardew, que va usted demasiado lejos.

CECILIA. (*Levantándose*)-Por salvar a mi pobre, inocente y fiel prometido de las maquinaciones de cualquier otra muchacha, iría yo todo lo lejos que fuese necesario.

GUNDELINDA. -Desde el momento en que la vi, desconfié de usted y sentí que era usted falsa y solapada. No me equivoco nunca en estas cosas. Mi primera impresión ante la gente es invariablemente cierta.

CECILIA. -Páreceme, miss Fairfax, que estoy abusando de su precioso tiempo. Tendría usted, sin duda, otras muchas visitas del mismo género que hacer en la vecindad.

(*Entra Jack*)

GUNDELINDA. (*Al verle*)-¡Ernesto! ¡Mi Ernesto!

JACK. -¡Gundelinda! ¡Encanto mío! (*Va a besarla*)

GUNDELINDA. (*Retrocediendo*)-¡Un momento! ¿Puedo preguntarle si es usted el prometido de esta señorita? (*Señalando a Cecilia*)

JACK. (*Riendo*)-¡De mi querida Cecilita! ¡Claro que no lo soy! ¿Quién puede haberla metido a usted semejante idea en su linda cabecita?

GUNDELINDA. -Gracias. ¡Ahora ya puede usted!... (*Ofreciéndole su mejilla*)

CECILIA. (*Con mucha dulzura*)-Ya sabía yo que debía haber alguna mala inteligencia. El caballero cuyo brazo rodea en este momento su talle es mi querido tutor, míster John Worthing.

GUNDELINDA. -¿Me hace usted el favor de repetirlo?

CECILIA. -Que es el tío Jack.

GUNDELINDA. (*Retrocediendo*)-¡Jack! ¡Oh!

(*Entra Algernon*)

CECILIA. -Aquí está Ernesto.

ALGERNON. (*Yendo directamente hacia Cecilia, sin reparar en los demás.*)-
¡Amor mío! (*Queriendo besarla.*)

CECILIA. (*Retrocediendo*)-¡Un momento, Ernesto! ¿Puedo preguntarle si es usted el prometido de esta señorita?

ALGERNON. (*Mirando a su alrededor*)-¿Qué señorita? ¡Dios mío!
¡Gundelinda!

CECILIA. -¡Sí! ¡Gundelinda! ¡Dios mío! De Gundelinda hablo.

ALGERNON. (*Riendo*)-¡Claro que no lo soy! ¿Quién puede haberla metido a usted semejante idea en su linda cabecita?

CECILIA. -Gracias. (*Ofreciéndole su mejilla para que la bese*) Ya puede usted. (*Algernon la besa*)

GUNDELINDA. -Ya sabía yo que debía haber algún error, miss Cardew. El caballero que la acaba de besar a usted es mi primo, mister Algernon Moncrieff.

CECILIA. (*Separándose de Algernon*)-¡Algernon Moncrieff! ¡Oh! (*Las dos muchachas se dirigen la una hacia la otra y se cogen mutuamente del talle, como para protegerse*)

CECILIA. -¿Se llama usted Algernon?

ALGERNON. -No puedo negarlo.

CECILIA. -¡Oh!

GUNDELINDA. -¿Se llama usted realmente John?

JACK. (*Irguiéndose; con cierto orgullo*)-Podría negarlo si se me antojase. Podría negarlo todo si quisiera. Pero me llamo realmente John. Y John he sido durante muchos años.

CECILIA. (*A Gundelinda*)-¡Las dos hemos sido engañadas groseramente!

GUNDELINDA. -¡Mi pobre Cecilia, ofendida!

CECILIA. -¡Mi querida Gundelinda, ultrajada!

GUNDELINDA. (*Pausadamente y con gravedad*)-Me llamará usted hermana, ¿verdad? (*Se abrazan. Jack Y Algernon murmuran por lo bajo, paseándose de arriba abajo*)

CECILIA. (*Con cierta viveza*)-Hay precisamente una pregunta que desearía me permitiesen hacer a mi tutor.

GUNDELINDA. -¡Admirable idea! Míster Worthing, hay precisamente una pregunta que desearía me permitiesen hacerle. ¿Dónde está su hermano Ernesto? Ambas estamos prometidas a su hermano Ernesto; así es que tiene cierta importancia para nosotras saber dónde está en la actualidad su hermano Ernesto.

JACK. (*Lentamente y con vacilación*)-Gundelinda... Cecilia... Es muy penoso para mí verme obligado a decir la verdad. Es la primera vez en mi vida que me veo en una situación tan penosa, y realmente carezco por completo de experiencia en la materia. Sin embargo, les diré a ustedes con toda franqueza que yo no tengo ningún hermano Ernesto. No tengo ningún hermano en absoluto. No he tenido en mi vida ningún hermano ni entra realmente en mis intenciones tenerlo en lo futuro.

CECILIA. (*Sorprendida*)-¿Que no tiene usted ningún hermano en absoluto?

JACK. (*Alegremente*)-¡Ninguno!

GUNDELINDA. (*Con severidad*)-¿No ha tenido usted nunca hermano de ninguna clase?

JACK. (*Con jovialidad*)-Nunca, de ninguna clase.

GUNDELINDA. -Me parece, Cecilia, que ninguna de las dos estamos prometidas a nadie.

CECILIA. -No es una situación muy agradable para una muchacha encontrarse de repente así, ¿verdad?

GUNDELINDA. -Vamos a casa. No creo que tengan el atrevimiento de seguirnos allí.

CECILIA. -No; ¡Son tan cobardes los hombres! (*Los miran despreciativamente y entran en la casa*)

JACK. -¿Y a este horroroso lío es a lo que tú llamas Bunburysmo, no es eso?

ALGERNON. -Sí, y Bunburysmo del mejor. El Bunburysmo más admirable que he visto en mi vida.

JACK. -Bueno, pues no tienes el menor derecho a Bunburyzar aquí.

ALGERNON. -Eso es absurdo. Tiene uno derecho a Bunburyzar donde se le antoje. Todo Bunburysta serio lo sabe.

JACK. -¡Bunburysta serio! ¡Dios mío!

ALGERNON. ¡Sí! Hay que ser serio para unas cosas u otras, cuando desea uno divertirse algo en la vida. A mí se me ocurre ser serio en lo tocante al

Bunburysmo. No tengo ni la más remota idea de lo que haces tú en serio. Me figuro que acaso todo. ¡Tienes un carácter tan absolutamente trivial!

JACK. -Bueno, la única pequeña satisfacción que tengo en todo este desdichado asunto, es que tu amigo Bunbury se ha ido a paseo. ¡Ya no podrás escaparte al campo tan a menudo como solías hacerlo, mi querido Algy! Lo cual está muy bien.

ALGERNON. -Tu hermano está también un poco apagado, ¿verdad, querido Jack? No podrás fugarte a Londres con tanta frecuencia como acostumbrabas. Y eso no está mal tampoco.

JACK. -En cuanto a tu conducta con miss Cardew, debo decirte que portarse así con una muchacha encantadora, sencilla e inocente, me parece completamente indisciplinable. Eso sin tener en cuenta para nada que es mi pupila.

ALGERNON. -No veo justificación posible para ti después de haber engañado a una muchacha tan excepcional, tan inteligente, de tanto mundo, como miss Fairfax. Y eso sin tener en cuenta para nada que es mi prima.

JACK. -Yo quería casarme con Gundelinda, y eso es todo. La amo.

ALGERNON. -Pero yo deseaba únicamente casarme con Cecilia. La adoro.

JACK. -Tienes pocas probabilidades de casarte con miss Cardew.

ALGERNON. -No creo que sea muy verosímil tu enlace con miss Fairfax, Jack.

JACK. -Bueno, eso a ti no te importa.

ALGERNON. -Si me importara, no hablaría de ello. (*Se pone a comer pastas*) Es muy ordinario hablar de los asuntos propios. No lo hacen más que los agentes de Bolsa, y para eso únicamente en sus banquetes oficiales.

JACK. -No me explico cómo puedes estar ahí sentado, comiendo tranquilamente pastas cuando nos encontramos en un apuro tan terrible como éste. Me parece completamente inhumano.

ALGERNON. -Si es que no puedo comer pastas con el ánimo agitado. Me mancharía los puños de manteca con toda seguridad. Hay que estar siempre muy tranquilo para comer pastas. Es la única manera de comerlas.

JACK. -Te digo que es inhumano comer pastas de cualquier manera en las circunstancias actuales.

ALGERNON. -Cuando tengo algún apuro, lo único que me consuela es comer. En efecto, cuando tengo un verdadero apuro gordo, todos los que me conocen íntimamente podrán decirte que me niego a todo, menos a comer y a

beber. En este momento estoy comiendo pastas porque soy desgraciado. Y además que me gustan especialmente estas pastas. (*Se levanta*)

JACK. (*Levantándose también*) -Bueno, pero esta no es razón para que te las comas todas de esa manera voraz. (*Le quita las pastas a Algernon*)

ALGERNON. (*Ofreciéndole la tarta para el té*)-Quisiera que te comieses la tarta en lugar de las pastas. La tarta no me gusta.

JACK. -¡Pero Dios mío! ¿Supongo que podrá uno comerse sus pastas en su jardín?

ALGERNON. -¿Pues no acabas de decir que era inhumano comer pastas?

JACK. -He dicho que era completamente inhumano en ti comerlas en las actuales circunstancias. Lo cual es muy distinto.

ALGERNON. -Puede ser. Pero las pastas son siempre lo mismo. (*Le arrebató a Jack el plato de las pastas*)

JACK. -Algy, ¿cuándo vas a tener la bondad de largarte?

ALGERNON. -No es posible que quieras que me vaya sin hacer alguna comida. Sería absurdo. Nunca me marcho sin comer. Nadie lo hace, excepto los vegetarianos y sus congéneres. Además acabo de ponerme de acuerdo con el doctor Casulla para que me bautice a las seis y cuarto con el nombre de Ernesto.

JACK. -Mi querido amigo, cuanto antes desistas de ese disparate, mejor. Me he puesto de acuerdo esta mañana con el doctor Casulla para que me bautice a las cinco y media, y como es natural, me impondrá el nombre de Ernesto. Gundelinda lo quería así. No podemos ser bautizados los dos con el nombre de Ernesto. Sería absurdo. Además tengo perfecto derecho a que me bauticen si se me antoja. No hay la menor prueba de que me haya bautizado nadie. Creo muy posible que no me hayan bautizado nunca, y lo mismo opina el doctor Casulla. Tu caso es completamente distinto. A ti ya te han bautizado.

ALGERNON. -Sí; pero hace años que no lo he sido.

JACK. -Sí; pero te han bautizado. Eso es lo importante.

ALGERNON. -Así es. Por eso sé que mi constitución puede resistirlo. Si tú no estás completamente seguro de haber sido bautizado alguna vez, debo decirte que me parece algo peligroso para ti arriesgarte a hacerlo ahora. Podría hacerte daño. No debes olvidar que una persona íntimamente relacionada contigo ha estado a punto de liárselas esta semana, a causa de un fuerte enfriamiento.

JACK. -Sí; pero tú mismo dijiste que un fuerte enfriamiento no era hereditario.

ALGERNON. -Generalmente, no, ya lo sé... Pero ahora me atrevo a asegurar que sí lo es. La ciencia está siempre haciendo maravillosos adelantos.

JACK. (*Cogiendo el plato de las pastas*)-¡Oh, eso es un disparate! Estás siempre diciendo disparates.

ALGERNON. -¡Jack, otra vez con las pastas! Ten la bondad de dejarlas en paz. No quedan más que dos. (*Las coge*) Ya te he dicho que me gustaban especialmente las pastas.

JACK. -Y yo no puedo ver la tarta.

ALGERNON. -Entonces, ¿por qué diablos permites que sirvan tarta a tus invitados? ¡Vaya una idea que tienes de la hospitalidad!

JACK. -¡Algernon! Ya te he dicho que te vayas. No quiero que estés aquí. ¿Por qué no te vas?

ALGERNON. -¡No he acabado aún de tomar el té! ¡Y queda todavía una pasta! (*Jack lanza un gemido y se desploma sobre un sillón. Algernon continúa comiendo*)

TELÓN

Acto tercero**Decoración**

Saloncito íntimo en la residencia solariega de Woolton. Gundelinda y Cecilia están asomadas a la ventana, mirando hacia el jardín.

GUNDELINDA. -El hecho de no habernos seguido inmediatamente aquí, como hubiese hecho cualquiera, demuestra, a mi juicio, que todavía les queda algún sentimiento de vergüenza.

CECILIA. -Han estado comiendo pastas. Eso parece indicar arrepentimiento.

GUNDELINDA. *(Después de una pausa)*-Lo que parece es que no se preocupan de nosotras. ¿No podría usted toser?

CECILIA. -¡Pero si no estoy acatarrada!

GUNDELINDA. -Nos miran. ¡Qué descaró!

CECILIA. -Se acercan. ¡Eso sí que es atrevimiento!

GUNDELINDA. -Guardemos un silencio digno.

CECILIA. -Muy bien. Es lo único que podemos hacer por ahora.

(Entra Jack seguido de Algernon. Vienen silbando un aire terriblemente popular de opereta inglesa)

GUNDELINDA. -Este silencio digno parece producir un resultado deplorable.

CECILIA. -De lo más deplorable.

GUNDELINDA. -Pero no seremos las primeras en hablar.

CECILIA. -Eso no.

GUNDELINDA. -Míster Worthing, tengo que preguntarle algo muy particular. De su contestación dependen muchas cosas.

CECILIA. -Gundelinda, es usted de una sensatez inapreciable. Míster Moncrieff, tenga usted la bondad de contestarme a la siguiente pregunta: ¿Por qué quiso usted hacerse pasar por el hermano de mi tutor?

ALGERNON. -Para poder tener ocasión de verla a usted.

CECILIA. (A *Gundelinda*)-La explicación parece realmente satisfactoria, ¿verdad?

GUNDELINDA. -Sí, querida, si se aviene usted a creerle.

CECILIA. -No le creo. Pero eso no influye lo más mínimo en la admirable belleza de su respuesta.

GUNDELINDA. -Es cierto. En cuestiones de gran importancia lo esencial es el estilo y no la sinceridad. Mister Worthing, ¿cómo va usted a explicarme su falsa afirmación de que tenía un hermano? ¿Lo hizo usted para tener ocasión de ir a Londres a verme lo más a menudo posible?

JACK. -¿Puede usted dudarlo, miss Fairfax?

GUNDELINDA. -Tengo serios motivos para dudarlo. Pero pienso hacerlos desaparecer. No es este momento de escepticismos a la alemana. (*Dirigiéndose hacia Cecilia*) Sus explicaciones parecen completamente satisfactorias, sobre todo la de mister Worthing. Posee, a mi juicio, el sello de la verdad.

CECILIA. -Yo estoy más que satisfecha con lo que ha dicho mister Moncrieff. Sólo su voz inspira una absoluta confianza.

GUNDELINDA. -Entonces, ¿cree usted que deberíamos perdonarles?

CECILIA. -Sí, eso creo.

GUNDELINDA. -¿Verdad que sí? Yo ya he perdonado. Están en juego principios, que no se pueden abandonar. ¿Cuál de nosotras deberá hablarles? No es una faena agradable.

CECILIA. -¿No podíamos hablar las dos al mismo tiempo?

GUNDELINDA. -¡Excelente idea! Yo casi siempre hablo al mismo tiempo que los demás. ¿Quiere usted que yo le marque el compás?

CECILIA. -Naturalmente. (*Gundelinda lleva el compás levantando el dedo*)

GUNDELINDA y CECILIA. (*Hablando a la vez.*)-Sus nombres de pila siguen siendo una barrera infranqueable. ¡Esto es todo!

JACK y ALGERNON. (*Hablando a la vez*)-¿Nuestros nombres de pila? ¿Y eso es todo? Pero si nos van a bautizar esta tarde.

GUNDELINDA. (A *Jack*)-¿Y está usted dispuesto a hacer esa terrible cosa en mi obsequio?

JACK. -Lo estoy.

CECILIA. *(A Algernon)*-¿Y por complacerme está usted decidido a arrostrar esa tremenda prueba?

ALGERNON. -¡Lo estoy!

GUNDELINDA. -¡Qué absurdo es hablar de la igualdad de los sexos! Cuando se trata del sacrificio de sí mismo los hombres están infinitamente más adelantados que nosotras.

JACK. -Lo estamos. *(Estrecha la mano a Algernon)*

CECILIA. -Tienen ellos momentos de valor físico que nosotras, las mujeres, desconocernos en absoluto.

GUNDELINDA. *(A Jack)*-¡Amor mío!

ALGERNON. *(A Cecilia)* ¡Amor mío! *(Caen unas en brazos de otros. Aparte Merriman. Al entrar y ver la situación, tose muy fuerte)*

MERRIMAN. -¡Ejem! ¡Ejem! ¡Lady Bracknell!

JACK. -¡Cielo santo! *(Entra lady Bracknell. Las parejas se separan asustadas. Sale Merriman)*

LADY BRACKNELL. -¡Gundelinda! ¿Qué significa esto?

GUNDELINDA. -Pues sencillamente, que míster Worthing y yo somos prometidos, mamá.

LADY BRACKNELL. -Ven aquí. Siéntate. Siéntate inmediatamente. La vacilación, de cualquier clase que sea es señal de decadencia mental en los jóvenes y de debilidad física en los viejos. *(Volviéndose hacia Jack)* Caballero, habiendo sabido la fuga repentina de mi hija por su doncella de confianza, cuyas confidencias he comprado por medio de unos cuartos, la he seguido inmediatamente, tomando un tren de mercancías. Su desventurado padre está en la idea, afortunadamente, de que asiste a una conferencia de una duración extraordinaria, organizada por la junta de Ampliación Universitaria, acerca de la influencia de una renta fija sobre el pensamiento. Me propongo no sacarle de su error. Realmente, yo no le he sacado de sus errores en ninguna ocasión. Lo considero un error. Pero comprenderá usted perfectamente, como es natural, que toda comunicación entre usted y mi hija debe cesar terminantemente desde ahora mismo. Sobre este punto, como por supuesto sobre todos los puntos, soy inflexible.

JACK. -¡Me he comprometido a casarme con Gundelinda, lady Bracknell!

LADY BRACKNELL. -Eso no tiene la menor importancia, caballero. Y ahora, en cuanto a Algernon... ¡Algernon!

ALGERNON. -¿Qué, tía Augusta?

LADY BRACKNELL. -¿Puedo preguntarte si en esta casa vive tu achacoso amigo míster Bunbury?

ALGERNON. (*Tartamudeando*)-¡Oh, no! Bunbury no vive aquí. Bunbury está no sé... dónde... en este momento. En fin, Bunbury ha muerto.

LADY BRACKNELL. -¡Muerto! ¿Y cuándo ha muerto míster Bunbury?. Su muerte ha debido de ser muy repentina.

ALGERNON. (*Alegremente*)-¡Oh! Le he matado esta tarde. Digo, el pobre Bunbury murió esta tarde.

LADY BRACKNELL. -¿Y de qué murió?

ALGERNON. -¿Quién, Bunbury? ¡Oh, explotó por completo!

LADY BRACKNELL. -¿Que explotó? ¿Ha sido víctima de un atentado revolucionario? No estaba yo enterada de que míster Bunbury se interesase por la legislación social. Si así era, bien castigado está por su morbosidad.

ALGERNON. -¡Querida tía Augusta, he querido decir que le descubrieron! Vamos, que los médicos descubrieron que Bunbury no podía vivir, esto es lo que quería yo decir..., y Bunbury, por lo tanto, se murió.

LADY BRACKNELL. -Parece ser que tuvo una gran confianza en la opinión de los médicos. Sin embargo, me alegro mucho de que se decidiese por último a adoptar una regla de conducta decisiva, según prescripción facultativa. Y ahora que estamos ya libres de ese míster Bunbury, ¿puedo preguntar a usted, míster Worthing, quién es esa personita cuya mano tiene cogida mi sobrino Algernon, de una manera que me parece completamente impropia?

JACK. -Esa señorita es miss Cecilia Cardew, mi pupila. (*Lady Bracknell saluda fríamente a Cecilia*)

ALGERNON. -He dado palabra de casamiento a Cecilia, tía Augusta.

LADY BRACKNELL. -¿Quieres hacer el favor de repetírmelo?

CECILIA. -Míster Moncrieff y yo pensamos casarnos, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL. (*Se estremece, y yendo hacia el sofá se sienta*)-No sé si es que el aire de esa región del condado de Hertford, precisamente, tendrá algo especialmente excitante, pero el número de promesas matrimoniales en actividad me parece que supera considerablemente el término medio suministrado por la estadística para gobierno nuestro. Creo que algunas preguntas preliminares por mi parte no estarían de más. Míster Worthing, ¿tiene algo que ver miss Cardew con cualquiera de las grandes estaciones de ferrocarril londinenses? Lo pregunto a título de información solamente. Hasta ayer no tenía yo idea de que hubiese familias o personas que descendiesen de una estación de término.

(*Jack parece furiosísimo, pero se contiene*)

JACK. (*Con voz clara y fría*)-Miss Cardew es nieta del difunto mister Thomas Cardew, Belgravia Square, 149, Londres S. O.; propietario de la finca Gervase Park, en Dorking, condado de Surrey, y del Sporrán, en el condado de Fife, al Norte.

LADY BRACKNELL. -Eso parece bastante satisfactorio. Tres direcciones inspiran siempre confianza, hasta a los comerciantes. ¿Pero qué pruebas tengo yo de su autenticidad?

JACK. -He conservado cuidadosamente los Anuarios de señas de aquella época. Están a su disposición, por si quiere examinarlos, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL. (*Con aspereza*)-He notado errores peregrinos en esa publicación.

JACK. -Los abogados y procuradores, de la familia de miss Cardew son los señores Markby, Markby y Markby.

LADY BRACKNELL. -¿Markby, Markby y Markby? Una razón social muy bienquista en su profesión. Además, he oído decir que alguno de esos señores Markby figuraba de vez en cuando en los banquetes oficiales. Hasta ahora todo eso me satisface.

JACK. (*Muy irritado*)-¡Cuánta bondad por su parte, lady Bracknell! Tengo también en mi poder, y le encantará a usted saberlo, la partida de nacimiento de miss Cardew, su fe de bautismo y sus certificados de tos ferina, empadronamiento, vacunación, confirmación y sarampión, documentos tanto alemanes como ingleses.

LADY BRACKNELL. -¡Ah! Una vida llena de incidentes, por lo que veo; aunque tal vez demasiado excitante para una muchacha tan joven. Yo no soy partidaria de la experiencia prematura. (*Se levanta y mira la hora en su reloj*) ¡Gundelinda! Se acerca la hora de nuestra marcha. No podemos perder ni un momento. Y aunque sea por pura fórmula, mister Worthing, quisiera preguntarle si miss Cardew posee alguna fortunita.

JACK. -¡Oh! Unas ciento treinta mil libras esterlinas en papel del Estado. Eso es todo. Vaya usted con Dios, lady Bracknell. Encantado de haberla visto.

LADY BRACKNELL. (*Sentándose de nuevo*)-Un momento, mister Worthing. ¡Ciento treinta mil libras! ¡Y en papel del Estado! Miss Cardew me parece una muchacha muy seductora, ahora que la veo bien. Pocas muchachas hoy día tienen cualidades verdaderamente sólidas, de esas cualidades que duran y se mejoran con el tiempo. Vivimos, siento tener que decirlo, en una época de cosas superficiales. (*A Cecilia*) Acérquese usted, querida. (*Cecilia se acerca*) ¡Preciosa muchachita! Su vestido es de una sencillez lastimosa y su pelo parece tal como le hizo la naturaleza. Pero podemos transformarle en seguida. Una doncella francesa, experta, conseguirá resultados maravillosos en

poquísimo tiempo. Me acuerdo que recomendé una a la joven lady Lancing y tres meses después, no la conocía ni su propio marido.

JACK. -Y pasados seis meses no la conocía nadie.

LADY BRACKNELL. (*Mira iracunda a Jack durante unos instantes. Luego dirige una sonrisa estudiada a Cecilia*)-Tenga usted la bondad de volverse, encantadora amiguita. (*Cecilia da una vuelta completa*) No, lo que quiero examinar es el perfil. (*Cecilia se pone de perfil*) Sí, lo que yo esperaba, en absoluto. Hay varias posibilidades mundanas en su perfil. Los dos puntos flacos de nuestra época son su falta de principios y su falta de perfil. Levante usted un poco la barbilla, querida. El estilo depende en gran parte de la manera de llevar la barbilla. ¡Se lleva en este momento muy alta, Algernon!

ALGERNON. -¡Sí, tía Augusta!

LADY BRACKNELL. -Hay varias posibilidades mundanas en el perfil de miss Cardew.

ALGERNON. -Cecilia es la muchacha más dulce, más amable y más bonita que hay en el mundo entero. Y no doy dos céntimos por esas posibilidades mundanas.

LADY BRACKNELL. -No hables irrespetuosamente de la sociedad, Algernon. Eso lo hace tan sólo la gente que no puede pertenecer a ella. (*A Cecilia*) Sabrá usted, como es natural, amiguita, que Algernon no cuenta más que con sus deudas. Pero yo no apruebo los matrimonios interesados. Cuando me casé con lord Bracknell no tenía yo la menor fortuna. Pero ni en sueños admití por un momento que eso pudiera ser un obstáculo en mi camino. Bueno, supongo que tendré que dar mi consentimiento.

ALGERNON. -Gracias, tía Augusta.

LADY BRACKNELL. -¡Cecilia, puede usted besarme!

CECILIA. (*Besándola*)-Gracias, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL. -Puede usted también llamarme tía Augusta en lo sucesivo.

CECILIA. -Gracias, tía Augusta.

LADY BRACKNELL. -Yo creo que lo mejor sería que la boda se celebrase lo antes posible.

ALGERNON. -Gracias, tía Augusta.

CECILIA. -Gracias, tía Augusta.

LADY BRACKNELL. -Hablando con franqueza, yo no soy partidaria de las relaciones largas. Dan ocasión a que los novios descubran sus mutuos caracteres antes de casarse, lo cual nunca es aconsejable.

JACK. -Perdone usted que la interrumpa, lady Bracknell, pero no hay que pensar en esa boda. Soy tutor de miss Cardew y ella no puede casarse sin mi consentimiento hasta que sea mayor de edad. Y ese consentimiento me niego en absoluto a darlo.

LADY BRACKNELL. -¿Y puedo preguntarle por qué motivos? Algernon es un partido extraordinariamente, y hasta me atreveré a decir, que ostentosamente aceptable. No tiene nada, pero luce mucho. ¿Qué más puede desearse?

JACK. -Siento muchísimo tener que hablarle a usted con franqueza, lady Bracknell, acerca de su sobrino, pero el hecho es que a mí no me gusta nada su carácter. Sospecho que es un mentiroso. (*Algernon y Cecilia le miran con indignado asombro*)

LADY BRACKNELL. -¡Mentiroso! ¿Mi sobrino Algernon? ¡Imposible! Es un alumno de Oxford.

JACK. -Temo que no sea posible abrigar la menor duda sobre este punto. Esta tarde, durante mi ausencia temporal de aquí, y hallándome en Londres por un importante asunto de novela, consiguió entrar en mi casa pretextando ser mi hermano. Y al amparo de un nombre falso se ha bebido, según acaba de comunicarme mi mayordomo, una botella entera de un cuartillo de mi Perrier-Jouet Brut, del 89; un vino que me reservaba especialmente. Continuando su vergonzosa impostura, ha conseguido durante la tarde enajenarme el afecto de mi única pupila. Posteriormente se ha quedado a tomar el té, engullendo hasta la última pasta. Y lo que hace su conducta más inconcebible aún es que sabía perfectamente desde el principio que yo no tengo ningún hermano, que no le he tenido nunca y que no pienso tenerlo de ninguna clase. Así se lo dije terminantemente ayer mismo por la tarde.

LADY BRACKNELL. -¡Ejem! Mister Worthing, después de madura reflexión he decidido no hacer caso en absoluto de la conducta de mi sobrino con usted.

JACK. -Eso demuestra una gran generosidad en usted, lady Bracknell. Mi decisión es, sin embargo, irrevocable. Me niego a dar el consentimiento.

LADY BRACKNELL. (*A Cecilia*)-Acérquese usted, amiguita. (*Cecilia se aproxima*) ¿Qué edad tiene usted, querida?

CECILIA. -Pues realmente, no tengo más que dieciocho años, pero confieso siempre veinte cuando voy a alguna velada.

LADY BRACKNELL. -Hace usted perfectamente en efectuar esa leve alteración. Realmente una mujer no debe decir nunca exactamente su edad. Eso da un aspecto de calculadora... (*Como reflexionando*) Dieciocho años,

pero confesando veinte en las veladas. Bueno, no falta mucho para que llegue usted a la mayoría de edad y se vea libre de las restricciones de la tutela. Así es que no creo que el consentimiento de su tutor sea, después de todo, una cuestión de gran importancia.

JACK. -Perdone usted, lady Bracknell, que le interrumpa de nuevo, pero justo es decirle que, según las cláusulas del testamento de su abuelo, miss Cardew no llegará a ser mayor de edad legalmente hasta los treinta y cinco años.

LADY BRACKNELL. -Eso no me parece una grave objeción. Treinta y cinco años, es una edad muy atractiva. La sociedad londinense está llena de damas de elevadísima alcurnia, que por su propia elección se han quedado en los treinta y cinco. Lady Dumbleton es un caso de ello, por ejemplo. Que yo sepa, ha tenido treinta y cinco años desde que cumplió los cuarenta, hace ya muchos años. No veo razón alguna para que nuestra querida Cecilia no esté más atractiva aún a la edad susodicha, que lo está actualmente. Y mientras tanto sus bienes habrán aumentado considerablemente.

CECILIA. -Algy, ¿podría usted esperarme hasta que cumpla yo los treinta y cinco años?

ALGERNON. -Claro que puedo, Cecilia. Ya sabe usted que sí.

CECILIA. -Sí, lo sabía instintivamente; pero yo no podría esperar todo ese tiempo. Detesto tener que esperar a cualquiera aunque sólo sean cinco minutos. Me pone eso siempre de muy mal humor. Yo no soy puntual, ya lo sé, pero me gusta la puntualidad en los demás y, por lo tanto, no hay ni que pensar en que yo espere, aunque sea para casarme.

ALGERNON. -¿Entonces, qué vamos a hacer, Cecilia?

CECILIA. -No lo sé, míster Moncrieff.

LADY BRACKNELL. -Mi querido míster Worthing, como miss Cardew declara categóricamente que no podría esperar hasta los treinta y cinco - advertencia que, lo confieso, me parece mostrar un carácter algo impaciente-, yo le rogaría a usted que meditase nuevamente su determinación.

JACK. -Pero, mi querida lady Bracknell, ¡si el asunto está por completo entre sus manos! En el momento en que usted consienta en mi boda con Gundelinda, yo aprobaré gustoso el enlace de su sobrino con mi pupila.

LADY BRACKNELL. (*Levantándose e irguiéndose con altivez*)-Debía usted ya saber perfectamente que no hay ni que pensar en su proposición.

JACK. -Entonces, un celibato apasionado es lo que podemos esperar todos nosotros en lo venidero.

LADY BRACKNELL. -No es ese el destino que le reservo a Gundelinda. Algernon, como es natural, puede escoger por sí mismo. (*Saca su reloj*) Vamos, querida. (*Gundelinda se levanta*) Hemos perdido cinco trenes o seis. Si perdemos alguno más, nos exponemos a toda clase de comentarios en el andén. (*Entra el doctor Casulla*)

CASULLA. -Todo está preparado para los bautizos.

LADY BRACKNELL. -¿Para los bautizos, caballero? ¿No será eso algo prematuro?

CASULLA. (*Con aire ligeramente perplejo y señalando a Jack y a Algernon*)-Estos dos señores han expresado el deseo de ser bautizados inmediatamente.

LADY BRACKNELL. -¿A su edad? ¡La idea es grotesca e impía! Algernon, te prohíbo que te bautices. No quiero oír hablar de semejantes excesos. Lord Bracknell se disgustaría mucho si se enterase de que malgastabas de esa manera tu tiempo y tu dinero.

CASULLA. -¿Quiere eso decir que no habrá entonces ningún bautizo en toda la tarde?

JACK. -No creo que tenga mucha importancia práctica para nosotros, tal como están las cosas en este momento, doctor Casulla.

CASULLA. -Me apena oírle a usted semejantes conceptos, míster Worthing. Huelen a las doctrinas heréticas de los anabaptistas, doctrinas que he refutado por completo en cuatro de mis sermones inéditos. No obstante, como la disposición de ánimo de ustedes en este momento me parece particularmente profana, volveré a la iglesia en seguida. Además, acaba de decirme el encargado del cepillo eclesiástico que hace hora y media que me está esperando miss Prism en la sacristía.

LADY BRACKNELL. -¡Miss Prism! ¿Le he oído a usted, realmente, referirse a una miss Prism?

CASULLA. -Sí, lady -Bracknell. A reunirme con ella voy.

LADY BRACKNELL. -Permítame usted que le ruegue que se detenga un momento. Es un asunto que puede tener una importancia vital para lord Bracknell y para mí. Esa miss Prism, ¿no es una mujer de aspecto repulsivo, confusamente relacionada con la enseñanza?

CASULLA. (*Con cierta indignación*)-Es una dama de las más cultas y la imagen misma de la respetabilidad.

LADY BRACKNELL. -Evidentemente, es la misma persona. ¿Puedo preguntarle qué situación ocupa en casa de usted?

CASULLA. (*Con severidad*)-Soy soltero, señora.

JACK. (*Interviniendo*)-Miss Prism, lady Bracknell, es, desde hace tres años, la reputada institutriz y la compañera inestimable de miss Cardew.

LADY BRACKNELL. -A pesar de eso que acabo de oír sobre ella, necesito verla inmediatamente. Mande usted a buscarla.

CASULLA. (*Mirando hacia afuera*)-Aquí se acerca; ya llega.

(*Entra Miss Prism apresuradamente*)

MISS PRISM. -Me dijeron que me esperaba usted en la sacristía, mi querido canónigo. Le he aguardado allí por espacio de una hora y tres cuartos. (*Ve de pronto a Lady Bracknell, que fija en ella una mirada penetrante y petrificadora. Miss Prism se queda pálida y desfallece. Mira con ansiedad a su alrededor, como queriendo huir*)

LADY BRACKNELL. (*Con la voz severa de un juez*)-¡Prism! (*Miss Prism baja la cabeza, avergonzada*) ¡Venga usted aquí, Prism! (*Miss Prism se acerca con aire humilde*) ¡Prism! ¿Dónde está el niño? (*Consternación general. El canónigo retrocede horrorizado. Algernon y Jack fingen querer evitar con inquietud que Cecilia y Gundelinda oigan los detalles de un terrible escándalo público*) Hace ya veintiocho años, Prism, que salió usted de casa de lord Bracknell, calle de Uper Grosvenor, número 104, al cuidado de un cochecillo que contenía una criatura recién nacida, del sexo masculino. No volvió usted nunca. Algunas semanas después, gracias a las minuciosas pesquisas de la Policía londinense, fue descubierto el cochecillo a medianoche, abandonado y sin defensa, en un rincón alejado de Bayswater. Contenía el manuscrito de una novela en tres tomos, de un sentimentalismo más irritante que el de costumbre. (*Miss Prism se estremece con una indignación involuntaria*) ¡Pero el niño no estaba en él! (todos miran a Miss Prism.) ¡Prism! ¿Dónde está el niño? (*Una pausa*)

MISS PRISM. -Lady Bracknell, confieso avergonzada que no lo sé. ¡Qué más quisiera yo que saberlo! He aquí los hechos verdaderos, tal como sucedieron. La mañana del día que usted ha mencionado, día que está grabado con letras de fuego en mi memoria, me dispuse, como de costumbre, a sacar al niño de paseo en un cochecillo. Llevaba también conmigo un saco de viaje un poco viejo, pero de gran capacidad, en el que me proponía colocar el manuscrito de una novela que había yo escrito durante mis escasas horas libres. En un momento de distracción mental, que no podré perdonarme nunca, coloqué el manuscrito en el cochecillo y metí al niño en el saco de viaje.

JACK. (*Que ha estado escuchando con atención*)-¿Pero adónde llevó usted el saco de viaje?

MISS PRISM. -No me lo pregunte usted, míster Worthing.

JACK. -Miss Prism, es este un asunto de grandísima importancia para mí. Insisto en saber adónde llevó usted el saco de viaje que contenía al orro.

MISS PRISM. -Lo dejé en el guardarropa de una de las mayores estaciones de Londres.

JACK. -¿Qué estación?

MISS PRISM. (*Completamente abrumada*)-En la estación Victoria. Línea de Brighton. (*Se deja caer en una silla*)

JACK. -Tengo que retirarme un momento a mi cuarto. Gundelinda, espéreme usted aquí.

GUNDELINDA. -Si no tarda usted demasiado le esperaré aquí toda mi vida. (*Sale Jack, muy excitado*)

CASULLA. -¿Qué cree usted que quiere decir todo esto, lady Bracknell?

LADY BRACKNELL. -No me atrevo a sospecharlo, doctor Casulla. No necesito decir a usted que en las familias de elevada posición no se admite el que puedan darse coincidencias extrañas. Se consideran muy cursis. (*Óyense ruidos en el piso de encima, como si alguien fuese tirando baúles. Todos miran hacia arriba*)

CECILIA. -El tío Jack parece extraordinariamente agitado.

CASULLA. -Su tutor tiene un carácter muy impresionable.

LADY BRACKNELL. -Ese ruido es desagradabilísimo. Por el estrépito, parece como si hubiese encontrado un argumento. Odio los argumentos de cualquier clase que sean. Son siempre vulgares, y muchas veces convincentes.

CASULLA. (*Mirando hacia arriba*)-Ahora ha cesado. (*Los ruidos aumentan*)

LADY BRACKNELL. -Desearía que llegase a alguna conclusión.

GUNDELINDA. -Esta incertidumbre es terrible. Espero que durará.

(Entra JACK con un saco de viaje, de cuero negro, en la mano.)

JACK. (*Abalanzándose hacia Miss Prism*)-¿Es este el saco de mano, miss Prism? Examínelo usted minuciosamente antes de hablar. La felicidad de más de una vida depende de su respuesta.

MISS PRISM. (*Sosegadamente*)-Me parece que es el mío. Sí, aquí está la rozadura que sufrió cuando volcó el ómnibus en la calle de Gower, en días juveniles y dichosos. Aquí, en el forro, está la mancha causada por la explosión de un termo para bebidas, incidente ocurrido en Leamington. Y aquí, en la cerradura, están mis iniciales. No me acordaba ya que las había hecho grabar aquí, por capricho. Este saco es, indudablemente, el mío. Me alegro muchísimo de encontrarlo tan inesperadamente. Su falta me ha ocasionado grandes molestias durante todos estos años.

JACK. (*Con voz patética*)-Miss Prism, ha encontrado usted algo más que este saco de viaje. Yo era el niño que colocó usted dentro.

MISS PRISM. (*Atónita*)-¿Usted?

JACK. (*Abrazándola*)-¡Sí..., madre!

MISS PRISM. (*Retrocediendo, con indignado asombro*)-¡Mister Worthing! ¡Yo soy soltera!

JACK. -¡Soltera! No niego que es un golpe muy serio. Pero, después de todo, ¿quién tiene derecho a tirar la piedra al que ha sufrido? ¿No puede borrar el arrepentimiento un acto de locura? ¿Por qué ha de haber una ley para los hombres y otra para las mujeres? Madre, yo la perdono a usted. (*Intenta abrazarla otra vez*)

MISS PRISM. (*Más indignada aún*)-Mister Worthing, aquí hay algún error. (*Señalando a Lady Bracknell*) Ahí está la señora, que puede decirle quién es usted realmente.

JACK. (*Después de una pausa*)-Lady Bracknell, me molesta mucho parecer curioso; pero ¿querría usted tener la bondad de comunicarme quién soy yo?

LADY BRACKNELL. -Temo que la noticia que voy a darle no le agrade a usted del todo. Usted es el hijo de mi pobre hermana mistress Moncrieff, y, por consiguiente, el hermano mayor de Algernon.

JACK. -¡El hermano mayor de Algy! Entonces, después de todo, tengo un hermano. ¡Ya sabía yo que tenía un hermano! ¡Siempre dije que tenía un hermano! Cecilia, ¿cómo pudiste nunca dudar que tenía yo un hermano? (*Cogiendo de la mano a Algernon*) Doctor Casulla, mi desgraciado hermano. Miss Prism, mi desgraciado hermano. Gundelinda, mi desgraciado hermano. Algy, joven sinvergüenza, tendrás que tratarme con más respeto en lo futuro. No te has portado conmigo como un hermano en toda tu vida.

ALGERNON. -Sí, chico, hasta hoy, lo reconozco. Yo lo hacía lo mejor que podía, aunque me faltaba práctica. (*Se estrechan la mano*)

GUNDELINDA. (*A Jack*)-¡Dueño mío! ¿Pero quién es usted? ¿Cuál es su nombre de pila, ahora que es usted otro?

JACK. -¡Dios mío!... Me había olvidado por completo de ese detalle. La decisión de usted respecto a mi nombre es irrevocable, ¿no?

GUNDELINDA. -Yo no cambio nunca, excepto en mis afectos.

CECILIA. -¡Qué naturaleza tan noble la de usted, Gundelinda!

JACK. -Entonces mejor será aclarar esta cuestión inmediatamente. Tía Augusta, un momento. En la época en que miss Prism me dejó en el saco de viaje, ¿había yo ya sido bautizado?

LADY BRACKNELL. -Todo el lujo que puede comprarse con dinero, incluyendo el bautismo, fue derrochado con usted por sus amantes padres, ciegos de cariño.

JACK. -¡Entonces yo estaba bautizado! Eso está ya aclarado. Y ahora, ¿qué nombre me pusieron? Dígamelo, aunque sea la cosa peor para mí.

LADY BRACKNELL. -Siendo el primogénito, era natural que le bautizasen a usted con el nombre de su padre.

JACK. (*Algo irritado*)-Sí; ¿pero cuál era el nombre de pila de mi padre?

LADY BRACKNELL. (*Reflexionando*)-En este momento no puedo recordar el nombre de pila del general. Pero es indudable que tenía uno. Era excéntrico, lo confieso. Pero sólo en sus últimos años. Y lo era a consecuencia del clima de la India, del matrimonio, de las indigestiones y de otras cosas parecidas.

JACK. -¡Algy! ¿No puedes recordar cuál era el nombre de pila de nuestro padre?

ALGERNON. -Chico, no nos dirigimos nunca la palabra. El murió antes de cumplir yo el año.

JACK. -Su nombre aparecerá en los Anuarios militares de aquella época, ¿verdad, tía Augusta?

LADY BRACKNELL. -El general era esencialmente un hombre de paz en todo menos en su vida doméstica. Pero estoy segura de que su nombre aparecerá en algún Anuario militar.

JACK. -Aquí están los Anuarios militares de los últimos cuarenta años. Estos encantadores cronicones debían haber sido mi estudio constante. (*Se precipita hacia el estante y arranca de él materialmente los libros*) M. Generales... Mallam, Maxbohm, Magley, ¡qué nombres más espantosos tienen!... ¡Markby, Migsby, Mobbs, Moncrieff! Teniente en 1840, capitán, teniente coronel, coronel, general en 1869; nombres de pila: Ernesto John. (*Vuelve a colocar el libro con mucha tranquilidad y habla sosegadamente*) ¿No le dije a usted siempre, Gundelinda, que me llamaba, Ernesto? Bueno, pues Ernesto soy, después de todo. Quiero decir que soy, naturalmente, Ernesto.

LADY BRACKNELL. -Sí, ahora recuerdo que el general se llamaba Ernesto. Ya sabía yo que por algún motivo particular me era antipático ese nombre.

GUNDELINDA. -¡Ernesto! ¡Mi Ernesto! ¡Desde el principio sentí que no podías llamarte de otro modo!

JACK. -Gundelinda, es una cosa terrible para un hombre descubrir de pronto que durante toda su vida no ha dicho más que la verdad. ¿Puedes perdonarme?

GUNDELINDA. -Sí. Porque estoy segura de que cambiarás.

JACK. -¡Vida mía!

CASULLA. (*A miss Prism*)-¡Leticia! (*Lo abraza*)

MISS PRISM. (*Entusiasmada*)-¡Federico! ¡Al fin!

ALGERNON. -¡Cecilia! (*La abraza*) ¡Al fin!

JACK. -¡Gundelinda! (*La abraza*) ¡Al fin!

LADY BRACKNELL. -Sobrino mío, pareceme que empiezas a dar señales de vulgaridad.

JACK. -Al contrario, tía Augusta, acabo de darme cuenta, por primera vez en mi vida, de la importancia suma de ser formal.

TELÓN FINAL